





8/10

B.P. de Soria



61115398
D-1 1668

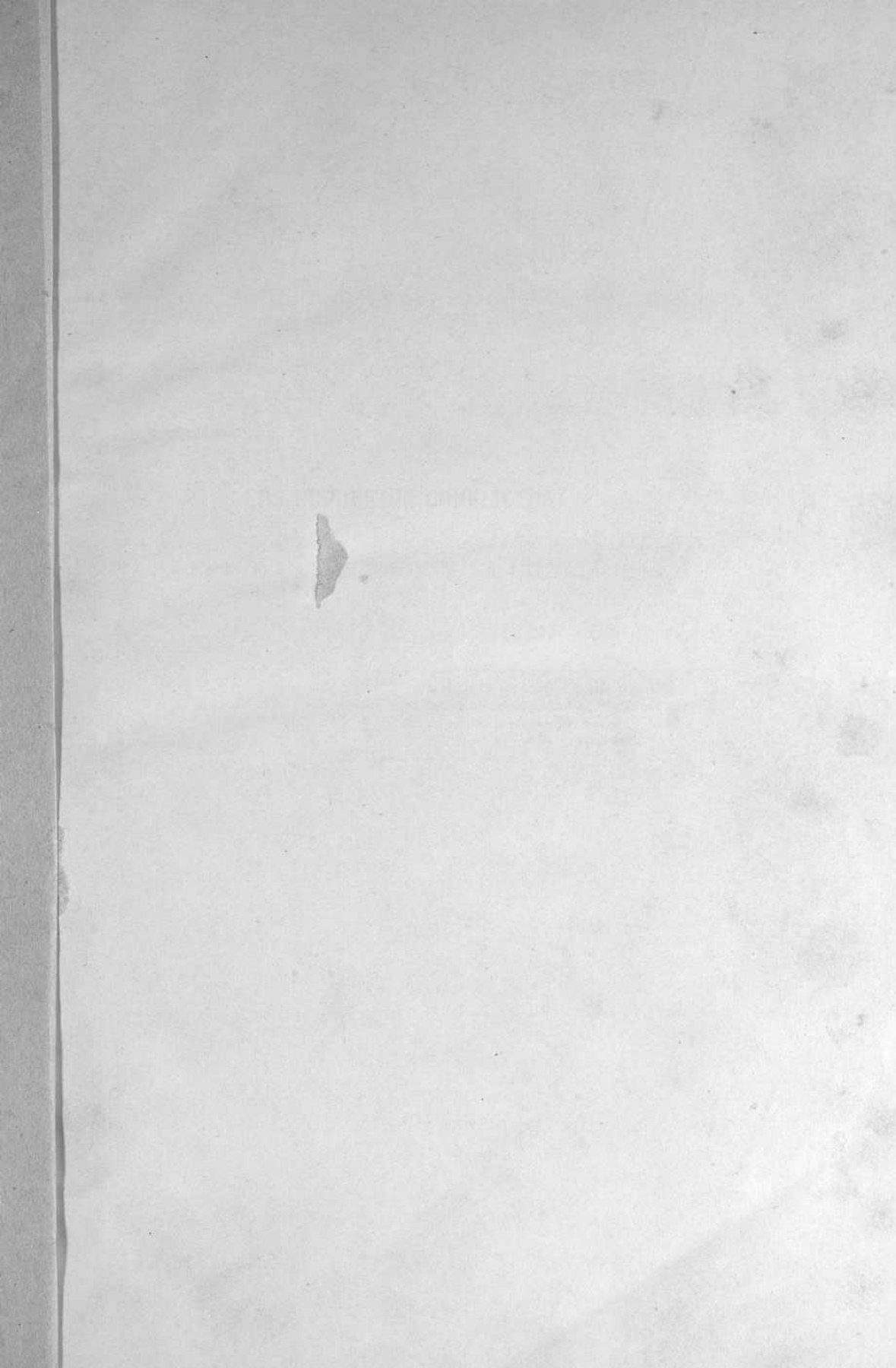
D-1

1668

5398

3-
446





LOS SUPUESTOS CONFLICTOS

ENTRE LA RELIGION Y LA CIENCIA.

La Religion est le colosse que cent coups
de bélier n'ont pu ébranler. Croiriez-vous
qu'un caillou le jettera par terre?

VOLTAIRE.





No 1440

3
116

LOS SUPUESTOS CONFLICTOS
ENTRE
LA RELIGION Y LA CIENCIA,

O SEA

LA OBRA DE DRAPER

ANTE EL TRIBUNAL DEL SENTIDO COMUN, DE LA RAZON Y DE LA HISTORIA.

OBRA PREMIADA CON ACCESSIT

POR LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS,

EN EL CONCURSO EXTRAORDINARIO DE 1878,

ESCRITA POR

EL DR. D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS,

Catedrático de Historia Universal en la Universidad de Barcelona,
Presidente de la Real Academia de Buenas Letras
y Vicepresidente de la filosófico-científica de Santo Tomás de dicha ciudad, Socio correspondiente
de la de la Historia, de la Arqueológica Tarraconense, etc.

BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA

MADRID.

TIPOGRAFÍA GUTTENBERG.

CALLE DE VILLALAR, NÚM. 5.

1881



Art. 43 de los Estatutos de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

« En las obras que la Academia autorice ó publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. El Cuerpo lo será únicamente de que las obras sean merecedoras de la luz pública. »



AL QUE LEYERE

En cuantos certámenes literarios habíamos hasta ahora empeñado nuestro amor propio y puesto á prueba nuestro escaso ingenio, había embargado nuestro ánimo, y no sin justo motivo, el temor de la derrota: en éste, en que, con mejor voluntad que fuerzas, tomamos parte, tanto ó más que ese sentimiento, tiene embargada nuestra mente el deseo de ser vencidos, pero á condicion de que el vencedor nos supere en mucho. Y es que, tratándose esta vez, no tanto del propio lucimiento y de ganar honores, como de salir á la defensa de una causa de tan subido precio, cual es la de nuestra Religion Santa, por uno de sus más enconados enemigos ultrajada en sus dogmas, en sus instituciones y en sus ministros, en una obra que, aunque en sí misma de escasísimo mérito literario y ménos valor científico, ha



alcanzado funesto renombre, tal vez por los elogios interesados que la prensa hostil al Cristianismo le ha prodigado sin tasa, y más que todo acaso por la ligereza y desenfado con que está escrita y por el linaje de errores y de calumnias en que abunda, no podemos ménos de anhelar, si honra como escritores, como católicos que sea digna de tal causa la Memoria que alcance el lauro ofrecido, y que goce de limpia fama é ilustre nombradía el autor que lo logre, á fin de que el prestigio de éste, unido al valor de aquélla, hagan que sean más brillantes y seguros los triunfos que obtengan sobre el libro, motivo del concurso ¹, y por consiguiente sobre las inteligencias por él pervertidas ó que corrian peligro de serlo.

Cuanto más hemos tenido que engolfarnos, venciendo repugnancias y arrostrando tédios, en la lectura de la *Historia de los conflictos entre la Religion y la Ciencia*,

¹ La primera noticia que del concurso tuvimos, más de un mes despues de publicado el programa en la *Gaceta*, fué por medio del *Boletín Eclesiástico* del obispado de Málaga, en el cual se decía, que el objeto del Sr. Marqués de Guadiao, al promoverlo, era refutar el libro de Draper titulado *Historia de los conflictos entre la Religion y la Ciencia*, que es al que aludimos en el texto, y del cual acababa de dar á luz por entónces la prensa española dos ediciones, para llegar por aquel medio á la demostracion del tema formulado en su cartel por la *Real Academia de Ciencias Morales y Políticas* de Madrid. Por esto, y porque creímos que nuestro trabajo tendría un fin más práctico, y podría ser de mayor provecho, atendido el daño que estaba haciendo en las inteligencias, y los ódios que contra la Religion despertaba aquel libro impío, atendiendo en primer término á su refutacion, pusimos en ello nuestro principal empeño, siguiendo capítulo por capítulo, y casi página por página al escritor anglo-americano, seguros de que por este camino, ó sea señalando sus errores y destruyendo sus sofismas, debíamos llegar segura y fácilmente á la demostracion del tema, objeto del concurso, de que no pueden existir conflictos entre la Religion y la Ciencia.

más nos hemos persuadido que el tema que le sirve de título no era, en su autor, sino un pretexto para, á manos llenas, derramar en sus páginas errores groseros, falsedades repugnantes y torpes calumnias contra la Religion católica, siempre en tono dogmático enunciadas y acompañadas siempre de cierto exterior aparato de erudicion histórica y científica, que dando, á juicio de sus lectores, fama de docto al autor, añadiesen autoridad á sus asertos.

Partiendo de este supuesto hemos creído que, sin dejar de dar toda la importancia debida á presentar, hasta donde alcanzasen nuestras fuerzas, una razonada refutacion de la tésis que da título á aquel libro y á la defensa de la proposicion contraria, á saber, que no ha existido jamás, ni es posible que exista antagonismo entre la Religion verdadera y la verdadera ciencia; en lo que debíamos poner especial y preferente empeño, atendida la clase de lectores que acostumbran tener las obras de la índole de la que nos ocupa, era en desmentir, entre la gran muchedumbre de que está sembrado dicho libro, aquellas acusaciones y falsedades de que con más frecuencia echan mano los enemigos de toda religion positiva, y en especial de la católica, dándolas á sus prevenidos y poco cultos admiradores como argumentos nuevos y de irresistible fuerza, por más que hayan sido cien y cien veces victoriosamente refutadas. Así lo hemos hecho, considerando que cada error que denunciábamos, cada acusacion infundada que desvanecíamos, cada calumnia que desmentíamos, cada falsificacion de textos

de que podíamos acusar á su autor, cada acto de mala fe en que le sorprendíamos, cada contradiccion que nos era dado echarle en rostro, era igual á abollar ó romper una de las piezas de la armadura, de más apariencia que solidez, con que se presentaba revestido, con lo cual, dejando su cuerpo á descubierto, dábamos á conocer á los que pocos momentos ántes aplaudian por ventura sus primeros golpes, aún no contestados, y sus futuros triunfos, que creían seguros, á la vez que lo débil del temple y la ruindad de sus armas, lo flaco de sus fuerzas y lo ridículo del jactancioso alarde con que había descendido al palenque. Á las primeras páginas del libro de Draper que leímos, echamos de ver que, al igual de la celada de carton del héroe de la Mancha, estaba en su mayor parte compuesto de piezas mal unidas entre sí, de ninguna solidez, y que habian de ofrecer ménos resistencia á los golpes de la crítica, que aquélla á los de la espada de su ingenioso dueño. Pieza á pieza y con aquella arma ensayamos por lo tanto destruirla. ¿Qué quedaría de la obra del profesor anglo-americano, si nosotros, ú otros con más alientos y fortuna, hubiésemos logrado nuestro propósito? Lo que quedó de la celada de Don Quijote.

No sabemos si alguna vez, heridos con demasiada rudeza en nuestros sentimientos de católicos, y hasta en nuestra dignidad de escritores — pues que como tales estimamos en mucho el ejercicio de las letras y deseamos que sea honrado como merece — habremos consentido á nuestra pluma desahogos que la caridad condena, por más que un noble sen-

timiento de justa indignacion los disculpe. Pero ¿no merece alguna indulgencia el pecado, si realmente alguna vez en él incurrimos, cuando el adversario con quien teníamos que medir nuestras armas, no dudando en faltar al respeto que á sí propio se debía, y á trueque de lastimarnos más y herirnos en lo más vivo, no se hacía el menor escrúpulo en llamar *ignorantes* á los Padres de la Iglesia, *asesino de Hipatia* á San Cirilo, *infames* á los Papas de la Edad Media, en acusar á la Sede romana de que vendía por dinero á los ricos el privilegio de no ser perseguidos por el Santo Oficio, y en estampar en suma en multitud de pasajes de su libro acusaciones igualmente groseras y no ménos torpes y bajas calumnias?

El fin de esta investigación es descubrir si los individuos de una misma especie, cuando se encuentran en un mismo ambiente, presentan alguna forma de adaptación que les permita sobrevivir y reproducirse. Para ello se han observado a un grupo de individuos de una especie, en un ambiente determinado, durante un periodo de tiempo. Se han registrado los comportamientos que presentan, las formas de alimentación, las formas de reproducción, etc. Los resultados de esta investigación son los siguientes: los individuos de una misma especie, cuando se encuentran en un mismo ambiente, presentan una forma de adaptación que les permite sobrevivir y reproducirse. Esta adaptación se manifiesta en la forma de alimentación, en la forma de reproducción, etc. Los resultados de esta investigación son los siguientes: los individuos de una misma especie, cuando se encuentran en un mismo ambiente, presentan una forma de adaptación que les permite sobrevivir y reproducirse. Esta adaptación se manifiesta en la forma de alimentación, en la forma de reproducción, etc.

Los resultados de esta investigación son los siguientes: los individuos de una misma especie, cuando se encuentran en un mismo ambiente, presentan una forma de adaptación que les permite sobrevivir y reproducirse. Esta adaptación se manifiesta en la forma de alimentación, en la forma de reproducción, etc. Los resultados de esta investigación son los siguientes: los individuos de una misma especie, cuando se encuentran en un mismo ambiente, presentan una forma de adaptación que les permite sobrevivir y reproducirse. Esta adaptación se manifiesta en la forma de alimentación, en la forma de reproducción, etc. Los resultados de esta investigación son los siguientes: los individuos de una misma especie, cuando se encuentran en un mismo ambiente, presentan una forma de adaptación que les permite sobrevivir y reproducirse. Esta adaptación se manifiesta en la forma de alimentación, en la forma de reproducción, etc. Los resultados de esta investigación son los siguientes: los individuos de una misma especie, cuando se encuentran en un mismo ambiente, presentan una forma de adaptación que les permite sobrevivir y reproducirse. Esta adaptación se manifiesta en la forma de alimentación, en la forma de reproducción, etc.

SUPUESTOS CONFLICTOS

ENTRE

LA RELIGION Y LA CIENCIA

BIBLIOTEC
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA

CAPÍTULO PRIMERO

Origen de la ciencia

Tal es el título del capítulo primero de la obra de Draper: del capítulo que sirve como de introduccion al ya tristemente célebre libro, al cual da el presuntuoso título de *Historia de los conflictos entre la Religion y la Ciencia*, y que ciertamente por la superficialidad y ligereza con que está escrito, por la vulgaridad y novedad escasísima de los conocimientos históricos de que hace en él su autor pueril y ostentoso alarde, no deja concebir acerca de los que han de venir en pos sino pobrísimas esperanzas.

Natural era, tratándose de una cuestion en que se señalan desde luégo dos términos, cuya conformidad ú oposicion va á examinarse y discutirse, que ántes de entrar en

ella se definieran aquéllos con la mayor claridad posible, y se fijára con la necesaria exactitud y de manera que no quedára duda alguna en el ánimo del lector, á quien en el caso presente se llamaba á ser juez en tan difícil litigio, el verdadero concepto de la Ciencia y de la Religion, ya filosófica, ya históricamente consideradas. Pero Draper prescinde completamente de este procedimiento lógico, sin duda porque le merecen sus reglas y principios la misma estimación que los de las demás disciplinas filosóficas, á las cuales llama con soberano desprecio *especulaciones inútiles*¹: y como si no hubiera existido el mundo antiguo, ó habiéndolo existido se hubiese hundido en el olvido más profundo, cual bajo las olas del Océano la Atlántida de las tradiciones poéticas: como si en nada hubiesen contribuido al progreso del saber humano, ni la India, ni el Egipto, ni los antiquísimos imperios asirio y babilónico, y ni siquiera la vieja Grecia con sus recuerdos de la civilización pelásgica, y con sus elementos de cultura importados de Asia Menor, de Fenicia y del Bajo Egipto: y como si el sol de la ciencia hubiese aguardado para nacer á que se hubiesen sepultado en el ocaso los ya amortiguados astros de todas las religiones (al ménos así lo imagina Draper), abre éste las páginas de su libro en el momento en que Grecia, cuatro siglos ántes de Jesucristo, lánzase en pos del carro triunfal de Alejandro para nacer de repente, cual Minerva de la frente de Júpiter, deslumbrante de saber y trasformada en maestra de las futuras generaciones, en los vastos salones y ricos pórticos del Museo Alejandrino, gloria de los dos primeros Ptolomeos, sin que para lograr transformación tan asombrosa por lo rápida y lo grande, hubiese necesitado más que seguir

¹ «Qué espectáculo para los conquistadores griegos que hasta entónces (se refiere á los tiempos de Alejandro) nada habían observado ni experimentado. Se habían satisfecho con la simple meditación y *especulaciones inútiles*. (Pág. 14).» Recuérdese que ántes de las conquistas del héroe macedónico habían brillado en Grecia, entre otros filósofos, Sócrates, Platon y Aristóteles.

á su héroe en sus campañas, *punto de partida de todos nuestros conocimientos exactos* (pág. 12), y recoger las sorprendentes observaciones, y recordar los hechos y las escenas que sus hijos, que eran, segun Draper, los más profundamente impresionables de todos los hombres, presenciaron ó vieron á su paso.

Renunciemos, pues, á saber lo que entiende el autor de la *Historia de los conflictos* por religion y por ciencia, y puesto que creyó inútil detenerse en la definicion de una y otra, y que al procedimiento racional y lógico, prefiere, como diría su panegirista el Sr. Salmeron, el del sentido positivista que profesa, el arbitrario y empírico; y tomando en cuenta que más que á las discusiones filosóficas, muéstrase aficionado á las investigaciones históricas, bien que prescindiendo en ellas, cuando así le place y á sus fines conviene, de las reglas de la crítica, sigámosle por este camino: que no hemos de tardar en tropezar, respecto de uno de los términos de su proposicion, ó sea de la ciencia, con algun pasaje del capítulo que nos ocupa, por el cual ven-gamos en conocimiento de lo que por ella entiende. Y si bien no logremos ser tan afortunados en averiguar cuál es el concepto que de la religion tiene formado, con ver por su obra que es tan enemigo de toda fe, cual en todas sus páginas muestra serlo de las ciencias especulativas; y con saber que para él todas las religiones son iguales, ante su entendimiento, que las niega todas, bien que no ante su voluntad, que distingue con un odio especial al Catolicismo, ó sea, segun le llama casi siempre, á la Iglesia de Roma, de la cual, sin embargo, parece no conocer ni los dogmas, ni la constitucion interna, ni el desenvolvimiento histórico al través de los tiempos y de las instituciones humanas, tenemos datos sobrados, no tan sólo para demostrar la falsedad y con frecuencia la mala fe de sus fallos, sino hasta para declararle incompetente para pronunciarlos. Y si por ventura alguno creyese que pecamos de exagerados al darle

tan ofensiva calificación, le recordaremos que el mismo Draper confiesa en su prólogo, que el asunto de su libro es por todo extremo difícil, y que *sería menester, para discutirle bien, ser á un mismo tiempo filósofo, historiador y profundo maestro en materias teológicas* (pág. LXXXVIII). Y que él no es ni con mucho lo último, échase de ver con sólo hojear su libro; que no conoce los secretos de la historia, ó que si los conoce falsea con harta frecuencia su verdadero espíritu, tendremos ocasion de demostrarlo á cada paso que demos en el exámen de su obra; y que nada tiene de filósofo da lugar á sospecharlo el deliberado y manifiesto propósito con que evita ocuparse en las materias especulativas, á las cuales hasta niega, ó por lo ménos le repugna conceder el dictado de ciencias.

Y hechas estas ligeras indicaciones, pasemos ya á examinar brevemente, puesto que otra cosa no permiten la índole de este trabajo y el escaso tiempo de que para realizarlo disponemos, el capítulo citado.

Abrimos la primera página y leemos en ella estas palabras:

« Ningun espectáculo puede presentarse á un espíritu » pensador más solemne, más triste que el de una antigua » religion moribunda, despues de haber prestado sus consuelos á muchas generaciones. »

¿Es esto un sarcasmo volteriano, ó es realmente la dolorosa lamentacion, el treno elegíaco de quien, sentado en las ruinas de destrozados templos, entre ídolos hechos pedazos y mutiladas aras, medio ocultas entre malezas, llora sobre

ellas á los dioses que han abandonado sus ántes veneradas y hoy desiertas moradas, y á las generaciones á quienes deja en la más triste de las orfandades aquel abandono? De otro que no fuese Draper pudiéramos sospechar lo segundo. De quien ha escrito aquellas líneas con la pluma que va á convertir en ariete para destruir, si á tanto alcanzára su poder, toda religion positiva, no obstante que sabe, ó cree saber que todas son á propósito *para prestar sus consuelos á muchas generaciones*, ¿qué otra cosa se puede presumir más que lo primero? Despues de aquellas breves líneas el libro de Draper es un crimen.

Como todos los escritores enemigos del Cristianismo, el autor de la obra que nos ocupa es aficionado á lo que con tanta propiedad de expresion como ofensa de la gramática y de la lengua castellanas, se llama hoy *hacer historia*; y al igual que todos los de su escuela, si á veces acierta en la exposicion de un hecho, apártase de la verdad histórica al pretender explicarlo. Así, por ejemplo, nada más exacto que afirmar que Grecia iba al fin de sus días, abandonando su antigua fe, pero al propio tiempo nada ménos cierto que las causas que á este suceso señala. Entre las muchas que explican la decadencia del sentimiento religioso en aquel pueblo donde, como de ordinario acontece, al par que se debilitaban las creencias, iban corrompiéndose las costumbres y extinguiéndose el amor patrio, y que señalan sus historiadores, dudamos que se encuentre la que indica Draper, á saber: « que sus filósofos, al estudiar el mundo, habían sido profundamente impresionados por el contraste » que existía entre la majestad de las operaciones de la » naturaleza y la falta de dignidad de las divinidades del » Olimpo (pág. 1). »

Que desde Thales hasta el último, en órden de los tiempos, de los filósofos griegos, éstos habian hecho del universo mundo objeto y fin de sus especulaciones, los unos bajo la influencia de las doctrinas orientales ó de antiguas tradicio-

nes¹; los otros con criterio propio, ideando sistemas cosmogónicos más ó ménos materialistas, y más ó ménos abiertamente panteistas, lo saben cuantos han saludado, siquiera sea de paso, la historia de la filosofía: pero que en ellos, y por ellos en el pueblo, brotara la duda ó la falta de fe en las divinidades del Olimpo á causa del contraste que existía entre la ninguna dignidad de éstas y la majestad de las operaciones de la naturaleza, por aquéllos observada, será un nuevo y sorprendente descubrimiento que deberán las generaciones venideras á Draper, en el caso, sumamente inverosímil, de que tenga á bien la historia consignarlo en sus páginas.

Lo que la historia en ellas tiene escrito, por más que lo calle ó lo ignore el autor de los supuestos *conflictos*, que desde el jefe de la escuela jónica y sus principales discípulos, cuyo panteismo materialista no es tan absoluto que no dé lugar á sospechar que admitieron la existencia de un sér divino ó de una inteligencia superior personal y distinta de los elementos ó principios primordiales del universo², hasta los padres de la filosofía griega y fundadores de sus más renombradas escuelas, tales como Pitágoras, Sócrates, Platon y Aristóteles, constituyéndose más de una vez en intérpretes de tradiciones antiquísimas³, aceptaron todos los grandes pensadores de Grecia la creencia en un Dios único, creador y ordenador de todo cuanto existe, por más que no todos estuviesen conformes en el modo de concebirlo.

¹ Aristóteles refiere á ellas la doctrina de Thales. V. LEFOREST, *Histoire de la Philosophie ancienne* (pág. 215, t. 1).

² El agua, segun Thales; segun Anaximenes, el aire; el fuego, segun Heráclito de Éfeso, etc.

³ ¿No hemos de decir, pregunta Sócrates en el *Philebo*, como los que nos precedieron, que una inteligencia, una sabiduría admirable formó el mundo y lo gobierna?

Dios, segun la antigua tradicion enseña, dice Platon en su tratado de las Leyes, es el principio, medio y fin de todas las cosas. LEFOREST, *Op. cit.*, t. 1, pág. 204.

Como á Draper no le cuesta trabajo ninguno amontonar hipótesis sobre hipótesis y afirmaciones sobre afirmaciones, puesto que, siguiendo la general costumbre de los de su escuela, con enunciarlas en tono dogmático, créese ya dispensado de explicar las unas y de probar las otras, pasa sin transición de la proposición que dejamos consignada y desmentida á esta otra:

« Los historiadores griegos considerando el ordenado » curso de los negocios políticos, la manifiesta uniformidad » de los actos del hombre, y que no ocurría nada ante sus » ojos cuya causa no hallasen con facilidad en algun hecho » precedente, empezaron á sospechar que los milagros y la » celeste intervencion de que estaban llenos sus antiguos » anales eran puras ficciones. Preguntaron cuando pasó el » tiempo de lo sobrenatural, por qué habian enmudecido » los oráculos y por qué no tenían ya lugar más prodigios » en el mundo (pág. 2). » Á ménos que hayan llegado á manos del profesor de Nueva-York manuscritos de historiadores griegos, que hasta ahora se hubiese creído perdidos, no acertamos á adivinar de dónde pudo sacar tan ignorados datos, ni tan peregrinas observaciones. Confesamos no conocer de la historia griega y de sus más granados sucesos, sobre todo en lo relativo á los siglos v y iv ántes de Jesucristo, sino lo que acerca de ellos escribieron Herodoto, Tucídides y Jenofonte, y debemos reconocer, sea por ignorancia ó por cortedad de ingenio, que no hemos leído en ellos lo que el autor de la *Historia de los conflictos* supone. De Herodoto, quien, recuérdelo Draper, dividió su obra en nueve libros, dando á cada uno de ellos el nombre de una de las nueve Musas, un escritor que no peca por cierto de tímido en sus juicios, escribe « que descubre en él algunos rasgos sacerdotales que recuerdan el contacto con los egipcios; pero que en él se ve al griego cuando nos habla del respeto que tenían sus compatriotas á sus deidades, » y nos dice de ellos que nunca emprendieron nada sin haberlas

antes ganado á su causa. En otra parte nota su gusto por lo maravilloso, y dos páginas más adelante recuerda que Tucídides le echa en cara su excesiva credulidad ¹. Respecto á los autores de la historia de la guerra del Peloponeso y de las Helénicas, político el uno sin entrañas, narrador el otro, si de estilo y lenguaje elegante y puro, por demás frio; indiferentes entrambos al bien como al mal, sobre todo el primero, quien no tan sólo refiere los hechos más inícuos sin tener para ellos ni una palabra de reprobacion, sino que por el contrario los considera como legales siempre que son obra de los griegos; respecto, repetimos, de uno y otro historiador basta abrir sus libros por cualquiera de sus páginas para convencerse de que no existe en ellos el escepticismo religioso que el profesor anglo-americano les atribuye; que no fueron por consiguiente ellos los que hicieron perder á los griegos su fe en lo sobrenatural; y que, léjos de preguntarse á sí mismos por qué *habian enmudecido los oráculos*, son éstos el *Deus ex machina* de sus narraciones históricas, como lo fueron, si hemos de dar crédito á Plutarco, de cuantos hechos de alguna importancia tuvieron lugar en Grecia hasta en los últimos tiempos de su historia.

Pasemos por alto, porque es realmente indigno de una refutacion seria, y honra poquísimo al profesor, y ni siquiera disculpa el apasionamiento del sectario, aquello de que: «tradiciones derivadas de una inmemorial antigüedad» y aceptadas primero por hombres piadosos como verdades» indiscutibles, habian llenado las islas del Mediterráneo y «los lugares comarcanos de maravillas sobrenaturales;» pues hoy es ya una verdad por nadie puesta en duda y que el mayor conocimiento de los libros religiosos de los más antiguos pueblos de Oriente ha convertido en evidencia, lo que era para Platon un hecho demostrado, á saber: que cuanto más adentro penetramos en la oscuridad de los

¹ DUBOIS-GUCHAN. *Tacite et son siècle*, A. II, chap. IX.

tiempos lejanos, más *puras* aparecen las primitivas tradiciones: ni merece los honores de la crítica la manera sobre toda ponderacion vulgar, tan sólo perdonable en quien únicamente hubiese estudiado la religion de los griegos en algun compendio de mitología para el uso de las escuelas de primera enseñanza, como habla de las creencias de aquel pueblo, y el concepto que de sus divinidades tiene formado: ni vale, por último, la pena de ser discutido aquello de que á medida que se iba adquiriendo mayor conocimiento de la naturaleza, echábase de ver que « el » cielo no era más que una ilusion, que el Olimpo no existía, y que sobre nuestras cabezas sólo se extendían el » espacio y las estrellas; desapareciendo, por lo tanto, al » desaparecer su morada, las divinidades que la habitaban, *así las del tipo jónico de Homero, como las del dórico de Hesiodo.* » Suponemos que para la mayor parte de nuestros lectores será tan nueva como peregrina esta division de las divinidades griegas en los dos tipos mencionados. Sabíamos que las diferentes familias helénicas tenían sus tradiciones mitológicas, con fondo histórico, y sus héroes legendarios peculiares á cada una de ellas, pero que acabaron por aceptar como propias suyas todas; sabíamos que no todas llamaban á sus dioses por el mismo nombre, y así, por ejemplo, la Juno (Heré) de los Dorios era la Céres (Demeter) de los Jonios; pero ignorábamos completamente que existiesen, dentro de las creencias comunes á que parece referirse Draper, deidades de aquellos dos distintos tipos, el de Homero y el de Hesiodo.

No creemos que por parte de los que lean estas páginas se nos haga un cargo de que tampoco nos detengamos á refutar los párrafos en que nos habla de la resistencia que halló en el público el escepticismo religioso en que se pretendió educarle, sobre todo por los que más á fondo conocían la naturaleza y sus arcanos; y de cómo cuando « las ideas opuestas á las en que el pueblo creía se hicieron

» irresistibles, se contentaron el vulgo y los que estaban
» interesados en mantener las antiguas creencias, con
» admitir que aquellas maravillas eran alegorías bajo las
» cuales la sabiduría de los antiguos había ocultado sagrados
» y grandes misterios; » ni ménos aquello de que «el
» criticismo filosófico de los griegos, con mantener con
» poderosos argumentos el torrente de la incredulidad; con
» comparar unas con otras las doctrinas de las diferentes
» escuelas y demostrar por medio de sus contradicciones
» que el hombre carece de todo criterio de verdad, etc.,
» debió contribuir poderosísimamente á engendrar un ex-
» cepticismo tal, que en Aténas algunas de las clases más
» *avanzadas* » — serían acaso algunos pocos individuos de
ellas — «habían ido tan adelante» (perdónenos Draper que
le advirtamos que, segun las más vulgares leyes del senti-
tido comun, el que de todo duda no va hácia adelante sino
hácia atrás) «que no solamente negaban lo invisible y
» sobrenatural, sino que hasta llegaban á afirmar que el
» mundo era un simple sueño, un fantasma, y que nada
» real existía.»

No llegaríamos jamás al término de nuestra tarea si
tuviésemos que ir apuntando todos los errores históricos y
las falsas apreciaciones con que se tropieza á cada paso al
leer la obra de Draper; apreciaciones y errores tan graves
algunos de ellos, como suponer que la configuracion topo-
gráfica de Grecia dió carácter á su condicion política, siendo
así que no hubo en ella estado que no pasara por todas las
formas de gobierno, desde la monarquía hasta la república
en sus múltiples caractéres: como afirmar que la Grecia
asiática aceptó sin repugnancia la soberanía persa, cuando
es lo cierto que se levantó contra su dominacion las varias
veces que se le ofreció ocasion de hacerlo, asociándose á
cuantos esfuerzos ensayó la Grecia europea, primero para
rechazar, más adelante para destruir la dominacion de aquel
vasto imperio. Así, pues, haciendo caso omiso de las muchí-

simas inexactitudes que podríamos ir apuntando, pero que no conducen á nuestro principal propósito, por más que sirvan para demostrar la ligereza con que está escrita una obra á la cual tantos encomios han prodigado los enemigos del Catolicismo, y pasando por alto las páginas que consagra á celebrar las gloriosas campañas de Alejandro, tan en sus pormenores narradas, cual pudiera hacerlo un profesor de historia al referirlas á sus jóvenes alumnos, trasladémonos con el escritor anglo-americano á la ciudad, segun él, más hermosa del mundo antiguo, Alejandría, que es adonde le place conducirnos, despues de haber hecho pasar por nuestra asombrada vista todas las maravillas, tanto de la naturaleza como del arte, de la vieja Asia, tales como el simoun y las tempestades de arena de los desiértos egipcios, las pirámides, los obeliscos de Luksor, las esfinges, las estátuas colosales de los Faraones, las salas de Eскур-Haddon (sic), los muros de Babilonia, las ruinas del templo de Belo, el fenómeno del espejismo en los arenales, *en las colinas las rápidas sombras producidas por la incierta marcha de las nubes* (espectáculo cuya novedad debió realmente dejar atónitos á los griegos), y el rinoceronte, y el hipopótamo, y el camello, y los hombres de varios colores, ó sea el tostado asirio, el amarillento persa y el negro africano, cosas todas, al parecer, por ellos nunca vistas (pág. 12).

Habrá acaso algun lector de Draper, por demas cándido y desconocedor de la táctica que acostumbran usar en sus escritos los enemigos de nuestra Religion, que se pregunte por ventura á qué conduce aquel relato, con pompa casi épica escrito, de los maravillosos sucesos del héroe macedonio, y de las escenas naturales, y de los numerosos monumentos que á cada paso se ofrecían á la vista de sus compañeros de armas; pero los más avisados conocerán á tiro de ballesta que el profesor anglo-americano se propuso con ello, en primer lugar, hacer alarde de erudicion, prescindiendo completamente de que fuese de todo punto extemporánea,

de asuntos y cosas harto vulgares y de todos sabidas, á fin de pasar plaza de hombre docto y versado en toda clase de conocimientos á los ojos de la generalidad de sus lectores; y en segundo lugar porque, queriendo probar, dijimos mal, debiendo sentar la paradójica proposicion de que había la ciencia nacido en Alejandría, quería rodear su advenimiento al mundo del ostentoso aparato con que se adorna la apo-teósis final en una comedia de mágia, dándole por precursor Alejandro y por cuna la ciudad, segun él más bella y grandiosa del universo, la ciudad fundada por aquel monarca y enriquecida por los dos primeros Ptolomeos con suntuosísimos palacios, admirables templos, teatros magníficos, y sobre todo con el museo donde, en medio de todas las maravillas del arte y de los setecientos mil volúmenes de sus dos bibliotecas, debía, al parecer por generacion espontánea, nacer de repente la *ciencia*.

Y al llegar aquí, por más que no hayamos tropezado aún con una definicion explícita y clara de ésta, sabemos ya lo que por ella entiende Draper, puesto que pocas páginas antes (pág. 12), nos dice que el talento militar, que se revela en las maravillosas campañas del hijo de Filipo, «contribuyó al establecimiento de las escuelas prácticas y *matemáticas de Alejandría, verdadero origen de la ciencia*;» y que pocas líneas antes de terminar el capítulo, al revelarnos que los Ptolomeos consideraban tambien que hay algo más duradero que las formas de la fe, las cuales, al igual de las orgánicas de las edades geológicas, una vez idas no vuelven jamás, — lo cual si es cierto tratándose de las falsas religiones, es un absurdo y un grave error histórico tratándose de la verdadera, que existe desde el principio y subsistirá hasta el fin de los siglos; — y que reconocian que dentro de este mundo de ilusiones transitorias hay un *mundo de eterna verdad*, concluye diciendo «que ese» mundo no se descubre por las vanas tradiciones de hombres que vivieron en la aurora de la civilizacion, ni por

» los sueños de los místicos que creyeron estar inspirados;
» sino que ha de descubrirse por las investigaciones de la
» geometría y por la interrogacion práctica de la natura-
» leza, que ha de ser lo que dará á la humanidad sólidos,
» innumerables é inestimables bienes (pág. 33). »

Y como para probar que las formas de la fe son, segun lo reconocieron los Ptolomeos, transitorias, y que únicamente son eternas las verdades científicas, es decir, « las descu-
» biertas por las investigaciones de la geometría y por la
» interrogacion práctica de la naturaleza; » y á fin de llegar á la demostracion histórica de que el Museo de Alejandría fué la cuna de la ciencia moderna, « nunca llegará el dia,
» exclama, en que se niegue ninguna de las proposiciones
» de Euclídes; nadie de aquí en adelante pondrá en tela
» de juicio la forma esferoidal de la tierra, reconocida por
» Eratóstenes... (pág. 34). » Pero ¿por qué para mejor demos-
trar su tesis, limitándose á citar unos pocos ejemplos, no continuaba diciendo: hoy nadie duda de que, como asegu-
raba Ptolomeo, la tierra está inmóvil en el centro del uni-
verso, y giran en torno suyo el sol y los astros todos del
firmamento; no hay hoy ningun geógrafo que no busque
la ciudad ó ciudades cuya posicion le conviene averi-
guar en las líneas de longitudes y latitudes trazadas por Hi-
parco, etc.?

De los pasajes que dejamos transcritos y otros varios que del capítulo de la obra que nos ocupa podríamos trasladar, despréndense pues dos proposiciones con toda claridad expresadas, á saber: que para Draper no hay más ciencia que la que cabe descubrir por las investigaciones de la geometría y por la observacion é interrogacion práctica de la naturaleza, y que la cuna de la ciencia moderna fué el Museo de Alejandría.

Permítannos nuestros lectores que, pasando por alto los pasajes en que más claramente manifiesta el catedrático anglo-americano sus prevenciones contra el Catolicismo, y

que no sirven en este momento á nuestro objeto, cedamos por breves instantes la palabra al más decidido y famoso campeón del krausismo en España, D. Nicolás Salmeron, autoridad no sospechosa para los racionalistas, el cual en el prólogo laudatorio de la que se atreve á llamar Augusto Arcimis *version castellana* de la obra que nos ocupa, no obstante de declararse admirador y apologista sincero de la misma, encontrando á Draper «deficiente ó sujeto á cierta estrechez de espíritu en la concepcion de la ciencia,» le dirige en tono entre blando y enojado la siguiente filípica, donde al través de las nebulosidades de su lenguaje filosófico, aquí por razon de la materia que trata ménos tenebrosas que en otros escritos suyos, aparece clara la censura que fulmina contra el autor de los *supuestos conflictos*, tan poco aficionado á las especulaciones filosóficas. Creemos excusado advertir, que si aceptamos los cargos que le hace, en modo alguno admitimos, ni todas sus apreciaciones ni juicios, ni mucho ménos su manera especial de considerar los que son objetos de la Metafísica y de la Ontología.

« Aún sin contar la extension y elevacion de cultura que
» en el remoto Oriente alcanzaron, sobre todo las razas
» arias, y que en la Religion como en el Arte y la Filosofía
» y hasta en el saber positivo de la observacion natural
» constituyen un período brillante y aún solemne por la
» majestuosa fecundidad de la fantasía y la profundidad
» de las ideas, parécenos de todo punto injustificable referir
» el origen de la Ciencia á la fundacion del Museo de Ale-
» jandría, como si pudieran relegarse al ínfimo papel de
» frustráneos ensayos ó fantásticas irreflexibles concepciones
» las profundas y sistemáticas doctrinas que con tan regular
» y legítimo proceso fué produciendo y desarrollando el
» maravilloso espíritu del pueblo griego. Podria quedar
» inapercibido el movimiento antesocrático por la falta de
» monumentos escritos, que no alcanza á suplir la tradicion,
» y por la definicion y manquedad de las observaciones y

» teorías, siendo en rigor injusto menospreciar el *naturalismo dinámico* de la escuela jónica, y el *idealismo matemático* de la escuela itálica, y el *panteismo dialéctico* y el *atomismo mecánico* de las escuelas metafísica y física de Elea, y el *espiritualismo* de Anaxágoras, y el *racionalismo*, que pudiéramos llamar *evolutivo ó transformista* de Heráclito, con que se preparaba una concepcion unitaria del mundo, y se destruía el antropomorfismo mitológico, y se abría el camino de la observacion y la induccion científica, y se despertaba la Razon al conocimiento reflexivo de los principios y leyes de la Realidad, y se hacía posible la aparicion de los genios superiores de Platon y Aristóteles, y hasta se formulaban doctrinas á que la Ciencia vuelve con reconocimiento profundo en nuestro tiempo. Tratando de estudiar la cultura intelectual de Europa, que en relacion con el Cristianismo se desenvuelve, es, en nuestra opinion, injustificable prescindir de estos precedentes y fijarse sólo en el momento en que se produce el sincretismo greco-oriental, imposible por otra parte de conocer y apreciar rectamente sin el máspreciado y decisivo elemento que su composicion entraña. ¡Cuánto más lo será el desconocimiento ú olvido de la trascendental influencia y hasta del secular imperio que en el mundo intelectual han ejercido y ejercen todavía las dos capitales direcciones socráticas! (Páginas 24 á 26). »

Y más adelante:

« Dejando aparte el valor de las especulaciones filosóficas, ¿cómo no contar dentro de los orígenes, y aún de la creciente formacion de la ciencia, las delicadas, profundas y extensas observaciones del enciclopédico saber de Aristóteles, á quien hoy mismo tienen que reconocer como un maestro los naturalistas más eminentes? (Haeckel). ¿Cómo en justicia, limitase á decir que prestó su espíritu científico á los sabios del Museo Alejandrino, ni con qué razon

» de otro lado se rebaja el valor de la filosofía platónica ¹,
 » al decir que caracterizó la decadencia de la escuela de
 » Alejandría? Sin duda que el neo-platonismo degeneró en
 » las visiones místicas á que propendía el espíritu del tiempo;
 » pero ¿quién puede negar ni desconocer siquiera la pro-
 » fundidad y trascendencia del idealismo que entraña un
 » capital problema para la ciencia humana, sin el que sería
 » deficiente toda construcción científica y quedaría la inte-
 » ligencia mutilada? No pretendemos rebajar en un ápice
 » la positiva elevación y engrandecimiento del saber que
 » siguieron á las conquistas de Alejandro. La observación
 » de regiones y climas diversos, el espectáculo del Océano
 » y del desierto, la impresión de creaciones orgánicas des-
 » conocidas... la más amplia contemplación, en suma, del
 » mundo de la Naturaleza y de la Historia que el héroe
 » macedonio ofreció y hasta impuso al delicado y ya culto
 » espíritu de los griegos, marcó sin duda un solemne
 » momento en la formación de la Ciencia, que se encarnó
 » en la fundación del Museo donde todos aquellos elementos
 » se recogieron con religioso afán y cultivaron con inspi-
 » ración fecunda. Mas no por esto puede afirmarse que en
 » aquella hora y en aquel punto naciera la Ciencia, como
 » no quiera significarse con ello que entonces se organizó
 » como una función pública (págs. 27 y 28).»

Pero á qué acudir á testimonios de autoridad, por más que sea ésta tan atendible como la del jefe de la escuela krausista en España, cuando el mismo Draper, tan aficionado á los argumentos históricos como enemigo de las especulaciones filosóficas, hasta el punto de haber llegado, inducido por sus exageraciones positivistas y por su afán á *limitar á lo fenomenal la esfera de lo inteligible*, son

¹ Platon, escribe Draper, se dirigía á la imaginación, Aristóteles á la razón..... la filosofía de Platon era un risueño castillo levantado en el aire; la de Aristóteles una sólida fábrica, etc. (Pág. 26 y 27).

palabras todavía de aquel filósofo, á *mutilar el problema del conocer y decapitar el Principio de la Verdad*; á qué, repetimos, acudir á aquella clase de argumentos, cuando para desmentir la tesis objeto del capítulo primero de su *Historia de los conflictos*, nos proporciona su mismo autor numerosísimos argumentos de hecho en multitud de pasajes de su libro?

Acaba de sentar (pág. 12), al poner fin á la narracion de las campañas de Alejandro, que las escuelas prácticas y matemáticas de éste habían sido el verdadero origen de la ciencia, cuando casi á renglon seguido, para probarnos que, no tan sólo los más grandes capitanes, sino hasta los más ilustres filósofos griegos, hallaron en el sometido imperio persa mucho que debía excitar su admiracion, dedica á este objeto, sin duda para acabar de convencer á sus lectores de que realmente fué el Museo la cuna de la ciencia, los dos párrafos que á continuacion transcribimos.

« Calistenes obtuvo en Babilonia una série de observaciones astronómicas de los caldeos que se remontaban á 1903 años, y que remitió á Aristóteles... Ptolomeo, el astrónomo egipcio, poseía memorias babilónicas de eclipses acaecidos 747 años ántes de nuestra Era; largas y continuadas observaciones de bastante exactitud fueron necesarias ántes que algunos de estos resultados astronómicos, que han llegado hasta nosotros, hubieran podido ser afirmados con certeza. Así pues, los babilonios habían fijado la duracion del año trópico con veinticinco segundos de error; su aproximacion del año sidéreo era simplemente de dos minutos de exceso; descubrieron la precesion de los equinoccios; conocieron las causas de los eclipses, y con ayuda del ciclo llamado de Sáros podían predecirlos. El valor de este ciclo, que es superior á 6.585 días, lo determinaron con una aproximacion de diez y nueve y medio minutos.

» Tales hechos suministran pruebas incontrovertibles de

» la paciencia y habilidad con que había sido cultivada la
» astronomía en la Mesopotamia, y que, no obstante lo
» impropio de sus medios instrumentales, había alcanzado
» una considerable perfección. Estos antiguos observadores
» habían formado un catálogo de estrellas y dividido el
» zodiaco en doce signos, el día en doce horas y en otras
» tantas la noche. Se habían consagrado por largo tiempo,
» según cuenta Aristóteles, á observar ocultaciones de
» estrellas por la luna; tenían ideas exactas sobre la estruc-
» tura del sistema solar y conocían el orden de colocación
» de los planetas; construían cuadrantes solares, clepsidras,
» astrolabios y gnómones (págs. 13 y 14). »

Después de añadir en el apartado siguiente que, además de estos descubrimientos, poseían los asirio-babilonios algunas nociones de óptica, que les eran conocidos los lentes convexos, y de hacer notar que á medida que se estudien más sus bibliotecas, es de esperar que obtendremos ámplios frutos de literatura é historia — ¿y por qué no de su saber científico? — hasta ahora ignorados, es cuando rompe en la exclamación que dejamos transcrita: ¡Qué espectáculo para los conquistadores griegos, que hasta entonces nada habían observado ni experimentado! Y no obstante — perdónenselo el sentido común y la lógica — todavía insiste en hacer de Alejandría la cuna de la ciencia!

Permítannos nuestros lectores que nos apartemos breves momentos de lo que es en este capítulo objeto principal de nuestra tarea, obligados á ello por Draper que pasa con ligereza suma de un asunto á otro, ya que se nos viene á los ojos otro texto lleno también de inexactitudes, pero que le da ocasión para escribir unas pocas líneas en las cuales no se sabe qué es lo que más repugna, si la mala fe que en ellas se descubre, ó la solapada intención que en su calculada concisión se encierra.

Hablando de Persia, cuyo sistema religioso califica de grande, solemne, *consistente*, y fundado sobre bases filo-

sóficas, dice: «La Persia, como todos los imperios duraderos, » *había pasado por varios cambios religiosos*. Había seguido » el monoteismo de Zoroastro; luego el dualismo y más » tarde el magismo (pág. 15).» No ignoramos que si preguntásemos al profesor de Nueva-York en qué libros de historia de las religiones ha bebido los conocimientos que manifiesta tener sobre la de los persas, podría citarnos tantos y de tanta autoridad, que los no versados en ese género de estudios podrían dar por demostrado lo que él afirma. Pero de quien toma sobre sí la árdua tarea de escribir la *Historia de los conflictos entre la Religion y la Ciencia*, tenemos derecho á exigir más; tenemos derecho á que en todas las cuestiones que le salen al paso, y mayormente en las que él mismo, las más de las veces sin necesidad, provoca, conozca la última palabra, como ahora comunmente se dice, que ha formulado la ciencia; y Draper debe saber que en lo que se refiere á la historia de los antiguos pueblos de Oriente, cada día que pasa y á consecuencia de más profundos estudios de sus libros religiosos y poéticos y de sus monumentos arquitectónicos, se van desvaneciendo antiguos errores, ó enriqueciendo su historia con noticias de nuevos hechos. Y limitándonos al que en este momento nos ocupa, ó sea á los cambios verificados en la religion de los persas, el afamado profesor anglo-americano debía saber que despues de los estudios hechos sobre los fragmentos que nos quedan del Zend-Avesta por Eugenio Burnouf, Spiegel, Oppert y otros doctos orientalistas, nadie duda que Zoroastro, cuya existencia fijan aquellos sabios filólogos en los siglos xxvi ó xxv ántes de Jesucristo, el autor del mazdeismo, lo fué del dualismo, ó sea de la creencia de los dos principios del bien (Auramazda) y del mal (Ayra-Mainius): debería saber que algunos autores, y Max-Muller y Lenormand son de este número, atribuyen al cambio introducido en las creencias por aquel legislador, con el cual alteraba el primitivo monoteismo

de los arios, la excision que se verificó entre las diferentes familias de este pueblo y que fué causa de la emigracion de sus dos principales ramas, de las cuales la una, la de los arios propiamente tales, se dirigió á la India, y la otra, la de los iranios, al país que de su nombre se llamó Iran: que segun autoridades respetabilísimas, la creencia en un sér superior llamado Zarvan-Akarana, del cual se suponía que eran emanaciones Ormuzd y Ahriman, y en quien debían ser absorbidos más tarde con todos los séres creados, no apareció hasta los tiempos de Alejandro, y es considerada como una alteracion del mazdeismo establecido por Zoroastro; y en suma, que el magismo, doctrina especialmente profesada por los medos, fué combatido á sangre y fuego por los persas, no tan sólo despues que Ciro hubo sometido la Média, sino tambien más tarde cuando Artajerjes (226-240) restableció sobre las ruinas del reino de los Partos la dominacion persa.

Hé aquí ahora el brevísimo apartado á que hace poco aludíamos y que para el lector desprevenido podrá parecer continuacion natural y lógica de lo dicho anteriormente; para el no versado en la historia una verdad dogmática, pero para el avisado é instruido un ataque encubierto á la autoridad de la Biblia y á uno de los principales dogmas del Cristianismo. «En las antiguas leyendas del dualismo» se decía que el espíritu del mal envió una serpiente para» destruir el paraíso que habia formado el buen espíritu.» Esas leyendas fueron conocidas por los judíos durante su» cautividad en Babilonia.»

No sabemos á qué antiguas leyendas aludirá el catedrático de Nueva-York. Que más tarde, al alterarse el mazdeismo zoroástrico y á consecuencia del roce con las tribus turanianas, fué representado Arhiman bajo la figura de una serpiente, lo saben cuantos se consagran á los estudios históricos; pero éstos saben tambien que era mucho más puro, más elevado y por todo extremo parecido al relato

genesíaco el que acerca de la caída del primer hombre y la pérdida del paraíso se encuentra en el Zend-Avesta. Permitánnos Draper y sus lectores que traslademos aquí lo que acerca de uno y otro hecho se lee en el libro titulado *Bundehesch* que forma parte de aquel código religioso. «Ormuzd habla de Meschia y de Meschiané (el primer hombre y la primera mujer). El hombre fué, el padre del mundo fué. Estábasele destinado el cielo á condicion de que sería humilde de corazon, que haría con humildad la obra de la ley, que sería puro en sus pensamientos, puro en sus palabras, puro en sus acciones, y que no invocaría á los Devs.... Al principio dijeron estas palabras: «Ormuzd es quien dió el agua, la tierra, los árboles, los animales, los astros, la luna, el sol y todos los bienes que nacen de una raíz pura y de un fruto puro.» Despues pasó sobre sus pensamientos la mentira, trastornó sus ideas y les dijo: «Quién dió el agua, la tierra, los árboles, los animales, y todo cuanto ántes se dijo fué Arhiman.» Y así fué como al principio Arhiman les engañó en lo que se refería á los Devs; y hasta el fin no se ha ocupado más que en seducirles. Y dando crédito á esta mentira, los dos se convirtieron en Darvands y sus almas estarán en el infierno hasta la renovación de los cuerpos.... Más atrevido desde entónces el Dev que dijo la mentira, *presentóse á ellos segunda vez, y les llevó frutos que comieron, y por ello, por cien ventajas de que disfrutaban no les quedó más que una*¹.

Respecto á la segunda parte del párrafo que dice: «estas leyendas fueron conocidas por los judíos durante su cautividad en Babilonia»; si lo da Draper como un hecho averiguado, se lo negaremos; si como un suceso posible y sin ninguna influencia en las creencias religiosas de aquel pueblo, en este caso no tenemos reparo en concedérselo; pero no sin advertirle que no fueron los medos, súbditos

¹ LENORMAND (F.) *Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, t. II, pág. 323.

primero de los reyes de Nínive de la dinastía de los Belitaras, y en guerra más tarde con los monarcas de la dinastía de los Sargónidas, los que comunicaron sus doctrinas á los asirio-babilónicos; sino que, por el contrario, fueron las creencias zoroástricas las que se alteraron y pervirtieron á consecuencia del roce con éstos; que no se encuentra, que sepamos, rastro alguno entre los hebreos despues del cautiverio, ó sea en los tiempos que siguieron inmediatamente á su libertad, de la influencia de las doctrinas religiosas de los medos ni de los persas, al paso que se percibe por desgracia alguno de la influencia de la religion asirio-babilónica; y por último, que si realmente conocieron los judíos aquellas leyendas, su conocimiento llegó á ellos demasiado tarde para que influyeran, como no fuese para confirmarles más y más en ellas, en sus creencias sobre el pecado de nuestros primeros padres y la pérdida del paraíso, que les habian sido reveladas por Moisés muchos siglos ántes de que fuesen sometidos por los asirios y los babilonios.

Prosigamos ya la historia de los conflictos, que más que los que suponte Draper existir entre la Religion y la Ciencia, parece ser en el presente capítulo una reseña de los que él mismo crea entre su tesis y los argumentos en que se apoya para probarla. Á las pocas páginas de haber sentado la proposicion, á la cual por tercera vez nos vemos obligados á hacer referencia, á saber: que arranca de las escuelas prácticas y matemáticas de Alejandria el verdadero origen de la ciencia; despues de habernos hablado de la formacion de las dos bibliotecas alejandrinas, ó sea de la del Museo y de la del Serapeo, que juntas llegaron con el tiempo á contar hasta setecientos mil volúmenes, cual si comprendiera que eran demasiados libros para no concederles alguna influencia, siquiera fuera escasa, en su nacimiento, y para condenarles á asistir como testigos mudos é indiferentes á aquel importante suceso, pasa á revelárnoslo diciendo: «Al » establecer el Museo tuvieron Ptolomeo, Sotero y su hijo

» Filadelfo, presentes tres objetos: primero, *perpetuar* los » conocimientos que *existían* en el mundo; segundo, au- » mentarlos; tercero, difundirlos. » Detiénese en seguida á explicar los medios de que se valieron para realizar estos tres propósitos, y terminada esta tarea, emprende la descripción (tal es el vocablo que emplea el traductor español) de la base filosófica del Museo, señalando como *pie- dra angular intelectual* del mismo la filosofía aristotélica, en primer lugar, porque así debía esperarse de la amistad que había existido entre Alejandro, Ptolomeo y Aristóteles, y en segundo lugar, porque, como dice más adelante, la filosofía inductiva establecida por el Estagirita es un método poderoso y de grande eficacia para promover los adelantos de la ciencia. Al lado de aquella piedra angular, parte principal de la mencionada base filosófica, coloca como formando también parte de la misma, la escuela ética de Zenon, cuyos discípulos, según advierte á sus lectores, tomaron el nombre de estóicos, y por fin el platonismo, que no tan sólo, dice, se practicaba en el Museo, sino que llegó con el tiempo á sobreponerse al peripatetismo. Hemos visto en otra parte qué concepto merece á Draper la escuela de la Academia.

Si no supiéramos ya que el catedrático de la universidad de Nueva-York niega el título de *ciencia* á todas las disciplinas que no están basadas en *los experimentos y las observaciones ayudados por la discusion* (sic) *matemática*, y que según él no son más que inútiles especulaciones las filosóficas, le haríamos notar que siquiera en esta clase de conocimientos no podía con fundamento gloriarse el Museo Alejandrino de ser cuna de la ciencia, supuesto que los sistemas filosóficos que adoptó y enseñó habían nacido antes que levantaran los Ptolomeos aquel monumento y fundaran su famosa escuela; pero esto lo tiene más que sabido el autor de los *Conflictos*, y por ventura ni siquiera hubiera hecho mención de dichos sistemas, á no ser por la estima y espe-

cial predilección que profesa al método de inducción de Aristóteles, al cual tanto debieron «los severos geómetras» del antiguo Museo que, en los tiempos de la decadencia intelectual de Alejandría, en que fueron preferidos los métodos todos indolentes á las observaciones laboriosas y al severo juicio mental, debían ser reemplazados por los místicos especuladores de las escuelas del neo-platonismo, tales como Ammonio, Saccas y Plotino (pág. 27).»

No seguiremos á Draper en la reseña que hace de los «elementos con que el Museo de Alejandría ha contribuido al caudal de los conocimientos humanos,» y de los descubrimientos é invenciones que en las ciencias matemáticas, físicas y astronómicas se deben á Arquímedes, Erastótenes, Ptolomeo, etc., y entre los cuales coloca el de la máquina de vapor que, ideada por Heron, *funcionó* en el Museo; ni descenderemos á romper lanzas con él sobre si se debe la gloria de tal ó cual descubrimiento á los sabios alejandrinos á quienes lo atribuye, ó á los matemáticos y astrónomos de los antiguos pueblos de Oriente; ni ménos discutiremos sobre si muchos de los que cita son ó no de tal importancia que merezcan ocupar un lugar en la historia de la ciencia, y si todos ellos, en fin, señalan ó no un progreso en el desenvolvimiento de la misma. Bástanos con recordarle que no de tal suerte debían haber desaparecido las tradiciones de la ciencia oriental, que debiesen los sabios alejandrinos comenzar por echar los cimientos del edificio científico; y que teniendo como tenían á su disposición dos numerosísimas y ricas bibliotecas, á fuerza de diligencias y de grandes sacrificios por los Ptolomeos formadas con los volúmenes recogidos de todas las naciones del Asia, de Egipto y de Grecia, natural era que se aprovecharan de los conocimientos en ellos atesorados; por más que hoy no podamos apreciar hasta qué punto lo hicieron, á causa de los dos desgraciados incendios que destruyeron aquellas bibliotecas.

Como, segun Draper, la ciencia es incompatible con toda creencia religiosa, en lo cual muestra tambien no estar del todo conforme con él su apologista el Sr. Salmeron, era de absoluta necesidad que probase que aquel florecimiento, dije mal, que aquel esplendoroso nacimiento del sol del saber, coincidió con el ocaso, ó sea con la universal desaparicion de todas las religiones positivas. De ahí, pues, el que en breves rasgos narre á sus lectores cómo las mitologías se habian convertido en fábulas; por qué manera habíanse trocado en vanas ilusiones las maravillas de los antiguos pueblos; de qué suerte al reducirse á un simple fantasma de la imaginacion el Olimpo, habían desaparecido las deidades que lo poblaban; cómo el infierno había perdido sus terrores desde que no se hallaba sitio donde colocarlo; por qué pasos había ido la Persia cambiando sus creencias hasta caer en los tiempos de Alejandro en el panteísmo; de qué modo en la tierra de las Pirámides, los colosos, las esfinges y las imágenes de los dioses habían dejado de ser objeto de adoracion, y en suma y cual remate de tan grandioso y sobre todo encarecimiento *verídico* cuadro, cómo hasta los judíos, que á millares vivían en las tiendas y calles de Alejandría, habían olvidado al Dios que había fijado su sólio tras el velo del Templo (págs. 32 y 33), todo ello para demostrar que era punto ménos que imposible que en tan solemne momento no naciera en el Museo Alejandrino la ciencia, que debía reemplazar las formas efímeras de la fe por las eternas é invariables verdades por ella descubiertas y que pudiera descubrir en adelante. El cuadro como de poeta, sería de mano maestra; como de historiador nó tiene más que el levisimo defecto de carecer de verdad.

Permítannos nuestros lectores que pongamos fin á esta impugnacion del primer capítulo de la *Historia de los conflictos entre la Religion y la Ciencia*, con la siguiente observacion de Draper, á la cual reviste éste de toda la

seriedad de un aforismo histórico de verdad incontrovertible: « Un país, dice, que en días de grandes desgracias » políticas no encuentra auxilio en sus dioses indígenas, » cambia inevitablemente de fe. » Tal desconocimiento de la historia supone esta afirmación, que un buen catedrático de esta asignatura en sus exámenes, si un alumno, no por aturdimiento, sino con seriedad y conocimiento de lo que decía, contestara lo que en este pasaje afirma el profesor anglo-americano, le rehusaría la aprobación del curso.

Dudamos que se pudiera citarnos un solo caso de un pueblo, así en los tiempos antiguos como en las modernas edades, que, al verse abrumado de desgracias, de cualquier linaje que sean, no haya acudido á sus « dioses indígenas, » para pedirles remedio á sus males y para que desviasen de ellos aquellas aflicciones, consideradas siempre como efectos de su justa indignación; y si por su daño los han encontrado los hombres sordos á sus primeros ruegos, « en vez de cambiar de fe, » han multiplicado sus preces, han aumentado sus expiaciones, les han ofrecido mayor número de sacrificios con la esperanza de desarmar al fin su rigor con la constancia del ruego y la humildad de la súplica. Las naciones, al igual que los individuos, nunca con más ardor levantan sus corazones y sus ojos al cielo como cuando se sienten oprimidos por la adversidad y heridos por la espina del dolor. ¡Quizá algún día, y ojalá sea así para su bien, se convenza Draper de esta verdad por su propia experiencia!

CAPÍTULO II

Orígen del Cristianismo. — Su transformacion al alcanzar el poder civil.
Sus relaciones con la ciencia.

Con fecha de 21 de Octubre de 1736 escribía Voltaire á su amigo Thieriot. «La mentira es un vicio únicamente cuando hace mal y una gran virtud cuando hace bien.»— Los que conocen al infame calumniador de Juana d'Arc y al bajo adulador de Federico de Prusia saben lo que en sus labios significan los vocablos *bien* y *mal*. — «Sed, pues, más virtuoso que nunca, añadía. Es preciso mentir como un diablo; no con timidez, sino con el mayor descaro y á todas horas.» No se ofenda Draper si á cada paso que damos en el exámen de lo que llama *Historia de los conflictos entre la Religion y la Ciencia*, nos persuadimos más y más que pone especial empeño en ser *virtuoso* á la manera que aconsejaba que lo fuese á aquel su amigo el Filósofo de Ferney.

Sabemos bien, y ¡ojalá no tuviésemos tantos motivos para saberlo! que el volteriano precepto y el otro masónico

de «calumniad, calumniad, que de la calumnia algo queda,» son la voz de mando á que obedecen y el mote que han escrito en su bandera de guerra al Catolicismo los portandartes de las sectas; pero á pesar de todo nos cuesta no poco trabajo comprender, cómo hombres que gozan de alguna reputacion en el mundo científico, y ocupan en la sociedad un lugar distinguido, tienen el valor necesario para sacrificar su reputacion de honradez y su fama como escritores á su ódio á toda religion positiva, y en especial á la revelada por Jesucristo. Cuando Lutero, al negar la eficacia de las buenas obras, en medio de su loco frenesí y del delirio del error, escribía á Melanchthon: «Sé pecador; peca mucho, con tal que tu fe sea más grande que tu pecado. El pecado no puede destruir el reino del Cordero, aún cuando cometiésemos mil asesinatos cada día; » cierto instinto del bien que con más ó menos energía se conserva, aún despues de su caída, en el fondo del alma humana, hacía que todos, sabios é ignorantes, rechazáran con horror una doctrina nacida de una inteligencia enferma, más tal vez que de una voluntad pervertida: pero ¿cómo disculpar aquel infame y repugnante precepto inspirado por el ódio y nacido de la ruindad del corazon, y mucho menos á los que lo obedecen con el deliberado propósito de inducir á los demás á error, de matar las creencias, sobre todo cuando los que así obran son de los que, como Draper, opinan que son ellas el consuelo de las generaciones (pág. 1), y la *única* base inquebrantable sobre que descansa la sociedad civil?

No se nos oculta que no en todas sus afirmaciones obedece Draper á aquel precepto, ni ajusta siempre su conducta á aquella criminal divisa; sino que yerra por ignorancia no pocas veces, y otras por haber bebido en fuentes harto turbias; pero en estos casos, ¿por qué no prepararse con más sérios y detenidos estudios, ó no citar las autoridades que pudieron inducirle al error? El autor de la *Historia de*

los conflictos, despues de declarar, — suponemos que por modestia, — que su libro es inferior á su objeto, confiesa, segun dijimos ya, que para desempeñarlo cumplidamente necesitábase poseer no vulgares conocimientos científicos, históricos y teológicos. Derecho pues tenemos á ser más severos con él, ya que, por nadie obligado, sino movido por su aversion al Cristianismo, puso su mente y su mano en tan árdua tarea, si la emprendió sin haberse suficientemente preparado para ello, y sin estar bien versado en aquellas disciplinas que conceptuaba necesarias para el seguro logro de su empresa; con tanta más razon cuanto rehuyendo, nos atrevemos á decir que sistemáticamente, compartir con otros su responsabilidad, ó no apoya, ó lo hace rarísimas veces, sus asertos, por osados ó peregrinos que sean, en ningun texto; ni confirma con testimonios ó pruebas históricas los hechos, las más de las veces falsos y hasta inverosímiles, que con dogmática seguridad da, sin embargo, por ciertos. De ello hallarán nuestros lectores nuevos y abundantísimos ejemplos en el capítulo en cuyo exámen vamos á ocuparnos.

Comienza Draper este segundo capítulo con una de esas afirmaciones absolutas, á que tan aficionados se muestran hoy ciertos historiadores, las cuales, si sorprenden á veces por su novedad, se las encuentra, á poco que se las medite, ó sobradamente hinchadas y presuntuosas, ó falsas. «Políticamente hablando, dice, el Cristianismo es la herencia que el imperio romano ha dejado al mundo.» Como no explica su pensamiento, que en cualquier concepto que se tome lo

tenemos por falsísimo, nos contentaríamos con apuntarlo y pasaríamos adelante.

Ignoramos hasta qué punto aceptarían los antiguos habitantes de Macedonia y Grecia, de las provincias del Asia Menor, de España, de las Galias y hasta de la Gran Bretaña, la opinión del profesor anglo-americano de que « las » nacionalidades independientes que tenían su asiento al » rededor del Mediterráneo no podían considerar como un » desastre el haber caído bajo la férula del poder central, » toda vez que por tal medio tuvieron fin las perpétuas » guerras que unas con otras sostenían, y la miseria que » sus conflictos habían producido se trocó por (sic) una paz » universal (pág. 35). » ¿De qué paz pretende hablar aquí Draper? ¿Por ventura de aquella de la cual decía Tácito: *Ubi solitudinem faciunt pacem appellant?* ¿Acaso de la que disfrutaban las comarcas del Sur de los Estados-Unidos bajo la dominación de los del Norte después de la guerra de separación? ¿Tal vez de la que reina hoy en Varsovia? ¿No recordaba, cuando aquellos desgraciados renglones escribía, que las provincias orientales del Imperio, así las europeas como las asiáticas, aprovechaban cuantas ocasiones se les ofrecían para alzarse en armas contra la dominación de Roma, sobre todo durante el gobierno, por demás opresor, de su república? ¿Tan olvidadas tenía las lecciones de Historia que en la universidad había recibido, que no le viniesen á la memoria los esfuerzos de España para sacudir el odiado yugo romano? ¿Ignoraba que, al igual de la Península ibérica, las Galias no quedaron sometidas hasta el tiempo de Augusto, y que sus hijos derramaron con abundancia su sangre bajo el gobierno de Vespasiano para recobrar su perdida independencia? Lo que hay de

¹ CLAUDE JANNET, *Les Etats-Unis contemporains*, cap. III, núm. 11 y siguientes. — Esta obra, que tendremos ocasión de citar varias veces, pasa por ser de las más serias y con más conciencia escritas sobre las repúblicas norte-americanas.

verdad en el fondo de lo que se afirma en el pasaje transcrito es que el mundo romano, una vez acostumbrado al yugo, y perdida toda esperanza de romperlo, gozó de algun mayor sosiego y bienestar bajo el gobierno de los primeros Césares, y ántes que empezáran las grandes luchas para el Imperio, que los que habia disfrutado durante la República: pues, como dice Dubois-Guchan, ante un tribunal de jueces imparciales y competentes los Césares no salen del todo mal parados cuando se les compara con los Clodios, los Verres, los Catilina y los M. Antonio; y de todos modos, valían mucho más los propretos imperiales que los procónsules republicanos ¹, de cuyas crueldades, rapiñas y desórdenes, sea dicho con perdon del profesor republicano de Nueva-York, libraron aquéllos las provincias; porque, como declara el autor de los *Anales* por boca de Traseas, refiriéndose al reinado de Neron, «eran á la sazón las provincias las que hacían temblar á la aristocracia romana, al paso que en otro tiempo era la aristocracia la que hacía temblar á las provincias ².»

Debemos confesar que no acertamos á explicarnos cómo proponiéndose el autor de la *Historia de los conflictos* probar á sus lectores que no hay que extrañar que el politeísmo manifestase tendencias á convertirse en mono-teísmo, nos diga á renglon seguido, y lo dé como una consecuencia de lo que acaba de afirmar, que se tributaron honores divinos, primero á los emperadores difuntos y despues á los vivos. Y si bien intenta explicarlo por aquello de que, «la fabricacion de un dios nuevo hace caer el» ridículo sobre el origen de los antiguos;» y por lo de que, «los excesos de la misma religion minaron los» cimientos de la fe (pág. 36);» lo cual en manera alguna prueba que por este camino se vaya del politeísmo al

¹ DUBOIS-GUCHAN, *Tacite et son siecle*, t. I, pág. 430.

² TÁCITO, *Annales*, 15, 21.

monoteismo, le diremos á Draper que es cosa sabida, y la historia lo confirma con repetidísimos ejemplos, que no por admitir los pueblos una deidad más en su Olimpo pierden su veneracion á los antiguos; y que respecto á los que, como los asirio-babilonios, egipcios y posteriormente los romanos, divinizaron á sus monarcas, ora fuesen las apoteósis un testimonio póstumo de baja adulacion ó de servil temor, como entre los torpes adoradores de César, de Neron, de Commodo y otros; ora principalmente efecto de un religioso respeto á los que eran tenidos por representantes de la divinidad, cual entre los vasallos de los faraones, el culto á los mismos, y su recuerdo, duraban sólo lo que tardaba en perderse de vista el águila que remontaba su vuelo desde la pira donde se quemaba el cadáver de la nueva y efímera deidad, ó el brevísimo espacio de tiempo que transcurria entre la muerte de un faraon y la proclamacion de su sucesor en el trono. Encuéntrase en los monumentos egipcios representado á Ramses adorando á sus antepasados. Dudamos que se halle en ninguno de ellos al pueblo prestando culto á los monarcas de otras edades.

Sostiene casi á renglon seguido, que la política de Roma completó la destruccion de su fe religiosa ya quebrantada, segun él, por otras causas. Respecto á eso, nos limitaremos á recordarle que, al revés de lo que dice, la política romana consistió principalmente en mantener en pié las antiguas creencias, que informaban todos sus actos, y de cuya conservacion hacía la ciudad de Rómulo depender su existencia. Y en cuanto á que fueron los excesos de la misma religion, y no la importacion del escepticismo griego lo que hizo escéptica á Roma, no pensaba como él Caton el Censor, que más que él conocía las causas de la decadencia de las costumbres y de las creencias de su patria y que puso toda su atencion y todas sus fuerzas en contener el desbordamiento de aquéllas y en oponer un dique á la turbia avenida de las doctrinas helénicas.

Origen del Cristianismo.

Á continuacion de un apartado donde afirma que el imperio al llegar á su mayor grado de elevacion cayó en el epicureismo, y en el cual indica en brevísimos rasgos lo que era entre los romanos la vida ajustada á las enseñanzas de aquella doctrina, entra sin preámbulo ninguno, y como si se tratase del hecho más insignificante de la Historia, á tratar del que llama *Origen del Cristianismo*, que refiere en estos términos. « En una de las provincias » orientales, en la Siria, algunas personas de humildísima » condicion se habian asociado con objetos benévolos y » religiosos. Las doctrinas que sustentaban estaban en » armonía con ese sentimiento de fraternidad universal » que hizo nacer la semejanza que existía entre los reinos » conquistados. Eran las doctrinas inculcadas por Jesus » (página 37). »

Permítannos nuestros lectores que en vez de dirigirnos á Draper, por más que, segun Salmeron, haya alcanzado ya ilustre renombre en las ciencias naturales y en la historia, preguntemos á éste, si no opina que ha mutilado aquél la historia suponiendo que nació por tan extraña manera y tan sin anterior preparacion una Religion que ha cambiado completamente el modo de ser de los pueblos y de los individuos, y que, fundando sobre nuevas y más sólidas bases las sociedades políticas, ha separado por un abismo el mundo moderno del antiguo; si no es de parecer que ha faltado á la verdad afirmando que existía ya entre las naciones el sentimiento de fraternidad universal, y que esta fraternidad naciera de la semejanza que había entre los reinos conquistados; y en suma, si no reconoce que ha insultado sacrílegamente á Jesus con su silencio, no hablando nada de sus hechos, él que ocupa muchas páginas en narrar los más insignificantes pormenores de

la vida de Mahoma, y diciendo de sus doctrinas que eran las existentes entre los pueblos sometidos á Roma; á Jesus, quien áun prescindiendo de su carácter divino, es el personaje que más importancia tiene en la historia del linaje humano; á Jesus, á quien el mismo Renan, despues de escarnecerle y de pretender reducirle á las proporciones de un hombre vulgar, deslumbrado por los esplendores sobrehumanos que rodean, cual de brillante nimbo su persona, cayendo á sus piés, se ve, como á pesar suyo, y contradiciéndose á sí propio, obligado á reconocerle por lo ménos como casi igual á Dios ¹.

«El pueblo judío, continúa diciendo Draper, conservaba » una creencia fundada en antiguas tradiciones.»

Permítasenos que nos interrumpamos para recordarle que la religion judaica estaba basada en la revelacion, en instrucciones y preceptos dados por el mismo Dios, en libros que tenía por inspirados, en multitud de milagros y en una historia que, empezando en el paraíso, llegaba hasta la destruccion de la ciudad santa y de su templo.

«Aquel pueblo esperaba, añade, que un libertador nacido » entre ellos (sic) volvería á darles su antiguo esplendor.»

Es cierto que los judíos vivian en esa esperanza; pero no hubiera cumplido mejor Draper con el deber de historiador imparcial y exacto si hubiese añadido que en aquella

¹ «¡Descansa ahora en tu gloria, noble iniciador! Queda terminada tu obra y fundada tu divinidad. No temas ver que se derrumbe por culpa alguna el edificio de tus esfuerzos. En adelante, al abrigo de los ataques de la fragilidad, presenciarás desde la altura de la paz divina las consecuencias infinitas de tus actos. Á costa de algunas horas de sufrimiento, que no llegaron siquiera á tu grande alma, compraste la inmortalidad. Por millares de años el mundo va á depender de tí. Mil veces más lleno de vida, mil veces más amado despues de tu muerte, por tal manera serás la piedra angular de la humanidad, que sería imposible arrancar tu nombre de este mundo, sin hacerla vacilar hasta sus cimientos. No se conocerá diferencia entre Dios y tú. Vencedor de la muerte, toma posesion de tu reino, donde te seguirán, por el camino real trazado por tí, siglos de adoracion.» *Vida de Jesus*, pág. 426, cit. por DARRAS. *Histoire générale de l'Eglise*, t. IV, págs. 226 y 227.

espectacion vivian tambien un gran número de naciones, siquiera hubiese callado, en odio al Cristianismo, que dieron testimonio de su existencia algunos autores paganos, tales como Virgilio ¹, Suetonio ² y Tácito, adelantándose este último hasta afirmar que «el Oriente era el que debía » prevalecer sobre el mundo, y que se aguardaban de la » Judea á los que debian dominar sobre la tierra? ³.»

» Jesus, sigue diciendo, fué considerado por sus discípulos como el Mesías prometido, tantos años esperado. Pero » los sacerdotes, creyendo que las doctrinas que sostenía » eran contrarias á sus intereses, le denunciaron al gobernador romano, que para satisfacer sus clamores, y aunque » con gran repugnancia, le condenó á muerte (pág. 38.) » No tome á mal el Sr. Salmeron que, sin entrar en consideraciones sobre este pasaje, que su claro juicio sabrá hacer mejor que nosotros, le preguntemos de nuevo, si cree que está escrito con vasta erudicion, crítica severa y esmerado arte, cual lo requería el sujeto que en él se trata, y si es digno de quien goza ya de ilustre nombradía en las ciencias naturales y en la historia.

» Sus doctrinas de amor y de fraternidad, añade Draper, » sobrevivieron á este suceso (la muerte de Jesus): sus discípulos, en vez de dispersarse, se organizaron: uniéronse » entre sí bajo un principio de comunismo, depositando en un fondo comun sus escasas propiedades y todas » sus ganancias... De este gérmen se desarrolló una sociedad nueva, y el tiempo confirmó *luego* que tambien » era poderosa: fué la Iglesia. Nueva, porque jamás habia

¹ VIRGILIUS, *Pollio*, Eglog. IV.

² SUTONIUS, *Vespasianus*, núm. 4.

³ TÁCITO, *Histor.* lib. v, núm. 13. Acerca de la espectacion de la venida de un redentor, en la cual creia la mayor parte de las naciones, véanse á DARRAS, op. cit., tomo IV, pág. 177 y siguientes, á NICOLÁS, *Estudios sobre el Cristianismo*, tomo I, cap. IV, pár. III, y sobre todo á LUKEN, *Les traditions de l'humanité*, t. II, lib. III, cap. I, etc.

» existido nada semejante en la antigüedad: poderosa,
» porque las iglesias locales, aisladas al principio, *pronto*
» se confederaron por interés comun. Á esta organiza-
» cion debió el Cristianismo todos sus triunfos políticos
» (pág. 38).»

Detengámonos breves momentos en este párrafo, en el cual, y esto se puede afirmar sin exageracion, hay tantos errores y falsas apreciaciones como renglones. Y en primer lugar, ¿es cierto, como suponen las escuelas comunistas y como ántes que ellas afirmaron algunas sectas heréticas, que los Apóstoles hubiesen hecho del comunismo la base de la sociedad cristiana, estableciendo como precepto el reparto por igual de los bienes de todos en provecho de todos? Hé aquí el pasaje de San Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*, en que apoyan aquellas escuelas y fundaron aquellas sectas sus sistemas. «Y de la muchedumbre de los creyentes el corazon era uno y el alma una: y ninguno de ellos decía suyo propio nada de lo que poseía, sino que todas las cosas eran comunes... Y no había ningun necesitado entre ellos. Porque cuanto poseían, campos ó casas lo vendían, y traían el precio de lo que vendían y lo ponían á los piés de los Apóstoles. Y se repartía á cada uno segun lo que había menester.» Pero ¿quién que no esté cegado por el humo del error puede ver en aquellas costumbres de los primitivos cristianos, que aspiraban á la perfeccion evangélica, más que la práctica en toda su pureza del precepto del amor al prójimo, al cual llama Santiago la ley real ¹, tantas veces recomendado por Jesucristo, quien había hecho de él un signo característico por el cual debían ser reconocidos sus discípulos ²; más que la realizacion del consejo del divino Redentor al jóven rico de que, si quería ser perfecto, vendiese sus bienes, repartiera su precio entre los

¹ JACOB, Ep. II, 8.

² JOAN, cap. X, XIII, 34, 35.

pobres y le siguiese? «Los cristianos sabían perfectamente, » dice Doellinger, que una comunidad absoluta de bienes no » era practicable ni en grande escala, ni por mucho tiempo ¹; » y muchos siglos ántes que él, Lactancio, hablando contra las utopías comunistas de Platon, escribía estas notabilísimas palabras: «La verdadera comunidad consiste, no » en poseer en comun cosas perecederas, sino en no tener » más que un espíritu y un corazón... La propiedad contiene » la materia de las virtudes y de los vicios: en la comunidad » de bienes no hay más que la licencia de los crímenes ².» En cuanto á la Iglesia, que ya desde el primer siglo condenó las doctrinas comunistas de Ebion; que más tarde anatematizó en la herejía de los llamados Aristotélicos la fórmula, de que se ha creído despues autor á Proudhon, «que la propiedad es un crimen social; » y que en los tiempos medios condenó de nuevo este error en los Cataros, Patarinos y Valdenses ³, la Iglesia, repetimos, levanta y levantará constantemente y sin descanso su voz contra los que pretendan apoyar en la autoridad del sagrado texto y en el ejemplo de aquellas antiguas prácticas, únicamente posibles en comunidades de hombres que ajusten sus actos y su conducta á las enseñanzas y consejos evangélicos, teorías cuya realizacion, si posible fuera, traería consigo la anarquía más espantosa, iría acompañada del desbordamiento de las más ruines pasiones y de los vicios más torpes, y ocasionaría por fin la ruina de la sociedad.

¿Es cierto, en segundo lugar, que «la Iglesia, sociedad nueva y que el tiempo confirmó *luego* que tambien era poderosa, » se desarrolló de aquel gérmen, ó sea de la organizacion de los discípulos de Jesus, los cuales en vez de dispersarse despues de la muerte de éste, se unieron bajo un

¹ *Le Christianisme et l'Église à l'époque de leur fondation*, lib. III, 13.

² LACT., *Inst. div.* III, 22.

³ DARRAS, *op. cit.*, t. V, págs. 319 y sigs.

principio de comunismo? Prescindamos de que el apartado á que estas palabras se refieren está escrito en algarabía, lo cual prueba que el traductor se encuentra respecto al conocimiento de la lengua y de la gramática castellanas al mismo nivel, poco más ó ménos, en que parece hallarse en el de la historia el profesor anglo-americano, y por lo tanto que en este, como en la mayor parte de los pasajes de su obra, la belleza de la forma está en completa armonía con la bondad del fondo. Hagamos tambien caso omiso de la carencia casi absoluta de fechas que se advierte aquí como en todas las páginas del libro que nos ocupa, indicio evidente de que Draper no participa de la opinion comun y por ventura para él sobrado vulgar, de que la geografía y la cronología son los ojos de la historia, empleando constantemente en vez de aquéllas los adverbios de tiempo, *luego, al principio, más tarde*, etc.: ¿es cierto, preguntaremos de nuevo al autor de la *Historia de los conflictos*, que el Cristianismo naciera y se desarrollára como él supone? ¿Lo cree él mismo? Consiéntanos que le digamos, por más que nuestra suposicion no le honre mucho á los ojos de los escritores de buena fe, que sospechamos que no.

Por más que nos tengan acostumbrados los enciclopedistas del siglo pasado y los modernos racionalistas, sobre todo los de allende el Rhin, á las más impías negaciones, ó á las afirmaciones más absurdas y destituidas de todo fundamento; áun despues de tener conocimiento de la manera sobre toda ponderacion errónea, y por lo peregrina originalísima, con que explica Condorcet el origen de nuestra Religion sacrosanta ¹; áun despues de conocer, siquiera no sea más que por medio de los apologistas de ésta,—que es

¹ «Veinte sectas egipcias y judáicas, dice Condorcet, se conciertan para atacar la religion del Imperio, pero despues de separarse y de combatirse unas á otras con igual furia, acaban por perderse en la religion de Jesus, y de sus restos fórmanse

el único camino por donde deben llegar á noticia de los buenos católicos, — las extrañas y contradictorias ¹ teorías que acerca de los cuatro Evangelios y de Jesucristo ha formulado la moderna exégesis alemana, y en especial la escuela protestante de Tubinga, ó sea la de los Strauss, los de Baur y los Ewald, y sus discípulos del otro lado de los Pirineos, los Renan, los Littré y los Reville; áun despues de haber leído las inverosímiles paradojas ideadas y con más ó ménos ruido de palabras defendidas por el error, ha de sorprender á aquellos de los lectores de Draper que tengan alguna nocion, por leve que sea, de historia, la manera por demás vulgar y desnuda de toda verdad como explica Draper el nacimiento y primitivo desarrollo de la Iglesia católica.

« Es imposible ocuparse en la historia general del linaje humano, ha dicho el citado abate Bayle, sin encontrar al paso al Cristianismo, como lo es prescindir de dar un fallo, sea cual fuere, acerca del carácter y de las causas de los hechos que á su aparicion y á su desenvolvimiento se

una historia, una creencia y una moral, á las cuales se fué adhiriendo poco á poco la muchedumbre de los iluminados. » *Progrès de l'esprit humain*, 5.^{me} époque. — Es imposible, dice Dubois-Guchan, desfigurar más atrevidamente los hechos en favor de un sistema.

¹ « Sería facilísimo, dice el Abate A. Bayle, en el prólogo de su traduccion á la obra ya citada de Doellinger, escribir una *historia de las variaciones del racionalismo* sobre la manera como, segun éste, se formó la Iglesia católica. » Los que deseen tener siquiera una ligera noticia del desacuerdo que acerca de este y otros puntos de no ménos importancia reina entre los corifeos de los diferentes sistemas de exégesis alemana, pueden pasar la vista por las págs. XII, XIII y XV del citado prólogo. Así, por ejemplo, Renan dice que no acierta á distinguir lo que hay de auténtico de lo que contiene de apócrifo el Evangelio de San Juan. « No me atrevo á asegurar, añade, que el cuarto Evangelio haya sido escrito todo por un antiguo pescador de Galilea. » Pues bien, Ewald afirma lo contrario. « Obra bajo cien puntos de vista admirable, sencilla y clara para todo espíritu recto, el Evangelio de San Juan fué compuesto por el discípulo íntimo de J. C. Esto es incontestable... y tan sólo un loco podrá dudar de ello. No hay en la antigüedad una obra cuya autenticidad esté mejor demostrada. » *Ibid.* pág. xv.

refieren. Los que se niegan á admitir que el Cristianismo no es un hecho divino, están obligados á probar que es un hecho humano. » ¿Lo ha hecho Draper?

Cual si se creyera inspirado por un númen superior, y por lo tanto infalible, como hemos tenido ocasion de verlo en repetidos lugares y lo verémos en otros muchísimos casos, pronuncia sus fallos, lanza sus afirmaciones sin tomarse el trabajo de probarlas; más aún, sin dignarse darnos á conocer, como hemos advertido otras veces, los testimonios de autoridad en que pudo ó debió apoyarse para emitir los primeros y dar por ciertas las segundas. Sus lectores no saben todavía al llegar al punto de este capítulo que estamos examinando, qué es lo que opina acerca de Jesus, cuyo nombre ha pronunciado únicamente dos veces y muy de paso. Despréndese de su relato que admite su existencia histórica, pero no sabemos si le considera con personalidad real, como Renan, ó á la manera de Strauss, tan sólo como un mito. Ménos saben sus lectores qué concepto tiene formado de los Evangelios. Él, que tantos elogios ha prodigado al Koran, á cuyo exámen dedica un buen número de páginas, no tiene ni una sola palabra para los libros del Nuevo Testamento: no los nombra siquiera. Y sin embargo, como dice el Dr. Hug ¹ y demuestran con abundante copia de testimonios y de datos históricos todos los apologistas cristianos ² y un sinnúmero de autores racionalistas ³: «No hay ninguna obra clásica griega ó latina, cuyo origen y época en que fué escrita se hallen atestiguados por tantos escritores inmediatos á los hechos que en ellos se refieren.» Observa muy oportu-

¹ Prólogo á la traducción de la obra ya citada de Doellinger, p. xi.

² Véanse, entre otros, á NICOLÁS (Aug.), *Estudios sobre el Cristianismo*, t. III, lib. III, §. 3.º; á HETTINGER, *Apología del Cristianismo*, t. I, cap. XIV; al ab. CAUSSETTE, *Le bon sens de la foi*, t. I, lib. II, cap. IV y VII.

³ *Dict. des apolog. involunt. art. EVANGILE.*

namente Kengsternberg, que es tenido por uno de los más afamados exégetas de Alemania, que « los sucesos narrados por los Evangelistas, que habian podido ser puestos en duda por los filósofos y los incrédulos, por los teólogos educados, más que en el espíritu de los pretendidos apóstoles de la reforma, en el de la filosofía hegeliana, han sido aceptados como verdaderos por todos los historiadores ¹. »

No por que abriguemos grandes esperanzas, no ya de ganar á nuestra opinion, pero ni áun siquiera de que lleguen á dudar de la especie de infalibilidad que atribuyen al autor de la *Historia de los conflictos* sus apasionados ó ignorantes lectores, á pesar de sus frecuentes y gravísimos errores, sino á fin de no dejar sin defensa la verdad, permítasenos dirigir á aquél algunas preguntas que se nos vienen, á las mientes y á la pluma, por decirlo así, acerca de los pasajes que dejamos transcritos, y de los que á continuacion de los mismos, y relativos al asunto, se leen en su libro. Dejando aparte que el Cristianismo tiene su raíz y punto de partida en el que lo es de la historia del linaje humano, á cuyas sociedades está destinado á acompañar y dirigir, ilustrándolas con sus enseñanzas y alentándolas con sus consuelos, hasta el fin de los tiempos; prescindiendo, siquiera para acomodarnos por breves momentos á la manera por demás trivial con que pretende explicar Draper el origen de la Iglesia, de los hechos que prepararon éste, las tradiciones y las profecías que existian acerca del Mesías, su divino fundador; haciendo caso omiso de la espectacion en que estaba el mundo, segun hace un instante indicábamos, espectacion « fundada en multitud de oráculos cuyo significado no se comprendía, » y cuya importancia y extension se vé como obligado á reconocer á su pesar el impío Boulanger, al calificarla de quimera

¹ CAUSSETTE, *op. cit.*, t. I, lib. II, cap. VI.



*universal*¹; y hasta, en suma, suponiendo que nada hay que no sea muy natural y fácil de explicar en el origen y rápido desenvolvimiento del Cristianismo, ¿cree el profesor anglo-americano que podía, en un siglo de no escasa agitación y cultura intelectuales; en un estado civil y socialmente organizado sobre la desigualdad de las clases y hasta sobre privilegios de castas, nacer la sociedad cristiana de una especie de asociación de socorros mútuos basada en un principio de comunismo?

¿Cree que bastaba un interés comun, que no se ha tomado el trabajo de indicar cuál fuese, — si bien deja entender que pudo ser el asegurar sus *futuros* triunfos políticos, — para que se confederaran las iglesias locales, aisladas al principio, si no hubiese existido una autoridad superior á todas ellas y por todas ellas acatada y obedecida? ¿No recordaba Draper cuando aquellos renglones escribía, que, á pesar de los esfuerzos de Lutero, de Calvino y de los demás corifeos de la pseudo-reforma para establecer las llamadas por ellos *iglesias*, dentro de su profesion de fe respectiva, vieron nacer y multiplicarse alrededor de sus mismas personas, á la sombra misma de la bandera por cada uno de ellos enarbolada, y á pesar de los símbolos que á duras penas, y haciéndose mútuas concesiones, lograron redactar, numerosas sectas hostiles entre sí, y sin más lazo de union entre ellas que su ódio comun al pontificado?

Olvidaba que, dadas las distancias que separaban las unas de las otras las nacientes cristiandades, la dificultad de las comunicaciones, la mayor importancia que por sus privilegios políticos ó por sus tradiciones religiosas creían tener unas ciudades sobre las otras, lo más lógico y lo más natural era que en vez de unirse, aspiraran á constituirse en iglesias independientes? Y así sin duda hubiera acontecido,

¹ BOULANGER, *Recherches sur l'origine du despotisme oriental*, sect. x, páginas 116 y 117.

humanamente hablando, dada la tendencia que existe así en el individuo como en las asociaciones, de cualquier clase que sean, á la autonomía y á tener vida propia y libre de toda sujecion y de todo yugo extraño, si todas ellas, la de Antioquía, que podia gloriarse de haber sido la primera fundada y gobernada por San Pedro; la de Jerusalen, que tenía en su abono haber sido la ciudad santa de la antigua ley y la que el Salvador había, por decirlo así, divinizado, regándola con su sangre; la de Corinto, que debía su origen á San Pablo; y otras varias de Siria, Asia Menor y España, que reconocian por su fundador á alguno de los Apóstoles; si con ellas éstos y los discípulos del Salvador ántes de la Ascension de éste y despues del milagro del Cenáculo y de su separacion para (en cumplimiento del divino mandato) llevar la buena nueva á todas las naciones, no hubiesen reconocido á Simon-Pedro como el primero de los doce, y luego despues como centro y cabeza de las demás iglesias la fundada por él en Roma.

La Iglesia fué una desde su nacimiento y continuará siéndolo hasta la consumacion de los siglos; y no porque, impulsadas por intereses comunes, las iglesias locales se confederáran formando un solo cuerpo, sino porque Dios hizo que la sociedad cristiana fuese una; porque la unidad debía ser, segun observa Augusto Nicolás, la forma esencial de la Iglesia, como lo es de la verdad; « porque no debía haber más que una sola luz de ésta que brillase sobre todos los hombres, dice San Ireneo, de la misma manera que no hay más que un sol que derrama su claridad sobre la tierra; » porque como no había más que un Reparador, un Mesías, no debía haber más, para que se realizáran los fines de la redencion, que una sola depositaria de su autoridad, de su virtud y de su sabiduría.

¿Cree, en suma, Draper de buena fe que puede aplicarse la calificacion de *poderosa* á una asociacion cuyos jefes, los Pontífices romanos, terminaron casi todos su agitado

gobierno en el martirio; cuyos fundadores y primeros prelados en su mayor parte regaron con su sangre las iglesias que rigieron, y cuyos miembros, hechos ludibrio de las gentes y objeto constante de la saña de los gobernantes, tenían, si querían huir de los suplicios, ó que vivir escondidos en las catacumbas, ó que retirarse á las ignoradas cuevas de las selvas ménos conocidas y exploradas?

Draper, á pesar del ningun escrúpulo que tiene en falsear los hechos más conocidos y mejor probados de la historia, ante la inmensa muchedumbre de autoridades que confirman el de la rapidísima y por igual fecunda difusión del Cristianismo, ya que no puede negarlo, lo rebaja y falsea, suponiendo que debía ser fácil, fundándose en la fraternidad que existía, segun afirma contra el testimonio unánime de todos los historiadores, entre las naciones sujetas á la dominacion militar de Roma. Pero aún dado caso que fuese esto cierto, ¿cree que era tan hacedero como imagina, alcanzar que el mundo pagano adoptase una religion que, segun Tácito, era enemiga de todas las demás, *religionibus adversa*¹; una religion que, imponiendo el sacrificio y la sumision á la voluntad divina, combatía el estoicismo que divinizaba el egoismo y lo sometía todo á la fatalidad; una religion que, predicando la mortificacion y sembrando de espinas la senda de la vida, declaraba guerra sin tregua al epicureismo, que quemaba incienso al placer y hacía consistir el sumo bien en coronarse de rosas y echarse en brazos de la muerte cuando no le brindaba ya la vida con nuevos goces; una religion que imponía la ley del amor á hombres de quienes decía Tertuliano que no sabían sino aborrecerse; que condenaba á los que abrazaban sus creencias á ser objeto de escarnio para los que se tenían por doctos, y á los que se sometían á sus preceptos motivo de desprecio para los que vivían encenagados

¹ Hist. V, 15.

en las torpes delicias con que les brindaba una ciudad, á la cual llamaban Tácito y Suetonio cloaca de inmundicias, á ser blanco de las iras del pueblo ó de los sanguinarios decretos de los emperadores ó de los procónsules, y por consiguiente á morir despedazados por las fieras en los circos, ó consumidos por las llamas, ó desgarrados por los garfios de hierro, ó destrozados en los ecúleos ¹?

« En el invierno de 302 al 303, dice el autor de la *Historia de los conflictos*, pasando de repente á hablar de la persecucion de Diocleciano, rehusaron los soldados cristianos de algunas legiones tomar parte en las solemnidades instituidas hacia ya mucho tiempo en honor de los dioses: el motin ² se extendió con tal rapidez y el caso era tan urgente, que el emperador Diocleciano se vió obligado á convocar un consejo con objeto de determinar lo que debía hacerse (pág. 39). »

Á pesar de que desde nuestra primera juventud hemos hecho de la historia el objeto principal de nuestras aficiones literarias, y de que de más de veinte años á esta parte tenemos puesta casi exclusivamente nuestra atencion en su estudio, debemos confesar que nada sabíamos, ó por lo ménos no recordamos haber leído nunca nada acerca del motin militar de que nos habla el profesor anglo-americano. — Extraña y reprehensible manía la de este escritor de no revelarnos nunca de dónde saca sus datos históricos,

¹ « ¿Cómo resistir al seductor destino, dice deponiendo por un instante su usada gravedad el ab. Darras, y burlándose de los que se proponen explicar la rápida diffusion del Cristianismo como lo hacen Draper y muchos escritores racionalistas; cómo resistir al seductor atractivo de ser arrojado á la arena del Circo y á los dientes de los leones de Numidia, ó enviado á las minas, ó desollado vivo, ó sumergido en un baño de plomo derretido? Explicadnos, por favor, si os place, añade, una sola conversion por las seducciones de semejante propaganda. »

² Gibbon, cuya animosidad contra el Cristianismo es bien conocida de las personas ménos versadas en los estudios históricos, no menciona esta sublevacion, que de fijo hubiera citado si hubiese encontrado la más débil autoridad en que apoyarse.

por más que sean tan peregrinos é ignorados como el que en este momento nos ocupa.—Nosotros conservábamnos en la memoria que por los años de 288, en un valle oculto de la Helvecia, denominado Octodurum (h. Martigny en el Valais), una legion romana, llamada Tebana, se había dejado diezmar dos veces, y por fin había sido inmolada toda, sin ofrecer la más leve resistencia, ántes por el contrario con resignacion heróica y cristiana alegría, por negarse á obedecer las órdenes del feroz Maximiano, quien quería emplear las armas y los brazos de sus soldados, usados á vencer á los enemigos del Imperio, en la persecucion y castigo de los cristianos de las Galias. Fundábanse, y así se lo expuso respetuosamente al augusto en nombre de todos sus compañeros en una carta el primiciario Mauricio, en que, siendo al mismo tiempo soldados de Jesucristo y del emperador, no podían obedecer á éste cuando lo que se les mandaba era contrario á las leyes divinas. Mas en ninguna historia habíamos leído que hubiese habido en los años que Draper cita ningun motin militar, y ménos que fuera la causa que moviese á Diocleciano, despues de consultado el caso con personas de su confianza, á decretar una nueva persecucion, que fué la décima, contra los cristianos.

Á la anterior afirmacion tan sin fundamento formulada, añade otra completamente opuesta á la verdad histórica, á saber: que aquel emperador «ordenó expresamente que no se derramára sangre¹.» No creemos necesario para desmentir al catedrático de Nueva-York copiar íntegro el edicto de Nicomedia, dado en esta ciudad, y firmado por

¹ Gibbon, cuya autoridad no debe ser sospechosa para Draper, dice que aunque Diocleciano había procurado enfrenar los ímpetus de Galerio, quien propuso que fuesen quemados vivos cuantos se negasen á ofrecer sacrificios á los dioses, no puede negarse que fueron *harto positivas y violentas las crueldades* ejecutadas contra los cristianos. T. II, pág. 169, edic. de Barcelona.

Diocleciano y Galerio, que pueden ver él y sus lectores en Eusebio ¹ y la mayor parte de las historias de la Iglesia. Baste saber que en él se ordenaba que fuesen destruidos los templos de los cristianos y arrojados á las llamas los libros santos; que los adoradores de Cristo fuesen desposeidos de todos sus honores y dignidades y condenados al suplicio, sin distincion de clases ni de edades; que pudiesen ser acusados ante los tribunales, pero que ellos no pudiesen acusar á nadie en justicia, ni áun en reclamacion de objetos robados, ó en reparacion de injurias, etc. « Si no atestiguaran la existencia de ese edicto, de una perversidad tan tiránica, un gran número de historiadores, dice Cantú, nos costaría trabajo creer que hubiese sido promulgado por el jefe de una nacion civilizada ². » No ignoramos que un cristiano más animoso que prudente, *et si non recto, magno tamen animo* ³, rasgó en Nicomedia el edicto imperial, y que un incendio que estalló aquel dia en el palacio del emperador, y que se repitió algunas veces despues, fué por muchos paganos atribuido ⁴ á propósitos de venganza de los adoradores de Cristo; mas áun prescindiendo que no era justo hacer expiar á todos los cristianos del Imperio un arranque culpable de exagerado celo de uno de ellos, ni un acto de desesperacion de algunos pocos, dado caso de que realmente se hubiese averiguado que habían sido obra suya tales conatos de incendio, aquellos hechos aislados no bastan en manera alguna á disculpar, ni la sanguinaria crueldad del edicto, ni la ferocidad que se desplegó todo el

¹ *Hist. eccl.*, lib. VII, cap. II.—DARRAS, *Op. cit.*, t. VIII, pág. 557.

² *Hist. universelle*, VI. me époque, chap. XXVII.

³ LACTANCIUS, *De morte persecut.*

⁴ Gibbon, aunque se inclina á atribuirlo á los cristianos, se ve obligado á confesar que no pudo averiguarse quiénes fuesen sus autores, caso de no haber sido casuales. (V. LACTANCIO, EUSEBIO, *Hist. eccl.*, y CONSTANTINO, *Ad cætum sanctorum*, c. XXV.) Eusebio dice que ignora la causa del incendio. De los AA. contemporáneos del suceso, unos lo atribuyen á un rayo, otros á Galerio.

tiempo que duró la persecucion, llamada con justo motivo la *era de los mártires*, por los muchos millares de ellos que dieron su vida por la fe, en especial en las provincias gobernadas por Maximiano y por Galerio, y en las Galias y en España.

Supuesta transformacion del Cristianismo al alcanzar el poder civil.

En esta parte del capítulo, en cuyo exámen nos estamos ocupando, propónese Draper persuadir á sus lectores que el Cristianismo se transformó al alcanzar el poder imperial. Sigámosle á este nuevo terreno.

En brevísimas palabras, pero no sin arrojar de paso algunas apreciaciones y juicios tan sin fundamento y tan calumniosos como acostumbran serlo los suyos, pretende explicar el advenimiento al poder de Constantino, el hombre de « *malvada* vida, » despues de la abdicacion de Diocleciano y de la muerte de Maximino y de Licinio, para venir á parar, despues de una extensa exposicion de la doctrina y de las prácticas de la Religion cristiana « en sus días más puros, » que afirma estar sacada del *Apologético* de Tertuliano, á la afirmacion del hecho que da por averiguado y fuera de toda duda, de que, gracias á las modificaciones sufridas « á consecuencia del paganismo que inmediatamente te revistió la Cristiandad (sic) — modificaciones que á veces la pusieron en conflicto con la ciencia (pág. 40 y 41) — « el Cristianismo de los tiempos de Severo, ó sea de la » época en que escribió su apología Tertuliano, era muy diferente del que existió en los tiempos posteriores á Constantino, y que muchas de las doctrinas preeminentes en » esta época última fueron desconocidas en el primer período (pág. 47). » Nos complacemos en suponer que el catedrático de Nueva-York no hace decir á aquel escritor

más de lo que se lee en la obra citada ¹. Nuestros lectores, sin embargo, no podrán ménos de extrañar que, habiéndose propuesto trazar un cuadro fiel y exacto de las doctrinas y usos de la primitiva Iglesia, no acudiera al Evangelio y á otras autoridades de no ménos peso y de más firmeza en sus opiniones religiosas que la de Tertuliano, quien, además de no haberse propuesto en su Apologético hacer una exposicion completa y metódica de todos los dogmas y doctrinas del Cristianismo, y sí tan sólo defenderle de las principales acusaciones que le dirigían los paganos, tuvo la desgracia de caer más tarde en los errores del montanismo.

Esta vez Draper no se contenta con señalar el hecho, sino que pretende además fijar sus causas.

Dos fueron, á su parecer, las que concurrieron á la que llama amalgama del Cristianismo y del paganismo:

Primera, las necesidades políticas de la nueva dinastía.

Segunda, la política adoptada por la nueva religion para asegurar su desarrollo.

Para probar lo primero afirma que «no siendo posible á » los cristianos, que habían demostrado ser bastante fuertes » para *poder dar un jefe al Imperio*, — lo cual es completamente falso — destruir su antagonista el paganismo » (téngase presente que lo había dado por muerto algunas páginas ántes), acabaron por amalgamar con las de » éste sus creencias; en lo cual, añade, difiere la religion » de Cristo de la de Mahoma, ya que ésta aniquiló á su

¹ Cuando estas líneas escribíamos no nos era conocida aún la mala fe con que se arrojó Draper á alterar los textos que cita, siempre que así le conviene para los fines que en su libro se propone. Hoy que despues de refutada su obra tenemos cien pruebas de aquella su mala fe, y cien veces en el decurso de nuestro libro se la echamos en rostro, hoy si tuviésemos que escribir este pasaje, en vez de suponerlo exento de aquel pecado, capaz él sólo de matar la reputacion de todo escritor, que una sola vez deliberadamente lo comete, tendríamos que acusarle de haber incurrido en él en varios de los pasajes, que de Tertuliano transcribe ó extracta.

» enemiga por completo y extendió sus doctrinas *sin alteracion*¹.»

« Constantino, añade, mostró continuamente por su conducta, que conocía que debía ser el soberano imparcial de todo su pueblo, y no sólo el representante de una *faccion afortunada*... »

¿ Con que era una *faccion*, ya que debamos aceptar por un momento tan torpe calificativo, una sociedad religiosa que, segun él mismo decía poco ántes, se había extendido rápidamente por todo el Imperio, así en las ménos cultas como en las más florecientes é ilustradas de sus comarcas? ¿ Con que era una *faccion afortunada* la que por espacio de tres siglos había sido blanco del desprecio, objeto de la saña, víctima de diez ferocísimas persecuciones, y que aún en los mismos días en que se disputaban los seis augustos sucesores de Diocleciano la envilecida púrpura imperial, veía á sus individuos entregados unos á las fieras, otros á las llamas, degollados estos, aquellos ahogados, miéntras los más vivían todavía ocultos en los intrincados laberintos de las catacumbas ó vagaban fugitivos por los bosques?

« Así es, » continúa diciendo Draper puesto en el doble empeño de denigrar á Constantino y demostrar que su

¹ Como una nueva prueba de la ligereza con que formula Draper sus afirmaciones y del poco escrúpulo que tiene en faltar á la verdad, hasta en hechos ó circunstancias, que ninguna relacion tienen con el asunto que es objeto de su obra, nos permitiremos recordar á sus lectores que hubiesen creído de buena fe que las doctrinas de Mahoma no habían sufrido alteracion alguna, que estaban, por decirlo así, calientes aún las cenizas del fundador del islamismo cuando sus sectarios se dividían ya en *schíitas* ó cismáticos y *sonnitas* ó tradicionalistas; y algo más tarde en las tres sectas principales de *motazehtas*, llamados los protestantes del mahometismo, de *motakalluns* y de *místicos*, cada una de las cuales se subdividió á su vez en otras muchas, tales como las de los *sifatitas*, *tashbihitas*, *haidhamitas*, *moatellas*, etc., materialistas todas ellas; los *dahriitas* ó fatalistas; los *hernanitas*, que creían en la metempsicosis; los *tahmiitas*, ó alegoristas; los *mazdahitas*, los *hodaihtas*, y otras muchas, entre las cuales las hay que se remontan á los tiempos inmediatos á Mahoma. SEDILLOT, *Hist. des Arabes*, pág. 402 y siguientes.

constante política fué contentar á todos, « que si edificó » iglesias cristianas, tambien restauró templos paganos; si » escuchó al clero, tambien consultó á los arúspices ¹; si » reunió el concilio de Nicea, tambien veneró la estatua de » la Fortuna, etc. »

Mas, áun cuando así fuera, ¿ ignora el autor de la *Historia de los conflictos*, que siendo Constantino hijo de un padre idólatra, Constancio Cloro, y de una madre cristiana, Santa Helena, debió existir en él una lucha de afectos á una y otra de las dos religiones, resultado necesario de aquella doble educacion, y de las dos corrientes de sentimientos, ideas y creencias que se disputaban el imperio de los corazones y de las inteligencias, y que por motivos fáciles de adivinar, debían darse dentro de él más recias batallas? ¿ Ignora que cuando promulgó el edicto de Milan, no había abrazado todavía el Cristianismo? La buena fe de escritor exigía que al indicar aquellos hechos, entre sí tan opuestos, señalára las fechas en que habían tenido lugar unos y otros; ¿ pero cuándo ha sido la buena fe literaria condicion estimada y honroso distintivo de los escritores, que, como tales, ajustan su conducta al precepto del filósofo de Ferney?

Desde que en union con Licinio, firmó en 313 en Milan el llamado edicto de tolerancia, por el cual permitía á los cristianos el libre ejercicio de su religion, y para quien no tienen ni una palabra de loa los que hasta llegan á prodi-garlas por sus sanguinarios decretos á los emperadores que

¹ Ignoramos cuándo y con qué motivo consultó Constantino á los arúspices, segun afirma Draper, despues de convertido al Cristianismo, á ménos que se refiera, y en este caso habrá alterado tambien la verdad histórica, á la consulta hecha al filósofo Sopatres, despues de la muerte de Fausta, su esposa, acerca de lo que opinaba de aquel crimen, y á la cual contestó éste que la religion de los griegos no tenía expiaciones para tales delitos.

Zozimo, *Hist.*, lib. II, cit. por Chateaubriand, *Etud. historiq.*, *Etude* II me.

más persiguieron al Cristianismo; desde la promulgacion de aquel edicto, donde con tanta minuciosidad se establecen las reglas, ajustadas todas á la más estricta justicia, que debían observarse en la restitution á los cristianos de las iglesias y de los bienes de que habían sido violentamente desposeidos, y que fuéseguido de otros varios decretos inspirados todos en el mismo espíritu de tolerancia y de equidad, Constantino fundó y dotó multitud de basílicas, y nada nos sería más fácil que dar á conocer á Draper los puntos en que fueron la mayor parte de ellas construidas y el nombre de los santos á quienes fueron consagradas¹: pero de seguro había de verse aquél harto apurado si, en justa correspondencia de los datos que en este asunto pudiésemos darle, le exigiéramos que nos dijese él cuáles habían sido los templos paganos por aquel emperador despues de su conversion restaurados.

No mancharémos nuestra pluma, ni ofenderémos el buen sentido y la conciencia de nuestros lectores trasladando aquí, ni los torpes calificativos, indignos de una persona bien nacida, con que pretende manchar el buen nombre de Constantino, á quien nunca lograrán los enemigos de la Iglesia despojar del título de *Grande* que le ha dado la Historia; á pesar de algunos pocos lunares que empañan su gloria, en él más notados cuanto es más brillante el fondo sobre el cual aparecen; ni las falsísimas acusaciones lanzadas á la emperatriz Helena y á las damas de su corte de que fueron las primeras en procurar la amalgama soñada por Draper del paganismo y del Cristianismo, para por este medio difundirlo más fácilmente; ni el impío y por demás repugnante pasaje en que, á propósito del hallazgo de la

¹ Acerca de las construidas en Italia por su órden, tan sólo durante el pontificado de San Silvestre, véase el pasaje referente á ellas, copiado del *Liber pontificalis*, en DARRAS, *op. cit.*, t. IX, p. 59 á 70. El mismo autor publica el resumen del valor de las dotaciones territoriales hechas por el mismo emperador á cada una de ellas.

cruz del Salvador y de los venerandos de instrumentos su pasión, habla con sacrilego sarcasmo, tan sólo comparable al de Voltaire, del culto á las reliquias, que compara á la veneracion y respeto con que se guardaban y mostraban en varias ciudades de Grecia objetos que suponían pertenecer ó referirse á héroes mitológicos, ó á sucesos legendarios.

Aplazando para más adelante desmentir los asertos de que «se admitieron en el nuevo cristianismo, opiniones» sobre la Trinidad conformes con la tradicion egipcia, y «de que se restablecieron bajo el nombre de la Virgen» María el culto y la adoracion de la diosa Ísis,» ¿cómo dejar sin correctivo el largo pasaje en que para «manisfestar á qué profunda degradacion intelectual,» son palabras de Draper, «condujo la política de paganizacion, ideada y puesta en práctica por Constantino,» menciona y censura «el uso de los ricos y deslumbradores trajes, y de los vasos de oro y plata, de oficios procesionales (sic), de las fiestas conmemorativas de los mártires, de las peregrinaciones á las tumbas de éstos, de la costumbre de adorar, al igual de los antiguos ídolos, las imágenes y las reliquias de los santos? (pág. 50).» Esta vez, contra su costumbre, apoya sus asertos en la autoridad de un obispo protestante llamado Newton, quien, despues de repetir por milésima vez lo que hace tres siglos están diciendo en todos los tonos los discípulos de Lutero y de Calvino acerca las ceremonias del culto, los votos monásticos, la veneracion á los santos, termina por declarar que «no solamente hay *unifor-*» *formidad, sino conformidad* (sic) entre la adoracion de » los antiguos y de los modernos, entre la Roma gentilica y » la cristiana (pág. 51, 52).»

Cosa rara: miéntras que los enciclopedistas y los modernos racionalistas acusan al Cristianismo de haber tomado multitud de prácticas religiosas de las supersticiones paganas, los protestantes califican dichas prácticas de invenciones papistas. Y, sin embargo, no son ni lo uno ni lo otro.

Son la expresion exterior del homenaje de respeto, de agradecimiento, de amor que se cree el hombre en el deber de prestar á su Dios y Criador, valiéndose para ello de todos los medios que tiene en sí mismo y que puede utilizar de los objetos exteriores:

Passer comme un troupeau, les yeux fixés en terre,
Et renier le reste est-ce donc être hereux?
Non, *c'est cesser d'être homme* ¹.

Porque, como ha dicho Quatrefages, « el carácter distintivo del que llama él reino *hominal*, —perdónesenos el neologismo, —ménos está en ser inteligente que en ser religioso. »

Al par que el hombre aspira á satisfacer su razon creyendo y su corazon amando, y eleva éste y aquélla al cielo, dobla su rodilla para adorar y levanta sus manos á lo alto para ensalzar y para rogar al Supremo Ser en quien cree y á quien ama. De ahí que en todas partes y en todos los tiempos los pueblos, así los bárbaros como los civilizados; los que habitaban las inmensas selvas de la Germania al igual de los que vivian en las comarcas que riegan el Ganges, el Eufrates y el Nilo; los Griegos como los Romanos, al paso que erigian templos á la divinidad y representaban á ésta y á sus atributos personificados por medio de imágenes sensibles, más ó ménos perfectas, levantaban aras donde le ofrecían los holocaustos, que creían serle más gratos, y quemaban toda clase de sustancias olorosas, y la festejaban con ostentosas procesiones, y la honraban con cuantas demostraciones su mayor ó menor estado de cultura permitía. De ahí el que en todas partes y en todas las épocas se haya desplegado en las ceremonias religiosas mayor aparato aún que en las fiestas políticas; que en los edificios destinados al culto se ostentára una grandiosidad

¹ A. DE MUSSET, *Espoir en Dieu*.

y magnificencias que dejarán casi siempre atrás las de los palacios de los monarcas; que los sacerdotes se presentarán revestidos de trajes de tanta ostentacion como riqueza; que se acompañasen aquellas ceremonias de cantos y hasta no pocas veces de danzas, etc. ¿Qué extraño, pues, que el Cristianismo que, gracias á las revelaciones con que ha sido favorecido, como religion que es divina, tiene más elevado concepto de la divinidad, que mejor que todas las demás religiones conoce las relaciones que existen entre la criatura y el Creador, que ha hecho de la abnegacion y del sacrificio un medio para llegar á la perfeccion, que cree en la intercesion de los Santos, que sabe que las oraciones en comun son más aceptas á Dios que las hechas en particular, que tiene como uno de sus principales artículos de fe que reside en sus tabernáculos en la Sacratísima Hostia la divinidad humanada de Jesucristo, despliegue ostentósísima pompa en sus ceremonias, y que se adviertan en estas prácticas y ritos, que recuerdan los de otros cultos, sin que por esto pueda decirse que hayan sido copiadas ó imitadas de ellos? Así, por ejemplo, al paso que Draper y el obispo protestante, con cuya autoridad parece escudarse, creen aquéllas sus prácticas y ceremonias religiosas de origen pagano y copiadas de las de Grecia y Roma, muchos filósofos antiguos y no pocos escritores modernos, tales como Dupuis y posteriormente J. Work ¹, los suponen imitados del culto del Mithra de los Persas. Por lo demás tampoco tenemos inconveniente en conceder á Draper que pasasen al culto católico algunas ceremonias y ritos del paganismo, ya que con ello, como observan los doctos redactores de la *Civiltà cattolica*, « en nada se menoscababa la pureza de aquél, ni se resentía la verdad del dogma. Y así como no pueden ser

¹ *Rites des anciens Perses, considérés comme la source des doctrines et des rites chrétiens*, etc., citado por Cantú; sept. époque, cap. VII, nota de la pág. 133, edic. franc., donde hace mencion de otras varias obras que tratan del mismo asunto.

tenidas por bárbaras las costumbres *todas* de los bárbaros, tampoco son abominables todas las ceremonias y prácticas de piedad usadas por los paganos, si se consideran en sí mismas, por más que verdaderamente lo sean respecto á su *objeto*, á saber, respecto á los ídolos inertes ú hombres á quienes se quería tributar un culto divino ¹. »

En lo que se refiere á las vulgaridades, ya que otro calificativo no merecen, que en son de desprecio cita Draper, de su propia cosecha unas, copiadas otras del mencionado pasaje del obispo Newton, y que se atreve á estampar en su obra, acerca de una multitud de ceremonias y prácticas de la Iglesia Católica, creemos hacer un obsequio, y no pequeño, al buen nombre del teólogo protestante y del profesor anglo-americano no dándolas á conocer á nuestros lectores. Á las injustas acusaciones que acerca del culto de los Santos y de sus reliquias dirigen á la Iglesia sus enemigos, centenares de veces ha contestado ésta por boca de sus doctores, por los cánones de sus concilios, y por la autoridad de sus pontífices, que el que les tributa, no es de adoracion, como el que daban á sus ídolos los paganos, sino únicamente de veneracion y respeto ². Veces mil y en mil circunstancias se ha dicho que la Iglesia no expone á la veneracion de los fieles sino las reliquias que tiene por auténticas; ni reconoce como verdaderos milagros sino los que ella, despues de minuciosos informes, declara ser tales, condenando y conminando con severas penas canónicas á los que, so capa de piedad, benefician la credulidad de los fieles. En suma, se ha demostrado con muchedumbre de razones filosóficas y mayor abundancia de testimonios históricos lo natural que es al hombre respetar y venerar á las personas á quienes veneró y respetó en vida, ó de quienes

¹ *Civiltà cattolica. Ciencia cristiana*, 1877, núm. 14, pág. 124.

² *Concil. Trident. Sess. 25. De invocat. venerat., etc.*

sabe que sobresalieron por sus virtudes y su ingenio, y tener en grande estima los objetos que les pertenecieron; y no dudamos que tanto el obispo Newton, como Draper, si de noble abolengo proceden, tendrán á grande honra adornar sus salones con los retratos de sus antepasados; y que, si son aficionados á antigüedades, darían por ventura el uno, el obispo inglés, un año de sus pingües rentas para poseer la pluma ó sello con que sancionó Enrique VIII el bill de los seis artículos, y el otro, el demócrata anglo-americano, el cuerno de caza, con que llamaba Robin-Hood á sus proscritos compañeros, para desbalijar al primer baron normando que se aventurase á pasar por cerca de su guarida.

En cuanto á las ceremonias ó ritos paganos cuya adopción ó conservacion pudiera inducir á los fieles, y en especial á los gentiles convertidos al Cristianismo, á volver á los antiguos errores, ó á reincidir en prácticas con las nuevas creencias y con la moral evangélica incompatibles, tales, como por ejemplo, la costumbre que menciona Draper de cantar himnos á Vénus en las bodas, la Iglesia puso notable empeño en desterrarlas; ora condenándolas severamente en multitud de concilios provinciales ó nacionales; ora, cuando vió que era aún más poderosa la fuerza de la costumbre que la voz de sus decretos ó consejos y que el temor de sus castigos, haciendo, por decirlo así, suyas aquellas prácticas y moralizándolas ó sustituyendo con himnos religiosos los cantares, por demás licenciosos, de que iban por lo general acompañadas. De esta doble conducta de la Iglesia, limitándonos á la de España por sernos su historia más conocida, pueden ver nuestros lectores testimonios evidéntísimos, ya en varios decretos del Concilio de Elvira (302) y en algunos de los llamados Cánones penitenciales ¹; ya en los elocuentes renglones en

¹ *Historia eclesiástica de España*, por D. V. DE LA FUENTE, t. I, Apénd. 4 y 8.

que se ocupa en este interesante asunto D. José Amador de los Ríos, en su *Historia crítica de la literatura española* ¹.

Mucho sentimos no poder detenernos en este punto, para demostrar además al profesor de Nueva-York lo que nadie que esté medianamente versado en la historia de los siglos iv y v de nuestra era ignora, y que él finge desconocer, esto es, que en vez de ser el Cristianismo quien se acomodó á la brillante mitología griega ², por el contrario fué el decadente paganismo quien se esforzó en rejuvenecerse en el helenismo y en algunos dogmas y prácticas cristianas, sobre todo durante la reaccion pagana provocada por Juliano el Apóstata, á quien llama Villemain *plagiario del Cristianismo* ³; ya que, no contento con tomar de esta religion creencias y ritos, copió casi al pié de la letra su organizacion, y un sinnúmero de preceptos morales, en especial de los relativos á la conducta que observaban los sacerdotes cristianos, y que quería aquél que fuesen practicados por los suyos ⁴.

No mueren las religiones en tan breve espacio de tiempo y con tanta facilidad, como suponen los pseudo-filósofos de la escuela de Draper; y, cuando realmente llega la hora de su agonía, siempre triste para los pueblos que las profesan, es tambien cuando á la manera de una luz de aceite

¹ Tomo 1, parte 1, cap. x, pág. 455.

² « Á medida que pasaban los años, dice Draper, iba cambiándose la fe descrita por Tertuliano en otra más elegante y envilecida, incorporada (sic) á la mitología griega. Renació el Olimpo, si bien con divinidades de distintos nombres; las provincias más poderosas insistieron en que se adoptasen las veneradas concepciones de otros tiempos, etc. (pág. 49.) »

³ *Tableau de l'éloquence chrétienne au IV.^e siècle*, pág. 516.

⁴ V. en DARRAS, Op. cit., t. x, p. 97 y sigs. una carta de Juliano, dirigida al Pontífice de Galacia, Arsáces, acerca de la conducta que debían seguir él y sus ministros, así en su vida privada como en su existencia pública. Este autor la califica de verdadera pastoral idolátrica, porque está enteramente calcada sobre las que dirigían los obispos á sus fieles y sacerdotes.

próxima á extinguirse, haciendo mayores esfuerzos para vivir, despiden momentáneos fulgores que pudieran tomarse por síntomas de nueva vida, si, en su misma actividad y en sus mismos agitadísimos movimientos, no se manifestasen claramente los indicios de su próxima muerte. Tal aconteció con la agonizante idolatría greco-romana.

Se habla de la reaccion pagana provocada por Juliano el Apóstata y de los esfuerzos de algunos filósofos para conservar las viejas creencias, bien que remozándolas, por decirlo así, y embelleciéndolas con las brillantes fábulas del paganismo helénico, por ellos convertidas en hermosos símbolos de recónditas y sublimes verdades, y con lo que había de más puro en la moral y en las creencias de las religiones orientales: se pondera con razon la inutilidad de aquellos esfuerzos, observándose con feliz oportunidad que no se devuelve la vida á un cadáver con pintarle el semblante y comunicarle algunos sacudimientos galvánicos. Pero á nuestro modo de ver, no se ha tomado bastante en cuenta que aquella reaccion, si en parte artificial, era tambien en parte, efecto y expresion del ódio que profesaba aún una parte de la sociedad á las nuevas doctrinas, y que iba en aumento y se traducía á veces en manifestaciones exteriores, á medida que crecía la muchedumbre de los fieles, y se acentuaba más la proteccion del imperio al Cristianismo. Los paganos, al contar su número y al calcular sus fuerzas, veían, ó por lo ménos se imaginaban, que podían todavía luchar contra sus adversarios con alguna esperanza de buen éxito.

En Roma gran parte de la nobleza era pagana, porque no quería renegar de la religion de sus antepasados, á cuyas imágenes había tributado siempre una especie de culto doméstico, y una gran masa del pueblo continuaba opinando que la existencia y duracion de Roma estaban como ligadas á la permanencia de sus deidades en el Capitolio, á las cuales creía deber, segun Symaco, la conquista del universo. Á últimos del siglo iv, y acaso hasta principios del v,

existían todavía en dicha ciudad, según Pub. Victor y Sexto Rufo ¹, ciento cincuenta y dos templos y ciento ochenta y tres templetos (*ædiculae*) dedicados á diferentes dioses. Al frente de las legiones el Lábaro recordaba, al par que el triunfo de Constantino sobre Magencio, el de la Religión cristiana sobre la de sus perseguidores; y, sin embargo, no pocos de los que militaban bajo aquella enseña, prestaban todavía culto á las antiguas deidades. Ello es, y esto más que ningún otro hecho prueba cuán populares eran todavía los viejos errores, que casi todos los usurpadores, que lograron escalar el trono después de Constantino hasta Teodosio I, tales como Magnencio, Procopio, Máximo, Arbogasto y Eugenio, se presentaron como restauradores del paganismo.

En vano los emperadores de la familia Constantina lanzaban edictos sobre edictos, cada vez más severos, indicio cierto de que no eran por todos obedecidos, para que fuesen destruidos los ídolos y derribados los templos. Las frecuentes sublevaciones de ciudades, tales entre otras, como las de Gaza ² de Suffecte, de Calame y de Alejandría, causa esta última de que por orden de Teodosio fuesen destruidos el Serapeon ³ y los más célebres santuarios de Egipto, y

¹ Citados por PHILARETE CHASLES, *Etudes sur les premiers temps du Christianisme*. — *Le paganisme du IV an, VI siècle*, p. 195.

² V. DARRAS, *op. cit.*, t. XI, pág. 360 y siguientes.

³ En la *Historia de los conflictos* léase á propósito de este hecho el siguiente pasaje. «En este tiempo ocupaba un tal Teófilo el obispado de Alejandría. Habíase dado á los cristianos de esta ciudad un antiguo templo de Osiris á fin de que sobre sus ruinas edificaran una iglesia, y, al cavar para echar los cimientos del nuevo edificio, se encontraron casualmente algunos símbolos obscenos del culto primitivo, que Teófilo, con más celo que pudor, expuso en el mercado como objetos de pública mofa.» Es falso... * «Los paganos... se alzaron en tumulto y estalló una asonada. Establecieron su cuartel general en el Serapio, y tales fueron los desórdenes y la carnicería, que el emperador (Teodosio) se vió obligado á intervenir, y envió un edicto á Alejandría ordenando á Teófilo que destruyera el Serapio, y la

* DARRAS, *op. cit.* t. x, pág. 601.

que iban acompañadas siempre de degüellos de cristianos, saqueos de edificios y demoliciones ó incendios de sus templos, revelan bien á las claras que en vez de darse por vencido, luchaba todavía el paganismo en unos puntos para defenderse, en otros, donde se creía más fuerte, para sobreponerse á su rival.

Y no era tan sólo en el terreno de la fuerza donde se disputaban el triunfo una y otra creencia. El paganismo tuvo sus apologistas en el punto y hora en que se vió privado de la proteccion oficial, por igual manera que había tenido los suyos la Religion cristiana, cuando era objeto de la persecucion de los emperadores y del desprecio ó de la saña del pueblo. Casi al propio tiempo que el filósofo Máximo y el emperador Juliano se esforzaban en resucitar, aquél con seriedad de estilo, la poesía y el culto de los dioses de Homero; el segundo, valiéndose por lo comun de la sátira, en

» *gran biblioteca* reunida por los Tolomeos y que se había salvado del incendio de Julio César, fué dispersada por este fanático (pág. 55 y 56). »

El R. P. de Smedt en un notable artículo titulado *L'Eglise et la science*, escrito para refutar algunas de las más notables falsedades y calumnias de la obra de Draper, publicado en la *Revue des questions scientifiques*, que se publica en Lovayna, cuad. 1, pág. 109 y siguientes, y que ha sido traducido y reproducido en parte en la *Ciencia cristiana* (núm. 13, Julio de 1877, pág. 31, nota), rebatió, explicando el verdadero sentido del texto de Orosio, que ha servido de fundamento á las acusaciones de los enemigos de la Iglesia contra el obispo Teófilo, con la autoridad del Ab. Gorini, *Defense de l'Eglise*, aquel pasaje de Draper. Dando pues por victoriosamente desvanecida aquella calumnia, nos limitaremos á observar, creyendo ser los primeros en hacerlo: Primero, que respirando como respiraba el edicto de Teodosio suma moderacion, ordenándose en él « que se perdonase á los rebeldes, á fin de que aprendan esos desgraciados, decía, á estimar la mansedumbre de nuestra religion y se muevan á abrazar la fe de Jesucristo por agradecimiento á los cristianos », no tan sólo no es probable, sino que es por el contrario altamente inverosímil, que se apartase Teófilo de lo decretado por aquel soberano, que se reducía á que fuese *demolido el templo* de Serápis: y segundo, porque á ese *tal* Teófilo, como le llama Draper, le califica Idacio en su crónica *De vir eruditissimus*, que estaba unido con íntimas relaciones de amistad y de ciencia con San Jerónimo, y del linaje de tales personas no nacen los *fanáticos que destruyen bibliotecas*.

* DARRAS, *loc. cit.*

demostrar que Teognis, Orfeo, Focídides y Quadrato estaban como políticos, moralistas y legisladores muy por encima de Moisés y de Jesucristo; por los mismos dias en que Symnaco pedía á Valentiano II el restablecimiento en el Senado de la estatua de la Victoria, que había ordenado quitar Graciano, y en que el retórico Libanio, en su folleto *De Templis*, dirigía una calurosa súplica á Teodosio en favor de los monumentos del culto pagano; los Padres y los escritores de la Iglesia, tales como San Cirilo, Arnobio, Lactancio, Eusebio de Cesarea, San Atanasio, San Agustin y su discípulo é imitador el obispo español Orosio, tenían que salir á la defensa de las nuevas creencias, á las cuales, como causantes del abandono por muchos del culto de los antiguos dioses, enojados, segun decían, contra el Imperio, atribuían los paganos los males presentes y las inmensas desgracias con que amenazaban á éste las futuras invasiones de los bárbaros, á quienes veían próximos á precipitarse sobre las provincias, y hasta sobre la misma Italia.

Relacion entre el Cristianismo y la Ciencia.

Pero que Constantino, cediendo á las necesidades políticas de su dinastía y para facilitar el desarrollo de la nueva religion por él establecida, fundiera en una sola la pagana y la cristiana, lo cual, segun acabamos de ver, está en abierta contradiccion con la verdad histórica, ¿qué tiene que ver, preguntarán por ventura nuestros lectores, con los supuestos conflictos entre la Ciencia y la Fé? Igual pregunta debió dirigirse á sí mismo Draper, despues de haber estampado el sinnúmero de afirmaciones que dejamos desmentidas, y acordándose de que el principal objeto de su obra era afirmar que existían tales conflictos, rompe de repente en estas palabras, que creemos necesario trasladar para escándalo de las personas doctas y mayor descrédito del

profesor anglo-americano y confusion de sus encomiadores.

«El partido pagano contaba entre sus adeptos muchas » de las familias aristocráticas del Imperio, y *todos* (¡falsísimo!) los discípulos de las anteriores escuelas filosóficas: miraba á su antagonista (la Religión cristiana) con » desdén y afirmaba que sólo puede adquirirse el saber por » el ejercicio laborioso de la observacion y de la razon humana (pág. 53).»

No hemos de pasar adelante sin que (perdone Draper) cedamos por breves momentos la palabra á Villemain, á quien, de fijo, no ha de motejar de clerical el profesor anglo-americano, y el cual va á encargarse de contestarle.

«El siglo iv, dice, es la grande época de la Iglesia primitiva: es la edad de oro de la literatura cristiana... la época que produjo en la elocuencia y en las letras aquellos sublimes y brillantes ingenios, que no tienen rivales, como no sea entre los oradores franceses del siglo xviii. Y en efecto, ¡qué varones tan eminentes los que florecieron en el espacio de tiempo que va desde Atanasio á San Agustín!... En el siglo iv la sublimidad de la elocuencia cristiana parece crecer y animarse en proporcion que parece extinguirse todo lo demás... ¡Qué prodigioso movimiento intelectual en todo el mundo romano!..... Los Atanasios, los Crisóstomos, los Ambrosios y los Agustinos dejan oír los preceptos de la moral más pura y los acentos de la más elevada elocuencia, en medio del *más vergonzoso abatimiento de las inteligencias y de los caractéres* en un Imperio gobernado por eunucos é invadido por los bárbaros. En medio de la decadencia del Imperio, es su ingenio lo único que permanece en pié¹.»

Con estos breves renglones; con recordarle que no todos los discípulos de las anteriores escuelas filosóficas

¹ *Tableau de l'Eloquence Chrétienne*, pág. 81 y 82.

pertenecían al que llama partido pagano, ya que multitud de ellos, y no de los de ménos valía, tales como Tertuliano, San Cipriano, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustin y otros ciento habían abrazado el Cristianismo sin renunciar á los estudios de la filosofía y de las letras profanas; con negarle que el citado partido pagano mirase con desdén á su antagonista y lo demás que en las líneas transcritas se lee, podemos darlas por contestadas y pasar adelante.

« El partido cristiano aseguraba, prosigue diciendo, que » todo conocimiento ha de hallarse en las Escrituras y en » las tradiciones de la Iglesia: que en la revelacion escrita » nos ha dado Dios, no sólo un criterio de verdad, sino todo » cuanto quería que supiésemos. Las Escrituras contienen » por lo tanto la suma y fin de todo saber; el clero con el » Emperador á sus espaldas, se hallaba dispuesto á no sufrir » ninguna competencia intelectual.

« De este modo se manifestaron las que se han llamado » ciencia sagrada y ciencia profana; así se encontraron » frente á frente los dos partidos opuestos; uno adoptando » como guía la razon humana, el otro la revelacion.....

« La Iglesia, pues, se constituyó en depositaria y árbitro » del saber; hallándose siempre dispuesta á recurrir al poder civil para que hiciera obedecer sus decisiones, emprendiendo de esta suerte una marcha, que determinó toda » su carrera futura; vino á ser el valladar que se opuso por » más de mil años al adelanto intelectual de Europa (pá- » ginas 53, 54). »

Si los admiradores de Draper, que quizá nos lean, fuesen personas siquiera medianamente instruidas, no tendríamos necesidad sino de dar un solemne y terminante mentís, que es lo único que en realidad merecen, á las torpes é infundadísimas afirmaciones que dejamos transcritas; mas como suponemos que el mayor número de los lectores de la *Historia de los conflictos*, no conocen acerca del asunto que

nos ocupa, más de lo que en este libro hayan visto escrito, nos detendremos breves momentos á rebatir tan absurdas paradojas, que, con ser tan ofensivas á la verdad histórica, lo son todavía más al sentido comun.

Rechazamos con indignacion el denigrante calificativo de *partido cristiano* con que designa Draper á la Iglesia. La familia cristiana ortodoxa que es, segun confesion de éste (pág. 340), la más numerosa de todas las asociaciones religiosas que pueblan la Europa y la América y gran parte del Asia, era tambien la más numerosa y más culta é influyente en la época á que se refiere en este capítulo. Guarde pues aquel calificativo para las ciegas muchedumbres que sigan sus opiniones políticas, y sus errores filosóficos y religiosos, y llamando el Cristianismo á la Iglesia, ó por su propio nombre, demuestre, ya que en son tan de certeza lo afirma, que ésta asegura que *todo conocimiento ha de hallarse en las Escrituras y en sus propias tradiciones; que en la revelacion escrita nos ha dado Dios no sólo un criterio de verdad, sino todo cuanto queria que supiésemos, y que, por consiguiente, las Escrituras contienen la suma y el fin de todo saber.*

En gravísimo apuro pondriamos al profesor de ciencias de Nueva-York si, teniendo autoridad para ello, le obligáramos á que probase cada uno de sus asertos, exigiéndole, por de pronto, pues por ello deberíamos empezar, que nos citase el decreto pontificio, el cánón del concilio, el pasaje del Padre ó Doctor de la Iglesia, y en suma y como autoridad superior á que hubiesen debido someterse todos, el texto de los Sagrados Libros en que tal doctrina se establece. Si algun día, venciendo repugnancias nacidas de sus preocupaciones positivistas, se resuelve Draper á leer sin prevencion y con sano espíritu la Biblia, á la cual llamaba Voltaire «el monumento más precioso de la antigüedad,» y á propósito de la cual escribian Goethe, «que le llenaban de indignacion los sarcasmos que se permitian algunos

dirigirle ¹,» y el escéptico Byron «que hubiera valido más que no hubiesen nacido los que la leían para dudar ó para despreciarla ²;» si algun día, repetimos, se resuelve á leer con alguna detencion las Sagradas Escrituras, en vez de encontrar en ellas enseñanzas concretas sobre geometría, álgebra, astronomía, ciencias naturales, y en una palabra, sobre todo cuanto quería Dios que supiésemos, encontrará en ellas la declaracion expresa de que, en lo que no se refiere al dogma ó á las verdades por él reveladas, «el Señor ha entregado el mundo á las vanas disputas de los hombres;» que es lo que San Agustin ha expresado con aquella tan conocida y felicísima fórmula: *in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*.

Y no se nos diga que por lo mismo que aquellos conocimientos no están incluidos, formando un cuerpo de doctrina, en los Libros santos, le está prohibido al cristiano ocuparse en ellos, ó aceptar ó dar por cierto más de lo que, referente á los indicados conocimientos se encuentra en sus páginas, pues contestaríamos á tan pueril y ridículo reparo citándole los nombres de los más eminentes ingenios que en ellos han florecido; los muchos sabios á quienes deben las ciencias un gran número de los descubrimientos de que éstas se envanecen, y á cuyo estudio se consagraron sin creer que con ello se oponían á las enseñanzas de los sagrados textos, á los cuales veneraban con el más profundo respeto; y sin considerarse obligados á renunciar á sus creencias, ántes por el contrario, afirmándose más en ellas cuanto ensanchaban más el círculo de sus conocimientos científicos; y sin temor en fin de atraerse por ello las censuras de la Iglesia, que sabe y acaba de declarar por el órgano de sus prelados

¹ GOETE, *Ma vie*, t. II, cit. por el *Dict. des Apologistes involontaires*, t. I, col. 346.

² LORD BYRON, *Œuvres; Melanges*, t. XI, p. 486. — *Ibid.*

reunidos en Concilio y por boca de su Pontífice: «que las artes y las disciplinas humanas tuvieron su origen en Dios, Señor de las ciencias, las cuales, mediante su gracia, conducen al mismo Dios ¹.»

Para el que negó el movimiento no se halló argumento de más fuerza que moverse; como no se hallaría prueba más convincente para quien negase la existencia de la luz en mitad del día, porque se hallaba en un aposento oscuro, que abrir de par en par las ventanas del mismo. Por igual manera no creemos que pueda darse demostración de más peso y valor para desmentir la absurda afirmación de Draper, que traerle á cualquiera de las bibliotecas del antiguo mundo, y mostrándole los millares de obras en ellas hechas, vivientes testimonios de la fecundidad intelectual y científica de centenares de generaciones educadas en el seno de la Iglesia, invitarle á reflexionar sobre la inmensa cantidad de conocimientos, en todos los ramos del humano saber, que en aquéllas se encuentran encerrados. Y si con esto, y después de recordarle que las sociedades modernas deben al Cristianismo, en el orden moral las máximas más santas y las más puras prácticas de caridad; en el orden político las formas más perfectas de gobierno y los más completos y ventajosos sistemas administrativos; en el orden científico las más elevadas verdades especulativas, y no pocos de los más importantes y provechosos descubrimientos, insistiera todavía en afirmar que la Iglesia fué durante más de mil años el valladar que se opuso al adelanto intelectual de Europa, no podríamos hacer más que compadecerle, y aconsejarle que busque el remedio de sus errores en otras ciencias que no sean las filosóficas y las históricas.

«La Religión cristiana, que no pudo hacer más que prolongar algunos años la caída del Imperio, dice Broglie,

¹ *Constitucion dogmática*, cap. IV, *De ratione et fide*.

debía ser, y fué con efecto, la que logró salvar las leyes, no pocas de las instituciones y los monumentos del saber y del arte, que durante diez siglos había Roma producido ó conquistado, ó á los cuales había otorgado generoso asilo. La Iglesia, que no debía dar al poder romano fuerza bastante para conservar su existencia, dió suficiente energía y sobrado aliento á su civilizacion para que sobreviviera á su poderío.» Más adelante, y en ocasion aún más oportuna, insistiremos una y otra vez en este tema, y demostraremos á Draper con hechos históricos y con autoridades, que no podrá recusar por sospechosas, lo paradójico de sus asertos y lo calumnioso de sus afirmaciones.

Después de esta breve digresion, y olvidándose nuevamente de que el principal objeto, que al escribir su obra se había propuesto, era manifestar el antagonismo que entre la Religion y la Ciencia, segun él la entiende, existe, vuelve Draper á su tema, al cual manifiesta tener particular cariño, sin duda por lo ignorado y peregrino, de la transformacion verificada en el Cristianismo desde los tiempos de Constantino; y para demostrarlo arrójase á hablar del dogma de la Santísima Trinidad, que supone nacido, ó por lo ménos modificado allá por el siglo v en Egipto, al cual llama el *país de las trinidades*.

Prescindirémos de si anduvo ó no acertado el profesor de Nueva-York en calificar de esta suerte el que fué reino de los Faraones; de si opina ó no que la creencia en una trinidad de personas divinas es ó no exclusiva del Egipto, y recordándole de paso, por si tal piensa, que existe apénas religion antigua donde no se encuentre más ó ménos adulterada la creencia en aquel dogma, cada una de cuyas personas, varon ó hembra, representan y ejercen, segun los diferentes pueblos, cualidades distintas y distintos oficios en la creacion del cósmos, le diremos que incurre en un error crasísimo, indigno de quien debe poseer algunos conocimientos teológicos, — ya que se atreve á hablar de una materia

que, según él (pág. LXXVIII), los exige no escasos, — ora presuma que el dogma de la Trinidad nació en los tiempos de Constantino en Egipto; ora suponga que se modificó á consecuencia de la polémica suscitada á la sazón por Arrio en Alejandría. Si cree lo primero, le aconsejarémos que si quiera pase la vista por el Nuevo Testamento y lea en el Evangelio de San Juan el principio del capítulo i y los versículos 14 y 15 del capítulo x; el capítulo xv, y en él, especialmente el versículo 26, donde dice: «Pero cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí;» del mismo evangelista: el versículo 62 del capítulo xiv de San Marcos; el versículo 19 del capítulo xxviii de San Mateo; en la primera epístola de San Juan, los versículos 6 y 7 del capítulo v, donde se lee: «Y el Espíritu es el que da testimonio que Cristo es verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa;» y por último, y para no citar más textos, el versículo 16 del capítulo iv de la primera epístola de San Pablo á los Corintios. Que recuerde lo que acerca del mismo misterio escribieron en el siglo i de la Iglesia Clemente Romano ¹; San Policarpo ², San Justino ³, Atenágoras ⁴ y San Irineo ⁵ en el siglo ii; en el iii Clemente de Alejandría ⁶, y hasta el mismo Tertuliano ⁷, al cual parece respetar como expositor sincero y digno de fe de la doctrina de la primitiva Iglesia; y por

¹ *Apud Basilium*, L. de Spíritu Sancto, cap. 22, núm. 72. — Cit. por la *Ciencia Cristiana*, núm. 14, Julio de 1877.

² *Epist. Eccles., Smyrn.* — *Ibid.*

³ *Apolog.* — *Ibid.*

⁴ *Apolog.* — *Ibid.*

⁵ *Lib. advers. hæreses.* — *Ibid.*

⁶ *Pedag.*, lib. i, cap. 6; lib. iii, cap. 12. — *Ibid.*

⁷ *Contra Praxeam.* — *Ibid.* — V. Alzog, *Hist. Univ. de la Iglesia*, t. i, páginas 270 y 271.

fin, que traiga á la memoria, si á tantos testimonios prefriere el de un escritor descreído, como él, las palabras con que se burlaba Luciano de aquel dogma en su *Filopator* ó el Catecúmeno: «Un Dios que soberamente reina, grande, celestial y eterno, Hijo del Padre, Espíritu que procede del Padre, uno de tres y de tres uno. Este has de juzgar que es Júpiter; á éste has de tener por Dios.» Si por el contrario opina que se alteró la doctrina de la Iglesia á consecuencia de la controversia sobre la divinidad de Jesucristo, negada por Arrio, quien, al suponer que el Verbo é Hijo de Dios, no era más que una criatura superior á todas las demás criaturas, creada fuera de Dios para dar el ser á todas ellas, convertía á Jesucristo en un demiurgo, é introducía por lo tanto en el Cristianismo, como advierte muy oportunamente Darras, el dogma pagano de la emanación; en este caso tendría que probar que realmente el primitivo dogma de la Trinidad, según cree él que existía, fué modificado por las doctrinas de aquel heresiarca, y decirnos cuáles fueron aceptadas y cuáles rechazadas por la Iglesia; ó demostrar que es falsa la fórmula ó definición de dicho dogma dada por el Concilio de Nicea en el símbolo de su nombre y confirmada por el Papa Silvestre ¹; lo cual le sería tan imposible como probar que es la luz de la luna y no la del sol la que nos alumbra cuando éste se halla en la mitad de su carrera sobre nuestro horizonte.

Sin duda para dar otras pruebas de la supuesta transformación del Cristianismo verificada por obra y gracia de Constantino, y á fin de tener nuevos pretextos para arrojar más calumnias contra la Iglesia en sus concilios y en sus pontífices, y contra uno de los más ilustres santos con que

¹ *Credimus in unum Deum, Patrem omnipotentem.... Et in unum Dominum Jesum Christum, Filium Dei, natum ex Patre, unigenitum, hoc est, ex substantia Patris, Deum ex Deo, Deum verum ex Deo vero. Natum, non factum, consubstantialem Patris... Et in Spiritum Sanctum.*

ésta se honra, entretiene á sus lectores con la que llama introduccion del culto de la Virgen, que se debió en gran parte, segun supone, á San Cirilo, y con algunas noticias acerca de la herejía del monje breton, Pelagio, que se apartó de la doctrina católica acerca el pecado original y la gracia. Sin detenernos en probar la antigüedad en la Iglesia del culto de la Virgen y de su denominacion de *Madre de Dios*, y el mayor entusiasmo y celo con que la honraron los fieles desde que Nestorio pretendió arrebatarle aquel sublime dictado, ya que basta para convencerse de ello hojear cualquiera de nuestras historias eclesiásticas; y sin pararnos á examinar ni los errores de Pelagio, ni las importantes conclusiones teológicas, como dice Draper, que de su doctrina se deducían, ya que nada tienen que ver uno y otro asunto con los supuestos conflictos entre la Religion y la Ciencia, consagraremos unos breves renglones á desvanecer las calumnias que estampa en su obra contra el santo Patriarca de Alejandría, con motivo de la muerte de Hipatia, y contra la Iglesia á pretexto de la supuesta sentencia del sínodo de Diospolis, por la cual se declaraba exenta de herejía la doctrina del monje breton, y de la pretendida declaracion del Papa Zósimo, anulando la sentencia de su antecesor Inocencio I que la había condenado.

« Al obispado de Teófilo, dice Draper, ascendió á su debido » tiempo su sobrino San Cirilo, que se había captado el » aprecio de las congregaciones alejandrinas, como predi- » cador elegante y aplaudido, y á él se debió en gran parte » la introduccion del culto de la Virgen. Su influencia sobre » este pueblo inconstante (súplase Alejandría) estaba em- » pero turbada por Hipatia, hija de Teon, el matemático, » que no sólo se distinguía en la exposicion de las doctrinas » de Platon y de Aristóteles, sino tambien por sus comen- » tarios sobre los escritos de Apolonio y otros geómetras.

» Diariamente se estacionaba ante su academia una larga
» fila de carros, y la sala de las conferencias apenas podía
» contener las personas más ricas y elegantes de Alejandría,
» que iban á escuchar sus disertaciones sobre asuntos que
» en todo tiempo ha inquirido el hombre y que jamás han
» sido explicados: ¿quién soy? ¿dónde estoy? ¿que puedo
» saber?

» Hipatia y Cirilo! la filosofía y el fanatismo no podían
» existir juntos, y reconociéndolo Cirilo, obró segun esta
» idea. Cuando Hipatia se encaminaba á su academia, fué
» asaltada por las turbas de Cirilo, en las que iban varios
» monjes, desnudada en la calle, arrastrada á una iglesia
» y allí asesinada por la maza de Pedro el Lector; el cuerpo
» fué destrozado, la carne raída de los huesos con conchas
» y los restos arrojados al fuego.»

¿Qué hay de verdad en toda esta historia? Nada más que la muerte, á manos de la plebe de la capital de Egipto, de Hipatia, á quien llamaba Sinesio, Doctor de la Iglesia griega, su madre, hermana y maestra, y de la cual dice Villemain, que al enseñar á los admirados concurrentes á su cátedra las verdades de la geometría, parecía una Musa más severa, suscitada para defensa del paganismo.

No sería difícil adivinar de dónde ha sacado Draper, si es que pudiésemos suponer que había acudido á las fuentes originales, algunos de los pormenores de aquella trágica historia. El relato que acepta, y que es el que dan por cierto todos los enemigos de la Iglesia, está sacado de la Historia eclesiástica de Sócrates ¹, escritor novaciano que se propuso calumniar, con motivo de la muerte de Hipatia, á San Cirilo, como en otra ocasion había intentado rebajar las virtudes de San Juan Crisóstomo, y de un pasaje del filósofo Damacio, conservado por Suidas. Los dos autores, sin

¹ Lib. VII, cap. XIII-XV. Bib. patr. græc. LXVII, col. 759-770.

embargo, están bastantes discordes en la manera de referir el hecho ¹, no obstante de ser uno y otro coetáneos del mismo.

Es práctica constante de los escritores hostiles al Cristianismo presentar sus asertos cual si fuesen verdades demostradas y nunca desmentidas por la crítica histórica. No hay necesidad de recordar á nuestros lectores con cuánta fidelidad se acomoda á ella el profesor anglo-americano. ¿Quién al ver la abundancia de detalles y el tono dogmático con que están narrados los hechos que dejamos transcritos, se atrevería á poner en duda que no hayan sido aceptados por todos los historiadores como ciertos? Sin embargo, los escritores de más sano criterio y recta conciencia á quienes hemos consultado, hablan de la muerte de Hipatia, lamentándola, pero sin indicar siquiera que hubiese San Cirilo contribuido en manera alguna á ella; al paso que el cardenal Baronio, ante cuya sorprendente erudicion parecería por todo extremo pobre y nada selecta la de muchos modernos historiadores, que son tenidos por muy doctos, y los Bolandos, que han acumulado en su obra de las *Vidas de los Santos* datos peregrinos y ocultas noticias de sobra para dar con ellas renombre de eruditos á cien de nuestros escritores modernos, han rebatido hasta con exceso de razones, y muchas más

¹ Así por ejemplo, Sócrates atribuía la muerte de Hipatia al rumor que se hizo correr entre la muchedumbre de que se oponía á la reconciliacion entre el santo Patriarca y el gobernador de Alejandría, Orestes, y mantenía la discordia entre ambas autoridades, y Damacio á la envidia que de su reputacion y del aprecio de que gozaba tenían algunos. El primero supone que la hija de Teon fué asaltada por la plebe y muerta al ir á entrar en su casa; el segundo, sin explicar las circunstancias de su muerte, dice que un día que Cirilo pasaba por delante de la casa de Hipatia, vió las calles vecinas atestadas de caballos y de carros, y como le dijese que aquella multitud se había reunido para festejar á la docta profesora, que celebraba aquel día su fiesta, juró desde aquel momento su muerte; el filósofo pagano atribuye esta como se vé al santo Patriarca de Alejandría; el escritor novaciano se limita á decir que aquel crimen cubrió de vergüenza al Patriarca y á su Iglesia, añadiendo que no hay nada más impropio de las costumbres cristianas que estos degüellos populares. DARRAS, *Op. cit.*, t. XII, pág. 428 á 429.

que lo grosero de la calumnia merecía, las acusaciones lanzadas contra el virtuoso y sabio Patriarca de Alejandría. No acudiríamos á tan ricos arsenales á escoger armas para esgrimirlas contra Draper. Nos contentaremos con indicar á nuestros lectores, que existe un rescripto de Teodosio II, á propósito del asesinato de Hipatia, en el cual se acusa de este crimen á la corporacion de los *Parabolani*, que tenia por oficio trasladar á los apestados y enfermos al hospital de Alejandría; se toman rigurosas medidas contra ella, se prescriben nuevas reglas para la admision en adelante de los que han de ingresar en la misma, y en suma, y á fin de prevenir para lo sucesivo la reproduccion de escenas violentas, como las que acababan de tener lugar, se ordena que los nuevos *Parabolani* estén, fijense bien en ello Draper y sus harto crédulos admiradores, bajo la direccion del Patriarca ¹.

Creemos excusado advertir á nuestros lectores que, segun el autor de la *Historia de los conflictos*, la muerte de Hipatia debió ser, y fué, la de la filosofia griega y de la ciencia, á costa de tantos esfuerzos promovida por los Ptolomeos; como por igual modo y por idéntica causa la muerte de Sócrates, envenenado por orden de los Heliastas, ó sea de los representantes del pueblo de Atenas, debió ser, aceptando la lógica y el modo de apreciar los hechos de Draper, causa de la desaparicion de toda filosofia en Grecia, y la ejecucion en la guillotina de Bailly y de Lavoisier por los ilustrados republicanos de 1793 y 94, la de la muerte de las ciencias matemáticas y de la química en Francia. El trágico fin de aquella mujer ilustre fué causa de que fuese dispersada la biblioteca de Serapion. Draper se olvidó en esta página (57) de que en la anterior la había

¹ BARONIUS, *Annal.*, ann. 416, t. v, p. 278. — BOLLAND. *Acta sanctorum*, S. Cirilli-vita, 28. Jan.

dado por dispersada por Teófilo. En suma, el asesinato de aquella docta profesora debió servir de escarmiento á los que intentaran en adelante cultivar los conocimientos profanos; y muerta desde entónces la libertad del pensamiento, debió toda inteligencia reducir los límites de su actividad á los que fijara la autoridad eclesiástica.

Respecto á lo que dice acerca de Pelagio, á saber, que fué acogido favorablemente en Roma, pero que en Cartago le hizo denunciar San Agustin; que un sínodo celebrado en Diospolis lo declaró exento de herejía; que por el contrario fué condenado por Inocencio I; pero que á la muerte de éste su sucesor Zósimo anuló su sentencia, dando por ortodoxas las opiniones de Pelagio, de cuyas decisiones contradictorias se pretende sacar argumentos contra la infalibilidad del Papa, nos limitaremos á aconsejar á Draper, que acuda á fuentes más puras que esas en que acostumbra á beber, y que tratándose de esta clase de asuntos lea especialmente, aunque sea con severo juicio crítico, nuestras historias eclesiásticas. En ellas verá, que si despues del concilio de Jerusalem, en que fueron anatematizados los errores del monje breton, fué éste absuelto y admitido nuevamente á la comunión católica por los Padres del de Diospolis, fué porque el heresiarca declaró expresa y formalmente ante los mismos, que se sometía de todo corazón á las decisiones de la Santa Iglesia ¹; pero que conocida poco tiempo despues la doblez con que había procedido, y puesta de manifiesto por San Agustin la ambigüedad de sus declaraciones, fué de nuevo condenada su doctrina en los concilios

¹ «¿Condenais estas proposiciones?» le preguntaron los Padres del Concilio. — «Las condeno formalmente, replicó el heresiarca. Me someto de todo corazón á las decisiones de la Santa Iglesia católica, mi madre; creo lo que ella enseña y repruebo lo que ella condena. Sea anatema al que de otra suerte piensa.»

San Agustin cuando supo la retractacion del monje hereje exclamó: «Pelagio se ha salvado, pero el pelagianismo ha muerto.»—DARRAS, *op. cit.*, t. XII, p. 329.

de Mileva y de Cartago (416), cuya sentencia confirmó el Papa Inocencio. En ellas verá que no es verdad que el sucesor de éste, Zósimo, anulara dicha sentencia y declarase ortodoxa la doctrina pelagiana; ántes por el contrario, no dejándose burlar por las falsas promesas y declaraciones engañosas del monje breton y de su discípulo Celestio, anatematizó solemnemente á uno y á otro en una asamblea del clero romano, celebrada el 15 de Abril del año 418; confirmando al propio tiempo el cánón del concilio de Cartago, segun el cual no podían aquellos herejes ser admitidos á la comunión católica, miéntras no aceptasen y confesasen el dogma de la gracia.

Lo que por ventura no hubieran sospechado nunca nuestros lectores, es que uno de los resultados de más importancia de la controversia suscitada por Pelagio, fuese que el Génesis, del cual «se había hecho la base del Cristianismo,» viniera á constituir desde entónces la grande autoridad de la ciencia patristica, y por consiguiente que la astronomía, la geología, la geografía, la antropología, la cronología y todas las ramas del humano saber debían estar conformes con aquel libro (pág. 59).» Sin embargo así lo afirma Draper con su acostumbrada seriedad, como quien está persuadido de que cuanto más ahueque la voz y se dé aires de maestro será tenido por más docto por la generalidad de sus obcecados oyentes: y tomando pretexto de que San Agustín, segun él, había con sus doctrinas colocado la teología en abierta oposición con la ciencia, pasa á ocuparse en alguna de las ideas puramente especulativas de la que llama filosofía patristica, y ántes de ella del que considera como jefe y fundador de la misma, el obispo de Hipona, á quien se digna calificar por el momento de «grande hombre», sin perjuicio de asegurar más adelante «que sus obras son un sueño incoherente.

En hora menguada se le ocurrió á Draper inculpar á San Agustín «de haber colocado la teología en antagonismo

con la ciencia.» Si pretendió acusarle de que cerraba al creyente todo camino para llegar á ella, porque opinase este Santo Doctor que debía someter su juicio al sentido literal de las Sagradas Letras, áun en lo que no pertenece al dogma ó á las verdades del orden sobrenatural, ¿en qué Padre de la Iglesia halló más ámplio criterio acerca de la interpretacion de aquéllas? ¿No sabe que es suyo aquel consejo, que fué más tarde aceptado y confirmado por Santo Tomás: «si encontramos en las Divinas Escrituras algo que, sin ofensa de la fe, pueda ser interpretado de diversas maneras, debemos guardarnos de inclinarnos temerariamente, por una asercion positiva, á la una ó á la otra de esas opiniones; porque si más tarde se reconocía ser falsa la doctrina que hemos adoptado, correría grave riesgo nuestra fe de desaparecer con ella?»¹. ¿No sabe que opina «que el alma no puede ser dichosa si no es ilustrada, y si obedece tan sólo la autoridad sin añadir á las de ésta sus propias luces?» ¿Ignora que son suyas esas hermosas palabras que debieran procurar Draper y los suyos no apartar nunca de su memoria, á saber: «que el espíritu adiestrado por el estudio lleva todas las ciencias humanas al conocimiento de Dios, como otros tantos caminos que condujeran á un mismo templo desde diversos puntos del horizonte?» ¿No recuerda, él que para componer la *Historia de los conflictos* debió enterarse detenidamente de la cosmogonía de Moisés, y de qué manera interpretan los expositores católicos las palabras del Génesis relativas á la obra de la Creacion en seis dias, que San Agustin es de entre los Padres de la Iglesia el que más se separó del sentido literal de aquéllas, así en la manera de explicar la cosmogonía mosaica²,

¹ SAN AGUSTIN. *De Genesi ad litteram*, lib. I, cap. XVIII, núm. 37. — DIV. THOM. *Summa theologica*, pars. prima. quæst. LXVIII, art. 1.º

² DIV. AUGUSTINUS, *Confess.* lib. XII, cap. VIII, — *Ibid.* cap. XII, — *De Genesi ad litteram*, lib. I, cap. IX, etc.

como en el modo que debe entenderse el vocablo hebreo *iom*, por San Jerónimo traducido por día ¹? Al acusarle además de que, «apartando la Biblia de su verdadero objeto, que es, dice, el ser una guía para la pureza de la vida ², la colocó en la peligrosa posición de árbitra del saber humano y audaz déspota sobre el ingenio del hombre ³;» y al pretender hacer cómplice, ó causante, al dicho santo del desprecio en que supone que fueron tenidas las obras de los grandes filósofos griegos, no recordaba que el famosísimo Obispo de Hipona, el grande admirador y discípulo de Platon, el feliz imitador más de una vez de los diálogos del Orador romano, ha sido objeto de los más entusiastas elogios hasta de parte de un sinnúmero de escritores enemigos de nuestra Religion por lo vasto de su saber, lo penetrante de su ingenio, lo profundo de sus conceptos y por su amor

¹ AUGUST. *De Civitate Dei*, lib. xi, cap. vi. — *De Genesi ad litteram* lib. iv, cap. i.

² Es algo más que lo que supone el profesor anglo-americano.

³ No recordamos de ningún autor que sea más desgraciado en sus afirmaciones que lo es Draper en las suyas, y de quien, cuando cita opiniones de autores católicos, pueda sospecharse con más seguridad que se le ha de poder desmentir con textos que parezcan escritos expresamente para contradecirle. Á lo que dice Draper de que San Agustín «colocó (la Biblia) en la peligrosa posición de árbitra del saber humano y audaz déspota sobre el ingenio del hombre,» se encarga de contestar este santo con las siguientes notabilísimas palabras: «Acontece á menudo que uno que no es cristiano tiene noticias ciertas, basadas en la experiencia ó en pruebas incontestables respecto de la tierra, de los cielos y de los otros elementos de este mundo, respecto del movimiento y de las revoluciones, del tamaño y de la distancia de las estrellas, de los eclipses de sol y de luna, de la sucesión de los años y de las estaciones, de la naturaleza de los animales, de las plantas y de los minerales. Cosa es harto deplorable, por demás vergonzosa y que se ha de poner mucho cuidado en evitar, que un cristiano, que trate de tales materias sin conocerlas, ose apoyarse en la autoridad de las sagradas Letras, cuando el infiel que le escucha y que comprende la extravagancia de sus errores puede apenas contener la risa. Y no está lo grave del mal, en que aquel hombre sea puesto en ridículo por sus errores, sino que pasen los autores sagrados por haberlos enseñado, y que sean por lo tanto tenidos por ignorantes y despreciados, con gravísimo daño de aquellos cuya salvación nos está confiada, etc.» *De Genesi ad litteram*, lib. i, cap. xix, núm. 39.

á la verdad que, avivando en él hasta lo sumo el deseo de encontrarla, como lo prueban hasta los mismos pasajes sacados del preciosísimo libro de las *Confesiones*, copiados por Draper y tan neciamente por él comentados é impiamente escarnecidos, le llevó al exámen de los más árdulos problemas de la psicología, de la ontología, de la metafísica y de la teología? San Agustin, á quien llamó Thierry el más docto de los Padres de la Iglesia latina, es, segun Villemain, «el más admirable de los Doctores, un ingenio que ha abarcado todo linaje de conocimientos, metafísica, historia, antigüedades, ciencia de las costumbres, etc.; que así escribe sobre música, como discurre sobre el libre alvedrío; que tan pronto explica el fenómeno intelectual de la memoria, como indaga las causas de la decadencia del imperio romano. Es un metafísico atrevido que recuerda no pocas veces á Platon; un pensador profundo á quien debe más de una de sus grandes ideas Bossuet; que despide á todas partes, al investigar los misterios de aquella ciencia, resplandores que reflejó ó halló nuevamente más tarde Leibnitz; en quien se encuentra ya el argumento de Descartes por el cual pone los actos intelectuales como demostracion de la existencia; que, no ménos que Pitágoras, dió importancia suma á la ciencia de los números, y al igual de Aristóteles tuvo el sistema de la induccion en grande estima ¹.» «Es en fin, segun Cantú, el grande Obispo de Hipona escritor de ingenio perspicuo y variado, de inteligencia clara, muchísimas veces original, y en cuyas obras, por poco que se estudien á fondo, se encuentran no pocas opiniones, que han sido atribuidas á filósofos de épocas más recientes, y otras cuyo desconocimiento ú olvido ha inducido á muchos á error.»

En hora no ménos menguada para su reputacion de

¹ VILLEMMAIN, *Tableau de l'éloquence chrétienne*. — San Agustin.

persona seria é ilustrada cayó en la tentacion de escribir acerca de la ciencia de los Santos Padres, ya que tuvo la ocurrencia de hacerlo con la ligereza y ningun escrúpulo con que lo verifica. Insistiendo en la idea de que «la revelacion divina de la ciencia no admite mejora, cambio ni progresos,» y en la tesis no ménos errónea y cien veces rebatida de que «los Padres consideraban la ciencia sagrada y revelada como la suma de todo saber (pág. 66);» al preguntarse á sí mismo en qué consiste dicha ciencia, finge creer que da cumplida satisfaccion á esta pregunta, insultando de nuevo el sentido comun de sus lectores, con decir de ella que «SÓLO VEÍA EN EL TODOPODEROSO Y EL ETERNO UN HOMBRE GIGANTESCO; que afirmaba que la tierra era una superficie plana sobre la cual se extiende el cielo como una bóveda, donde se mueven el sol, la luna y las estrellas, — que era exactamente el concepto que del sistema del mundo se había formado Ptolomeo y había adoptado la escuela de Alejandría, por él tan encomiada; — que Lactancio cree ser un absurdo la doctrina, que Draper supone falsamente haber sido condenada como herética, de la redondez de la tierra; que San Agustin niega la existencia de los antípodas, «toda vez que la Escritura no menciona semejante raza entre los descendientes de Adán.» Más tarde tendremos ocasion de probar con el texto mismo de este santo doctor, que tambien en esto se engaña el autor de la *Historia de los conflictos*. Añade éste que en el siglo vi se negaba que existiese una zona templada al extremo Sud de la tórrida; que Cosme Indicopleusta, escritor del mismo siglo, á quien nadie pensó jamás que pudiera colocársele entre los Padres de la Iglesia, afirma que, segun el verdadero sistema ortodoxo de geografía, la tierra es un plano rectangular, que se extiende cuatrocientas jornadas de E. á O. y exactamente la mitad de N. á S., y que se halla rodeada de montañas sobre las cuales descansa la bóveda celeste; y que el venerable Beda, que escribió en el siglo vii, sostiene que la creacion

fué hecha en seis días: si el profesor anglo-americano supone que este escritor hablaba de *días* naturales, nos permitirá que le digamos que tambien esta vez se equivoca ¹. Por lo que hace á la asercion de que la tierra es el centro del mundo, eso es lo mismo que afirmaba el gran geógrafo de Alejandría (pág. 66-68).

Creemos deber advertir á nuestros lectores que á la vez que para probar la ignorancia de los Santos Padres, cita Draper esos y otros errores de la misma clase, por los cuales supone que abandonaron los trabajos de los filósofos griegos, á quienes con tanto desprecio trató en el anterior capítulo, va mencionando y como colocando en igual categoría, y confundiendo con aquellos errores los hechos dogmáticos en el Génesis mencionados, ó sean los relativos á la formacion del hombre y de la mujer, de la tentacion de ésta por la serpiente, y de la caída de aquél y entrada de la muerte en el mundo. Perdónele Dios este nuevo alarde de cínica impiedad, ya que, ménos indulgente que éste, la sana crítica histórica ha de pedirle estrechísima cuenta, miéntras se conserve la memoria de su libro, de su falta de buena fe y de su desprecio de las leyes morales, que obligan á todo escritor que en algo estime su fama á no confundir, tratándose de autores de esclarecido renombre, los errores propios de la época en que escribieron y comunes á los varones más doctos de la misma, con las que fueron tenidas y profesadas por ellos como creencias religiosas. Sobre todo, como en el caso presente acontece, cuando éstas son acatadas como dogmas por tres religiones, que con tantos

¹ El V. Beda es tambien de los escritores eclesiásticos que opinan, que en las Sagradas Letras se toma muchas veces la palabra día por tiempo « *Aperte intelligo quia diem hoc loco Scriptura pro omni illo tempore ponit quo primordialis natura facta est...* » Y luego hablando de los seis dias de la creacion, añade: *more sibi solito Scriptura diem pro tempore ponit.* — *Hexameron*, lib. I, in. *Gen.* II, 4. Migne, *Patr. Lat.* col. xci, p. 39.

adeptos cuentan, como el catolicismo, el mahometismo y el judaismo, y al par del catolicismo las sectas protestantes y las Iglesias disidentes que se tienen á sí mismas por ortodoxas, ó sea las religiones que dominan exclusivamente en Europa y en ambas Américas y en una gran parte de Asia y África.

Por lo demás, no pensó Draper, en el caso de haber sido él y no su traductor español quien puso el presuntuoso título de *Filosofía patristica* á las páginas que destina á hablar de los errores geográficos y cosmográficos en que pudieron, ó *debieron* incurrir algunos de ellos, que alguno de sus lectores, ó de más agudo ingenio ó ménos sufrido, viendo que nada había en aquellas páginas de lo que parecía prometer el título, tendría derecho á decirle, como el último de los espectadores á cualquier maese Pedro callejero: ¿á qué invitarme á entrar si no debías darme el espectáculo, prometido con tanta pompa y ruido de palabras? ¿Es que se halla contenido el saber filosófico todo de los Santos Padres de la Iglesia en aquellos errores científicos, supuestos ó reales, entresacados de sus obras; ó es que Draper no sabía de sus conocimientos en filosofía más que lo que en aquellos impíos renglones escribe de ellos? Contesten á estas dos preguntas los encomiadores de la *Historia de los conflictos* como mejor les parezca. Por nuestra parte nos contentaremos con recordarles que el mayor número de los doctores de ambas Iglesias griega y latina fueron discípulos aventajadísimos de las aún entónces florecientes escuelas de Atenas y de Alejandría, y con poner á su vista el siguiente pasaje, con que termina el tantas veces citado Villemain su libro sobre la elocuencia cristiana en el siglo IV: «Aquellos varones (los Santos Padres) cuya voz se levanta y se lleva tras sí los pueblos, eran los primeros de su tiempo en ingenio, virtud y saber. Búscase en vano quien pueda compararse con ellos en el desierto campo del politeísmo... Juntos poseen más conocimientos y más fe que sus

contemporáneos, sobre quienes ejercen este doble dominio ¹.»

Draper pone fin á este segundo capítulo con estas palabras, más propias de un folleto que de una obra que salió á luz con exageradísimas pretensiones de seria y de docta. « La profesion de filósofo llegó á ser peligrosa: era un crimen de Estado. En cambio se desarrolló la pasion por lo maravilloso, el espíritu de supersticion. Los grandes hombres que en Egipto habian formado su inmortal Museo fueron sustituidos por turbas de monjes solitarios y de reclusas vírgenes (pág. 70). »

Dando el silencio del desprecio por toda contestacion, — como única que por lo absurdas merecen, — á aquellas palabras, de «que la profesion de filósofo llegó á ser peligrosa, y que era un crimen de Estado, etc.,» nos limitaremos á recordar á Draper y á sus admiradores, por ahora é ínterin llegamos al punto de su libro donde con más oportunidad y detenimiento nos hemos de ocupar en dar á conocer la parte no escasa que tuvieron las órdenes monásticas en el desenvolvimiento de la cultura de los pueblos modernos; primero, que entre aquellas *reclusas vírgenes* hubo no pocas que, además de brillar por su santidad, hubieran podido al igual que Hroswita y de Herluca, por ejemplo, ocupar un distinguido lugar entre las mujeres más doctas de la antigüedad y de los tiempos modernos, si una excesiva modestia no hubiese impedido que el aroma de su saber, lo mismo que el de sus virtudes, se esparciera más allá de las almenadas paredes de sus abadías; y segundo, que de aquellas *turbas de monjes solitarios* salieron los celosísimos y á veces ilustrados misioneros, que llevaron la luz del Evangelio, y con ella las primeras semillas de la civilizacion á los pueblos bárbaros; que entre ellas se educaron y en medio de ellas resplandecieron los más grandes ingenios de

¹ *Tableau*, etc., pág. 512.

los tiempos medios cuyas obras son hoy todavía, y serán durante muchos siglos, objeto de admiración para los verdaderos sabios, é inagotable minero de conocimientos y de ideas para los eruditos y los hombres pensadores; y de entre las cuales si no brotaron quienes pudiesen sustituir dignamente «á los grandes hombres que en Egipto habían formado su inmortal Museo (aserto cuya demostración, si imperiosamente se le exigiera, debía poner á su autor en el trance de quedar vencido en su empresa), salieron en gran número los que, haciendo una especie de voto monástico del trabajo de sacar copias de los libros de la antigüedad clásica, y ocupándose en tan útil tarea, nos conservaron obras de autores paganos y cristianos de mucho más precio y más estimadas que las de los sabios de Alejandría, y para cuya custodia y á fin de que no las deteriorasen las manos de los hombres ni la acción del tiempo, además de revestir sus más lujosos códices de ricas y sólidas cubiertas, empleaban á veces, segun se lee en los inventarios de las bibliotecas monásticas, tanta era la estima en que los tenían, cajas de oro, *capsa vel cavæ aureæ*, con frecuencia adornadas con piedras preciosas, *ex auro purissimo gemmario opere coelatas*.

CAPÍTULO III

- I. Conflicto sobre la doctrina de la unidad de Dios. — II. Reforma del Mediodía.
III. Renacimiento de la ciencia en el Mediodía.

Á pesar de lo mucho que se promete en los títulos y epígrafes que dejamos apuntados, y que han dado materia á Draper para dos capítulos de su *Historia de los conflictos*, y sin embargo de la prolijidad de los mismos, hemos creído poder encerrar en un capítulo solo, y no de los más extensos de nuestro libro, las advertencias, reparos y negaciones que podríamos contraponer á los más señalados y trascendentales errores de que echa aquél mano para combatir el Catolicismo, y demostrar por indirecta manera, y encomiando con exceso la cultura arábica, su supuesta oposicion con la ciencia. Aún así creemos que han de ser muy pocos los argumentos ó hechos de alguna importancia en que apoya sus afirmaciones, que dejemos sin explicar ó refutar.

Incansable en su tarea de denigrar y calumniar al Cristianismo romano, y tenaz en sus propósitos de combatirle con cuantas armas y medios le sugiere su ódio de sectario,

el cual únicamente le permite ver de la Iglesia de Cristo las leves manchas de barro con que, en su paso por este suelo y en su trato con los hombres, han contaminado estos, á pesar suyo, los bordes de su alba vestidura terrestre, y no la divina belleza, reflejo de la de su Fundador, de que plugo á Éste dotarla, empieza Draper el capítulo en que se propone hablar de la que llama Reforma del Mediodía, ó sea del establecimiento y de los triunfos del mahometismo, que es como si dijéramos, de la definitiva victoria en Asia y parte de África y Europa del monoteismo musulman sobre el politeismo cristiano, repitiendo algunos de los errores y calumniosos asertos del anterior capítulo, cual si, insistiendo en ellos, creyese ganarse mejor la inteligencia y la voluntad de sus lectores.

Dejémosle pues, ya que suficientemente desmentido lo dejamos, que persista en lo de la *paganizacion* del Cristianismo y de la *cristianizacion*, si así le place á su traductor llamarla, de la religion pagana; y que, como demostracion gráfica, si es permitido decirlo así, de esta *gran verdad* histórica, se entretenga en describirnos el Olimpo despojado de las *venerables* divinidades griegas (en la primera página de su libro las calificó de *faltas de dignidad*), y ocupado ahora por obra y arte de la política bizantina con « un gran trono blanco, donde se sentaban Dios Padre, teniendo á su derecha al Hijo y luégo la bendita Virgen, envuelta en vestiduras de oro y cubierta con varios adornos femeniles, y á la izquierda el Espíritu Santo, rodeados todos de legiones de ángeles, con arpas, y ocupando el vasto espacio, que se extiende detrás, largas mesas, en que los espíritus de los bienaventurados gozaban de un banquete eterno (págs. 73 y 74). » Prescindamos tambien, ya que el mismo Draper, sin duda á fin de tener más espacio para celebrar las excelencias y cantar las glorias militares del mahometismo las indica como de paso, de las acusaciones que, sin concretarlas ni hacer grande hincapié en ellas,

dirige á la Iglesia por haber ingresado en su seno hombres que «bajo la máscara del celo por la fe predominante, sólo pensaban en los placeres que podían proporcionarles los emolumentos que por sus cargos ó por la parte que habían logrado en el botín recibían; de las luchas que por lograr la supremacía entablaron y con teson sostuvieron las tres grandes ciudades metropolitanas Constantinopla, Alejandría y Roma; de las disputas religiosas que se suscitaron tanto en Oriente como en Occidente, allí sobre la naturaleza y atributos de Dios, aquí sobre las relaciones y la vida del hombre (pág. 72).» Prescindamos por fin de si «las ideas politeistas fueron siempre simpáticas, como supone el profesor anglo-americano, á las razas meridionales de Europa y las monoteistas á las semíticas, por la peregrina razon, segun un autor moderno á quien hace el indisculpable agravio de no citar, de que un panorama de valles y montañas, de islas, rios y golfos predispone al hombre á creer en una multitud de divinidades, al paso que un vasto desierto de arena y el Océano ilimitado llevan consigo la idea de un solo Dios (pág. 73);» y pasemos ya á hablar de las que llama el catedrático de Nueva-York doctrinas egipcias sobre la Virgen, en cuyo culto insiste en ver la continuacion, bajo otra forma, del de Ísis, y como contraria á ellas, de la doctrina nestoriana, asunto en que se ocupa con particular complacencia, y que es como el puente y natural camino por donde pasa á hablar luégo de Mahoma y de la *primera Reforma*.

Difícilmente acertarían nuestros lectores á adivinar cuál fué la causa del nestorianismo, del mahometismo y quizá de cuantas herejías vinieron despues á turbar la paz de la Iglesia. Pues oigan á Draper, que en eso de buscar causas recónditas de los sucesos y por nadie imaginadas, está muy por encima de cuantos hoy *hacen* historia, y él les revelará que fué el horror que causaba á algunos elevados eclesiásticos aquellas concepciones carnales y groseras del cielo

cristiano, que tan del gusto eran de las «personas iliteratas, quienes ¡infelices! no se preocupaban por saber cómo se habían llevado á cabo los detalles de semejante cielo, ni ménos trataban de averiguar qué placer puede obtenerse en la languidez de aquella eternidad inmutable (pág. 74);» y sobre todo les dirá que Nestorio, quien rechazaba aquel antropomorfismo vulgar, considerándolo blasfemo, no pudo llevar con paciencia que los Egipcios, que ya habían impuesto á la Iglesia sus opiniones particulares sobre la Trinidad, pretendiesen resucitar ahora, como dejamos apuntado, el culto de Ísis en la adoración de la Virgen María.

Conflicto sobre la doctrina de la unidad de Dios.

«Cirilo, ó San Cirilo, como le llama la Iglesia, á quien, (calumnia infame que con indignación rechazamos), apellida Draper asesino de Hipatia, y que representaba el partido pagano del Cristianismo, estaba decidido á que se estableciese el culto de la Virgen María, como Madre de Dios, mientras que Nestorio, que representaba el partido filosófico de la Iglesia, hallábase resuelto á combatirlo. Así pues suscitóse con este motivo una controversia entre los dos patriarcas de Constantinopla y de Alejandria. Á consecuencia de ella, y de haber tomado las armas los monjes de aquella ciudad, excitados por los de la capital de Egipto, en defensa de la Madre de Dios, el emperador se vió obligado á convocar un Concilio que se reunió en Éfeso. Gracias á haber sobornado por algunas libras de oro al jefe de los eunucos de la corte imperial, Cirilo pudo contar con la influencia de la hermana de Teodosio, y de esta suerte «*la Santa Virgen de la corte del cielo* halló un aliado de su propio sexo en la santa virgen de la corte imperial.» Cirilo, continúa diciendo Draper (á quien, aunque resistiéndose á

ello la pluma, copiamos al pié de la letra), «acudió al con-
» cilio acompañado por (*sic*) una turba de hombres y mu-
» jeres de las clases más bajas de la sociedad, se apoderó de
» la presidencia, y á pesar de los ofrecimientos de Nestorio
» para lograr un arreglo, que fueron desechados, no se
» leyeron sus explicaciones, y fué condenado sin oírsele
» (pág. 75 y 76).»

Tal es el relato de Draper. Ignoramos de qué autor ó autores lo ha copiado. Sospechamos que ha debido entresacar algunos de sus pormenores de Gibbon, autoridad por demás sospechosa cuando de hechos relativos al Cristianismo se trata. De todas maneras, si los lectores de Draper quisiesen tomarse la pena de averiguar en cualquiera de nuestras historias eclesiásticas si hay ó no algo de cierto en los sucesos por él narrados, hallarian, contra lo que con su acostumbrado tono dogmático da éste por verdadero, completamente desmentidos sus asertos por los siguientes hechos.

Primero: que Nestorio, á quien acusa de profunda ignorancia en su historia eclesiástica el novaciano Sócrates ¹, fué el que provocó la disputa, negando en un sermón predicado en la iglesia de Constantinopla, el título de Madre de Dios (Θεοτοκος) á la Virgen María, como lo había hecho ántes que él Pablo de Samosata, escritor del siglo III de la Iglesia, afirmando que debía dársele tan sólo el de Madre del hombre (ανθρωπωτοκος); y que San Cirilo no hizo más por de pronto que salir á la defensa del dogma católico en una carta dirigida á los monjes de Egipto ².

¹ «He leído las obras de Nestorio, dice este escritor, y he podido convencerme de la profunda ignorancia de ese hombre.... Es para mí evidente que no ha sacado su doctrina de Plotino ó de Pablo de Samosata, porque no habia leído los libros de estos herejes. — SOCRAT., *Hist. eccles.*, lib. VII, cap. XXXII, cit. por DARRAS, t. XII, pág. 17.

² Puede verse en DARRAS, *Ibid.*, pág. 27.

Segundo: que ántes que San Cirilo denunciase en aquella carta los errores de Nestorio, á quien escribió privadamente hasta tres veces, aconsejándole con dulzura verdaderamente cristiana y apoyándose en su primera carta en la autoridad del concilio de Nicea, que desistiera de su error, habían protestado contra la nueva herejía, en la misma ciudad de Constantinopla, Eusebio de Dorilea y San Proclo ¹.

Tercero: que los desórdenes que hubo en la capital del imperio de Oriente, fueron provocados por las violencias cometidas por los sectarios de Nestorio contra los fieles, á quienes escandalizaban las impías doctrinas de su Patriarca, y por Doroteo de Marcianópolis, el cual desde el púlpito de Santa Sofía había anatematizado á los que llamasen á María, Madre de Dios ².

Cuarto: que ántes que se reuniese el concilio de Éfeso, habían sido condenadas las doctrinas de Nestorio en un sínodo celebrado en Roma (Agosto de 430) y presidido por el Papa San Celestino, y pocos meses despues (Noviembre del mismo año), en un concilio que se reunió en Alejandría y que presidió San Cirilo ³.

Quinto: que la corte imperial, y en especial Teodosio el Joven, estaba tan prevenido en favor de Nestorio, que envió para que asistiese en representacion suya al concilio de Éfeso, III de los ecuménicos, á su *Comes domesticorum*, Candidiano, que era uno de los amigos más íntimos de aquel heresiarca ⁴.

Sexto: que el concilio, que debía reunirse el 7 de Junio de 431, no empezó hasta el 22 del mismo mes, á fin de que pudieran llegar á tiempo los obispos de Siria; y si bien es verdad que se abrió ántes de la llegada de éstos, fué porque

¹ *Ibid.*, págs. 30 y siguientes.—*Ibid.*, págs. 17 y 18, 20 y siguientes.

² *Ibid.*, págs. 24 y siguientes.

³ *Op. cit.*, *Ibid.*, págs. 45 y siguientes; 48 y siguientes.

⁴ *Ibid.*, pág. 57.

así rogaron encarecidamente que se hiciera dos enviados del Patriarca de Antioquía, el cual venía acompañando á aquellos prelados ¹.

Séptimo: que habiéndose negado Nestorio á comparecer ante el concilio, sin embargo de hallarse en Éfeso, fué requerido por tres veces y por solemne embajada que le fué enviada por los Padres, para que se presentára á fin de responder por sí mismo á los cargos que se le hacían; y que antes de condenarle, se leyeron sus homilias, comentarios y tratados teológicos, extractándose con escrupuloso cuidado los errores en ellos contenidos ².

Octavo y último,—y mencionamos esta circunstancia únicamente para demostrar á los lectores de la obra de Draper y á los nuestros la ignorancia ó mala fe de éste en atribuir á los esfuerzos de San Cirilo el origen del culto de la Virgen como Madre de Dios, y en suponer que era dicho culto la renovacion ó continuacion del de la diosa Ísis,—el concilio apoyó sus decisiones y su sentencia de excomunion contra Nestorio en pasajes sacados de San Pedro de Alejandría, de San Atanasio, de los Papas San Félix y San Julio, de San Cipriano, de San Ambrosio, de San Gregorio Nacianceno, de San Basilio, de San Gregorio de Niza, de San Atico y de San Amphiloco, PP. y escritores de los siglos III y IV de la Era cristiana, quienes habían reconocido y confesado la divina maternidad de la Virgen Santísima ³.

Por desgracia para la paz de las conciencias y para la prosperidad y orden interior del Imperio, ni la condenacion de la herejía nestoriana por el concilio de Éfeso (431), ni la muerte del heresiarca (440), ni la vuelta al gremio de

¹ *Ibid.*, págs. 59 y siguientes.

² *Op. cit.*, *Ibid.*, pág. 69.—LABBE, *Col. concil.*, t. III, col. 508, 509, donde se hallan reproducidos los extractos de los escritos de Nestorio á que se alude en el texto.

³ *Ibid.*—V. LABBE, *loc. cit.*

la Iglesia de Juan de Antioquía, de Teodoreto de Ciro, del conde Ireneo y de otros corifeos de la secta fueron parte á impedir que el nestorianismo se propagara rápidamente por la Siria, la Arabia, la Tartaria y las dilatadas regiones del extremo Oriente. Draper, que parece gozar en los triunfos del error, por igual manera que en el de las armas, cuando unos y otros son en daño del Catolicismo, consigna con mal disimulado gozo los de la nueva herejía, celebra la fundacion del colegio nestoriano de Edesa, etc., aunque sin indicar siquiera la parte, que por cierto no fué pequeña, que en su rápida difusion tuvo la política egoista de los monarcas persas, interesados en debilitar el imperio bizantino, entre otros medios, fomentando y dando aliento á las disputas religiosas, á que se mostraba desgraciadamente tan aficionado aquel degradado pueblo, y que debían ser, andando los siglos, una de las principales causas de su ruína. Los Sasánidas, que tan intolerantes se mostraron en todas ocasiones con los cristianos ortodoxos, no negaron nunca su proteccion y amparo á los secuaces de Nestorio ni á los de otros herejes.

Poniendo punto á esta materia, arrójase el profesor anglo-americano á hablar de la revolucion, que por entónces tuvo lugar en el imperio persa, y que dió por resultado el destronamiento de Cosroes, y de la reposicion de éste en el sόlio por el emperador Mauricio; de la usurpacion de Focas, y de la muerte de aquel infortunado monarca y degüello de toda su familia por órden del usurpador; de la deposicion de este último por Heraclio, y de las guerras que movió contra el Imperio el citado Cosroes, á título de vengador de su antiguo protector y aliado Mauricio. Por ventura se le ocurrirá á alguno de nuestros lectores preguntarnos qué tienen que ver todos estos hechos con lo que parece ser el objeto principal del libro de Draper. Si tal sucediese, le contestaríamos que, fuera de procurarse una ocasion, siquiera asomase traída por los cabellos, para insultar la memoria del insigne

Pontífice Gregorio I el Grande ¹, no acertamos á descubrir otro motivo para que así lo hiciera, que el de deslumbrar á sus lectores con alardes de una erudicion histórica, que

¹ Como Draper, segun hemos tenido ocasion de advertir repetidas veces, no deja pasar ocasion alguna de calumniar á la Iglesia y á sus ministros, aprovecha la de haber dirigido el Papa San Gregorio una carta á Focas, felicitándole por su advenimiento al trono, para empañar, si posible fuese, la limpia fama de tan esclarecido Pontífice. Despues de referir el asesinato del emperador Mauricio, de sus hijos y de muchos de sus parciales, escribe las siguientes palabras: « Cuando llegaron á » Roma estas noticias, recibíólas el Papa Gregorio con regocijo, y rogó para que la » mano de Focas fuera fortalecida contra sus enemigos: como recompensa de ese » servicio, fué agraciado con el título de *obispo universal* (pág. 78). » Esto último es falsísimo. Ni Focas podía dar al sucesor de San Pedro, al que la Iglesia había reconocido, respetado y obedecido siempre como á su cabeza visible, aquel dictado, ni aún cuando hubiese cometido la ligereza de dárselo, el Pontífice lo hubiera aceptado. Gibbon, á quien parece haber copiado Draper al redactar aquel pasaje, á pesar de los cargos que dirige con aquel motivo al Papa, y de su ódio al Cristianismo, á fuer de enciclopedista, no se atrevió á estampar error histórico tan grosero. La verdad es que con motivo de haber enviado Focas, segun costumbre, el busto suyo y de su esposa á las principales ciudades del Imperio, y entre ellas por consiguiente á Roma, el Soberano Pontífice, segun costumbre tambien de la cancillería romana, y cumpliendo con un deber de cortesía, que el mismo Gibbon reconoce y no condena, envió una carta oficial al nuevo emperador, en que hacía alusiones á las amarguras por él sufridas durante el anterior reinado, especialmente en los últimos días de la vida de Mauricio, en los cuales iban á quedar interrumpidas las relaciones entre el Imperio y la Santa Sede; y, si bien le felicitaba con expresiones que podrán parecer con exceso laudatorias á los que ignoren ó se desentiendan de las especiales circunstancias en que aquélla se hallaba, le daba algunos consejos sobre la conducta que debía seguir, concluyendo con estas palabras, dignas de un soberano espiritual que se dirige á un príncipe cristiano, y que podían sonar en los oídos del príncipe como una encubierta censura de los actos sanguinarios que tuvieron lugar despues de su coronacion, y como un aviso para obligarle á que procurase refrenar en lo futuro sus sanguinarios instintos, si realmente los tenía: « pero por ventura, le decía, serán nuestras preces más eficaces que las palabras: dignese, pues, el Omnipotente tener bajo la mano de la gracia el corazon de vuestra piedad, é inclinarlo tan sólo á los actos de justicia y de clemencia. Por ellas se ilustrará vuestro reinado en la tierra, y se os preparará otro mejor en los cielos * ». Causa extrañeza y dolor leer en Montalembert, hablando de esa carta: « que es la sola mancha que afea la vida de San Gregorio ** », que son cabalmente las mismas palabras que emplea Gibbon. — (Véase DARRAS, *Op. cit.*, t. xv, págs. 257 y siguientes.)

* DIVI GREGORII MAGNI, *epist. 31, lib. 6, Patr. lat.*, t. LXXVII, col. 1282.

** *Les Moines de Occident.*, t. II, págs. 132 y 133.

parezca á gran número de ellos en alto grado nueva, escogida y peregrina, por más que para las personas medianamente versadas en la ciencia de los hechos, haya de ser tenida por trivial y en extremo vulgar.

Demos, pues, por leídas las páginas en que se ocupa en referir los mencionados sucesos, y sin meternos en averiguar hasta qué punto se ha sujetado al narrarlos á la verdad histórica, y por qué razón, ya que con tanto entusiasmo refiere los triunfos del monarca persa, pasa en silencio las victorias del emperador bizantino; haciendo tambien caso omiso de si es tan cierto como supone, en su desprecio á lo sobrenatural y en su impío afán por poner en ridículo la creencia en los milagros, que «los pueblos cristianos de Oriente se asombraron de ver que despues de haber cometido los Persas tantos sacrilegios, como profanar los lugares santos, quemar el Santo Sepulcro (*sic*), y escarnecer el madero de la Cruz, sin que se deshicieran los cielos, ni se abriera la tierra, ni brillára en el firmamento la espada del Todopoderoso (página 80),» ó si por el contrario consideraron los católicos como castigo del cielo y como objeto de las divinas venganzas los inmensos desastres de derrotas de ejércitos, tomas é incendios de ciudades y devastaciones de campiñas que cayeron sobre el imperio persa, pasemos ya á hablar de la que el autor de la *Historia de los conflictos* llama en este lugar *Revolucion del Mediodía contra el Cristianismo y Reforma arábica*, ó sea de Mahoma y su doctrina, y de las conquistas de sus inmediatos sucesores.

Revolucion del Mediodía contra el Cristianismo.

El autor de la *Historia de los conflictos entre la Ciencia y la Religion*, ó sea entre aquélla y el cristianismo ortodoxo, no tiene, como en otro lugar dejamos indicado, ni una palabra, no diremos de elogio, ya que hubiera sido el pedírsela

exigir demasiado de quien tan ciego encono alimenta contra la religion del Crucificado, pero ni siquiera de crítica y ni aún de desprecio contra éste y su doctrina. Nuestros lectores saben ya que, al hablar del origen del Cristianismo, únicamente dos veces nombra á Jesus, y ni una sola hace mencion de los Evangelios. En cambio consagra no pocas páginas á enaltecer los hechos de Mahoma, y á celebrar, casi con pompa épica, las conquistas de sus primeros sucesores. ¿Quién sabe si no debemos felicitarnos como católicos de que el admirador del falso profeta de la Meca, á quien poco falta para que convierta hasta en jefe de una escuela filosófica¹, no haya manchado su impía pluma, escribiendo los hechos de nuestro divino Redentor, con nuevos sacrilegios, en los cuales sin duda hubiera quedado muy atrás al mismo Renan?

Dejémosle pues que, así como lo judíos antepusieron Barrabás á Jesus, él prefiera á éste el fundador del islamismo, y compadezcamos al escritor que en tan poca estima tiene su reputacion de tal, que despues de suponer á Mahoma, en quien debía repugnarle ver un impostor, víctima de alucinaciones, producto natural, segun los médicos, de ayunos prolongados y de *ansiedades mentales* (pág. 85), no tan sólo ensalza la doctrina de aquel á quien supone víctima de esa enfermedad, sino que al felicitarse de que, «el

¹ «Sus opiniones científicas, dice hablando de Mahoma, que eran aristotélicas, » fueron extendidas y *enérgicamente* adoptadas por sus sucesores (pág. 83). » Para desmentir hasta en esto á Draper cedemos la palabra á su guía y maestro de historia, á quien sigue en este capítulo, como en otros, al ya citado Gibbon: «En medio de tan aventajada persuasiva, era Mahoma un bárbaro sin letras: jamás asomó por su mocedad el ejercicio de leer y escribir. » Y algunas líneas más abajo: «pudo sembrar ciertas semillas científicas en un suelo fecundo; mas ignorando el idioma siríaco, no pudo ménos de quedar atajada su curiosidad, y no aparece en la vida y escritos de Mahoma que su vista llegase más allá de los linderos del mundo arábigo. » — GIBBON, *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, t. VI, pág. 219, edic. de Barcelona. — «Ignorante, como sus compatriotas, dice de él Sedillot: ni siquiera sabía leer, » — *Histoire des Arabes*, pág. 43.

éxito de las armas hubiese aprovechado en gran manera, humanamente hablando, á la difusion del Koran,» estampa las siguientes palabras, que son un insulto á la lógica, un sarcasmo al sentido comun y una ofensa á la buena fe: «¿qué importan los medios, con tal que de una manera ú otra se conviertan los pueblos? '» ¡Así se expresa quien acusa la supuesta intolerancia de la Iglesia católica!

Creemos inútil perder el tiempo en hacer ver lo absurdo y, en los tiempos que alcanzamos, lo ridículo de sus preferencias por el mahometismo sobre la Religion cristiana. Nada tiene que temer el Catolicismo de que algunos ingenios infelices, cegados por el odio religioso, lo pospongan á la religion del Koran. Á los que de esta suerte opinan, se les podría con justicia desear igual desgraciada fortuna que la que alcanzaron los degenerados bizantinos, cuando, en vísperas de ser entrada á saco Constantinopla por las hordas de Mahomet II, clamaban todavía en su necio encono á la Iglesia romana, que preferían el turbante de Mahoma al gorro latino. Si existiese un hombre tan desprovisto de razon que sostuviera que la luna es mayor que el sol, y que al influjo de su luz y de su calor brotan y se animan las plantas y abren su cáliz las flores, mejor y con más espontaneidad que al de los rayos y ardores vivificantes del astro del día, la naturaleza despertando risueña y cobrando nueva vida al nacer de éste, y reposando y suspendiendo su actividad en las tristes horas de la noche, le diría cuán torpe y desatentado anduvo en su juicio: por igual manera la historia, diciendo á Draper y á los que cual él discurren,

¹ Copiamos estas palabras de la version italiana que tuvieron á la vista los redactores de la *Civiltà Cattolica*, al escribir su refutacion de la obra de Draper. El traductor español, no atreviéndose sin duda á trasladar á su lengua tan extraña proposicion, redactó este pasaje como sigue: «El éxito militar, en sentido mundano, había aprovechado á la religion del Koran, y en estos casos (*sic*) nada importan los dogmas, pues siempre hay millares de conversos» (pág. 89).

qué es lo que hizo la religion de Jesucristo de los pueblos bárbaros por ella ganados á la civilizacion, y la de Mahoma de las naciones civilizadas del Asia y del África, sumergidas por ella en una nueva barbárie, les demostraría lo absurdo é infundado de sus opiniones. De falta de razon y de justicia histórica califica el mismo encomiador de la *Historia de los conflictos*, el Sr. Salmeron, «la sobreestima que dispensa su autor á la religion de Mahoma y á la esplendente, fantástica y voluptuosa más que profunda, reflexiva y severa cultura que entre los árabes promueve y difunde.» Y á probarlo destina algunas páginas de su prólogo á aquel libro, en las cuales, á vuelta de asertos y apreciaciones que en manera alguna podemos aceptar, como hijas que son del criterio especial con que el jefe de la escuela krausista en España estima los hechos históricos, se encuentran juicios algo atinados sobre el mahometismo, y las causas de su esterilidad religiosa; política y científica, y opiniones en alto grado favorables al Cristianismo y á los beneficios que la sociedad y las ciencias le deben. Y puesto que para Draper y sus admiradores ha de ser de más valor, en la cuestion concreta que nos ocupa, la opinion de aquél que la nuestra, con invitar á los últimos á que se detengan á examinar, ó mejor á meditar las páginas que dedica á hablar de este asunto, que son en su version española las xxxv y siguientes hasta la xxxix del mencionado prólogo, creemos podernos dar por dispensados de demostrar los graves errores en que incurrió el catedrático de Nueva-York en su juicio sobre el mahometismo y en sus preferencias de esta religion sobre la católica.

Lo que no podemos dejar sin el correspondiente correctivo y hasta sin acusarle de nuevo, por más que sea doloroso hacerlo, de falta de buena fe, es que, insistiendo en el concepto, que en otro lugar combatimos, de la diferencia que existe entre la difusion del mahometismo y la de la Religion cristiana, se atreva á estampar estos renglones: «Esta

» última nunca fué bastante fuerte para extirpar la idolatría en el imperio romano, y sólo progresaba por su union y amalgama con ésta, cuyas antiguas formas fueron vivificadas por el nuevo espíritu de aquélla: la paganización á que nos hemos referido, fué su resultado. Pero en la Arabia, Mahoma extirpó y aniquiló en absoluto la antigua idolatría, y ni resto de ella se encuentra en las doctrinas predicadas por él y sus sucesores..... El dogma esencial de la nueva fe: «No hay más que un Dios,» se extendió sin alterarse (pág. 89).»

Sobre ser falso que no desapareciera completamente la idolatría vencida por el Cristianismo, éste alcanzó su cabal triunfo sobre los pueblos paganos, y más tarde sobre las tribus bárbaras, á pesar de tener que ganar las inteligencias para que aceptaran y creyeran dogmas que no podían ser comprendidos por ellas, ya que están muy por encima de la limitada razon humana, y conquistar las voluntades, obligándolas á dar recias y tenaces batallas á las pasiones, y ofreciendo por toda perspectiva á sus primeros adeptos el desprecio, las persecuciones y el martirio; al paso que la religion del Koran, en la cual no hay dogma alguno que no esté al alcance de la inteligencia más vulgar, ni precepto moral que no sea de fácil cumplimiento, debía echar sus raíces, no en un suelo regado con la sangre de sus mártires, sino por el contrario, en un terreno surcado por arroyos de la de sus enemigos, cuyo exterminio aquel libro ordenaba, prometiendo á aquellos de los suyos, que morían en los campos de batalla peleando contra los infieles, un cielo lleno de placeres sensuales; porque, segun había escrito su autor: «el paraíso se halla en la sombra de las espadas cruzadas. ⁴»

⁴ Causa ya más que indignacion, tedio y repugnancia que el mismo escritor, que hablando de la propagacion del mahometismo por la fuerza de las armas, había estampado la impía máxima, que dejamos más arriba transcrita: «¿qué importan los medios

Sírvele á Draper el pasaje que dejamos transcrito como á manera de puente para pasar á referir las conquistas llevada á cabo por los árabes, segun él, con *piedad feroz*, — calificativos, sea dicho de paso, que quizá por vez primera se habrán hallado juntos, no sin grande extrañeza de uno y otro, — en cuyo relato parece gozarse no ménos que lo que disfrutó en el de las campañas de Alejandro: y despues de emplear no pocas páginas en esta tarea, que hubiera podido y hasta debido omitir, ya que nada tienen que ver los hechos de todos sabidos en ellas narrados con el objeto de su libro, consagra un capítulo entero á hablar de lo que llama renacimiento del saber en el Mediodía, ó sea de la ciencia entre los árabes. Nos detendremos algo más en su exámen y refutacion, ya porque se mencionan en él hechos calumniosos al Cristianismo, cuya falsedad es deber nuestro demostrar, ya tambien para hacer ver cuánto se ha exagerado la extension que á la ciencia arábica, y sobre todo á su influencia en la cultura intelectual de los pueblos cristianos se ha atribuido.

Renacimiento de la ciencia en el Mediodía.

Como para ganarse fama de imparcial en el concepto de sus lectores, y disponerles á que con más confianza dieran crédito á sus asertos, comienza Draper el capítulo en cuyo

con tal que de una manera ú otra se conviertan los pueblos?» escribiese casi al propio tiempo que la «idea primera y dominante de Mahoma había sido poner límite al SALVAJE SECTARISMO de la cristiandad.» Compadezcamos al desdichado escritor que así se rebaja y arrastra por el lodo su reputacion imprimiendo tales absurdos, á los obcecados y torpes lectores que no arrojan tal libro de las manos ante tales insultos al sentido comun, y más que á todos, al infeliz filósofo que, en su ódio al catolicismo, y cegado por extraños é inconcebibles errores, se ha atrevido á estampar en su prólogo á la obra del *imparcial* y *veracísimo* catedrático de Nueva-York «que contribuir á la propagacion de tal obra era trabajar en la obra de la redencion humana.»

exámen vamos á ocuparnos, que es el cuarto de su libro, hablando de la destruccion de la famosa biblioteca de Alejandría, y dando desde luégo como cierto el hecho de haber contestado Omar á la consulta de Amrú sobre si debía ó no concedérsela al gramático griego Juan Filopano, que se la pedía: «si los libros están conformes con el Koran, que es la palabra de Dios, son inútiles; si lo contrario, son perniciosos: destrúyanse pues;» por más que al aceptar este hecho y el de la quema de aquellos libros, se aparte de la opinion de Gibbon, que los niega ¹. Lamentando la pérdida para la Ciencia de los tesoros que en aquella biblioteca debían guardarse, por más que debamos sospechar que no debían ser ya muy numerosos, despues de los quebrantos que había sufrido por manos de los hombres, y de los estragos que en ella debía haber causado el tiempo trascurrido desde la época de sus fundadores, los Ptolomeos, hasta su destruccion por el teniente de Omar; no hay duda que el acto vandálico de su destruccion habría tenido igualmente lugar, áun cuando hubiera sido preciso reducir á cenizas las dos riquísimas antiguas librerías del Museo y del Serapio, en el brillante estado en que se hallaban en el reinado del

¹ El dilema de Omar que, sea dicho de paso, estaba enteramente conforme con el espíritu del Koran, y que era el que hubiese empleado el mismo Mahoma, si se le hubiera hecho igual pregunta, fué renovado repetidas veces por los sectarios de Lutero y Calvino en la época de la seudo-reforma. Despues de haber quemado vivo al cura párroco de Berzé, una turba de herejes se arrojó sobre la célebre abadía de Cluny, y destruyó cuantos manuscritos y documentos halló á mano, suponiendo que eran *libros de misa*. Lo cuenta Teodoro de Beza. — El anabaptista Rohtman de Munster, proclamaba que la Biblia era el único libro necesario, y que, por lo tanto, debían ser quemados todos los demás como inútiles y peligrosos; como en efecto lo fueron todos los de la biblioteca de Rodolfo de Langins, compuesta de manuscritos griegos y latinos. — CATROU, *Hist. de los anabaptistas*, lib. v, pág. 101. — Véase CANTÚ, t. VIII, pág. 124, nota 1 de la edic. francesa. — Acerca de la quema de la biblioteca de Alejandría, que Gibbon califica de patraña, véase la nota 116 del capítulo LI, de su obra donde se cita á los escritores árabes y á los modernos orientalistas que la dan por cierta.

Filadelfo, que en la contestacion de Omar á la consulta de Amrú no tanto hay que considerar el hecho de la quema de tal ó cual biblioteca más ó ménos numerosa, como la declaracion que podríamos llamar dogmática, como hecha por un califa de que donde está el Koran es inútil ó pernicioso toda humana ciencia, lo cual no se ha dicho nunca respecto de la Biblia por ninguna autoridad católica.

Á la bárbara torpeza de haber destruido la biblioteca de Alejandría, creyó poder contraponer Draper otro hecho de igual género, realizado por los cristianos. Los Cruzados, segun afirma á renglon seguido, quemaron algunos siglos despues la biblioteca de Trípoli, «de la que se dice *fantásticamente* que contenía *tres millones* de volúmenes ¹.» Hacen bien Draper, ó su traductor, en usar el adverbio que hemos subrayado, equivalente al calificativo *increíble*, que es el que emplea Gibbon al hablar de este suceso, pues en verdad cuesta trabajo creer en la existencia de una biblioteca que contuviera tan considerable número de volúmenes, en una ciudad de tan escasa importancia como Trípoli; y más aún, en el descuido de los historiadores cristianos y musulmanes de no habernos hablado de ella. Draper, sin embargo, parece no poner en duda su destruccion por los Cruzados; y como «el fanatismo, segun dice, se ha dis-» tinguido frecuentemente por tales hazañas,» les cuenta á sus lectores, es de suponer que con el propósito de hacer ménos odioso el acto de Amrú, cómo «los Españoles (léa-» se algunos españoles) quemaron en Méjico vastas pilas» (*sic*) de pinturas jeroglíficas americanas, cuya pérdida» ha sido irreparable, y cómo el cardenal Jiménez entregó

¹ Esta noticia parece estar sacada por Draper de la citada nota, en la cual se supone hallarse mencionada en la *Historia de las Cruzadas*, de Wilken, t. II, página 211. Habla Savaher de aquel hecho, con exageracion hiperbólica narrado por algunos escritores orientales, pero que no se halla consignado en ninguna de nuestras crónicas. Michaud en su obra de aquel mismo título, lib. V, t. III.

» al fuego en la plaza de Granada *ochenta mil* manuscritos
» árabes, siendo (*sic*) muchos de ellos traducciones de los
» autores clásicos (página 107).»

Lástima que el autor de la *Historia de los conflictos*, que tan aficionado es á recoger hechos de esta clase, no hubiese leído á nuestro maestro Eugenio de Róbles, á quien siguió Pedraza, y á uno y á otro algunos autores modernos, segun el cual, pasó de un *cuento* (un millon) y *cinco mil* los volúmenes quemados en Granada. Ante este nuevo dato se hubieran sin duda frotado las manos de júbilo el profesor anglo-americano, y con él la mayor parte de los lectores de su obra: ¡pues qué más podían desear que contraponer al acto, sobre toda ponderacion execrable, del lugarteniente del califa musulman, otro muchísimo más execrable aún, llevado á cabo nada ménos que por un Cardenal de aquel á quien los sectarios llaman sacrílegamente el Califa de Occidente!

Pero es el caso que la afirmacion de Róbles, quien vivió un siglo despues que el cardenal Cisneros, que es tenido por historiador de escasa crítica, y del cual se sospecha que exageró cuanto pudo el número de los libros quemados, á fin de realzar más el celo de aquel insigne prelado, lo mismo que la afirmacion de Draper que hace subir á 80.000 el número de los manuscritos destruidos, están desmentidas por la autoridad de Álvarez Gómez de Castro, coetáneo de éste, y escritor muy autorizado y fidedigno, quien afirma que llegaban apenas á cinco mil, *quinque millia voluminum ferme*, los tomos quemados. Ni podían ser muchos más, cuando á pesar de las riquezas de sus encuadernaciones, con chapas y registros de oro y plata, y hasta con incrustaciones de perlas que ostentaban muchos de ellos, indicio evidente de que no serían traducciones de autores clásicos, por los árabes por punto general poco estimados, sino ejemplares del Koran, ó comentarios del mismo, no fueron aquellas encuadernaciones estimadas más que en unos diez

mil ducados ¹. Pero puesto que el profesor americano se muestra tan aficionado á revelar á sus lectores noticias de tanto efecto como las que acabamos de mencionar, nos ha de permitir que, supliendo su falta de memoria, y llenando un vacío que notamos en esta parte de su libro, recordemos á él y á los que tengan curiosidad de leer su obra despues de pasar los ojos por la nuestra, la prohibicion á los librerros por órden de los califas El-Motamid y El-Motadhed de vender libros de filosofía, y la quema, entre otras que tuvieron lugar durante las conquistas de la Siria y la Persia, de los escritos y de la biblioteca del astrónomo y filósofo Abd-Es-Salam, decretado, á lo que parece, por el califa En-Nacir-lidin-Allak ², y la de las obras filosóficas ordenado por Mahmud en 1029, cuando la toma de Er-Rai.

No es fácil averiguar, ni nos importa hacerlo, lo que piensa Draper acerca del fatalismo de los árabes, puesto que tan pronto nos representa á esos sectarios subordinados á esta sombría doctrina, como afirma de ellos que sabían conciliar el libre albedrío con la predestinacion. Pero cuando se ocupa en las creencias cristianas acerca de la Providencia y de su gobierno del mundo, y pretende trazar un paralelo entre nuestras doctrinas y las del islamismo, sorprende la ignorancia que manifiesta acerca del dogma cristiano de la predestinacion y del libre albedrío; y por ventura, más que su ignorancia, la ligereza con que habla de tan grave asunto. De fijo sus prevenciones de filósofo positivista le han apartado, no ya de profundizar, sino hasta

¹ V. *La ciencia cristiana*, núm. 17, t. II, art. II de un discurso que, con el título de *Filología arábigo-hispana*, ha sido escrito por el Sr. Simonet, catedrático de árabe en la Universidad de Granada. Consta además por los inventarios primeros del Colegio de San Ildefonso, que se conservan en la Biblioteca de la Universidad de Madrid, que reservó y remitió á ella unos sesenta códices arábigos que trataban de medicina y otros asuntos literarios.

² DUGAT, *Histoire des Philosophes et des Theologiens musulmans*.

de enterarse someramente de las más rudimentarias cuestiones filosófico-teológicas acerca de los destinos del hombre y de las relaciones de Dios con éste y con el universo. Mas dando tambien nosotros de mano esas cuestiones extrañas al objeto del libro de Draper y por consiguiente del nuestro, sigamos á éste en la reseña que traza de la cultura arábica.

« Así como el *talento mecánico* estimulado por la campaña persa de Alejandro, dió origen al maravilloso desarrollo de la *ciencia pura* bajo el gobierno de los Ptolomeos, » dice Draper, por igual manera las operaciones militares » de los sarracenos debieron dar nacimiento é impulsar el » desarrollo de la cultura entre los árabes (pág. 108). » Á dar mayor crecimiento á éste hubo de contribuir poderosamente, segun el mismo, el paso dado desde la idolatría de la Caaba al monoteismo de Mahoma. Mas como si le pareciera escasa influencia ésta para explicar el origen y rápido progreso de la ciencia arábica, que parece en efecto á simple vista nacer sin anterior preparacion, y andar como á paso de gigante mucho espacio en breve tiempo, acude á otra causa, sin disputa de más eficacia, — de tanta que bastára ella sola para que nos diésemos razon de aquel hecho, — á saber, á la influencia que en ella ejercieron los nestorianos en la Siria, y los judíos en Egipto y en algunos puntos del Asia (pág. 109).

Es un hecho histórico que no necesita demostracion, que los nestorianos ejercieron tambien muy grande influencia en la naciente cultura de este pueblo, todavía rudo é ignorante, cuando se estableció en la Persia y en la Siria, no porque fueran de más sobresaliente ingenio, ni porque pudieran con más libertad que los griegos ortodoxos dedicarse á las ciencias especulativas y de observacion, sino porque, siendo más numerosos, ejercían mayor influencia en aquellas comarcas, asientos principales de la dominacion musulmana. Y puesto que tambien lo da por cierto el autor de la *Historia de los conflictos*, no hemos de perder el tiempo

en probarlo. Baste decir que lo confirman historiadores de autoridad por todos reconocida: que Sedillot, cuyas preferencias por todo lo que á los árabes se refiere es bien conocida, declara que « los árabes fueron iniciados en la literatura griega por los sirios, cual ellos de raza semítica, á quienes la habían dado á conocer los Nestorianos; que en la escuela abierta por éstos en Éfeso, fué donde nació el estudio científico de las sustancias medicinales sacadas de los minerales y de las plantas ¹; » que el mismo historiador confiesa que « la traduccion de Aristóteles empezada por Honain, célebre médico nestoriano, á quien se atribuyen tambien, segun Gibbon, las traducciones de Platon, Hipócrates, Galeno, etc., fué el punto de partida de los estudios filosóficos de los árabes, cuya importancia, sin embargo, exagera por demás, al suponer que sus escritos fueron la base y fuente de la escolástica en la Edad media ²; » y en suma, y para no amontonar más testimonios, que, como dice Cantú, escudado en la autoridad de los más célebres orientalistas, « fueron los Nestorianos los que inspiraron al Al-Mamum la idea de llamar á su academia á los más afamados médicos, astrónomos, filósofos y matemáticos, y los que, en union con los Judíos, dieron la traza y organizacion de sus primeros colegios, y á sus cátedras mayor número de profesores. »

Draper, quien, como veremos más adelante, parece no hallar palabras á su juicio bastante duras, para condenar la ignorancia de los pueblos católicos, traza un cuadro por demás brillante de la cultura intelectual de los árabes, llegando, en su entusiasmo por ella, á atribuir á los sectarios de Mahoma glorias que en manera alguna les pertenecen, tales como la traduccion de la *Iliada* y la *Odisea*, que fué

¹ SEDILLOT, *Histoire des Arabes*, lib. VI, cap. 1, pág. 335.

² *Ibid.*, pág. 398.

obra de un maronita cristiano llamado Teófilo ¹, profesor de astronomía en Edesa, que florecía á fines del siglo VII; la invencion del álgebra, que se debió, segun Abul-Faradje, al griego Diofanto ², y de la química, de mucho tiempo ántes conocida por los egipcios ³.

No le negarémos que en los siglos IX, X y XI, que son los de mayor rudeza y de mayores tinieblas de la civilizacion europea, —no tan espesas de mucho como por los escritores protestantes y racionalistas se supone, —y los que por el contrario marcan el apogeo de la grandeza y poder musulmanes, gracias á la fastuosa más que inteligente proteccion de los primeros califas abbasidas, brilló la cultura arábica, así en las ciencias especulativas como, y más principalmente, en las matemáticas y de observacion, con fulgores á primera vista deslumbradores. Sabemos que les debe la Europa, en aquellas ciencias, adelantos notables respecto de los conocimientos que en ellas poseyeron los sabios del Museo Alejandrino, quienes fueron, sin embargo, sus primeros maestros; que en geografía, descriptiva y astronómica, lograron descubrimientos que hicieron dar algunos pasos á esta ciencia; que enriquecieron la química y las ciencias médicas con el hallazgo y el empleo científico de sustancias cuyas virtudes eran ántes poco ó nada conocidas; pero áun dejando aparte que más de uno de los descubrimientos

¹ Así lo asegura Gibbon, fundado en la autoridad de Abul-Faradje, á quien colocan los árabes, sin embargo de ser cristiano, en el número de sus principales historiadores. El mismo historiador inglés, á quien copia en varios pasajes de este capítulo Draper, hablando del desvío con que miraron la literatura clásica los musulmanes, « quienes poseyeron, dice, con *perezosa idiotez* las colonias macedónicas y las provincias de Cartago y Roma, » observa que la mitología de Homero no podía ménos de repugnar á tan adustos fanáticos. — *Op. cit.*, t. VI, pág. 403. — Cantú afirma tambien que no tradujeron á ninguno de los autores que consideramos como clásicos, porque les parecían frios y encogidos. *Hist. univ.*, t. VIII, pág. 149.

² GIBBON, *ibid.*, núm. 60.

³ *Ibid.*, núm. 69.

hechos en la química los hallaron como al paso, mientras iban á tientas multiplicando, como los alquimistas europeos, los ensayos ó experimentos en busca de la piedra filosofal; que no supieron prescindir, ántes por el contrario, confundieron con harta frecuencia los estudios é investigaciones astronómicas, con los delirios de la astrología; que en todo, pero principalmente en la medicina, procedieron más bien empírica que racionalmente, ¿cuántos y cuántos errores, sobre todo en geografía astronómica, se encuentran en sus obras, que serían por lo absurdos objeto y motivos de ardientes diatribas y de punzantes sátiras, si los hallaran los escritores hostiles al Cristianismo en los libros de los católicos?

Le concederémos por un momento á Draper si quiere, aunque sin darlo por cierto, que la poesía árabe cuente ella sola con más cultivadores que la de todos los otros pueblos juntos; que entre sus historiadores haya algunos, tales como Abul-Feda, Abul-Faradje, *Bohaeddin* y los españoles An-al-Cuthiah y Ebn-al-Faradhi, que han alcanzado no escaso renombre; que suenen varios apellidos árabes entre los de los filósofos más ilustres, y entre ellos, y como los más famosos, los de Afarabi, Ebu-Sina (Avicena), Abu-Roschd (Averroes) y Nassir-Eddin; y que en todo género de disciplinas sean muchas y de no escaso valor las riquezas que yacen tal vez ignoradas aún en los estantes de las modernas bibliotecas de Europa. Pero á la vez se puede preguntar al autor de la *Historia de los conflictos*, ¿qué obra poética de esas que llevan impreso el sello de la inspiracion y del ingenio, y que por su indisputable mérito pasan á la posteridad, ha producido la literatura árabe? El mismo Sedillot se ve obligado á confesar que, excepto algunos poemas históricos, cuyos autores cita, pero á quienes nadie conoce, á ménos de estar muy versado en las literaturas orientales; y que, aparte de varios cuentos de las *Mil y una noches*, escritos en verso y prosa, y de unas pocas obras dialogadas,

de alguna mayor extension, no se encuentran en dicha literatura sino poquísimos escritos poéticos de verdadera inspiracion ¹. Fuera de la Arabia, donde mejor y por más tiempo conservó su primitivo vigor, la poesía perdió muy pronto su fuerza y su dignidad, empleándose con frecuencia en la composicion de poemas didascálicos, indicio cierto de falta de originalidad y de pobreza de ingenio, y síntoma seguro de decadencia. Y si bien es verdad que se revela especialmente y con más espontaneidad el instinto poético de los árabes en su poesía lírica, que pone el citado escritor en las nubes, no lo es ménos que las producciones de este género han sido tildadas de ligeras y por demás artificiales ²; de estar con exceso llenas de adornos, colores é imágenes, con frecuencia deslucidas por lo exagerado de las hipérboles; de aparecer sobrecargadas de comparaciones y de buscar en demasía el efecto, y sobre todo de ser sobrado sensuales ó voluptuosas ³. Hasta su influencia, con exceso abultada por el abate Andrés y otros escritores del siglo pasado y principios de éste, sobre las literaturas de la Edad media, y en especial sobre la provenzal y la española, á las cuales se suponía equivocadamente haber prestado la rima y alguna de sus formas, y hasta enriquecido con varios de sus asuntos, ha sido negada por unos y reducida por otros á muy estrechos límites, gracias al mejor conocimiento de las mismas.

Por lo que á sus historiadores se refiere, ¿qué importa que sea grande el número de obras por ellos compuestas ⁴,

¹ SEDILLOT, *Ibid.*, pág. 419.

² Hablando Renan de Averroes como poeta, dice: «La poesía no era en esa época entre los árabes más que una ingeniosa combinacion de sílabas; así se comprende verla cultivada por ingenios tan poco líricos como Avicena y Averroes.»

³ CANTÚ, *Op. cit.*, t. VIII, pág. 149, edic. franc.

⁴ «Hadji-Khalfa, dice Sedillot (pág. 419), cita mil trescientas obras pertenecientes á este género, y el *Nethaidje* de Jahia-Effendi designa quince de ellas como clásicas.» En este punto la crítica europea no opina como Jahia.

si no hay una siquiera que, ni aún de léjos, pueda compararse con las que nos ha dejado la antigüedad clásica greco-latina? « El amor á lo maravilloso, dice Cantú, que se encuentra en las más insignificantes narraciones, el respeto ciego á sus califas, su ninguna diligencia en investigar las causas de los acontecimientos, impidieron á los orientales tener verdaderas historias, en el genuino sentido de esta palabra ¹. » « Sus historiadores, había escrito ántes, carecen completamente de espíritu crítico, y conocen apenas la cronología..... Prodigan los elogios á los príncipes, porque bajo el despotismo, los vicios que aprovechan ó gustan á unos pocos, reciben el nombre de virtudes..... Alaban lo que brilla; la crueldad les parece justicia, toman la profusión por liberalidad, y á la obstinacion la apellidan firmeza ². » Y si este juicio le parece á Draper apasionado, como de un escritor católico, tómese la molestia de hojear más despacio al citado Sedillot, de quien, ó de los autores en quienes se ha inspirado, parece haber entresacado muchos datos y aceptado varios de sus juicios en cuanto son favorables á la cultura científica y literaria de los musulmanes, y él le dirá « que sus historias, aún las de los autores más afamados, tienen por punto general la aridez de las crónicas; que no se encuentra en ellas el enlace lógico y moral de los acontecimientos, que constituye el verdadero arte de escribir la historia; que sus autores carecían, en presencia del despotismo oriental, de la necesaria libertad para manifestar sus pensamientos. ¿Y cómo podían tenerla, como no fuera para ensalzar los hechos que sirviesen para realzar la gloria de su soberano, cuando uno de éstos prohibía bajo pena de muerte que se escribiesen los anales de su reinado? ³. »

¹ CANTÚ, *Op. cit.*, t. IX, pág. 418.

² *IBID.*, t. VIII, pág. 151.

³ SEDILLOT, *Op. cit.*, pág. 420.

No es necesario que formemos capítulo aparte para hablar de la filosofía entre los árabes. Draper no se detiene á tratar expresamente de ella, ó porque crea que no debe ocupar su pluma en las que, en otra parte de su obra califica, de especulaciones inútiles, segun queda dicho, ó porque considere que ha de aprovechar más á la causa que defiende no llamar la atencion de sus lectores sobre aquella rama de los conocimientos humanos, ya que en ellos estuvieron los secuaces de Mahoma muy por bajo de los que alcanzaron en las ciencias matemáticas y experimentales. Nos limitaremos por lo tanto á trasladar aquí el juicio que del cultivo de esa importante rama de los humanos conocimientos entre los árabes hacen entre otros autores, Roussetot, Schmölders, Renan y Dugat, autoridades no sospechosas para el autor de la *Historia de los conflictos*. «Raza poco filosófica, como la mayor parte de las ramas de la familia semítica, escribe Rousselot, los árabes no tuvieron nunca una vocacion real para el racionalismo. Hija del Koran, al igual que su literatura y su civilizacion, su filosofía procede de Mahoma y no se manifiesta hasta cerca de un siglo despues de él, en forma de cismas y en sectas teológicas..... Las ciencias de Grecia, penetrando entre ellos al subir al califato los Abbassidas, secundaron este movimiento, sin lograr asegurarle ni la duracion ni el predominio. Los árabes no ignoraron ninguno de los sistemas de la filosofía griega... pero de toda la antigüedad, ningun autor se avenía mejor con su espíritu positivo y científico que Aristóteles, y nadie fué más estudiado y comentado que él. Uno de los títulos entre ellos más apreciados era el de comentador de Aristóteles.» «La filosofía árabe, añade en otra parte, acaba, por decirlo así, con Averroes á fines del siglo XII. Había durado apenas doscientos años.»

Más severo Mr. Schmölders, autor de un *Ensayo sobre las escuelas filosóficas de los árabes*, al juzgar esa rama de

los humanos conocimientos entre los árabes, escribía ¹: « Nunca se podrá hablar de una filosofía árabe en el sentido riguroso de esta palabra, como se habla de una filosofía griega, alemana, etc. Cuando se emplea aquel vocablo, entiéndase siempre que se trata de la filosofía griega, tal como la cultivaron los árabes. » Y en otra parte: « Nunca existió entre éstos una particular filosofía basada sobre principios indígenas y sistemáticamente cultivada ². » « Persisto en creer, exclama á su vez Mr. Renan, confirmando lo dicho por el anterior historiador de la filosofía entre los árabes, que no ha presidido ningun gran partido dogmático á la creacion de su filosofía. Los árabes no hicieron más que adoptar el conjunto de la enciclopedia griega, tal como lo había aceptado el mundo entero en los siglos VII y VIII ³. » « No es á la raza semítica, observa en otra parte, á quien debemos pedir lecciones de filosofía... La filosofía entre los semitas no ha sido nunca más que una reproduccion exterior y sin fecundidad de la filosofía griega ⁴. » Por fin, Mr. Duget, despues de ponerse frente á frente de los dos últimos escritores citados, por la manera sobrado absoluta de sus afirmaciones, al estudiar al fin de su obra ⁵ las causas políticas, sociales, religiosas y administrativas, materiales é intrínsecas que impidieron que la filosofía se sobrepusiese á la teología en Oriente durante el califato, dice: « La reunion de los poderes espiritual y temporal en las manos de los califas, no podía dejar de favorecer la conservacion de la religion oficial, y esterilizar los esfuerzos de la filosofía para constituir un nuevo sistema. En otros términos, la unidad autocrática de Mahoma, ó sea la del *libro* y del

¹ V. Introduccion á su *Ensayo*, pág. 4.

² Ibid.

³ RENAN, *Averroès et l'Averroïsme*, pág. 2, 2.^e edition.

⁴ Ibid, pág. 7 y 8.

⁵ *Histoire des Philosophes et des Theologiens musulmans*, pág. 337.

sable, debía por necesidad absorber el *saber* y el *querer* en el *poder*.» Y más adelante añade: «Una de las principales circunstancias que no permitió á la filosofía IMPLANTARSE (observe Draper la fuerza del vocablo) en el islamismo, fué el establecimiento de las cuatro doctrinas ortodoxas: lane-fita, melekita, chafeita y kanbolita.» Y es que, como declara el mismo autor, que en el prólogo de su obra rompió lanzas con Renan y Schmölders porque se atrevían á negar que los árabes hubiesen tenido más filosofía que la importada de los griegos, esta ciencia, que florece en las épocas de tolerancia, desaparece ante los destructores de bibliotecas, de centros de estudios, de escuelas, de las revoluciones y de hogueras para quemar libros. Y esos destructores de bibliotecas y provocadores de esos autos de fe eran, segun el citado escritor ¹, los califas El-Makch, Harem-El-Rechid, El-Matamid, El-Motadhid y Mahmud el Gaznevide.

Mas supongamos por un momento que en las ciencias matemáticas, físicas y naturales hubiesen sido tan numerosos y de tanta importancia los descubrimientos de los árabes, que hubieran aventajado con mucho en ellas á los sabios alejandrinos, é influido poderosísimamente en el desenvolvimiento de los estudios científicos de los tiempos medios y hasta en los de los modernos: demos por averiguado que se debiesen exclusivamente á ellos los inventos de todas clases de que aquella edad se envanece, y fuesen discípulos suyos los hombres más doctos que brillaron en ella ²: concédase que hubiesen abierto la puerta y preparado el camino á muchas de las que consideran los modernos como sus más gloriosas conquistas intelectuales, y por último, que sus poetas fueran los más ingeniosos, sus historiadores los más eruditos y discretos, los más doctos y

¹ Ibid, pág. 343 y 344.

² GERBERTO, despues Silvestre II, declara deber sus conocimientos científicos á los griegos. Consta que sus estudios los hizo en Cataluña.

profundos sus filósofos: ¿qué consecuencias pretende sacar de ello Draper? Acaso quiera suponer que el mahometismo (no el consignado en el Koran, pues de éste declara el profesor anglo-americano que fué al principio un obstáculo á la cultura árabe), sino el profesado por los sabios islamitas, que más adelante se apartaron ó perfeccionaron sus doctrinas, dió nacimiento é impulso á un florecimiento intelectual, á un desarrollo extraordinario de todos los ramos del humano saber en el Oriente; miéntras que en las naciones de Europa, sometidas á la influencia de la Iglesia católica, y narcotizadas, por decirlo así, por el estudio de los libros sagrados, ó dormían los entendimientos el sueño de la ignorancia, perezosamente recostados, segun expresion favorita de uno de nuestros tribunos, en la almohada de la fe, ó apartaban desdeñosamente su atencion de todos los objetos terrenos, para fijarla en la contemplacion de las cosas espirituales, ante los terrores religiosos de la proximidad del año 1000.

El traductor español, á quien volvemos á ceder con gusto la palabra, como autoridad que ha de ser de gran peso para Draper y para la mayoría de sus adeptos; el jefe de la escuela krausista española, para el cual «es débil fundamento la mera relacion del tiempo, ó sea la prioridad de su desarrollo, para demostrar por él la superioridad del mahometismo,» y ante cuya mente se presenta «la fe del profeta de la Meca como una réaccion contra la filosofía, como una doctrina que no deja lugar á las especulaciones filosóficas sobre las relaciones entre el Principio de la Realidad y el Organismo del Mundo, mostrando en esto la falta de espíritu reflexivo que caracteriza á la raza semítica, y que fué entre los árabes causa de su precoz engrandecimiento y de su precipitada ruina;» se encargará de contestar por nosotros al profesor de Ciencias de la de Nueva-York. Segun el ex-catedrático de Metafísica de la Universidad Central, «es lo cierto, que la rica complexion de elementos, — empleamos

sus mismas palabras, — y el predominio de la reflexion que caracteriza la cultura europea, exigian harto más tiempo para formarse y florecer, que el que bastaba á la *asimilacion del saber concentrado en Alejandría*, y al vuelo fantástico de la inspiracion árabe. Basta sólo indicar las dos inmensas obras de la formacion de las naciones y de la produccion (*sic*) de las lenguas modernas, que en aquellos siglos se preparan (pág. xli).»

Y si por ventura creyese Draper que sus preocupaciones de filósofo krausista, y ciertas prevenciones heredadas en favor del Catolicismo impiden á su admirador Salmeron ver claro en este asunto, bueno será que recuerde, ya que tan bien conoce la *Historia del Papado*, escrita por Ranke, puesto que tantas veces se ha inspirado en ella para escribir su libro, el siguiente párrafo, en el cual el historiador protestante, comparando á Cosme de Médicis con el califa Al-Mamun por el celo con que se ocuparon uno y otro en recoger y apropiarse las obras de la antigüedad, escribe lo siguiente: «Hay que hacer constar, sin embargo, una diferencia que, si bien á primera vista puede parecer insignificante, es á mi ver de suma importancia y decisiva. Los árabes traducían; pero las más de las veces *destruían* los originales; y como entónces ponían sus propias ideas en sus traducciones, sucedió que *teosofizaron*, por decirlo así, á Aristóteles, aplicaron la Astronomía á la Astrología, ésta á la Medicina, y que fueron ellos los que principalmente contribuyeron á la formacion de esa manera fantástica de contemplar al mundo. Los italianos, por el contrario, leyeron y estudiaron, y pasaron de los romanos á los griegos. El Aristóteles no falsificado arrojó de las aulas al Aristóteles mutilado de los árabes¹: estudiáronse las ciencias en las obras no

¹ Sobre la manera como tradujo al Estagirita y le comentó Averroes, que es tenido por el más autorizado de los intérpretes de su filosofía, véase á Luis Vives, Lib. v *De causis corruptarum artium*, t. iv.

alteradas de los antiguos: la Geografía en Ptolomeo, la Botánica en Dioscórides, la Medicina en Galeno é Hipócrates ¹.»

Á lo dicho por esos dos adversarios del Catolicismo añadiremos por nuestra cuenta, que para toda persona, que no tenga la inteligencia cegada por necias y sistemáticas prevenciones, ha de ser de muchísimo más precio la reflexiva, grave y profunda cultura de los siglos XII, XIII y XIV de la Edad media, siquiera sus matemáticos y sus físicos no valiesen tanto como los que brillaron en la escuela de Bagdad, que la deslumbradora, pero superficial, artificiosa y pasajera civilización musulmana. ¿Qué son ante escritores de tan vasto y claro entendimiento, como Abelardo y San Bernardo y Alberto el Grande, San Anselmo, Santo Tomás, Escoto, Rogerio Bacon, Ramon Lull y Dante, los medidores de grados del meridiano terrestre, los catalogadores de estrellas, que más que sus movimientos estudiaban en ellas las influencias que pudiesen ejercer en los destinos humanos, y los mutiladores y torpes comentadores del filósofo de Estagira, á quien hasta el mismo Avicena estudió, segun se dice, sin comprenderlo, «y de cuyas doctrinas se apartó sin querer su involuntariamente infiel comentador Averroes? ².»

Por lo demás, lo repetimos, ¿qué consecuencia provechosa al objeto principal de su obra pretende deducir Draper de que la cultura árabe en todos sus ramos, su civilización en todas sus manifestaciones, estuviesen en los breves siglos de su mayor florecimiento muy por encima de la civilización y la cultura europeas? Intenta probar que la Biblia, donde se encerraba todo el saber á que podían aspirar los pueblos cristianos, segun él dice, aprisionando á la inteligencia en limitadísimos horizontes, no permitía arrojarse

¹ RANKE, *Histoire de la Papauté*, t. I, pág. 66, edic. de Paris de 1848.

² ROUSSELOT, *op. cit.*, pág. 34.

á examinar las leyes por las cuales se gobierna el universo, ni las árduas y difíciles cuestiones acerca del origen del hombre, la formacion y estructura del cósmos, y otras cuestiones de no ménos importancia en el órden religioso; al paso que los árabes, no atados por la necesidad de someter su razon á pretendidas verdades reveladas, pudieron lanzarse con más libertad á estudiar el cósmos en sus causas, en sus leyes y en sus fenómenos.

Dejando aparte, que tambien entre ellos fueron «condenadas por los defensores de la verdad revelada,» y hasta objeto de persecuciones de parte de los califas las sectas, así filosóficas como teológicas, que se apartaban de la que era considerada por sus doctores como doctrina ortodoxa, por estar ajustada á la del Koran; ¿cómo no recuerda Draper, que tan á fondo manifiesta conocer esa obra, que Mahoma y casi todas las sectas musulmanas admitían como libro sagrado el Pentateuco, y que creían por lo tanto en la creacion del universo de la nada, en la formacion del cielo, de la tierra y de los astros, en el origen divino de los primeros hombres, etc.¹, segun se encuentran narradas todas estas cosas por Moisés en el *Génesis*? ¿Cómo no tiene en cuenta, que habiendo aceptado el sistema planetario de Ptolomeo, que segun él mismo confiesa, estaba más en armonía con las creencias cristianas y musulmanas, no pudieron existir entre ellos los conflictos, que supone en el capítulo iv de su obra haber existido en los siglos xvi y xvii, entre la verdad revelada y el sistema de Copérnico y los descubrimientos de Galileo?

Si Draper hubiese tenido la lógica en más estima que la que realmente le profesa, si hubiese dado oídos á los severos consejos de la razon, más que á los desentonados gritos de su odio al Catolicismo, hubiera podido suprimir

¹ Véanse los capítulos vi, xxv, xxxi y xxxv del Koran.

los dos capítulos que acabamos de examinar, ya que en ellos se demuestra, más que los temas que les sirven de epígrafe, primero, que la extension que en breve tiempo alcanzó el imperio musulmico, se debió, no tanto á lo que llama reforma arábica, ó sea al establecimiento de un monoteismo puro, sin el dogma de la Trinidad y el culto de la Virgen, como al valor exaltado hasta la temeridad por el fanatismo religioso, en cuanto el Koran promete el paraíso á los que mueren peleando contra los infieles. Con eso se explica el por qué aquel imperio, fundado en la fuerza, durase tan sólo lo que tardó en ser empleada aquélla en despedazarse él mismo en luchas políticas y religiosas. En segundo lugar, que la cultura que alcanzó el islamismo, artificialmente provocada por una proteccion más fastuosa que inteligente, se debió, no á la bondad absoluta ó relativa de las doctrinas de Mahoma, ó á la mayor ó menor libertad que dejasen al entendimiento para sus trabajos ó investigaciones, sino principalmente á la influencia de los Nestorianos, rama desgajada en verdad del árbol del Catolicismo, pero que como éste, admitían las verdades reveladas, salvo algunos textos, ó mal comprendidos, ó erróneamente interpretados, y al conocimiento, debido en gran parte á aquellos sectarios, de los filósofos griegos y de las obras de los sabios alejandrinos; y por fin, que un pueblo cualquiera, sin renegar de un libro acatado por todos como revelado, ántes por el contrario, teniéndole en grande estima y en suma veneracion, puede llegar, sin conflictos con la fe, al más alto grado de cultura y de civilizacion, como las que se complace en atribuir á los musulmanes Draper, quien, procediendo con incalificable torpeza, hirióse á sí propio de rebote con las flechas disparadas contra el muro que se proponía derribar.

BIBLIOTEC.
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA

CAPÍTULO IV

Conflicto relativo á la naturaleza del alma.

Esta vez, fuerza es confesarlo, tenemos que declararnos vencidos. El título que da Draper á este capítulo, y que es el que dejamos transcrito, es de una exactitud irrefutable. En realidad de verdad, existe grave conflicto entre la manera de explicar la naturaleza del alma, según las que él llama ideas europeas, y las opiniones filosóficas de los orientales. Y realmente esta vez, la ciencia representada por las últimas, á juicio del profesor anglo-americano, ó sea por el emanatismo, el averroismo y por la moderna escuela materialista, ha podido, puesta su vencedora planta sobre el cuerpo derribado del Cristianismo, derrotado en su doctrina sobre la naturaleza del alma, gritarle en son de triunfo, parodiando las impías palabras del emperador apóstata: «¡Vencímoste, Galileo!»

Mas es el caso, que son innumerables y de grande autoridad, las personas verdaderamente doctas que opinan que

ni el emanatismo, ni el averroismo ni el materialismo, gozan del privilegio de ser ellos la verdadera ciencia; y que son muchísimos, y de no ménos valía, los que saben que no son las creencias de la Iglesia, acerca del alma humana, las que supone Draper; y como los honores de la victoria que otorgábamos al autor de la *Historia de los conflictos*, arrancaban de supuestos falsos, hé aquí que nos vemos obligados á decirle ahora, que aquel enemigo que se figuraba tener rendido á sus plantas, y que él suponía ser el Cristianismo, era una pura creacion de su fantasía; era ménos aún, si vale la comparacion, que el molino de viento contra el cual, creyendo que se las había con un descomunal gigante, había roto su lanza el héroe manchego.

Condicion debe ser de su mala estrella, que sea Draper por lo general tan desafortunado en la manera de dar comienzo á su capítulos. Hé aquí cómo principia el que nos ocupa:

« *Los paganos griegos y romanos* creían que el espíritu » del hombre se asemejaba á su forma corporal, variando y » creciendo segun variaba y crecía ésta: los héroes á quie- » nes había sido permitido descender á los infiernos, habían » reconocido sin dificultad á sus antiguos amigos: no sólo » habían conservado su aspecto corporal, sino que llevaban » tambien sus vestidos usuales (pág. 123). »

Desde luégo se nos ocurre preguntarle qué pretende significar con los vocablos que dejamos subrayados. Si tomándolos en el sentido más lato, que es como al parecer deben tomarse, entiende referirse á todas las clases de la sociedad de aquellos dos pueblos, y, por consiguiente, así á los filósofos y personas doctas, como á los ignorantes, nos veríamos obligados á repetir lo que ya tantas veces tenemos dicho, á saber, ó que engaña á sabiendas á sus lectores, ó que en conocimientos de la historia de la filosofía griega y romana está muy por bajo de cualquier desaplicado cursante de esta asignatura. Desde Thales, hasta el último representante de la filosofía pagana de las escuelas de Alejandría

y de Aténas, no se encuentran, quienes tan baja y vulgar idea tuviesen de ella, como supone Draper, ni aún entre los partidarios de las doctrinas atomistas que más grosero concepto se formaron del alma humana.

Ni aún los mismos poetas que, al narrar los descendimientos de los héroes de sus poemas á los lugares de la expiación ó de las eternas recompensas, se vieron obligados á dar forma á las almas, á fin de hacer comprensible á la imaginación de sus lectores el estado de aquéllas en la otra vida, cayeron en el ridículo antropomorfismo del espíritu, si es lícito decirlo así, que supone el profesor anglo-americano. Así, por ejemplo, Virgilio nos describe las sombras de los Gigantes, de las Gorgonas, de las Arpías, etc., diciendo de ellas que eran almas sin cuerpo, que volaban bajo la *hueca apariencia* de forma:

Et ni docta comes tenuis sine corpore vitas
Admoneat volitare cava sub imagine formæ,
Inruat, et frustra ferro diverberet umbras ¹.

Así el mismo poeta, al hablar más adelante de las almas que han sido purificadas de sus manchas criminales por el fuego; de las almas, partículas del aura divina, como las llama Horacio, *divinæ particulæ auræ* ², emanaciones, según él, del alma universal que todo lo llena y vivifica; que tienen del cielo el principio de su sér, y que conservan en sí mismas una viva chispa del fuego etéreo:

Igneus est ollis vigor, et cœlestis origo
Seminibus ³;

¹ *Encidos*, VI, v. 292, 293, 294.

² Lib. II, sat. II, v. 29.

³ *Encidos*, VI, v. 730, 731.

dice de ellas que se convierten en simples y puras esencias etéreas, en una llama sutil y celeste:

Concretam excusit labem, purumque reliquit
Ætherium sensum, adque aurei simplicis ignem ¹.

Si, por el contrario, entendió referirse á las creencias vulgares, en cuyo caso deber suyo era indicarlo, ¿parécele á Draper ser procedimiento digno de quien se da por representante y heraldo de la ciencia, y de quien afirma en el prólogo de su obra, *que pretendía ofrecer un cuadro claro é imparcial* de las opiniones y conducta de las dos partes contendientes (pág. LXXIX), contraponer las opiniones ó creencias de la más baja y ruda plebe de una nacion, á las de los filósofos y libros religiosos de otros pueblos?

Y si indigna es la conducta del profesor de ciencias de Nueva-York, refiriéndose á pueblos que carecieron de libros religiosos, y en cuyos filósofos, ménos que los de otras naciones atados por el respeto á aquéllos debido, se encuentran acerca del alma cuantas opiniones puede concebir el humano entendimiento, desde el más grosero materialismo, hasta el espiritualismo más elevado, y cuyos poetas no acertaron por punto general á formular sino con cierta vaguedad el concepto que del humano espíritu se habían formado; ¿qué calificacion daremos al proceder de quien, arrojándose á hablar de las creencias del Cristianismo acerca del alma, comienza dando por cierto que éste en sus primeros tiempos « aceptó y fortaleció las ideas antiguas, » ó sea las de los pueblos paganos griegos y romanos sobre aquélla? Prescindiendo torpemente de los pasajes que sobre el alma del hombre se encuentran en los libros sagrados, y de las bellas y elevadas creencias y enseñanzas de la Iglesia, y de las doctrinas que sobre la misma, con la razon iluminada

¹ *Ibid.*, 746, 747.

por la revelacion, han sustentado en sus inmortales obras todos los Santos Padres y Doctores, sus más renombrados teólogos, y todos sus filósofos antiguos y modernos, se atreve á afirmar que aquí, en Europa, en todos tiempos y en todas partes se creyó «que las almas andaban errantes sobre las tumbas, ó que vagaban desconsoladas por los aires; que San Pedro es el portero del cielo, y que á él se ha encomendado el admitir ó rechazar las almas, segun su capricho; que las sombras de los difuntos se reunen cerca de los sepulcros, y establecen su secreto dominio en las ruinas de algun castillo, ó se pasean en triste soledad á la luz de la luna (páginas 124 y 125), » y otras ineptias del mismo linaje, todo ello para venir al cabo á contraponer estas, que llama ideas europeas sobre el alma, á las opiniones religiosas y filosóficas de los orientales y de Averroes, ó sea al emanatismo, y al sistema que pretende explicar por medio de los fenómenos fisiológicos todas las operaciones anímicas.

Tarea larga, sobre todo encarecimiento árida, y además inútil, sería ir en pos de Draper examinando uno por uno los principales sistemas que para explicar la naturaleza del alma y sus facultades se han ideado, y las opiniones filosóficas y las creencias religiosas que, segun él mismo, existen acerca de su origen, su esencia y su destino final.

Y no ménos espacio y tiempo necesitaríamos para apuntar las contradicciones en que incurre al exponer aquellos sistemas, desmentir no pocas de sus afirmaciones y combatir sus errores. Si en los pocos renglones que dejamos transcritos hemos tropezado con tantos, ¿qué sería si uno por uno fuésemos apuntando y desvaneciendo la muchedumbre de los que en las numerosas páginas de este capítulo nos saldrían al camino?

Métese á escribir con su habitual desenfado, y como quien anda por senderos que le son por demás conocidos, acerca de las doctrinas religiosas de los Hindos, y de buenas á primeras nos sorprende con las afirmaciones, de que habían

adoptado la concepcion de un Dios impersonal, y de que la naturaleza, con todas sus bellezas y armonías, es tan sólo la sombra de aquel Dios; palabras que, sea dicho de paso, traen sin querer á la memoria aquellas otras de nuestro San Juan de la Cruz, quien considerando á las criaturas como un rastro, segun decía en su lenguaje místico, del paso de Dios, expresaba esta idea con los siguientes versos:

Pasando por los sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura,
Vestidos los dejó de su hermosura ¹. —

¿Mas, quién no sabe que, no cual sombra del Sér Supremo, sino como emanacion suya, y formando un todo con éste, concebían los Hindos el universo mundo? Tambien lo sabe Draper, mas, ó porque se fija poco en lo que escribe, ó porque lo que alardeó de saber lo conoce á medias, en un mismo apartado de pocas líneas afirma, que la teología de los Vedas está basada en el conocimiento de que un espíritu universal, ó sea el Sér Supremo, llenó todas las cosas, esto es, la naturaleza, y que ésta no es más que sombra de Dios, lo cual está en manifiesta contradiccion con lo dicho ántes.

Pocos renglones más abajo, asegura, con el tono dogmático que usa en todas sus afirmaciones, que el sistema de Budha reconoce que hay un Poder Supremo, pero niega que exista un Supremo Sér, siendo así, que son contados los orientalistas que no confiesen que es difícilísimo determinar cuáles son las opiniones del Budhismo acerca de la divinidad; que son no pocos los que, en el supuesto que pueda considerarse el sistema de Cakya-Muní como religioso,

¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Diálogo entre el alma y Cristo su esposo*.

lo consideran como una religion sin Dios, y que ninguno, que sepamos, ha establecido la distincion que supone Draper. Por fin, y para no amontonar más ejemplos, casi á renglon seguido da por cierto que Aristóteles fué el primero que introdujo en la Europa oriental las doctrinas de la emanacion y de la absorcion, siendo así que fué de todos los filósofos de la antigüedad quien más se apartó de esa concepcion metafísica del origen y del fin de todos los seres que pueblan el universo, y del universo mismo, ya que segun él, no tan sólo Dios no hizo al mundo, sino que ni siquiera lo conoce ⁴.

Mas porque tenemos por cierto que para la generalidad de los lectores de la *Historia de los conflictos* ha de ser punto ménos que ininteligible casi todo lo que en este capítulo, por ventura el más embrollado y que con más desórden enmarañó Draper en su libro, y hasta sospechamos que habrán de ser no pocos los que, en atencion á su oscuridad y aridez, han de darlo por leído, siquiera en lo que al exámen de aquellos sistemas se refiere, por cuyo motivo lo consideramos como el ménos peligroso de su libro, pondrémos fin á la fácil cuanto ingrata tarea de ir apuntando las falsedades y errores, con que tropezaríamos en lo que se refiere á la exposicion y exámen de dichos sistemas, limitándonos por consiguiente á emitir algunas breves y sencillísimas indicaciones, dirigidas á hacer ver cuán fuera de camino anduvo el profesor anglo-americano, y cuán desacertado, en tomar el tema que es objeto de este capítulo para combatir la Religion á nombre de la ciencia.

Lo confesamos, y lo confesamos hasta con el orgullo de quien sabe que es la mejor la causa que él defiende: en el asunto que nos ocupa, reina como indicábamos hace un

⁴ LAFORET, *Histoire de la philosophie*, t. II, cap. V, § III, págs. 79 y siguientes.

momento, completo antagonismo, existe y existirá irremediable conflicto entre la fe y la llamada *ciencia moderna*, ó sea la falsa ciencia, á que presta culto el profesor anglo-americano, miéntras que ésta, rebelde á todo yugo, como no sea al degradante del error, y cerrada la mente á toda enseñanza superior, más que á los rayos del sol lo están las regiones subpolares durante las frias noches de sus largos inviernos, se obstine en renegar de todo conocimiento, siquiera sea de un órden superior, y que esté fuera de los límites de la humana inteligencia, que no sea hijo de ésta, y que no haya sido fecundado al calor de sus alas.

¿Y cómo no, si, siendo la verdad por su misma naturaleza una, y por consiguiente enemiga del error, que es naturalmente múltiple, no puede ménos de estar en guerra continua con éste, ya que de suyo expansivos y ganosos uno y otro de propagarse, han de encontrarse por fuerza y reñir sus batallas en el camino por donde van á sus conquistas? Por tanto, si la Religion cristiana está cierta que posee la verdad en lo que á la naturaleza, origen y fin para que el alma humana ha sido creada se refiere; y si lo está porque sabe que posee acerca de ella enseñanzas reveladas, y porque al examinar lo que respecto de lo mismo opina ó cree á la luz de la sana razon y de la historia, ve que sus opiniones y sus creencias están en claridad, elevacion y grandeza muy por encima de todas las opiniones ideadas por los ingenios de más claro entendimiento de la antigüedad, y de todas las creencias escritas en los códigos religiosos de los pueblos más cultos de las viejas edades; ¿cómo quiere Draper que no condene, anatematice y persiga los qué considera como errores; y como errores de tal naturaleza algunos de ellos, que ponen al hombre al nivel de los brutos, y que, reduciendo el alma á un compuesto de no sabemos qué substancias, y sus operaciones á meros fenómenos fisiológicos, la dispensan de todo deber, como la privan de todo derecho, despojándola á la vez que de toda

dignidad de toda responsabilidad de sus actos? ¿Cómo quiere el autor de la *Historia de los conflictos* que aquella divina Religion permanezca impasible é indiferente ante la avenida de tan disolventes doctrinas, que amenaza arrastrar á individuos y á sociedades; aquéllos á los abismos de la degradacion intelectual y moral, éstas á los horribles antros de la anarquía y del salvajismo? ¿Cómo lo ha de consentir Ella, que sabe y publica por boca de sus doctores y de sus sabios que el alma fué creada por Dios y á imagen suya; que ha sido dotada de fuerzas y de alas poderosas para volar más allá de los límites del mundo de los sentidos; que, espiritual é inmortal, ha sido favorecida con libertad para obrar, y á la cual ha sido dado, ora experimentar aspiraciones soberanas á gloriosas coronas, cuando ha ejecutado actos dignos de ellas; ora sentir humillaciones como de esclavo, que le obligan á ofrecer su espalda al castigo y someter su frente á la vergüenza de la pena, cuando ha incurrido en acciones merecedoras de ésta?

Mas esto que es tan natural, esto que es de sentido comun, le parece absurdo al profesor de Nueva-York; le parece el colmo del más necio exclusivismo y de la más inconcebible intolerancia. Al igual de la antigua Roma, que cerró á Jesucristo, Dios verdadero, las puertas de su Panteon, las cuales se abrían de par en par á fin de dar entrada á todas las deidades que los Césares vencedores traían á ella en sus carros de triunfo, Draper y los modernos enemigos de la Iglesia niegan un asiento en el areópago, donde se lo conceden á todos los errores religiosos y filosóficos, á la única Religion, que puede decir de sí misma lo que de sí mismo decía su fundador: « Yo soy el camino, la verdad y la vida. » Y porque ésta, siendo una, no puede transigir con el error, y porque siendo divina no puede hermanarse con los delirios de la vana ciencia, se la entrega, para que la escarnezan, la escupan y la lleven al calvario del desprecio, á las turbas de los ignorantes, á las necias muchedumbres,

que cubren de alfombras y tapizan de flores los senderos por donde las llevan al abismo los sofistas y los palabreros, aquéllos remedando á los grandes filósofos, éstos parodiando á los verdaderos oradores.

Ignoramos qué efectos habrá producido en la generalidad de los lectores de la obra de Draper la parte del capítulo que nos ocupa. Mas los que de entre ellos hayan podido seguir y comprender á su autor en la explicacion de los diversos sistemas sobre la naturaleza del alma, que con más ó ménos exactitud expone ó analiza, ¿que habrán sacado en limpio al llegar al término de su lectura? ¿Que es preferible á todos el sistema, que, atribuyendo á los brutos un alma racional, pone al hombre al nivel, ó, por ventura, un poco más bajo de éstos! ¿Por qué no creerlo así, cuando el catedrático positivista, en presencia de las maravillas ejecutadas por algunos insectos, prorumpe en esta exclamacion: «Quizá convendrá el lector conmigo en que de » las abejas, avisvas, hormigas y pájaros, de toda esa mo- » desta vida animal que miramos con tan superior desdén, » podrá el hombre aprender algun día lo que es él en reali- » dad (pág. 134)?» Por cima de todos los sistemas, que embrolla Draper, parece que descuella y se levanta el materialista, el cual explica los fenómenos anímicos por las diversas funciones del sistema nervioso, por la conservacion de las impresiones en los ganglios, y sobre todo por la psicología comparada. Casi no cabe dudar de ello, puesto que el autor de la *Historia de los conflictos*, que lo es tambien de un tratado de *Fisiología humana*, segun nos dice en su libro, concluye esta parte de su capítulo diciendo de aquella ciencia, «que es camino largo y cansado, pero » que conduce á la verdad.» Por último viene á decir, que á todos los sistemas hasta aquí analizados deja muy atrás el de Averroes, que, con ser en el fondo reproduccion del emanatismo, «en una de sus formas,» magistralmente desarrollado é incorporado por Chakia-Muní al vasto sistema

práctico del Budhismo ¹ (pág. 143), aparece no obstante como el más digno de crédito, no tan sólo por estar más que ninguno de los anteriormente examinados basado en la razon, como por ser el que más prosélitos tuvo en los tiempos medios, ya entre los mahometanos, ya entre los judíos, « que eran entónces los porta-estandartes de la » inteligencia del mundo » (!!!), ya tambien entre los mismos cristianos. Sería no admitirlo hacer ofensa á Draper, en vista del entusiasmo con que trata de él, de la mayor estima en que sobre todos los filósofos de la Edad media tiene á Averroes, y del tono de indignacion con que habla de cuantos contrariaron de obra ó de palabra la difusion de su doctrina.

Mas hé aquí que una vez llegado á este punto ha de encontrarse el atribulado lector con tres sistemas distintos acerca de la naturaleza del alma, cada uno de ellos encomiado por aquél, si no como el mejor, ya que manifiesta dar la preferencia al último, por lo ménos como digno de ser aceptado. ¿Qué hacer en tan apurado trance? Por ventura Draper, quien, para evitar conflictos, admite todos los sistemas ménos los ortodoxos, y todas las religiones ménos el Cristianismo, le aconseje que haga como él, esto es, que los acepte todos ménos el católico.

Pero supongamos que el tal lector esté medianamente dotado de sentido comun, y, comprendiendo en virtud de éste, que, siendo la verdad una, no es posible que sean verdaderos todos esos sistemas tan discordes entre sí, le pregunte, cuál le parece preferible. ¿Qué conducta seguirá éste?

¹ Recomendamos este descubrimiento del catedrático de Nueva-York, á E. Bournouf, á E. B. Saint-Hilaire, á Ed. Fouceaux, á Aubry, á Otgson, á Bunsen, y á cuantos, en una palabra, han pasado años enteros en averiguar y fijar las doctrinas del Budhismo ortodoxo, tales como fueron definidas en el segundo concilio celebrado por los discípulos de Chakya-Muní, en 433 a. de J. C.

Quizá le recomendará Draper que acepte uno, aquel por el cual parece declararse él. Mas ¿con qué autoridad, me aconsejais que acoja ese ó el de más allá y que deseche los demás? ¿No veis que, sea cual fuere el que adopte, me poneis desde aquel momento en conflicto con la ciencia, que admite, segun vos, los demás como verdaderos, y que, sin embargo, para mí serán erróneos?

Quizá le dirá Draper que, siendo como es su razon libre y soberana, á ella corresponde elegir el que mejor le parezca. Pero además de que, haciéndolo así no evitaría el conflicto que á toda costa parece que pretende alejar, podía contestarle: ¿Por qué, si me concedéis á mí, que por vez primera oigo hablar de tan difíciles cuestiones, y que no sé de ellas más que lo que acabo de leer en vuestro libro, el derecho de dar por verdadera la opinion que escoja y por erróneas las que deseche, y que levante bandera en favor de mi sistema contra los demás (puesto que, desde el momento en que haya hecho mi eleccion, me hallo en el caso de poder condenar y anatematizar), negais igual derecho al Cristianismo, que sabe de estas materias más que vos y yo: ¿Por qué, poseyendo él verdades reveladas, no os habeis dignado dár-melas á conocer en vuestro libro, siendo así que hace cerca de veinte siglos que ocupa en ellas el entendimiento de sus doctores y de sus filósofos, cada uno de los cuales es una antorcha que ilumina en su marcha la humana ciencia, y que juntos constituyen un foco de radiante luz, cual no pueden formarlos todos los sistemas juntos, filosóficos y heterodoxos, orientales y occidentales, antiguos y modernos?

Por lo demás, y para poner fin de una vez á la tarea, por demás ingrata, objeto de estas breves páginas, creemos que toda persona medianamente dotada de sentido comun, — «vocablo segun Draper en extremo expresivo,» y del cual tiene sin embargo tan pobrísimo concepto, — al llegar al punto en que comienza á ocuparse en lo que llama *historia*

de la represion del averroismo y de su destruccion por el papado, al ver que en las páginas anteriores ha afirmado aquél multitud de hechos, y ha sentado un gran número de proposiciones en su mayor parte falsos los unos, ó erróneas las otras, sin haberse detenido á probar nada, para luego venir á dar como un hecho científico, y por lo tanto que los católicos debemos aceptar, si es que no queremos ponernos en lucha con la ciencia, « que la fuerza es indestructible y » eterna, y que, si alguna vez hubiera ya un aumento, ya » una disminucion de ella, cesaría el órden del universo, » — lo cual es mucho más fácil decirlo que demostrarlo; — « que » sería aumentar la fuerza privativa del mundo, toda vez » que el alma debe considerarse como un principio activo, » dar existencia á una nueva » (pág. 131): « que el ojo es » el órgano del espacio y el oído del tiempo, y que por el » elaborado mecanismo de estos aparatos (*sic*) vienen á ser » infinitamente más precisas sus percepciones, que si fuera » posible aplicarlas tan sólo el simple sentido del tacto; » y que « para las ideas de espacio y de tiempo hay repuesto en » el sistema nervioso, siquiera sea en estado casi rudimen- » tario; » — concepto, con perdon sea llamado así, que no acertamos á comprender, y que dudamos que lo comprenda el mismo Draper; — « que siendo los sueños pruebas incon- » trovertibles para el salvaje de la existencia é inmortalidad » del alma, nosotros, á quienes en nuestra condicion social » más refinada, no nos es dado nunca sustraernos á estas » impresiones, deducimos de ellas las mismas conclusiones » que *nuestros salvajes antepasados*; » por donde se demuestra, « que la naturaleza ha *implantado* en la organi- » zacion de todo hombre medios que le hacen creer en » aquella inmortalidad y en una vida futura (pág. 130 140); » despues de estas y otras afirmaciones no ménos peregrinas y faltas de todo fundamento racional, creemos, segun decíamos ántes, que toda persona medianamente dotada de sentido comun, ha de hallarse tentada á sospechar,

despues de la lectura del capítulo de la *Historia de los conflictos*, en cuyo exámen nos ocupamos, que «el espíritu que, segun dice un gran autor aleman, duerme en la piedra, sueña en el animal y despierta en el hombre (página 142),» por el antojo de provocar un conflicto con aquel sabio tudesco, cuyo nombre no tuvo á bien Draper revelarnos, soñaba en él, dormía en el animal y estaba despierto en las piedras, cuando escribió aquel tan desdichado capítulo. Y es que en realidad de verdad, solamente en sueños, ó en otro estado peor del alma, puede afirmarse que el emanatismo y el averroismo, y la opinion de que el alma de los brutos es idéntica á la del hombre, sean la verdadera ciencia, y por lo tanto que existan conflictos respecto de la naturaleza del alma entre ella y el Catolicismo.

La Inquisicion.

Draper toma pié de las persecuciones que experimentó el averroismo, para hablar de la Inquisicion y de la expulsion de los judíos de nuestro suelo. En las páginas que á tan manoseados asuntos dedica, ofrece colmada compensacion á sus admiradores al tédio que la lectura de los anteriores párrafos debió causarles. Con materia que tanto se brindaba á ello, ¿cómo no había de proseguir Draper el usado ejercicio de sembrar errores con profusion y esparcir pródigamente calumnias contra la Iglesia romana y sus ministros?

Vamos á desmentir aquéllos y rechazar éstas. Para que por medio de algunos ejemplos, vean nuestros lectores cuánto espacio y tiempo necesitaríamos si nos condenáramos á tan repugnante tarea, básteles que les indiquemos como de paso, que tenemos por grave error el afirmar, como lo hace Draper, que Maimónides fuese ateo; que lo es y muy

grande decir que hasta Inocencio III no había habido tribunales especiales contra los herejes, distintos del de los obispos; que es un gravísimo dislate histórico afirmar que desde que los visigodos abandonaron el arrianismo y se hicieron ortodoxos, fuesen constantemente perseguidos los judíos y reducidos á servidumbre¹; que es de todo punto falso que desde el siglo x al xiv, fuese la literatura rabinica la mejor de Europa; que no lo es ménos que la mayor parte de los judíos denunciados á la Inquisicion, al establecerse ésta en Castilla, lo fuesen como averroistas; que lo es igualmente que el edicto de expulsion de los moros fuese promulgado por instigacion del cardenal Jimenez de Cisneros²; que se atribuyese al papa Gerberto (Silvestre II) el libro *De tribus impostoribus*, que sin necesidad ninguna y sólo con el infame intento de calumniar á un pontífice trae á colacion, y al cual es más que dudoso que se diese en la Edad media la importancia que supone³, por la sencillísima razon que es no ménos dudoso que entónces existiese; que no es verdad que Bacon fuese averroista, y por último, que incurrió en gravísimo error, suponiendo que Dante fuese amigo de Santo Tomás, siendo así que el primero, nacido

¹ Véase acerca de la conducta observada por muchos de nuestros monarcas respecto de los judíos, la *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, por D. JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

² «Dúdase con razon, dice el Dr. Hefele (*Le cardinal Ximénez et l'Eglise d'Espagne*, pág. 57)., que Jimenez tuviera parte alguna en la ley de 12 de Febrero de 1502, » ó sea en la Pragmática de la expulsion de los moros. Llorente la atribuye á la influencia de los consejos del segundo gran inquisidor Deza. Nosotros creemos que bastan á dar razon de ella, y á disculparla, los levantamientos de los moros de Granada, de las Alpujarras y de Sierra Bermeja, en cuyos desfiladeros había sido el año anterior destruida parte de una brillante hueste cristiana, con muerte de sus principales caudillos, y entre ellos de Alonso de Aguilar, hermano de Gonzalo de Córdoba, quien por aquel mismo tiempo empezaba con sus hechos de armas en Italia á conquistar el renombre que debía merecerle el título de Gran Capitan.

³ Cantú dice que fué atribuido á Averroes, á Federico II, á Pedro de las

en 1265, contaba tan sólo nueve años de edad cuando murió (1274) el doctor angélico, y que mientras el uno, nacido en Florencia, pasaba en esta ciudad los años de su infancia, residía el otro desde 1272 en Nápoles.

Si en cosas de tan escasa monta unas, otras que no tienen ó tienen muy poca relacion con el sujeto de que se trata, en tales equivocaciones incurre el escritor anglo-americano, fácil es adivinar de qué exageraciones habrá echado mano para hacer odioso el Cristianismo romano al hablar de los dos asuntos ántes indicados. No hay que decir que respecto á la Inquisicion, es el clérigo apóstata Llorente la única autoridad en que se apoya; y por lo tanto que ha de hacer estremecer de horror á sus lectores, poniendo ante sus asombrados ojos las 10.220 ¹ personas quemadas vivas por Torquemada y sus colaboradores, las mazmorras donde nadie podía oír los gritos de las víctimas, el horror de los tormentos, y la quema de millares de volúmenes de literatura oriental (pág. 151), etc.

Respecto del primer extremo, ó sea del número de las víctimas del Santo Oficio durante el gobierno de Torquemada, el escritor anglo-americano y protestante Prescott, despues de manifestar el ningun fundamento de los cálculos

Viñas, á Arnaldo de Villanova, á Bonifacio VIII, á Bocaccio, al Poggio, al Aretino, á Machiavelo, á Pomponatio, á Cardan, á Oschin, á Campanella, á Bruno, á Vanini y á cien otros en fin, y despues de asegurar que nadie ha visto aquel manuscrito, acaba por suponer que no ha existido nunca *.

¹ Segun Llorente, fueron unas 8.800. Draper debió calcular que la misma libertad que se tomó éste para estampar aquella cifra, la tenía él para aumentarla en 1.400 víctimas más.

* *Les heretiques*, etc., t. I, pág. 108. Nuestro estimado amigo el eruditísimo autor de la *Historia de los heterodoxos españoles*, despues de haber reunido en breve espacio cuantos datos se tienen acerca de aquel libro, concluye los apartados que á ese asunto dedica, con estas palabras, dictadas por el más cabal convencimiento de tener completa certeza de lo que se afirma: «En resúmen, el libro *De tribus impostoribus*, como obra de la Edad media, es un mito.» T. I, pág. 508.

(Nota añadida al hacer la impresion y con permiso del Sr. Académico Revisor.)

de que se vale el autor de la *Historia de la Inquisicion* para fijar el número de aquéllas, añade la siguiente observacion: «No sin motivo pues, se desconfía de las indicaciones de Llorente, porque *está demostrado* que en otros casos admite con la mayor ligereza los datos más inverosímiles.» Y en otra parte dice: «Llorente há más que sextuplicado el número de las personas condenadas en 1481 por el tribunal de Sevilla, ha quintuplicado el de los judíos lanzados de España, y por lo tanto es preciso disminuir en igual proporcion el total que da de las víctimas del Santo Oficio ¹.»

Draper, siguiendo tambien á aquel escritor, fija en 2.000 las personas quemadas en 1481 únicamente en Andalucía. Llorente se apoya para señalar este número en la autoridad de Mariana. Y sin embargo nuestro grande historiador jesuita indica aquella cifra como la de las víctimas sacrificadas, — ojalá no hubiese habido ninguna, — en los diez y ocho años que estuvo al frente del Santo Oficio su primer inquisidor.

En cuanto á las cárceles secretas, eran, segun Llorente, las más «formidables» que se pueden imaginar; pero cual si le remordiese la conciencia de haber faltado tan descaradamente á la verdad, se desmiente á sí propio, escribiendo en otro punto estas palabras: «No porque sean calabozos profundos, húmedos y malsanos, como sin verdad escriben algunos por relaciones inciertas y exageradas de los que padecieron en ellos; pues por lo comun son buenas piezas, altas, sobre bóvedas, con luz, secas y capaces de andar algo (*sic*) ².»

Pero al ménos no nos negareis, se nos dirá, que en aquellas cárceles se condenaba á las víctimas al hambre, á la

¹ HEFELÉ, *op. cit.*, pág. 271.

² ORTÍ Y LARA, *La Inquisicion*, pág. 236.

soledad y á todos los tormentos físicos y morales que es capaz de inventar la más cruel y rencorosa tiranía. El célebre regalista Macanaz, que estuvo en ellas, escribe en su *Defensa crítica de la Inquisicion*: « Los prisioneros están bien alimentados, pues les dan de comer tres veces al día, esto es, á las seis almuerzo, á las diez la comida y á las cuatro la cena, y la comida es propia y acomodada á la complexion de cada uno..... El que no tiene bienes está tan bien tratado como el más rico. » « Es verdad, observa D. Francisco Javier Rodrigo, que (los presos) vivían aislados en celdas, y que no tenían relaciones ni contacto unos con otros, que es precisamente la base del sistema celular adoptado hoy por las naciones más adelantadas en cultura, pero les fué permitido el trato con su familia y aún con personas extrañas para el arreglo de sus negocios, y con su abogado, médico y confesor. Por el edicto publicado en 1561, se les dió todavía mayor latitud, permitiéndoseles la asistencia de sus propios criados, y que recibieran sin limitacion las visitas exigidas por sus asuntos: y por fin, la constitucion pontificia de 1681, concedió ámplia libertad á la mujer é hijos del procesado para visitarle todos los días ¹. » « Por esto eran harto frecuentes los casos, observa el P. Alvarado, en que para eximirse de las vejaciones del presidio ó cárcel comun, muchos culpables tomaban el abominable arbitrio de hacerse reos de la Inquisicion, prorumpiendo en blasfemias heréticas, para así ser trasladados á sus prisiones. » Y por si tales autoridades les parecieran á Draper y á los suyos sospechosas, les pondremos á la vista

¹ Á los que se ocupen en trazar la historia de los establecimientos penales, y en la manera de reformarlos, les indicaremos ese dato, de pocos de ellos conocido, á saber, que en su Ordenanza de 1488, el inquisidor Torquemada suplicaba á los reyes « que mandaran hacer en cada pueblo de tribunal de Inquisicion, un circuito (*sic*) cuadrado con sus casillas, tales que pudiese el penitenciado ejercer en ellas su oficio. » V. FRANCISCO JAVIER RODRIGO, *Historia verdadera de la Inquisicion*, t. III, págs. 78 y siguientes.

los siguientes renglones que estampó el mismo Llorente en el artículo iv del capítulo ix de su obra: «Suponen asimismo algunos escritores, que á los presos se oprimía con grillos, esposas, cepos y otros géneros de mortificación; pero tampoco es cierto, fuera de algun caso raro en que hubiese causa particular. Yo ví poner esposas en las manos y grillos á los piés, año de 1790, á un francés, natural de Marsella; pero fué para evitar que se quitase por sí mismo la vida, como lo había procurado, y áun despues de todas aquellas precauciones y otras varias, lo consiguió¹.»

El autor de la *Historia de los conflictos*, como cuantos han hablado del Tribunal de la Inquisicion, sin saber de él más que lo que han leído en la obra de Llorente ó en alguna novela estúpida de alguna supuesta víctima de aquel tribunal, afirma que éste admitía denuncias anónimas. Para desengaño de ilusos é ignorantes, ya que no para enmienda de los escritores de mala fe, en quienes como no tenga lugar la mudanza del corazon, no hay que esperar la de su conducta, nos permitiremos trasladar el pasaje en que el mencionado autor de la *Historia de la Inquisicion* habla de este asunto: «De tres modos se presentaba la denuncia: por medio del anónimo, en escrito firmado, pero sin comprobantes, y justificado con documentos ó designando las personas sabedoras del suceso que podían testificarlo. Eran improcedentes y se desestimaban las delaciones anónimas é injustificadas y las opuestas al derecho natural, y únicamente se admitían las escritas y firmadas, siempre que llevaran unidos sus comprobantes, ó facilitasen la prueba de testigos, revelando los nombres de personas dispuestas á declarar el hecho denunciado. Despues mandó el Consejo que las denuncias, no sólo se presentaran por escrito, sino autorizadas ante escribano público y jurando ser verdaderas.

¹ *Hist. verd.: loc. cit.* Véase á GARCÍA RODRIGO, *Ibid.*, pág. 83.

Recomendábase mucho á los inquisidores grande cautela y prudencia para calificar la importancia de las denuncias, exigiendo en ellas condiciones y requisitos particulares. Procedía la denuncia de oficio cuando el delito era notorio, mas á condicion de que existieran contra el sospechoso datos y pruebas racionales, etc., ¹. »

Por lo que respecta al tormento, no cabiendo en los límites que nos hemos impuesto lo que deberíamos decir acerca de él, nos limitaremos á recomendar á los lectores de Draper, que pasen la vista por el capítulo LXIII de la citada obra del Sr. Rodrigo, en que se trata detenidamente y con gran copia de datos acerca de esta materia, sobre la cual tantas exageraciones y falsedades se han permitido propagar los escritores protestantes y racionalistas, y en general todos los enemigos de la Iglesia ², y allí verán desvanecidas las calumniosas acusaciones que acerca de aquel linaje de prueba se han lanzado contra el Santo Oficio. »

Despues de hablar de la quema, por órden de Torquemada, de 6.000 volúmenes de literatura oriental en Salamanca, hecho que nos permitirémos poner en duda ³ interin no nos diga por dónde lo sabe, ya que no habla de él ninguno de nuestros historiadores, ni se halla la menor indicacion acerca del mismo en ninguno de los documentos

¹ *Op. cit.*, pág. 36.

² Véase el apéndice núm. 1.

³ Á este hecho, que nos inclinamos á creer falso, además de muchos otros, por desgracia demasiado ciertos que pudiéramos citar, de la destruccion vandálica y quema de bibliotecas de monasterios y conventos en los años de 1834 y 1835, opondremos otro mucho más reciente y que tuvo lugar (1854) en Madrid, á ciencia y paciencia del Gobierno. Nos referimos á la quema de la selecta y numerosa biblioteca del conde de San Luis, de la cual habla el Sr. Amador de los Rios en su *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, t. III, pág. 425, nota 1, y que le obliga á prorumpir indignado en la siguiente exclamacion: cuyo sentido aceptamos con las necesarias reservas: « El fanatismo político del siglo XIX ha tenido tambien sus Torquemadas y sus hogueras. » Tambien fué quemada entónces la biblioteca del Dr. D. Francisco Javier Quinto, aún más rica y curiosa que la del Conde de San Luis.

hasta ahora conocidos de los archivos de aquella ciudad, termina Draper el apartado en que se ocupa en el Santo Oficio, con estas palabras: «Con horror é indignacion indecibles sabemos que el gobierno papal obtuvo mucho dinero vendiendo dispensas á los ricos para preservarlos de la Inquisicion (pág. 151).» Con verdadero horror estampamos nosotros tan infame calumnia en las hojas de este escrito, y con la mayor indignacion se la arrojamos al rostro de quien tuvo la avilantez de inventarla.

La expulsion de España de los judíos.—Comparacion de esta medida con la opresion por los Estados del Norte de los del Sur de América.

No tenemos por qué ocuparnos, faltos de espacio y de tiempo, en el hecho de la expulsion de España de los judíos, bastando á nuestro propósito consignar que no es verdad que una vez decretada aquélla, «el clero español se ocupase en predicar en las plazas públicas sermones preñados de acusaciones contra las víctimas,» ni que Torquemada añadiese á la orden de destierro, que supone equivocadamente Draper ser obra suya, la de que nadie osase prestarles la menor ayuda (pág. 152).

La expulsion, más que á influencias extrañas, obedeció á la idea que había manifestado la reina Isabel, al decretarse el extrañamiento de los judíos de las principales villas de Andalucía, de que «con atender á la limpieza de sus tierras, que tenía en más aprecio que sus riquezas, purgándolas de aquella cizaña (los judíos) y pecado, obraba conforme al servicio de Dios y al suyo propio¹.» Obedeció

¹ PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, segunda parte, capítulo LXXVII, citado por Amador de los Ríos, t. III, pág. 422.

al propósito de los dos monarcas Fernando y su esposa de establecer en sus Estados la unidad política, cuyo más seguro y estable fundamento entendían, con razon, ser la unidad religiosa. Obedeció, como observa y confiesa el erudito autor de la ya citada *Historia de los judíos de España*, al deseo, si no al deber, de dar oídos y satisfaccion al clamoreo general de grandes y pequeños, doctos é ignorantes, unido al generoso anhelo de labrar la ventura temporal y espiritual de sus vasallos. «Fuera pues torpeza grande, añade, suponer inspirada por un momento de ira ó por un arrebató de soberbia resolucíon de tal monta (el edicto de 31 de Mayo). Dictáronla en efecto aquellos reyes, con la tranquilidad de conciencia que nace siempre de la convicción de cumplir altos y trascendentales deberes; con aquella seguridad del acierto que emana á la continúa de la conformidad de la aspiración y del consejo ¹.» Dictáronla, añadiríamos nosotros, porque en aquellos tiempos, al contrario de lo que sucede en los nuestros, se posponían los intereses materiales á los morales y religiosos, en los cuales más que en aquéllos, estriban el poder y la grandeza de las naciones.

Sin dar oídos á las voces de la ira y de la soberbia, decía el que fué nuestro amigo Amador de los Ríos, firmaban los Reyes Católicos el edicto de expulsión de los judíos de sus dominios de España. Hoy ya la historia puede preguntar á los conciudadanos de Draper, si también ellos tenían cerrados sus oídos á los apasionados consejos de tan ruines sentimientos, cuando dictaban contra los Estados del Sur aquella série de tiránicos decretos, sólo comparables á los ukases del gobierno moscovita contra la desafortunada Polonia, y si se atreverían, puesta la mano en el corazón y fija la mente en el temor de las venganzas divinas, á

¹ *Ibid.*, pág. 427.

negar que aquellos y no otros fueron los móviles de su repugnante conducta contra sus antiguos compatriotas y hermanos?

Sin duda aflige al ánimo el considerar á millares de individuos privados á deshora de la sombra y del calor de sus hogares, violentamente separados del suelo donde se mecía su cuna y donde yacían los restos de sus padres y antepasados; llenar con sus muchedumbres los caminos del destierro, sin hallar más que escasas muestras de compasion en los ménos, por ventura el desamor y el desprecio en los más de los que fueron durante siglos sus conciudadanos; sufrir, amén de las fatigas del viaje, el hambre acaso, y la sed y todo linaje de privaciones: mas ¿qué será contemplar á todo un pueblo, apenas salido de una guerra más que civil, con degüellos de prisioneros, incendios de ciudades y devastaciones de los campos, condenado, al sarcástico grito de *væ victis*, á la pérdida de sus derechos como nacion, y despojados sus individuos de su dignidad como hombres, de sus privilegios como ciudadanos, de sus tierras como propietarios? Cuatro millones de esclavos rudos é ignorantes, transformados de repente en tiranos de sus antiguos dueños; confiscados los bienes de centenares de millares de personas que, cumpliendo con un sagrado deber, habían empuñado las armas en defensa de la Constitucion y de intereses garantidos por pactos internacionales¹; privados todos los habitantes de extensísimas comarcas por espacio de muchos años del derecho de tomar parte en la eleccion de Presidente de la Union y de enviar representantes y senadores al Congreso; el voto electoral, que se negaba á la mitad de la poblacion ántes

¹ Sobre las causas de la guerra civil de los Estado-Unidos, y del derecho que tenían los del Sur á defenderse, véase la obra ya citada de Mr. Jennet, *Les Etats Unis contemporains*, cap. III.

libre ¹, otorgado á los negros, por quienes no lo concedían sino con grandes limitaciones á los de sus Estados ²; el poder y el gobierno puestos en manos de los que habiendo sido educados y vivido hasta entónces en la servidumbre, no acertaban acaso á salir de ella ³, miéntras que los blancos carecían de leyes y de tribunales que amparasen sus personas y sus propiedades contra los atropellos y los robos de los hombres de color; los antiguos hacendados desposeídos de sus campos en provecho de éstos y de algunos centenares de aventureros políticos; las granjas puestas en venta sin que se encontrara quien las comprase ni aún á vil precio; muchas casas convertidas en ruinas; el hambre devastando comarcas enteras; millares de familias reducidas á la pobreza, buscando en otros países la libertad, la dignidad y el alimento que no encontraban en su patria: tal fué el cuadro de desolacion, de miserias y de violencias que ofrecieron durante muchos años, y que ofrecen todavía algunos de ellos, los Estados de la América del Sur, mucho más cultos, más aventajados, más ricos en hombres

¹ Se excluyó del derecho de sufragio en su propio Estado, á todos los blancos que habían tomado parte en el alzamiento, desempeñando desde los más elevados hasta los más insignificantes cargos civiles ó militares.

² « La injusticia del Norte es tanto más repugnante, dice Mr. Jennet, en cuanto en sus Estados se toman especiales precauciones respecto de los negros. Así, por ejemplo, la Constitucion de Nueva-York no les admite á votar, si no poseen una renta de 250 dollars en inmuebles. El Massachussetts elimina un gran número de ellos por la cláusula que concede el voto únicamente á las personas que saben leer y escribir en inglés. En 1859 el Conecticut rechazaba una proposicion por la cual se pedía el derecho de sufragio para los hombres de color. » — *Op. cit.*, pág. 84, nota 1.

³ Durante diez años, las asambleas legislativas se han compuesto en su mayoría de negros y mulatos. Vióse á muchos negros que eran criados en las fondas de Montgomery, tomar asiento en la asamblea del Alhabama. La Luisiana tuvo un senador y dos representantes, quienes durante las vacaciones, servían en los barcos de vapor del Mississipi, el primero en calidad de barbero, y los otros dos como criados. — *Op. cit.*, pág. 85.

eminentes en toda clase de conocimientos, que los del Norte ántes de aquella funestísima guerra ¹.

Pondrémos fin á este capítulo, dirigiendo al autor de la *Historia de los conflictos* dos preguntas, á las cuales, como anglo-sajon que suponemos ser, ha de hallarse en estado de poder dar cabal y ordenada respuesta. Primera: ¿podría decirnos en virtud de qué título poseen casi todas las tierras de la desgraciada Irlanda los actuales propietarios ingleses? Segunda: ¿Fué únicamente por el gusto de viajar y de mudar de climas y ver nuevas tierras por lo que fueron á establecerse en la Nueva Inglaterra, en la bahía de Massachusetts, en el Maryland y en otras comarcas de la América del Norte los puritanos y católicos, de quienes descienden gran parte de los actuales habitantes de pura raza anglo-sajona de las tierras de la Union americana? Sin duda tienen los actuales ingleses más motivos para maldecir á sus fanáticos y crueles antecesores contemporáneos de Carlos I y de Cromwell, que con la guerra contra Irlanda y el destierro de los puritanos y los católicos hicieron del pueblo irlandés un enemigo y del anglo-americano un rival de la Gran Bretaña, que los españoles del siglo xix á sus predecesores de la xv centuria por haber expulsado de su suelo á los judíos.

¹ Por si se creyese que hemos exagerado el cuadro de la tiranía de los Estados del Norte vencedores contra sus antiguos hermanos vencidos del Sur, ponemos á continuacion los siguientes renglones en que hablaba de ella el *New-York Herald*, que es uno de los periódicos de más crédito y más leídos de la Union americana: « Hemos tratado al Sur, decia, prescindiendo de todo sentimiento de fraternidad y de humanidad, como Atila y Gengis-Kan trataban á sus enemigos vencidos. Hemos destruido el ingenio, el valor, el espíritu emprendedor de sus Estados; les hemos dado una paz que es sinónimo de desolacion y de bancarrota. » — Cit. por JANNET, *op. cit.*

CAPÍTULO V

Conflicto relativo á la naturaleza del mundo.

Opiniones sobre la configuracion de la tierra.

Harémos gracia á nuestros lectores, — y en ello ganará no poco la reputacion de Draper como hombre de ciencia,— de las puerilidades con que da principio á este capítulo, hablando á los suyos de las creencias populares sobre la configuracion de la tierra, *base filosófica*, segun él, de grandes sistemas religiosos en los albores de todas las civilizaciones, ó sea hasta que, á fuerza de ver las muchas dificultades que ofrece el considerar á nuestro planeta como « una superficie plana, de extension indefinida, sobre la » cual se sostiene el domo (*sic*) cristalino del cielo, » llegaron los hombres á caer en la cuenta que debía haber debajo de aquél un espacio libre; lo cual fué como dar el primer paso para venir por fin á parar en la opinion ó creencia de que la tierra debía ser redonda (páginas 158 y 159).

El más vulgar sentido comun basta para hacer ver á cualquiera que esté medianamente dotado de él, cuán reñidas están con el mismo las afirmaciones del profesor anglo-americano; no ménos, por ventura que lo está su traductor con la lengua y la gramática castellanas.

Dejemos en paz por algunos momentos al buen monje Cosme Indicopleustes y su *Topografía cristiana*¹: que si en el siglo VI aquel pobre religioso, en una obra que poquísimos conocen y nadie lee, cayó en el error de suponer que en la parte septentrional de la tierra plana, hay una montaña inmensa tras de la cual se oculta el sol, produciéndose de esta suerte la noche, dando con ello muestras de no estar á mucha altura, y no por su culpa, en conocimientos geográficos, también el autor del Koran, tan admirado y ensalzado por el de la *Historia de los conflictos*, afirmaba una centuria más tarde en aquel libro, código religioso que veneran aún millones de musulmanes, que «la tierra es una llanura cuadrada, limitada por elevadísimas montañas, que tienen el doble objeto de equilibrarla en su asiento y de sustentar el domo del cielo.» Dejémosle en paz, como en paz dejamos á los sabios alejandrinos que tan erróneo concepto tuvieron del sistema del mundo y de la forma y volumen de nuestro planeta, y pasemos á examinar la que, si no temiésemos hacer agravio á la verdadera ciencia, nos atreveríamos á llamar la parte científica del capítulo que nos ocupa.

¹ Esta obra del llamado *Indicopleustes*, á causa de sus viajes en la India, en la cual se combate enérgicamente la esfericidad de la tierra, no tan sólo en nombre de la Escritura, sino también con argumentos físicos, encierra sin embargo datos curiosísimos y dignos de ser conocidos, acerca de los países que su autor había visitado, principalmente acerca de la Etiopía, la India y la isla de Ceylan. La *Topografía cristiana* fué publicada por vez primera en 1706, por Dom. B. Montfaucon en su *Nova collectio Patrum*, t. II. MALTE BRUN, en su *Geografía universal*, t. I, L. XVI, pág. 193, edic. de Barcelona, habla con elogio de la *Topografía cristiana*, de cuyo sistema cosmográfico dice que es quizá tan digno de atención como el de Ptolomeo.

Tenazmente aferrado á su opinion de que el sistema geocéntrico, ó sea el que supone á la tierra centro del universo, se apoya principalmente en la revelacion bíblica, y empeñado en suponer «conflictos entre los libros sagrados y la ciencia,» va en busca de hechos y de escritores de autoridad reconocida, cuyos sistemas, ya sobre la figura y el tamaño, ya sobre si nuestro planeta es ó no centro del cósmos, están en contradiccion abierta, segun él, con la revelacion; y hé aquí que de buenas á primeras tropieza con Aristarco de Samos (siglo III ántes de J. C.), escritor de la escuela de Alejandría, quien en su tratado de las magnitudes y distancias del sol y de la luna, adoptó y pretendió generalizar el sistema transportado por Pitágoras desde la India á Europa, que representaba el sol como centro del universo, á cuyo rededor giran en órbitas circulares, al propio tiempo que sobre sus ejes, los planetas Mercurio, Vénus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno (pág. 161).

No es tan cierto como supone Draper que Pitágoras hiciese del sol el centro del universo, ni que creyera que á la vez que giraban alrededor de aquel astro, diesen los planetas vueltas sobre su eje, ni mucho ménos que aquellas sus opiniones hubiesen sido por él importadas de la India¹. Segun Philolao, principal expositor de la doctrina del fundador de la escuela itálica, existe, al decir de éste, un fuego central, que no nos revela en qué consiste, en torno del cual se mueven *diez*, — que es, segun Pitágoras, el número perfecto, — cuerpos divinos, ó sea el cielo, esto es, la esfera ocupada por las estrellas fijas, los cinco planetas, y el sol, la luna, la tierra y otro astro que llamaban antitierre ó *antichthona*. El movimiento de estos cuerpos se verifica

¹ Aristóteles dice que Pitágoras enseñaba que la tierra gira alrededor del centro, formando con este movimiento la noche y el día.

siguiendo las leyes de la armonía, y produce el concierto sublime á que dan los pitagóricos el nombre de *armonía de las esferas* ¹. Respecto al movimiento de los planetas, y por consiguiente de la tierra sobre su eje, es verdad que Nicetas, segun Ciceron, refiriéndose á Teofrasto, indicó la idea de que aceptando este movimiento se explicaban los fenómenos astronómicos por igual manera que admitiendo que todo el cielo gira en torno de la tierra; pero se olvidó Draper de añadir que, segun aquel astrónomo, permanecen inmóviles el cielo, el sol, la luna y las estrellas ².

Desgraciadamente las opiniones de Aristarco no fueron aceptadas por la antigüedad; dióse por verdadero el sistema de Ptolomeo, que hacía de la tierra el centro del universo, y como «este sistema, añade el profesor anglo-americano, » no arrojaba la menor sombra sobre las opiniones religiosas cristianas ó mahometanas, de ahí el que se sostuviese » y fuese profesado en todas las escuelas por espacio de mil » cuatrocientos años, ó sea desde el siglo II hasta el XVI » (pág. 162).»

¡Mil cuatrocientos años! Y en este largo espacio de tiempo, — pásmense nuestros lectores y cúbranse de vergüenza si son cristianos, — miéntras que los musulmanes, apropiándose y ensanchando los conocimientos científicos de los griegos, realizaban los maravillosos inventos en las ciencias físico-matemático-naturales, que son todavía hoy la admiracion de los hombres doctos, nuestros rudos antepasados ocupaban la mayor parte de aquel período en *estériles* disputas sobre la naturaleza de Dios, y en tenaces luchas para alcanzar el poder eclesiástico; concentraban toda su atencion, apartándola desdeñosamente de todo linaje de investigaciones científicas, acerca de las cuales

¹ LEFORET, *Hist. de la phil.*, t. I, págs. 261 y 262.

² *Ibid.*, nota III. — *Ciceron. Acad.*, II, 39.

no se reconocía más autoridad que la de Lactancio y San Agustin, en discurrir sobre la transubstanciacion, y en el culto de las imágenes, en narrar ó escuchar relatos de milagros y en peregrinaciones, en busca de su curacion, á los santuarios (págs. 163 y 164).

Lástima grande que el ilustrado profesor de la Universidad de Nueva-York no hubiese publicado este su gran descubrimiento histórico acerca de la cultura y de las costumbres de los tiempos medios dos centurias ántes! ¡Qué de vigiliass, y de molestias, y de horas pasadas en los archivos buscando y descifrando manuscritos, estudiando ignorados códices y recogiendo y sacando á luz olvidados y peregrinos datos hubiese ahorrado, en Alemania á los H. Meiboom, Leibnitz, Freher, Reuber, y más recientemente á los Boehmer, Pertz y Schmel; en Inglaterra á los Savile y su continuador Camden, á los Rymar y Senderson, á los Wharton y Wilkins; en Francia á los Duchesne, Ducange, Lecointe, Dom. Bouquet, y á sus continuadores los Maurinos, á los Brequigny, y en nuestros días á los Guizot, Petitot y Monmerque; en Italia á los Muratori, á los Assemani y los Tartini; y en España á los Aguirre, á los Flórez y Risco, y últimamente á los Villanueva, La Canal, Bofarull y á otros cien y cien investigadores y colectores de documentos históricos, monjes la mayor parte de ellos, á quienes compara muy oportunamente Chateaubriand á esos pacientes operarios que pasan su vida encerrados en las minas de oro para sacar de ellas riquezas de que se han de aprovechar otros! Aparten de sí, como autoridades sospechosas, y hasta como documentos inútiles, todas las colecciones diplomáticas, cuantos se dedicaban hasta hoy en las naciones más cultas á escribir la historia de esos tiempos de barbarie y de fanatismo á que se da el nombre de Edad media; y como Condorcet pedía á la Asamblea Nacional, el 19 de Junio de 1792, desde la tribuna, la destruccion de los diplomas y títulos de

nobleza¹; y como otros republicanos reclamaban que fuesen llevadas para ser fundidas en la casa de moneda las riquísimas colecciones de medallas de oro y plata que existían en el Gabinete Numismático de París², exijan de sus respectivos gobiernos los draperistas para ser tenidos por dignos discípulos de tan ilustrado maestro, la destruccion de los escritos y pergaminos que llevan estampadas las huellas del fanatismo cristiano, como decían los republicanos franceses, ó de las supersticiones papistas, segun la fraseología de los seudoreformados. Porque con entonar una série de entusiastas ditirambos á Mahoma y á las conquistas de los primeros califas; poner en las nubes su civilizacion, su saber en toda clase de ciencias humanas, y sus virtudes, y apuntar algun hecho de feroz intolerancia de los infames pontífices — así los califica Draper — de la Edad media; llamar siglos de hierro á los de este período, y denunciar á la faz de la Europa culta como bárbaros é ignorantes á Carlomagno, á San Luis, á Alfonso X, á Santo Tomás, á Bacon, al Dante y á algunos otros de los más afamados personajes que vivieron en aquellos tiempos de servidumbre y de tinieblas; lamentar que tantos millares de hombres, que podían con provecho emplear sus brazos en la agricultura y en la industria, se encerraran en solitarios monasterios para consumir sus días en el ocio ó en el ejercicio de prácticas supersticiosas; compadecer á los pueblos que, víctimas del más brutal despotismo teocrático, vegetaban en la ignorancia, atentos únicamente á leer libros devotos; compadecerse de que en las universidades perdieran

¹ CHATEAUBRIAND, *Etudes historiques*, prefac. pág. 8, edic. Didot. La Asamblea adoptó por unanimidad el proyecto de Condorcet; el 22 de Febrero de 1793 se mandó quemar en la plaza de Spignes trescientos cuarenta y siete volúmenes y treinta y nueve cajas de documentos.

² *Ibid.*, pág. 9. El abate Barthelémy logró por medio de Aumont, amigo de Danton, que fuese anulado el decreto por el cual debía ser destruida la coleccion de medallas.

millares de escolares los mejores años de su vida en vanas disputas teológicas, se podrá ya desde hoy en adelante pasar de un salto de la invasion de los bárbaros al Renacimiento y á la predicacion de Lutero, verdadero principio, segun el profesor anglo-americano, de la vida política, social y científica de los pueblos modernos.

Por último, á fines del siglo xv, «revive la ciencia, » pero no porque sintieran los hombres que entónces vi- » vían la menor inclinacion hácia ella, sino á impulsos » de las rivalidades comerciales.» Dejamos á los amantes y cultivadores de la verdadera ciencia el cargo de defender á ésta del insulto que, acaso sin pensarlo, le dirige Draper en las palabras que dejamos apuntadas. «La cuestion de la forma de la tierra, continúa diciendo éste, para quien, sea dicho de paso, parece ser dicha cuestion la más importante que estuviese llamado á resolver el linaje humano, fué definitivamente establecida (*sic*) por tres marinos: Colon, Gama y sobre todo Magallanes (pág. 164).» Tres fanáticos, sépanlo los lectores de la *Historia de los conflictos*, ya que su autor se lo calla, que creían en las Sagradas Escrituras, que adoraban á Dios y que acataban y veneraban las enseñanzas de la Iglesia católica!!!

Antigüedad de la opinion de la esfericidad de la tierra.

Comenzarémos por negar á Draper que fuesen los intereses mercantiles, como parece darlo á entender en el pasaje transcrito, los que moviesen á Colon y á aquellos atrevidos marinos portugueses á lanzarse en busca de mares y tierras desconocidas. Del primero sabemos, por sus propias cartas, que lo que le impulsó á buscar un camino más corto, ó al ménos más fácil para dirigirse á las Indias

Orientales, que era el principal objeto de sus aspiraciones, y que debía ser, según él, el término de su empresa, era poder, continuando la obra de los antiguos misioneros que habían arrojado en aquellos remotos países las primeras semillas de la fe, reunir el Oriente y el Occidente en una misma religion, á fin de arrojar de la Tierra Santa á los musulmanes y enarbolar la Cruz en todas las naciones del mundo ¹.

Pero pasando ya á la cuestion concreta que nos ocupa, ¿es cierto que aquellos famosos marinos fuesen los que definitivamente *establecieron* la cuestion, según en su lenguaje bárbaro dice el Sr. Arcimis, de la forma *globular* de la tierra?

En las páginas anteriores, Draper da constantemente por averiguado, que no había habido en Europa, ántes del siglo xv, quien no creyese que la tierra era plana, porque no había quien se atreviese á ponerse en contradicción con las ideas teológicas entónces reinantes, ó sea con la «creencia predominante de que las Escrituras contenían la suma de todo saber,» hasta en las cuestiones relativas á las ciencias físicas y naturales; y como, en opinion del profesor anglo-americano, la tierra es, según las Sagradas Letras, «una superficie plana, sobre la cual descansa el domo del cielo,» lo cual es de todo punto falso ², de ahí que no hubiese quien osara afirmar, por temor de incurrir en herejía, la esfericidad del planeta que habitamos. Y sin embargo, la opinion de que éste era una esfera, que había sido la de San Agustin, se remonta á los primeros siglos

¹ *Etudes religieuses*, etc., par des Peres de la Compagnie de Jesus. Juillet, 1875, núm. 1. — *Les precursors de Christophe Colomb et de Vasco de Gama*, par P. J. BRUCKER, pág. 7.

² Desafiamos á Draper á que cite un solo pasaje de la Biblia donde se lea acerca de la figura de la tierra lo que con tan mala fe afirma. En cambio pudiéramos indicarle muchísimos en que se llama el planeta que habitamos el orbe de la tierra, ó en que se hace referencia á la redondez de la tierra.

de la Edad media, y puede afirmarse, dice el P. Brucker, que llegó á ser en ellos hasta popular.

«Los monjes irlandeses y anglo-sajones, observa este docto jesuíta, que fueron los verdaderos maestros de Europa durante los primeros tiempos que siguieron á la invasion de los bárbaros, enseñaban y probaban por los mismos argumentos de que nos servimos hoy, que la tierra era esférica. Basta para convencerse de ello consultar al más célebre de entre aquellos monjes, el P. Beda, muerto en 735, cuyos tratados de *Natura rerum*, y de *Temporum ratione*, forman una verdadera cosmografía ¹. El sacerdote Honorio ú Honorato, que florecía por los años de 1120, profesa la misma doctrina en su *Imago mundi*, especie de enciclopedia popular de ciencias naturales, varios de cuyos capítulos han sido reproducidos en compilaciones posteriores, algunas de ellas en lengua vulgar ². Tal es, por ejemplo, el poema francés de aquél mismo título, compuesto en 1245 por un trovista, probablemente lorenés, llamado Gualtiero de Metz ³, en el cual se encuentra reproducida en gran parte la cosmografía, y copiada toda la geografía de Honorato. En este ensayo de «vulgarización científica,» que gozó de mucho favor en su tiempo, se habla de la forma esférica de nuestro planeta:

« Oír poés, se il vous plaist,
Comment la terre reonde est, etc. »

¹ Véase el cap. XLVI del primero de dichos opúsculos, y los cap. XXXII á XXXV, del segundo. — MIGNE, *Patr. lat.*, t. xc, col. 264-265, y 437-457.

² Véase el lib. I, cap. v, *De forma terræ. — Terram esse rotundam*, etc. — *Patr. lat.*, t. CLXXII, col. 122. — Pueden verse acerca de las influencias de este tratado, algunas observaciones de V. LE CLERC, en la *Histoire littéraire de la France*, t. XXIII, págs. 294 y 308. Fué una de las primeras obras que se imprimieron: los benedictinos cuentan cinco ediciones de ella ántes de terminar el siglo XVI. — *Hist. litter.*, t. XII, 3.

³ *Hist. litter.*, t. XXIII, págs. 294-334.



«¿Habrá necesidad de añadir, continúa el docto Jesuita, que desde el siglo XII, y despues que el tratado *De Caelo* de Aristóteles fué la base principal de los estudios cosmológicos en todas las escuelas, la esfericidad de la tierra fué una tésis general que ni teólogos ni filósofos pensaron en combatir? Es preciso pues, proceder, ó con suma ligereza ó con deliberado propósito de calumniar á la Edad media, como lo hizo Letronne, para hacerla responsable de los errores cosmográficos del monje Cosme Indicopleustes.»

Por fin, y para no amontonar más autoridades, el famoso Pedro de Ailly (1330-1420), canceller de la universidad de París y más tarde cardenal, y el sabio Eneas Silvio ó Piccolomini, despues Papa con el nombre de Pío II, gran teólogo, eminente historiador y afamado geógrafo, aquél en su obra de *Imago mundi*; y éste en su *Historia rerum ubique gestarum*, que ejercieron grandísima influencia en las ideas cosmográficas de Colon, afirman tambien que es esférico el planeta que habitamos ¹.

Opinion de San Agustin acerca de los antípodas.

Como esta cuestion está íntimamente enlazada con la de la existencia de los antípodas, y Draper es tambien de los que suponen que ha sido condenada como contraria á la revelacion divina², nos ocuparemos en tratar acerca de ella, si no con la extension que quisiéramos, ya que no lo consienten los límites en que hemos de encerrar nuestro trabajo,

¹ *Les precurseurs de Christophe Colomb*, etc., loc., cit., págs. 19, 23 y 24.

² «Sobre la cuestion de los antípodas, dice Draper, San Agustin afirma que es imposible que haya habitantes al lado opuesto de la tierra, toda vez que la Escritura no menciona semejante raza entre los descendientes de Adan» (pág. 67).

de manera al ménos que quede probado el ningun fundamento del que más que histórico error, despues de haber sido tantas veces refutado, se puede y hasta debe hoy calificarse con razon de calumnia. Para mejor concretarla formularemos la cuestion en que vamos á ocuparnos en la siguiente pregunta:

¿Es cierto que negára San Agustin la posibilidad de los antípodas, porque la Escritura no menciona semejante raza entre los descendientes de Adan?

Es indudable que San Agustin, que creía que la tierra era redonda, si bien negaba que *fuese necesario* que hubiese antípodas, admitía sin embargo la posibilidad de su existencia. Y respecto á este punto, bien puede afirmarse que el obispo de Hipona sabía algo más, ó por lo ménos discurría con más acierto que Plinio el Naturalista, quien dando como errónea la opinion de que la tierra fuese esférica, calificaba de *inepcia* la creencia en los antípodas ¹. Como San Agustin opinaron Beda ², Guillermo de Conches ³, famoso filósofo del siglo XII, Santo Tomás y otros.

Sin embargo, cuando se descendía á la cuestion de hecho, ó sea si realmente existían ó no antípodas, entónces ó dudaban, ó negaban, aunque no de una manera absoluta, que los hubiese. Beda preguntaba, como en son de desconfianza: «¿existe alguno que, habiendo visitado la zona austral, nos haya dicho á su regreso que está habitada?» La ciencia no debía resolver esta cuestion hasta siete siglos más tarde. Respecto de San Agustin, si niega la existencia

¹ *Ineptum credere esse homines quorum vestigia sint superiora quam capita, aut ibi quæ apud nos jacent, inversa pendere, fruges et arbores dehorsum versus crescere... hujus erroris originem philosophis fuisse; quod existimarent rotundum esse mundum.* PLINIUS, lib. II, cap. LXV.

² *De temporum ratione*, cap. CXXXIV.

³ Autor del tratado de *Philosophie mundi*, que fué atribuido por algunos á Honorato de Autun.

de los antípodas, no lo hace, como tal vez por *distraction* supone Letronne, por la ridícula razon de que « es absurdo imaginar que haya hombres que puedan vivir con la cabeza hacia abajo y los piés hacia arriba, » que era sin embargo el argumento de que se servía Plinio para negar hasta la posibilidad de que los hubiese; sino en otras razones que hubieran sido sin duda alguna las que hubiera usado el sabio cosmógrafo francés si hubiese vivido en los tiempos del Doctor de Hipona.

Despues de haberse propuesto la cuestion de si existían hombres como los representaba la historia profana, á saber: cíclopes que no tuviesen más que un ojo, gigantes de prodigiosa estatura, pigmeos de un solo codo de alto, etc., y de si, en caso de que existiesen, descendían de Adam ó de los hijos de Noé, cuestion que resuelve diciendo, ó que no existen tales especies de hombres, ó que si existen no son hombres, ó que si en realidad lo son deben ser hijos de Adam ¹, sienta esta otra: ¿puede creerse que existan antípodas en la parte inferior de la tierra opuesta á la en que nosotros habitamos?

Por la manera como formula San Agustin esta cuestión, se desprende desde luego que opinaba que existía una parte inferior de la tierra (*inferiorem terræ partem*) y que ésta era diametralmente opuesta á la nuestra (*quæ nostræ habitationi contraria est*): y si bien dice que no hay razon alguna que *obligue* á creer en la existencia de los antípodas, fúndase para ello en que los que sostienen que los hay se ven en la necesidad de confesar que lo saben, no porque lo hayan aprendido por la historia, sino porque lo deducen por conjeturas. Añade que puede admitirse que la tierra sea

¹ *Qua propter ut istam quæstionem pedetentim cauteque concludam, aut illa quæ talia de quibusdam gentibus scripta sunt, omnino nulla sunt; aut si sunt, homines non sunt; aut ex Adam sunt, si homines sunt.* — DIV. AUGUSTINUS, *De Civitate Dei*, lib. xvi, cap. viii.

redonda, sin que de ello se deduzca *necesariamente* que esté poblada la parte opuesta á la nuestra, pues pudiera muy bien ser que estuviese cubierta de agua y que, áun dado caso que así no fuese, tampoco sería *preciso* creer que hubiese en ellas hombres: *Deinde etiam si nuda sit neque hoc statim necesse esse ut homines habeat*. Y, por último, que era aventurado suponer (y en esto hubieran discurrido como él Draper, Letronne y otros que le tildan hoy de ignorante si hubiesen vivido en su tiempo), que algunos de los descendientes de Adam hubiesen podido pasar de esta á aquella otra parte del mundo, atravesando la inmensa extensión del Océano; de este mar que, como es sabido, fué considerado desde la más remota antigüedad, hasta que se aventuró á engolfarse en él Cristóbal Colon, como barrera insuperable, ó cuando ménos como camino lleno de peligros para llegar por él al opuesto hemisferio ¹.

¹ Era creencia generalmente admitida que el Océano, y especialmente el Atlántico, dejaba de ser navegable á cierta distancia de los continentes. Bajíos de lodo cubiertos apenas de aguas cenagosas, vastos campos de hierbas marinas que envolvían las naves como en una red, mónstruos espantables y feroces que más que nadaban se arrastraban enmedio de aquellas tristes olas, y encima de aquel mar un cielo cargado siempre de espesísimos vapores, que no agitaba el menor soplo de aire, ni lograban atravesar jamás los rayos del sol; tal es la pintura que del Océano occidental se encuentra en los libros de geografía popular de los griegos, copiados como siempre por los romanos. Á esos terrores se añadía, respecto de los mares que se suponían existir al S. del Africa y de la India, el calor intolerable de un sol tropical.—Véase el art. citado: *Les précurseurs de Christophe*, etc., pág. 8, y las notas 1 y 2. Lo mismo, poco más ó ménos, opinaban acerca de dicho mar siglos más adelante los árabes, á quienes supone el catedrático de ciencias de Nueva-York tan adelantados en conocimientos geográficos. Véase en CONDE, *Historia de los árabes en España*, la descripción que del Océano hace Xeriz Al-Lohisi.

Colon y su descubrimiento. — Errores de Draper.

Despues de referir Draper á sus lectores, contando más de lo que permite el respeto que se les debe, con la confianza que por lo comun ponen la generalidad de los mismos en la buena fe del escritor; despues de referirles, decíamos, que «los marinos inteligentes fueron inclinándose á la creencia en la forma *globular* (sic) de la tierra, creencia que habían extendido los astrónomos y filósofos mahometanos, no sin repugnancia, *como puede suponerse*, de los teólogos (pág. 165),» entra por fin á hablar de los viajes de Colon, «que era uno de los marineros genoveses que sustentaba aquella idea,» asegurando de paso que, segun cuenta aquel ilustre cosmógrafo, «lo que llamó su atencion sobre este asunto fueron los escritos de Averroes». Mucho dudamos que conociese Colon las obras de este filósofo: lo que sí podemos asegurar á nuestros lectores es que las principales, si no únicas fuentes donde bebió éste sus ideas acerca de la facilidad de pasar de España á las Indias, atravesando el Océano, que era lo que él pretendía demostrar, y en lo que se fundaba para llevar á cabo la realizacion de la que llaman nuestros escritores su grande hazaña, fueron las ya citadas obras de *Imago mundi*, del cardenal Pedro de Ailly, y la *Historia rerum ubique gestarum*, del que fué despues Papa Pío II ¹.

¹ Humbold hace notar que Colon, en la primera parte de sus cartas, tradujo palabra por palabra algunos pasajes del tratado de *Quantitate terræ habitabilis* del citado Pedro de Ailly. Respecto á la *Historia rerum gestarum*, existe un ejemplar de dicha obra en la Biblioteca Columbina (Sevilla) lleno de notas de puño y letra del propio Colon. En gravísimo apuro habrá de encontrarse Draper si, por quien tuviese autoridad y poder para ello, se le exigiese que señalase algun pasaje de las obras de Averroes por donde pudiese el cosmógrafo genovés llegar á concebir la idea que fué la base y punto de partida de sus descubrimientos.

« Encontró Colon, continúa diciendo Draper, en Génova » poca proteccion, é invirtió entónces muchos años tratando de interesar á diferentes príncipes en su empresa; su » tendencia irreligiosa fué señalada por los eclesiásticos españoles, y condenada por el *concilio* (sic) de Salamanca, » etc. (Pág. 166.) Escribiendo, como escribimos, en España y para españoles, creeríamos hacer un agravio al buen sentido y á la instruccion de nuestros lectores deteniéndonos en refutar las dos afirmaciones del profesor de Nueva-York en el pasaje que dejamos transcrito. Porque, ¿quién que de español se precie y se halle medianamente versado en nuestra historia, ignora que Colon, tenido por visionario en su propia patria, Génova; despreciado y desatendido en la corte de Portugal, halló desinteresada hospitalidad en su desamparo, y proteccion decidida para la realizacion de sus propósitos en un pobre fraile, el guardian del convento de la Rábida, Fr. Juan Perez Marchena; apoyo y favor para llegar hasta la cámara de los reyes en el ilustrado cuanto virtuoso cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza; generoso albergue, eficaces recomendaciones y mayores facilidades para alcanzar el logro de sus deseos en Fr. Diego de Deza; inteligente ayuda en Fr. Fernando de Talavera? Por manera que no sólo podemos decir con uno de los biógrafos del afamado marino que « la religion comprendió al génio, » sino que tenemos derecho á añadir que, á no haber sido por la religion, representada, respecto del suceso que nos ocupa, por aquellos virtuosos y doctos varones, quienes en vez de ver un soñador en el cosmógrafo extranjero, y errores heréticos en sus doctrinas, y peligros para la fe en la realizacion de sus propósitos, supieron, por el contrario, estimar la grandeza de su entendimiento y supieron lo provechoso que sería para la difusion del Evangelio que diera cima á su empresa. Y á no ser, despues de ellos, por la piadosísima Isabel, que, al dispensar su poderoso apoyo y al proporcionarle los medios para que pudiese llevar á cabo su

atrevido propósito, más que en los tesoros con que podía enriquecer su corona ó á sus pueblos, puso su pensamiento en las nuevas regiones que ganaría para la fe y en las almas que conquistaría para el cielo, Colon hubiera muerto acaso de miseria en el fondo de un hospital y dejando en la historia fama de visionario ó de loco; y hubieran pasado quizás siglos y siglos sin que nadie hubiese osado lanzarse en aquel mar tan temido, y « cuyos términos, como escribía el ilustre bohemio, Leon de Romistal, nadie sino Dios conoce, » ó ir en busca de aquel país inaccesible ó inhabitado donde, como decían Ovidio y Virgilio:

Semper sole rubens, et torrida semper ab igne.

Respecto á la junta de Salamanca, no *concilio*, como sin duda por error involuntario lo llama Draper, tema acerca del cual tantos errores se han divulgado, y objeto que ha sido de tan infundadas críticas, creemos poco ménos que imposible que el profesor de ciencias de Nueva-York nó sepa, por más que se lo calle á sus lectores, que, si bien es verdad que muchos de los que tomaron parte en aquella especie de jurado científico combatieron con textos sacados de los libros sagrados y de algunos Padres de la Iglesia la doctrina y los proyectos de Colon, considerándolos como quiméricos é irrealizables (no se olvide que por tales se les había tenido en Génova y Portugal ¹), la generalidad de los que formaban aquella junta no se atrevió por de pronto á dar su dictámen sobre la consulta que se les hacía. Debía saber también que, más que en los teólogos, familiarizados con las

¹ En este último punto fué examinado el proyecto de Colon por los más sabios cosmógrafos, y entre ellos por Behaim de Nuremberg, que era tenido por uno de los más doctos geógrafos de su tiempo y autor del primer microcosmos que se conoce, los cuales calificaron dicho proyecto de insensato y lleno de orgullo. CANÚ, op. cit., t. XIII, pág. 75 y siguientes.

doctrinas de Aristóteles, aceptadas y sostenidas por San Agustín, por Santo Tomás ¹, y en general por los escolásticos, sobre la esfericidad de la tierra, halló oposicion á sus teorías sobre este punto, sobre la pequeñez relativa de aquella y sobre la facilidad de llegar, viajando hácia el Occidente, al país de las especias, á esos riquísimos y sobre toda ponderacion fértiles imperios del Catay y de Cipango, de que tantas maravillas habían narrado Marco Polo ² y los religiosos misioneros del siglo XIII, en los cosmógrafos, matemáticos y navegantes de profesion que formaban acaso la mayoría de aquella junta.

Cosa rara: casi todos los escritores extranjeros, y en especial los racionalistas y protestantes, acusan á una voz á los teólogos de la universidad de Salamanca de ignorancia, de fanatismo, de no haber comprendido el ingenio de Colon, sin acordarse de que éste hubiera por ventura tenido por un hereje al que hubiese admitido que la tierra se movía, y de que el descubrimiento de América se debió á dos grandes errores geográficos, á saber: el de opinar que el Asia se extendía más de lo que realmente se extiende hácia el Oriente, y el de suponer más pequeña la tierra de lo que en realidad es; sin hacerse cargo de que bien merecían alguna disculpa los teólogos y los sabios de Salamanca por no creer en la posibilidad de hallar las Indias navegando hacia el Oeste; cuando dos siglos despues, la ley universal de la gravitacion era combatida, no tan sólo por Fontenelle, por Casini y por Bernouilly, sino hasta por el gran Leibnitz, que encontraba sus principios opuestos á la religion; y

¹ Los dominicos de San Estéban de Salamanca, en cuyo convento se celebraron las conferencias, fueron los que, además de dar hospitalidad á Colon, se manifestaron más resueltos en defender sus teorías y en recomendar sus proyectos. — V. REMESAL, *Historia de Chapa*, libro II, cap. VII, citado por Navarrete, *Colecc.*, t. III, pág. 615.

² En la Biblioteca Columbina de Sevilla se encuentra un ejemplar de los viajes de Marco Polo, lleno tambien de notas escritas de puño y letra de Colon.

cuando, por no amontonar más ejemplos, casi en nuestros días la Academia de Ciencias de Francia, y con ella Napoleón, negaban la posibilidad de la navegacion por medio del vapor.

Draper, que tantas páginas había destinado á referir las conquistas de Alejandro y de los mahometanos, dedica una sola á hablar de los viajes de Colón, y otra á la narracion de los de Vasco de Gama. Esto, que tan natural podría parecer en un catedrático de historia, causará por ventura extrañeza en un profesor de ciencias. No le haremos un cargo por ello: no es ningún *pecado* (y perdonémos el autor de la *Historia de los conflictos* el vocablo) tener en más estima los brillantes y ruidosos triunfos de las armas, que los tranquilos y modestos de las ciencias.

Una vez descrito, con la brevedad que dejamos indicada, el viaje del famoso marino portugués, concluye el relato diciendo en son de triunfo al par que de acusacion: «*La Santa Victoria*, navegando hácia el Oeste, había vuelto á su punto de partida, y las doctrinas teológicas del aplanamiento de la tierra fueron derribadas por completo.» (Pág. 170.) ¡Ya era hora! Si algún día los hombres de ciencia levantasen un monumento á la memoria de Magallanes y de su sucesor Elcano, podrían poner al pié del mismo, como única inscripcion, que á la vez que trasmitiese á las futuras generaciones la grande hazaña de aquel marino les dejase un recuerdo imperecedero de los admirables conocimientos históricos y científicos del profesor anglo-americano, las siguientes palabras sacadas de su *Historia de los conflictos*: «El 7 de Setiembre de 1522, fondeó la *Santa Victoria*, despues de un viaje de tres años, en Sanlúcar, punto de su partida: ¡EN AQUEL DIA FUERON DERRIBADAS POR COMPLETO LAS DOCTRINAS TEOLÓGICAS DEL APLANAMIENTO DE LA TIERRA!»—DRAPER. — 1878.

«Cinco años despues de efectuado aquel viaje, continúa »diciendo Draper, se intentó *por vez primera en la criss-tiandad* averiguar el tamaño de la tierra.» Perdonémos el catedrático de ciencias de Nueva-York que le advirtamos que otra vez se equivoca. Colon dice en una nota de las muchas escritas por él en un ejemplar de su uso del libro ya citado de *Imago mundi*, «que había ensayado medir el arco de un grado terrestre, á fin de llegar á una evaluacion aproximada del tamaño del globo.» Y esta noticia no tiene nada de recóndita é ignorada, pues aquella nota, publicada por vez primera por Abezac en el *Canevas chronologique de la vie de Christophe Colomb*, se dió de nuevo á luz en el cuaderno del 2 de Setiembre del *Bulletin de la Société de Géographie* ¹. No tome tampoco á mal que le digamos, que al reseñar los varios ensayos de medicion de grados de la tierra, hechos hasta nuestros días, á fin de llegar á fijar exactamente el volúmen de ésta, hubiera podido indicar, siquiera hubiese sido de paso, el verificado por los PP. Roscovich y Maire, por orden y á expensas de Benito XIV, cuyo resultado dieron á conocer aquellos doctos astrónomos jesuitas en una obra en latin que se dió á la estampa en Roma en 1755, y que mereció algun tiempo despues ser publicada, vertida al francés, por la Academia de Ciencias de París ².

Mas hé aquí que de repente, y cuando todavía estaba sin resolver la cuestion acerca el tamaño de la tierra, «surje »otra controversia, segun Draper, preñada de consecuen-cias más graves aún: tal fué la relativa á la posicion de la »tierra con relacion al sol y á los planetas.» (Pág. 173.)

¹ *Les précurseurs de Colomb*, etc., pág. 24, nota 3.^a

² BACKER, *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jesus*, en los nombres de aquellos dos astrónomos.

Copérnico y sus predecesores: los pontífices.

Por los años de 1507, segun Draper, ó más bien de 1530, segun la historia verdadera, terminó el sabio astrónomo polaco, Nicolás Copérnico, un libro acerca de las revoluciones de los cuerpos celestes, fruto de un profundo estudio de los sistemas tolemáico y pitagórico. Aquel libro fué dedicado por su autor (y esto no lo oculta el profesor anglo-americano) al Papa Paulo III. Como Copérnico sabía (y continuamos extractando á Draper) que las doctrinas en su obra contenidas *eran opuestas á la verdad revelada*, previendo que podía atraerse el castigo de la Iglesia ¹, se abstuvo de publicarla durante treinta y seis años, — unos trece, segun los más autorizados biógrafos del famoso astrónomo,—hasta que, por fin, en 1543 se decidió á hacerlo, á instancias del cardenal Schomberg. Si aquella obra, que tan grandes novedades venía á introducir en el campo de las ciencias geográficas, fué dedicada á un Pontífice, quien se dignó aceptar su dedicatoria, y se daba á la estampa á ruegos de un cardenal, ¿dónde está el conflicto entre la Religion y la Ciencia? En que la Inquisicion, que para Draper y los de su escuela debe ser un tribunal infalible en materias de fe, y el más genuino, sino el único representante de la Iglesia, «condenó á Copérnico como herege;» y en que la Congregacion del Índice, que debe de gozar tambien, segun ellos, de igual prerogativa, «denunció su sistema como falsa doctrina pitagórica, en todo contraria á las Sagradas Escrituras.» (Pág. 173.)

¹ Si sabía que las doctrinas contenidas en su obra *eran opuestas á la verdad revelada*, ¿cómo siendo, como era, ferviente católico, se atrevía á sostenerlas, y cómo, previendo que podía atraerse el castigo de la Iglesia, era osado á dedicarla al supremo gerarca de esa misma Iglesia?

Los escritores racionalistas se aprovechan de este hecho para acusar á la Iglesia de ignorante, de enemiga de las ciencias, etc., etc., no recordando, ó, fingiendo no recordar, que Descartes rechazó en algunos pasajes de su obra el sistema copernicano; que Bacon se burló de él como repugnante á la filosofía natural; que Gasendi no se atrevió á proclamarlo, y, por fin, que el mismo Copérnico apoyaba su tema en explicaciones harto incompletas, y que más de una vez se vió obligado á confesar que no sabía qué responder á las objeciones que se le hacían *.

Sin embargo, la Congregacion del Índice, que, fuerza es repetirlo, ni es la Iglesia ni posee el don de la infalibilidad, y que creía que los astros debían moverse y se movían en órbitas perfectamente circulares, estaba en lo cierto calificando de doctrina pitagórica el sistema copernicano. Draper lo afirma también, puesto que dice que el objeto del libro del sabio astrónomo de Fhorn era apoyar la verdad de aquella doctrina. No sin razón se dice, pues, que Copérnico no fué el inventor del sistema que lleva su nombre. En efecto, la doctrina pitagórica, así respecto al sistema del mundo, como respecto de otras cuestiones, había sido profesada, al igual que una gran parte de las de los filósofos de la antigüedad, en las universidades de la edad media; en esas universidades, objeto de escarnio y tema de ridículas acusaciones de parte de muchos escritores racionalistas, pero en las cuales reinaba una libertad de discusión que hoy pondría en alarma á no pocos gobiernos que se llaman liberales; y donde desplegábase una actividad intelectual, cual la ofrecen pocas escuelas en nuestros días. Y, si bien no podemos remontarnos más allá del Cardenal de Cusa, al indagar quién fué el primero que sostuvo de palabra y por escrito el sistema pitagórico, no por eso

* CANTÚ, *op. cit.*, t. xv, pág. 473.

tenemos derecho á negar, habiéndose perdido tantas obras y yaciendo aún tantas otras desconocidas, ó no estudiadas, en el fondo de nuestros archivos, que hubiesen podido adelantarse algunos á aquel sabio prelado en afirmar la inmovilidad del sol en el centro del sistema planetario, y el movimiento alrededor suyo de la tierra y de los demas planetas.

Más, demos por averiguado que fuese Nicolás de Cusa, muerto en 1460, el primero que profesó y defendió el sistema á que dió nombre y crédito Copérnico. ¿Qué actitud tomó la Iglesia ante la profesion de tan atrevida doctrina? Eugenio IV, Nicolao V y Pío II, el sabio autor de la cosmografía ya citada, emplearon al docto cardenal en legaciones de grande importancia en varias córtés; y el segundo de dichos pontífices, á quien ha otorgado la historia el honroso dictado de ilustrado protector de las letras y de las ciencias, le concedió la púrpura cardenalicia y le nombró obispo de Brixen, en el Tirol. Es sabido además, que Nicolás de Cusa explicó su sistema en Roma, en 1425, y por consiguiente cuarenta y ocho años antes de que naciera Copérnico, y que lo defendió en una obra que dedicó al cardenal Juliano Cezarini, su antiguo profesor, sin escándalo de las conciencias ni sobresaltos de parte de la Iglesia.

Copérnico dió á conocer el suyo por los años 1500, en Roma, delante de un auditorio numerosísimo y escogido, y cuando de vuelta á su patria se fijó en Frauenburgo, se le dió un canonicato en aquella Iglesia.

Diez años ántes que el sabio astrónomo polaco diese á la estampa su libro de *Revolutionibus*, etc., Juan Alberto Widmaustadt, hallándose tambien en Roma, expuso delante de Clemente VII, de dos cardenales y de otros ilustres personajes, el sistema pitagórico, y el Papa le dió en recompensa un hermoso manuscrito griego de la obra *De sensu et sensibili*, de Alejandro Afrodisio, que se conserva, dice Cantú, de quien copiamos esta noticia, en la biblioteca de Munich,

y en el cual dejó consignado aquel astrónomo, de su propio puño y letra, el recuerdo de aquella distincion tan honrosa para él y para la ciencia ¹.

En el mismo año en que se imprimía la obra de Copérnico, daba tambien á la estampa Lelio Calcagnini, un libro destinado á demostrar, *quod cœlum stet, terra autem moveatur*. Calcagnini había sido nombrado proto-notario apostólico por los dos Papas, Clemente VII y Paulo III ².

Por fin, á últimos del mismo siglo, en 1584, el español Diego Lopez de Zúñiga, religioso agustino de Salamanca, publicaba un comentario sobre el libro de Job, con las necesarias licencias, y dedicado á Felipe II, en el cual, explicando aquellas palabras del sagrado texto: *Et conmovet terram de loco suo*, no solo aceptaba el sistema pitagórico del movimiento de la tierra, y decía que Copérnico determinó mejor que puede hacerse con la Sintáxis de Ptolomeo, la colocacion de las estrellas, sino que se adelantaba además á afirmar que ningun pasaje de la Escritura dice con tanta claridad que la tierra permanece inmóvil, como afirma aquel texto de Job que se mueve ³.

¹ CANTÚ, *op. cit.*, t. xv, pág. 469.

² DESCHAMPS, *La question religieuse résolue par les faits*, t. II, págs. 137 y siguientes.

³ CANTÚ, *op. cit.*, t. xv, pág. 469, nota.

Galileo y la Inquisición romana. — Errores y calumnias.

Pero el mayor conflicto entre la fe y la ciencia debían, segun Draper, provocarlo á principios del siglo xvii los descubrimientos de Galileo. En 1608 había sido inventado por el holandés Lippershey el telescopio. La mayor parte de los historiadores creen, con más fundamento, que lo fué por Metzu, óptico de Alkmaer ¹. Dos páginas despues de haber hablado de dicho invento, dice el catedrático de Nueva-York: «*Algunos sacerdotes* afirmaban que el anteojo » podía servir á lo más para dar indicaciones de los objetos » terrestres, pero que en cuanto á los celestes, era distinto.» (Pág. 176.) De suponer es que serían poquísimos los sacerdotes que en tan grosero error incurriesen. Puede dudarse con mucha razon que hubiese ni siquiera uno que lo dijera, miéntras no nos revele Draper de donde sacó tan peregrina noticia y no nos pruebe su certeza. Entretanto le recordaremos, pues esto debe saberlo el catedrático de ciencias de Nueva-York, que miéntras el canciller Bacon, el autor del *Organum*, el padre del renacimiento del naturalismo en la edad moderna, calificaba de sospechosos los descubrimientos debidos á aquel invento, ² el Papa invitaba á Galileo á que fuese al Vaticano, para en su presencia y la de un gran número de cardenales, explicar la construcción de aquel instrumento, y dar á conocer sus sorprendentes resultados.

Mas pasando ya á hablar de lo que con tanta inexactitud

¹ No faltan quienes atribuyen su invencion al óptico meddleburgués Z. Fauseh. Galileo se sirvió enseguida de él para sus observaciones, por ventura perfeccionándolo.

² CANTÚ, *op. cit.*, t. xv, apéndice G, pág. 637.

histórica llaman todavía muchos el gran descubrimiento de Galileo, nos causa ya, más que indignacion, verdadera lástima, ver á un escritor, que en el prólogo de la obra que nos ocupa, afirma que «no se hubiese atrevido á exponer al público las ideas que profesa, sino hubiera sido materia de sus más graves y profundas meditaciones,» caer, no diremos en errores tantas veces refutados, sino repetir, formando coro con libelistas infames y con viles calumniadores, las vulgaridades que sobre aquel astrónomo y su proceso se han propalado con más criminal mala fe que verdadera ignorancia, y que han sido por hombres eminentísimos, y con gran copia de datos y documentos oficiales cien y cien veces desmentidas. Permítasenos que repitamos aquí lo que en otra ocasion decíamos: es preciso estar completamente cegado por el odio al cristianismo para sacrificar á tan baja pasion lo que más estima todo hombre de estudios, á saber: su renombre de sabio y su reputacion de persona honrada; y para, obligado por compromisos de secta, renunciar el estimable oficio de escritor concienzudo y formal, para ejercer el de torpe y despreciable libelista.

Nuestros lectores habrán ya comprendido que en la obra del profesor anglo-americano se encuentran las consabidas frases: «de que las ideas sostenidas por Galileo alarmaron al hacerse públicas á las autoridades eclesiásticas, por cuanto tendían á destruir la creencia de que el universo había sido creado para el hombre, y contradecían las Escrituras, que afirman la inmovilidad de la tierra y el movimiento del sol; de que fué aquél acusado de impostura, blasfemia y ateismo; de que se vió encarcelado, sometido al tormento, tratado con cruel severidad durante los diez años restantes de su vida, y por último, que se le negó sepultura en lugar sagrado.» (Págs. 176 y 177.) Sólo una circunstancia omite, á pesar de ser, por lo que de dramática tiene, la que hubiera podido completar de una manera

admirable y por todo extremo conmovedora, el cuadro en que pinta al grande astrónomo arrodillado ante sus jueces, abjurando y dando por falsa, por temor á los tormentos, la doctrina del movimiento de la tierra, á saber: el famosísimo: *e pur si muove*, que habría sido, segun los escritores que dan por cierto este dicho, el más terrible reto que á la faz de la Iglesia, ignorante y perseguidora de toda humana cultura, hubiese podido arrojar la ciencia. ¿Fué, por ventura, que un resto de estimacion de su propia fama le apartase de estampar esta, que no hay ya persona medianamente instruida, que no califique hoy de *patraña histórica* ¹?

Despues de cuanto se ha escrito, especialmente en estos últimos años, acerca del descubrimiento de Galileo y de su condenacion; despues que han pasado á ser del dominio público las cartas del astrónomo italiano, y multitud de documentos, que arrojan sobre aquel hecho la luz necesaria, para que pueda darse por resuelto el supuesto conflicto entre la Iglesia y la Ciencia, y recientemente hasta el proceso original, por quien, si de algo puede acusársele, es de estar demasiado prevenido en favor de Galileo; sería de todo punto ocioso que nos detuviésemos en refutar asertos vulgares, acusaciones sin fundamento, y supuestos falsísimos, en que el mismo Draper es imposible que crea, y traer de nuevo á plaza los datos, y repetir los argumentos con que se ha resuelto tan enfadosa contienda, limitándonos por lo tanto á indicar los hechos verdaderos que del estudio de los documentos se desprende, á saber:

Primero, que Galileo no siempre creyó que era la tierra la que se movía, y que él mismo confiesa, que ántes que

¹ Gracias á las pacientes investigaciones del Dr. Heis, se sabe que este supuesto dicho de Galileo fué por vez primera impreso en un *Diccionario histórico*, de autor desconocido, publicado en Caen en 1789. (V. Das un historische des dem Galilei in den Mund gelehten «e pur si muove.» Munster 1868, in 8.º, y los *Annales de la Société scientifique de Bruxelles*, t. 1, 2.º part., pág. 203.)

la Congregacion del Índice resolviera acerca de esta cuestion, «estaba todavía indiferente, son palabras suyas, y tenía las dos opiniones de Copérnico y Ptolomeo por discutibles, porque las dos pueden ser en sí mismas verdaderas;» y que las razones en que apoyó su doctrina, cuando estuvo cierto de la verdad de su sistema, no eran tantas ni tan completas — ya que desconocía varias de las demostraciones de valor real y científico, físicas y matemáticas de que se sirve hoy la Cosmografía — que pudiesen llevar la convicción al ánimo de sus jueces.

Segundo, que no puede hacerse un cargo á éstos de que rechazasen como falsa la doctrina copernicana, porque la opinion contraria era generalmente la única admitida por los astrónomos y matemáticos, quienes resolvían por ella casi todos los problemas en que se ocupaba entonces la ciencia, y la aceptada por el vulgo de las gentes, que la hallaban más conforme con el testimonio de las autoridades sagradas y profanas y con el de los sentidos. Además, el mismo Galileo no tenía derecho á acusar de ignorantes en Astronomía y Cosmografía á sus jueces porque tuviesen por falsa su doctrina, dado que él mismo incurría en varios errores astronómicos y físicos, y entre éstos el de afirmar que las mareas eran efecto del doble movimiento de la tierra, calificando de *absurda, inexacta y digna de figurar entre las causas ocultas* la hipótesis de Keplero de que eran resultado de la accion combinada del sol y de la luna.

Tercero, que en la parte más ilustrada del clero y en grandes dignatarios de la Iglesia encontró Galileo distinciones y muestras de estimacion y respeto á él y á sus descubrimientos ¹, que hubieran podido envidiar no pocos de

¹ El P. Castelli, Mons. Champoli, el card. Conti y un gran número de jesuitas, le honraron y ensalzaron su doctrina. El card. Orsini le recomendó al Papa Paulo V en pleno Consistorio de Cardenales, acaso, según escribía el card. Del Monte, con sobrado calor. Este mismo Cardenal escribía en una carta al Gran Duque de Flo-

los sábios modernos, quienes, apesar del mayor aprecio en que son tenidas hoy las ciencias, han vivido en el olvido y muerto en la miseria; que recibió las más señaladas pruebas de aprecio de los Sumos Pontífices Paulo V ¹ y Urbano VIII, quien, siendo Cardenal, había escrito versos en loor de Galileo ², y que en cuanto fué elegido Papa le recomendó al Gran Duque de Florencia ³, le señaló una pensión á él y á su hijo Vicente, apesar de no ser súbditos suyos; aceptó la dedicatoria de su obra *Il Saggiatore*, y le invitó á que fuese á Roma; invitacion que Galileo aceptó en la primavera de 1624, habiendo tenido ocasion de conversar extensamente con él sobre sus teorías astronómicas.

Cuarto, que cuando se le procesó de nuevo en 1632, fué, como observa el escritor protestante Mallet Dupau, en un artículo titulado *Mentiras impresas acerca de la persecucion de Galileo* ⁴, más bien como *mal teólogo que como*

rencia, en la cual, despues de hablar de la satisfaccion con que habían sido recibidas sus invenciones, consideradas por los hombres de mérito como en sumo grado maravillosas, decía al terminarlo: «Si estuviésemos en los tiempos de la antigua Roma, creo que para honrarle se le hubiera levantado una estatua en el Capitolio.» — CANTÚ, *Les Hérétiques d'Italie*, t. iv, pág. 339 y 340. V. más adelante (pág. 351) otra carta dirigida por el citado Cardenal al mismo Duque, quien dispuso que Galileo hiciese el viaje de Roma á Florencia en litera de corte y que entrara en esta última ciudad acompañado de los nobles de su palacio.

¹ Galileo, en su carta á Curcio Pichena, secretario del Gran Duque, y con fecha de 12 de Marzo de 1616, escribía lo siguiente: «Ayer fui á besar los piés de Su Santidad. La audiencia fué sumamente benévola: estuvimos hablando y paseando por espacio de tres cuartos de hora..... Manifesté á Su Santidad la malicia de mis perseguidores y algunas de sus calumnias. El Papa me consoló diciéndome que estuviese tranquilo, porque tanto él como la Congregación me tenían en demasiado buen concepto para que diesen ligeramente oídos á los calumniadores.» CANTÚ, *Ibid.*, página 349.

² En 15 de Junio de 1612 le había escrito prometiéndole que leería sus obras, «para confirmarme, decía, en mi opinion, que concuerda con la vuestra, y admirar los frutos de vuestro raro ingenio.» CANTÚ, *Ibidem*.

³ La copia Cantú en el Apéndice C al discurso vi, t. iv.

⁴ Este trabajo fué publicado en el *Mercurio de Francia*, Julio de 1874, t. iii, págs. 121 á 130.

buen astrónomo, ya que desde el año 1616, en que se le había prohibido defender y sostener su doctrina, por haberla considerado la Congregacion del Santo Oficio contraria á las Sagradas Letras ¹, no dejó, dice Cantú, de discutir, de poner en ridículo á sus contradictores y de citar á cada instante á Job, Josué y á los Santos Padres, que era lo que no quería ni podía consentir la Iglesia, sobre todo cuando luteranos y calvinistas podían convertir en un argumento en favor de su dogma de la libre interpretacion de la Biblia el que aquélla profesára ó tolerára la opinion de que podía ésta ser interpretada por un particular cualquiera, á veces en sentido metafórico. Y si bien, con haber Galileo convertido la cuestion de astronómica en teológica, el Papa hubiera debido poner el asunto en manos de la Inquisicion, lo confió, sin embargo, á una Congregacion particular recientemente creada. Más tarde fué transferida la causa al Santo Oficio; porque el mismo Papa, segun escribía al Gran Duque de Florencia su ministro en Roma, había creído no poder dispensar á Galileo de que, segun la costumbre establecida, compareciese ante dicho tribunal.

Quinto, que es absolutamente falso que hubiese estado preso en las cárceles del Santo Oficio y «que se le hubiese tratado con cruel severidad en los diez años restantes de su vida;» ántes por el contrario, y «apesar de considerársele culpable, dice el protestante Wreuster, se tuvo á su ingenio las más altas deferencias y el mayor respeto á sus

¹ Es lo mismo que escribía al Gran Duque de Toscana su representante en Roma, Nicolini: «La cuestion, decía con fecha 11 de Setiembre de 1632, no es de matemáticas, sino de Sagradas Letras, de Religion, de Fe.....» Y en otra carta de 27 de Febrero de 1633: «La dificultad está, escribía, en que Galileo, á la vez que declara querer tratar el asunto hipotéticamente, argumenta, habla y discurre de una manera afirmativa y concluyente..... Quéjense todos de que se obstina en echarla de teólogo,» etc. CANTÚ, *loc. cit.*

enfermedades. » Además del testimonio del ya citado ministro de Florencia en Roma, Nicolini, quien en multitud de cartas, que han sido repetidas veces publicadas, da cuenta á su Soberano de los trámites que seguía el proceso, de los sentimientos benévolos en favor de Galileo del Soberano Pontífice y de los Cardenales del Santo Oficio; de su arresto en la habitacion misma del fiscal de su causa, y despues en los jardines de la Trinidad del Monte, etc., tenemos el del mismo Galileo, el cual echa de una vez abajo esa balumba de acusaciones y de diatribas que con motivo de su proceso han arrojado, no tan sólo contra la Inquisicion, sino hasta contra la Iglesia, los enemigos de ésta.

« Finalmente, escribía aquel despues de haber explicado la historia del proceso, fui obligado á retractar como verdadero católico la opinion que había emitido, y la pena que se me impuso fué la prohibicion del *Diálogo*. Despedido de Roma, despues de cinco meses de permanencia en esta ciudad, y en los momentos en que reinaba la peste en Florencia, se me designó con generosa piedad para cárcel la habitacion del mejor amigo que tenía en Siena, el arzobispo Piccolomini. Su amable conversacion devolvió la tranquilidad y la alegría á mi alma, de suerte que torné á mis estudios... Y como despues de unos cinco meses, á principios de este mismo año 1633, cesára la peste en mi patria, Su Santidad se dignó cambiar el estrecho recinto de aquella morada por la libertad del campo, que tanto me agrada. Volvíme, pues, á la villa de ***, y despues á Arcetri, donde en la actualidad me encuentro, respirando el aire saludable de las cercanías de Florencia, mi patria querida. Dios os guarde. »

Draper afirma que se negó á Galileo sepultura en lugar sagrado: la historia, por el contrario, dice que, hallándose próximo á la muerte, San José de Calasanz, á quien conoció el famoso astrónomo la vez primera que estuvo en

Roma, le envió uno de sus sacerdotes para que le asistiera en sus últimos momentos, y que despues de su muerte sus restos fueron depositados en la iglesia de Santa Croce ¹. Se nos habla á todas horas, dice el protestante Federico de Rougemont, de un Galileo encarcelado hace dos siglos por la Inquisicion romana, y se olvida que ayer mismo, por decirlo así, los republicanos de 1793 prohibían á veinticinco millones de franceses el culto de la religion cristiana ².

Con motivo del proceso de Galileo se nos habla, añadiremos nosotros, de la intolerancia de la Iglesia católica y del fanatismo de que daba lastimosa prueba, de su falta de criterio científico al pretender resolver con textos bíblicos una cuestion puramente astronómica ³, y de la crueldad del Tribunal del Santo Oficio, y no se recuerda que los teólogos protestantes de Tubinga anatematizaron á Keplero, fundados en que la Biblia enseña que el sol gira alrededor

¹ Se podría formar una biblioteca con lo que se ha escrito de un siglo á esta parte en contra y en defensa de la Iglesia con motivo del proceso de Galileo. En un reciente trabajo de Mr. Gilbert, profesor de la Universidad de Lovaina, sobre este asunto, publicado en la *Revue des questions scientifiques*, se citan trece obras ó artículos de Revistas dados á luz desde 1870. Y sin embargo, aquella lista dista mucho de ser completa, puesto que apenas hay Revista racionalista ó católica que no se haya ocupado recientemente en esta famosa cuestion. Recomendamos á nuestros lectores, como trabajos más recientes y de mucho valor, el ya citado de Mr. Gilbert y el del P. Grisart, que está dando á luz *La Ciencia cristiana*.

² *L'homme et le singe ou le matérialisme moderne*.

³ Era como se resolvían entónces todo linaje de cuestiones, así en las escuelas teológicas como en las Universidades, en los países protestantes y en los católicos. A propósito del sistema de Copérnico, Lutero escribía: « Ese loco quiere dar al traste con el arte astronómico. Pero, como enseña la Sagrada Escritura, Josué mandó al sol y no á la tierra que se detuviera (*). » Melancton tambien decía, hablando de lo mismo, que estaba resuelto « á no apartarse jamás de los testimonios divinos (Josué, etc.) por las bufonías de aquellos que juzgan ser un rasgo de ingenio extraviar la ciencia (**). »

(*) LUTERO, *Fischreden*. Italie, 1743, pág. 2260.

(**) MELANCTON, *Font. doctr. phys.* opp., vol. XIII, pág. 217.

de la tierra ¹; y que cuando, muchos años después de la muerte de Galileo, Newton explicó la causa del flujo y del reflujo, hubo en Inglaterra muchos doctores que desde sus cátedras y desde el púlpito previnieron al público contra los novadores, gente perdida que cae en la quimera, y le exhortaron á evitar su trato pernicioso para el espíritu y para la fé; y que hasta Leibnitz acusaba al insigne matemático inglés de materialista y de que sus principios eran contrarios á la religion ².

¹ Asustado el insigne astrónomo, hubiera tal vez destruido su obra á no haber sido por los jesuitas de Gratz, que le ofrecieron un asilo y le protegieron apesar de las acusaciones de sortilegio lanzadas contra él.—BREITZ SCHWERTZ, *Vida é influencia de Keplero, segun los nuevos documentos originales*. Stuttgard, 1851.—En aquella ocasion, segun las *Memorias de Tiraboschi*, fué invitado por la Universidad pontificia de Bolonia para que fuera á enseñar en ella Astronomía.

² SEVERIN, *Dict. des mathématiques*, t. 1.—CANTÚ, *Les Hérétiques d'Italie*, t. IV, pág. 364.

Tentativas para averiguar las dimensiones del sistema solar. — Supuesta pequeñez del hombre respecto del mismo.

Despues de hablar del proceso de Galileo, y á fin de demostrar la verdad de la que llama teoría heliocéntrica, traza Draper una breve reseña de las más notables observaciones hechas para « obtener ideas exactas de las dimensiones » del sistema solar, ó colocando el problema bajo formas « más limitadas, para determinar la distancia de la tierra » al sol. » Los lectores de la *Historia de los conflictos* no versados en las ciencias físicas, deben agradecer á su autor esta leccion de geografia astronómica. Pero, ¿cómo no advirtió el profesor anglo-americano que con revelarles estos, que para muchos de ellos debían ser acaso arcanos de la ciencia, se exponía á que alguno le acusase de que había estado por demás injusto y sobrado severo al acusar de ignorancia á los que se habían dedicado en los tiempos medios al estudio de las ciencias fisico-matemáticas, y sobre todo á las personas doctas en ellas y á los teólogos que habían intervenido en el asunto de Colon y más tarde en el proceso de Galileo, cuando en una cuestion que, una vez descubierto el telescopio, era tan sólo de observacion y de cálculo, cual era hallar la distancia de la tierra al sol, se tardó tres siglos en resolverla; y cuando hasta el insigne Copérnico, suponiendo ser la distancia de 91.400.000 millas aproximadamente, habíase equivocado en sus cálculos nada menos que en 86.000.000 de millas, en unos 78.000.000 el gran Keplero, y en época ya más cercana á nosotros, en poco menos de 7.000.000 el famoso astrónomo Cassini ¹? A

¹ El mismo Draper confiesa que de las observaciones hechas con ocasion de paso de Vénus por el disco del Sol en 3 de Junio de 1769 en sesenta y tres estaciones en Europa, Asia y Africa, se vió que hubo en los cálculos una diferencia de 21.000.000 de millas.

nosotros únicamente se nos ocurre preguntarle si los sábios astrónomos y matemáticos que cita en las páginas que destina á hablar de los trabajos hechos para fijar la distancia de la tierra al sol, y de las estrellas Centauri (*sic*), Sygni (*sic*) y Sirio de aquel astro, fueron ó no cristianos ortodoxos ó heterodoxos — ya que para el hecho que nos ocupa es de todo punto indiferente que fuesen lo uno ó lo otro — y si el serlo les impidió entregarse á sus estudios favoritos y dar á conocer al mundo sábio sus grandes descubrimientos. Poquísimos serán, si es que hay alguno, de quienes pueda afirmar Draper que no creían en las verdades reveladas, y que no las acataban y entendían en el sentido y de la manera que quiere la Iglesia que lo sean; de lo cual se deduce clara y evidentemente que no estorba ser buen cristiano para ser igualmente doctísimo é insigne astrónomo, ó lo que es lo mismo, que la ciencia y la religion no andan tan reñidas como supone el profesor nuevo-yorquino.

Poco nos ocupará la cuestion en que tanto se detiene Draper, de si es tal la importancia del hombre que debemos creer que Dios crease el mundo únicamente para él. Que el universo canta, como decía David, la gloria de su Hacedor es una verdad de fe y de razon para quien crea en Dios, autor y conservador del mundo, por igual manera, si es permitido, como decía Horacio, valerse de ejemplos pequeños para asuntos grandes, que está fuera de duda que en cierto modo cantan el ingénio de Homero la *Iliada* y la *Odisea*, y *La Divina Comedia* el del Dante, y el de Miguel Angel su *Juicio final*, y la *Transfiguracion* el de Rafael. Pero así como la *Iliada*, y la *Odisea*, y *La Divina Comedia*, y el *Juicio final*, y la *Transfiguracion* serian letra muerta, voces sin ruido é inspiraciones malogradas si no existiesen séres dotados de sentimiento estético capaces de comprenderlos y admirarlos, el universo, sin dejar de ser un testimonio del poder y sabiduría del Altísimo por sí sólo, y aún cuando no existiese en él ninguna

criatura dotada de entendimiento, lo es mayor y más sublime, si cabe decirlo así, de aquellos adorables atributos, si los himnos con que sus maravillas los celebran son conocidos y escuchados por seres capaces de comprenderlos, ó sea por los ángeles, que en innumerables coros adoran sin cesar á Dios, y por los hombres que, aunque pequeños por su cuerpo y habitando un punto casi imperceptible del universo, están dotados de un alma que es mucho más grande y admirable que éste. Para la vil oruga es palacio magnífico y mundo ilimitado el tronco del árbol donde vive. Son espacio sobrado para el humilde pajarillo el estrecho valle y los campos vecinos del lugar donde tiene su nido; pero para remontarse y ensanchar los desmedidos círculos de su vuelo, al águila que tiene su nido en las empinadas cumbres le son indispensables no ménos que los anchurosos espacios de la atmósfera. ¿Y no siente Draper algo dentro de sí, apesar de sus opiniones materialistas, que le dice que, á la manera del águila que necesita la vasta region de las tempestades para volar con holgura, así el que siente que su inteligencia está dotada de alas más vigorosas y más extensas necesitaba para volar espacios no menores que los que le ha destinado Dios de los muchos que le es dado crear en su inmensidad y con su poder infinito? Podrá parecerle á Draper pequeño y hasta si quiere indigno de él el átomo perdido en la inmensidad, desde el cual hace oficio de monarca el que lo es de todos los seres creados; pero no podrá negarnos que, por grandes que sean los espacios hasta donde su reino se extiende, lo es siquiera fuese ésta un compuesto de fósforo y de no sabemos qué sustancias, como opinan los materialistas, ora sea, como creemos nosotros, un destello de la Divinidad, y como tal de más valor, á los ojos de Dios, que los millones de globos que pueblan el universo.

Giordano Bruno y el Santo Oficio.

Termina Draper el capítulo en cuyo exámen nos ocupamos hablando de las obras de Giordano (Jordan) Bruno¹ y de algunas de sus doctrinas, ó sea de las que más apropósito le parecieron para contraponerlas á las que respecto de la constitucion del mundo y de la figura de la tierra profesa la Iglesia, segun él. El profesor de Nueva-York, acaso por no ponerse en ridículo á sí propio y no perjudicar la reputacion del filósofo italiano, de quien tan apasionado se muestra, no expone todo su sistema filosófico. Con decir que Bruno puede ser considerado como intermediario entre Averroes y Espinosa, y con hacer alguna indicacion acerca de su panteismo, cree haber dicho lo bastante para que sus lectores, á quienes supone tal vez versados en las enseñanzas de la filosofía, puedan formarse claro concepto de sus opiniones. No caeremos nosotros en la tentacion de trazar el inventario de los errores, delirios, puerilidades y contradicciones que se encuentran en los libros de quien continuaría sin duda yaciendo en el completo y merecido olvido en que cayó poco tiempo despues de su muerte, si algunos modernos historiadores de la filosofía no hubiesen descubierto en él, los unos un precursor de Espinosa, los otros ciertos rasgos de semejanza con Schelling, y no pocos al verdadero autor de la fórmula, rejuvenecida más tarde por Hegel, de la identidad de los contrarios.

Sin duda más por haber sido víctima de la Inquisicion que por sus descubrimientos y opiniones científicas y

¹ No sabemos si por error de Draper ó por ignorancia de su traductor, á quien con toda justicia puede aplicársele el refran italiano que dice *traduttore, traditore*, se da en el texto el título de *Infinitud* (sic) *del universo y de los mundos* á la obra que tituló su autor: *Infinito, universo e mondi*.

filosóficas, saca á relucir su nombre el escritor anglo-americano; y pues á ese terreno llama á sus contrarios, no tan sólo no tenemos reparo en bajar á él, sino que hasta le otorgaremos gustosísimos el honor y la ventaja de que sea su brazo quien descargue los primeros golpes.

Despues de decirnos que Bruno, fraile apóstata, «se vió obligado á refugiarse sucesivamente en Suiza, Francia, Inglaterra y Alemania,» indicio, á nuestro entender, ó de estar dotado de carácter aventurero, ó de que en donde quiera que se le daba hospitalidad abusaba de ella, como en efecto así era, añade: «*Los finos sabuesos* del Santo Oficio siguieron su pista sin compasion, y al fin le acosaron hácia Italia: fué preso en Venecia y encerrado en los plomos por seis años, sin libros, sin papel y sin amigos.» (Pág 184.) Mucho dudamos que *los sabuesos* del Santo Oficio hubiesen podido seguirle á Bruno la pista en Inglaterra y en Alemania; y si no fuera porque nos respetamos á nosotros mismos muchísimo más que á sí propio se respeta quien tan poco culto lenguaje emplea, le diríamos que engañó á sabiendas á sus lectores; pues creemos imposible que ignore Draper que, si aquél fué á Italia, lo hizo libremente, y no obligado ni acosado por nadie. Fué para complacer al noble veneciano Juan Mocenigo, quien deseaba que le iniciase en sus doctrinas, no suponiendo que fuesen tan contrarias á las de la Iglesia, como lo eran en efecto, y le enseñase los secretos de la neumónica. Y que *los sabuesos* del Santo Oficio no fueron en aquella ocasion ni muy finos, ni muy diligentes, lo prueba el que hubiese podido Bruno permanecer dos años en Venecia y en Pádua sin haber sido por nadie molestado, sin embargo de ser de todos bien conocidas sus opiniones teológicas y filosóficas. Si despues de una larga permanencia en Venecia se le denunció como hereje al Gobierno de esta República, fué el denunciador el citado Mocenigo, quien, en el frecuente trato que con él tuvo, pudo conocer lo falso y peligroso de sus doctrinas, y no ningun *sabueso* del

Santo Oficio. En lo que no cabe duda es que, preso por la Inquisicion de Venecia, y encerrado en sus cárceles, y no en los «plomos», como supone Draper, fué reclamado por la Inquisicion de Roma. La República se negó á entregarlo, teniéndole seis años en sus prisiones, y formándole entre tanto dos procesos. Pasado este tiempo, el Senado, y no las autoridades eclesiásticas de Venecia, creyó, conforme al derecho internacional entónces vigente, dice Cantú, que debía ceder á aquellas reclamaciones, y Giordano Bruno fué por fin entregado á la Inquisicion romana.

«El cargo especial que había (*sic*) contra él, dice más »adelante Draper, era que había enseñado la pluralidad de »los mundos, doctrina contraria á todo el tenor de la Escritura,» etc. (Pág. 185.) Otro golpe dado por Draper en el vacío, y que le hace dar con su cuerpo en el suelo, como mal luchador. «La Inquisicion, dice Schopp en una carta latina dirigida á un tal Conrado Rittershausen, que es la fuente á donde han acudido casi todos los biógrafos de Bruno, la Inquisicion no acusa á Giordano de opiniones luteranas, sino de haber asimilado el Espíritu Santo al alma del mundo, la inspiracion sagrada á la vida del universo; le echa en cara el haber comparado á Moisés, los Profetas, los Apóstoles y Cristo á los magos, á los hierofantes, á los legisladores politeistas, haciendo desaparecer toda línea de demarcacion entre el pueblo santo y los gentiles. Bruno admitía la existencia de una multitud de Adanes, como de una multitud de Hércules; creía en la magia, ó por lo ménos pretendía que Moisés y Cristo se habían servido de ella para sus operaciones,» etc. ' En una palabra, la Inquisicion condenó á Bruno, no por sus opiniones astronómicas, sino por sus ideas panteístas y por sus doctrinas manifestamente heterodoxas.

«Fué excomulgado, añade Draper, y por su *noble* nega-

' CANTÚ, *Les Hérétiques d'Italie*, t. III, pág. 556.

» tiva á retractarse entregado al brazo secular para ser
» castigado *tan misericordiosamente como fuera posible y*
» *sin derramar su sangre*; fórmula horrible que indicaba
» que el preso fuese quemado vivo.» (Pág. 186.) Calumnia
infame, diremos nosotros al profesor anglo-americano, á la
cual no cabe contestar más que con un enérgico mentís.
CONDENADO Á LA HOGUERA POR EL TRIBUNAL CIVIL, y en confor-
midad con el derecho penal á la sazón existente, «fué que-
mado en Roma el 16 de Febrero de 1600¹.»

Draper no se contenta con mencionar su suplicio. Era
preciso que el relato que de él hiciese dejase profundamente
impreso en el ánimo de sus lectores un sentimiento de ódio

¹ No han faltado quienes han supuesto que Bruno fué quemado únicamente en efígie, y que la carta de Schopp no es más que una pura ficción. «Desearíamos que así fuese, dice Cantú, y hasta creemos encontrar una prueba de ello en el hecho de que este suplicio no se halla mencionado por otros escritores. Hemos visto más de una vez, y veremos todavía repetidas veces en el decurso de esta obra, que los embajadores de los diversos Gobiernos que residían en Roma no dejaban de hablar nunca de las ejecuciones de herejes cuando tenía lugar alguna de ellas. Apesar de nuestras investigaciones no hemos encontrado ningún indicio, ni aún en los papeles del embajador de Venecia, que sin embargo era la más interesada en este asunto. Igual silencio guardan sobre él Ciaccone, Sandini y otros autores de historia eclesiástica; Alfano y Marco Manno, historiadores de Años Santos, y las cartas del cardenal Dorsat. Tampoco lo menciona el Martirologio de los protestantes. Los archivos del Vaticano contienen el proceso, pero no la condenación ni la ejecución. (CANTÚ, *loc. cit.*, páginas 559 y 560.) — ¿No cabe sospechar, después de las muchas falsedades que han sido inventadas por los enemigos de la Iglesia acerca el proceso de Galileo, que se haya alterado igualmente la verdad respecto del suplicio de aquel hereje italiano? Recomendamos á nuestros lectores la lectura del trabajo ya citado del P. De Smetd, publicado con el título de *L'Eglise et la science*, en la *Revue des questions scientifiques*, núm. 1.º, en la parte en que se ocupa de Giordano y de sus procesos. Y si bien nuestro relato, ó sea el de Cantú, á quien hemos seguido, no está del todo conforme con el que, ajustándose al de Berti, * traza el sábio jesuita autor de dicho artículo, sobre todo en lo relativo al tiempo que estuvo aquel preso en Venecia y en Roma, dejamos á nuestros lectores que, en vista de los datos en que se apoyan Berti y el autor de la *Historia de los herejes de Italia*, acepten la opinion que más fundada les parezca.

* *Vita di Giordano Bruno di Nola, scritta da Domenico Berti*. Firenze, Torino, Milano, 1868.

contra el Tribunal del Santo Oficio, y de compasion en favor del que considera como su víctima, y por lo tanto diríjese á la vez al corazon y á la fantasía de aquéllos. «¿No » hay algo grandioso, exclama, en la actitud de este hombre solitario, algo que la naturaleza humana no puede » dejar de admirar al contemplarle allí, en la lóbrega sala, » en presencia de sus inexorables jueces? Sin acusador, sin » testigos, sin abogado, sólo los enlutados familiares del » Santo Oficio se deslizan furtivamente á su alrededor. Los » verdugos y los útiles del tormento están abajo, en el sótano: se le dice sencillamente que se ha atraído vehemente » sospecha de herejía, puesto que ha dicho que hay otros » mundos además del nuestro. Se le pregunta si se retracta » y abjura de su error. Bruno no puede ni quiere negar lo » que sabe que es cierto, y tal vez dice á sus jueces que » ellos tambien en sus corazones tienen la misma creencia.» (Pág. 186.) Lo que sigue es una blasfemia que el respeto que tenemos á nuestra religion, á nuestros lectores y á nosotros mismos nos prohíbe estampar.

Cuadro por cuadro, no dudamos que había de hacer más impresion en el ánimo de los lectores de Draper, si alguno de ellos pasase la vista por estas páginas, el siguiente que vamos á poner ante sus ojos, en el cual la víctima es tambien un sábio á quien deben las ciencias matemáticas muchísimo más que á Bruno las filosóficas, y que fué condenado á muerte por sus ideas políticas, como aquél por sus errores religiosos. El cuadro á que nos referimos es el del suplicio de Bailly, trazado por un autor del cual se lee en el periódico de donde lo copiamos que no había de parecer sospechoso á Echegaray ¹, á un escrito del cual se contraponía. Dice así:

¹ El autor á quien se alude en el texto es Lamartine, en su *Histoire des Girondins*, lib. LII, § x. En el pasaje transcrito se omiten sin embargo algunas circunstancias que aumentan el horror que causa la lectura de la descripción del suplicio del anciano autor de la *Historia de la Astronomía*.

«Al llegar al sitio del suplicio, aquellos hombres de corazon de hiena hicieron bajar á Bailly de la carreta y le obligaron á dar la vuelta al Campo de Marte, á pié haciéndole lamer con la lengua el terreno en donde había corrido la sangre del pueblo. La guillotina se había levantado en el mismo recinto del Campo de Marte. El terreno de la federacion pareció al pueblo demasiado sagrado para mancharlo con un suplicio, y mandaron á los verdugos que desmontasen la guillotina, pieza por pieza, para reconstruirla en la orilla del Sena, sobre un monton de inmundicias procedentes de todos los mataderos de París. Los ejecutores se vieron precisados á obedecer: la máquina fué desecha, y como para parodiar el suplicio de Jesucristo con la cruz á cuestas, aquellos mónstruos cargaron sobre las espaldas del anciano los gruesos maderos que sostenían el tablado de la guillotina, y á golpes le obligaron á arrastrarse agobiado con aquel peso. Desmayóse y cayó várias veces, no pudiendo soportar aquella fatiga; pero apenas volvía en sí se levantaba, excitando las risotadas de aquel populacho, que se burlaba de su vejez y de su debilidad. Una hora le hicieron asistir á la lenta reconstruccion del cadalso donde iba á perecer. Una lluvia mezclada de nieve inundaba su cabeza y helaba todos sus miembros. Su cuerpo temblaba, pero su alma se mantenía firme; y habiéndole dicho uno de los espectadores, con quienes hablaba sin manifestar turbacion. «¿Tiemblas, Bailly?» — «Sí, amigo mio, le contestó; pero no es de miedo, sino de frio.» — ¡En fin, la cuchilla terminó aquel suplicio, que había durado cinco horas, y en el cual había hecho el papel de principal verdugo el *pueblo soberano* de París, dueño absoluto á la sazón de Francia!

CAPÍTULO VI

Controversia sobre la edad de la tierra.

Draper emplea en el título de este capítulo, que es el que nosotros reproducimos, la palabra *controversia* en vez de la de *conflicto*. En el final del mismo nos indica el motivo que le indujo á usar de aquel vocablo con preferencia á este último. Y es que, como «las discusiones acerca de la edad de » la tierra se han producido mucho despues del conflicto » sobre el criterio de la verdad, ó sea despues de la Refor- » ma (pág. 207), la Iglesia, aleccionada, segun dice al prin- » cipio del mismo capítulo, por el resultado de la disputa » sobre la verdadera posicion de la tierra respecto del uni- » verso, al presentarse la cuestion de la edad del mundo » no mostró la activa resistencia que habia desplegado en » aquella primera ocasion; pues aunque sus tradiciones es- » tuviesen de nuevo en peligro, no eran á su juicio tan vi- » talmente atacadas.» (Pág. 190.) Así, pues, «la discusion » se ha conducido con suma moderacion, como para justi- » ficar el epígrafe que he dado á este capítulo de *controver-* » *sia*, más bien que de *conflicto*.» (Pág. 207.)

Tomemos acta de esta declaracion del catedrático de la Universidad de Nueva-York, siquiera para poder decir á los

que á cada momento y en todos los tonos nos hablan de la contradiccion que creen advertir entre los recientes descubrimientos geológicos y el relato mosaico relativo á la creacion de la tierra, que uno de los suyos, que es tenido por maestro entre los modernos positivistas, opina que no hay tal contradiccion entre dicho relato y la ciencia; que no existe conflicto entre aquél y ésta. Y tomémosla especialmente contra el mismo Draper, quien, por una de esas contradicciones que son en él tan frecuentes, no habla en todo el capítulo más que de las contradicciones y de los verdaderos y lamentables conflictos que existen entre la cosmogonía genesiaca y la científica.

Indicanse algunos errores vulgares de Draper.

Hecha esta advertencia, podríamos entrar desde luego en materia si, obligados por la especial manera de combatir que tiene el profesor anglo-americano, nouviésemos que desmentir de nuevo una de esas calumnias que, como de paso, y aún repitiéndolas en algunas ocasiones con dañada intencion várias veces, deja escapar de continuo de su pluma. Tal es la que la Iglesia hubiese empleado todo su poder, *hasta aplicar la pena de muerte*, en apoyo de sus ideas sobre el sistema de la tierra. Aun prescindiendo de que, como ya en otro punto dejamos consignado, ni la Congregacion del Indice ni la Inquisicion son la Iglesia, retamos á Draper á que nos cite el nombre ó nombres de los que fueron condenados al último suplicio, ó ejecutados, por haber defendido el sistema de Copérnico. Acabamos de ver que Giordano Bruno, que es á quien alude en ese párrafo, y al cual se empeña en considerar como mártir de la ciencia, fué condenado por el tribunal de la Inquisicion y

ejecutado por el tribunal civil (si lo fué), no por su apolo-
gía de aquel sistema, sino por sus gravísimos y numerosos
errores teológicos.

Creeríamos darles una importancia y un valor que sin
disputa alguna no merecen si nos detuviéramos á exami-
nar y refutar una por una el sinnúmero de cuestiones ó
afirmaciones accidentales que, segun su costumbre, ofrece
Draper en alimento y como objeto de distraccion á la cre-
dulidad de sus lectores, ántes de llegar á la tésis que da,
cual siempre, por demostrada sin probarla, y que presenta
como causa ú objeto de los supuestos conflictos cuya historia
narra. Algunas de ellas, como, por ejemplo, la de que desde
el tiempo de San Agustin habian sido consideradas las Es-
crituras «como la grande y final autoridad en toda materia
»científica,» han sido ya refutadas; otras, como las de si se
habia creído por algunos que la duracion del universo sería
tan sólo de 6.000 años; por otros que en el mundo antedilu-
viano se daba al año tan sólo una duracion de 360 dias, y que
habiéndose alterado el movimiento del sol á consecuencia
del diluvio, se alargó aquél hasta 365; de si Adan hablaba
una lengua monosilábica, y de si la confusion fué ocasionada
por la introduccion de los polisílabos; de si los PP. Griegos
calculaban que al tener lugar la dispersion se formaron 72
naciones, y si ésto se hallaba ó no en perfecta consonancia
con la opinion de San Agustin; de si debian considerarse
como ordinarios ó como lunares los años que vivieron los
patriarcas; de si los cómputos más generalmente admitidos
para obtener las primeras fechas cronológicas, fundados prin-
cipalmente en la duracion de la vida de aquéllos, dieron lu-
gar á que surgieran *mil ciento treinta y dos*¹ opiniones

¹ Pudo considerarse como una prueba de paciente erudicion que hubiese llegado
á reunir Desvignoles (*Chronologie de l'Histoire sainte*) unos 200 cálculos acerca la
época de la creacion del mundo; mas hé aquí que Draper descubre de la noche á la
mañana que surgieron hasta 1132. Desgraciado de él si se le privára del trato de los
hombres hasta que los hubiese mencionado todos.

distintas acerca del año en que vino al mundo el Mesías, etc.; cuestiones ó afirmaciones en su casi totalidad de ninguna importancia, ora por ser expresion de opiniones particulares, que para nada ha tomado en cuenta la Iglesia, con tal de que hayan sido sostenidas como hipótesis y no como verdades contrarias á la revelacion, ora por ser vulgaridades no pocas de ellas indignas de ser objeto de estudio ni de crítica por quien de docto se precia. Así, pues, pasemos ya á lo que es objeto principal de este capítulo.

Oigamos al autor de la *Historia de los conflictos*: «La
» ciencia sagrada, dice, demuestra (*sic*) estos hechos: pri-
» mero, que, segun la interpretacion de los Padres de la Igle-
» sia, la fecha de la creacion era comparativamente reciente
» y no pasaba de 4 á 5.000 años ántes de Cristo; segundo,
» que el acto de la creacion ocupó el espacio de seis dias or-
» dinarios; tercero, que el diluvio fué universal y que los
» animales que sobrevivieron fueron preservados en el arca;
» y cuarto, que Adan fué creado perfecto en moralidad é
» inteligencia; que cayó, y que sus descendientes partici-
» pan de su pecado y de su caida.» (Pág. 194.)

Librenos Dios de manchar la pluma y de ofender los sentimientos religiosos de nuestros lectores repitiendo los epítetos con que califica Draper algunos de los dogmas consignados en el Génesis; de dogmas ante los cuales, en muestra de respeto, inclinaron humildemente su cabeza desde los Padres de la Iglesia, á quienes se digna Draper conceder el dictado de «hombres de bien, pero no el de
» hombres de universal saber,» hasta los más recientes apologistas; los hombres de más perspicaz y elevado entendimiento de que se enorgullece el linaje humano, despues que descendió sobre ellos un rayo de la luz divina que alumbrá á todo sér inteligente que viene á este mundo, por igual manera que ante ellos hubieran tambien doblado con religioso respeto la suya los más eminentes filósofos de todos los pueblos de la antigüedad, si los hubiesen conocido,

evitándose con ello, ya el dar crédito á ridículas y fantásticas teogonías y cosmogonías, ya el caer en errores que, por lo absurdos, parecen más bien delirios de soñadores ó de inteligencias enfermas que productos de la reflexion y de largas meditaciones; y dejándole á Draper todo la gloria del peregrino descubrimiento de ser *mahometana la teoria de la evolucion del hombre* desde las formas inferiores, ó de su desarrollo gradual á su condicion presente en el largo transcurso del tiempo ¹, descubrimiento que había de dejar muy mal parada la reputacion científica de Darwin, considerado hasta ahora por sus adeptos como el Mesías de la teoria evolucionista, pasemos á examinar si son ó no ciertas sus afirmaciones acerca de la ciencia sagrada, en lo relativo á que dé dicha ciencia por cierto que la creacion es un hecho comparativamente reciente y que se verificó en el espacio de seis dias ordinarios.

¹ Más que el de *Historia de los conflictos entre la religion y la ciencia* debería haber dado el profesor anglo-americano á su obra el título de *Historia de los conflictos entre Draper y la verdad, y de Draper consigo mismo*. El Draper que escribía en la página 125 de la traduccion española las palabras que dejamos transcritas y subrayadas, había estampado ántes en las páginas 121 y 122 los siguientes renglones, que entregamos á la meditacion de nuestros lectores: « Algunas veces, no » sin sorpresa, encontramos en ellos (los musulmanes) ideas que creemos de nuestro » siglo, y de las cuales nos envaneecemos; así, pues, nuestras doctrinas modernas sobre » la evolucion y el desarrollo *se enseñaban en sus escuelas*, y á la verdad las llevan » ban más léjos de lo que nosotros nos atrevemos á hacer hoy dia, extendiéndolas » hasta las cosas inorgánicas ó minerales. El principio fundamental de la alquimia » era el proceso natural del desarrollo de los cuerpos metálicos. » « Cuando *el vulgo*, dice Al-Khagani, que escribió en el siglo XII, oye decir á los filósofos que el oro es un cuerpo que ha alcanzado el complemento de la madurez, la meta de la perfeccion, cree firmemente que es alguna cosa que por grados ha ido obteniéndole, pasando sucesivamente por las formas de todos los demás cuerpos metálicos; así que el oro de ellos fué primero plomo, luego estaño, luego bronce, luego plata y finalmente alcanzó el desarrollo del oro; no sabiendo que lo que quieren significar los filósofos con esto es tan sólo algo semejante á lo que dicen cuando hablan del hombre y le atribuyen perfeccion y equilibrio en su naturaleza y constitucion, sin que entiendan que el hombre fué primero toro, se cambió luego en asno, luego en caballo, luego en mono y finalmente se hizo hombre. » (Págs. 121-122.)

Opiniones admitidas acerca de los DIAS de la creacion.

¡Admirables juicios y sabiduría y providencia infinitas de Dios! Así como Moisés, muchísimos siglos ántes que nacieran á nueva vida las ciencias físicas y matemáticas, reveló, al trazar la historia del origen de los seres de todos los pueblos de la antigüedad ignorada, algunos hechos que sirvieron despues, andando los tiempos, de fundamento sobre los cuales edificaron sus más brillantes y grandiosas teorías aquellas ciencias, por igual manera la exégesis bíblica, completamente libre en lo que no se refiere al dogma ó á las verdades de un orden superior, se adelantó no pocas veces á los descubrimientos científicos, ó cuando ménos abrió la puerta y allanó el camino á los católicos para que pudiesen con mente serena, y sin temor de incurrir en las censuras de la Iglesia, hacerlo por sí propios ó aceptar los ajenos. Tal ha sucedido respecto á la interpretacion de la palabra hebrea *yom*, en la Vulgata traducida por *dies*, usada por el inspirado autor del libro del Génesis al escribir su cosmogonía, si digna de admiracion cuando se la considera en sí misma, por todo extremo maravillosa cuando se la compara con las de los pueblos más antiguos y cultos del Asia.

Es falso, falsísimo que la ciencia cristiana haya dado como un hecho demostrado, segun afirma Draper, que sean dias naturales, esto es, dias de veinticuatro horas, los de que habla Moisés en su historia de la creacion del universo. La Iglesia, que es la única representante, ó en términos más precisos, la única depositaria de la verdadera ciencia cristiana, ha dejado siempre en completa libertad á los exégetas para que interpretáran aquella palabra del texto bí-

blico como mejor les pareciera. Admitido el *dogma* de la creacion *ex nihilo* por Dios, éste no se manifiesta ménos omnipotente, si cabe decirlo así, al crear el mundo en millares de siglos, que lo son para nosotros, pero no para Él, para quien no existe el tiempo, dejando obrar las causas segundas despues de haberles señalado las leyes á que debían someterse para la realizacion de sus soberanos mandatos, expresados por el *fiat*, revelacion sublime de su soberana voluntad, ya lo crease en lo que llamamos los hombres un momento. Y la Iglesia que sabe esto, y que sabe además que el vocablo *yom* se encuentra empleado en los Libros sagrados tan pronto en la acepcion de dia natural ¹ como en la de tiempo de duracion indeterminada, acepta una y otra, ó por mejor decir deja á los fieles en completa libertad de admitir cualquiera de las dos indicadas acepciones. Y esta libertad que en este punto concede á la exégesis bíblica, no es de hoy; no es porque la experiencia de los anteriores conflictos le haya enseñado, como pretende Draper, á ser más cauta y á no exponerse á tener que entrar en reñida batalla con la ciencia: la ha concedido, y nos consideramos como un deber repetirlo, la ha dispensado siempre. La exégesis se adelantó de muchos siglos á la ciencia en la cuestion que nos ocupa. San Cipriano daba ya á los seis dias de la creacion una duracion de 7.000 años ². San Agustin nos dice, refiriéndose á la interpretacion del texto mosaico, que la cuestion le parecía tan difícil que no se atrevía á dar acerca de ella su parecer definitivo. «¿De qué naturaleza, exclama, fueron aquellos dias? Es difícilísimo, es hasta imposible concebirlo, cuanto más expresarlo ³.» Pero en otro pasaje, y al sostener la opinion que otros Padres

¹ Sobre el uso de la pabra *yom* en la última acepcion, véase MALLOY, *Géologie et révélation*, pág. 365 y siguientes.

² MEIGNAN, *Le monde et l'homme primitive selon la Bible*, pág. 20.

³ *De Civitate Dei*, lib. XI, cap. VI.

aceptaron y sostuvieron¹, y que tampoco la Iglesia ha condenado, de que todas las cosas fueron creadas al mismo tiempo, observa que aquel día no era como los actuales, que se miden por la revolucion del sol, fundándose en que, según Moisés, transcurrieron tres días antes de la creacion de aquel astro². El V. Beda afirma que en aquel pasaje la Sagrada Escritura pone, según su costumbre, día en vez de tiempo, á la manera del Apóstol cuando dice: « Hé aquí el día de la salvacion, » en cuyo texto entiende hablar, añade, no de un día dado, sino de todo el tiempo en que, durante esta vida trabajamos para la salvacion eterna³; y lo mismo creyeron y sostuvieron, entre otros escritores y expositores, Molina,⁴ Bañez,⁵ Peresio⁶ y Petavio⁷. Lo que decimos de la palabra día puede igualmente aplicarse á los vocablos *mane* y *vespere*, que usa Moisés al hablar de las obras realizadas en cada uno de los días genesiacos, cuyos vocablos interpreta el Santo Obispo de Hipona, y con él San Eugenio, el ya citado V. Beda, San Ildegardo y otros, como principio el primero y el segundo como término de todo trabajo⁸.

¹ Tales como Clemente de Alejandría, Orígenes, San Atanasio, Alberto el Grande, Santo Tomás y otros, y recientemente el Rdo. Dr. Molloy. — V. la obra de éste: *Géologie et révélation*, Apéndice, números 24 y siguientes.

² *De Genesi ad litteram*, lib. IV, caps. XXVI y XXXIII.

³ *Exameron*, lib. I, in *Gen.* II, 4.

⁴ *De opere sex dierum*. D. I. Véase PIANCIANI, *Cosmogonia naturale*, pág. 27.

⁵ *In Summa*, pars I, quæst. 73.

⁶ *In Gen.*, cap. I, v. 4, núm. 80, y cap. II, núm. 156.

⁷ *De officio sex dierum*, lib. I, cap. XIX, sect. I.

⁸ *Restat ergo ut intelligamus, in ipsa quidem mora temporis ipsas distinctiones operum sic appellatas, vesperam propter transactionem consummati operis, et mane propter inchoationem futuri operis*, etc. SAN AGUSTIN, *De Genesi contra manichæos*, lib. I, cap. XIV. — Véase MULLOY, *op. cit.* Ibid.

Opiniones acerca la antigüedad de la tierra. — La Geología y la Biblia.

Mas sea cual fuere la opinion que aceptemos, ora la de una sola creacion en el comienzo de las edades y su desenvolvimiento, por decirlo así, en seis dias naturales; ora la de una creacion sucesiva en seis dias genesiacos, ó sea en épocas de duracion indeterminada, que es la más generalmente admitida por la mayor parte de los modernos exégetas católicos, por muchos protestantes y por los geólogos verdaderamente ortodoxos; puesto que la Iglesia no ha fijado dogmáticamente el sentido en que debamos tomar la palabra *dies*, el *yom* hebreo, penetremos tranquilos hasta donde nos sea dado llegar en las profundidades de nuestro planeta, y no temamos preguntar á todos sus estratos, desde los laurentinos y cámbricos, ó sea desde los más antiguos de la era paleozóica, hasta los más modernos terrenos cuaternarios, cuándo empezaron á formarse y cuántos siglos se necesitaron para solidificarse y formar en la corteza terrestre las capas que los constituyen.

Abramos el Génesis, obra del profeta que tuvo la dicha de oir la voz de Jehová en las soledades del Horeb y en las alturas del Sinaí, y veamos lo que en él nos dice sobre la creacion de los séres: «En el principio crió Dios el cielo y la tierra...»

No pasemos adelante. ¿Cuándo fué este *principio* de las obras del Señor? ¿Qué distancia de tiempo separa el primer instante de la creacion de aquel en que, despues de complacerse en su obra más perfecta, el divino Artífice entró en el que llama San Pablo *su reposo*? Moisés no la fija, y por consiguiente es inútil que pretendamos averiguarla. La Geología, esta ciencia moderna, nacida

en parte del deseo de los enemigos de la religion de desmentir al inspirado autor del Pentateuco, y hoy el testigo más abonado de la veracidad de su relato, la Geología pide millares de millares de siglos para explicar científicamente la obra de los seis dias. No tengamos reparo en concedérseles. Pedir millones de siglos á la eternidad, es ménos que pedir un átomo á las innumerables estrellas que forman la vía lactea. Ponga la fantasía tan léjos como quiera el comienzo del tiempo: siempre estará tan distante del origen, permítasenos esta palabra, de la eternidad, como de él lo estarán los dias en que volverán las cosas creadas á la nada de donde salieron, aunque tarden millones de millones de años. Además, la palabra hebrea *breschith*, principio, no lleva, segun el parecer de acreditados filólogos, artículo ninguno, cual si el escritor sagrado hubiese querido significar en lo indefinido de aquel vocablo que no le era dado á él, ni á nadie que no fuese el mismo Dios, saber en qué punto de la eternidad quiso éste fijar el nacimiento del tiempo.

Que nos diga el astrónomo que, siendo la tierra parte de la gran nebulosa, de la cual se formaron las innumerables muchedumbres de astros que pueblan el espacio, necesitó millares de millares de siglos para convertirse en anillo de otro astro, y despues en sol, y más tarde, solidificándose, en planeta; disponiendo como disponemos de espacios de tiempo que se pierden en los inconmensurables abismos de la eternidad, concedámosle esos millares de millares de siglos que nos pide. Que á su vez nos diga el geólogo que necesita tambien otros millares de siglos para que, al ir enfriándose la corteza de la tierra, se formase, en un espesor que se calcula en 30.000 metros, los primeros terrenos sedimentarios, compuesta de cinco pisos: laurentino, cámbrico, silúrico, devonico y carbonífero, y nos pida centenares de siglos para la formacion de los estratos triásicos, jurásicos y cretáceos de los terrenos secundarios ó mesozóicos, que se suponen formar una capa de 6.000 metros de

espesor, etc.⁴; no seamos avaros en concedérselos, que con hacerlo apenas si lo que les habremos dado será, respecto de la eternidad, lo que el grano casi imperceptible de arena que sirve para medir el tiempo en la clépsidra respecto de los innumerables que forman el suelo de los mares y de los desiertos. Y si Darwin y Agassiz nos dicen que fueron necesarios centenares de millones de años para que se formaran los extensísimos bancos de madréporas sobre los cuales reposan islas enteras y hasta grandes porciones de continentes, y Draper pretende que se necesitaron también millares de millares de siglos para que se formase el piso carbonífero de 12.000 piés de espesor en todo el país de Gales, etc., contestémosles que se tomen todos los tesoros de tiempo que para explicar la formación de aquellas capas, y de los bancos marítimos y de los estratos carboníferos supongan necesitar, pues con colocar algo más lejos aquel *breschith* sin artículo del texto hebreo del Génesis, aquel *in principio* de la Vulgata, que fué la hora primera del tiempo en el reloj de la eternidad, mudo é inmóvil hasta entónces, los tendrán de sobra.

Mas al ser con ellos tan pródigos de tiempo, tengan entendido, astrónomos y geólogos, que, á la vez que nuestra generosidad con ellos, crece en nosotros, y es de ley que así sea, el derecho que tenemos á exigirles cuenta detallada y justificada del uso que de aquél hagan, y el deber en ellos de darla con la mayor exactitud posible. Y si para explicar la formación de los vários estratos creen necesitar los ménos hostiles á la verdad revelada centenares de millares de años, y millones de éstos los que parece que multiplican las épocas geológicas y la duración de las mismas en proporcion que crece su ódio á aquélla, ofreciéndonos

⁴ Estas cifras son las que da á cada una de las grandes capas geológicas el reverendo Molloy en su *Cuadro cronológico de los terrenos estratificados*, en su obra ya citada, pág. 233 de la edicion francesa.

tal diversidad de cálculos ¹ que ha de engendrar por fuerza, hasta en el ánimo de las personas más dispuestas á darles crédito, el escepticismo ó la duda, no ya tan sólo sobre la exactitud de sus cálculos, sino hasta sobre la verdad ó falsedad de los datos en que los fundan, necesario es que revisen dichos cálculos, que se pongan de acuerdo para no admitir sino aquellos que tengan verdadero fundamento

¹ Como muestra de cuán discordes andan los geólogos en señalar el número de años en que han debido verificarse los principales fenómenos geológicos, nos permitiremos indicar alguno de los cálculos de los que son tenidos por maestros en aquella ciencia. Suponiendo Mr. Poisson que la temperatura del globo en el momento en que comenzó á formarse la corteza sólida era de 3.000 grados, deduce que habían transcurrido desde aquel tiempo cerca de 108.000.000 de años; pero si se admite que la temperatura original no era más que de 1.500 grados, temperatura más que suficiente para derretir todas las rocas conocidas, será tan sólo de 27.000.000 de años el tiempo transcurrido desde el principio de la solidificación hasta nosotros. — MOLLOY, *op. cit.*, pág. 463.

Gustavo Bischoff dice que para la formación de las bases graníticas, que forman el armazón huesoso de la tierra fueron precisos 353.000.000 de años. Mr. Lartet da por cierto que la edad cuaternaria duró al menos 1.000.000 de años, añadiendo que tampoco sería extraño que hubiese durado 2, 3 ó 4.000.000 de años, y tal vez mucho más. Tomando en cuenta el espesor del terreno de esta época, y comparándolo con el de las demás épocas y edades, resultaría que para formarse las capas del terreno terciario debieron transcurrir 4.600.000 años; 23.000.000 de años para la formación de los terrenos de la edad secundaria; 64.000.000 para la de los de la edad primaria, y 107.000.000 para formarse los estratos de la que llaman algunos geólogos edad primordial. — DR. DE MARMIESE, *Chronique scientifique de la Revue du monde catholique*, t. XLVI, página 466.

Mr. Arago calcula en 313.600 años la duración del tiempo transcurrido desde la formación de los primeros terrenos de hulla á la época terciaria. — El citado Bischoff, en un primer cálculo, fijaba la duración de aquel período en 1.300.000 años, y en otro en 9.000.000. — CAUSSETTE, *Le bon sens de la foi*, t. II, pág. 451.

Draper, con poquísimas páginas de diferencia, supone que transcurrieron millones de épocas desde que empezó á solidarse nuestro planeta hasta que alcanzó su temperatura actual; luego que se necesitaron millares de siglos para explicar los cambios físicos verificados en el mismo; pocas líneas después que han transcurrido desde el principio del último período glacial, que muchos geólogos no admiten, 240.000 años, bien que confesando que estos cálculos se apoyan en bases teóricas demasiado inciertas para suministrar resultados incontestables; más adelante dice que se necesitaron millares de siglos para la formación de los terrenos de aluvion, etc.

y carácter científicos, y que convengan todos en establecer un mismo sistema cosmogónico; de lo contrario, tendremos derecho á retirarles las concesiones de tiempo que un momento ántes les hacíamos, ó decirles que queremos ciencia y nada de novela. Y si se empeñan en darnos ésta en vez de aquélla, añadiremos que, poesía por poesía, preferimos, á la de los sistemas geológicos modernos, la que hay en la concepcion de los Kalpas y de los Mahakalpas de 1.336.000.000 de años de duracion de los Vedas, y de los Avataaras de los Puranas indios, en los cuales hay siquiera más riqueza de fantasía y un más elevado concepto de la Divinidad y del mundo.

De todas maneras, no tenemos inconveniente en repetirlo: ni la Geología que admite y cree en un Dios Creador, ni la que pretende explicar la formacion del cosmos por el sistema de Laplace, podrá jamás, por cifras de siglos que amontone para explicar la formacion de la tierra, poner su origen en el principio, permítasenos la expresion, de la eternidad; de la misma manera que no podrá jamás la astronomía llevar hasta los últimos límites de la inmensidad los confines del universo, por léjos que penetre dentro de ella con el auxilio de los más poderosos telescopios. Y así como esta última ciencia nos ha revelado que las obras de Dios tenían, por decirlo así, la inmensidad en el espacio, como observa muy oportunamente el abate Hamard ¹, por igual modo la Geología, si llegase un dia á demostrar que se remonta á millones de siglos el origen de nuestro planeta, no haría más que probarnos que aquellas obras tienen cierta especie de inmensidad en el tiempo; y una y otra ciencia, unidas, glorificarían más y más á Dios, dice el abate Gainet, dando á conocer las relaciones armónicas que en los seres creados existen, y demostrando que en

¹ *Géologie et révélation*, notes, pág. 469.

ellas brilla en todo su esplendor el sello divino de la unidad.

Y no se crea que, al mostrarnos con los geólogos tan pródigos de tiempo, demos por ciertas las que apellidan algunos de ellos verdaderas conquistas de las ciencias cosmogónicas y geológicas. ¡Oh, no! La Geología nacida ayer, mecida en su cuna por la falsa filosofía, en su infancia por demás halagada por los discípulos de la escuela enciclopedista, que vieron ó creyeron ver en ella un arma de inestimable valor para pelear contra la Iglesia y la revelacion, está muy distante de merecernos tanto crédito que aceptemos como verdaderas cuantas afirmaciones salen de sus labios; ántes por el contrario, suponiéndola inocente de los propósitos y fines que no pocos de sus adeptos le atribuyen, creemos poder compararla, como lo hace el abate Gainet, á la desgraciada Casandra, á quien se obligaba á pronunciar oráculos falsos, de que no tenía conocimiento. «Apénas nacida, dice el abate Caussette, contaba ya en 1806 más de 80 sistemas respecto á la formacion de la tierra, más ó ménos hostiles á la fe católica, de los cuales no ha quedado en pié ni uno sólo. Ella misma barrió con su soplo sus propios delirios. En su estado de infancia, que es en el que todavía se halla, la Geología, á la manera de los niños, anda tropezando amenudo, vacilando siempre, y cayendo no pocas veces. Léjos de nosotros el negar sus progresos en castigo de sus yerros. Preciso es, sin embargo, recordarle con frecuencia que no hay ciencia ninguna que tanto como ella tenga necesidad de ser modesta ¹.»

«Ninguna, en efecto, ha puesto en circulacion en tan pocos años más considerable muchedumbre de ideas falsas y de crédulas invenciones. Por esto, cuando se atreve á establecer inducciones antireligiosas, en vez de contestarle vale más dejar que hable y aguardar... No rechace-

¹ CAUSSETTE, *Le bon sens de la foi*, t. II, pág. 348.

mos, sin embargo, los descubrimientos de la geología positiva por la desconfianza de la geología congetural. Lo que ha agriado la contienda entre esta ciencia y la fe es, de una parte, el desenfado y la precipitación en sus deducciones de no pocos adeptos de la primera, y de la otra parte la infundada resistencia de representantes de la segunda; por manera que no está el antagonismo entre la ciencia y la teología, sino entre teólogos y sábios ¹.»

¿Ni cómo podía existir ese antagonismo entre la teología y la ciencia geológica, cuando aquélla sabe que Moisés no pretendió, al bosquejar la historia de la creación de la tierra y de los seres que la pueblan, hacer un curso completo de Geología, ni mucho menos de Botánica ni Zoología; y hasta cree que no repugna á la fe, como decia San Agustín, que Dios hubiese creado cosas acerca de las cuales nada dice el Génesis ²? ¿Cuándo la segunda no tiene derecho ninguno á echar en cara á la revelación el que no esté de acuerdo con ella, ya que ni aun ella lo está consigo misma? ¿Cuándo los vulcanistas aceptan la existencia de un fuego central encerrado en la corteza sólida, resto de la primitiva masa ígnea de que estuvo formada la tierra, que los neptunianos niegan? ¿Cuándo enfrente de los convulsionistas, ó sea de los que atribuyen á grandes cataclismos, cuyas horribles peripecias es impotente á imaginar la más rica fantasía, todos los hechos geológicos que están como escritos en la corteza de la tierra, levántanse los quietistas, que pretenden explicar por causas regulares y permanentes, pero de una duración prodigiosa, todas las vicisitudes porque ha pasado el globo?

«Acepte, pues, la ciencia como un hecho cierto la

¹ CAUSSETTE, *Ibid.*, pág. 349.

² SAN AGUSTÍN, *Confess.*, lib. XII, cap. XXII, citado por MOLLOY, *op. cit.*, página 403, nota 1.^a

creacion, que en efecto lo es, por más que sea un misterio incomprensible.» (Causette.) Confiese de buena fe, imitando en esto el ejemplo de la *Sociedad real de Londres*, que en el estado de atraso en que se encuentra no tiene derecho «á suscitar dudas sobre las antiguas creencias del linaje humano y sobre la autenticidad de las Sagradas Letras¹;» y no olviden los que la cultivan que es necesario creer muchas cosas repugnantes á la razon y los mayores absurdos para gozar del tristísimo privilegio de ser incrédulo²: y si, una vez admitida la intervencion divina en la grande obra del universo, opinan que la hipótesis que más fácil y cumplidamente explica la creacion del cosmos, que es la que supone el Génesis verificada en los dos primeros dias, es el de la creacion primordial de una inmensa nebulosa, hipótesis que es por ventura, segun dice Mulloys, la mejor traduccion del vocablo hebreo *tohu-bohu*, que emplea el escritor sagrado, créanlo en buen hora. La Iglesia ni condena ni acepta como verdadera la explicacion de la formacion por ella de la tierra y de los mundos que pueblan el espacio; y á los que dicen impiamente: «los cielos cantan la gloria de Laplace,» principal sostenedor de ese sistema, les contestará, admirando lo grandioso de su concepcion, aunque haciendo notar la contradiccion en que incurrió su autor de querer prescindir de Dios y reconocer, no obstante, la necesidad de una intervencion exterior para explicar el movimiento: «Los cielos cantan más alto la gloria de Dios, cuanto más nos son conocidas las inmensas muchedumbres

¹ *La science moderne*, par MR. LOUDUN, *Revue du monde catholique*, t. XLVIII, pág. 159.

² La creacion, dice Causette, es un misterio que derrama luz sobre todos los demás; y cuando se compara la geología segun la fe á la geología segun el naturalismo, quédase uno sorprendido de la multitud de tinieblas que se disipan á esta sola palabra: dijo Dios, y todas las cosas fueron hechas: *dixit, et facta sunt*. Véase en el mismo autor, t. II, la multitud de misterios que es preciso admitir cuando se niega la creacion *ex nihilo*.

de astros que pueblan el espacio y la manera cómo fueron formados.»

Pero reservándonos para más adelante hablar con alguna mayor extension del sistema de Laplace, con el cual se pretende explicar científicamente, sin embargo de no ser más que una hipótesis más ó ménos ingeniosa, la formacion del cosmos; determinar si puede la ciencia cristiana aceptarlo como el más apropiado entre los ideados hasta el dia para mejor explicar la creacion del universo, ó sea la obra divina en los dos primeros dias gene-siácos, y examinar, por consiguiente, si en el estado actual de la ciencia puede afirmarse con fundamento que existe contradiccion entre las cosmogonías científicas, ó tenidas por tales, y el relato mosaico, ¿no tenemos derecho á desmentir desde luego, apoyándonos en los recientes descubrimientos geológicos, que exista conflicto alguno verdadero entre la geogenesia segun la ciencia, y la misma segun la narracion revelada, y para afirmar que es igual el orden de la formacion de nuestro planeta y de la creacion de los seres que lo pueblan, segun el Génesis, al orden de la formacion de aquél y del nacimiento de éstos, segun la verdadera ciencia?

No vamos á ocuparnos en el exámen de los diferentes sistemas ideados por los geólogos para explicar de qué manera se formó la tierra desde el momento en que, desprendida de la gran nebulosa, segun la hipótesis de Laplace, comenzó el trabajo, sobre toda ponderacion lento y duradero, de su enfriamiento sucesivo, enmedio de trastornos, revoluciones y cataclismos de que no pueden darnos ni la más remota idea los terremotos más destructores y las más furiosas tempestades que se verifican hoy en nuestro globo. Ménos trataremos de cómo, por efecto de aquel sucesivo cambio de la temperatura de la tierra, se formaban y sobreponian unos á otros sus diferentes estratos; ni de las variaciones que debían verificarse en la atmósfera, efectos

y causas á la vez de un sinnúmero de fenómenos cosmogónicos y geogénicos; ni de la acción más ó menos poderosa de la luz y del calor solar sobre la tierra y sobre el espeso manto de vapores acuosos en que se hallaba envuelta, hasta que se puso ésta en estado de que pudiera comenzar en ella la vida, sea por efecto de una voluntad y de un poder divinos, según los que admitimos la intervención de Dios en la obra de la creación; sea nacida, según los naturalistas, sin que acierten á decirnos de qué manera, de la materia y de la fuerza, que suponen eternas; ni nos detendremos, en suma, á averiguar si existe en realidad contradicción entre el modo cómo explica la verdadera ciencia la formación del planeta que habitamos, la separación de sus mares de la tierra árida y la acción sobre él de la luz del sol, con los versículos del primer capítulo del Génesis que á esta parte de la obra de la creación se refieren. El carácter de este trabajo no consiente que nos arrojemos, en el supuesto que tuviéramos aliento para tanto, á hacer un curso de geógenesia ni de biología, ni Draper nos da ocasión para ello en el capítulo de su obra que nos ocupa. Todo su empeño, en gran parte del mismo, se reduce á sostener que la tierra tiene más de los seis ú ocho mil años de antigüedad que, según él, le da la Iglesia; y como, conforme ya dejamos demostrado, hemos debido creer que al dar esto por cierto, más que pecaba por ignorancia, proponíase engañar á sabiendas á sus lectores, no tenemos necesidad de insistir en ello.

Por ventura, sin embargo, deberíamos detenernos algo en probar que, en el orden de la creación de los seres, no tan sólo existe un progreso fisiológico en las formas orgánicas, en lo cual convienen con nosotros, aunque partiendo de opuestos principios, Draper, y con él los evolucionistas á cuya escuela pertenece, sino que, respecto de este progreso (si cabe llamarlo así tratándose de creaciones sucesivas), están los datos verdaderos é irrecusables que nos ofrece la

Geología en perfecto y maravilloso acuerdo con el relato bíblico. Y tanto es lo que se complace nuestra mente en admirar esa sorprendente concordia de la ciencia y de la revelacion en este punto, hasta ahora ni con tanta claridad conocido, ni con tanta evidencia demostrado; y es tanto lo que nuestra alma goza al ver á la primera postrada á los piés de la segunda, ofreciendo á sus plantas los millares de millares de fósiles de los reinos vegetal y animal, como para dar testimonio de la sobrenatural verdad de sus oráculos; y tal es el placer que sentimos cuando podemos emplear nuestra pluma, siempre que se ofrece ocasion, cual algunas veces la hemos tenido, de consignar este esplendente triunfo de la ciencia cristiana, que es la ciencia verdadera, sobre el naturalismo y la pseudo-ciencia, que hubiéramos de buen grado dedicado algun mayor espacio á hablar de tan admirable acuerdo (y hasta teníamos escritas algunas páginas indicando los principales hechos que lo demuestran) si el temor de dar demasiada extension á este capítulo no nos hubiera hecho desistir de este propósito. Así, pues, limitándonos á afirmar que, respecto del orden de la creacion de los séres, tal como Moisés lo expone, la Geología no es más que un extenso y detallado comentario del relato genesiaco, nos contentaremos con recomendar á nuestros lectores el estudio de las obras en que, con más profundo conocimiento de la materia y con criterio verdaderamente ortodoxo, se ha tratado más recientemente este asunto, entre las cuales nos atrevemos á recomendarles: *Le monde et l'homme primitif selon la Bible*, por Mr. Meignan; *La Bible et la nature*, traducida del aleman al francés por el Ab. Javier Hertel; *Géologie et révélation*, por Molloy, vertida del inglés por Mr. el Ab. Hamard; *Accord de la Bible et de la Géologie*, por el Ab. Gainet; *La terre et le récit biblique de la création*, por Mr. Pozzy; el tratado de *Cosmogonía y Geología* de nuestro amigo el docto catedrático de Geología é Historia Natural del Seminario de

Barcelona, Dr. D. Jaime Minera; y, por fin, los dos artículos que con el título de *Comment s'est formé l'univers*, escritos por Juan d'Estienne, dió á luz el año pasado (1877) la *Revue des questions scientifiques*.

Opiniones acerca la antigüedad del hombre.

Como digno remate de la obra de los seis dias, y ántes de entrar en el de *su reposo*, formó Dios al hombre. Este último acto de la omnipotencia creadora, consignado por Moisés hace unos treinta y cinco siglos en el primer capítulo del Génesis, estaba escrito desde mucho ántes en las capas superiores de la corteza terrestre, sin que ojo humano hubiese llegado á leerlo, por más que hubiese la mente alcanzado á sospechar la existencia de tan maravilloso dato y deseado la ciencia lograr su descubrimiento. ¿Mas no era de temer que, segun á entender lo daban los geólogos materialistas, el dia en que se descubriese la existencia del hombre fósil, en aquel punto y hora quedaría desmentido el Génesis mosáico, puesto que había de demostrarse con toda evidencia que el hombre por ellos descubierto, léjos de haber nacido al propio tiempo que el hombre de la revelacion, habíale precedido en centenares ó por ventura millares de siglos? La ciencia sin fe, la ciencia que cree poder prescindir de la palabra revelada, y hasta la que, sin ser hostil á ésta, sospecha que llegue quizás un dia en que sus descubrimientos puedan estar en contradiccion con los oráculos divinos, sospechó que así fuese. De unos veinticuatro años á esta parte, observa el Ab. Gainet, la ciencia cristiana, contestando á aquella pregunta, puede decir á sus contrarios y á sus tibios amigos:—« Vuestro hombre, geólogos, y el hombre de la revelacion vinieron al mundo en

el mismo instante de la historia de nuestro globo.» Hemos leído lo que Dios había escrito en las últimas capas de la superficie de nuestro planeta, y que había tenido oculto hasta hoy á nuestras miradas, y hemos encontrado que sus palabras, grabadas en él, decían lo mismo que las escritas por su profeta en su libro de las grandes maravillas. Ciertamente la verdad es una porque es divina.

Sin embargo, la falsa ciencia no se da por vencida; y continuando en su ya gastado tema de considerar el Génesis como una leyenda, que no merece ser creída por quien de amante de la razón se precia, y apoyándose constantemente en los mismos testimonios, bien que falseándolos y explicándolos á su manera, con que la ciencia verdadera demuestra la exactitud de los hechos narrados en aquel libro inspirado, así en lo que se refiere al lugar que en el orden de la aparición de los seres ocupa nuestra especie, como respecto de los tiempos relativamente recientes en que fué creada, insiste, ora en negar que sea el hombre la obra más perfecta y acabada de la Divinidad, considerándole, por el contrario, como producto que no ha llegado aún á su cabal desarrollo, de millares de evoluciones de la materia dotada de vida animal; ora en desmentir que apareciese sobre la tierra como término y coronamiento de la obra de la creación, en un período tan sólo de algunos pocos miles de años apartado de nosotros.

Dejando para más adelante el ocuparnos en el exámen de la doctrina de la evolución, que ha vencido, según Draper, la de las creaciones ó súbitas apariciones de nuevas formas, y demostrar lo absurdo y el ningún valor científico de dicha doctrina, detengámonos breves momentos á examinar si existe, como aquel supone, verdadero conflicto entre la revelación y la ciencia al señalar una y otra el tiempo de la aparición del hombre sobre la tierra; y si es verdad que deba remontarse su origen á fechas muchísimo más apartadas de lo que permiten los cálculos basados en la

autoridad de las Sagradas Letras, sea cual fuere la latitud que se quiera concederles.

Empecemos por hacer constar, ya que con esto queda desvanecido el argumento Aquiles con que pretenden acusarnos de error nuestros contrarios, que el Génesis no fija la época de la aparicion del hombre. Afirma tan sólo que fué la última obra de la omnipotencia divina, y que despues de su formacion empezó, como decíamos poco hace, el día, que todavía dura, del reposo del Señor. Se ha dicho, y lo repetimos cien y cien veces, que respecto de los sucesos que se refieren á las primeras edades del mundo la Biblia no tiene cronología. De los intérpretes que establecieron sus cómputos basados en la edad de los Patriarcas, que es el único dato para formarla que nos suministra el Génesis, unos, siguiendo la Vulgata, fijan la creacion del hombre en el año 3992 ántes de Cristo; otros, siguiendo la version de los Setenta, en el 5248. La Iglesia se ha abstenido de resolver en tan delicada cuestion. Hasta el siglo xvii se dió la preferencia al cómputo de la version griega, que es, con corta diferencia, la que se adoptó en el Martirologio romano (5199). Desde el siglo xvii al xix se aceptó por punto general, pero sin darla como cierta, la de la latina. Hoy, si la Iglesia fuese llamada á resolver entre la opinion de Bossuet, que se atrevía á afirmar, hablando de la cronología bíblica, que debería dudarse de la verdad de los hechos en los libros sagrados revelados si pudiese dudarse de aquélla, y la del abate La Hire, á saber: «que la cronología bíblica flota indecisa, y que á las ciencias humanas toca averiguar la data de la creacion de nuestra especie,» es muy probable que se inclinaría en favor de esta última; pero no queda duda que rechazaría la del grande Obispo de Meaux, que se olvidó en el momento en que escribía aquellas palabras de los consejos que acerca de la interpretacion de las Sagradas Escrituras, en lo que no se refiere al dogma, daba su gran maestro y modelo San Agustin. La Iglesia sabe y reconoce

que los copistas pudieron alterar por ignorancia ó descuido las fechas de la edad de los Patriarcas; como sabe tambien y reconoce, pues tiene dos ejemplos de ello en la genealogía de los Patriarcas antediluvianos y en la de Jesucristo segun San Mateo, que los escritores sagrados, al trazar aquéllas, suprimieron á veces filiaciones intermedias, fijándose, segun costumbre de los pueblos semitas, en los personajes más importantes ¹. Así, pues, aún cuando llegára á probarse con testimonios irrecusables, de lo cual están por ahora los geólogos muy distantes, que el hombre existía en la época de la formacion de los terrenos mioceños, todavía podríamos decir con Lenormant que no se podría acusar de error á los libros sagrados, ya que en ellos no se encuentra señalada la época precisa de la creacion del linaje humano.

¹ En la Biblia, dice el P. Cornoldi en su exámen crítico de la obra de Draper *, se encuentra consignada la descendencia de los Patriarcas, indicándose la edad de cada uno de ellos. El vínculo que une á un Patriarca con otro se expresa por la palabra *genuit*. Si el significado de esta palabra pide que el engendrado que se indica está inmediatamente unido al engendrador, en tal caso tendremos *determinado* en la misma Biblia el tiempo que corre desde Adan hasta Jesucristo; mas si la palabra *genuit* no significa forzosamente que el engendrado que se indica venga inmediatamente despues del engendrador, en esta hipótesis se podría suponer una laguna, no sabemos de qué extension, que se habría de llenar con generaciones de padres é hijos que no nombra la Biblia. Esto supuesto, el tiempo transcurrido desde Adan hasta Cristo podría ser mucho más largo del que se computa por la sucesion de los Patriarcas expresamente nombrados por la Biblia... Y á la verdad, que el significado de la voz *genuit* no pide la inmediata union entre engendrado y engendrador nos lo enseña Patrizzi, el cual, hablando de la genealogía de Jesucristo segun la narracion que de ella hace San Mateo, muestra que no se debe inculpar á éste por haber soltado de golpe algunos anillos de la cadena genealógica, etc.

* *La Ciencia Cristiana*, Octubre de 1877, pág. 11.

¿Existió el hombre en el período mioceno?

¿Mas cómo negar, se nos dirá, la existencia del hombre en aquella remotísima edad de la tierra, cuando la ciencia moderna lo tiene como un hecho demostrado en vista de los descubrimientos de objetos, producto de la industria humana, hallados en los estratos de aquella era geológica? —Por un procedimiento sumamente sencillo á la vez que sobremanera lógico. No aceptando el supuesto.

Excusado es decir que Draper está en la cuestion que nos ocupa en el campo contrario al nuestro. Ni á larga distancia quiere que llegue hasta él la sombra de nuestras tiendas. Dándolo como artículo de fe, y por lo tanto creyéndose dispensado de apoyarse en testimonios de razon ó de hecho, admite resueltamente la existencia del hombre en la época de los terrenos terciarios, y quizás en la era miocena; haciéndole sobrevivir, por lo mismo, á las dos épocas glaciales, por las cuales se cree haber pasado el globo que habitamos, y á los grandes cambios verificados en su forma, y suponiendo que atravesó períodos inmensos de que no bastan, dice, á darnos una idea los guarismos. Así, pues, Draper no es de los que fijan unos pocos siglos ántes, sobre los inciertos cómputos bíblicos, la época de la aparición del hombre en la escena del mundo. Su cronómetro no es de los que miden el tiempo por breves espacios de centurias. Para quien afirma que los aluviones necesitaron millares de siglos para formarse, ¿qué son los 20.000 años de antigüedad que atribuye Bunsen al linaje humano, ni los 100.000 que le concede Lyell, y ni aún los 364.000 que le da Cárlos Martín?

No hemos de ocultar á nuestros lectores que Draper y los

naturalistas que admiten la existencia del hombre plioceno ó mioceno tienen á su lado, entre otros afamados geólogos, al abate Bourgeois, Desnoyers, Hamy y el ilustre y docto asiriólogo Lenormant en Francia, á Riveiro en Portugal, á Capellini en Toscana, y Uhithney y Berthoud en América. Pero además de que tambien en nuestras filas militan soldados de la ciencia de no ménos valía y renombre que aquéllos, y entre los cuales los hay que, como el abate Bourgeois y Lenormant, creen poder conciliar sus opiniones, basadas en datos para ellos de verdadero valor científico, con el texto sagrado, en el cual tienen fe, y cuya autoridad por consiguiente acatan, son, á juicio de la mayor parte de los geólogos y paleontólogos, tan inciertos y controvertibles los que sirven de fundamento á sus afirmaciones, que bien podemos, si no desmentirlas del todo, combatirlas en lo que tienen de sobrado dogmáticas.

Comencemos por consignar que los hombres científicos fueron los primeros en escarnecer á los que creyeron deber llamar la atencion sobre los descubrimientos por ellos hechos, y que más adelante sirvieron de base á la novísima ciencia á que se dió el nombre de Paleontología. A Bouchez de Perthes, que fué el primero que se dedicó á las investigaciones paleontológicas, se le trató, dice Lenormant, de loco, sin que se dignáran los sábios examinar los hechos que estudiaba con una perseverancia, que fué despues el mayor título de su gloria. El célebre naturalista debió recordar entónces más de una vez que en el siglo pasado Voltaire, «admitiendo, dice Caussette, respecto de los fósiles lo imposible al par que negaba lo verdadero,» al presentarle en cierta ocasion conchas recogidas en las Cordilleras, creía haber dado una explicacion satisfactoria de este hecho, diciendo que aquellos objetos habían sido llevados expresamente á aquellos sitios por algunos peregrinos venidos de Jerusalén, á fin de probar de esta suerte la leyenda del diluvio. Hasta en 1859, en que Sir Cárlos Lyell proclamó en

el Congreso científico de Aberdeen ' la existencia del hombre cuaternario, no pudo la Paleontología aspirar á que se le diese asiento y representacion entre las demás ciencias. No seremos nosotros quienes le neguemos hoy este título; pero en cambio nos permitiremos decirle que haría mal en depocer la natural modestia y la prudente desconfianza que tan bien sienta á toda ciencia que se halla todavía en su infancia; y que más se atraerá el respeto y la estimacion de las personas verdaderamente doctas pecando, como ántes, por tener poca fe en sus asertos, ó mejor dicho hipótesis, que, como lo hace con frecuencia hoy, por ser demasiado orgullosa y temeraria en sus afirmaciones.

Y desde luégo no tenemos reparo en calificar de atrevidos, escudándonos en la autoridad de Nilson, Everth, Elías de Beaumont, el citado Lyell y un gran número de renombrados geólogos y paleontólogos, los asertos referentes á los datos en que se apoyan para probar la existencia del hombre en los terrenos terciarios los que creen en ella.

Hé aquí los que, desde hace algunos años, se citan por todos ellos.

Primero. Los huesos con incisiones hechas con instrumentos cortantes y las piedras elaboradas encontradas en Abril de 1873 en los aluviones de Saint-Prest, cerca de Chartres, por Mr. Desnoyers, bibliotecario del Museo.

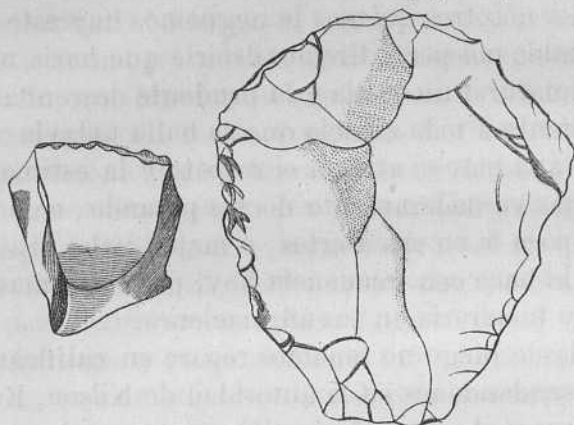
Segundo. Las llamadas piedras cortadas de Thenay, descubiertas en una capa de terreno mioceno por el infatigable paleontólogo, como le llama Lenormant, el abate Bourgeois.

Tercero. Un fragmento compuesto de una pasta artificial de color gris, mezclada con carbon, que encontró el mismo abate en las arenas del Orleanesado.

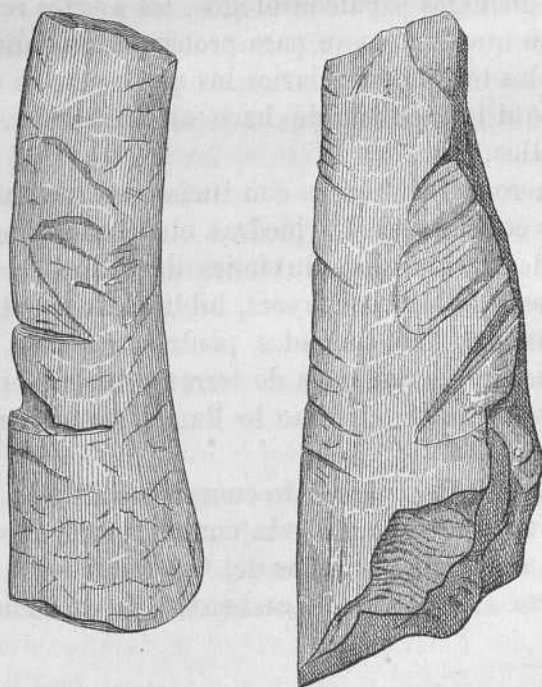
Cuarto. Un esqueleto casi entero de un cetáceo (*halithe-*

* Este nombre lo desconozco; no sé si debe decir Abbeville.

OBJETOS PREHISTORICOS (Vease las pag. 222 y 223)



Nº 1. Piedras de Thénay



Nº 2. Cortes en huesos de haliterio

(halitherium)

BIBLIOTECA
INSTITUTO VINCENZO
SORIA

rium), descubierto por el mismo en compañía de su amigo y colaborador el abate de Launay, en Pouance, en cuyos huesos advertíanse incisiones hechas al parecer con instrumentos cortantes ¹.

Permítasenos de paso que hagamos notar á nuestros lectores, primero: que tres de los cuatro descubrimientos con que se pretende demostrar la existencia del hombre en los terrenos de formacion molásica se deben á eclesiásticos, lo cual probará, cuando ménos, que no todos los que visten el hábito clerical (para el vulgo de los incrédulos considerado como librea de la ignorancia) viven tan alejados del actual movimiento científico como pretenden muchos de los que se dan á sí mismos nombre y diploma de sábios; y en segundo lugar, que no se ha encontrado hasta ahora, que sepamos ², apesar del número grandísimo de objetos paleontológicos recogidos en las capas de los terrenos miocenos ó pliocenos, ni nuevos objetos en que se haya creído descubrir la huella del trabajo de la mano del hombre, ni ningun resto fósil de éste; ya que el que se dijo haber sido hallado en Savona, en las capas del plioceno inferior, y fué presentado al Congreso de Arqueología prehistórica de París en 1867, fué desechado como no auténtico ^{*}.

¹ Nuestros lectores pueden ver al fin de este capítulo los grabados que representan las piedras de Thenay y los huesos (labrados) del *Halitherium*, para que por sí mismos juzguen si hay motivo para por ellos y con tan flaco fundamento dar por cierta la existencia del hombre en la época de la formacion de los terrenos plioceno y mioceno.

² Escribimos estas líneas en Octubre de 1877, y ni en las obras más recientes cuyos autores se han ocupado expresamente en esta cuestion, á que se da hoy tanta importancia, ni en las Revistas más acreditadas, cuyos últimos cuadernos hemos tenido ocasion de examinar, hallamos que se hable de ningun otro descubrimiento posterior á los indicados por el cual se pretenda probar la existencia del hombre terciario. (*Nota posterior á la presentacion en el concurso.*)

* Hay que tener mucho cuidado en este punto, pues es público que vários paleontólogos han sido víctimas de burlas y supercherías por haber creído de ligero en ciertos hallazgos.

En la imposibilidad de discutir con la extension debida la autenticidad de las pruebas alegadas para demostrar la existencia del hombre en los remotísimos tiempos á que se remonta la formacion de los terrenos terciarios, á ménos de dar mucha extension á esta parte de nuestro trabajo, nos limitaremos á citar algunos textos entresacados de las obras ó escritos de los más entusiastas defensores de la existencia del hombre mioceno ó plioceno, para que por ellos se vea cuán léjos están los que tal opinion sostienen de poder dar acerca de ella un fallo definitivo.

Comencemos por Hamy. Este sábio paleontólogo, que no dudó en llamar á los aluviones de Saint-Prest el terreno clásico del hombre terciario, tiene le franqueza de confesar, respecto de los supuestos productos de la industria humana hallados en aquellos antiquísimos terrenos, que si bien los tuvieron por tales Worsæ, de Vibraye, Mortillet, Smith y Ronon, por lo general fueron mal recibidos por otros sábios naturalistas ¹ y por las corporaciones científicas. Hablando de los descubrimientos de Mr. Desnoyers, confiesa que «los dientes de los animales carnívoros ó roedores pudieron trazar algunas incisiones en los huesos por aquel sábio descubiertos.» La existencia, añade, en los aluviones de aquella localidad de un roedor tan importante como el trogontero de Cuvier, podría explicar, sin necesidad de acudir á la accion del hombre, las incisiones que se ven en aquellos fósiles ².» En otra parte, ocupándose en la opinion de M. Lyell, que califica de «hipótesis únicamente admisible en algunos de los casos que cita,» dice que creía que era fácil poder explicar por el roce de las arenas y de las piedras arastradas por las aguas corrientes las estrías que surcan á veces los huesos reblandecidos ³.

¹ *Paleonth. hum.*, pág. 48.

² GAINET, *Accord de la Bible et de la Géologie*, pág. 592.

³ *IBIDEM*, pág. 591.

El citado Mr. Lyell declaraba en otra parte que el arte de reconocer las cortaduras y otras señales que se encuentran á veces en los huesos fósiles «se halla todavía en un estado tal de atraso (son sus propias palabras) que duda mucho en dar su asentimiento á las afirmaciones de Mr. Desnoyers, ó sea á que las incisiones que se ven en los huesos aducidos por Saint-Prest estén hechas con instrumentos labrados por el hombre ¹.»

Mr. Lubbock, autor bien conocido de una obra sobre *El hombre prehistórico*, y que es tambien de los que se inclinan á atribuir á éste un origen remotísimo, al par que declaraba que, «si bien algunas de las huellas de incisiones hechas en huesos de animales, que le habían sido presentados para que los examinára, *le parecían* artificiales, añadía que, atendido el estado en que se hallan nuestros conocimientos acerca de esas cuestiones, no estaba distante de afirmar que aquellas señales ó cortaduras habían podido ser ejecutadas por otro medio ².»

Respecto á las piedras cortadas de Thenay, que son una especie de raspadores, en las cuales se ven numerosas pero pequeñas incisiones y aristas, á medida que han sido más conocidas y con mayor detenimiento examinadas «han sido consideradas como indignas de aspirar á nada más, dice el abate Gainet, que á pasar por un capricho del azar, que da mil formas diversas á las piedras, que giran durante muchos siglos por el suelo ³.» «Es deshonestar la ciencia, exclamaba en son de indignacion Mr. Hebert ⁴, admitir comunicaciones del género de los descubrimientos de Thenay.» En cuanto al fragmento de pasta artificial encontrado en las arenas

¹ *IBID.*, pág. 589.

² *IBID.*, pág. 589.

³ *IBID.*, pág. 575.

⁴ Citado por el abate Gainet, pág. 655.



del Orleanesado, apenas ha merecido ocupar la atención de los paleontólogos.

En suma, y por lo que respecta á los restos del *halitherium* encontrado por Mr. Delaunay, propósito de los cuales el tantas veces citado Mr. Hamy, imaginándose ver al hombre primitivo de Pouance lanzarse sobre el temible cetáceo para despedazarle con su hacha de sílice, á fin de alimentarse con sus repugnantes carnes, pretendió deducir que la existencia de aquél debió ser más bravia y desgraciada que la del salvaje australiano, con quien se complace en compararlo, Mr. Lenormant, apesar de ser amigo y admirador, acaso sobrado entusiasta del docto materialista, no vacila en confesar «que, siquiera por esa vez, se apartó de la prudente reserva que le es habitual ¹.»

«Y sin embargo, observa el abate Gainet, con estos testimonios, que no dudamos en calificar de sobrado sospechosos; con esas incisiones tal vez casuales, miradas con desden por tantos sábios; que pudieron ser hechas, segun confiesa el mismo Lyell, por animales roedores ó carnívoros, ó por corrientes de agua, se presenta Hamy á exigir á la Iglesia que retire su cronología sobre la edad del hombre. Permítanos ese amable sabio que le supliquemos que, por lo ménos, nos consienta aguardar otras nuevas pruebas que pueda con ménos esfuerzo aceptar el sentido comun ².»

«¡ Con qué rechiflas, dice en otra parte, serían acogidos los hechos favorables á nuestras creencias si en tan débiles fundamentos los apoyáramos! ¡ Cómo calificarían nuestra credulidad de estúpida! Mr. Hamy, dadnos ciencia y no conjeturas ³.»

¹ Antes, sin embargo, había dicho de él que no podía ménos de reconocer que en su obra había muchas hipótesis cronológicas más atrevidas que sólidas. *Les premiè-res civilisations*, t. 1, pág. 6.

² *Op. cit.*, pág. 580.

³ *Ibid.*, pág. 599.

¿Y por ventura pueden oponerse él y los geólogos de su escuela á tan justa pretension, cuando la historia de la ciencia nos ofrece tantos y tan señalados ejemplos de los errores en que con frecuencia caen, como en el siguiente por todo extremo notable, con cuya indicacion vamos á poner fin á esta parte de nuestro trabajo?

«Hace algunos años, escribe C. de la Vallée Pousin, se indicaba la Suecia como una de las comarcas donde el hombre había dejado huellas de su presencia en una época remotísima. Hablábase del hombre salvaje del Bohúslan y de Sodertelje, de los esqueletos de Jarauall, como contemporáneos de los antiguos lechos levantados de la costa escandinava, y del primer período de la edad llamada de los sílices cortados, ó paleolítica. Especialmente en opinion de Lyell, la existencia de los primeros hombres en el Norte del Báltico había sido anterior á la separacion completa y definitiva de la Suecia y de la Alemania del Norte. Mas hé aquí que en el Congreso de Stokolmo, en 1874, á que concurrieron más de 600 miembros, y en el cual estaba representada la flor y nata de los arqueólogos del Norte de Europa, se formularon, con asentimiento general, las siguientes conclusiones: La Suecia estuvo deshabitada en la época de la piedra cortada y hasta en la llamada del *reno*; fué por vez primera poblada por tribus que conocían el uso de la piedra pulimentada, los animales domésticos, los sepulcros megalíticos y la inhumacion¹.»

Existencia del hombre en la época cuaternaria.

No nos detendremos á hablar de la existencia del hombre en los terrenos cuaternarios desde la edad paleolítica, ó sea en los límites de la época pliocena y dichos terrenos.

¹ *Revue des questions scientifiques. Bibliographie*, Abril, 1877, págs. 653 y 654.

Numerosísimos son los datos con que la Paleontología y la llamada prehistoria la demuestran. Bien hallados sean. El docto obispo de Châlons-sur-Marne, Mons. Meignan, saludó el hallazgo del hombre fósil antediluviano como un hecho que venía á llenar un vacío, á satisfacer un *desideratum* por largo espacio de tiempo esperado¹; como un suceso de grandísima importancia para la apologética cristiana. Y no es en una sola comarca donde se han encontrado ya vestigios y hasta huesos del hombre primitivo, sino que han sido descubiertos á la vez en casi todas las naciones de Europa y en distintas comarcas del Asia, y hasta, segun se asegura, en algunos puntos de la América del Norte. Indicio evidente de que ya en aquellos remotos tiempos hallábase nuestra especie esparcida por una gran parte de la tierra.

Pero si en esto convenimos todos, y si ménos que nadie debemos dudar de ello los que admitimos y acatamos la autoridad de los Libros sagrados, ya que el inspirado autor del Génesis reconoce en la universalidad del diluvio el medio milagroso de que se valió el Señor para borrar de sobre la faz de la tierra á toda la descendencia de Adán, gravemente contaminada por el pecado, no existe entre nosotros y los geólogos naturalistas igual identidad de pareceres al fijar la época en que empezó y la duracion de la época cenozóica, desde el fin del período molásico hasta los tiempos verdaderamente históricos. Porque miéntras nosotros opinamos que pudieron verificarse los fenómenos, á que generalmente se atribuye la formacion de las terrenos que constituyen la última capa de la corteza terrestre, en un espacio de tiempo relativamente breve, y creemos por lo tanto que puede fijarse la aparicion del hombre en nuestro planeta en una época que no se remonta á gran distancia

¹ MEIGNAN, *op. cit.*, pág. 140.

de la que cabe señalar segun el cómputo de la version de los Setenta, nos exigen aquéllos que les concedamos un número considerable de siglos. Lyell no reclama ménos de quinientos; Draper nos los pide por millares.

¿De dónde procede tan enorme diferencia? El abate Gai-net lo ha dicho: de la diferente manera con que medimos el tiempo en los cronómetros de que unos y otros nos servimos para fijar la duracion de aquel período. De que si bien convenimos todos en que las causas naturales que produjeron los terrenos de la época cuaternaria son las mismas que las que producen su modificacion en la época presente, á la cual consideran los geólogos como una continuacion de aquélla, al paso que unos midiendo la altura de los levantamientos del suelo, el espesor de los aluviones, la formacion de los deltas, desde que se revela la presencia del hombre en la tierra, y comparando aquellos efectos y fenómenos á los que se verifican en la actualidad, y al tiempo que en ello se emplea, han deducido, por una regla de proporcion, que debía ser considerable el espacio de tiempo transcurrido desde la aparicion de la especie humana; otros, haciéndose cargo de los mismos fenómenos y efectos geológicos, pero suponiendo que en los tiempos llamados cuaternarios las causas á que atribuimos dichos fenómenos y efectos debieron obrar con mucha más energía que actualmente obran, han deducido que la aparicion de nuestra especie pudo y debió tener lugar en épocas relativamente más recientes de la que aquéllos señalan. Hipótesis por hipótesis, tenemos por más racional la segunda, que es la más generalmente aceptada por los naturalistas, que estudian los hechos geológicos con ánimo sereno y con el entendimiento no ofuscado por prevenciones antireligiosas. Contradiccion notable: los que admiten el todavía no bien explicado enfriamiento del globo en su último período de formacion, y que atribuyen al brusco derretimiento de los hielos los muchos y gravísimos trastornos que se verificaron

en la superficie de casi todos los continentes; los que más nos hablan de inmersiones y emersiones de islas y de grandes porciones de aquéllos, son los que más empeño ponen en que admitamos que la formacion de los últimos terrenos y la superposicion de las más recientes capas geológicas se verificó con la misma regularidad y lentitud con que se verifican hoy en las comarcas ménos castigadas por las inundaciones, no tan expuestas á tempestades y terremotos, y no amenazadas por el avance y retroceso de las aguas marítimas.

Entre la muchedumbre de descubrimientos paleontológicos y arqueológicos en que se ha pretendido fundar, no ya la hipótesis, sino el hecho de la antigüedad de la existencia del linaje humano, muchísimo mayor que las que por una constante tradicion se le atribuía, los que con más frecuencia se invocan, desde que Lyell escribió su obra *De la antigüedad del hombre* y la suya Lubbock (*El hombre prehistórico*) principales y más usadas fuentes á donde han acudido hasta ahora casi todos los geólogos de su escuela, son los siguientes: Objetos que se suponen trabajados por la mano del hombre, encontrados en el hornaguero de Dinamarca y que sirvieron de base á los anticuarios y naturalistas de esta nacion, Thompson, Nilson, Vorsaa, Stens-trup, Forchhammer y otros, para establecer la sucesion cronológica de períodos á los cuales se dió los nombres de edades de piedra, de bronce y de hierro, hoy tan en uso; en las habitaciones lacustres de Suiza. Los montículos de conchas de aquella nacion, llamados *kjökken-möddings*, ó «montones de restos de cocina;» en los deltas del Nilo y del Missisipí; en los antiguos túmulos del valle del Ohío; en las turberas del valle del Somma y en las cavernas denominadas osíferas, y entre ellas, y cual las más notables, la de Herm, por vez primera explorada por MM. Rames, Garrigou y Filhol, en el departamento del Ariège; la de Aurignac, descubierta por Mr. Lartet, y la de Maccagnone por

Mr. Falconer, en todas las cuales se han encontrado restos de hombres ó de la industria humana mezclados con huesos de animales, algunos de ellos de especies hoy extinguidas.

Desmíentense los asertos de Draper.

Muchas son las obras y numerosísimos los escritos, insertos en las más acreditadas revistas católicas, donde con verdadera erudición científica y sano criterio se han estudiado y analizado esos y los demás descubrimientos en que han fundado algunos escritores hostiles al Cristianismo, no ya sus conjeturas, que era el terreno donde debían haberse detenido, sino sus afirmaciones sobre una exagerada antigüedad del hombre. A ellos pueden acudir nuestros lectores que deseen establecer en datos ciertos su opinion en tan importante materia. Nosotros, que no aspiramos, faltos de los precisos conocimientos, y en este instante de espacio y de tiempo, á bosquejar siquiera un programa de arqueología prehistórica; nosotros, cuyo principal propósito, de no difícil desempeño, es desmentir los asertos de Draper en lo que se refiere á las largas fechas que atribuye, aunque sin aducir ninguna prueba, á los vários hechos paleontológicos que para probar los conflictos entre la religion y la ciencia aduce, nos limitaremos á demostrar lo gratuito y sin fundamento de sus afirmaciones, apoyándonos en autoridades para él no sospechosas. Así, pues, respecto de los objetos elaborados en sílice, groseramente tallados, ó bien en piedra pulimentada, ó formados de hueso ó fundidos en bronce, que se encuentran en las diversas capas de turbas, algunas de las cuales debieron formarse, segun él, cuarenta ó cincuenta mil años atrás, advertiremos, que ni Lyell, ni Morlot, cuyas obras tendría probablemente Draper á la vista al redactar las páginas de su obra, se atrevieron á señalar la edad

de las tales capas, ni ménos á calcular la de los restos en ellas sepultados, porque, segun confesion del primero de aquellos dos naturalistas, era de todo punto imposible averiguarlo. Y es que realmente, y el catedrático de ciencias de Nueva-York debe saberlo mejor que nosotros, no todas las turberas se formaron en igual tiempo en todas las épocas y en todos los países, porque no siempre obraron y obran aún con regularidad matemática las causas que las producen. En capas inferiores de los de Francia é Inglaterra se han encontrado hachas, monedas y utensilios de cocina de origen romano; y miéntras Bouchez de Pertes da por probado que la turba no crece sino á razon de tres centímetros por siglo, otros han afirmado que excavaciones de seis piés de profundidad hechas en algunas turberas de la Frisia oriental se habían llenado en el breve espacio de treinta años.

Respecto de las cavernas osíferas (y Draper parece referirse especialmente á las de Francia) no hemos de perder el tiempo desmintiendo los cálculos que sobre los objetos en ellas encontrados hace el profesor anglo-americano. «El » cambio, dice, de lo que podemos llamar período de la piedra tallada al de la piedra pulida (*sic*) es muy gradual; » coincide con la domesticacion (*sic*) del perro, época de la » vida de caza, y que comprende *millares de siglos*.» (Página 205.) Sería cosa de preguntarle de dónde sacó tan peregrino dato; pues apesar de haber leído no pocas obras y artículos de Revistas, en que se habla de los descubrimientos hechos en las más famosas cavernas osíferas, y los cálculos que sobre los fósiles y restos humanos, así naturales como artificiales, se han hecho, no hemos encontrado que nadie los haya establecido por millares de siglos. Bueno fuera que algun amigo del catedrático de Nueva-York, recordándole la tan famosa frase de Tayllerand á los cortesanos de la Restauracion, le hiciese notar tambien que, si por exceso de celo se pierden á veces las causas buenas,

con más motivo corren peligro de perderse, por sobra de él, causas tan malas como las que defiende.

Por lo que toca á los *kjökken-möddings* daneses, de los cuales dice esta vez con prudente reserva: «*se pretende* que algunos de ellos no tienen ménos de cien mil años,» nos limitaremos á recordarle que son muchos los arqueólogos que no han querido dar á aquellos montones de conchas la importancia que Lyell, Lubbok y otros paleontólogos les atribuyen; que estos mismos naturalistas no se han atrevido á señalar, ni aún aproximadamente, la edad en que pudieron ser formados, ya que cuantos datos se han tenido presentes para fijarla están basados sobre hipótesis, á las cuales pueden oponerse otras de más valor científico; y que, miéntras Canestrini les atribuye exageradamente una antigüedad de diez mil años, otros paleontólogos no les dan más que la de cuatro mil ¹.

¿Existe una verdadera cronología prehistórica?

Citamos más arriba los nombres de los sábios daneses que dieron la traza de una cronología prehistórica fundada en la sucesion de los materiales, piedra, hierro ó bronce, de que se había servido el hombre para fabricar los utensilios más necesarios para la vida. Aquellos ilustres geólogos y paleontólogos aplicaron aquel ensayo de cronología á los

¹ Respecto á las habitaciones palustres y á los deltas del Missisipi y del Nilo, aconsejamos á nuestros lectores que, además de las obras especiales que tratan de paleontología y antropología prehistórica, lean el capítulo xv del libro iii de la obra ya citada del P. Caussette, que acaba de darse á luz en esta ciudad de Barcelona, elegantemente vertida al castellano, en la casa editorial de la viuda Subirana é hijos.

monumentos llamados prehistóricos de Dinamarca y de la Escandinavia. La idea de aquella cronología fué con indecible entusiasmo aceptada por los arqueólogos y naturalistas de las demás naciones, y á los pocos años la Europa entera saludaba con júbilo el advenimiento de una nueva ciencia que estaba destinada, al decir hasta de las personas doctas, á derramar abundantísima luz sobre el hombre primitivo y sobre el origen de los modernos pueblos, y en especial de los europeos. Establecióse y se aceptó la division de la edad de piedra en paleolítica y neolítica, ó sea de la piedra toscamente labrada y de la piedra pulimentada. Desenterráronse en todas partes, tal vez con profusion sobrada, hachas, cuchillos, raspadores de sílice, flechas con puntas de piedra, de hueso ó espinas, y de tal suerte se llenaron nuestros museos de ejemplares más ó menos antiguos de aquellos objetos, que se pudo llegar á temer que no quedára espacio en ellos para las antigüedades griegas y romanas, y ni aún para las asirias y egipcias, hasta entónces tan estimadas.

Verdad es que, por punto general, el público pasaba distraído la vista por aquellos groseros objetos, en muchos de los cuales no acertaba á ver el trabajo de la mano del hombre, fijándose tan sólo en las tarjetas donde podía leer la procedencia de aquellas piedras, la calidad y circunstancias de los sitios de donde procedían, y la indicacion de los restos de animales enmedio de los cuales habían sido encontrados; cual si el buen sentido práctico del pueblo hubiese adivinado desde el primer instante lo que con harta frecuencia, y enmedio de su exagerada predileccion por aquellos objetos, olvidaban los arqueólogos; esto es, que los tales sílices, grosera ó perfectamente labrados, al igual que las cifras destinadas á figurar en la esfera de un reloj, únicamente tienen valor cronológico en cuanto ocupan cada una de ellas el lugar que les corresponde; cual si hubiese conocido además que, por igual manera que un reloj no

marca ni puede marcar la hora que es en un momento dado en todas las longitudes, áun considerados como cronómetros, aquellos objetos no servían para medir el tiempo sino en el punto donde habían sido hallados; y que por consiguiente podía y debía suceder que, mientras los hombres que poblaban las comarcas más agrestes de Europa, mal cubiertos de pieles y suelta al viento la áspera cabellera, armados de su hacha de piedra, despedazaban para alimentarse acaso de ellos, en el fondo de sus cavernas, los restos de los renos, del grande oso y tal vez del elefante primitivo, y otras especies que iban á desaparecer de nuestro suelo, en las fértiles llanuras del Asia, otros hombres vestidos de riquísimas telas, perfumados los rizados cabellos, se regalaban en opíparos festines, en extensas galerías adornadas con todo el lujo del arte oriental, con exquisitos manjares traídos de apartados climas; que mientras en nuestro suelo, por ejemplo, el todavía agreste celtibero remataba con su hacha de piedra, hoy al jabalí de sus montañas, y otro día al hijo de la tribu con quien estaba tal vez en guerra, el colono fenicio, habitante de la antigua Gades, y el culto pelasgo, que dejaba caer el ancla de su pequeña nave en el golfo de Rosas, vendían á su antiguo hermano de origen, el turdetano ó el lacetano, las armas de bronce que debía volver en tiempos no lejanos contra sus primeros dominadores.

Léjos de nosotros la idea de pretender rebajar la importancia de la arqueología prehistórica, cuando se la considera como lo que realmente es y por ventura será durante mucho tiempo, á saber: una rama de los humanos conocimientos destinada, por la índole especial de los objetos en que se ocupa, á ser una auxiliar de la Paleontología y de la Geología, y hasta de la misma historia, sin las cuales pierden, como datos para fijar las épocas cronológicas, todo su valor aquellos objetos. Y no aspire por ahora á nada más, y no será piedra de escándalo para los católicos, por prestarse

á servir de apoyo á los que la estudian con espíritu hostil á nuestra santa religion, sacando de ella deducciones, no ya como hipótesis, sino como verdades demostradas, para atribuir una antigüedad exagerada al linaje humano; y objeto de escarnio ó de desprecio para los hombres de verdadero saber, quienes en vista del ciego entusiasmo por ella de no pocos de sus cultivadores, creen hallarse ya en el caso de desear, en bien y para prestigio de la misma ciencia, que otro Walter Scott nos trace el retrato del nuevo anticuario, á fin de curar de sus manías prehistóricas á alguno de aquellos. Renuncie, sobre todo, á sus pretensiones de ser el cuadrante que señale la duracion de las edades que carecen hoy por hoy, y que carecerán tal vez para siempre, de verdadera cronología: y si por ser de persona de ninguna autoridad científica creen los que la cultivan deber desatender nuestros humildes consejos, sírvalos de aviso y de ejemplo, para proceder con más cautela en sus cálculos cronológicos, la conducta observada desde hace algunos años por la Direccion del Museo central romano-germánico. Despues de haberse servido esta docta corporacion en el primer tomo de una obra suya sobre las antigüedades paganas de su país del método por el cual se distinguen las tres edades prehistóricas, lo abandonó completamente en el tomo II, impreso en 1864, excusándose de haberlo empleado ántes «con que las ideas en que estaba basado eran las generalmente admitidas en la época de su publicacion.»

Cuenta Mr. Lyell (de quien, sea dicho de paso, se afirma que declaró ántes de morir que en algunos puntos había caído en grandes exageraciones) que cierto dia que Mr. Morlot vacilaba en declararse en favor de la grandísima antigüedad atribuida á las poblaciones palustres, le dijo: «Es necesario para empezar poseer un valor caballeresco.» Culpen los discípulos de ese famoso naturalista á su maestro si, tomando pié de aquellas palabras, se nos ocurre

imaginar que si son muchos los que, dotados hasta con exceso del valor caballeresco que exigía aquél para los neófitos en la ciencia, se dan éstos á amontonar hipótesis sobre hipótesis y afirmaciones sobre afirmaciones, para llevar á épocas todavía más remotas que las supuestas por aquel naturalista la aparición de nuestra especie en el globo que habitamos, no ha de tardar en amanecer el día en que, al par que un Walter Scott para trazar el retrato del anticuario demasiado entusiasta de los objetos prehistóricos, se eche de ménos por los hombres verdaderamente científicos un Cervantes, que nos describa la cómica figura de los geólogos y paleontólogos más abundantemente dotados del valor caballeresco, que exigía á sus discípulos el famoso autor de la obra sobre *la antigüedad del hombre*, quienes, no satisfechos ya con el hallazgo del hombre terciario, se lancen, según los grados de aquel valor de que se sientan poseídos, en busca del hombre mesozóico contemporáneo de los grandes saurios ó de las primitivas floras.

Permítasenos que pongamos fin á este ya sobrado largo juicio acerca del capítulo séptimo de la obra de Draper aplicando á la religión, al igual que en su obra tantas veces citada lo ha hecho el abate Caussette, las elocuentes palabras que en honor de la ciencia escribió hace pocos años un entusiasta admirador de la misma: «Monumentos ciclópeos, ciudades inmensas sepultadas bajo seculares bosques cinco ó seis veces renovados, suelo helado de la Siberia y de la Groenlandia, túmulos del Ohío y de la Escandinavia, grutas sepulcrales, dólmens y menhirs, habitaciones trogloditas, ciudades palustres de Suiza, de Saboya y del Vicentino, cuevas y volcanes de la Auvernia, *diluvium* de los valles y de las llanuras, cavernas osíferas, la ciencia lo ha escudriñado todo, interrogado todo, hasta esos montones de estiércol en que no ha temido introducir sus manos no manchadas, hasta esos restos de la primitiva cocina de los escandinavos, que los arqueólogos daneses han

designado con el nombre bárbaro de *kjækken-möddingers*¹; y al llegar al fin de sus exploraciones, la Religión ha podido decir á la ciencia: «Te he seguido de un extremo á otro del mundo, y te desafío á que produzcas contra mí un solo testimonio de verdad indisputable².»

¹ *Discours sur l'antiquité du genre humain*, par Mr. Joly.

² *Le bon sens de la foi*, t. II, pág. 565.

CAPÍTULO VII

Conflicto relativo al criterio de la verdad.

«¿Qué es la verdad?» «Era la pregunta apasionada de
» un procurador romano en uno de los más solemnes mo-
» mentos de la historia. Y la divina persona que se hallaba
» ante él, y á quien iba dirigida la interrogacion, no res-
» pondió, á ménos que en el silencio mismo no estuviese
» comprendida la respuesta.» (Pág. 209.)

Tales son las palabras con que da comienzo Draper al capítulo VIII de su obra ¹, donde, apesar de ser maestro consumado en el arte de falsear los hechos y en convertirlos en testimonios de error, parece haberse excedido á sí mismo en acumular las más graves inexactitudes y las más groseras calumnias contra la Iglesia romana.

¿Qué se propuso el profesor de Nueva-York al escribirlas?

¿Probar acaso por el silencio de la *divina persona* á quien

¹ A este primer apartado sigue este otro escrito en algarabía. «Amenudo y sin
» objeto (léase para que tenga sentido «*sin resultado*») se había hecho esta pregunta
» anteriormente; amenudo y sin objeto ha sido hecho despues. Nadie hasta ahora ha
» dado una contestacion satisfactoria.»

Pero ¿quién la ha hecho, y para qué?

se dirigía aquella pregunta, *en uno de los más solemnes momentos de la historia*, que tampoco ella sabía lo que es la verdad? ¿Demostrar por aquel mismo silencio que, sabiéndolo, no tuvo á bien revelárnoslo?

Detengámonos un momento á analizar aquellas palabras, ya que en ellas, sea cual fuere el sentido en que se las tome, hemos de encontrar ó una grave acusacion contra el profesor anglo-americano, ó la refutacion de su obra.

Damos por supuesto que Draper escribió los renglones transcritos con seriedad y sin intencion de engañar á sus desprevenidos y crédulos lectores con un acto de hipocresía, á fin de que, ganada su confianza, diesen más fácil asenso á sus erróneas ó calumniosas afirmaciones. Partiendo de este supuesto, y ántes de sacar las deducciones lógicamente necesarias que de dichas palabras se desprenden, permítanos que le preguntemos además por qué califica de *uno de los más solemnes momentos de la historia* aquel en que un procurador romano dirigía á Jesucristo aquella interrogacion: «¿Qué es la verdad?» ¿Es que, en efecto, creía que era realmente un instante solemne aquel en que una *persona divina* comparecía para ser juzgada por un delegado del poder imperial, y en que se formulaba el difficilísimo problema por cuya solucion se afana y atormenta hace más de cuarenta siglos el linaje humano, sin encontrarla en parte alguna, cuando en su sola razon fia la esperanza del hallazgo? Draper se limita á sentar un hecho, ya que á nuestro humilde entender es por demás dudoso el sentido de las palabras que á manera de comentario añade, á saber: «á ménos que en el » silencio mismo estuviera comprendida la respuesta.» Sin embargo, nos ha de permitir que tomemos acta de aquellas otras palabras suyas, ó sea de que era *uno de los más solemnes momentos de la historia* aquel en que un procurador romano dirigía aquella interrogacion, y de que era una *persona divina* la que estaba ante él y á quien iba aquélla dirigida.

Prosigamos: Draper llama *persona divina* á la interrogada por Pilatos, que es el delegado imperial á quien alude. Le arrojaríamos á la faz todos los dicterios que tiene nuestra lengua para condenar una accion infame si, al calificar de *persona divina* al acusado que comparecía en aquel solemne momento delante del magistrado romano, hubiera querido burlarse de la buena fe de sus lectores, hubiese afirmado lo que no creía; cometido, en suma, un acto de incalificable hipocresía. Nadie obligaba á Draper á escribir aquellas palabras; y pues las escribió voluntariamente, sin hacer ninguna salvedad acerca del sentido en que quería que se las tomase, por la ley de crítica literaria, segun la cual debe entenderse que todo escritor que en algo se estima hace suyas las afirmaciones que libre y espontáneamente y sin limitacion de ninguna especie consigna en su obra, estamos en el derecho de creer que tenía realmente por persona divina á aquella á quien de tal calificaba.

¿Y sabe Draper lo que en otra ocasion decía de sí mismo aquella persona que en aquel solemne momento se negaba á responder á la apasionada pregunta del delegado imperial? «Yo soy el camino, la verdad y la vida.» Y si él es *la verdad*, ¿en dónde si no en él debemos ir á buscarla? Y si en su voluntad y sabiduría divinas no le plugo ponerse en directa é inmediata comunicacion con todos los hombres, sábios é ignorantes, virtuosos y criminales, y ni siquiera al delegado del poder civil, que acaso por pura curiosidad le interrogaba; si todos vamos en busca de ella á todos momentos, porque á todos momentos la necesitamos; y si no podía su sabiduría y su bondad consentir que estuviésemos privados de aquella luz, para nosotros tan indispensable como para los séres que pueblan nuestro planeta lo es la luz del sol, fuente para todos de vida, ¿no era de todo punto necesario, en cuanto puede esta palabra aplicarse á los actos de la voluntad divina, que nos la revelára y que constituyese depositario de ella á la persona y á los sucesores de la misma,

que debían ser sus representantes en la tierra, despues que «volviese al Padre,» de donde había venido?

Inconcebible parece que se escapáran de la pluma de Draper aquellas palabras, que en tan dura alternativa le colocaban, y que, volviéndose contra él como una bala de acero disparada contra una superficie del mismo metal, ó le condenaban, segun indicábamos ántes, como hipócrita á la execracion de los hombres honrados, ó como creyente en la divinidad de aquella persona, le obligaban á condenar su obra, como criminal atentado que es contra ella, y sobre todo el presente capítulo, donde se niega que posea el criterio de verdad la Iglesia fundada por quien, siendo *persona divina*, en la cual no cabe error ni engaño, dijo de sí mismo que había venido á dar testimonio de verdad y aseguraba que él era *la verdad* misma.

Mas se nos olvidaba que, al formular el dilema en que pretendíamos encerrar al autor de la *Historia de los conflictos*, lo hacíamos en virtud de las leyes de la lógica, y que aquél mira con el más soberano desden aquellas leyes, con lo cual procedíamos con tanta torpeza como el que intentára argüir de pecado á quien negase la moral. Además de que ¿no debía ya apartarnos del propósito de argüir á Draper con razones lógicas, de ménos fuerza para él que las débiles telarañas para detener el vuelo de un águila, la consideracion de que era ya un contrasentido en su obra el capítulo en cuyo exámen vamos á ocuparnos, puesto que, siendo como es positivista, y hasta positivista exagerado, segun así lo declara su propio apologista el Sr. Salmeron, no cabe suponer que pueda admitir la idea de criterio, ni la idea de verdad, siendo como son una y otra ideas suprasensibles, y calificando como califica aquella escuela de absurdo todo lo trascendental, todo lo que no conocemos por los sentidos?

Pero dado que Draper pasa por todo, y triunfa de los dilemas negando la lógica, y de los conflictos en que consigo

mismo le ponen sus propias opiniones, saltando por encima de ellas cuando así le conviene; y en atención á que, libre de toda clase de ataduras, éntrase por el campo de la Historia y de la Geografía para descargar sin aprension como sin piedad, cual nuestro buen Diego Machuca contra la morisma, tajos y mandobles contra cuanto huele á ultramontanismo, ó sea contra la Iglesia romana, no nos queda más recurso, ya que nos hemos condenado á la penosa tarea de ir parando sus golpes, por lo comun de más ruido que fuerza, que seguirle y aceptar las batallas que riñe contra la verdad, si no en todos, en la mayor parte de los terrenos que para combatirla escoge.

Para demostrar á sus lectores que nadie ha acertado hasta ahora á dar satisfactoria respuesta á la pregunta del gobernador romano: «¿qué es la verdad?» pasa revista á las antiguas escuelas filosóficas helénicas (no todas ni á las más famosas, sino á las que más ó ménos desembozadamente hicieron profesion de escepticismo) las cuales, ante la dificultad casi invencible que á las humanas investigaciones ofrecía el hallazgo de aquélla, acabaron en su mayor parte por ir á parar á la duda, ó sea á la conclusion que formula Draper en estas palabras: «En vista de la tradición que ofrecen las pruebas de los sentidos, no podemos distinguir la verdad del error, siendo tal la *imperfeccion de la razon* que no podemos afirmar la exactitud de ninguna deduccion filosófica.» (Pág. 211.)

Bien podía el catedrático de Nueva-York ahorrarse el trabajo de traer á colacion los nombres de Jenófanes, y Parménides, y Empedocles, y Demócrito, y Pirron, y Arce-silao, á algunos de los cuales les sienta mejor el calificativo de sofistas que el de filósofos, omitiendo los de Sócrates, Platon, y Aristóteles y otros de mucho más autoridad y fama que aquéllos, para, por sus diferentes dichos, venir á parar á la conclusion de que no podemos afirmar la exactitud de ninguna deduccion filosófica. En la historia de la

filosofía contemporánea hubiera podido ver sin gran fatiga que el resultado de las investigaciones de los más afamados pensadores racionalistas alemanes, ingleses y franceses, ha sido caer en el más desconsolador y funesto escepticismo. Pero Draper da á entender que los filósofos griegos reconocieron *la imperfeccion de la razon*, lo cual les sirve hasta cierto punto de disculpa de que, desconfiando de ella, cayesen en la negacion ó en la duda; al paso que los filósofos modernos, con inexplicable contradiccion, al par que dudan de sus fallos, la erigen en soberana absoluta y la declaran infalible. Olvidando aquel dicho de Pascal, «que cuanto más penetra el espíritu dentro de sí mismo más profundo es el abismo que descubre en él,» ó el más expresivo y significativo de Goëthe, «que cuanto más avanzamos en la esfera del saber más nos aproximamos á los misterios incomprensibles,» que es lo mismo que decir, traduciéndolo en una imágen sensible, que á proporcion que nos internamos en las revueltas de una caverna hasta donde no llega ya la luz del sol, más necesario es que nos sirvamos de antorchas que nos alumbren, se han empeñado en prescindir de la luz de lo alto al penetrar en regiones por donde únicamente se puede andar iluminados por ella.

Mas Draper, no tan sólo niega la necesidad de aquella luz, sino que, llevado de la exageracion de su positivismo, llega á escarnecerla. «Debería suponerse, añade, que una revelacion de Dios al hombre tendría fuerza y claridad bastante » para extirpar toda duda y destruir toda oposicion.» Pero los que tal opinaron debieron llevarse, segun se desprende de las palabras del profesor anglo-americano, un terrible desengaño. «Un filósofo griego descubrió y se aventuró á » afirmar que la coexistencia de dos formas de fe que pretendían ser reveladas por el omnipotente Dios, probaba que » ninguna de las dos era verdadera.» (Pág. 211.) Dios había perdido su tiempo. O porque sus revelaciones no tuvieran la autoridad necesaria, ó porque no fueran bastante claras,

crecieron las dudas, y al par de ellas se multiplicaron las oposiciones. «Si la discordia y el recelo eran las condiciones »de la filosofía trescientos años ántes del nacimiento de Jesucristo, la discordia y el recelo eran las condiciones de la »religion trescientos años despues de su muerte ¹.» No se olvide que la religion á que se refiere Draper era la fundada tres siglos ántes por el mismo á quien él llama *persona divina*, y que el pasaje que cita de San Hilario se refiere principalmente á las luchas y diversidad de opiniones que reinaban entre los arrianos y demás enemigos de la Iglesia.

Desde este punto es tal la muchedumbre de proposiciones y afirmaciones erróneas, tal el embrollado fárrago de hechos y de ideas falsas hacinadas por Draper en brevísimo espacio, que se nos figura que había de ser más fácil seguir con la vista cada uno de los cien hilos de luz en que se deshace un cohete al estallar, que con la atencion aquel nublado de dardos, permítasenos la expresion, arrojados por el autor de la *Historia de los conflictos* contra la Iglesia de Jesucristo, con tanta sobra de saña como falta de acierto. Dejando, pues, que se pierdan en el aire los más ligeros, ó que vengan á caer á nuestros piés los que lleven ménos fuerza, hagamos rebotar, en el escudo que hemos abrazado en defensa de la verdad, los que pudieran hacer más daño á las personas indoctas y ménos prevenidas.

«Los historiadores eclesiásticos, dice Draper, afirman »que desde el siglo II empezó la lucha entre la fe y la »razon. Para calmar estas discusiones, para obtener alguna »expresion autoritaria, algun criterio de la verdad (*sic*), »se recurrió á las asambleas *consultivas*, que tomaron más »tarde la forma de Concilios. Por mucho tiempo tuvieron

¹ « Véase lo que escribía Hilario (léase San Hilario), obispo de Poitiers, en su pasaje bien conocido sobre el concilio de Nicea. » El traductor se ha acreditado otra vez en este pasaje de ser más bien *tradittore* que *traduttore*: el texto inglés dice « en su bien conocido pasaje, escrito por los *tiempos* del concilio de Nicea. »

» tan sólo autoridad consultiva; pero cuando en el siglo iv
» había alcanzado el Cristianismo el gobierno imperial, sus
» decisiones fueron coercitivas, hallándose apoyadas por el
» poder civil. Esto cambió por completo el aspecto de la
» Iglesia. Los Concilios ecuménicos formados por delegados
» de todas las Iglesias del mundo eran convocados por la
» autoridad del Emperador; los presidía personal ó nomi-
» nalmente, armonizaba las diferencias, y era de hecho el
» papa de la cristiandad.» (Pág. 212.)

Muy de prisa debió escribir Draper este desgraciado pa-
saje para no echar de ver la grave contradicción en que en
el espacio de tan pocos renglones incurría ¹. Dejando aparte
la falsedad del aserto de que la autoridad de los Concilios
fuese tan sólo consultiva, que le negamos tan rotunda-
mente como le negáramos, si se atreviese á afirmarlo, que
los Congresos de los diferentes Estados de la Europa ame-
ricana son poderes ejecutivos, ¿cómo no veía que no era
posible comprender que en el punto y hora en que el Cris-
tianismo acababa de alcanzar el gobierno imperial, en aquel
mismo instante fuese el Emperador el papa de hecho de la
cristiandad?

Es verdad que por las circunstancias especiales en que
se encontraba la Iglesia, combatida y á momentos perse-
guida todavía, según vimos en el capítulo segundo, por el
paganismo agonizante, y sobre todo por las herejías que
desgraciadamente, y en especial en las provincias orienta-
les, introducían lamentables divisiones y provocaban con-
flictos no pocas veces sangrientos, necesitada aquélla del
apoyo del poder civil, consentía y hasta con frecuencia auto-
rizaba á los Emperadores á que convocáran sus Concilios;

¹ Para comprender la enormidad del despropósito histórico que aquí dice Dra-
per, baste observar que aun nuestro concilio Iliberitano, celebrado ántes de la paz
de Constantino, era asamblea autónoma con poder legislativo y coercitivo, pues man-
daba, prohibía é imponía penas.

es cierto que, por razones parecidas, atendían aquéllos, como los únicos que tenían poder para hacerlo, á proporcionar á los Obispos los medios para que pudieran acudir al punto para el cual estaban aquellas Asambleas convocadas; y en suma, que asistían á veces personalmente y con más frecuencia por sus delegados á las mismas; pero no es ménos cierto que de palabra ó por escrito, y como en reconocimiento de un sagrado deber, daban las mayores seguridades de que ni ellos ni sus representantes tomarían parte ni influirían en las deliberaciones de dichas Asambleas, que reconocían no ser de su competencia ¹; y que únicamente, despues que los Obispos habían formulado sus decretos y habían sido éstos aprobados por el Pontífice, en virtud de su autoridad como Jefe jerárquico de la Iglesia, á petición por lo comun de los mismos Obispos y del Papa, el Emperador, poniendo su espada al servicio del báculo pastoral, tomaba, por decirlo así, bajo su amparo las decisiones conciliares, conminando con penas temporales á los que se resistiesen á someterse á ellas.

Creemos excusado advertir que las cosas pasaban como acabamos de indicar cuando las dos potestades, civil y

¹ « Mi gozo sería completo, decía Constantino á los Padres del concilio de Nicea, si viese á todos los corazones y á todas las inteligencias confundirse en el sentimiento y el pensamiento de una sola fe. A vosotros os toca, pontífices consagrados á Dios, proclamar la verdadera doctrina y comunicarla á los demás por medio de la persuasión. (DARRAS, *op. cit.*, t. ix, pág. 236.)

« Al llamaros á la dignidad de pontífices, decía en otra ocasion solemne y con motivo del mismo Concilio, el Señor os dió el poder de juzgar á los pueblos y hasta á Nós mismo; justo es, pues, que nos sometamos á vuestras decisiones y no nos arrojemos á reformarlas. » (*Ibid.*, pág. 263.)

El emperador Teodosio II, en la carta en que anunciaba á los Padres del concilio de Efeso, III de los ecuménicos, que enviaba á dicha Asamblea, en representación suya, al conde Candidio, les decía: « Al encargar al preclarísimo conde que asista á vuestro Sínodo, le he prescrito que en manera alguna tome parte en las cuestiones de dogma ni en las controversias relativas á la fe. Atribuciones son estas de los Obispos; UN LEGO QUE SE ATREVIESE Á USURPARLAS SERÍA CULPABLE DE SACRILEGIO. » (*Ibid.*, t. XIII, págs. 57 y 58.)

eclesiástica, marchaban unidas en esa armonía que de ellas exige el que es origen y fuente de todo poder. Que si hubo Emperadores que, abusando, por desgracia con sobrada frecuencia, en daño suyo y con escándalo del pueblo cristiano, de sus facultades, se erigieron papas y se constituyeron á veces en fautores y protectores de herejías, la Iglesia, que sabe que ha de cumplir aquí bajo sus destinos en medio de contrariedades y persecuciones, con condenar á los que ponían su sacrilega mano sobre el arca de las cosas santas, y arrostrar, si era preciso, hasta el martirio en defensa de la verdad y de sus privilegios, se descargaba ante Dios y ante la sociedad de la responsabilidad de los males que en los individuos y en los pueblos podían causar aquéllos con su desaforada conducta ¹.

«Nada había,» continúa diciendo Draper, apoyándose esta vez en la autoridad del protestante Mosheim, «que excluyese al ignorante de las dignidades eclesiásticas; el partido *salvaje é indocto* ², que consideraba todo saber, en especial la Filosofía, como perjudicial á la piedad, engrosaba, y en consecuencia las disputas del concilio de Nicea ofrecieron un ejemplo notable de la grandísima ignorancia y confusion de ideas, sobre todo en el lenguaje y explicaciones en que se hallaban *los que aprobaron las decisiones de aquel Concilio*.» Subrayamos estas últimas palabras á fin de llamar la atención de nuestros lectores sobre la circunstancia de que en aquel Concilio, segun

¹ «Has de saber, decía el papa San Leon el Grande al Emperador, que te fué dado el poder, no tan sólo para el gobierno del mundo, sino muy principalmente para defensa de la Iglesia, esto es, para que reprimas los atrevimientos nefandos, y protejas las buenas leyes, y restituyas la paz entre los que viven sin ella.» SAN LEO MAG., *Epist. LXXV ad Imperatore*.

² Si las palabras que dejamos subrayadas son de aquel historiador protestante, las recogemos como un dato de irrecusable autoridad para negarle el título de escritor imparcial, que le concede Draper, y darle el de exageradamente parcial y apasionado, que le atribuyen gran número de biógrafos.

Mosheim, los ignorantes, los que confundían el lenguaje y las explicaciones, eran únicamente los que aprobaron sus decisiones, y que, por lo tanto, los únicos que en aquella respetable Asamblea merecieron ser tenidos por doctos, los únicos que no confundieron ni las explicaciones ni el lenguaje debieron ser los que negaron la doctrina de la Iglesia. Por fortuna, en bien de aquellos pobres Prelados, y para el buen nombre de ésta, las acusaciones de Mosheim, si hemos de dar crédito á lo que él mismo nos dice, carecen de todo fundamento, ya que á renglon seguido añade Draper, continuando sin duda alguna la cita de aquel historiador, «que los antiguos críticos no están acordes en el tiempo ni en el lugar en que se convocó, ni en el número de Obispos que concurrieron, ni en el nombre del que lo presidió. No se extendieron actas de su famoso (*sic*) decreto¹, ó á lo ménos ninguna ha llegado hasta nosotros.»

Ignoramos en qué fuentes bebió Mosheim, en el caso de ser realmente suyos y no inventados por el escritor anglo-americano, ó por su torpe traductor, los datos, todos ellos negativos, que se leen en el pasaje que dejamos transcrito. No conocemos, ni es empresa fácil, dar con un ejemplar de su *Compendio de Historia eclesiástica*, acerca de la cual dice Bouillet que en ella alteró más de una vez la verdad histórica. Pero como por fortuna existen un sinnúmero de historias de la Iglesia escritas con profundo criterio, paciente laboriosidad y erudicion suma, en vista de cuantos documentos contemporáneos de los sucesos ó referentes á ellos han llegado hasta nosotros, y de las autoridades de escritores coetáneos ó inmediatos á los acontecimientos que narran, estamos en el caso de poder desmentir á Draper y al autor en cuya autoridad se escuda, afirmando, contra lo que él dice, que aquel Concilio fué convocado

¹ ¿Por dónde, pues, conocemos sus decretos (no decreto, como dice Draper ó su traductor), y por qué se atreve á calificarlo de *famoso*?

por Constantino, de acuerdo con el papa San Silvestre; que se reunió en Nicea de Bitinia en el mes de Junio del año 325; que asistieron á él 318 Prelados, entre los cuales había algunos, como los santos ancianos Phanucio, obispo de la Alta Tebaida, y Potamon, que lo era de Heráclea, y San Pablo, obispo de Neocesárea, y Jacobo de Nisive, y San Nicolás de Mira, etc., en cuyos cuerpos veíanse aún las cicatrices de los tormentos por ellos sufridos durante las persecuciones de Diocleciano y de Licinio; que fué presidido en calidad de Legado apostólico por el obispo de Córdoba, Osio, lumbrera de la Iglesia de España y uno de los Prelados más eminentes en virtud y saber de su siglo; que que á él concurrieron gran número de sofistas mantenedores de las doctrinas del eclecticismo alejandrino, «con quienes rompió,» dice un escritor eclesiástico, algunas lanzas San Atanasio, gran defensor de la doctrina católica, no ménos docto en las ciencias profanas que versado en las enseñanzas teológicas; que ha llevado, lleva y llevará mientras dure la Iglesia el nombre de *Símbolo de Nicea* el Credo que se reza en la misa y que repetimos millones de católicos; que Constantino, que asistió á sus deliberaciones, hallaba dignas de lo, así la paciencia con que escucharon la exposicion de la doctrina sacrílega de Arrio, como la *erudicion* con que la refutaron; y, en fin, que los decretos del Concilio, solemnemente aprobados por San Silvestre, han llegado hasta nosotros y pueden verse, junto con sus actas ¹ y demás documentos que á él se refieren, en Labbé ² y otros historiadores eclesiásticos.

«El concilio de Nicea, prosigue diciendo Draper, había

¹ Hace pocos años descubrió y dió á luz el cardenal Pitra una version en copto de las mismas.

² LABBÉ, *Collect. Concil.*, t. IV. — DARRAS, *op. cit.*, t. IX, cap. III. Véase en todas nuestras historias eclesiásticas la multitud de fuentes, así de escritores antiguos como modernos, á las cuales se puede acudir en confirmacion de los hechos que damos como ciertos, evidentemente demostrados en el texto.

» sido apenas aplazado ¹, cuando fué óbvio para los hombres » imparciales que, como método de esclarecer un criterio de » verdad en asuntos religiosos, semejantes Concilios habían » sido *un completo fracaso*.» (Pág. 213.) Lástima que Draper no hubiese vivido en el siglo iv para advertírselo á la Iglesia, con lo cual le hubiera ahorrado la molestia, por lo ménos inútil, de reunirse diez y ocho veces más en Asamblea general, amén de las muchas en que ha convocado á sus Prelados á Sínodos nacionales ó provinciales, al propio tiempo que le hubiera evitado la ocasion de multiplicar, en descrédito suyo y daño espiritual de sus fieles, tantos fracasos. Está visto que la Iglesia tiene el instinto del suicidio y que si vive es de milagro; y todo por no atender á los desinteresados consejos de sus enemigos, y por obstinarse en no reconciliarse con los sábios de la talla, como hoy se dice, y de la estofa del autor de la *Historia de los conflictos*. No tomen, sin embargo, á mal los tales sábios que, siquiera en disculpa de que la Iglesia — á quien los Apóstoles habían dado el ejemplo de reunirse en Asamblea para establecer lo que los fieles debían de creer y practicar, que habían establecido la fórmula: «Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros», como para dar un nuevo testimonio de su fe inalterable en la promesa de Jesucristo de que enviaría y estaría siempre con su Iglesia el Espíritu Paráclito — haya continuado convocando Concilios, apesar del fracaso que á juicio de los hombres imparciales tuvo el de

¹ Por si acaso algun día pasáran Draper ó su apologista los ojos por estos nuestros humildes renglones, nos creemos en el deber de advertir á uno y á otro — al segundo para que rectifique su juicio acerca de las dotes de historiador que á aquél atribuye — que el concilio de Nicea no fué aplazado. Sin duda el profesor anglo-americano cayó en el error de confundir aquel concilio primero de Nicea con el que se celebró en tiempo del emperador Marciano, el cual, si bien fué convocado para esta ciudad, hubo de ser trasladado á Calcedonia, á fin de poner á los Prelados que á él concurrieron á cubierto de las violencias de los sectarios, y en especial de los monofisitas, cuyos errores fueron en dicho Concilio condenados.

Nicea, les digamos que Lutero opinaba también, como aquélla, que el único medio de conservar la unidad religiosa era acudir á la autoridad de los Concilios ¹, y que Leibnitz, cuyo extenso saber y clarísimo entendimiento no se atreverá á poner en duda el catedrático de Nueva-York, se adelantó hasta afirmar que «nada hay más respetable en el mundo que la decision de un Concilio verdaderamente ecuménico ²».

Haremos gracia á nuestros lectores de otro breve pasaje, que Draper afirma ser de Mosheim, y por el cual, si realmente fuese suyo, se hubiera acreditado ese escritor, más que de historiador formal y erudito, de torpe libelista ³. También pasaremos por alto los renglones por demás repugnantes para toda persona que no tenga pervertidos el juicio y el sentido moral, en los cuales supone que la Iglesia que acepta como criterio de la verdad en favor de sus doctrinas el número de mártires que las han profesado, y los milagros, en lo cual está en lo cierto, por más que no le parezca muy racional á él, que no cree en los milagros, admite también como tal criterio las confesiones de los demonios, de los lunáticos ó de los poseídos, en lo cual miente, y nos atrevemos á suponer que á sabiendas. (Pág. 214.)

¹ «Si el mundo no perece pronto, vereis que será necesario, en vista de la diversidad de las interpretaciones de la Biblia y del interés de la unidad religiosa, que acudamos de nuevo á los decretos de los Concilios.»—LUTERO, l. I, *Epíst. contra Zwinglium*.

² LEIBNITZ, *Brief an Die Herzoginn von Braunschweig*, t. II, Julio, 1694.—*Dict. des apologistes involontaires*.

³ Nos referimos á aquel en que dice que en el siglo IV se adoptaron dos errores monstruosos y calamitosos, á saber: 1.º, que era acto de virtud engañar y mentir cuando por este medio se obtenía algún beneficio para la Iglesia, que es enteramente opuesto á lo que mandaba San Pablo, y fué máxima constante de todos los doctores y teólogos de todos los tiempos, esto es, que *non sunt facienda mala ut eveniant bona*; y 2.º, que cuando se sostenían y aceptaban errores religiosos despues de las debidas amonestaciones debían castigarse con penas civiles y tormentos corporales; lo cual, léjos de ser un error, es un hecho fundado en las más vulgares y verdaderas nociones del derecho penal.

Mas puesto que toma pié de tan absurdas acusaciones para hablar de las ordalias, de cuya existencia durante una gran parte de la Edad Media parece hacer tambien un grave cargo á la Iglesia, nos permitiremos acerca de ellas las siguientes brevísimas observaciones.

Primera. Que las ordalias, ó sean las llamadas pruebas judiciales, apesar de ser un irrecusable testimonio «de la ignorancia de la naturaleza de la prueba y de sus leyes,» se encuentran establecidas como institucion legal desde muy antiguo, y por ventura trasmitidas por los arios, entre los hindos, como lo demuestran las leyes que referentes á ellas, y copiadas de las *Asiatic researches*, 1, 464, cita Cantú, y los ejemplos que aduce, sacados del Ramayana y del Schah-Namé ¹.

Segunda. Que las ordalias, institucion tambien germánica, y que como tal se encuentran en todas las legislaciones de los pueblos bárbaros, fueron importadas á Europa por estos pueblos, con cuyas costumbres, hábitos y preocupaciones estaban en perfecta consonancia.

Tercera. Que apesar de ser, como institucion bárbara, ineficaz para el objeto á que estaba destinada, que era la averiguacion de la criminalidad ó inocencia de los acusados, debe ser considerada, al igual que lo hace Guizot, como un «primero é imperfecto ensayo para sustituir un régimen legal á la lucha de las fuerzas individuales; como una institucion encaminada á regularizar el derecho de guerra y á poner límites á la venganza privada.»

Cuarta. Que una vez admitidas las ordalias en las legislaciones y en las costumbres, y en atencion á que no era por de pronto fácil sustituirlas por medios de prueba más perfectos, la Iglesia las aceptó y hasta las tomó, por decirlo así, bajo su amparo, á fin de evitar los fraudes que en ellas

¹ *Historia universal*, nota B á la pág. 386 del t. VIII de la edicion francesa.

y por ellas pudiesen cometerse en daño del inocente, débil é ignorante por los más fuertes y astutos; si bien condenando por la voz de sus Concilios y de sus Papas, y entre otros por Alejandro III, Inocencio III y Honorato III, la prueba por el duelo, al cual acuden todavía hoy, y no como á un juicio de Dios, sino las más de las veces para vengar injurias personales, reales ó supuestas ó antiguos rencores, no pocos que se burlan ó se compadecen de la barbárie de nuestros rudos antepasados.

Nos permitiremos añadir á estas sencillas observaciones que no han llegado aún, ni es de esperar que lleguen pronto, los tiempos en que puedan echar la primera piedra á épocas é instituciones llamadas bárbaras los hombres y los siglos que, como observa Cantú, acuden aún en cierto modo al juicio de Dios, haciendo que decida la suerte quiénes de nuestros hijos han de sufrir la dura ley del servicio militar, por la cual se pueden ver condenados á morir por una causa que juzgarán, ó que tal vez será, verdaderamente injusta; los hombres y los siglos que resuelven por medio de la guerra, sacrificando hecatombes de víctimas, cuestiones en que la ambicion ó un mal entendido orgullo nacional entran acaso por la principal, si no por la única causa; y, por último, que ménos que nadie tiene derecho á levantar su voz contra las ordalias, que hace siglos pertenecen á la historia, el escritor hijo de un pueblo que no supo en nuestros dias encontrar más adecuado medio para poner término á los desórdenes de Far-West y de California, en el primer turbulento período de su colonizacion, que establecer la repugnante y bárbara ley de Lynch, que invoca todavía con frecuencia ¹, y la inícuca é ilegal institucion de las *Juntas de vigilancia*; de un pueblo que conserva aquella ley y esta institucion, baldon de una sociedad que se tiene

¹ Lo hacía *La Abeja de Nueva Orleans* del 21 de Marzo de 1874, en un artículo titulado *Invocacion á la ley de Lynch*.

por culta, á fin de impedir el espantoso crecimiento de la criminalidad en todos sus Estados, y atenuar, ya que no puede evitarlos, los males que causan la venalidad y la ignorancia de sus mal llamados tribunales de justicia, sin echar de ver que, miéntras que las ordalias eran un paso de la barbárie y del imperio de la fuerza á un órden de cosas más perfecto y al reinado de la ley, las *Juntas de vigilancia*, y sobre todo el *Linchage*, son, como ha dicho, con no ménos exactitud que oportunidad, Mr. Jannet, «la barbárie que sube y ahoga la civilizacion ¹.»

Mas debía llegar, segun Draper, el momento en que desaparecieran, envueltas en el desprecio que cayó sobre las ordalias, las doctrinas y las aserciones basadas en tan extravagantes pruebas. Este dia llegó, y entónces (esto es, al aproximarse el siglo XIII) un torrente de incredulidad se extendió en todas direcciones. La aparicion de la obra titulada *El Evangelio eterno*, y de las herejías de los cataristas (léase cátaros), valdenses y petrobusianos, son, segun el autor de la *Historia de los conflictos*, irrecusables testimonios, aquél de que la incredulidad había penetrado hasta en los monasterios, éstas de que se había propagado rápidamente entre el pueblo (pág. 215).

Sin duda no tuvo presente al escribir estos renglones que aquellos siglos (el XII y el XIII) en los cuales, segun él, se esparcía por todas partes la incredulidad, eran los del mayor florecimiento de las antiguas Órdenes monásticas y de la fundacion de nuevas Congregaciones religiosas, y la época, gloriosísima para el Pontificado y para la Iglesia, en que se

¹ *Les États-Unis contemporains*, cap. VIII, § II, pág. 168. En los periódicos de dichos Estados léense con frecuencia relatos de escenas de verdadero salvajismo, en ocasion de aplicar el pueblo aquella bárbara ley á los culpables, ó que son tenidos por tales, sobre todo si son hombres de color. No hace mucho tiempo leímos el caso de haber sido emplumado y quemado un negro por haber abrazado en público á una mujer blanca.

levantaban «las magníficas iglesias y catedrales, milagros de arquitectura y arte, y únicos milagros verdaderos, son » palabras del mismo Draper, del Catolicismo.» (Pág. 294.) Alarmóse, como era de suponer que así fuese, «el Gobierno » papal ante aquel desbordamiento de impiedad, y á fin de » contenerlo estableció dos instituciones, á saber: la Inqui- » sicion y la confesion auricular, ésta como medio de in- » formacion, y como tribunal de castigo aquélla.» (*Ibid.*)

La Inquisicion.

No hemos de ocuparnos, despues de lo que en otra parte de este escrito dejamos consignado, en defender la primera, sobre todo en lo que á nuestra historia patria se refiere. Baste decir que, objeto de las más exageradas acusaciones de parte de todos los enemigos del Catolicismo, y en especial de los escritores extranjeros, sobre todo desde que el clérigo apóstata, obsceno traductor de una infame y sucia novela titulada *Las aventuras de Foublas*, historiador sin conciencia, que cometió la villanía de llamar *plebe* y *canalla* á los héroes del 2 de Mayo, el ya citado jansenista Llorente, publicó su libelo infamatorio, que se atrevió á llamar *Historia de la Inquisicion española*; el tribunal del Santo Oficio fué encomiado por cuantos hombres eminentes en historia, literatura, ciencia y artes produjo España en los siglos de su mayor florecimiento; y esto no lo decimos solamente nosotros, sino que lo atestigua el mismo Llorente, quien no pudo ménos de declarar que, «apénas se hallará un libro impreso en España desde Carlos V hasta nuestros dias (1812) en que se cite sin elogio la Inquisicion, directamente ó por incidencia; y por lo respectivo á los escritores de asuntos religiosos ó sus adherentes, parece que les han faltado siempre dignas expresiones de su encomio...

Cualquiera que sea la materia de un libro, se ha encontrado siempre motivo y ocasion de citar al Santo Oficio como principio y medio de la felicidad española ¹.»

Y como el principal cargo que, sobre todo por los modernos racionalistas y pseudo-liberales, así de dentro como de fuera de nuestra casa, en lo que á aquel tribunal se refiere, es que fué el más poderoso obstáculo que al desenvolvimiento de la inteligencia en todas sus manifestaciones pudieron oponer aquí el fanatismo y la ignorancia, siendo por lo tanto causa, como decía en una ocasion solemne el Sr. Nuñez de Arce, de que, «falto de luz, de aire y de espacio el ingenio español pereciese,» nos permitiremos, con el doble objeto de desvanecer el error en que están los que tal piensan, y hacer ver al propio tiempo á Draper que pueden existir momentos históricos, como hoy vulgarmente se dice, en que vivan unidas en cariñoso maridaje, y hasta favoreciéndose mutuamente, la religion y la verdadera ciencia, poner á la vista de nuestros lectores el magnífico cuadro que de nuestra cultura trazaba el mismo Nuñez de Arce, obligado por la verdad histórica, en la ocasion á que ántes hemos aludido. «Entónces la Teología, dice, que removiendo las entrañas de la sociedad hasta en sus más ocultas fibras compendiaba todos los conocimientos y pasiones (?) de aquella época, ya vacilante en su fe, encuentra en España sus intérpretes más aventajados, y nuestros doctores son, por la solidez de su doctrina y prodigiosa elocuencia, admiracion y pasmo del concilio de Trento. Inquieren y ahondan nuestros místicos con sagaz penetracion todos los misterios de la lengua castellana, y consiguen expresar las abstracciones más metafísicas con claridad de concepto, que haría bien de imitar la moderna filosofía. La poesía lírica se transforma, influida por el gusto italiano; y si bien por esta

¹ *Memoria histórica sobre cuál ha sido la opinion nacional de España acerca del tribunal de la Inquisicion.*

misma razon es la ménos original de nuestras manifestaciones literarias, contribuye sin embargo á la perfeccion y enriquecimiento del idioma, recogiendo sus armonías más íntimas, ennobleciendo sus palabras, dando novedad y soltura á los giros y añadiendo definitivamente á la lira española metros poco usados y cuerdas desconocidas. El estudio de la antigüedad clásica que á la sazón despierta en Europa, presta á la historia, sacándola de su humilde condicion de crónica, formas majestuosas y sentencioso estilo. Desenvuélvese la novela, y el teatro, que debía reconcentrar, andando los años, toda la actividad de nuestro espíritu, *cohibido en las demás esferas*, anuncia ya el superior destino que le aguarda. El generoso deseo de propagar la fe de Cristo, no sólo en las desconocidas regiones descubiertas recientemente por Colon, sino en los más apartados imperios de Oriente, donde nuestros misioneros buscan y alcanzan amenudo la inmarcesible palma del martirio, abre anchos horizontes á la investigacion científica y reciben extraordinario impulso entre nosotros los trabajos geográficos, náuticos, físicos y naturales. No lo recibe menor la enseñanza de las lenguas, hasta las más incultas de la América y Asia; y España, con la publicacion de innumerables gramáticas y vocabularios, coordina y deja á la posteridad los elementos primitivos que más adelante debían dar origen á una nueva ciencia. ¡Qué explosion tan grandiosa la de nuestro genio nacional! El mundo todo se somete sin oposicion á su influjo, y las prensas de París y Lyon, Bruselas, Amberes, Roma, Milan, Nápoles y Venecia, multiplican y esparcen por todos los ámbitos de la tierra, en el idioma nativo ó en los extraños, las obras de nuestro teólogos, sábios, historiadores, místicos, novelistas y poetas ¹.» ¿Qué más pudiéramos decir nosotros, añadiremos con el

¹ Discurso de recepcion en la Academia Española.

señor Orti y Lara, en honor del tribunal de Fe, en cuyos primeros y mejores dias España se vió enaltecida y glorificada *con tan grandiosa explosion del genio nacional*, sino exclamar con el Sr. Valera: «Lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusion, es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar como *en ciencias, letras y artes*, es la edad del mayor fervor católico, de la mayor intolerancia religiosa: son los siglos xvi y xvii ¹.»

Respecto á la pintura con que entretiene Draper á sus crédulos lectores de las crueldades del Santo Oficio; de que desde 1487 á 1808 castigó 340.000 personas, y que de éstas cerca de 32.000 fueron quemadas, no hemos de perder el tiempo en volver hablar de ello despues de lo que acerca de este asunto dejamos escrito en el capítulo. De que aquel tribunal tuviese por objeto extirpar por el terror las disidencias religiosas, deduce Draper que *necesariamente* debía tener la facultad de determinar lo que constituía la herejía, y que, por lo tanto, estaba en él el criterio de la verdad. Esto no se comenta ni se refuta, sino que se entrega al desprecio de los hombres sérios, y como plato de su gusto, para que se recreen con él, á los admiradores indoctos del profesor anglo-americano.

¹ Contestacion al discurso del Sr. Nuñez de Arce.

La confesion auricular.

Despues de las acostumbradas vulgaridades acerca de la Inquisicion, dedica Draper unos pocos, pero bien aprovechados renglones, á hablar de la confesion auricular, gracias á la cual tenía dicho tribunal la omnipotencia y omnisciencia necesarias para que, poseyendo los secretos de todos, nadie pudiese escaparse de caer en sus manos. (Pág. 217.)

Sin afirmarlo claramente, parece, no obstante, querer indicar que la confesion secreta con un sacerdote fué establecida en el año 1215 por el concilio cuarto Lateranense. Si tal creyó, ó se propuso que lo creyeran sus lectores, le recordaremos que, como condicion indispensable para alcanzar las gracias espirituales que atribuyó Jesucristo al sacramento de la Penitencia, para el cual ejercen sus ministros la facultad que en las personas de los Apóstoles les fué concedida de atar y desatar los pecados, es la confesion auricular de institucion divina, y por lo tanto que este Sacramento y la confesion de las faltas cometidas, «en la cual y en las condiciones que impone, encontraba el doctor Döllinger un sério exámen de sí mismo y una fuerza iluminativa, purificadora y fortificante que por nada puede ser reemplazada¹;» este Sacramento y la confesion auricular, decíamos, se encuentran mencionados en los escritos de los Apóstoles, en los de Hermas y en otros de autores de la mitad del siglo II; en los del siglo III, Tertuliano, Orígenes y San Cipriano; en los de los Padres del siglo IV que se ocuparon en sus obras en el sacramento de la Penitencia, tales como San Paciano, obispo de Barcelona; San Basilio

¹ DÖLLINGER, *Le Christianisme et l'Église à l'époque de leur fondation*, lib. III, § VII, pág. 456.

el Magno, San Gregorio Niceno, San Leon el Grande, etc.¹ Mas como para Draper, por cima de la autoridad de todos los Padres, está la de Tertuliano, que «alcanzó los días más puros del Cristianismo y nos dió, segun él, el cuadro más acabado y perfecto del mismo,» nos permiteremos recordarle lo que decía aquel su autor predilecto acerca de la confesion auricular: «Confiéscense, escribe, todos los pecados cometidos por la carne ó por el espíritu, por el hecho y por la voluntad;» y en otra parte: «La penitencia, en general, no consiste sólo en el acto *interior*, sino que se perfecciona por el acto *exterior*, por la exhomologésis ó confesion².»

Draper no acierta á ver en la confesion sino un instrumento de espionaje, un camino para llegar á los secretos de la vida doméstica, el más fácil medio para sorprender los más recónditos pensamientos. Es la general y vulgar acusacion que, sin tener motivo alguno verdadero en qué fundarla, dirigen á esta institucion, demasiado bella, provechosa y santa para no ser de origen divino, las personas de entendimiento corto y bajos sentimientos que, no acertando á juzgar y á medir á los demás sino segun la mezquindad de su alma y la ruindad de su corazon, no comprenden que haya quienes sean capaces de realizar, no siendo para su propio interés ó medro, actos de verdadera abnegacion ó de heróico sacrificio. Decid á ese linaje de gentes que el secreto de la confesion tiene sus mártires, y os contestarán, los ménos con un gesto de incredulidad, los más con un ademán de desprecio ó de burla. Sin embargo, Voltaire, en quien la luz de su claro entendimiento se abría de vez en

¹ Para los textos que se refieren especialmente á la confesion auricular, véase ALZOG, *Historia eclesiástica*, t. I, pág. 310 y 311, notas 2 y 3, y t. II, pág. 149 y siguientes de la version española. Véanse además los llamados *Cánones penitenciales*, que fueron escritos en el siglo IV, y donde se leen las rigurosas penitencias que, segun la gravedad de la culpa, se imponían entónces á los penitentes.

² *De pœnitentia*, caps. VI, VII, IX y X, etc.

cuándo paso á través de los densísimos vapores que subían hasta él desde el cenagoso charco de sus pasiones; Voltaire, que en vários de sus momentos lúcidos acertó á reconocer en la confesion «el más robusto freno contra los crímenes ocultos, el medio más admirable para predisponer al perdón á los corazones ulcerados por el ódio, y para inducir á la reparacion á los que se han hecho culpables de injusticias ¹; Voltaire, que creía en la inviolabilidad de los secretos del confesonario, cuenta que, interrogado el jesuita Cotton por Enrique IV si revelaría la confesion de un hombre que le hubiese declarado en ella que quería asesinarle, «no por cierto, contestó el virtuoso jesuita, pero me interpondría entre vos y él ².» Napoleon decía «que es indudable que por medio de la confesion nos afirmamos más y más en el bien, conocemos el mal más á fondo y nos unimos estrechamente á Dios ³;» y Raynald, que por experiencia conocía sus grandes ventajas, no vacilaba en afirmar «que el mejor de todos los gobiernos sería una teocracia donde se estableciese el tribunal de la confesion ⁴.»

Apesar del mucho poder que daba á la Iglesia la confesion auricular; apesar del terror que inspiraba la Inquisicion, «ésta, dice Draper, no logró su objeto: los herejes, » ya que no pudieron luchar contra ella, la burlaron. La in- » credulidad aumentó;» y á demostrarlo destina el profesor anglo-americano dos extensos párrafos que renunciarnos á extractar, en los cuales salen á relucir, entre cien opiniones que alcanzaron, segun dice, no escaso aplauso y ganaron buen número de prosélitos, las herejías de los valdenses, y de los hermanos y hermanas del espíritu libre, las

¹ VOLTAIRE, *Obras*, edicion de Kehl, t. xxxiv, pág. 306: — *Dict. philosoph.*, art. *Catéchisme du Curé*.

² *Ibid.*, t. xlix, pág. 422.

³ *Sentiments de Napoleon sur le Christianisme*, cap. ix, pág. 141.

⁴ *Hist. philosophique*, t. iii. Esta obra ha sido condenada por la Iglesia.

doctrinas de Averroes, y enmedio de un fárrago de errores y de afirmaciones gratuitas, las dos siguientes, que merecen ser consignadas por lo peregrino la una, á saber: «que las »ideas panteistas sólo pueden sustentarse en un estado intelectual avanzado,» (pág. 218) y por lo nuevo la otra, ó sea que debe contarse á Leon X «entre las personas que sustentaban (*sic*) la enemistad más violenta contra el Cristianismo.» (Pág. 219.) Protestamos de esta calumnia, y apelamos respecto de ella, de la autoridad de Draper, á la sobre toda ponderacion más estimada, con todo y ser tambien de un enemigo de la Iglesia, del historiador protestante Ranke, quien apesar de no haber disimulado, sino, por el contrario, descrito más bien con exageracion los defectos de carácter que como hombre pudo tener aquel Pontífice, le califica, admitiendo el juicio que acerca de él hacía Marco Minio, «de religioso ¹.»

La Reforma.—Acusaciones contra el Papado.

A continuacion de dichos párrafos empieza á hablar de la Reforma, «cuyo advenimiento aceleraron, segun el profesor anglo-americano, el abandono de la prueba milagrosa »y la sustitucion en su lugar de la prueba legal.» (Pág. 220.) Más de una vez con harta repugnancia, y hasta haciendo el sacrificio de nuestra dignidad de escritores en aras de la causa que defendemos, hemos descendido á refutar groseros errores y á desvanecer imputaciones calumniosas, únicamente merecedoras del más soberano desprecio, lanzadas por Draper contra la religion que profesamos y contra la Iglesia á quien veneramos como depositaria de su doctrina

¹ *Histoire de la Papauté*, deuxième edition, t. 1, pag. 74.

y maestra de sus enseñanzas; pero son tan torpes, y revelan tanta ignorancia del asunto y tan ciego encono las que al hablar de las indulgencias se atreve á arrojar sobre la inmaculada Esposa de Jesucristo y sobre sus ministros, que ni debemos manchar nuestra pluma obligándola á reproducirlas, ni ofender los oídos de nuestros lectores repitiéndolas. Si algún día, y quiera Dios que así sea, acallados por la voz de la fría razón los desentonados gritos de sus ódios antireligiosos, llegára á comprender el autor de la *Historia de los conflictos* hasta qué punto envileció su pluma moviéndola á escribir tan bajas calumnias y falsedades tan ruines, al igual que lady Macbeth, que creía que no había en el mar bastante agua para lavar la mancha de sangre de un homicidio, verá también con dolor que no hay bastante llanto en sus ojos para borrar las de envenenada hiel que sobre el papel estampó su mano. ¡Qué de remordimientos, dejados aparte los religiosos, no destrozarían hoy el corazón de Voltaire si, volviendo al mundo, viese cuánto ha menguado en el espacio de un siglo su nombradía de poeta é historiador, y cuánto, por el contrario, ha crecido su fama de calumniador y libelista! ¡Qué no daría por no haber escrito los crímenes literarios á que dió los nombres de *La pucelle d'Orleans* y *Candide*, y sus demás novelas!

Nacida la Reforma (que más propiamente se debe apellidar pseudo-reforma) «pronto se hicieron visibles, añade Draper, los verdaderos principios que animaban la controversia. Descansaban en la cuestión de si ¿debe la Biblia su autenticidad á la Iglesia, ó debe la Iglesia su autenticidad á la Biblia? ¿Dónde está el criterio de la verdad?» (Pág. 221.)

Sin detenerse en la resolución de este problema, pasa á trazar un ligero esbozo de la historia del establecimiento de la llamada Reforma, en el cual no nos ocuparíamos si no halláramos estampadas en él estas dos graves acusaciones

lanzadas contra el Pontificado, á saber: que él fué quien »instigó las grandes y horrorosas guerras que por tantos »años asolaron la Europa, y creó animosidades que ni el »tratado de Westfalia ni el Concilio de Trento, despues »de ocho años de debates, pudieron cortar;» y que fué tambien él quien provocó la matanza de los hugonotes en la noche de San Bartolomé del año 1572; «hecho, añade, »que no tiene rival en los anales del mundo por su perfidia »y atrocidad.» (Pág. 222.)

Debemos confesar que nos ha sorprendido por su novedad la acusacion lanzada por Draper á los Pontífices romanos de haber sido ellos los instigadores de las guerras que asolaron la Europa ántes y despues de aquel famoso tratado. Necesítanse, en verdad, todo el cinismo y todo el odio de que están animados contra el Catolicismo el autor de la *Historia de los conflictos* y los de su bando para atreverse á estampar tan infames calumnias é insultos tan torpes contra los Papas. Que, por gran desventura, frecuentes y horrorosas guerras han asolado la Europa en todos los siglos de la edad moderna, es una verdad que está escrita con letras de sangre en cada una de las páginas de sus anales. Desde que empiezan las de Carlos VIII y Luis XII en reclamacion de sus derechos, supuestos ó reales, sobre el reino de Nápoles y el ducado de Milan, y que continúan con inaudita tenacidad y fiero encarnizamiento Francisco I y Carlos V, y sobre todo desde que vino la pseudo-reforma á añadir á los odios de raza los religiosos, por desgracia los más duraderos y crueles, y á dar nuevo incentivo á las pasiones ambiciosas, facilitando su logro con disfrazarlas con la capa de religion, la Europa se convirtió en vastísimo campo de batalla, en el cual fueron ménos los instantes en que descansaron los combatientes en sus tiendas á la sombra de sus banderas, que los otros en que ardió con toda su fuerza el horno del combate. Sangrientas luchas religiosas en Alemania, en Escocia, en Irlanda, en Suiza,

en Francia y en los Países Bajos, estas últimas degenerando pronto en políticas; la Guerra de treinta años, comenzada en nombre de los intereses religiosos y continuada por la ambicion y para el triunfo de bastardos intereses políticos; las provocadas por la ambicion de Luis XIV con objeto de levantar su poderío sobre los despojos de la casa de Austria; las de sucesion á las coronas de España y del Imperio; la llamada del Norte; las de la República francesa, y por último, y como coronamiento y remate de todas ellas, las de Napoleon; tales son, fijándonos tan sólo en los más importantes, los gigantescos duelos que llenan la historia de tres siglos, en gran número de los cuales, divididos en dos campos la mayor parte de los pueblos de Europa, peleaban con furor verdaderamente salvaje al siniestro resplandor de centenares de poblaciones incendiadas y sobre campos ántes florecientes, donde era tal el estrago causado que, cual en las tierras pisadas por el corcel de Atila, no volvía en mucho tiempo á brotar hierba ¹.

Y entre tantas guerras, ¿cuáles fueron, le preguntaremos á Draper, las provocadas por los Pontífices? Nosotros no sabemos de ninguna, á ménos de haber sido obligados á ello por los poderes civiles; pero en cambio le podríamos nombrar otras en que intervinieron cual heraldos de paz, como con gloria suya y bien de los pueblos lo habían hecho repetidísimas veces en los tiempos medios, arrojando su cetro entre los combatientes para que, depuestos sus ódios

¹ Hablando Møller de los efectos causados únicamente en las comarcas del Norte por la guerra de treinta años, «la poblacion, dice, había disminuido en más de la mitad; una gran parte del país hallábase transformado en un verdadero desierto. Dilatados bosques y ásperos matorrales cubrían extensas comarcas ántes cultivadas. Habían desaparecido ó transformádose en grupos de miserables cabañas muchas ciudades y pueblos ántes florecientes, y sus habitantes tenían que estar casi de continuo combatiendo contra los lobos y otras fieras, cuyo número había aumentado prodigiosamente durante la guerra. El comercio y la industria se hallaban en la mayor decadencia,» etc.

y con ellos sus armas, se unieran en fraternal abrazo, ya en provecho de sus pueblos, ora en defensa de la sociedad cristiana, puesta en grave riesgo de caer bajo el yugo de hierro de los turcos otomanos. En cambio le podríamos señalar las en que fueron víctimas, y con ellos los intereses morales y religiosos que representan de la saña anticatólica ó de las ambiciones de los combatientes. En cambio le podríamos enumerar los muchos casos en que, despojados en daño de los pueblos y hasta de los mismos Reyes—quienes habían creído aumentar el brillo de sus coronas empañando el de la tiara —de la paternal y saludable influencia que habían ejercido en otras edades en los destinos de las naciones cristianas, ya que otra cosa no les era dable hacer en provecho de éstas, protestaron contra las iniquidades de que eran víctimas. Desde el tratado de Granada, con el cual inaugura la llamada diplomacia su odiosa historia de repartos de pueblos, de despojos de privilegios, de menosprecios de fueros, de opresion de los débiles por los fuertes y en provecho de éstos, hasta el de Viena, y pasando por la grande iniquidad á que se ha dado el nombre de tratado de Westfalia, y por el repugnante crimen de algunos modernos Gobiernos, que con incalificable cinismo se llamó reparto de Polonia, ¿sabe Draper de alguno que, siendo injusto y habiéndose realizado en daño de los intereses morales ó de la independencia de los débiles, como, por ejemplo, aquel famoso tratado y ese inicuo reparto, no haya sido enérgicamente condenado por los soberanos de Roma, por esos Papas por él tan torpemente injuriados?

La San Bartolomé.

Por lo que se refiere á la jornada de triste recordacion, conocida con el nombre de matanza de San Bartolomé, despues de una detenida lectura de várias *Historias de Francia*, de extensas monografías acerca de aquel hecho publicadas en diferentes Revistas, y sobre todo del interesante trabajo crítico escrito por Mr. Gaudy, y dado á luz en los primeros cuadernos de la *Revue des questions historiques*, creemos poder afirmar sin temor de ser desmentidos: primero, que fué una consecuencia fatal y tristemente necesaria, dada la situacion de los ánimos y de los partidos, de la tentativa de asesinato en la persona de Coligny; segundo, que la corte, ó por mejor decir Catalina, á la cual se debe considerar como principal inspiradora de aquel hecho, obraba, segun confesion del famoso historiador racionalista francés Mr. Martin, bajo la impresion «de un peligro no enteramente quimérico;» tercero, que habían dado motivo de sobra para que se creyera en la realidad y en la inminencia de este peligro las antiguas conspiraciones y las amenazas de que, por parte de los hugonotes, habían sido objeto algunas personas de la corte y el Monarca, en especial desde aquella tentativa de asesinato; cuarto, que fué dispuesto y ordenado por Catalina, los duques de Guisa y d'Alençon, hermano del Monarca, y por éste, quien se vió arrastrado á ello, apesar suyo, por el miedo que supo infundirle su madre; quinto, que no es verdad que Cárlos hiciese fuego desde una ventana del Louvre sobre los hugonotes que huían al otro lado del Sena, por la sencillísima razon de que la disposicion de los lugares hacía imposible que así fuese; y sexto, que muchas de las víctimas, cuyo número ha sido exagerado por los escritores protestantes y

racionalistas, lo fueron de antiguos ódios políticos ó de ambiciones y venganzas particulares.

En cuanto á la acusacion que se hace vulgarmente á la Santa Sede suponiéndola cómplice, ó por lo ménos conocedora de aquel suceso, está demostrado que á la primera noticia que llegó á Roma el papa Gregorio XIII «dió gracias al cielo de que hubiese salvado al Rey de la muerte, y la Francia de las conjuraciones y del triunfo de los rebeldes y de los herejes;» pero que en cuanto supo lo que había pasado, lo reprobó y condenó de palabra y por escrito. «Por lo demás, dice Cantú¹, y obrando como el Pontífice bajo la impresion que causó en las cortes el despacho de Carlos IX, en el cual afirmaba éste que se había visto obligado á mandar el degüello para salvar su vida, el Tasso aprobó y celebró la victoria real, Venecia felicitó al Monarca francés, Felipe II solemnizó la noticia con regocijos, y por fin todos los Príncipes católicos de un extremo á otro de Europa enviaron á Carlos sus plácemes².»

Al hablar de la Reforma en un capítulo cuyo principal objeto era averiguar dónde se encuentra el criterio de la verdad, natural era que Draper, llamando á aquélla á su tribunal, al igual que Pilatos al que le entregaban los judíos para que le juzgara, le preguntase: «¿Eres tú la verdad? ¿Posees tú su criterio?—«Yo, lo mismo que los católicos, debió contestarle la Reforma, creo que la Biblia es guía suficiente para todos los que de cristianos nos preciamos; pero miéntras que aquéllos incurren en el absurdo de creer que su Iglesia, depositaria de las divinas enseñanzas, y favorecida, segun la promesa de Jesucristo, con la constante asistencia de su Espíritu, es la única encargada

¹ *Histoire universelle*, nota F á la pág. 221 del t. xv.

² Ranke, Ranmer, Mackinbosch y otros escritores protestantes, han sostenido que la San Bartolomé fué un crimen político, y no un crimen religioso. (*Les Hérétiques*, t. III, pág. 480.)

de interpretarla, yo que nací ayer, yo que soy el error, yo que soy el pecado, yo que soy la protesta, yo creo que todos, sábios é ignorantes, virtuosos ó criminales, tienen derecho á entender como mejor les parezca los sagrados textos.» Y Draper, no imitando al Gobernador romano en lo de lavarse las manos, pero sí parodiándole en lo de no atreverse á dar su fallo, conténtase con decir á sus lectores: «Creyóse que al fin se había encontrado el criterio de la verdad.» (Pág. 223.)

Mas como la Reforma persistió en creer en la autoridad de las sagradas letras; como apesar del libre exámen obstináronse sus jefes en sostener que aquéllas «contienen la suma y esencia de todo saber útil ó posible para el hombre, y no toleraron ciencia alguna que no estuviese conforme con el Génesis,» (*Ibid.*) y para mayor baldon de la misma Lutero se declaró enemigo de la filosofía ¹, de ahí el que se vea obligado á confesar que la ciencia nada debe á la Reforma, la cual tenía siempre ante sí el lecho de Procusto del Pentatéuco.

Si á este fracaso se añade que se hizo reo de intolerancia; que adoptó tambien la pena capital por diferencia de opiniones, ella, que á nombre del libre exámen debía aceptarlas todas, no podremos ménos de convenir con el autor de la *Historia de los conflictos* que se habían engañado lastimosamente los que habían creído que se había encontrado al fin ese criterio de verdad, que es el suspirado Eldorado con el cual aquél sueña, y por cuyo hallazgo suspira y

¹ Lutero declaró que el estudio de Aristóteles es completamente inútil: llama al filósofo griego demonio, terrible calumniador, malvado sicofante, príncipe de las tinieblas, embustero de la humanidad, charlatan público de profesion, macho cabrío, epicúreo y dos veces execrable. Sus alumnos eran, segun él, sabandijas, orugas, sapos y piojos, á quienes aborrecía profundamente. — DRAPER, pág. 223 y 224. — Podía haber añadido que llamó á la razon novia de Satanás, prostituta, mónstruo abominable, etc., y á las Universidades invenciones diabólicas, inventadas para disolver el Cristianismo. — CANTÚ, *Les Hérétiques*, IV, 312.

tanto se afana. Calvino mandó quemar á fuego lento en Ginebra á Servet, con lo cual no hizo más «que dar una prueba de que el espíritu de persecucion no había concluido.» Pero, «¿había por ventura alguna diferencia, preguntase á sí mismo Draper, á fin de atenuar la crueldad y odiosidad de aquel suplicio entre este auto de fe protestante y el católico de Vanini, quemado asimismo en Tolosa por la Inquisicion en 1629, por sus *Diálogos sobre la naturaleza* ¹?»

La imprenta y el Índice expurgatorio.

Sin transicion de ninguna clase, y á la manera que en una lista de cargos se pasa en un alegato fiscal de uno á otro de muy distinta índole, arrójase Draper á hablar de la invencion de la imprenta, motivo, segun dice, de alarma y causa de peligros para la Iglesia; la cual, viendo que la Inquisicion era impotente para desvanecerlos, creó la llamada institucion de la Congregacion del Índice expurgatorio, de más eficacia para lograrlo.

Excepto por los antiguos copistas y miniaturistas, que vieron en tan admirable invento la muerte de sus industrias, fué éste saludado por la Europa sábia como el medio que más poderosamente debía contribuir á la difusion de la

¹ Otra vez nos vemos obligados á decirle á Draper que se equivoca. Cousin, en su *Memoria sobre Vanini*, prueba que fué condenado por el Parlamento de Tolosa, porque ni él ni sus amigos pudieron alcanzar que su proceso fuese llevado al tribunal eclesiástico de la Inquisicion, el cual, dice aquel filósofo, de seguro no le hubiera aplicado más que una pena disciplinaria. — CANTÚ, *Les Hérétiques*, etc., t. III, página 559. — Al enumerar las diferentes hipótesis sobre el origen del linaje humano, Vanini menciona y parece aceptar la que le hace derivar del mono. — *Ibid.*, página 599.

ciencia. En el espacio de veinte años, desde 1466 á 1486, vióse como brotar del seno de la tierra ochenta y seis imprentas. La Iglesia lo acoge como un instrumento efficacísimo de propaganda. Pio II invita á ir á Roma á dos obreros de Guttenberg, llamados Arnoldo Pannartz y Conrado Schweynheim, y pronto las principales ciudades de Italia se pueblan de prensas y de impresores alemanes, sobre los cuales derraman el público sus favores, y sus privilegios los Papas y los Gobiernos. «Grandes y pequeños, dice Philarete Charles, no tan sólo no se opusieron á ese movimiento triunfal, sino que, por el contrario, lo secundaron. Pontífices y Cardenales, Príncipes y encopetadas damas se agrupan en torno de aquella cuna de Hércules. Los primeros patronos del gigante que acaba de nacer son: Paulo II, Leon X, Maximiliano, Jimenez de Cisneros, Enrique VIII, Francisco I, Isabel. La Sorbona introduce la imprenta en París y la establece en su propio palacio. Francisco I visita el taller de un impresor y permanece en pié mientras corrige una prueba, á fin, decía, de manifestar en cuánta estima tiene la ciencia ¹.»

Multiplicanse las imprentas con rapidez asombrosa, y cuéntanse al poco tiempo por millares los libros dados á luz por ellas. Dijérase que, hambrientos los pueblos de alimento intelectual, escaso hasta entónces y de difícil logro, quieren hartarse de él ahora que lo alcanzan en abundancia y á bajo precio. Desde el año de su introduccion hasta el 1500, Venecia imprime 2.835 obras, 925 Roma, 751 París; Inglaterra figura la última en este movimiento, y sus prensas de Londres, Westminster, Oxford y Saint-Alban, únicas ciudades donde se introdujeron, producen la menguada difra de 141 libros. Apesar de haber abrazado la Reforma, ó por ventura á causa de ella, debían transcurrir todavía dos

¹ PHILARETE CHARLES, *Études*, etc., pág. 408.

siglos ántes que dejára de ocupar el humildísimo y poco honroso lugar en que respecto de otras naciones le dejó la décimaquinta centuria al perderse en el abismo de los tiempos.

Sin embargo, al medio siglo de establecida, los Prelados reunidos en el quinto Concilio de Letran (1513-1517) veíanse con sentimiento obligados á decir de la imprenta, «en aquellos tiempos perfeccionada, gracias á la proteccion divina, como un medio muy oportuno de ejercitar la inteligencia y de formar los eruditos, que veían abundar en la Iglesia, daba ya á luz libros que, en vez de servir de edificacion, corrompían la fe y las costumbres. Para que, pues, no se convirtiera en piedra de escándalo para los fieles un arte que había sido inventado para gloria de Dios, debían decretar y decretaban que en adelante no se diese á luz ningun libro si ántes no estaba revisado por el maestro del Sacro palacio ó por los Obispos '». Echábase de ver que el Hércules, valiéndonos del bello símil ideado por Charles, que con tanto entusiasmo había sido festejado y honrado en su cuna, abusaba, en daño de la sociedad y de sus más sagrados intereses, de la fuerza de que para la defensa de aquélla había sido dotado; y de ahí que en todas partes y por todos los Gobiernos se tomáran medidas más ó ménos severas para cerrar la puerta á los males que causaba.

La Iglesia, á la cual, entre otros grandes privilegios, ha concedido Jesucristo el de ver ántes que nadie los peligros que, amenazando al parecer á ella sola, ponen en grave riesgo á las humanas sociedades, y á quien ha sido impuesto el deber de combatirlos, al ver el crecimiento que tomaba el mal acudió á los medios de que le es dado disponer para contenerlo. En vista de la ineficacia de los empleados por sus antecesores Alejandro VI y Leon X, Paulo IV, en 1559, mandó redactar y dió á luz el *Index*. Si se cayó en alguna exageracion, no en las penas impuestas, pues éstas

¹ CANTÚ, *Les Hérétiques*, t. 1, pág. 490.

fueron las espirituales, que son las usadas siempre por la Iglesia, sino en haber continuado en aquel catálogo libros que no debían por ventura haber sido incluidos, y que se borraron de él más tarde, lo disculpan la gravedad del daño y la necesidad que había de acudir pronto á su remedio.

Cantú advierte que no era cosa nueva tomar los Gobiernos precauciones para atajar el torrente de las malas ideas, y cita varios ejemplos sacados de la historia antigua, griega y romana para demostrarlo ¹. ¡Cuántas veces, en efecto, limitándonos á Roma, había ésta, desde Catón el Antiguo hasta muy entrados los tiempos del imperio, arrojado de su seno á los sofistas!

Pío V estableció la llamada Congregación del Índice á la cual dió Benedicto XIV en 1753 nuevas reglas, á fin de proteger los espíritus, ménos contra las obras de los herejes que contra las de los católicos, y poner término á las quejas que se habían elevado con motivo de la condenación de obras de escritores ortodoxos y de costumbres verdaderamente cristianas. Atendida la necesidad y la obligación que tiene la Iglesia de velar por la pureza de las doctrinas y la conservación de las buenas costumbres, no es posible proceder con más moderación, prudencia y respeto á los escritores que las que usa dicha Congregación ántes de continuar una obra en el *Index* ². Y mientras que los poderes civiles, extremando muchas veces sus rigores, imponen acaso penas severísimas á los autores cuyas obras condenan ³, ella no emplea más que las advertencias y las

¹ CANTÚ, *op. cit.*, t. I, pág. 493.

² CANTÚ, *Ibid.*, t. II, pág. 669 y siguientes.

³ Tan sólo por vía de ejemplo, y omitiendo otros muchos casos que pudiéramos citar, recordaremos á nuestros lectores que en Inglaterra, hasta las más remotas alusiones hechas por medio de la imprenta eran interpretadas por los Abogados de la Corona como que provocaban á la traición y al asesinato, y castigadas con pena de muerte. A ella lo fueron el impresor Carter en 1583, los puritanos Barron y Greencrooth y los anabaptistas Tracker y Copping.

En 1585, el llamado Tribunal Estrellado redactó una Ordenanza sobre imprenta por

excomuniones, estas últimas de ningun efecto para la mayor parte de los escritores que se hacen merecedores de ellas. Es de notar tambien, advierte el ya citado Cantú, que aquella Corporacion da á sus fallos el carácter de remedio más bien que de castigo, y por esto no tiene inconveniente en otorgar permiso para leer las obras que prohíbe á las personas á quienes cree que no han de abusar de este privilegio, sino que ántes, por el contrario, han de aprovecharse de él en bien propio y de los demás.

Como quiera que sea, se nos dirá: ¿no es esto coartar la libertad del pensamiento, contrariar el vuelo de la ciencia? De la ciencia por la cual se va al error, lo concedemos; de la ciencia que, segun expresion de Bacon, conduce á Dios, lo negamos. Ni la Congregacion del Indice ni la Iglesia cohiben, porque son impotentes para ello, la libertad de pensar; cohiben sí, en lo que alcanza su poder, la propagacion de los errores en que por ignorancia ó por perversidad de corazon incurren los hombres á quienes nadie ha otorgado el don de infalibilidad, y á los cuales la Iglesia no ha concedido ni puede conceder el derecho de derramar venenos—que á éstos se han comparado con razon ciertos errores—para por medio de ellos trastornar las inteligencias y pervertir la voluntad de sus hermanos.

la cual se obligaba á todo impresor á hacer aprobar sus prensas por la Corporacion de los libreros, so pena de ser aquéllas destrazadas y de sufrir él un año de cárcel. Igual pena se imponía contra quien imprimiese algun libro fuera de Londres, Oxford y Cambridge. Los que compusiesen obras impresas en contravencion á dicha Ordenanza, debían sufrir tres meses de cárcel.—DUBOIS, *Histoire de droit penal*, t. III.—En el año 1764, dice Schlöner, el Gobierno francés prohibió la publicacion de toda obra en que se discutiesen asuntos del Gobierno. Morellet cita un edicto del Consejo que prohibía imprimir escritos que tratasen de materias de Administracion. En 1757, dice Alembert, se publicó una declaracion que condenaba á la pena capital á los que diesen á luz escritos en que se atacase la religion. La Vallée dice que estaba prohibido bajo pena de muerte tratar asuntos de Hacienda.—BUCKLE, *Histoire de la civilisation en Angleterre*, t. III, pág. 93 á 101.

El Pentatéuco. — Su autenticidad.

Cual si le corriera prisa á Draper llegar al que consideró, al parecer, como objeto principal del capítulo que nos ocupa, ó sea á combatir la autoridad del Pentatéuco, y como si por otra parte hubiese creído que el mejor y más seguro camino para llegar á él era insistir en su tema favorito, cual es el pretender demostrar que ha existido siempre antagonismo ente la religion y la ciencia, despues de traer á colacion con este objeto los nombres de Erigena, Wiclef, Copérnico, Keplero, Galileo y Newton, y lo que había enseñado la Iglesia respecto al movimiento de la tierra, etc., arrójase á hablar, con la ligereza y mala fe acostumbradas, de aquel sagrado escrito, preguntándose á sí propio si le es permitido examinar la autenticidad de dicho libro, que fué erigido, segun él, desde el siglo II en criterio de verdad científica.

El autor de la *Historia de los conflictos* manifiesta compadecer á la Iglesia cristiana por haber tomado sobre sus hombros la difícil tarea de defender los libros mosaicos, y haberse hecho solidaria de sus manifestos errores y contradicciones, siendo así que «los más eminentes Padres de la Iglesia¹ abrigaron serias dudas respecto de la autoridad del Pentatéuco entero; que hombres de grande ingenio, tanto

¹ Quisiéramos que Draper, ó alguno de sus más ilustrados lectores, tuviese á bien explicarnos cómo pueden buenamente conciliarse estos dos textos que se leen en una misma página (la 228). «En los primeros tiempos del Cristianismo, muchos de los más eminentes Padres de la Iglesia tuvieron serias dudas respecto de la autoridad del Pentatéuco entero.» — «Hasta despues del siglo II no se impuso á la credulidad humana tan extravagante exigencia (esto es, que el Pentatéuco estaba inspirado por Dios). Tuvo origen, no en la clase elevada de los filósofos cristianos (léase herejes), sino entre los fervorosos Padres de la Iglesia, cuyos escritos prueban que eran personas sin instruccion y sin espíritu de crítica.»

judíos como cristianos, rechazaron las pretensiones de que fuesen inspirados y obra de Moisés, y en suma, que la crítica moderna, por boca de ilustrados y piadosos hombres de la Iglesia (*sic*), algunos de ellos de elevada dignidad, han dado á conocer cuál era el verdadero carácter de aquellos libros.» (Págs. 228, 229 y 237.)

El Dr. Hensktenberg trazó, en su notabilísima obra sobre el Pentatéuco, un cuadro completo y animado de las opiniones de los principales exégetas de allende el Rhin, ya acerca el origen mosaico, ya sobre el carácter histórico de aquel libro.

Creemos que para completo desengaño de los que creen todavía descubrir en la ciencia alemana un espantable Briareo, próximo á demoler á los rudos golpes de su destructora é irresistible clava el edificio de nuestras creencias, y para cabal consuelo de los que no vemos en aquel titán más que un enemigo poco temible, en cuanto únicamente acierta á mover sus cien brazos en su propio daño, no estará demás que demos un brevísimo resumen de algunas de dichas opiniones.

Hay quienes afirman que el libro del Pentatéuco, en todas ó casi todas sus partes, no es de Moisés. El Dr. Wette es el más autorizado representante y más poderoso campeón de esta idea. Bajo su bandera militan Hartmann, Bohleu y Valke. Sin embargo, este último rechaza la autenticidad de los cánticos del libro de los Números, que se creyó obligado á reconocer como legítimos Wette.

Otros sostienen que muchas importantísimas y extensas partes de aquella obra son de origen mosaico. Figura en primera línea entre los defensores de esta tesis Schhorn. Adviértase que este autor supone que los trozos que no son del legislador hebreo debieron ser escritos por un compilador de antiguas memorias en el espacio de tiempo que media entre Josué y Samuel, al paso que Herbs, que en lo principal opina como él, cree haber sido Esdras el



compilador de aquellas supuestas memorias. Pertenecen á esta escuela Bleck, Staudhin, quien sin atreverse á fijar su opinion sobre la parte histórica del Pentatéuco, defiende con calor el origen mosaico de la leyes.

No faltan, en suma, quienes sostienen la autenticidad de los cinco libros de Moisés tal como han llegado hasta nosotros, pero suponiendo unos que se introdujeron en ellos glosas ó comentarios, y dando otros por cierto que se hicieron en los mismos interpolaciones de no escasa monta. Acerca de los que defienden la autenticidad del Pentatéuco (entiéndase que se trata de protestantes) hay que advertir, dice Hengstenberg, que apesar de la diversidad de sus opiniones teológicas y de sus convicciones personales, todos son *supernaturalistas*.

Es práctica constantemente usada por los enemigos del Catolicismo, cada vez que le combaten en alguno de sus dogmas ó de sus hechos históricos, suponer que en el campo contrario al suyo militan los hombres de más claro ingenio, de erudicion más extensa y escogida y más amantes de la verdad; miéntras que los que á la sombra de la bandera de la fe pelean son los de más menguada inteligencia, de más escaso saber y de virtud ménos probada. De esta suerte, no sea más que por el deseo de ser tenidos por doctos y de estar en compañía de los que se tienen á sí propios por los mejores y más avisados y discretos, las muchedumbres, de cada día más numerosas, de los que por imposibilidad ó por pereza de discurrir y de estudiar, y por suponer que los que más vocean y se agitan deben saber más, se van ciegos ó dóciles tras ellos, como tras del perro del pastor el rebaño. Draper es de los que siguen esta conducta; y en la cuestion que nos ocupa se puede afirmar que es el argumento Aquiles de que se vale en favor de la causa que defiende, y el más robusto ariete con que pretende derribar la autenticidad de los cinco libros mosaicos.

¿Es realmente cierto que sean los más numerosos y los

de más valer los escritores que niegan la autenticidad del Pentatéuco? «Mr. Edgard Quinet pretende amedrentarnos, decía el abate J. Edouard, contestando á un artículo de aquel escritor ¹ en que daba por perdida la causa de los partidarios de la Iglesia católica ante la multitud y la pujanza de sus enemigos... Figúrase que con evocar y ponernos delante con desusado aparato lo que entre ciertas gentes se ha dado en llamar la Alemania sábia, se nos obligará á descender de nuestras cátedras humillados y vencidos. Permítasenos que no depongamos las armas sin combatir... Los gigantes del arrianismo eran, sin disputa, más espantables que los doctores de la exégesis alemana, y sin embargo fueron derrotados. Lutero sabía más que sus sucesores en las cátedras protestantes, y con todo Lutero no logró derribar la Iglesia. Sin comparacion, más robustos que los de la *Jóven Alemania* eran los brazos de la *Convencion*, y apesar de todo no alcanzó ahogar entre ellos á la Esposa inmaculada de Cristo.

»¿Mas es verdad que la exégesis alemana haya descubier-
to en los tesoros de la ciencia moderna hechos incontestables, ante los cuales no nos quede más recurso á los cristianos que humillar en fin el estandarte vencido de la Cruz..? ¿Somos por ventura de ayer? exclamaba en son de ironía el Dr. Tholuch á los que tal pretension sostienen. ¿Nacimos acaso en medio de las tinieblas y de la barbárie..? ¿Ignorais que los Celsos, los Julianos, los Porfiros, los Hierocles, sacudieron tambien, al igual que vosotros, con sus manos de sofistas las páginas todas de los dos Testamentos? ¿Olvidais tal vez que los Orígenes, los Cirilos de Alejandría, los Eusebios, los Augustinos, supieron defenderlos en presencia de las sábias escuelas de Atenas y de Alejandría? Y sin embargo, entónces, tan á raíz de los acontecimientos

¹ *Revue des Deux Mondes*, pág. 335, 1842.

y en medio de enemigos tan fogosos y tan interesados en el triunfo, la tarea hubiera sido por demás peligrosa y por todo extremo difícil si nuestros libros sagrados fuesen tan vulnerables como suponeis.

»Confesaremos de buen grado que el protestantismo racionalista ha gastado de unos cincuenta años á esta parte toda su actividad y su vida en socavar, con ceguedad incomprendible, esas tres bases de la revelacion cristiana, el Pentatéuco, las profecías y el Nuevo Testamento. Pero la cuestion capital, la cuestion verdaderamente científica, es averiguar cuál ha sido el resultado positivo de ese odio incalificable que lleva fatalmente al Protestantismo al abismo de la impiedad... Hasta nuestros días, los libros santos fueron blanco de ataques mucho más terribles que lo que imaginan nuestros adversarios. Los libre-pensadores ingleses, hoy de todos olvidados, eran no ménos diestros y sábios que los doctores de la nueva exégesis. Y sin embargo, ¿qué aconteció? ¿Quién les impuso silencio? ¿Fué, por ventura, el despotismo ultramontano el que les cerró la boca y les arrancó la espada de las manos? ¿Ignorais que fueron vencidos por la ciencia? No; no tememos á esa cabeza de Medusa con que pretendéis amedrentarnos. Nos atenemos á los resultados positivos y oímos con desden el vano ruido de amenazadoras palabras.

» Pero hablemos del Pentatéuco; cuantas tentativas, direis, se han hecho en Francia, en Inglaterra y en Italia para demostrar su antigüedad, han sido por la ciencia victoriosamente destruidas. ¿Mas qué dirá Mr. Edgard Quinet, adulador de la ciencia alemana¹, si nos adelantamos á afirmar y á probarle que los historiadores alemanes contemporáneos de más renombre piensan, al igual que Bossuet, Pascal, Fenelon,

¹ ¿Y qué dirá, añadiremos nosotros, Draper, que con tanto desprecio habla de la ciencia católica?

Fleury, Bourdaloue, etc., que los cinco libros de Moisés nada han perdido de su valor histórico, ni aún despues de los rudos ataques que les han sido dirigidos por ciertos exégetas, y que Stolberg, Heeren, Juan de Müller, Luden, Waschler, Schlörser, Leo y Deler, Monitor, Gærres, Federico Schlegel y otros no opinan como Genesio y Wholen? Mr. Edgard Quinet, que se ocupa en exégesis, no debe ignorar que en esta ciencia hay pocos nombres que estén por encima de Hoebernick, Hazeberch, Ranke, Zack, Rosunmuller, Yahn, Kneper, Cellerier, Henkstenberg ¹; y sin embargo, todos estos sábios discípulos de la exégesis moderna demostrarían al célebre profesor del Colegio de Francia, si tuviese tiempo y deseos de internarse en tan profundos estudios, que los cinco libros del Pentatéuco no son en manera alguna una epopeya mítica y sacerdotal, sino obra personal del legislador de Israel ².»

Pero se nos argüirá: si bien es verdad que todavía cuenta la autenticidad de los cinco libros mosáicos con un buen

¹ Draper se sirve de la autoridad de este famoso exégeta alemán y de su obra *Sobre el Pentatéuco* para negar la autenticidad de este libro, atribuyéndole, entre otras, las siguientes palabras: «Es la suerte inevitable de toda obra histórica falsa caer en la contradicción; esto es lo que pasa en gran escala con el Pentatéuco por no ser genuino,» etc. (Pág. 230.) Hé aquí lo que dice acerca de este docto escritor alemán el abate Edouard en el mismo artículo del cual hemos sacado los pasajes que citamos en el texto: «Este célebre exégeta, despues de haber estudiado con seria atención las objeciones cien veces repetidas contra los libros de Moisés, las ha destruido victoriosamente en su preciosa obra *Sobre la autenticidad del Pentatéuco*. Más adelante completó este inmenso trabajo con un nuevo libro ³, en el cual acaba de confirmar la autoridad histórica de Moisés. El infatigable adversario del racionalismo está escribiendo actualmente un *Comentario sobre los Salmos*,» etc. Despues de esto, ¿es posible no dudar que Draper ó ha alterado el texto, ó lo ha mutilado para sacar de él un argumento en favor de su tesis? Los críticos tienen palabras apropiadas para calificar á los escritores que de tal crimen literario se hacen reos. Nosotros creeríamos honrarles demasiado llamándoles monederos falsos de la historia.

² *Annales de philosophie chrétienne*, Abril, 1846. — *Le Docteur Straus et ses adversaires en Allemagne*.

³ *Les livres de Moïse et de l'Égypte*.

número de preclaros y doctos defensores, ¿no es por ventura mayor y más fuerte la falange de los que os tienen encerrados en el *círculo de hierro de la ciencia*, en ese círculo que no bastan á romper los esfuerzos, por grandes que los hagan, de todos vuestros exégetas? En primer lugar, contestaremos á nuestros adversarios que ese *círculo de hierro* no es más, como ha dicho muy oportunamente el abate Redua, que un enorme tejido de telas de araña del color de este metal; y en segundo lugar, le replicaremos que el número de los exégetas racionalistas de algun valer es relativamente escaso comparado con el de los católicos y protestantes que admiten lo sobrenatural, y que con ser aquéllos ménos se hallan en gran manera divididos. «Los sábios alemanes que han atacado los libros de Moisés están únicamente de acuerdo en un solo punto, á saber: en atacarlos.»

Igual diversidad de pareceres existe acerca de los libros de Moisés bajo el punto de vista histórico, aceptando unos como tal todo lo que puede caber en las condiciones de la verdadera historia, y como mítico lo que está por encima del curso ordinario de los sucesos humanos. Figuran entre aquéllos Mayer, Schhorn, Baner, Meyer, Bertold y Gene-sins, miéntras que otros, tales como Wette, Banz, Bholen, Backe, etc., no ven en todos sus sucesos más que mitos, y no vacilarían hasta en considerar dichos libros como poemas si estuviesen escritos en verso ¹. En vista, pues, de la anarquía que reina en las filas de los intérpretes racionalistas, tenemos derecho para decirles: empezad por poneros de acuerdo en vuestras opiniones; y una vez lo hayais logrado, si es que podeis, entónces, y sólo entónces, lo tendreis para desplegar frente de nuestra bandera, en que ostentamos claro y bien definido nuestro lema, la vuestra, en que

¹ *Annales de philosophie chrétienne*. (Septembre, 1846.) — *Des adversaires et des défenseurs du Pentateuque en Allemagne d'après Hegstenberg*.

llevais escrito con toda claridad vuestro mote de guerra. Entretanto permitidnos que os recordemos las palabras que dirigia el Cid á Don Alonso VI al proponerle éste la conquista de Cuenca:

« Antes que á guerras vayades,
sosegad las vuestas tierras. »

Por más que, despues de lo que dejamos apuntado, con recomendar la lectura de las dos obras citadas del famoso exégeta aleman ó las de Duvoisin¹, Mons. Meignan² y de algunos otros escritores que se han ocupado recientemente en defender los libros mosaicos de los ataques de los modernos racionalistas, podríamos dar por terminada la refutacion de las objeciones de Draper, sin embargo, y únicamente para dar á nuestros lectores una idea de lo vulgar é infundado de sus negaciones y de la falta de buena fe con que procede, aduciremos algunos argumentos de hecho por los cuales puedan ver como de un golpe, y sin necesidad de mayores estudios, la falsedad de los que alega en favor de su tesis.

Empieza afirmando que los más eminentes Padres de la Iglesia tuvieron sérias dudas respecto de la autoridad de todo el Pentatéuco. Acabamos de ver en la nota de la pág. 276 que él mismo se encarga de desmentir en los últimos renglones de la pág. 228 lo que había dicho al principio de la misma, y por lo tanto nos creemos relevados de nuevas pruebas y hasta de citarle los muchos pasajes de los Santos Padres con que podríamos desmentirle. Mas como dos páginas más adelante pretende escudarse en la autoridad de San Jerónimo para probarnos que era entre

¹ *L'autorité des livres de Moïse établie et défendue contre les incrédules.*

² *Les Prophéties mésianiques. — Refutation des objections de plus recentes du rationalisme aleman contra le Pentateuque.*

aquellos comun opinion ser Esdras el autor *probable* del Pentatéuco, apoyándose en las siguientes palabras de aquel santo doctor: *Sive Mossem dicere volueris auctorem Pentatheuchi, sive Esdram ejusdem instauratorem operis, non recurro*, deber es nuestro advertir á sus lectores, ya que se olvidó él de hacerlo, que aquellas palabras habían de entenderse en el sentido condicional y únicamente *arguendi gratia* en que las había escrito ¹, como tambien debía tener presente que no es lícito en buena crítica apoyarse para defender una tesis en la autoridad de un autor del cual no cabía dudar que ha sostenido siempre y en cien puntos distintos de sus obras la tesis contraria ².

Dice Draper que «hasta despues del siglo II no se impuso á la credulidad humana tan extravagante exigencia;» esto es, que el Pentatéuco había sido escrito por Moisés bajo la influencia de la inspiracion divina. En otra parte de este nuestro trabajo citábamos las palabras con que Ewald, exégeta racionalista, defendía contra Baur la autenticidad del Evangelio de San Juan, diciendo *que únicamente podia dudar de ella un loco*, y que no hay en toda la antigüedad una obra cuya autenticidad sea más cierta. Pues bien, abra el autor de la *Historia de los conflictos* aquel Evangelio, y en el cap. v, vers. 46, leerá lo siguiente: «Porque si creyéseis á Moisés, tambien me creeríais á mí, pues *él escribió de mí*. Mas si á sus escritos no creéis, ¿cómo creereis

¹ San Jerónimo, queriendo probar contra Elvidio la virginidad de María, cita un texto del Deuteronomio; y á fin de prevenir las objeciones incidentales que pudiera aquél oponerle acerca del verdadero autor de aquel libro, escribe las palabras que dejamos transcritas, despues de las cuales prosigue su argumentacion contra aquel heresiarca.

² Nos limitaremos á citar el siguiente pasaje, en el cual, hablando de la cuestion del pseudo-Esdras, dice: «Tu vigilans dormis, et dormiens scribis, et proponis mihi librum aphocryphum, qui sub nomine Esdræ à te et à similibus tuis legitur... quem ego librum numquam legi. Quid enim necesse in manu sumere, quod Ecclesiæ non recepit? *Adversus Vigilantium, Patrol. lat.*, t. xxiii, col. 344, 345.

en mis palabras?» Y poco más adelante este texto: «Y Moisés nos mandó *en la Ley* apedrear á estas tales» (las adúlteras ¹). Y si todavía estos testimonios no le pareciesen bastante explícitos, además de otros que hallaría si pasára los ojos por los demás Evangelios, le recomendaremos que fije su atencion en este pasaje de San Márcos: «Y de los muertos que haya de resucitar, ¿no habeis oido en el *libro de Moisés* cómo Dios habló sobre la zarza, diciendo: «Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?» (XII, vers. 26.)

Creemos no hacer ninguna ofensa al profesor anglo-americo suponiendo que al hacer mencion de los elohísticos y jehovísticos, y de si la nacion jehovística conserva indicios de haber sido unos segundos anales originales completamente independientes de la elohística, lo ha traído á colacion únicamente para hacer ver á sus lectores que está al corriente de los más recientes y peregrinos supuestos descubrimientos de la tan ponderada ciencia alemana; pues para sus adentros, él, que no cree en lo sobrenatural, debe burlarse, ó por lo ménos compadecer por igual manera á los que opinan que fueron usados indistintamente los nombres de Elohim y Jehová, como á los que suponen que este último nombre no fué conocido hasta que Dios se dignó revelárselo á Moisés en la vision de la zarza ardiendo. A más de que, al par que conoce las opiniones de Upferd, á quien cita, que son las de Ewald, acerca de esa tésis del racionalismo aleman, debe tambien estar enterado del más que soberano desprecio con que la verdadera crítica científica, tanto ortodoxa como protestante, ha recibido tan absurdo sistema, que no se apoya en ningun hecho, ni tiene la más leve apariencia de realidad.

A lo que añade enseguida de que ni en las inscripciones

¹ La ley á que se refiere Jesucristo en este texto, es la que se halla expuesta en el cap. xx, vers. 10 del Levítico.

de los manuscritos hebreos, ni en la version de los Setenta, ni en la Vulgata, se atribuyen jamás á Moisés los libros del Pentatéuco, nos limitaremos á contestarle que es completamente falso, ya que cabalmente una de las pruebas externas de más fuerza que se aducen en favor de la autenticidad de aquel libro y de que fué escrito por el legislador del pueblo hebreo es haber sido esta creencia el dogma fundamental del judaismo, y haberlo reconocido y confesado tambien así la Iglesia, como lo reconoció y confesó su divino Fundador, desde los primitivos tiempos del Cristianismo hasta los nuestros.

Por último, respecto á haber sido Esdras, como por fin supone, quien escribió, ayudado por cinco personas y en el espacio de cuarenta dias, aquellos libros, responderemos: primero, que el libro cuarto de Esdras (y no el segundo, como él dice, y que la Iglesia admite entre los canónicos), que es donde se lee que éste compuso por inspiracion divina aquellos libros, es tenido por aquélla por apócrifo, como, segun acabamos de ver ¹, lo dice expresamente el citado San Jerónimo; y en segundo lugar, son numerosísimos los pasajes de los demás libros sagrados, anteriores y posteriores al cautiverio de Babilonia, en cuya época se supone escrito, segun la leyenda de Esdras, el Pentatéuco, en que se hace referencia á este libro y se cita á Moisés como su autor, y este argumento hace inútiles otros muchos que se alegan para probar que ni fué ni pudo ser el pseudo-Esdras el autor ó compilador del Pentatéuco ².

¹ Véase la nota 1.^a de la pág. 284.

² El aleman Kneper, que se tomó el trabajo de apuntar las referencias á los cinco libros de Moisés que se encuentran tan sólo en Jeremías, que, como es sabido, profetizó y presencié la toma de Jerusalem y la ruina de esta ciudad y de su templo por Nabucodonosor, cuenta trece alusiones al Génesis, ocho al Exodo, ocho al Levítico y diez á los Números. — (Véase *Nouvelle encyclopédie théologique*. — *Dict. d'apologétique catholique*, art. PENTATEUQUE, col. 566 á 575.)

Doctrina de la caída del hombre y de la redención.

No hay para qué detenernos en desmentir al catedrático de ciencias de Nueva-York cuando, en medio de otros muchos errores, asegura «que la cristiandad en sus primeros» días, cuando convertía y conquistaba al mundo, sabía «poco ó nada de la doctrina de la caída del hombre y de su» redención,» etc. (Pág. 233.) Ante afirmación tan gratuita y tan conocidamente falsa, no se sabe qué admirar más, si la cínica audacia del que la escribe y el desprecio que el hacerlo supone de la cultura y del buen sentido de sus lectores, ó la ignorancia y credulidad inconcebibles de los que la aceptan como cierta. Escúdase, añadiendo el título de calumniador al de falsario, con la autoridad de Tertuliano y de Orígenes. A quien con tales delitos ¹ mancha su reputación de escritor podrá una parte del público indocto, corrompido ó cegado por el error, prodigar aplausos, incienso y hasta si se quiere laureles; mas ¡ay de su fama póstuma si por desgracia el libro en que se ha hecho reo de tales ofensas pasa á la posteridad! Y ¡ay de la reputación de Draper el día, que quizás llegará ántes que el fallo de ésta, en que Orígenes, y Tertuliano, y San Agustín, y San Jerónimo, y Hengstenberg, y otros cien autores calumniados por él encuentren vengadores!

¹ Voltaire, que en una de sus obras (t. XLVI, pág. 290, edic. de Kehl) dice que todo fraude es impío, llama crimen á sostener una verdad por medio de la mentira. ¿Qué calificación merecerá el que por medio de ella y de una calumnia intenta probar una falsedad?

El libro de la naturaleza criterio de verdad.

Draper termina su largo viaje al través de todos los sistemas é inventos ideados por la Iglesia para hacer de ellos otros tantos criterios de verdad, sin haber hallado en parte alguna solucion «á la apasionada pregunta que dirigió en uno de los momentos más solemnes de la historia el representante imperial á la Persona divina, que se hallaba ante él, á saber: ¿Qué es la verdad?» Por fortuna, despues de investigacion tan prolija, despues de tan larga peregrinacion por los áridos y tenebrosos desiertos del error y del fanatismo, llega á su Sion deseada y al hallazgo del libro, sobre todo encarecimiento de más precio que el que se guardaba en el templo de Salomon y que el que se custodia hoy en la cátedra de San Pedro, ya que «sus hojas están » abiertas siempre á la vista de los hombres, y que sus letras » son mucho más luminosas y bellas que las de aquél, pues » son nada ménos que mundos y soles.» Ese libro es el libro de la Naturaleza.

Ya lo saben, pues, nuestros lectores: cierren con doble candado sus librerías, si las tienen, y si es que desean conservarlas como adorno y objeto de lujo, y no les place imitar (y esto sería lo más lógico), la conducta de Omar con la biblioteca de Alejandría; y bien provistos de microscopios para leer las letras infinitamente pequeñas de aquel libro, y que Draper se olvidó de mencionar, y de telescopios de maravillosa potencia á fin de deletrear las frases que están escritas en el cielo con soles y mundos, dediquen toda su atencion, ocupen su entendimiento y consagren todas sus vigiliass á estudiar en aquel inmenso volúmen. Ciertó es que no hay que fiar mucho en sus oráculos, ya que el mismo Draper supone que puede engañarse

al darlos uno ó equivocarnos nosotros al interpretarlos, cuando dice: «que sería preciso abandonar sin vacilar las *teorías* de la gravitacion ó de las ondulaciones si se hallase que son incompatibles con los hechos.» Ciertó es que cada día que pasa desacredita y derriba por el suelo hipótesis que por ventura se consideraban como verdades próximas á ser con evidencia demostradas. «Ciertó que, como dice en su jerga hispano-germánica el Sr. Salmeron, fijando como único criterio la observacion de la Naturaleza, limitando á lo fenomenal y considerando el conocimiento como meramente relativo, se mutila la ciencia y el problema del conocer, y se decapita el principio de la Verdad y se suplanta la libertad moral por inconsciente y mecánico determinismo;» (págs. 53 y 54) pero es indudable que llegará el día en que todos, sábios é ignorantes, podremos leer con toda seguridad en dicho libro, donde no habrá frase alguna que no sea clara y texto que no sea á todos inteligible; y entónces, dueños los hombres del único, del luminosísimo criterio de verdad que le sea dado poseer á la razon humana, no habrá ya nadie que no sea capaz de contestar á la apasionada pregunta del gobernador romano, y á que no supo dar respuesta la Persona divina á quien la dirigía, y á la cual la ciencia, para entónces convertida ella misma en Dios, habrá ya acaso del todo suprimido. (!;)

BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA

CAPÍTULO VIII

Controversia sobre el gobierno del mundo.

Error de Draper sobre las leyes providenciales en el gobierno del mundo.

Al igual que al capítulo sétimo, en que se ocupó de la edad de la tierra, da Draper al presente el de controversia, y no el de conflicto. Si hubiese acertado á explicar las enseñanzas de la Iglesia católica acerca de la manera cómo la Providencia divina dirige y gobierna las cosas por ella creadas, y las doctrinas de la verdadera ciencia sobre las leyes porque se gobierna el universo, y el origen y la naturaleza de dichas leyes, cambiando el epígrafe del presente capítulo hubiera podido darle el de concordancia entre la ciencia y la religion sobre el gobierno del mundo. Tal como presenta el dogma católico acerca de las leyes, por las cuales es éste gobernado, y como, segun su criterio positivista, comprende él y define la índole de aquellas leyes y su manera de obrar, más que la calificación de controversia debía haber dado al citado título el nombre de conflicto; pues le hay, y muy grande, entre aquel dogma y la manera



cómo explica el gobierno del universo la falsa ciencia, ó por lo ménos la ciencia segun la entiende Draper.

Hé aquí los términos harto absolutos, y respecto de uno de los miembros de su tesis por demás erróneos, con que sienta la proposicion que es objeto de este capítulo:

« Dos interpretaciones, dice, pueden darse acerca del gobierno del mundo: ó por *intervencion* divina *incesante*, ó por razon de una ley invariable.

» El clero se inclina siempre á la adopcion de la primera, » toda vez que aspira á que se le considere como intermedio entre la oracion del devoto y la accion providencial. Su importancia aumenta por el poder que pretende tener de determinar la índole de esta accion... El clero afirma que por su intercesion puede trazarse el curso de los sucesos, advertirse los peligros, asegurarse los bienes, obrarse milagros y hasta cambiarse el órden de la naturaleza.

» No sin razon, por lo tanto, miraron con desagrado la doctrina del gobierno por leyes fijas, porque parecía despreciar su dignidad, rebajar su importancia; era para ellos repulsivo un Dios que no puede ser influido por las personas humanas, una divinidad fria y sin pasiones; veían en esto algo fatalista y espantoso en consecuencia.» (Págs. 237 y 238.)

Tan sólo teniendo en cuenta la clase de personas á quienes se dirigía, podía atreverse Draper á dar á la estampa estos renglones. ¡Qué de insultos al sentido comun, y cuántas ofensas al respeto que todo autor que se estima en algo se debe á sí propio y al público para quien escribe!

Como en toda cuestion, especialmente si es de la importancia de la que va á ocuparnos, al establecer la proposicion que ha de servir de fundamento ó punto de partida á la misma es condicion indispensable que sean claras y no den lugar á duda las palabras en que está aquélla redactada, no ha de tomar Draper á mal que le preguntemos qué

entiende por intervencion divina incesante; y aunque de lo que en vários pasajes del presente capítulo se lee parece desprenderse que quiso significar que Dios está y debe estar de continuo gobernando y dirigiendo su obra, cual si estuviese renovando incesantemente su creacion, y de tal suerte que si un momento cesára su intervencion incesante, en aquel mismo punto y hora aquélla quedaría destruida, no hubiera estado de más, ántes por el contrario, á nuestro modo de ver era de necesidad absoluta, que hubiese explicado el sentido en que quería que se tomasen aquellas palabras.

Así, pues, ¿cree que la opinion del clero es que la intervencion divina en el gobierno del mundo es tan incesante que suponiendo, para más fácilmente hacernos entender por medio de un ejemplo, que el cosmos es como un reloj de un mecanismo por demás complicado, pero con tan poca sabiduría construido que es indispensable que el dedo del artífice esté de continuo moviendo los resortes si no quiere que se pare; ó por el contrario, apesar de lo delicado y por extremada manera ingenioso mecanismo de sus piezas, con tal arte están éstas dispuestas que basta que su constructor le imprima el movimiento para que obediente, por decirlo así, á su voz, y cual si Aquél al formarlo le hubiese comunicado su inteligencia, marche por sí mismo y en virtud del impulso recibido, y segun las leyes y los fines para que ha sido ejecutado?

Si lo primero, es decir, si juzga que el clero no concibe la accion providencial, la intervencion divina, sino obrando incesantemente sobre el cosmos, por tal manera que Dios, para nosotros autor omnipotente y ordenador sapientísimo del mismo, esté, si vale decirlo así, tan pegado á él que si por un momento dejase de ejercer su accion *directa é inmediata* sobre el mismo volvería todo, despues de pasar por inmensos cataclismos, al más pavoroso cáos, le diremos que no es tal la idea que la Iglesia tiene de la ley

providencial, de la intervencion divina en el gobierno del mundo. Para ella es dogma de fe que Dios, despues de haber criado con su omnipotencia el universo y los séres que lo pueblan; despues de haber establecido con infinita sabiduria y dictado á las causas segundas las leyes por las cuales, desde las estrellas de mayor magnitud hasta la más diminuta de las criaturas, debían regirse, entrando en su reposo, dejó que aquéllas, dóciles instrumentos de su poder, ejecutores sumisos de sus decretos, le ayudáran, por decirlo así, á realizar los fines para que había sido todo criado. Para ella es dogma de fe que no existe, ni puede existir oposicion entre la Providencia que gobierna y dirige, y la ley que obedece y ejecuta; pero no admite ni puede admitir la condicion de invariabilidad que atribuyen á dicha ley los incrédulos, en el sentido absoluto que dan á este vocablo. « Los católicos, al opuesto de aquéllos, dice el P. Smedt, creemos que la Providencia divina, al establecer desde la eternidad las leyes por las cuales debía regirse el universo, señaló al propio tiempo, en vista del cumplimiento de ciertos designios suyos sobrenaturales, algunas excepciones relativamente muy escasas y sin inconveniente para la regularidad de la accion de dichas leyes, y para la conducta ordinaria de la vida humana ¹. » « Dios, observa Hettinger, ha sometido la naturaleza á su voluntad, pero no se ha sujetado á las leyes de la naturaleza, ni ha aprisionado su libertad en los lazos de una pretendida ley natural inflexible ². »

¹ *L'Église et la science* par la R. P. DE SMEDT. *Revue de questions scientifiques*, cuaderno 1.º, pág. 187.

² *Apologia del Cristianismo*. Conf. XIII, pág. 247.

Las leyes providenciales y los milagros.

Pero Draper no se contenta con afirmar que el clero se inclina á la interpretacion de una intervencion divina *constante* en el gobierno de la naturaleza, sino que de esta premisa, falsa en su especial manera de explicar esa constante intervencion, deduce una consecuencia, no ya tan sólo errónea, sino absurda, á saber: que el clero, que aspira á que se le considere como intermediario, permítasenos que repitamos estas palabras, entre la oracion del devoto y la accion providencial, afirma que por su intercesion puede trazarse el curso de los sucesos, advertirse los peligros, asegurarse los bienes, obrarse milagros y hasta cambiarse el orden de la naturaleza.

¿Dónde ha leído Draper que el clero católico se atribuya el poder de tales maravillas, y que consideremos los cristianos como un milagro todo favor espiritual ó temporal alcanzado del Señor por medio de la oracion?

Que Dios ha hecho milagros cuantas veces creyó en su sabiduría divina conveniente hacerlos, en la antigua ley en favor del pueblo escogido por El para ser depositario de la revelacion y preparar los caminos al Mesías; que éste los hizo repetidas veces para dar más autoridad á su doctrina y mover á los judíos, pueblo de corazon duro, á que la abrazára; que otorgó el poder de hacerlos á los Apóstoles, como medio sobrenatural para facilitar la conversion del mundo al Cristianismo; que alguna vez, ó por sí mismo ó por medio de algunos de sus hijos escogidos, los hace cuando bien le place para mayor gloria suya y para el bien espiritual y hasta temporal de los hombres, lo creemos los católicos y lo creen hasta los teistas, que no comprenden que se pueda tener fe en Dios y negar que haya éste obrado

milagros y que pueda obrarlos. «Los milagros, decía Voltaire, son para Dios acciones ordinarias: el dueño de la naturaleza debe estar siempre muy por encima de la misma¹.»

Du ciel, cuant' il le faut, la justice suprême
Suspend l'ordre éternel établi par lui même.

VOLTAIRE.

Los milagros entran en la economía de los designios divinos. El Señor los ha decretado desde toda la eternidad para el momento en que han de realizarse: *opere mutat, consilia non mutat*, decía San Agustín. No siendo las leyes de la naturaleza distintas de la voluntad de Dios, sino, por el contrario, expresión de esta misma voluntad, Dios no las destruye cuando hace un milagro, sino que únicamente las suspende.

«Felicitémonos, decía el canciller D'Aguesseau á su hijo, de que los milagros, en que descansa nuestra fe, son sucesos tan averiguados como pueden serlo las conquistas de Alejandro y la muerte de César².» Sin embargo, Draper, que cree á ojos cerrados cuantos hechos refieren de aquel héroe Quinto Curcio, apesar de que se pudo con razon decir de su libro que era más bien una novela que una historia; Plutarco, que peca de sobrado crédulo, y Arriano, posteriores todos de tres ó cuatro centurias al personaje cuya biografía escriben, niégase á creer en los milagros de Jesucristo narrados en los Evangelios³ por testigos de

¹ VOLTAIRE *Œuvres*, ed. de Khel, t. xxxii, pág. 80.

² AUGUSTO NICOLÁS, *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, t. iv, pág. 164, nota.

³ «Cuanto más reflexiono en ello, escribe Renan, más me inclino á creer que los cuatro textos reconocidos como canónicos nos conducen muy cerca de los tiempos de Jesús.» — CAUSSETTE, *Le bon sens de la foi*, t. i, pág. 347.

vista, y divulgados por los Apóstoles y por multitud de discípulos que los presenciaron, y la mayor parte de los cuales dieron la vida en testimonio de la divinidad de su autor y de la verdad de los mismos; y que, por otra parte, no fueron negados por los filósofos paganos, ya que Celso, Porfirio, Hierocles, Juliano y otros se limitan á atribuirlos á la magia ¹.

«Soy de parecer, escribía el célebre historiador Niebhur, que es necesario creer en el gran principio de los milagros ó venir á parar á la conclusion absurda, y más que absurda inconcebible, de que Cristo era un impostor y sus discípulos unos mentecatos ².» Y, sin embargo, el racionalismo moderno, que tiene más horror á lo sobrenatural que al absurdo, admite la segunda parte del dilema, por más que para ello sea preciso *mutilar* la historia y *decapitar*, como diría Salmeron, el sentido comun.

Respecto á la posibilidad de los milagros, nos limitaremos á trasladar aquel famoso y tantas veces citado pasaje de Rousseau: «Esta cuestion, tratada seriamente, dice, sería impía si no fuese absurda: castigar á quien la resolviera negativamente, sería hacerle demasiado honor; bastaría encerrarle. ¿Quién ha negado jamás que pueda Dios hacer milagros ³?» «Sólo un sofista, observa muy oportunamente Augusto Nicolás, que debía retractarse inmediatamente despues de haber recibido el beneficio de esta verdad, podía pretender imponerla á los demás con tanta intolerancia ⁴.»

Como aquí no venimos á probar la existencia del milagro como hecho histórico, ni su posibilidad, tarea en que

¹ V. los textos de éstos y otros vários escritores paganos en el *Dict. de apol. invol.*, t. II, col. 205 y 206.—CAUSSETTE, *loc. cit.*, pág. 872.

² AUGUSTO NICOLÁS, *loc. cit.*, pág. 142.

³ *Cartas de la Montaña*.

⁴ NICOLÁS, *loc. cit.*, pág. 103.

se han ocupado cuantos escritores católicos han consagrado su pluma á la honrosísima tarea de defender el Cristianismo, sino á contraponer una afirmacion terminante á la encubierta negacion de Draper, y hacer ver que no es tan irracional y falsa, como Salmeron supone (pág. 64), la creencia en una Providencia que puede obrar milagros, pondremos aquí punto á lo poco que acerca de éstos nos propusimos decir. Y dado que opinamos, como el mencionado P. Smedt, que sería para nosotros un triunfo por demás fácil, al par que honraríamos más de lo que merece á Draper, deteniéndonos á refutar las vulgaridades que dejamos más arriba apuntadas sobre el poder que de cambiar el órden de la naturaleza con algunas oraciones se atribuye á los sacerdotes católicos, nos limitaremos á recordarle que, sin creer que Dios ha de obrar milagros á todas horas en favor nuestro, ni que ha de acceder siempre á lo que le pidamos ya directamente, ya por medio de sus ministros, no hay quien no sepa, y no lo haya experimentado por sí mismo, que en todas nuestras grandes alegrías, como en nuestros mayores infortunios, elevamos instintivamente nuestros ojos, y al par de ellos nuestra mente y nuestro corazon al cielo para dar gracias ó pedir consuelos al Sér Supremo, á cuya bondad nos creemos deudores de todos los beneficios, y de cuyo poder y amor hácia sus criaturas esperamos el remedio á todos nuestros males. No hay quien ignore que el Redentor de los hombres, que tantas veces recomendó la práctica de la oracion, que la impuso como un precepto y que decía á sus discípulos: «Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá;» al enseñarnos á orar no nos dió las fórmulas de que debíamos servirnos para alcanzar de él que realizára en obsequio nuestro maravillas, sino que nos enseñó las sencillísimas palabras con que debíamos pedir al Padre que está en los cielos que viniese á nosotros su reino; que nos diera el pan de cada día; que nos perdonase, á condicion de perdonar nosotros á nuestros enemigos; que nos librase de

caer en la tentacion y de todo mal; y sobre todas estas peticiones, la que es cual el coronamiento y fin de todas, á saber; que se hiciera su voluntad en la tierra como se hace en el cielo.

No hay que decir que Draper, declarándose en nombre de la ciencia, de la cual, como hemos dicho en otras ocasiones, se tiene en su modestia, al igual que los racionalistas de todas las escuelas, por único representante, contra la primera interpretacion acerca del gobierno del mundo, acepta sin limitacion de ninguna especie *la de la accion de una ley invariable*.

Mas es el caso que apesar de tratarse, segun Salmeron, de un asunto de superior interés y que más preocupa la atencion de los filósofos en nuestro tiempo, el catedrático anglo-americano, no tan sólo no ha definido cómo entiende esta ley, sino que de la manera como la formula se desprende que no pasa de ser una abstraccion. Además, el mismo filósofo, su apologista, le acusa de que sus conclusiones dejan un vacío, no tan sólo notado por él, sino que ha de serlo igualmente por sus lectores; y «es que, aunque sin declararlo expresamente, parece Draper propender á un cosmoteismo naturalista.» (Prólogo, pág. 69). Y hé aquí cómo un capítulo de la *Historia de los conflictos*, que es, á juicio de su apologista, el mejor del libro, queda reducido, en lo que á la exposicion y explicacion de aquella ley se refiere, á un conjunto de afirmaciones basadas en una abstraccion y á algunas conclusiones que conducen al vacío.

Despues de este juicio, hecho por quien tantos elogios prodiga á Draper hasta como historiador, bien pudiéramos prescindir de ocuparnos en la refutacion de este capítulo, siquiera en lo que á la ley por la cual, segun él, se gobierna el universo se refiere. Pero conforme el punto de vista, completamente opuesto al en que se ha colocado Salmeron, desde el cual debemos examinar nosotros la manera cómo manifiesta entender Draper la ley por quien aquél

se rige, ha de parecer ésta incompleta y falsa; y como además de lo que es objeto principal del capítulo que nos ocupa el autor de la *Historia de los conflictos* deja caer, según su costumbre, acusaciones que no se pueden dejar sin respuesta, y trata otras cuestiones de demasiado interés para que podamos prescindir de ellas en la refutación de un libro que tantas inteligencias ha pervertido, y tantas y tantas otras por desgracia está destinado á ofuscar, continuaremos, como hasta aquí, siguiéndole por el camino por el cual va sembrando calumnias y errores en nombre de la razón y de la ciencia, para también en nombre de ellas desvanecer aquéllas y combatir éstos.

Intervención de la Providencia en el gobierno del mundo reconocida por Keplero, Galileo y Newton.

Desde luego, apartándonos no ménos del concepto que de la ley que gobierna el universo formula Draper, y del que aparece adoptar Salmeron con cierta timidez, y como quien «está persuadido de que en asunto de tan grave trascendencia no bastan algunos ciertos y positivos datos, ni algunos principios en razón concebidos para autorizar una construcción científica» (pág. 62), nosotros, que á Dios gracias nos hallamos tan distantes del grosero positivismo del uno, como del panteísmo metafísico del otro, sostenidos por la fe, apoyados en la razón y hasta guiados por el sentido común, aceptamos como aquéllos la acción de una ley; pero no de una ley que sea á la vez causa primera y segunda, al propio tiempo principio activo y pasivo, fuerza infinita y finita, todo y parte; sino de una ley que, reconociendo á un legislador y sumisa á sus mandatos, cumpla, á nombre y con el poder que de Aquél ha recibido, los

finés mediatos é inmediatos para que han sido los seres creados, por más que en su impío lenguaje califique Salmeron y los suyos de grosero antropomorfismo una creencia que ha sido y es la de los hombres más eminentes por lo preclaro de su entendimiento y lo extenso de su saber.

A fin de probar que es la acción de una ley invariable la que gobierna el mundo, bosqueja Draper un breve cuadro del que, al igual que nosotros, llama ordenado movimiento de los cielos; y cuando el lector católico, olvidándose de que es el libro de un escritor positivista el que tiene delante, espera que termine el pasaje con el *cœli enarrant gloriam Dei* del real Profeta, se encuentra con esta afirmación tan falsa como desconsoladora: «que nunca ha habido» y nunca habrá intervención alguna en las operaciones de «la naturaleza, y que la ley y el azar no son sino diferentes nombres de la necesidad mecánica» (pág. 238); lo cual, como fácilmente comprenderán nuestros lectores, equivale á negar la ley.

Para llegar á la demostración de tan impía paradoja, Draper recuerda la historia de los sucesivos y admirables descubrimientos hechos por Keplero, Galileo y Newton de varias leyes de la naturaleza hasta ahora conocidas, y entre ellas alguna, como las de la evolución, que está muy distante de admitir como ciertas la ciencia verdadera.

¿Qué idea, qué principio ha encontrado en los escritos de Keplero que le autorice á valerse del prestigio de su nombre y de sus admirables descubrimientos para tomarle por testimonio, como parece pretender hacerlo, aunque abiertamente no lo declare, de la verdad de su sistema acerca del gobierno del cosmos? ¡Oh! ¡qué de severos cargos hubiera dirigido á Draper aquel célebre astrónomo por haberse atrevido á estampar su nombre á continuación de la impía afirmación que dejamos transcrita, y cual si el descubrimiento de sus tres famosísimas leyes fuese una confirmación de su tesis, él, que á cada adelanto que en el

estudio de la astronomía hacía, hallaba un nuevo y más racional motivo para alabar la infinita sabiduría y poder del Criador; él, que sometió todos sus trabajos científicos á la piadosa idea de que reina en todas las partes del universo una perfecta armonía, y que siendo como es Dios un sér infinitamente bueno, inteligente y perfecto, no podía ménos de mostrarse tal en sus obras; él, que al descubrir la última de sus leyes prorumpía en esta exclamacion, que es el más entusiasta homenaje que haya ofrecido jamás la ciencia al que es principio y fuente de toda luz: «confieso haber arrebatado los vasos de oro de los egipcios, para con ellos construir un tabernáculo á Dios léjos de los confines de Egipto!» Él, en suma, que en la humilde plegaria con que ponía fin á sus escritos declaraba ante Dios, levantadas las manos y puestos los ojos en el cielo, que había compuesto aquel tratado, que es como el resúmen de todos sus trabajos, para proclamar en presencia de los hombres la grandeza de las obras del divino Hacedor '1

¿Y qué diremos de las creencias religiosas de Galileo, cuando no hay quien ignore que, más que por haberse declarado partidario y sostenedor del sistema copernicano, fué condenado por el Santo Oficio por haberse empeñado en sostener que estaba aquel sistema de acuerdo con las Sagradas Letras, y que por consiguiente podía demostrarse con la autoridad de éstas? Y respecto á los sentimientos religiosos de Newton, ¿habrá necesidad de recordar á Draper que se entregó á las que llamaba *fantasías místicas*, que compuso algunas disertaciones teológicas y que escribió algunos comentarios sobre el Apocalipsis?

Mas ¿qué les importa á Salmeron y á Draper que estos preclaros ingenios, y la mayor parte de los más renombrados hombres científicos que han creído en la existencia de

¹ CANTÚ, *Histoire universelle*, t. xv, pág. 15. — FONTANELLE, *Eloges*.

un Sér Supremo, criador y ordenador de todas las cosas, hayan creído igualmente en la intervencion de su Providencia en el gobierno del mundo? El primero seguirá diciéndo desde lo alto del pedestal de su orgullo «que la ley *incide* en la realidad, y que sería grosero antropomorfismo pensar que su existencia procede de un legislador, áun supuesto soberano, que la forje é imponga» (pág. 70), y el segundo «que, sea cual fuere la importancia de la autoridad eclesiástica contraria, el *sol debía* ser el centro de nuestro sistema, y que las leyes de Keplero son resultado de la *necesidad matemática*, siendo *imposible* que fueran de otro modo que son» (pág. 247); «que es ridículo creer en intervenciones providenciales que puedan interrumpir el sistema solar que está bajo el dominio de leyes irresistibles, las cuales son á su vez resultado de aquella necesidad matemática;» «que es fuerza ya arrumbar, apesar de Keplero, de Galileo y de Newton, la creencia de que los sistemas solar y estelar han sido creados por Dios, y que les ha impuesto por su voluntad *arbitraria* leyes bajo cuyo imperio era su placer que verificasen su movimiento, sino que es preciso creer que aquéllos sistemas fueron criados por el proceso de la ley.» (Pág. 248.)

Grandemente se equivocarían los que, no habiendo leído la obra de Draper, creyesen que despues de haber indicado las leyes astronómicas y matemáticas descubiertas por aquéllos grandes ingenios, y de haber deducido de su existencia las consecuencias que dejamos indicadas, completamente opuestas á las que de ellas dedujeron sus descubridores, había de darse por satisfecho con el que se imagina ser su triunfo sobre las creencias cristianas. Pues ora fuese porque, segun su costumbre, se propusiera deslumbrar á sus lectores haciendo ostentoso alarde de su erudicion y saber en todo linaje de disciplinas, y en especial en las científicas; ora porque creyese necesario reforzar, descendiendo á hechos concretos, sus argumentos en favor de su sistema sobre el gobierno



del universo; ora, en fin, porque estuviese realmente persuadido de que, como dice su apologista, «estaba destinada su obra á redimir la humanidad y á sacudir el letargo en que yace todavía la ciencia religiosa y científica» (página 74), dedica algunas páginas á hablar de la hipótesis de las nebulosas, de la ley del enfriamiento y de la doctrina de la evolucion, ó sea de la formacion de los astros, de la del globo terrestre y de la de todos los seres orgánicos que en él vivimos, por medio de leyes eternas como la materia, admitidas las cuales pueden ya desecharse como añejas, indignas de la ciencia y absurdas las creencias en el arbitrario *fiat* de un Dios criador y en sus providenciales intervenciones.

Examinemos brevemente aquellas hipótesis y doctrinas, hoy tan en boga, y veamos si realmente la ciencia las acepta, qué concepto ha formado de cada una de ellas, y en suma si son de tal poder y eficacia sus leyes, dado caso de que realmente existan, que sea posible, conforme pretenden algunos naturalistas, prescindir de Dios en la creacion y en el gobierno del universo.

Sistema de Laplace.

No es del caso averiguar si el sistema ó hipótesis de las nebulosas que lleva el nombre de Laplace, que es considerado como su inventor, fué ó no ántes que por él ideado y expuesto por Kant en su teoría del cielo. Baste saber que dicha hipótesis está admitida hoy como la más apropiada para explicar la formacion de los astros, su estado actual, la naturaleza del sol y de las estrellas, y una gran parte de los fenómenos cósmicos, y aceptada por casi todos los astrónomos, y por la mayor parte de los expositores y apologistas

católicos, que son á la vez cosmógrafos y geólogos, como la que más en armonía está con la cosmogonía mosaica. Baste saber que entre los dos sistemas en que se dividen sus partidarios, unos que admiten varias grandes nebulosas que dieron origen á distintos sistemas planetarios, otros que aceptan una sola é inmensa nebulosa, de la cual se han formado todos los astros que pueblan el espacio, así las estrellas fijas como las que se hallan todavía en vías de formación, es este último sistema al que con preferencia se inclinan como hipótesis algunos teólogos, en el que da una idea más elevada de la unidad y grandeza de la creación, — que son como los sellos que se plugo estampar el Criador en todas sus obras, — y cual el que más en armonía está con las palabras con que refiere Moisés el primer acto de la creación en el segundo versículo del Génesis, ó sea con los vocablos *tohu bohu* del texto hebreo, con el *inanis et vacua* de la Vulgata, y con la tradición de un caos primitivo, que se encuentra en la mayor parte de las más antiguas y famosas cosmogonías ¹.

Mas la hipótesis de Herschell, y en especial la de Laplace, á la cual parece inclinarse Draper, ¿excluye á Dios de la creación y hace innecesarias en el gobierno del universo sus leyes providenciales? «Nadie que conozca las obras de la *Mecánica celeste* y la *Exposición del sistema del mundo*, dice el abate Gainet, ignora que, sin declararse abiertamente ateo, rehusó su sábio autor elevar su mirada, como lo hicieron Keplero y Newton, hácia el Soberano ordenador, y hasta tuvo la debilidad de acusar al primero de esos dos grandes astrónomos de flaqueza y apocamiento de espíritu por no haber sabido estudiar la naturaleza de las cosas sin recurrir á la Divinidad ².» Pero ¿cuántas veces, al buscar

¹ LUKE, *Les traditions de l'humanité*, t. I, pág. 46 y siguientes. — DARRAS, *Hist. universelle de l'Eglise*, t. I, cap. XI.

² *Accord de la Bible et de la Géologie*, pág. 135.

la explicacion de ciertos hechos, se vió obligado á acudir á una fuerza, á una causa, á un impulso exterior poderosísimo, á un Sér Supremo, en fin, por más que se niegue á darle este nombre, sin cuya intervencion, tiene que confesarlo, no hubiera sido posible la realizacion del cosmos?

Profanos como somos á los estudios científicos, nos creemos obligados, en bien de la causa que defendemos y con ventaja de nuestros lectores, á ceder la palabra al citado abate Gainet, quien ha dedicado un capítulo de su interesantísima obra á poner en evidencia algunas concesiones de Laplace en la exposicion de su sistema, relativamente á reconocer la necesidad de un primer motor.

«Por una parte, dice, confiesa (Laplace) claramente y con la franqueza de un verdadero sábio la inercia de la materia. Oigámosle á él mismo:

«Un cuerpo en reposo no puede darse á sí mismo el movimiento, puesto que no encierra en sí razon ó estímulo
» ninguno para moverse en un sentido más bien que en otro.
» Cuando se halla solicitado por una fuerza cualquiera y
» abandonado despues á sí mismo, se mueve constantemente de una manera uniforme en la direccion de esta fuerza
» mientras no se le opone ninguna resistencia. Esa tendencia de la materia á perseverar en su estado de movimiento
» ó de reposo, es lo que se llama inercia. Es la primera ley
» del movimiento de los cuerpos. A la verdad, siendo un
» cuerpo incapaz de darse ningun movimiento parece serlo
» igualmente de alterar el que ha recibido; por manera que
» la ley de inercia es, cuando ménos, la más natural y la
» más simple que imaginarse pueda..... Pero la inercia de
» la materia es principalmente notable en los movimientos
» celestes, los cuales hace muchísimos siglos que no han
» experimentado alteracion sensible. De esta suerte consideramos la inercia como una ley de la naturaleza, y cuando observamos alteracion en los movimientos de un cuerpo

» suponemos *que es debida á una causa extraña* ¹.» (*Exposition du système du monde*, pág. 144.)

» Ahora bien, ya que la materia no puede darse á sí misma ni movimiento, ni detener ese movimiento una vez recibido, se sigue que, si existe éste, es de absoluta necesidad que haya habido quien se lo haya comunicado. »

» Nótese además, continúa diciendo el docto abate, cuán embarazado se encuentra Laplace buscando la causa de lo que llamamos la gravedad ²: «Llamaremos á esa gravedad, » dice, atraccion solar, porque sin conocer su causa podemos, por uno de esos conceptos de que echan mano con » frecuencia los geómetras, suponer producida esa fuerza » por un poder atractivo que reside en el sol. » Mas ¿quién ha puesto en el sol ese poder de atraccion, ya que, segun Wors, como segun los teistas, no hay fuerza en la materia, á ménos que no le venga de fuera?»

En la página 174, para explicar el movimiento de proyeccion de la tierra, de los planetas y hasta del sol, Laplace ha concebido una idea grande, luminosa y digna de él. Supone, á fin de explicar esos movimientos, que el sol recibió un impulso que pasa por el lado de su centro.

«Cuando un cuerpo, dice el grande astrónomo, recibe » un impulso siguiendo una direccion que pasa por su centro de gravedad, muévense con igual velocidad todas las » partes; pero si esta direccion pasa por el lado de aquel » punto, las diversas partes de ese cuerpo tienen velocidades » desiguales, y de esa desigualdad resulta un movimiento

¹ «La movilidad, observa Leibnitz, es una cualidad de los cuerpos, pero no es el movimiento mismo. Se concibe en la actualidad que la naturaleza siga las leyes inflexibles que la rigen, que la dan una regularidad invariable, pero la ha necesitado de un *primer impulso*, que lo ha ordenado todo para la inagotable série de los tiempos. » Cit. por Hettinger, *Apologie*, etc., t. II, pág. 54.

² «Yo no afirmo, había dicho ya Newton, que la gravedad sea esencial á los cuerpos. » Cit. por Hettinger, *op. cit.*, l. XI, pág. 54.

» de rotacion del cuerpo alrededor de su centro de gravedad, al propio tiempo que ese cuerpo es trasportado con la velocidad que hubiera tomado si la direccion del impulso hubiese pasado por dicho centro. En este caso se encuentra la tierra y los planetas. De esta manera, para explicar el doble movimiento de rotacion y de traslacion de la tierra, basta suponer que recibió primitivamente un impulso cuya direccion pasó á una pequeña distancia de su centro de gravedad; distancia que, en la hipótesis de la homogeneidad de ese planeta, es de cerca de la 160.^o parte de su rádio...»

En la página 472 del *Sistema del mundo* se leen estas notabilísimas palabras: «Uno de los fenómenos más singulares del sistema solar, es la igualdad rigurosa que se observa entre los movimientos angulares de rotacion y de revolucion de cada satélite. *Puede apostarse lo infinito contra uno que no es efecto de la casualidad* ¹.»

Ya lo ven, pues, nuestros lectores: el mismo autor de la admirable hipótesis de la formacion del cosmos por una inmensa nebulosa que ha dado origen á los millones de astros que pueblan el espacio, y cuya existencia no se puede explicar sino admitiendo la eternidad de la materia ó la existencia de una primera causa, de un Sér creador, no acierta á darse razon del movimiento sino por una causa extraña, de la gravedad, sino reconociendo la existencia de un poder atractivo que resida en el sol, y del movimiento de rotacion y de traslacion de los astros sino por la direccion de un impulso que ha debido pasar por cerca de su centro. ¡Con cuánto más esplendor no brillaría la gloria de Laplace á los ojos de las presentes y futuras generaciones si, al igual de Keplero, Newton y Herschell, hubiese reconocido que tambien con su formacion, tal como la ha ideado, no ménos

¹ GAINET, *op. cit.*, pág. 138 y siguientes.

que con su brillo, su grandeza y lo ordenado de sus movimientos, publican y ensalzan los mundos nacidos de la gran nebulosa, creacion de Dios, el poder y la sabiduría de éste!

Como cuanto se refiere á la formacion de nuestro globo segun lo explica la ciencia, de acuerdo, como en otro lugar dejamos indicado, con la revelacion, no es más que la aplicacion á un caso particular de la hipótesis por los sábios ideada para explicar la formacion del cosmos, despues de los pasajes que dejamos transcritos de la obra de Laplace y de los breves comentarios con que los acompaña el ya célebre autor de la *Bible sans la Bible*, sería de todo punto ocioso detenernos á demostrar que las leyes establecidas por el grande ordenador, por la primera causa creadora é impulsora que han presidido á la formacion de nuestro planeta en los diferentes cambios que ha experimentado, no son más que una derivacion ó la aplicacion á un caso concreto de las leyes procedentes de aquel superior origen, que presidieron á la formacion del universo. Y de esta suerte, con traer á la memoria de Draper lo que algunas páginas atrás dejamos apuntado sobre la manera cómo entiende la Iglesia el dogma de la Providencia divina en el gobierno del mundo, y con recordarle de nuevo que no se concibe, segun confesion del mismo autor de la *Mecánica celeste*, que existan en la materia cualidades sin admitir la existencia de un poder exterior que se las haya comunicado, tenemos contestadas las preguntas que nos dirige aproposito de las grandes revoluciones porque pasó la tierra desde el momento en que desprendida de la nebulosa solar, segun la hipótesis de Laplace, no era más que una masa informe de gases hasta el momento en que el Señor la destinó á ser morada del hombre, á saber: «Si fueron aquellos cambios debidos á las intervenciones incesantes ó la obra continua de una ley invariable» (pág. 253), tomados los vocablos de *ley invariable* en el sentido en que los usan los que niegan la creacion por obra y poder de Dios.

Teoría de la evolucion.

Puesto ya en camino de examinar las diferentes leyes que gobiernan, sin necesidad de divinas intervenciones, el cosmos y nuestro planeta, natural era que nos hablase Draper de las que, segun los materialistas, presiden á la formacion y desenvolvimiento de los séres, y en especial de los orgánicos que pueblan la tierra, y por consiguiente de la evolucion, que es la gran teoría que, para explicar el origen de las especies y del hombre, está hoy entre aquéllos más en boga.

El autor de la *Historia de los conflictos*, ó porque creyó por ventura que sus lectores tendrían ya conocida aquella *gran teoría*; ó porque imaginó que bastaba para que lo diesen por el mejor y más acabado y racional de los sistemas que acerca el origen de las especies, y por lo tanto tambien del hombre, ha inventado en los tiempos pasados y podría inventar en los venideros la humana fantasía, el que fuese por él seguido; ó porque entendió que era suficiente, para que cerráran su mente á toda duda, con que les diese por cierto que no podían pasar las cosas de otra manera que como los evolucionistas las entienden (pág. 256 y siguientes), no se paró á explicarles en qué consiste dicha teoría. Nosotros, á fin de que no puedan en manera alguna dudar nuestros lectores de sus excelencias, de las inmensas ventajas que tiene sobre las demás doctrinas materialistas acerca del principio del desenvolvimiento de los séres orgánicos, y sobre todo del *edificante* acuerdo que reina entre sus partidarios, nos permitiremos llenar en parte, aunque profanos en esta clase de conocimientos, el vacío que creemos advertir en la obra de Draper, haciendo una brevísima exposicion del sistema evolucionista,

valiéndonos para ello de la que traza en su obra ya citada de *El mundo y el hombre primitivo segun la Biblia* monseñor Meignan, y que hemos preferido á otras que hubiéramos podido extractar de otros escritores, ya por la claridad y sencillez, desnudas de todo aparato científico, con que está escrita, ya por la autoridad de que goza su autor en la Iglesia de Francia por ser uno de sus más esclarecidos Prelados, y entre los hombres de ciencia por sus vastos conocimientos geológicos.

Comienza por advertir con feliz oportunidad á sus lectores que Darwin, ó sea el autor de aquel sistema, prescinde completamente, cual si se tratase de la cosa de ménos importancia y que nada tuviera que ver con su teoría, de la cuestion que debía ser la base y principio de todas las demás, ó sea de la del origen de la vida. ¡Manera por todo extremo cómoda de construir sistemas dejar á un lado cuanto pudiera servir de obstáculo, y pasar por encima de toda clase de dificultades! «El sábio naturalista inglés, dice monseñor Meignan, no se toma el trabajo de preguntarse á sí mismo por dónde y cuándo entró la vida en la tierra; y no procediendo ni aspirando á proceder más que como naturalista, se contenta con darla como un hecho.» Mas la vida se manifiesta en un sinnúmero de seres pertenecientes á los reinos animal y vegetal. ¿De dónde, pues, proceden esos seres? ¿De dónde el hombre, en quien Darwin no ve más que un animal superior? «De un sér comun, contesta el sábio naturalista inglés, del quien emana toda vida por medio de generacion y transformacion, por igual manera que las variedades de una especie natural descenden del tipo normal de la misma.»

Mas ¿por qué medios se verifica el fenómeno de las transformaciones? Por dos, segun el autor de la teoría evolucionista. Es el primero el que llama en inglés *struggle forth the life*, ó sea la lucha, el combate sin tregua que sostiene la vida contra todo cuanto á su *infinito* desenvolvimiento se opone

ó pretende entorpecerlo. Entiéndanlo bien nuestros lectores: el desenvolvimiento de la vida en los séres ha de ser infinito, y por consiguiente *eterna* la batalla de la misma contra cuanto á ella se oponga, y por consiguiente tambien innumerables las transformaciones que han de experimentar todos los séres en la tierra. «El sér vivo, prosigue diciendolo el sábio obispo de Châlons, quiere conservarse, desenvolverse, reproducirse, y para ello emplea todo el tiempo de su existencia en luchar contra cuanto viene á contrariar su conservacion, perfeccionamiento y reproduccion. De este esfuerzo constante resulta el desarrollo en el animal de órganos al principio rudimentarios. Y como son vários los medios y distintas las condiciones de la existencia, de ahí que nazcan y se transformen los órganos segun sean las necesidades de aquélla; siendo el resultado final que si por un lado nacen y se perfeccionan nuevos órganos, van por otro desapareciendo los existentes, ó por no tener en qué ejercitarse ó por no sentirse estimulados por las condiciones de la vida.»

El segundo medio ó principio de la transformacion de las especies es el llamado por el creador del sistema *seleccion natural*, — vocablo que equivale á nuestra palabra castellana *escogimiento*, — ó sea la ley por la cual todo sér vivo busca y elige para reproducirse al que tiene con él más semejanza. De esta suerte, y con los sucesivos é innumerables cruzamientos de séres de parecida ó igual conformacion, fijanse las variedades individuales, las cuales constituyen razas, de quienes se forman especies, que dan origen á los géneros. Por tal arte, en conformidad á la sobredicha ley, se han ido constituyendo los reinos vegetal y animal, del cual forma parte el hombre, colocado *por ahora*¹ á la cabeza

¹ Edgardo Quinet asegura muy formalmente, en nombre por supuesto de la ciencia, en un artículo publicado en la *Revue des deux Mondes*, que puede suceder muy bien que adelantándose, en virtud de circunstancias especiales, en su desenvol-

de todas las especies, de las cuales, y á fin de que no se enorgullezca, tiene buen cuidado de recordarle amenudo Carlos Vogt¹ que es pariente y que si algun privilegio goza, es tan sólo el de ser el primero entre ellas: *primus inter pares*.

Que en aquella lucha por la vida, que hace un momento mencionábamos, tienen por fuerza que sucumbir los séres por millares de millones, ni es difícil adivinarlo ni cuida Draper de ocultarlo. Quatrefages, al explicar ese medio de la evolucion, dice que únicamente sobreviven aquellos séres que están dotados de ciertas cualidades particulares, que transmiten luégo á sus hijos, y que éstos á su vez transmitirán á los suyos. Mas téngase en cuenta que para que esas cualidades conserven su eficacia es de absoluta necesidad que los enemigos contra quienes han de combatir sean siempre los mismos. Porque si éstos cambian, se hacen entónces necesarias nuevas cualidades; y así se explica, segun Darwin, cómo es, por ejemplo, imposible que el chacal de la India sea idéntico al del Senegal, y que el zorro de Egipto tenga iguales caracteres que el de la Siberia.

Por ventura cueste trabajo á nuestros lectores, y hasta á no pocos de los de Draper, comprender de dónde sacan los séres el necesario conocimiento, ó si se quiere el instinto para saber cuáles son los obstáculos con que tienen que luchar y los órganos que deben emplear para superarlos; y sobre todo por dónde llegan á adquirir el discernimiento

vimiento alguna ó algunas familias animales á la especie humana, por detenerse ésta en su desarrollo, llegue el día en que nos encontremos los hombres, respecto de aquellas familias de animales, entónces superiores á nosotros, en igual situacion en que se hallan ahora aquéllas respecto de nuestra especie, ó lo que es lo mismo, que ellas serán nuestros señores y nosotros sus animales domésticos. Y esto que parece y es realmente á los ojos de la verdadera ciencia el delirio de la fantasía de un loco y el mayor de los absurdos, es no obstante una consecuencia lógica, por más que no lo sea necesaria, del sistema evolucionista.

¹ CAUSSETTE, *Le bon sens de la foi*, t. II, pág. 482.

necesario para saber cuál es el sér con quien más semejanza tienen, escoger aquél y no otro, é ir á buscarle donde se encuentre; pero Darwin ha salido, ó por lo ménos ha pretendido salir del paso, diciendo que el escogimiento es inteligente; modo de proceder á que llaman los lógicos petición de principio, que consiste en contestar á una dificultad con la afirmacion de la misma.

En suma, tal vez no sea á todos cosa tan llana como lo es á los que reconocen por su Mesías al inventor del sistema que nos ocupa, creer que todos los séres descienden, segun unos, de cuatro ó seis *prototipos*; segun otros, de un sér pequeñísimo que creen haber descubierto en una sustancia glutinosa que se encuentra en las mayores profundidades del Océano; pero Darwin cierra el camino á todo reparo que acerca de ésto pudiera hacérsele con echar en cara á sus antagonistas que no están al corriente de los adelantos de la ciencia. «La idea de que animales tan distintos como un mono, un elefante, una mosca, una serpiente, una rana, un pescado, etc., hayan podido descender de los mismos padres, podrá parecer un contrasentido á los que no hayan seguido paso á paso los progresos de la historia natural. Por lo que respecta al hombre, añade, *es ponerse bajo el punto de vista intelectual al nivel del salvaje* suponerle producto de un acto separado de la creacion.»

Pero dirá tal vez alguno de nuestros lectores, cuyo nivel intelectual se halle en tan bajo punto, ¿cómo se explica la transformacion del mono, animal irracional, en hombre, ser dotado de un alma inteligente? Este reparo que al sistema de la evolucion, siquiera en lo que respecto al hombre, se hace, ni siquiera merece de parte de su autor los honores de la refutacion. Con afirmar que la facultad de pensar no es condicion exclusiva del espíritu; con confundir el instinto y la razon, y explicar que, al igual que las transformaciones del organismo, las del alma de los brutos y de la del hombre se verifican por la seleccion

natural, queda desvanecido lo que para los no darwinistas parecia una dificultad insuperable. Segun los partidarios de la evolucion, la inteligencia no es más que el perfeccionamiento gradual de las facultades animales, que el naturalista inglés llama físicas ó mentales. Así, pues, la diferencia que entre el hombre y los animales de un órden superior existe, por grande que se la suponga, será siempre diferencia de grado, no de naturaleza. De esta suerte, y habiendo debido adquirir lenta y gradualmente la facultad mental, ha debido haber un momento en que el hombre, segun dice Spenser, *fué lo ménos posible superior* al bruto; ó como afirma Hackel, la transformacion gradual de los monos antropóides en verdaderos hombres se verificó de una manera tan insensible, hasta bajo el punto de vista intelectual, que en todo rigor no se puede hablar de un primer hombre.

Pero cuando Darwin nos rebaja al nivel del salvaje á los que no hemos seguido paso á paso los adelantos de la historia natural; cuando dice Mr. Hartmann que «siendo hijos de los tiempos modernos no somos libres de rechazar ó admitir la teoría de la descendencia, y añade que no podemos ménos de aceptarla, porque no es posible ya hacer consistir el misterio de la creacion en la *grosera* concepcion de ántes, á saber: el barro, el soplo divino, etc. '», ¿será que en el punto y hora en que estamos habrán quedado desvanecidas todas las objeciones que al sistema evolucionista se han hecho, y que todos los discípulos del naturalista inglés, con las obras de su Mesías debajo del brazo, se habrán diseminado por todos los ángulos de la tierra, unidos en una sola voluntad y una sola fe, á predicar las doctrinas de aquel su maestro? Nada de eso.

Al reparo de que si el sistema de la evolucion fuese

¹ *Le darwinisme; ce qui il y a de faux dans cette théorie*, pág. 24.

verdadero deberían existir en la actualidad, ó por lo ménos hallarse en los antiguos monumentos que de las pasadas edades nos quedan, algunos ejemplares de séres intermedios entre las especies hoy conocidas; de séres sorprendidos, por decirlo así, en el acto de su transformacion, os dirán, y es fuerza que les creais bajo su palabra, que es tan lento el trabajo de la transformacion que los cinco ó seis mil años á que podemos remontarnos en la historia de los pueblos antiguos, es ménos que un dia en el desarrollo de esos árboles gigantescos y antiquísimos que se encuentran aún en pié en los bosques vírgenes del Nuevo Mundo; y os repetirán una y cien veces que no se ha verificado ninguna evolucion en el modo de ser de las especies desde la época del último enfriamiento de nuestro planeta.

Y si á esto se les replica que, ya que no en los monumentos y en los recuerdos históricos, debería haberse encontrado fósiles de aquellos séres en los estratos geológicos hasta ahora estudiados, y en los cuales se han descubierto en prodigiosa abundancia restos de animales de especies hoy extinguidas, contestan á esta nueva objecion que nadie puede atreverse á negar la *posibilidad* de que aparezcan, y que siendo como es la tierra una especie de archivo de la naturaleza, no hay que desconfiar de hallar en ella los documentos históricos que necesitan para la demostracion de su tesis. Verdad es, y así lo hacen notar á los transformistas sus contrarios, que existen multitud de terrenos que han sido cuidadosamente explorados desde las capas inferiores hasta los terrenos cuaternarios; que se han encontrado en los mismos documentos bastantes para por ellos poder escribir la historia de las faunas y de las floras anteriores á la aparicion del hombre sobre la tierra, sin haber tropezado ni con un sólo fósil que haga sospechar siquiera la existencia de especies intermedias entre las conocidas; que puesta en la verdad de un sistema contra el cual deponen millares de millares de testigos, y por la sola esperanza de que se

hallará un día alguno que declare en su favor; pero, como lo hemos dicho ya, nadie puede ser incrédulo sino á condicion de que, excepto en Dios, ha de creer en cuantos delirios absurdos sea capaz de inventar la humana fantasía. La ciencia no acepta lo sobrenatural revelado, pero en cambio admite lo absurdo. ¡Cuántos milagros, sin una omnipotencia que los haga, tienen que admitir los ateos para excusarse de creer en una omnipotencia que los haga!

Respecto á la diversidad de opiniones que existe entre los transformistas, apesar de no datar la aparicion del sistema de Darwin más que de 20 años escasos, pudiera escribirse una historia de sus variaciones, al igual de la que compuso Bossuet sobre las de las sectas protestantes. Sirvan como prueba de ello los siguientes datos.

Darwin hace intervenir á Dios en la creacion de las primeras especies; pero una vez creadas éstas, opina que basta la seleccion natural para explicar la formacion de los millares de ellas que pueblan nuestro planeta. Pero la mayor parte de sus discípulos se niegan á dar asenso á toda intervencion sobrenatural; y respecto de aquélla, ó sea de la seleccion, miéntras unos, contra el parecer del maestro, la consideran ininteligente y obrando á ciegas, Wallace, á quien más que como discípulo se considera como colaborador con su paisano del sistema que examinamos, si bien la supone tambien inteligente, la declara no obstante insuficiente para explicar la aparicion del hombre en la tierra.

El naturalista inglés, si bien nos supone descendientes de cuatro ó cinco tipos primordiales, aunque cree que se podría, por analogía, llegar á la creencia de que todos, plantas y animales, descendemos de un prototipo único, convencido, sin embargo, de que la analogía puede ser una guía poco segura, y careciendo por otra parte de datos ciertos en qué apoyarse, al trazar nuestro árbol genealógico no se atreve á remontarse sino hasta los mamíferos, porque más allá de éstos no encuentra sino tinieblas de cada vez más espesas;

pero Haeckel asegura con toda formalidad que cree hallarse en estado de poder establecer, con toda certeza, 21 grados en el árbol de nuestro abolengo; árbol cuyo tronco arranca de un sér por todo extremo rudimentario, ó sea el sér glutinoso de que hace un momento hablábamos, y al cual apellida *un organismo sin órganos*.

Mientras Darwin reconoce nuestra ignorancia en lo que al origen de la vida y de las fuerzas de la materia se refiere, un gran número de sus discípulos, y entre ellos Buchner, Vogt y otros, afirman que una y otras *inciden* en ésta. En suma, cuando todos aceptan como ley primordial la transformacion, Ezolve, creyendo imposible explicar por medio de ella la formacion de tantos y tan variados organismos, y sobre todo la transicion del animal al hombre, declara no hallar otro medio de desembarazarse de las dificultades que el transformismo ofrece, que creer en la eternidad de las especies actualmente existentes, desde el hombre hasta el mineral.

Fundados en la experiencia que tenemos acerca de la manera cómo hoy nacen, se desenvuelven y propagan los errores en uno y otro continente, anunciábamos con honda tristeza, hace unos siete ú ocho años, escribiendo acerca del darwinismo ¹ que no había de pasar mucho tiempo sin que viéramos entrar por las puertas de nuestra pátria (reducida hoy en lo intelectual, como en lo material lo es de las modas, á la condicion de plagiaria de cuanto se inventa en el extranjero), al transformismo, y que muy pronto, por lo tanto, este sistema, ceñida la borla de doctor y vestida la toga profesional, se sentaría en nuestras cátedras, y sería preconizado como el último y más digno de crédito de los dogmas de la ciencia materialista. Habían transcurrido

¹ En un escrito destinado para una de nuestras Asociaciones Católicas, que quizá fué el primero en España sobre ese asunto,

apénas dos años cuando los periódicos nos revelaban que un infeliz Director de uno de nuestros Institutos de segunda enseñanza se había declarado, en un discurso inaugural, partidario de aquella novísima doctrina. Hoy el darwinismo cuenta en nuestro suelo con multitud de prosélitos; las obras de su inventor, trasladadas á nuestra lengua, andan en manos de todos, y se explica en cátedras, y se ensalza en Ateneos, y se defiende en Revistas, y se propaga por medio de cuantas obras materialistas salen de nuestras prensas. Como entónces, sin estar dotados del don de profecía, anunciábamos sus futuros triunfos en España, nos adelantamos á predecir hoy sus próximas derrotas aquí y en otros países, y tras de ellas su no lejana muerte.

Acaban de salirle al darwinismo dos competidores, Mr. Hartmann y Mr. Vigant, gracias á cuyos ataques *dicho sistema ha dejado*, dice aquél, *de ocupar la posicion preponderante que había alcanzado en Alemania*¹. Miéntras el último pretende explicar el *processus* (sic) de la vida orgánica por medio de una mecánica interior infinitamente ingeniosa que Dios ha puesto en la celdilla ó alveolo madre², el primero, despues de declarar que la hipótesis, principios y teorías reunidas bajo el nombre de darwinismo tienen que pasar por el crisol de un análisis severo, aceptando en principio la teoría de la transformación, edifica sobre ésta un nuevo sistema, una nueva filosofía de la naturaleza, segun la cual, «en virtud de un principio metafísico... y por un procedimiento regular de evolucion, de formación interna, progreso espontáneo de la organización; en virtud de un plan determinado, ó sea de un sistema *teleológico*, ó como si dijéramos de finalidad, opuesto al puramente mecánico de Darwin, se explica

¹ *Le darwinisme; ce qu'il y a de vrai et de faux dans cette théorie*, pág. 8. *Revue des questions scientifiques*. Julio, 1877, pág. 292 y siguientes.

² *Ibid.*, pág. 63. *Revue des questions scientifiques*, etc. *Ibid.*

mejor, y sobre todo de una manera más filosófica que por éste la formación de los seres ¹. »

Es verdad que, para nosotros, tanto el sistema de Hartmann con su evolución interna teleológica, como el de Darwin con su lucha por la vida y su selección inteligente, como el de Wiggant con su mecánica interna, cual el de Deshayes con sus variaciones bruscas de los tipos específicos en relación con las correspondientes variaciones de los medios exteriores, y que, como los de todos los transformistas, son ineficaces para explicar el origen de la materia, en cuya eternidad nos es imposible creer; el principio de la vida, que ninguno de aquellos sistemas explica, y la formación de las especies, cuya invariabilidad consideramos como una de las verdades científicas mejor demostradas, y por lo tanto únicamente los mencionamos para que nuestros lectores y los de Draper que busquen de buena fe la verdad vean si un sistema que tantos contradictores tiene, que deja sin resolver tantas dificultades y sin contestar tantas objeciones, que cuenta casi con tantas escuelas como secuaces, tiene derecho á burlarse de los que creemos que los seres que pueblan la tierra han nacido, al igual que ésta, al *fiat* de una voluntad divina y de un poder sin límites; de los que vemos en el origen de las especies un rastro de la divina omnipotencia, y una huella de la sabiduría y de la providencia de su Criador en el orden con que se desenvuelven, se mueven y se reproducen. Entre la fe que se apoya en la razón y aquellos sistemas, que ni son racionales, puesto que no descansan en ningún principio cierto, ni científicos dado que no se fundan en la observación, ni están edificadas sobre hechos demostrados, ni tienen por base axiomas por todos aceptados, no podemos menos de abrazar las verdades reveladas, siquiera se nos rebaje por ello como seres inteligentes al nivel del salvaje.

¹ *Revue des questions scientifiques*. Ibid.

El estoicismo.

En su afán de desterrar la Providencia divina del gobierno del mundo y de todo cuanto á él se refiere, sostiene Draper la doctrina de que las sociedades están tambien sujetas á una ley ineludible, bajo la cual cumplen fatalmente sus destinos. No tenemos espacio ni tiempo, ni es tampoco ocasion oportuna la presente para escribir, á fin de desvanecer ese error vulgar, un tratado de filosofía de la historia, y ni siquiera para hacer ver á qué abismos de miseria, á qué espantosos abusos de fuerza irían á parar los pueblos, hasta los más cultos, si aquella doctrina y las consecuencias que de ella se desprenden se llevasen al terreno de la práctica. Méenos aún lo tenemos para discutir si fué ó no una calamidad para el linaje humano, como afirma Montesquieu, la destruccion de los estóicos, «puesto que sólo ellos hacían (*sic*) grandes ciudadanos y hombres eminentes.»

Permitasenos, sin embargo, que preguntemos á Draper, en el caso de ser suyo el texto que acabamos de transcribir, ó de aceptarlo como propio, si es de aquel publicista, por quién, cuándo y con qué motivo fueron *destruidos* los estóicos. Nosotros, en nuestro atraso, no teníamos noticia de que entre las grandes calamidades que han afligido el linaje humano debiese contarse la de la destruccion, que igualmente ignorábamos, de aquellos filósofos. Sabíamos que Epitecto pedía que le mostrasen un sólo estóico: no uno de esos, como había muchos, que hablasen el lenguaje del estoicismo, sino un hombre que se creyese feliz en la adversa como en la próspera fortuna. Sabíamos que aquella secta filosófica fué perdiendo terreno á medida que lo ganaba el Cristianismo, hasta el punto de que ya en sus tres

últimos y más preclaros representantes, que era á quienes sin duda alguna aludía Montesquieu, ó sea en Séneca, Epicteto y Marco-Aurelio, es difícil distinguir la parte que, especialmente en sus máximas más puras, tienen las enseñanzas de la escuela del Pórtico y los preceptos evangélicos; pero ignorábamos que hubiesen sucumbido á ninguna persecucion.

El autor de la *Historia de los conflictos* parece manifestar una especial predileccion á aquel sistema. ¡Ojalá que fuese tal su amor á él que le llevára á abrazarlo! Si llegase á salvar la distancia que separa el positivismo del estoicismo, no tan sólo ya como sistema ético, sino hasta como escuela filosófica, apesar de sus vaguedades y de sus erróneas concepciones de Dios, del mundo y del alma humana, y sin embargo de que, con perdon sea dicho de Montesquieu, no le creemos bajo ningun concepto el más apropiado ni para producir grandes caracteres, ni para formar ilustres ciudadanos; si se resolviese á abandonar las funestas enseñanzas de Augusto Comte por las de Zenon, concebiríamos no pocas esperanzas de verle entrar algun dia por las puertas de nuestros templos para darnos el ósculo de paz. Mucho es ya que tanto cariño profese á una secta que, al igual que la crisálida, que se convierte en mariposa al calor del sol, murió transformándose al vivificador influjo de las creencias y de la moral cristiana.

Para que nada faltase en el capítulo destinado á tratar del gobierno del mundo, Draper dedica un par de páginas á hablar de la predestinacion. Cualquiera que conozca la importancia de este asunto y de la multitud de cuestiones que á él se refieren y que con él se enlazan, adivinará que es espacio asaz limitado el de que podemos disponer para una materia sobre la cual se han escrito volúmenes bastantes para formar una biblioteca. Sin embargo, el autor de la *Historia de los conflictos*, que ante todo, como vimos

en diferentes ocasiones, aspira á seducir á sus lectores haciendo alardes de erudicion, tiene lugar bastante para lucir sus peregrinos conocimientos históricos y teológicos sobre cuestion tan intrincada, ora citando un pasaje, *con autoridad estoica escrito, de Calvino*; ora hablándonos de las sectas que llama cristianas, con igual fundamento con que podría llamarlas zoroástricas, budhistas ó musulmanas, de los basilidianos y valentinianos, cuyas opiniones gnósticas, segun afirma, ignoramos con qué fundamento, conducían á ingerir la *gran doctrina* de la Trinidad en el Cristianismo; ora haciendo una exposicion de las opiniones de aquellos dos sectarios, que desde luégo aseguramos que se negarían éstos aceptar como suyas, por más que en ello se empeñara el profesor anglo-americano ¹; ya citando las opiniones de San Agustin y hablando de los suplapsarios y los supralapsarios, y de los artículos de Lambitte y del sínodo de Dart, y de las controversias que sobre la predestinacion se suscitaron entre católicos y protestantes; ya discurriendo por tercera ó cuarta vez acerca de los milagros y de las indulgencias con una ligereza y mala fe dignas únicamente del más ruin libelista, todo ello para venir á decirnos, escudándose en la autoridad de Ciceron, pero mutilando y tomando en muy distinto sentido del que le dió el orador romano, uno de los más bellos pasajes de su libro *De la República*, á saber: «Que una ley eterna é inmutable abraza todas las cosas y todos los tiempos ²;» de

¹ Por si algun lector de Draper quisiese enterarse de cuán distintas eran las doctrinas de Basíldes y Valentiniano de las que les atribuye, le recomendamos la lectura del tratado de San Ireneo *Adversus hæreses*, lib. I, cap. xxiii, ó el resumen de su exposicion en DARRAS, *Hist. de l'Eglise*, t. VIII, pág. 54 y siguientes.

² Hé aquí el texto, copiado por Lactancio, de donde están sacadas las palabras citadas por Draper. Como verán nuestros lectores, éste, con la mala fe que hemos descubierto en él en otras muchas ocasiones, supone que se refiere al gobierno de mundo la ley de que habla el orador romano, siendo así que éste entendía hablar únicamente de la ley moral. Dice así: «*Est quidem vera lex recta ratio, naturæ*

Ciceron que si pudiera volver á la vida, echándole en rostro tan villano proceder, podría decirle, señalándole con trémula mano, este texto de sus *Questiones tusculanas*: «¿Podemos, por ventura, en vista del orden maravilloso del universo, dudar que haya un Sér, ó que haya producido esta obra si, como Platon cree, ha sido creada, ó que la dirige y la gobierna si ha existido siempre, segun opina Aristóteles⁵?» podría decirle, repetimos: «Escritor sin conciencia, no calumnies á los muertos para engañar á los infelices que creen con demasiada buena fe, con una buena fe de que eres indigno, en tus palabras.»

Verdaderamente debe estar con exceso pervertido el sentido moral en nuestros tiempos, cuando únicamente en odio á la religion, que es sin embargo fuente de todo bien, hay quien, gozando fama de docto, acude á medios tan ruines como los usados por el autor de la *Historia de los conflictos*; y que, siendo conocido como profesor, no vacila en manchar su toga con hedionda calumnia: cuando se encuentra quien, como Salmeron, habiendo logrado reputacion de filósofo y de erudito, movido tambien por tan bajo sentimiento, la sacrifica para prodigar con exageracion elogios á aquella obra; cuando, en fin, son muchísimos los que,

congruens, diffusa in omnes, constans, sempiterna; quæ vocet ad officium jubendo, vetando a fraude deterreat: quæ tamen neque probos frustra jubet aut vetat, nec improbos jubendo aut vetando movet. Huic legi nec obrogari fas est, neque derogari ex hac aliquid licet, neque tota obrogari potest. Nec vero aut per Senatum, aut per populum solvi hac lege possumus..... Nec erit alia lex Romæ, alia Athenis, alia nunc, post hac: Sed et omnes gentes et omni tempore una lex, et sempiterna, et immutabilis continebit, unusque erit communis quasi magister et imperator omnium Deus, ille legis hujus inventor, disceptor,⁵ etc. De Repub., III, 22, op. LACTANT., Div. instit., lib. VI, 8.

⁵ *Hac igitur et alia innumerabilia cum cernimus, possumusne dubitare quia his præsit aliquis vel effector, si hæc nata sunt, ut Platoni videtur; vel si semper fuerint, ut Aristoteli placet, moderator tanti operis et muneris? (Tusc., I. 23.)*

únicamente porque adula sus torpes instintos y desata el freno á todas sus concupiscencias, siguen prestando culto al escritor que, ó se burla de su ignorancia vendiéndoles errores por verdades, ó les engaña beneficiando sus pasiones, para hacerles cómplices de sus calumnias y propaladores de sus falsedades.



CAPÍTULO IX

El Cristianismo latino en sus relaciones con la civilización moderna.

Antes de comenzar á desmentir, que no ha de ser breve tarea, las más señaladas falsedades y las torcidas apreciaciones de hechos históricos, entre las muchísimas de que está materialmente plagado el presente capítulo, sin disputa el más repugnante de la obra de Draper, para toda persona que esté siquiera medianamente dotada de sentido común y no del todo sorda á la voz de la conciencia, hemos querido pasar de nuevo la vista por la interesantísima obra ya citada de Mr. Jannet sobre los *Estados-Unidos contemporáneos*, en las páginas en que se habla de sus colegios y Universidades, á fin de poder apreciar por su peculiar organización y especial carácter, la estimación y el concepto en que, bajo el punto de vista literario, deban ser tenidos en general, y prescindiendo de sus cualidades personales, sus profesores. Hé aquí los siguientes datos que encontramos en ellas, y que recomendamos á la meditación de nuestros

lectores: «La enseñanza superior del Derecho y de la Medicina, tal como en Europa la concebimos, se encuentra allí todavía muy poco desarrollada. Grave vacío es éste, pero más que al sistema de libertad y de descentralización hasta aquí seguido, debe atribuirse á las condiciones económicas del país, ó sea á que las especulaciones industriales absorben demasiado las inteligencias, y las artes mecánicas y la agricultura reclaman demasiados brazos para que puedan *desenvolverse holgadamente los estudios especulativos y las artes delicadas, frutos de una antigua civilización.*» Y más adelante, y hablando de la Universidad de Nueva-York, añade: «Un artículo de su reglamento prohíbe formalmente la enseñanza en ella de la teología, y sus cátedras se han convertido en focos de propaganda anticristiana¹.» Nuestros lectores deducirán de estos datos, respecto de Draper, las consecuencias que les parezcan más lógicas.

Es el profesor anglo-americano, como acostumbran ser los de su escuela, amigo de afirmaciones absolutas, molde que se ajusta á todas las ideas, á la manera que los trajes de punto á todos los cuerpos: da, pues, comienzo al capítulo correspondiente á éste con las siguientes palabras, que son, ó pretende su autor que sean, la síntesis del mismo: «El Cristianismo latino es responsable de la condición y progreso de Europa del siglo iv al xvi;» (pág. 265) ó sea desde que aquél se transforma bajo la influencia de Constantino y de su dinastía y en interés de la misma, según Draper, hasta la pseudo-reforma de Lutero.

Dejando á un lado lo temerario de la pretensión de constituirse en juez para fallar la más importante y compleja de las cuestiones que ofrece la historia de la Era moderna, quien, como el profesor de Nueva-York manifiesta en cada

¹ *Op. cit.*, pág. 102.

una de las páginas de su libro, como hasta la saciedad llevamos repetido y hasta la evidencia demostrado, la más crasa ignorancia en historia; prescindiendo de lo ridículo de hablar de responsabilidad moral quien, si había de ser consecuente con la doctrina que profesa, no debe ocuparse jamás de ella, habremos de tomar parte en el debate, por más que rehusemos bajo ese doble punto de vista la competencia de aquél, siquiera para que no quede sin defensa la santa causa del Cristianismo, por Draper tan torpemente ultrajada, por más que ántes que en nosotros, débiles y noveles paladines en ese género de contiendas, haya obtenido brillante, victoriosa y completísima vindicacion en obras de inteligencias sobremanera más poderosas, y de plumas sin comparacion más hábiles que la nuestra.

Que el Cristianismo no mejoró, segun Draper, el estado material y moral de la sociedad.

Comenzamos por negar en absoluto, ya que con el carácter de tal ha sido formulada, la afirmacion de Draper: primero, porque cabalmente el fin principal de la Iglesia es el perfeccionamiento moral del hombre, y tan sólo como medio para el logro de este fin, su perfeccionamiento intelectual, al cual atiende con especial interés, y no su bienestar material, que fia y debe fiar, en lo que al bien moral no se opone, á la accion de los poderes humanos: segundo, porque el hecho, por demás complejo, que viene vaga é imperfectamente expresado en las palabras «condicion y progreso de Europa del iv al xvi siglo,» es el resultado de otras cien influencias, además de la del llamado *Cristianismo latino*, como en son de desprecio dice el profesor anglo-americano; y, por fin, porque aún en esta misma parte de

influencia que á él le cabe, fué contrariado por un sinnúmero de circunstancias históricas y por una gran muchedumbre de obstáculos que á su benéfica influencia sobre la condicion y progreso de Europa opusieron los enemigos de la Iglesia ó del Pontificado ¹. Sigamos á Draper en el juicio que emite acerca de la manera cómo, segun él, cumplió el Cristianismo su cometido.

Echándola de generoso, se limita á pedir cuenta al Cristianismo latino de lo que ha hecho en favor de la condicion y progreso de las humanas sociedades únicamente respecto á Europa, sin embargo de que, atendidas las pretensiones del Papado á un origen sobrenatural y á la obediencia universal, podría pedirsele de la condicion y progreso de todo el linaje humano. Pero bien podemos dejar de agradecerle este arranque de generosidad, ya que por ventura el autor de la *Historia de los conflictos* debe alegrarse en su interior de que no se extendiera más allá de los límites de esta parte del viejo mundo la influencia de la religion cristiana, ya que, gracias á esta circunstancia, pudieron conservarse hasta nuestros días las llamadas por él *grandes y venerables religiones* del Este y del Sud del Asia, ó sea el budhismo con sus ridículas creencias en millones de dioses y de genios, y sus kalpas ó períodos de centenares de millones de años, y con su Nirvana y su metempsícosis; el brahmanismo con su panteismo grosero, su sistema de castas y sus bárbaros sacrificios humanos, que no tan sólo tolera, sino que hasta cierto punto sanciona, tomando parte en las fiestas religiosas en que aquéllos se verifican, el Gobierno inglés ², guardador por demás escrupuloso de los

¹ Véase el notable pasaje en que el R. P. Smedt expone las muchísimas y graves contrariedades con que tuvo que luchar la Santa Sede durante la Edad Media para la realizacion de sus fines religiosos y sociales. *L'Eglise et la science. Rev. des quest. scientifi.*, Enero de 1877.

² MARSHALL, *Les missions chrétiennes*, t. II, pág. 247 y siguientes.

fueros de la humanidad cuando se trata de otros pueblos, sobre todo si son débiles; el mahometismo con su degradante fatalismo, su despotismo feroz y su corruptora poligamia; religiones que, impidiendo que penetre en el Asia la civilizacion europea, en lo que tiene de cristiana, son causa de que permanezcan sumidos los pueblos que las profesan en un estado de semibarbárie y de atraso, respecto de la moral y de la cultura, casi igual á la situacion en que se encontraban ántes de que estuviese en más frecuente trato con las naciones occidentales. ¡Oh! Fuerza es que esté sobremanera ofuscado el entendimiento y la voluntad pervertida para que haya quien se atreva á calificar de grandes y venerables aquellas religiones, al par que prodiga los más vilipendiosos epítetos al Cristianismo, y para que, en capitales que se consideran como focos de la actual civilizacion, se impriman y lean libros en que tales absurdos se hallan estampados.

Por lo demás, bueno es que recuerde Draper, y que sepan la mayor parte de sus lectores, que si el Cristianismo no se difundió en las remotísimas regiones del Este y del Sud del continente asiático, no fué porque no hubiesen prevalecido en ellas «las influencias imperiales de Roma,» que por punto general le fueron funestas, sino porque los grandes y generosos esfuerzos hechos por la Iglesia desde los primeros siglos de su existencia para derramar las semillas de la fe en aquellas comarcas fueron ahogadas ó esterilizadas, apesar de la sangre de mártires con que fueron con abundancia regadas, primero por la intolerancia de los persas y más tarde de los mahometanos, dueños de casi toda el Asia. Fué porque en épocas más cercanas á nosotros, y cuando gracias á las conquistas de los portugueses en la India meridional, nuestros misioneros, adelantándose á los guerreros para facilitarles, ganando adoradores para Jesucristo, la pacífica y más segura posesion del suelo, y á los navegantes y mercaderes europeos para

abrirles, marchando delante de ellos con la cruz, las puertas del Indostan, del Japon y de la China, que habían permanecido cerradas hasta entónces para ellos, los protestantes holandeses é ingleses, movidos por su odio de sectarios ó impulsados por la inmoderada codicia del lucro, que no les permitía tener competidores en el comercio, interrumpieron la obra de la propagacion del Cristianismo en el instante en que éste podía abrigar esperanza fundadísima de ganar á la fe y á la civilizacion aquellas antiquísimas naciones, suscitando sangrientas persecuciones ¹ contra los recién convertidos idólatras y contra sus ilustrados y generosos apóstoles. Sin necesidad de ningún género de influencias, y tan sólo con que no se les hubiese puesto obstáculos, los misioneros católicos hubieran acabado, según confesion de los mismos protestantes, por convertir la India ². Y es que «el Catolicismo, como dice Ranke, era eminentemente propósito para vencer un mundo como aquél. Y es que sus triunfos, añade el mismo escritor, sobrepusieron á todas las esperanzas y lograron vencer, al ménos en parte, la resistencia de aquellos sistemas nacionales de religion que han sido desde tiempo inmemorial una especie de producto natural del Oriente ³».

No preguntaremos á Draper cuál sería el estado de las dilatadas regiones del extremo Este y Sudeste del Asia si la China y la India fuesen hoy católicas. El escritor anglo-americano consideraría, de seguro, como una gran calamidad

¹ Sobre las persecuciones suscitadas, las más de las veces por la influencia de los ingleses y holandeses, en la India, en la China y en el Japon, y de los obstáculos opuestos á las misiones católicas por los Gobiernos de aquellas dos naciones protestantes, véanse HENRION, *Hist. de las misiones*; CRÉTINEAU JOLY, *Hist. de los Jesuitas*, y principalmente la obra ya citada de Marshall, que es sin disputa la mejor defensa que de las misiones católicas, en contraposicion á las de las sectas, se ha escrito.

² MARSHALL, *op. cit.*, pág. 224.

³ Citado por MARSHALL. *Ibid.*

la desaparicion de «las grandes y venerables religiones» que reinan todavía en aquellos países. Pero si dirigiésemos igual pregunta á hombres de más recto sentido y de levantados sentimientos, no cegados ni pervertidos por los ódios religiosos, nos contestarían, sin duda, que sería éste el triunfo mayor y de más transcendencia, no tan sólo para la cultura intelectual, el perfeccionamiento moral y la prosperidad de centenares de millones de individuos que los pueblan, sino hasta para los intereses religiosos y materiales de los pueblos de Occidente hubiese alcanzado jamás la religion del divino Redentor de los hombres.

La Reforma, causa de corrupcion de las costumbres.

¿Y qué diremos del en que luégo afirma «que muchas» personas, comparando la condicion de la sociedad á la «sazon existente con la que había alcanzado en los tiempos» antiguos, hallaron que la moral no había cambiado, que «no se notaba adelanto en la inteligencia y que la sociedad había mejorado muy poco?»

No negaremos á Draper, puesto que él lo afirma, que hubiese muchas personas al principio de la Reforma á quienes les pareciese que la sociedad cristiana, considerada bajo su punto de vista material y moral, había mejorado muy poco comparada con la antigua. Pero al testimonio de aquellas personas, cuyos nombres no tiene á bien revelar, nosotros opondremos, sin temor de ser desmentidos, el de *todos*, entiéndalo bien Draper, el de *todos* los historiadores protestantes, racionalistas y católicos que son dignos de tan honroso dictado, que se han detenido á comparar las civilizaciones griega y romana con la moderna, y entre los cuales hay quienes han entonado verdaderos ditirambos para celebrar los múltiples é inapreciables beneficios

que en el orden religioso, moral, político, social y científico deben los modernos pueblos al Cristianismo, y de que las antiguas sociedades se vieron privados. Tan sólo contando con lectores, ya no únicamente ignorantes, sino estópidos, puede un escritor por el estilo de Draper atreverse á afirmar que desde los tiempos antiguos á los de la Edad Media la moral no había cambiado. ¡Qué poco respeto le merecen al doctor anglo-americano su reputacion de escritor y su toga de catedrático!

Lo que hay de cierto en su afirmacion, en lo que se refiere á los tiempos inmediatos á la Reforma, es que, á consecuencia de la perturbacion que trajeron á las inteligencias y á los corazones el Renacimiento con su exagerado, y en muchos exclusivo amor á las civilizaciones griega y romana, y á las artes y letras antiguas, y el Protestantismo con sus anárquicas doctrinas de la libre interpretacion de la Biblia, de la inutilidad de las obras para la salvacion y de la negacion del libre albedrío, doctrinas que bastarían ellas solas para llevar á los pueblos que las abrazaron al estado salvaje, si por fortuna el purísimo ambiente de la moral evangélica no hubiese logrado disipar los negros vapores por aquéllas producido, advirtiéndose una depravacion tal en las costumbres, que el mismo Lutero, para no citar más que un testigo, pero de grande autoridad en el caso presente; Lutero, cuyo ejemplo ¹ no era la más segura y apropiada medicina para curar el mal de que él mismo se lamentaba, y que goza del triste privilegio de haber dado nombre, al igual que á la pseudo-reforma, á la manera de vivir de muchos de sus adeptos ², decía, refiriéndose á

¹ Acostumbraba pedir á Dios abundancia de bueyes, carneros y vacas, muchas mujeres y pocos hijos.

² Se llamaba «vivir á la luterana» llevar una existencia desarreglada, y en la que se daba rienda suelta á las pasiones y á los apetitos sensuales. *Crede firmiter, et pecca fortiter*.

Witemberg, su ciudad querida, ó, como la llamaba él, *su Roma*: «Desde la predicacion de nuestra doctrina el mundo se vuelve de cada dia peor, más impío, más desvergonzado. Los diablos se precipitan en legiones sobre los hombres, que á la pura luz del Evangelio (entiéndase del Evangelio explicado por él) son más impúdicos, más detestables que lo eran ántes bajo el Papado. Así en los paisanos y ciudadanos, como en los nobles y en las personas de todos estados, no se ve más que avaricia, intemperancia, crápula, desórdenes vergonzosos y pasiones abominables... Salgamos, decía á su esposa, salgamos de esta Sodoma.» «El papismo, exclamaba en otra ocasion, no ha producido jamás marranos (estilo luterano), ni mónstruos como los pastores del nuevo Evangelio... Es imposible encontrar entre los paganos, los judíos y los turcos hombres más desprovistos de todo sentimiento de virtud que sus discípulos, cuya vida epicúrea es igual á la de los brutos ¹.»

Acusaciones contra el Papado,

A renglon seguido del texto que dejamos contestado, formula Draper los más severos cargos contra el Pontificado «por no haber sabido conservar de la antigua Roma pa-
» gana, ni las calles de mármol de que se enorgullecía
» Augusto, ni los templos y las gigantescas arcadas de los
» acueductos que atravesaban la ántes risueña y hoy deso-
» lada campiña romana, ni el Capitolio, en el dia conocido

¹ Podríamos tejer una *honrosísima* corona al Protestantismo con recoger los más notables textos que se leen en los escritos de Stubb, Cobden, Dugdale, Cobbett, Fitts-William y otros cien autores protestantes referentes á la corrupcion de costumbres, ocasionada, en los puntos donde principalmente se propagó, por la mal llamada *Reforma*.



» con el nombre de *colina de las Cabras*; ni las grandezas
» arquitectónicas del Foro Romano, ahora llamado el *campo*
» *de las Vacas*; ni el palacio de los Césares, ni las termas
» de Caracalla, ni el Coliseo, transformado ahora en una
» especie de herbario *donde se cuentan hasta cuatrocientas*
» *veinte especies de plantas*, y ni siquiera (descuido im-
perdonable y de que le han de pedir rigurosa cuenta las
presentes y futuras generaciones) el mirto que crecía
» en el Aventino, y el laurel que había servido para coro-
» nar la frente de los Emperadores, reemplazado hoy por
» la yedra, compañera de la muerte. » (Págs. 266 y 267.)

Verdad es que el mismo Draper, condolido por ventura de ver al Pontificado confuso y aturdido bajo el peso de tantas y tan graves acusaciones, se encarga de atenuar su responsabilidad recordando las devastaciones de que por espacio de 140 años había sido víctima la ciudad de Rómulo de parte de los visigodos y ostrogodos, desde Alarico hasta Vitiges, y más adelante de parte de los lombardos y de los normandos; mas á poco, y como si se arrepintiera de aquel arranque de generosa compasión, ensáñase de nuevo contra el Pontificado, arrojándole á la faz por mano de Maquiavelo (autoridad de gran peso para los enemigos de la Iglesia; de Maquiavelo, exagerado gibelino que deseaba para la Italia el gobierno de un monarca extranjero, y que ofrecía como modelo de príncipes al infame y sanguinario César Borgia) otra granizada de acusaciones no ménos graves que las anteriores, y á las cuales añade, cual para dar el golpe de gracia á su víctima, «la de haber convertido soberbias columnas corintias en imágenes de santos; deshonrado magníficos obeliscos egipcios con inscripciones papales¹; demolido el Septizonio de Severo á fin de obtener

¹ A este grosero insulto é infame calumnia, que despreciaríamos si, como al contestar á otras de igual clase, no tuviéramos en cuenta la clase de lectores para quienes escribe especialmente Draper, no hay más respuesta posible sino aconsejar

materiales para la edificación de San Pedro¹, y, en suma, haber fundido en columnas para adornar la tumba del Apóstol el techo de bronce del Panteon (pág. 268);» si bien al formular este último cargo, sea dicho de paso, no tuvo presente Draper que ese monumento, una de las joyas de más precio del arte antiguo cuya conservación é inteligentes reparaciones se deben á los Papas, había sido en 163 despojado por Constante II² de sus tejas y de las estátuas de bronce que se habían salvado de la devastación de los bárbaros.

Al formular estos cargos Draper, que rarísimas veces cita los autores de donde saca sus hechos ó sus acusaciones, escúdate en esta ocasión con la autoridad de Ranke. Pero en tan mala hora y con tan menguada suerte lo hace, que cabalmente hemos podido elegir para deponer contra él, al que citaba como testigo en favor suyo. Y es que Draper, prescindiendo de circunstancias y de tiempos, cual si fuesen

á éste que haga un nuevo viaje á Roma, y prescindiendo algo más de lo que lo hizo la vez primera que visitó esta ciudad de atender á su limpieza personal (pág. 326), examine más detenidamente uno por uno los numerosos obeliscos que, gastando cuantiosas sumas, sacaron varios Papas del olvido en que yacían ó desenterraron del suelo donde estaban sepultados, y sirven hoy de adorno á la capital del mundo católico; y después de haberlos examinado, pedirle que nos cite uno que haya sido *deshonrado por inscripciones papales*, á ménos que crea que no tenían los Pontífices, á quienes su restauración se debe, derecho á consignar en sus basamentos, más que para gloria suya para conocimiento de las futuras generaciones, el año en que fueron erigidos en los sitios que hoy ocupan y el nombre de los que los restauraron.

¹ El Pontífice que destruyó aquel monumento ó, por mejor decir, los restos de aquel monumento, que estaba muy distante de tener la importancia que Ranke, á quien copia Draper, le atribuye, fué Sixto V, quien, apesar de no haber sido de los que más amor manifestaron á los restos del arte pagano, se cuenta entre los que más contribuyeron al embellecimiento de Roma, que dotó abundantemente de aguas, ya que fué el que terminó la cúpula de San Pedro, y restauró las dos columnas Trajana y Antonina, y quien mandó erigir los obeliscos de San Juan de Letran y de la plaza del Vaticano, y colocar las dos estátuas colosales que adornan la plaza del Quirinal.

² VASI ET NIBBI, *Itinéraire de Rome*, pág. 311 de la edición de 1853.

aquéllas y éstos cosas de escasa monta tratándose de hechos históricos, creyó poder emplear como argumentos en descrédito del Pontificado los mismos hechos que, en lo de éstos, procediendo con sano criterio, había aducido el autor protestante de la *Historia del Papado en los siglos xvi y xvii*.

«Conocidas son de todos, dice, la magnificencia y la grandeza de la antigua Roma: la fantasía procura formarse idea de ellas, tanto por el aspecto de sus ruinas, como por las descripciones que de sus monumentos nos dejaron sus escritores. También la Roma de la Edad Media manifestóse imponente por la belleza de sus basílicas, por las solemnidades del culto en sus catacumbas, por sus iglesias patriarcales, en las cuales se habían conservado los más antiguos monumentos del Cristianismo, por el palacio que en ella tenían los Emperadores alemanes, y por las fortalezas que algunas familias nobles habían mandado levantar para desde ellas insultar los demás poderes.

»Durante la estancia de los Papas en Aviñón, la Roma de los tiempos medios desapareció también y vino á confundir sus ruinas con los hacinados restos de la Roma pagana.

»Cuando Eugenio IV volvió en 1443 á aquella ciudad, la encontró transformada en un pueblo de vaqueros; sus habitantes distinguíanse apenas de los aldeanos y de los pastores. Las colinas habían sido tiempo hacía abandonadas; la población se había esparcido por el llano, siguiendo las sinuosidades del Tíber; las calles, estrechas y sin empedrar, estaban privadas de luz por los balcones y los arcos que se extendían entre las casas; los ganados, al igual que en las aldeas, andaban errantes de una parte á otra. Desde la iglesia de San Silvestre hasta la plaza del *Populo*¹ no se

¹ Llamada así, no por el *pueblo*, sino por una efigie de la Virgen llamada de ese modo por haber aparecido en un álamo, en latín *populus*.

veía más que jardines y pantanos, donde se cazaban patos silvestres. Habían ido desapareciendo poco á poco todos los recuerdos de la antigüedad. El Capitolio era el monte de las cabras, y el campo de las vacas el Foro... La iglesia de San Pedro amenazaba ruina ¹.

» Cuando, en fin, Nicolao V, despues que, terminado el cisma y unida toda la cristiandad en su obediencia, hubo logrado grandes riquezas por medio de las contribuciones (léase donativos) de los peregrinos, que en inmensas muchedumbres habían acudido al jubileo, concibió el proyecto de adornar á Roma de ostentosos edificios, de suerte que todos, al visitarla, se persuadieran de que era realmente la capital del mundo.

» Mas la realizacion de este propósito no podía ser obra de un sólo hombre. Así, pues, durante siglos pusieron en él su mano y su entendimiento todos los Papas.»

Por lo demás, si Draper, perdido el recuerdo de su viaje á Roma, tiene á mano alguna historia del arte y de dicha ciudad y de sus monumentos, verá, tal es su asombrosa riqueza, que si algun dia sus paisanos, por un capricho de la fortuna, fuesen llamados á ser los conquistadores de los pueblos modernos, como de las naciones del antiguo mundo lo fueron los romanos, y quisiesen, en virtud del derecho del más fuerte, despojar á la capital del orbe católico de sus obras artísticas, cual ella, al ser la cabeza del mundo

¹ Para más noticias acerca del estado de decadencia á que había llegado Roma durante la estancia de los Papas en Aviñon, ó sea desde que había dejado de ser la capital del orbe católico, pueden verse las cartas de Petrarca, donde, entre otros vários hechos, se encuentra consignado el de que los nobles romanos vendían á las ciudades vecinas los antiguos monumentos, y de que sobre todo la indolente Nápoles se adornaba con ellos. *De vestris marmoreis columnis de liminibus templorum... de imaginibus sepulcrorum sub quibus patrum vestrorum venerabilis cinis erat, ut reliquias sileam, desidiosa Neapolis adornabur.* (Véase CANTÚ, *Histoire universelle*, t. XII, páginas 408 y 409. — CHANTREL, *Nouveau cours d'histoire universelle*, t. IV, pág. 128. — RANKE, *op. cit.*, t. II, pág. 79 y 80.

pagano, despojó de las suyas á Egipto y Grecia, los tendrían muy de sobra para embellecer con ellas sus frías y monótonas ciudades, y para dotarlas de Museos arqueológicos y de objetos de arte antiguo, de que carecen, y se convencería de que estuvo por demás injusto al acusar á la Roma pontificia de haber destruido los restos y las memorias de la Roma clásica: ya que si algun cargo con algun fundamento puede hacerse á los Romanos Pontífices es de las preferencias, por ventura excesivas de algunos de ellos, en favor del arte antiguo y del estilo neoclásico, que fueron causa de que, siendo la ciudad del mundo donde con más amor é inteligente esmero se han conservado los restos del arte antiguo, es la que ménos memorias y reliquias conserva de los monumentos arquitectónicos y de objetos del arte cristiano de los siglos medios.

Por lo demás, cítenos Draper un solo pueblo, donde aún en nuestros tiempos, se haya festejado con más solemnidad y alegría el hallazgo de una obra artística, como festejaron el Gobierno y la poblacion de Roma el del grupo de Lacoonte; y donde sus moradores se hayan opuesto hasta por medio de un motin á la destruccion de un monumento antiguo, como lo hicieron los romanos al proyectar el arquitecto Bernini derribar el sepulcro de Cecilia Metella para construir con sus sillares la fuente de Termi, y si los halla podrá entónces, siquiera con alguna apariencia de razon, lanzar la piedra del desprecio ó el envenenado dardo de la sátira contra la Roma pontificia.

Siguen las acusaciones contra los Papas. — Su codicia.

Después de afirmar que el gobierno de los Papas había cambiado tanto como el de las naciones vecinas, y con él sus máximas, sus objetos (*sic*), sus pretensiones, todo en suma menos su intolerancia, acusa también Draper al Pontificado de que, pretendiendo ser el centro de la vida religiosa de Europa, rehusó constantemente reconocer la existencia de ninguna otra religión fuera de la suya. Esta acusación no se comprende que pueda haberse escrito con seriedad, tanto es lo que tiene de ridícula, con perdón sea dicho de Mr. Guizot, que la formuló igualmente, quizá en un momento de distracción ó de descuido. Continúa, pues, amontonando calumnias contra la que llama Roma papal, de tal índole alguna de ellas que no consiente reproducirlas el respeto que debemos á nuestros lectores. Mas como algunas otras se presentan escudadas también con la autoridad de Ranke, cuyo claro entendimiento y recto juicio de historiador han ofuscado desgraciadamente repetidas veces sus prevenciones anticatólicas, á la misma autoridad acudiremos también nosotros para destruir el efecto que hubieran podido hacer aquéllas en el ánimo de algunos de los lectores del libro de Draper. Hablando de la corte de Roma escribe el crítico alemán los siguientes renglones, que parecen dictados para dar una lección, y lección severísima, al profesor anglo-americano y á los que escriben la historia á la manera que él lo hace.

« Acabamos de ver, dice, reinando en la Corte pontificia, á últimos del siglo XVI, la dignidad, la autoridad, la religión y el celo; ahora se nos aparece su lado mundano, con su ambición, su codicia, y por fin su disimulo. » Pronto veremos cómo el mismo Ranke desmiente este cargo.

« Si se quisiera hacer el panegírico de Roma, se la habría de considerar bajo el primero de sus aspectos, bajo el segundo si se intentase denigrarla. Mas desde el momento que uno se eleva á *una observacion leal é imparcial* (tómese acta de estas palabras), se descubren á la vez esos dos lados opuestos que se encuentran necesariamente, así en la naturaleza humana, de cuyas enfermedades no se hallan libres ni la *Corte pontificia*, ni las demás Cortes soberanas, como en el mismo estado de las cosas ¹. »

Que entre las acusaciones lanzadas por Draper contra el Pontificado se halla, esta vez bajo la autoridad de Guillermo de Malmesbury, historiador inglés del siglo XII, la tan vulgar, mencionada y mil veces rebatida de que «la Iglesia degeneró en un instrumento para explotar (*sic*) dinero;» «que el más honesto de los medios para recoger vastas (*sic*)» sumas fué la venta de las indulgencias *para la perpetración de los pecados*» y otras calumnias por no llamarlas ineptias, de igual índole, que deshonoran á quien las escribe, desacreditan á quien se constituye en su panegirista y arguyen la mayor ignorancia en quien las cree, no tan sólo no ha de causar extrañeza, sino que, por el contrario, ha de parecer por todo extremo natural que se encuentren en obras del escaso valor histórico y científico de la del catedrático de la Universidad de Nueva-York; pero que un ciudadano de la república modelo se arroje á censurar á una comunión religiosa porque en ella todos, sin distinción de categoría sociales, pueden aspirar á las más altas dignidades, al puesto más elevado (motivo de elogios para Guizot y para toda persona que esté dotado de recto sentido moral y de sano criterio), porque en ella, como dice en su estilo inculto y con incorrecta frase su traductor, «cada individuo se ocupaba en echar atrás á cualquier otro (pág. 269);» y

¹ RANKE, *op. cit.*, t. I.

en que las elecciones pontificias debían dar ocasion á luchas de intereses, «iguales á las que tienen lugar en las elecciones por la Convencion de un presidente americano, porque en ambos casos hay muchos empleos que distribuir,» no se explica sino por la ceguera á que condenan á los que son víctimas de ella los ódios y las antipatías religiosas ó de partido, y que es de tal índole que les lleva con frecuencia á renegar ó poner en ridículo sus propios principios ó creencias, con tal de calumniar los de sus adversarios.

Respecto á la acusacion que hace un momento indicábamos, «de que el Papado era un instrumento para hacer dinero,» y «de que para lograrlo hasta se vendía el permiso de pecar,» (que tal es el concepto que, segun en otra parte dejamos apuntado, tiene de las indulgencias y de la manera y de los fines para que se conceden el autor de la *Historia de los conflictos*) por merecedora que sea de desprecio no podemos resistirnos al deseo de desmentirla, ya que es el mismo Ranke quien tambien esta vez nos ha de proporcionar los principales y más poderosos argumentos para hacerlo. Despues de trazar este historiador, refiriéndose al testimonio de los enviados de la República de Venecia á Roma en 1591, un breve cuadro de la fertilidad de la mayor parte de las tierras que formaban el Patrimonio de San Pedro; de afirmar que en el espacio de 30 millas se encontraba apenas un palmo de terreno sin cultivar; de decir que la Romanía producía anualmente un sobrante de 40.000 hectólitros de granos; que exportaban más de 30.000 las comarcas de Urbino, Toscana y Bolonia; que en 1559 llegó á ascender á 500.000 escudos lo que produjo la exportacion de granos del Estado de la Iglesia; y, por fin, despues de confesar, hablando de la secularizacion de los cargos públicos, «que las ciudades á las cuales parecía más honroso obedecer á eclesiásticos constituidos en dignidad, preferían el gobierno de éstos al de los láicos,» añade:

«Por fundadas que supongamos las quejas de los pueblos

á consecuencia de las exacciones de la Corte romana durante el siglo xv, fuerza es confesar, sin embargo, que muy poco de lo que aquéllos producían llegaban á manos de los Papas. Pío II se vió en alguna ocasion obligado á reducirse él y su servidumbre á una sola comida diaria. En otra ocasion tuvo que pedir prestados 200,000 escudos para la proyectada guerra contra los turcos.

» El dinero llegaba á la corte de Roma, si no en tan enormes masas como se ha supuesto ¹, en cantidades bastante considerables, para desde allí derramarse por mil conductos distintos ².

» Cuando el Papa quería llevar á cabo alguna empresa costosa, necesitaba acudir á recursos extraordinarios. En tales casos le servían de mucho los jubileos y las indulgencias.» Ranke hubiera podido añadir que los jubileos se celebraban por lo comun cada 50 años; y que los casos para que creían convenientes los Pontífices acudir á las limosnas de los fieles con la concesion de gracias espirituales, que no se venden ni son, como supone Draper, privilegios para pecar, eran para la guerra contra los infieles; para acudir al remedio ó alivio de algun mal ó calamidad pública, ó para evitar algun grave peligro que amenazase á la cristiandad, ó en especial á Italia, de cuya independencia fué siempre el Pontificado el principal y más robusto baluarte. Bueno es tambien que sepan el autor de la *Historia de los conflictos* y los de su bando que aquellas limosnas, por ser tales, eran

¹ Hablando Cantú de las quejas de los alemanes «por el río de oro que corría de su país hácia Roma,» dice, refiriéndose al cardenal de Luca y á Juan Marchetti: *del danaro straniero che vienne à Roma e se ne va per cause ecclesiastiche: Roma 1800*, que el tesoro pontificio gastó desde el reinado de Paulo III al de Paulo V, ó sea en poco más de medio siglo, tan sólo para atender á las necesidades de Alemania, 16 millones de escudos, suma exorbitante en aquellos tiempos, y que no solamente debía absorber lo que se sacaba de ella, sino que le obligaba á crear deudas conocidas con el nombre de *Luoghi di monti*, que son las que apellidamos hoy deudas del Estado. *Les Hérétiques*, t. I, pág. 540.

² RANKE, *op. cit.*, *Ibid.*, pág. 23.

voluntarias, y que nadie se exponía, por no darlas, á las multas, recargos y embargos con que recuerda el fisco su deber de satisfacer sus cuotas á los contribuyentes morosos y hasta á los insolventes por causa de su pobreza.»

«El efecto de ese sistema económico, añade más adelante el historiador alemán, hablando de la creacion de los llamados *Monti* (véase la nota de la página anterior) y de otras rentas, fué que no hubiese necesidad por entónces (siglo xvi) de imponer nuevas gabelas. Roma y los Estados de la Iglesia eran, entre todos, los que pagaban ménos impuestos... Un secretario de Clemente VII, al manifestar su extrañeza de que el pueblo romano no fuese más adicto á la Santa Sede, decía: «Desde Terracina hasta Placencia la Iglesia posee una hermosa y gran parte de Italia; y sin embargo, tan ricos países, ciudades tan florecientes, que bajo otros Gobiernos tendrían que pagar para mantener numerosos ejércitos, satisfacen apénas al Papa lo necesario para cubrir los gastos de la administracion.»

Por último, despues de hacer mencion de los diferentes arbitrios é impuestos creados por vários Pontífices para acudir á las nuevas necesidades producidas por las diversas circunstancias difíciles porque pasaba el Papado, escribe el siguiente párrafo, cuya lectura recomendamos á la meditacion de los admiradores del libro de Draper :

«Al fijar las miradas en estos hechos, vése clara é inmediatamente la importancia de la Iglesia. ¿Cuáles fueron las necesidades que obligaron á los Papas á acudir á ese singular linaje de empréstitos, cuya consecuencia era echar sobre los pueblos tan pesada carga? Las necesidades del Catolicismo en general... El apoyo dado á las naciones católicas en sus luchas contra los protestantes, en sus empresas contra los turcos, fué *siempre* el motivo de todas aquellas nuevas operaciones rentísticas. El monte de Pío V fué llamado *Monte lega*, porque el capital que produjo se empleó en la guerra contra los turcos emprendida por este Papa en

union con España y Venecia ¹. Aquel sistema rentístico fué desarrollándose de cada vez más, ya que si el Pontificado contribuía á la defensa de los intereses del Catolicismo, era imponiéndose constantemente nuevas cargas. Y hé aquí precisamente por qué importaba tanto para la mision religiosa de los Papas que poseyesen una soberanía temporal ².»

Nuevas acusaciones.

Despues de estampar otras acusaciones contra el Papado ³, no ménos desprovistas de fundamento que las que dejamos desmentidas, encárase de nuevo con él, como quien no pierde nunca de vista el ejemplo de Voltaire y sabe por experiencia que de la mentira siempre queda algo, para pedirle rigurosa cuenta de lo que había hecho por el continente europeo durante su gobierno de mil años, como se la pedía un momento ántes por lo poco ó nada que había hecho en favor del adelanto material y moral de Roma. Como

¹ Fue la guerra á que puso glorioso remate la batalla de Lepanto.

² *Op. cit.*, *Ibid.*, pág. 33 y 34.

³ «Durante más de mil años que los Soberanos Pontífices habían sido los gobernantes de la ciudad (Roma), no habían hecho ningun esfuerzo vigoroso y persistente para su adelanto moral y material.» «El Papado, repudiando la ciencia como absolutamente incompatible con sus pretensiones, se ha consagrado en años posteriores á estimular el arte.» «A las máximas progresivas de la República y el Imperio (!!!) Roma había sustituido la máxima estacionaria del Papado.» (Pág. 270.) *Risum teneatis*. Sentimos que la falta de espacio no nos permita trasladar algunos pasajes que tenemos extractados de la *Historia de Roma en la Edad Media*, en ocho tomos, escrita por Gregorovio, en sentido hostil al Pontificado, como de autor que es racionalista, pero en la cual, como en la de Ranke, se hallan afirmaciones en favor del Catolicismo y de los Papas, que podría suscribir el más severo apolo-gista de nuestra santa Religión. Sirvan de ejemplo las siguientes cláusulas, con las que de paso desmentimos las torpes calumnias del profesor anglo-americano: «Es innegable que al caer el imperio de Occidente, Roma salió del diluvio de la barbárie como el Ararat de la civilizacion del linaje humano. La antiquísima ciudad capital del mundo continuó siendo el centro moral de las naciones occidentales que nacían á nueva vida.»

es consiguiente, á fin de determinar el valor del sistema que guiaba á la sociedad, ó, lo que es lo mismo, del Cristianismo latino representado por los Papas, Draper se propone juzgarlo por sus frutos.

No nos detendremos á discutir la tesis de que las variaciones de la poblacion dependen del equilibrio entre la fuerza generatriz de la sociedad y las resistencias contra la vida. La Iglesia católica, prescindiendo de las teorías y disputas de las escuelas economistas, aunque condenando las que son contrarias á la moral evangélica y bendiciendo á las que, iluminadas por sus divinas enseñanzas, defienden para todos, ricos y pobres, la santa libertad del matrimonio, que consigna para todos el principio de *crescite et multiplicamini*; la Iglesia, que está segura de que posee en los inagotables tesoros de su caridad y en sus consoladoras doctrinas recursos para atender á todas las necesidades y remedios infalibles para curar, ó cuando ménos atenuar, los males que á las humanas sociedades pudiera ocasionar un demasiado aumento de la poblacion, no ha dejado nunca de velar por la santidad y pureza del matrimonio, por ella elevado á la dignidad de Sacramento, de estimular á sus hijos á que le contraigan y de recordar á los casados el cumplimiento de los altos fines para que fué instituido. A otras várias causas, que no es de este lugar examinar ni discutir, atribuyen los que á resolver los espinosos problemas de economía social se consagran, las fluctuaciones que en la poblacion se verifican; y por lo tanto, negando el fundamento sobre el cual levanta Draper la acusacion que dirige al Cristianismo latino, de haber sido causa de que permaneciese estacionaria la poblacion de Europa, podríamos pasar á examinar otro de los capítulos de cargos de que está lleno el presente capítulo si, como es costumbre del catedrático de Nueva-York, no sembrára al paso, y sea cual fuere el asunto en que se ocupa, abundantes acusaciones contra lo que es, además del Pontificado, objeto

privilegiado de su saña, ó sea las naciones católicas y los ministros de la Iglesia.

Esta vez le toca el turno á la desventurada España, á la cual hace tres siglos tienen sentada en el banquillo de los acusados todos los escritores protestantes y racionalistas de uno y otro hemisferio, y á los cuales ¡vergüenza da decirlo! forman apasionado coro no pocos de los de casa. Despues de indicar que las Cruzadas causaron una disminucion sensible en la poblacion, mucho ménos, sea dicho de paso, que la que produjeron en 30 años las guerras de la República y del Imperio, añade: «Variaciones semejantes han ocurrido en el continente americano: la poblacion de Méjico» disminuyó rápidamente dos millones por la rapacidad y »atrocies crueldades de los españoles, quienes arrastraron á »los indios civilizados á la desesperacion. Lo mismo sucedió con el Perú.» (Pág. 272.) ¡Incalificable cinismo! ¡Hablar de la disminucion de la poblacion indígena en aquellos países un descendiente de la raza anglo-sajona protestante, la cual, donde quiera que ha establecido sus colonias, más que en la conversion de las razas indígenas se ha ocupado en beneficiarlas ó destruirlas! ¡Atreverse á lanzar la acusacion de rapacidad y de ferocidad á los pobladores españoles del Perú y de Méjico el ciudadano de una República donde son muchísimos los economistas y los políticos que pretenden disculpar, á nombre de la civilizacion, lo que se había hasta ahora condenado y que condenarán siempre los hombres honrados como un crimen de lesa humanidad, á saber: la destruccion de los salvajes á pretexto de que no debe consentirse la existencia de esas tribus bárbaras (pocas son ya las que quedan ¹), cuyo género de vida exige

¹ En 1851 calculábanse en 388.229 * el número total de indios existentes aún en el territorio de los Estados-Unidos. Siete años despues quedaban reducidos á 314.622; por manera que habían disminuido durante tan poco tiempo en 74.000 individuos.

* SCHOOLCRAFT, *Historical and Statistical information*, 1.^a part., cit. por MARSHALL, t. II, pág. 444.

para cada individuo una extension de terreno que bastaría para mantener un millar de labradores! ¡Atreverse á acusar á los españoles de haber ocasionado la disminucion por millones de habitantes ¹ de las regiones por ellos descubiertas y conquistadas, el escritor de un Estado donde en 1853, tratándose de los medios más expeditos de acabar con los pocos millares de pieles rojas que quedaban de los que, á la llegada de los primeros colonos, los *padres peregrinos* ², poblaban las vastísimas regiones de la América septentrional, se adoptó el de *envenenarlos*, comunicándolos la viruela ³, sin perjuicio de seguir empleando el *whisky* y el *revólver*, este último con preferencia á todos, como de resultados más prontos y seguros! Por esto pudieron con toda verdad escribir Mr. Tocqueville, el exagerado encomiador de la democracia americana, que jamás se había visto en nacion alguna tan prodigioso desarrollo al lado de una destruccion tan rápida ⁴; y añadir uno de los periódicos más acreditados de Nueva-York «que los blancos, desde su llegada á América, no han cesado de saquear y asesinar á los indios, y que continuarán obrando así hasta que no quede una piel roja en aquel continente ⁵», «mientras que en

¹ Mientras se hace subir á millones los habitantes indígenas la poblacion de los países sometidos por los españoles, y en especial los del Perú y Méjico, sin duda para que, como lo hace Draper, se pueda exagerar mejor el número de sus victimas, se rebaja á unos pocos centenares de miles la de las extensísimas comarcas de la América del Norte. De esta suerte se hace tambien de la estadística una arma de guerra contra el Catolicismo.

² Nombre que se daban los puritanos fugitivos ó desterrados de Inglaterra, y que fueron los que más empeño pusieron en la destruccion de las razas indígenas en los puntos donde se establecieron. El Obispo protestante de Oxford, J. B. Cheever, hace ascender á más de 180.000 los indios degollados por ellos únicamente en la bahia de Massachussets y en el Connecticut. — MARSHALL, *op. cit.*, t. II, pág. 416 y siguientes.

³ JULIUS FOEBEL, *Seven, Yeavs in Central América*, cap. v, pág. 272. *Ibid.*, pág. 438.

⁴ *De la Démocratie en Amérique*, t. III, cap. v. — *Op. cit.*, *ibid.*, pág. 115.

⁵ *New-York World*, 1863. MARSHALL, *ibid.*

Méjico y en el Sud de América, añade otro escritor anglo-americano, los indios prosperan y aumentan, y se mezclan y unen en matrimonio con los europeos ¹. »

A la acusacion á que acabamos de responder, por cuanto nos hería en lo más vivo como católicos y como españoles, sigue en la *Historia de los conflictos* una afirmacion tan absoluta como lo son casi todas las que formula su autor, la cual, á la vez que una manifiesta falsedad histórica, es en sus últimas palabras una infame calumnia, que, al igual que otra que estampa algunas páginas más adelante, y que no desdeñaría el lúbrico autor de la *Pucelle d'Orleans*, no trasladamos por no consentirlo la decencia ni la veneracion que á las cosas sagradas se debe. «Por los que han » estudiado este asunto (se refiere todavía Draper á la de la » poblacion, en especial á la de Inglaterra), se ha dicho con » fundamento que el celibato público, ó sea, segun él, el » eclesiástico, es el desórden privado. Esto principalmente » determinó al pueblo, lo mismo que al Gobierno inglés, á » suprimir los monasterios...» (Pág. 273.)

No es ésta la ocasion de defender el celibato eclesiástico de las acusaciones de Draper y de los enemigos de la Iglesia. Con razones de irresistible fuerza y con autoridades de reconocida valía ha sido vindicado por plumas y por ingenios de primer órden. Con textos sacados de escritores protestantes, enciclopedistas y racionalistas, y de tan distinta índole como Leibnitz y Proudhon, tuvimos formado el propósito de contestar á las ruines calumnias del escritor anglo-americano; pero nos ha apartado de él la consideracion de que este capítulo iba á tomar desmedidas proporciones, en atencion á lo mucho que restaba por censurar. Basta que sepan nuestros lectores, y sobre todo los de la obra del autor anglo-americano si pasan los ojos por las páginas

¹ *Life and liberty in America*, por CH. MACKAY, cap. XII, páginas 123 y 145. — *Ibid.*

de este escrito, que los más prudentes y virtuosos escritores y ministros protestantes lamentan hoy como un grave yerro cometido por los fundadores de la pseudo-reforma, y que no les permitieron ver entónces los densos vapores de la llama de la concupiscencia en que se abrasaban, la supresion del voto de castidad; y conocen, aunque tarde, que á su conservacion debe la Iglesia católica, entre otras ventajas, la inmensa superioridad que lleva á las sectas disidentes, en la enseñanza y en las misiones, y en todo lo que tiene relacion con el ejercicio de la caridad.

Mas viniendo ya al hecho concreto á que se refiere principalmente el pasaje que dejamos transcrito, preguntaremos á Draper: ¿con que fué el deseo de evitar el desórden privado lo que movió al pueblo y al Gobierno de Inglaterra á suprimir los monasterios? En este caso, ¿cómo se explica que siendo el pueblo uno de los autores de aquella medida, pereziesen en el cadalso unas 72.000 víctimas, en su inmensa mayoría hombres del estado llano, en quienes castigó Enrique VIII las sublevaciones que estallaron en vários puntos del Reino á consecuencia de la supresion de las comunidades religiosas? Y sobre todo, ¿cómo da razon de que, habiendo sido por el bill de 1536 suprimidos de una vez 373 conventos y monasterios, se impusiera pena de horca, por el bill de los seis artículos publicado en 1539, al que no aceptára como artículo de fe el *celibato* y los votos monásticos? *Mendacem memorem esse oportet*, decia Quintiliano. Por lo demás, no debió ser de grande eficacia el remedio empleado por el Gobierno inglés para la curacion de los desórdenes privados, cuando el mismo Enrique, verdadero autor de la supresion de las Órdenes monásticas y principal usurpador de sus riquezas, por cuya hazaña Lutero le llamaba *ladron*, dirigiéndose más adelante al Parlamento, trazaba este poco halagüeño cuadro del estado moral de Inglaterra despues de la Reforma: «La caridad amortiguada; olvidada toda conformidad en la manera de

vivir con la ley de Dios; donde quiera la avaricia, la opresion, el asesinato; los magistrados dispuestos siempre al cohecho; el clero, desde los obispos á los curas, corrompidísimos; por todas partes el adulterio y el libertinaje; la ambicion y la codicia entre los grandes; entre el pueblo la sedicion y la insolencia ¹.»

Draper atribuye al celibato eclesiástico, impuesto segun él por la política papal, el que hubiese permanecido estacionaria la poblacion de Inglaterra. No son, por cierto, voz autorizada ni ocasion oportuna para tratar de esta cuestion la de un escritor anglo-americano en los actuales momentos, en que está preocupando sériamente á los hombres de recto sentido moral y de sana inteligencia la creciente disminucion de los nacimientos y el progresivo aumento de los infanticidios, que están tomando proporciones alarman-tes en algunas naciones del continente europeo, y acaso más que en ninguna parte entre las familias anglo-sajonas de los Estados-Unidos, y en especial en los del N. E. y del centro. Y puesto que es un anglo-americano el que nos presenta en este terreno la batalla, con armas que nos ha de proporcionar la historia contemporánea de su país, descenderemos á combatirle, como quien dice, en su propia tienda.

En pocos puntos como los indicados, y en especial en las ciudades comerciales é industriales de aquella última region, se advierte una mayor y más progresiva disminucion de la poblacion anglo-sajona, á consecuencia de lo que se llama en la Nueva Inglaterra *incumbrances*, ó más clara aún, aunque no tan gráficamente, *horror á los hijos*, y del aumento de los infanticidios. Hé aquí lo que acerca de estos últimos se leía hace algunos años en un periódico de Nueva-York: «Llamamos la atencion pública sobre el infanticidio,

¹ *Dict. des apolg. involontaires*, t. II, col. 904.

que es el gran crimen de nuestra época. A este género de asesinato hay que atribuir la disminucion de la poblacion americana en muchos estados, tales como el Maine y el Massachussets. Médicos experimentados y distinguidos, que se ocupan en contrarrestar esa calamidad, nos han asegurado que había en Nueva-York más de sesenta miserables criaturas que ganan su subsistencia y se *enriquecen* asesinando niños. Hemos oido decir, sin embargo, que el número de esos vampiros era seis veces mayor ¹.» «Los indígenas americanos, dice otro periódico, vamos desapareciendo. En 10 años ha disminuido de una manera considerable el número de los matrimonios, al paso que va en aumento alarmante el de los infanticidios ².»

El informe de la Comision sanitaria de Nueva-York para el año 1870, da como ciertos los siguientes datos: la defunciones de americanos, quienes están con la poblacion extranjera en relacion de 55 y medio á 44 y medio por 100, están en proporcion de 64 á 36 por 100 respecto de la de éstos; y esta enorme diferencia proviene especialmente de la mortandad mucho mayor de los hijos nacidos de padres oriundos del país. En resúmen, la poblacion indígena disminuyó en dicho año cerca de 7,000 almas, mientras que aumentó poco más ó menos en 8,870 la extranjera, por la *superioridad de la cifra de los nacimientos sobre las defunciones*. En fin, en el último informe sobre la poblacion de Rhode-Island, se afirma que en este Estado cien familias americanas no tienen por término medio más que dos hijos, al paso que 100 extranjeros tienen seis ³. Si aquellos desórdenes (las *incumbrances* y los infanticidios) continúan, exclama el tantas veces citado Mr. Jennet (y continuarán á

¹ *New-York Express*, b. Feb. 1869, cit. par Jannet, *Ibid*.

² *New-York Dailly Times*, 7 Feb. 1869.

³ Para más numerosos y recientes datos puede consultarse el *Journal officiel de la République française* del 7 de Febrero de 1873, que reproduce en detalle las



ménos de verificarse una gran reforma religiosa y moral), ántes de medio siglo no quedará en los Estados del Norte un solo descendiente de la antigua raza anglo-sajona, y la Nueva Inglaterra, la Pensilvania y el Nueva-York pertenecerán exclusivamente á los descendientes de los irlandeses y alemanes, hoy tan despreciados ¹.

Estado material y moral de Europa en la Edad Media, segun Draper.

Por demás triste es la pintura de la existencia que, segun Draper, tuvieron que arrastrar nuestros infelices antepasados, ántes que brillára sobre Europa el esplendoroso sol de la Reforma, que vino de repente á derramar torrentes de luz sobre sus entenebrecidas inteligencias, y á sacarles del miserable estado de degradacion moral y de pobreza en que yacian, y que fué como sacarles de la esclavitud de los faraones y de las penalidades de la vida del desierto para llevarles á la libertad, á los goces y á las riquezas de una nueva tierra de promision. Hé ahí algunos rasgos entresacados de los muchos con que traza el profesor anglo-americano aquella tristísima pintura, pero que bastan para que se formen nuestros lectores una idea de las miserias á que vivieron condenados nuestros rudos, y sobre todo encarecimiento crédulos abuelos, por haber caido en la necia

cifras de la Comision sanitaria de Nueva-York; el excelente trabajo de Mauricio Blak, *Los resultados del último censo con los Estados Unidos* (*Journal des Economistes*, Marzo 1875; el *Atlantic Monthly*, Dec., 1873. *Our population en 1900*, Enero, de 1876. *The Americanized European*. En estos últimos diarios se ve cuánto preocupa á los americanos la disminucion y degeneracion de su raza en los Estados del Atlántico.

¹ *Les États Unis contemporaines*, cap. xii.

debilidad de profesar el Cristianismo latino y de poner sumisos su cuello al yugo del Papado.

«La superficie de Europa estaba en su mayor parte cubierta de selvas impenetrables, y aquí y allá de ciudades y de monasterios. En los llanos y á lo largo de los rios había pantanos, á veces de algunas millas de extension, que exhalaban sus pestíferos miasmas y esparcían la muerte en todas direcciones. Las casas de París y de Londres eran de madera cubiertas de ramajes y tejadas con paja y cañas. Carecían de ventanas... No había chimeneas, y el humo del hogar se escapaba por un agujero abierto en el techo. No había alcantarillado, y los restos de los animales é inmundicias eran simplemente (*sic*) arrojados á la puerta. Hombres, mujeres y niños dormían en una misma habitacion, y con mucha frecuencia en compañía de animales domésticos... El lecho era comunmente un saco de paja y un leño la almohada. El aseo personal se desconocía por completo; grandes oficiales del Estado y aun altos dignatarios, como el arzobispo de Canterbury, estaban plagados de parásitos... Los ciudadanos se vestían de cuero... y se consideraban en una posicion desahogada si podían comer carne fresca una vez por semana...» ¡Cuántos millones de individuos en Europa se darían hoy por contentos si pudieran comerla una vez al mes! «Las casas de los campesinos estaban construidas con piedras sobrepuestas unas á otras sin argamasa; los techos eran de turba, y una piel de toro servía de puerta... en algunos parajes no se cocía el pan... Los castillos de los nobles eran cuevas de bandoleros. Hombres y mujeres eran apresados y conducidos á aquellas fortalezas, colgados por los pulgares ó por los piés, y ya colocándoles fuego debajo, ya azotándolos, ó por otros medios, se les arrancaba (*sic*) su rescate...» (Pág. 274 á 276.)

Detengámonos aquí, y concediéndole á Draper que el cuadro que acaba de bosquejar del estado miserable en que

por espacio de 1,000 años vivieron los habitantes de Europa, así los de las ciudades como los de los campos, está tan perfectamente ajustado á la verdad histórica que no sea posible, sin agravio de ésta, añadirle ni quitarle una sola palabra, consiéntanos, ya que tan generosos nos mostramos con él, que permitiéndonos, á ejemplo suyo, la insignificante é inocente libertad de tomar la parte por el todo, el pormenor por el conjunto, y por la regla general la excepcion, tracemos tambien nosotros, si no una pintura tan de mano maestra como la suya, un ligero bosquejo del estado social de Europa en pleno siglo XIX, tomando por tipo la nacion donde no ejerce la menor influencia el Cristianismo latino, y sobre la cual hace tres siglos que esparce de lleno sus resplandores el astro de la Reforma.

«Londres, dice Leon Faucher, tiene calles ¹ sin empedrado, ni alumbrado, ni alcantarillas, plazas sin salidas ni aun para el aire ni para las aguas, cloacas infectas como, para *honra de la humanidad*, no se encuentran en ninguna otra parte ². Las habitaciones están hechas de tablas mal unidas, lo cual les da el aspecto de los más asquerosos establos... La degradacion moral y física de sus moradores excede á todo encarecimiento.

» En la época del cólera tenía Manchester 687 calles, de las cuales había 284 sin empedrar, 53 que lo estaban tan sólo en parte, 112 callejones sin salida y 352 llenas de montones de inmundicia é infestadas por aguas corrompidas ³.» ¡Y sin embargo hacía tres siglos que brillaba sobre el suelo de Inglaterra el sol de la Reforma!

«En Liverpool, la mayor parte de las familias de los

¹ Si imitásemos el estilo de Draper, deberíamos haber escrito: «Las calles de Londres..., las casas..., los ciudadanos, etc.» pero como más que el efecto amamos la verdad, huimos de las afirmaciones absolutas.

² *Études sur l'Angleterre*, t. II, pág. 9, edic. Guillemin.

³ *Ibid*, pág. 296.

obreros viven en sótanos que no reciben luz y aire más que por la parte superior de la puerta, y á las cuales se baja por una escalera como á un pozo, ó en patios interiores cerrados y sin ventilacion. En aquéllas y éstos se aloja una poblacion de 80.000 almas. Aquellas habitaciones son todavía más insalubres que pobres, apesar de ser verdaderos antros de miseria.

» En el año de gracia de 1836, y por consiguiente tres siglos despues que había amanecido para Inglaterra el astro de la Reforma, de los 169.000 habitantes que había en Manchester y Salford 12.500 vivían en lo que llaman los franceses *garnis*, ó cuartos amueblados, á los cuales se les podría dar el nombre apropiado de dormitorios comunes... « Los propietarios de esos nidos de calenturas, dice el doctor Ferrier ¹ (y hubiera podido añadir de esos focos de inmoralidad), colocan en cada cuarto cuantas camas pueden contener, no dejando entre unas y otras más que el necesario espacio para que pueda pasar, y no sin dificultad, una persona. En ellas duermen mezclados hombres, mujeres y niños ². »

» En las cosmogonías antiguas y modernas los tormentos eran tan sólo para los adultos; estaba reservado á nuestro siglo inventar un infierno para los niños ³. » « La esclavitud de los niños, dice en otra parte, hé aquí el carácter de las sociedades modernas. Este hecho es característico, y se nota más en la Gran Bretaña, donde aquélla crece en proporcion que aumentan la industria y las riquezas ⁴. » « ... En Withe-Chapel, barrio de Lóndres, lo mismo que en Manchester y en Liverpool, mueren el 50 por 100 de los niños. El término medio de la vida es de 22 años para la poblacion

¹ *Rapport on sanitary condition.*

² LEON FAUCHER, *op. cit.*, 254.

³ *Ibid.*, pág. 525.

⁴ *Ibid.*, pág. 16.

de Withe-Chapel y de 16 para Bethnal-Green, distrito tambien de aquella ciudad. Miéntas el promedio de los años de existencia es de 38 en las clases superiores, es de 17 para los obreros de las fábricas y los trabajadores ¹.»...Renunciamos á descender á pormenores acerca la degradacion física, intelectual y moral de las clases inferiores, increíbles en su mayor parte por extraordinarios, pues muchos de ellos no pueden escribirse sin repugnancia, ni divulgarse sin escándalo. Permitasenos, sin embargo, que recordemos por última vez que hacía tres siglos, cuando esto pasaba, que el sol de la Reforma derramaba sobre el Reino Unido sus benéficos y fecundantes resplandores.

«La taberna es en Inglaterra, continúa diciendo el célebre economista francés (y nosotros añadiremos que en los Estados-Unidos), lo que fué la plaza pública en los pueblos de la antigüedad.» «En aquella nacion, segun el doctor Bargeret, en una obra publicada en 1870, la embriaguez hace todos los años más de 100.000 víctimas, entre ellas 24.000 mujeres.» «...En la República modelo, tres cuartas partes de los indigentes son víctimas de este repugnante vicio.»

Pondremos fin á esta parte del presente capítulo con el siguiente pasaje, sacado de la *Revista de ambos Mundos*, redactada, como saben nuestros lectores, por la flor y nata de los escritores racionalistas franceses. « Si resultó de ello (la introduccion de las máquinas) una fuerza de produccion que ha creado inmensas riquezas, tambien fué origen de *males mucho más horribles, por su continua*

¹ Esta espantosa desproporcion en el término medio de la vida, de que cita Leon Faucher otros muchísimos ejemplos, le hace prorumpir en estas enérgicas palabras: « Crear un estado social cuyas consecuencias son que un rico pueda vivir por término medio 55 años, al paso que un obrero no vive más allá de 15..., ¿no es destruir las generaciones en su germen y renovar por nueva manera en mitad del siglo XIX el decreto de Faraon, que condenaba á muerte á todos los hijos varones de un pueblo? » Tomo I, pág. 42.

duracion, que los crueles estragos causados ántes por las hambres y los demás azotes pasajeros. Antes las poblaciones obreras, modestas en sus deseos, frugales en su manera de vivir, estaban contentas con su suerte... Hoy las clases laboriosas se agitan en el sufrimiento y no exhalan más que gritos de odio. Ese sufrimiento se advierte más en las aglomeraciones manufactureras de la Gran Bretaña, por una miseria que, segun los datos oficiales, rebaja las poblaciones obreras al nivel de los brutos, y para lo cual ha sido preciso inventar un vocablo nuevo, el *pauperismo*. Mil veces preferible á la del actual obrero inglés era la suerte del esclavo antiguo ó la condicion del siervo de la Edad Media, tranquilo posesor de su humilde techo patrimonial.

»Parece que con la invencion de las máquinas de vapor la civilizacion moderna haya renovado el atrevido robo de Prometeo con sus terribles consecuencias '.»

El *lasciate ogni speranza, voi che'ntrate*, que leyó el Dante en la entrada del infierno, es la sentencia que leen escrita sobre la puerta por donde vienen á la vida, y por ésta en la sociedad, que ha de ser para ellos verdadera *cità dolente*, millones de individuos que nacen condenados á la pobreza y al trabajo; fuente aquélla de grandes merecimientos y de mayores premios cuando se sobrelleva con resignacion; causa y origen éste de bienestar, de salud, y hasta camino para llegar á la nobleza de sentimientos cuando se considera bajo el punto de vista cristiano. Hoy son la pobreza y el trabajo verdaderos tormentos: hoy la vida del pobre y del obrero, de cuyo hogar ha sido lanzado Dios, como de su corazon toda esperanza de un cielo despues de esta vida, de todo mejoramiento de su suerte en ésta, es un verdadero infierno; y porque sabe que en éste

¹ *Revue des Deux Mondes*, Julio, 1877. — *Le méthode d'observation dans le sciences sociales*.

no hay redencion, al igual de los réprobos pasa la vida maldiciendo á Dios, en quien cree sólo para blasfemar de él, y odiando y maldiciendo á la sociedad, y suspirando para que llegue el dia en que, sacudiendo con su robusto brazo las columnas sobre que está asentada, cual Sanson las del templo de los filisteos, la convierta en un monton de ruinas, siquiera tenga que morir sepultado entre ellas como el héroe de Judá.

Hambres y pestes en la Edad Media, y el Cristianismo latino.

Al cuadro de miserias morales y físicas que dejamos más arriba transcrito, acompaña la indicacion de algunas de las hambres y de las pestes que asolaron la Europa en los tiempos medios, efecto necesario de aquel estado social, que lo era á su vez del mal gobierno del Cristianismo latino, ó del Pontificado. Hé aquí el párrafo que destina el profesor anglo-americano al hablar de aquellas calamidades: «¿Nos maravillaremos, pues, de que en el hambre de » 1030 se vendiera y guisase carne humana, ó de que en » la de 1258 quince mil personas murieran de hambre en » Lóndres? ¿Nos maravillaremos de que en algunas de las » invasiones de la peste fuesen tantas las defunciones que » apenas había vivos para enterrar á los muertos? En la » peste de 1348, que vino de Oriente por la ruta comercial » y se extendió por toda Europa, fué destruida la tercera » parte de la poblacion de Francia.» (Pág. 276.) Y más adelante (pág. 293) añade estas palabras, que son otra nueva é irrecusable prueba de la erudicion y veracidad histórica que le han valido los plácemes de su apoloquista: «Nada se hacía en general para evitar las necesidades individuales; nada para precaver las hambres. Las pestes

» no hallaron el menor contratiempo (*sic*) y sólo se les oponían las farsas religiosas.»

Suponiendo que sea cierto el guarismo de defunciones por hambre que hubo en Londres en 1258, si es que realmente pasó esta ciudad por tan terrible prueba, pero negando lo que dice de la de 1030 mientras no nos cite la autoridad en que se apoya, nos permitiremos recordarle las muchas veces que ha sido castigada con aquella calamidad Irlanda, la nacion mártir desde que es esclava de Inglaterra, y sobre todo desde el día que empezó á brillar en el brumoso cielo de ésta el sol de la Reforma, y en que sus opresores se hicieron dueños de sus tierras y el Gobierno inglés se propuso serlo de sus conciencias; y en especial el hambre de 1845 y 1846, de la cual y de las enfermedades que produce fueron víctimas más de un millon de personas ¹.

Respecto de las pestes con que fué castigada la Europa en la era cristiana, nos limitaremos á decir al profesor de ciencias de la Universidad de Nueva-York que todas, incluso la lepra y la enfermedad contagiosa llamada *Fuego de San Anton*, vinieron del Egipto y del Asia, ó sea de los países dominados por el mahometismo, que es, segun él,

¹ Aumenta el horror de aquella espantosa catástrofe producida por las escasas cosechas de la patata en aquellos años, *único alimento de la mayor parte de los colonos irlandeses*, el que mientras la cuarta parte de la poblacion católica de aquella isla * ó abandonaba, obligada por la miseria, el suelo que le vió nacer, ó moría víctima de aquel azote, las naves de la Gran Bretaña llevaban á los ricos propietarios ingleses de aquel suelo, con tantas lágrimas regado, los frutos de la cosecha de cereales que en el año 1846 había sido muy pingüe, viéndose por lo tanto el hecho, acaso el único en la historia y sólo posible en el estado social de que es víctima la Irlanda, de una poblacion entera sufriendo todos los horrores de la miseria en medio de la abundancia. Para más detalles véase la *Noticia sobre el estado actual de Irlanda* que precede á la sétima edicion de *L'Irland sociale, politique et religieuse*, par Mr. BEAUMONT.

* Su poblacion, que era en 1841 de 8.175.000 almas, había descendido diez años despues á 6.551.000, acusando por consiguiente una disminucion de 1.624.000, por efecto, en gran parte, de aquella calamidad.

«una de las *grandes* y venerables religiones del Oriente :» que en todas épocas han sido visitados los pueblos por esas calamidades, y que no fueron más terribles sus estragos por ser gobernados por el Cristianismo latino, que lo fueron bajo la dominacion de las repúblicas helénicas ó bajo el despotismo de los procónsules y de los emperadores romanos; que los gentiles adoradores de Jove, como los de Brahma y Visnú, como los secuaces de Budha y de Mahoma, y como cuantos han creído y creen en el gobierno del mundo por la Providencia, y que han considerado y consideran aquellas calamidades como castigos del cielo por las iniquidades de los hombres y de las naciones, todos, inclusa la República anglo-americana, como tendremos ocasion de probar más adelante, acudieron y acuden para aplacar los justos enojos y desarmar de sus rigores el airado brazo del Omnipotente ofendido á las preces y á los holocaustos, á las expiaciones y á los actos públicos de devocion, ó sea á las que llama en su impío lenguaje el escritor positivista *farsas religiosas*: y en suma, que mientras en los pueblos de la antigüedad no se tomaba ninguna de las medidas higiénicas para evitarlas ó disminuir sus estragos, ni se conocían los cien medios que ha ideado la caridad cristiana para atenuar sus males ó derramar sobre ellos el bálsamo del amor, en los que gemían bajo el tiránico yugo de los Papas, segun Draper, y que, segun nosotros, fueron amamantados con la suave y purísima leche de las divinas enseñanzas, de que son aquéllos depositarios y maestros, no había mal que no tuviese su apropiado remedio, enfermedad á que no atendiese con inteligente y esmerado celo, llaga ninguna para la cual no tuviese dispuesto el más eficaz específico. Atreverse á afirmar que en la Edad Media nada se hacía para las necesidades individuales, y que á las pestes tan sólo se oponían las farsas religiosas, es ya más que falsear la historia; es abusar de la buena fe de las personas indoctas y burlarse con cínica insolencia de las que están

dotados de sentido comun y de alguna educacion literaria.

Desde que Jesucristo estableció como el primero de sus preceptos el del amor, en cumplimiento de esta nueva ley «cuantos poseían campos y casas las vendían, y traían su precio y lo ponían á los piés de los Apóstoles.» San Cipriano enseñaba á sus fieles, con motivo de la peste que asoló á Cartago en 253, la cual comparaba á un campo de batalla en que se manifiesta el valor de los soldados, que debían igualmente acudir al socorro de los cristianos como de los idólatras, de los amigos como de los contrarios. La ilustre Fabiola, descendiente de la antiquísima familia de los Fabios, fundaba el primer hospital en Roma; y el mismo apóstata Juliano, despechado de que «los cristianos, no contentos con alimentar á sus pobres, aliviaban tambien las miserias de los infieles,» excitaba á los suyos á imitar su ejemplo. En suma, desde el primer siglo del Cristianismo hasta nuestros dias la historia de la Iglesia es una admirable y grandiosa epopeya, cuyo asunto son los actos heroicos de todo género realizados por la caridad; epopeya escrita en muchas de sus páginas con la sangre de los mártires de esta divina virtud, y con los mármoles y piedras de los innumerables y las más de las veces grandiosísimos monumentos erigidos para cumplir el precepto de la enseñanza en escuelas, colegios y Universidades, y para atender á las necesidades materiales de los pobres en hospicios, lugares de asilo y hospitales.

En los dias, ya apartados de los nuestros, en que los hombres, al par que pródigos en obras, eran avaros en palabras, durante siglos los enfermos de la locura de la caridad, si os place llamarla así, los mártires del amor, hombres y mujeres, corrían gustosos al sacrificio que esta virtud les imponía; sucumbían á millares socorriendo á los apestados ó asistiendo á los enfermos en los hospitales, sin que la Iglesia, de la cual se consideraban como soldados, ni los pueblos, que recibían los beneficios de su heroismo, se

detuviesen á contarlos. Más tarde, cuando se vió que sin menoscabo del valor de la abnegacion, ni sin ofensa de la humildad, de que se complace en ir acompañado el sacrificio, se podían y hasta se debían contar los actos de heroismo por la caridad realizados, para gloria de unos y estímulo de otros, pudo colegirse por el número de víctimas que se habían sacrificado en aras de su amor al prójimo en vários contagios, las ignoradas y numerosísimas hecatombes que durante largas centurias se habían ofrecido en la misma ara en holocausto ¹.

Ignoramos á qué escuela económica pertenece Draper; pero sea cual fuere en la que milite, podrá negar, si le place, la eficacia de las obras de caridad, pero en manera alguna lo que en ellas hay de heroico.

Calumnias vulgares.

A la manera que una nube preñada de granizo lo arroja en espesa lluvia sobre los campos, tal desde su obra lanza en abundancia Draper en las páginas que siguen nuevas acusaciones y calumnias sobre la Iglesia. Larga tarea sería indicarlás todas: trabajo ímprobo é interminable rechazarlas ó desmentirlas. «Que los abades rivalizaban con los condes, con (*sic*) el número de sus *esclavos*, teniendo algunos, segun se dice, no ménos de 20.000,» (pág. 278) donde á sabiendas se altera el valor del vocablo latino *servus*, traduciéndolo por

¹ En la peste de Marsella de 1720 perecieron, asistiendo á los enfermos, 42 capuchinos, 21 jesuitas, 32 observantes, 23 recoletos, 22 agustinos, 10 carmelitas descalzos y un gran número de individuos del clero secular. En la de Barcelona de 1821 murieron 124 miembros de diferentes Ordenes religiosas, con la circunstancia de que casi todos ellos contrajeron el mal confesando apestados. *Dict. d'économie charitable*, art. CONTAGION.

el de esclavo, cuya emancipacion se debió, como nadie ignora, al Cristianismo ¹. «Que los frailes mendicantes cogían lo poco que aún quedaba á los pobres,» (*Ibid.*) contra cuya calumnia se levantarían, si fuese posible volverlas á la vida, las generaciones todas que experimentaron sus beneficios, desde que fueron instituidos por Santo Domingo y San Francisco de Asís hasta nuestros dias, y contra la cual depone la autoridad, para Draper de tanto peso, de Maquiavelo, quien habla del respeto que á aquéllos tenía el pueblo, *reverentia erga fratres* ², y el sinnúmero de conventos que llegaron á tener en todas las partes del mundo. «Que se inventó un nuevo derecho canónico y hasta una nueva historia para establecer la supremacía de Roma, y que la Corte romana, con el auxilio de aquellas Órdenes, se había apoderado de los derechos de los Concilios, de las iglesias metropolitanas y nacionales,» (285) donde comete el gravísimo yerro de creer en la existencia de esa clase de iglesias, que son imposibles dentro del Catolicismo. Y en fin, y descendiendo á un orden de calumnias todavía más vulgares y hasta absurdas, y más propias de un libelo infamatorio y de una conversacion de libertinos en torno de una mesa de café que de una obra con pretensiones de seria, «que la Iglesia es propiedad del Papa, quien puede hacer en ella lo que le plazca.» (Pág. 287.) «Que lo que es simonía en otros en él no lo es.» «Que la Corte romana condenaba la usura y la hacía (*sic*).» (Pág. 285.) «Que la Inquisicion castigaba hasta el pensamiento.» (Pág. 289.) «Que en 1327 se calculó que la mitad del mundo cristiano estaba excomulgado á fin de obligarle á comprar la absolucion á cualquier precio.» (Pág. 286.) «Que la máxima de la vida era, primero el interés, y luégo el honor,» etc. (Pág. 231.)

¹ Véase sobre este asunto á BALMES, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, tomo I, capítulos XV, XVI, XVII, XVIII y XIX,

² *De augmento scient.*, I, lib. I,

El cometa de Halley y Calixto III.

Mas si á tales insultos y calumnias no se debe contestar más que con el desprecio, no así cabía obrar con las dos en que vamos á ocuparnos; y no porque no sean ménos absurdas y falsas, sino porque son del linaje de las que, ó por su novedad ó por lo que tienen de extraordinario los sucesos en que se pretende fundarlas, hacen más honda y duradera impresion en el ánimo de las personas indoctas y desprevenidas. «Se creía que con los rezos de los clérigos se ahuyentaría la peste de las ciudades infectadas de miasmas pútridos... y que se evitaría el influjo maléfico de los eclipses y cometas. Pero cuando se presentó el cometa de Halley en 1456, tan tremenda fué su aparicion que se hizo necesario que el mismo Papa interviniese: le exorcizó y le expulsó del cielo, y huyó el cometa á los abismos del espacio, aterrado por las maldiciones de Calixto III, y sin atreverse á volver durante 75 años ¹.» (Página 280.)

Sin ser tan conocida y sin haberse hablado tanto de ella como de las persecuciones contra Galileo y de su famosísimo *e pur si muove*, esta fábula del cometa exorcisado por Calixto III no ha dejado de alcanzar, sobre todo en nuestros días, alguna publicidad entre las muchedumbres de los que se tienen por despreocupados y doctos porque saben deletrear el periódico de su parcialidad, única lectura en que se ocupan.

Permítannos nuestros lectores que, miéntras los de Draper

¹ Recomendamos la lectura de este pasaje á los señores Académicos de la lengua para que en vista de él, y sin necesidad de más informes, propongan al Sr. Arcinus para la primera vacante que haya.

continúan restregándose las manos de gozo por haber sorprendido á un Papa en flagrante delito de supersticion y de ignorancia, á fin de ilustrar á los que no conocen el hecho por aquél denunciado, extractemos del ya citado artículo del P. Smedt el pasaje en que en él mismo se ocupa. «¿Quién pudo ser, se pregunta, el autor de esa mentira histórica, de la cual no se halla indicio ninguno en los cronistas de los siglos xv y xvi?» El docto religioso supone haber sido Francisco Bruys, autor de una *Historia de los Papas desde San Pedro hasta Benedicto XIII*, escrita despues de haber renegado del Catolicismo y abrazado el Protestantismo, y por lo tanto con el apasionamiento y la parcialidad de quien pretende disculpar su infame apostasía pintando con los más odiosos colores á los Pontífices. Más tarde volvió arrepentido al seno de la Iglesia católica, retractándose públicamente de cuantas calumnias había estampado en aquella obra. En ella, refiriéndose á Platina, escribió lo siguiente: «El Papa no dejaba de excitar á los príncipes cristianos á unirse contra los turcos. En esto apareció en el cielo un cometa que llenó de espanto á toda la cristiandad. A fuer de hombre hábil, el Pontífice, aprovechándose de la supersticion y de la credulidad de los pueblos, los cuales temían que ese fenómeno fuese presagio de algun grave suceso, les exhortó á que orasen y practicáran obras buenas, á fin, decía, de que si había que temer alguna desgracia, preservase de ella el cielo á los cristianos. Ordenó oraciones y procesiones públicas, mandó que todos los dias tocasen á las doce las campanas para advertir á los fieles que orasen á aquella intencion, y concedió indulgencias á los que rezasen tres veces la oracion dominical y la salutacion angélica.» Oigamos ahora lo que dice Platina: «Apareció por entónces y permaneció algunos dias en el cielo un cometa de larga cola y de color rojizo; y como los *matemáticos* (es decir, los hombres científicos) vieran en él presagios de una terrible peste, de una carestía

de víveres ó de una gran calamidad, el papa Calixto decretó procesiones que duraron ocho dias, á fin de desviar la cólera divina, y de que, si amenazaba á los hombres alguna desgracia,» etc. Lo que sigue es, con corta diferencia, lo mismo que escribe Bruys. Existe una Bula publicada por aquel Pontífice el 29 de Junio de 1458, en la cual recomienda á las oraciones de todos el éxito de la cruzada contra los turcos, ordena que toquen las campanas tres veces al mediodia á fin de recordar aquel su encargo á los fieles, pero en ella no se hace alusion siquiera al mencionado cometa. «La leyenda inventada por Bruys fué acogida por los incrédulos, añade el R. P. Smedt, como un hallazgo de gran precio, y transmitida de unos á otros en sus libros y discursos académicos, exornándola cada uno de ellos con nuevos pormenores. Lo del toque de las campanas despertó la idea de la excomunion, y de esta suerte llegó el caso de ver á Arago, Quetelet, y más recientemente á Draper, ofreciéndonos, con sonrisa ligeramente burlona, el cuadro de un Papa lanzando el anatema contra un cometa¹.»

El estudio del griego y del hebreo.

«No era injustificado, dice en otra parte el profesor anglo-americano, el odio que manifestó Roma al renacimiento del griego é introduccion del hebreo, y la alarma con que notó la formacion de los idiomas modernos, nacidos de los dialectos vulgares; y no sin motivo se hizo eco la facultad de Teología de París del sentimiento que prevalecía en tiempo de Jimenez: «¿Qué vendrá á ser la religion si se permite el estudio del griego y del hebreo?»

¹ *L'Eglise et la science*, loc. cit., pág. 119.

» El predominio del latin era la condicion de su poder , su
» abandono la medida de su decadencia... En suma, el
» desarrollo de las lenguas europeas era el instrumento de
» su derrota... El desarrollo de la literatura políglota de Eu-
» ropa coexistió , por lo tanto , con el descenso del cristia-
» nismo papal: la literatura europea era imposible bajo la
» dominacion católica. » (Pág. 292.)

Por desfavorable que sea la idea que de la Universidad de Nueva-York hicieron nacer en nosotros las breves palabras que le dedica Mr. Jannet al hablar de ella , y que ya dejamos apuntadas , y otros datos que acerca de la misma teníamos , debemos confesar que sentimos subírse nos los colores al rostro por su claustro de profesores , al pensar que hay entre ellos quien , sin enojo ó protesta de los demás , haya podido estampar en una obra destinada á gozar de cierta celebridad , tanto fuera como dentro de su país , tan groseros errores , falsedades de tanto bulto , cual no osaría imprimirlas el más ruin libelista , si á sabiendas han sido publicadas ; cual no las escribiría el más desaplicado escolar de literatura é historia , si son hijas de la ignorancia. Mas si sufrimos la humillacion de la vergüenza por Draper y sus compañeros , que al fin y al cabo no son de casa , no ya tan sólo el color rojo de la vergüenza , sino tambien el de la indignacion , colora nuestra frente al recordar que pudo hallarse en España quien , habiendo vestido la honrada y distinguida toga de profesor , se haya atrevido á escudar con la autoridad de su nombre un libro donde tales ineptiasse leen ; haya osado , en menoscabo de su propia reputacion literaria , encarecer la imparcialidad y la ciencia histórica de quien tan evidentes pruebas daba de no estimar en nada la primera , y de estar completamente desprovisto de la segunda.

¡Que Roma manifestó odio al renacimiento del griego y á la introduccion del hebreo ! ¿No recordaba Draper los muchísimos pasajes donde Ranke , cuya autoridad con tanta

frecuencia invoca, habla con entusiasmo de la proteccion dispensada por los Pontífices á los estudios helénicos, y en los cuales afirmó que fueron tambien ellos quienes con más celo estimularon los de las lenguas orientales? ¿Ignora que en un crecido número de escuelas monásticas y de Universidades, gran parte de ellas de fundacion pontificia, había cátedras de dichos idiomas, y que hasta hubo conventos de monjas donde, como en el Paraclete, era obligatorio para éstas el estudio del griego? ¿No sabe que en el Concilio de Viena, décimosexto de los ecuménicos, se decretó que en las universidades de Roma, París, Oxford, Bolonia y Salamanca hubiese dos maestros de lenguas para la enseñanza del hebreo, del árabe y del caldeo? ¿No tenía, en fin, presente, al ofender la memoria del Cardenal Cisneros, del generoso é ilustrado fundador de la universidad de Alcalá, del que, apénas descubierta la imprenta, levantó con la edicion de la Biblia políglota un monumento que fue pasmo de su siglo y es todavía objeto de admiracion del presente, que en el prólogo de aquella obra, en vez de las palabras que le atribuye, se leen, despues de algunas frases encaminadas á encarecer la necesidad para los eclesiásticos de dedicarse al estudio del hebreo y del griego, las siguientes frases que son el más franco y terminante mentís á la afirmacion suya: «A fin de que todo teólogo pueda beber él mismo de la fuente del texto primitivo del Viejo y del Nuevo Testamento el agua que fluye para la vida eterna¹?»

No hemos de poner más tiempo á prueba la paciencia de nuestros lectores, deteniéndonos á señalar más errores y calumnias, y dispensando á éstas la honra de desmentirlas. Creemos que basta y sobra con lo que hasta aquí llevamos expuesto para que cualquiera persona medianamente

¹ HÉFÉLÉ, *Le Cardinal Ximenes et l'Eglise d'Espagne*, págs. 90 y 97.

dotada de sentido comun se persuada de lo torpe que anduvo Draper al pintar tan de capricho, como lo ha hecho, la Edad Media y el Cristianismo latino en sus relaciones con la moderna civilizacion ¹. Al profesor anglo-americano le sucede con frecuencia lo que al niño que queriendo arrojar de una vez más piedras que caben en su mano, ora por falta de destreza, ya por aturdimiento, ó quizá por no tener fuerza bastante para arrojarlas todas, en vez de dar en el blanco las dispara sobre sí mismo y se lastima con ellas.

¹ A las muchísimas ineptias, que no otro nombre merecen, las demás calumnias contra el Cristianismo y el Pontificado de que está cuajado el capítulo que nos ocupa, no cabe contestar más que con el desprecio. Que «era máxima admitida (en la Iglesia) que la ignorancia es madre de la devocion,» cuando pudieran citarse centenares de textos sacados de las Sagradas Letras, de los escritos de los Doctores, de las cartas de los Papas y de las obras de los teólogos de todas las edades anatematizando la ignorancia, *cual madre que es de todos los males*; que «la política de la Iglesia ha sido siempre desanimar á los médicos en su arte y mezclarse con sus reliquias para curar las enfermedades,» cuando las más antiguas escuelas médicas que hubo en los tiempos medios fueron fundadas, primero en los conventos por los monjes, despues en várias Universidades por los Papas; que «esta falsificacion (la de las Decretales de Isidoro) extendió inmensamente el poder de los Papas... y le transformó (el Papado) en monarquía absoluta,» todo lo cual está desmentido por la historia de la Iglesia, que tiene por uno de sus dogmas el Primado de San Pedro y de sus sucesores, y su dominacion y gobierno sobre la Iglesia universal; que «el Papa puede hacer en la Iglesia lo que le plazca, y que lo que en otros es sinomía no lo es en él,» lo cual no necesita, para ser desacreditado por el que lo lee, más que tener un 'adarme siquiera (permítasenos la frase) de sentido comun; que «al conclnir el siglo XIII se inventó el purgatorio como un nuevo recurso, capaz de producir inmensos ingresos, siendo así que está demostrado hasta la evidencia que la Iglesia ha creído y enseñado siempre en la existencia de este lugar de expiacion; éstas y otras muchas afirmaciones de la misma estofa que pudiéramos entresacar de la obra de Draper en mengua de la reputacion de éste y con escándalo de los amantes de la verdad histórica, son demasiado calumniosas y rastreras para que merezcan ser refutadas seria y detenidamente.

Autoridades de escritores protestantes en favor del Cristianismo.

Después de haber lastimado los oídos de nuestros lectores con las destempladas y calumniosas voces del más ciego encono, justo es que cerremos la boca del autor de la *Historia de los conflictos*, si es que puede imponerse silencio á la gritería de los impíos, y que indemnícemos á aquéllos del desplacer y hastío que, citando tantos pasajes de aquella obra les habremos causado, trasladando aquí algunos fragmentos sacados, de entre millares de ellos que pudiéramos citar, de obras de escritores protestantes¹, enciclopedistas y racionalistas, en que se ensalza, hasta con entusiasmo, al Pontificado y al Cristianismo ortodoxo, y se consignan y ponderan los muchos y admirables beneficios, así en el orden moral como en el orden físico, en el social como en el político, que les deben los pueblos modernos.

Hemos visto al principio de este capítulo que Draper ha sacado varias de las acusaciones contra los Papas y la Iglesia católica de la obra de Ranke; ahora bien, hablando de esta obra, que produjo vivísima impresion en Inglaterra, y que contribuyó á desvanecer no pocas de las preveniciones que contra aquélla y sus soberanos Pontífices existen en aquel país, escribía el *Quarterly Review* las siguientes

¹ «Hoy son precisamente los escritores protestantes alemanes los que restauran en la historia el edificio de la Iglesia y del Papado, mutilado y desfigurado por historiadores sin conciencia; y cualquier escritor católico que quisiese escribir una acabada y hasta calurosa apología de aquélla y de éste, no tendría que hacer más que, una vez vencida la dificultad de escoger entre la multitud de textos, sino copiar páginas enteras de las historias de Muller, Ranmer, Leo, Voigt, Hurter y otros de conocida fama, para salir airosísimo de su empresa, y dejar aquellas dos divinas creaciones á cubierto de todo ataque racional y sério.» *Introduction à l'histoire de la Papauté*, de Ranke.

palabras, que aceptaría como propias, con ligeras modificaciones, cualquier escritor católico.

«Apesar de la uniformidad de miras que presidió durante siglos al Gobierno pontificio, y de la rápida sucesión de ancianos sacerdotes que fueron sucesivamente á morir en aquel sagrado trono, ofrece su historia más que la de ningún otro Gobierno interés poderosísimo, inesperadas peripecias y un colorido extraño, debido especialmente á las ideas dominantes en cada siglo. Admirad el notabilísimo empleo de fuerza intelectual de que ha hecho uso cada uno de aquellos ancianos... ¿Dónde está el Tito Livio, el Polibio, el Tácito de su historia maravillosa? ¿Quién ha descubierto los destinos modernos de Roma? La idolatría y el odio, únicos que se han encargado de escribir esa historia, no han profundizado ni ilustrado nada.»

«¡Qué hermosa soberanía la que osaron fundar sobre el pensamiento los Inocencios y los Gregorios!»

»Ella pagaba en servicios lo que en independencia arrebatada. Si se imponía á los hombres era para iluminarles, no para envilecerles. Mucho podía perdonarse á quien hacía al mundo tales beneficios.»

«Respetadme, someteos, obedeced, decía; en cambio yo os daré orden, ciencia, union, organizacion, progreso, y hasta, en cuanto es posible en determinadas épocas, tranquilidad y paz. Nada de miras estrechas, nada de personal, nada de bárbaro en aquella dominacion soberana, que ensanchaba los límites del mundo cristiano, oponía una barrera á la invasion del islamismo, y contrabalanceaba por medio de un poder intelectual y moral el poder brutal y sanguinario de los cetros de hierro y de las lanzas de bronce. Mientras que con una mano luchaba con la media luna, ahogaba con la otra los restos del paganismo enérgico del Septentrion. Reunía en torno de un punto central lleno de vida las fuerzas morales é intelectuales del linaje humano. Era despótica, pero á la manera del sol que hace girar en

torno suyo el globo terrestre. Cuando la barbárie y la ferocidad universal tendían á desorganizarlo todo, ella lo hacía revivir todo. ¿Decís que insultaba las diademas de los Reyes y los derechos de las naciones; que ponía su insolente pié sobre la frente de los monarcas, que nada existía sin su permiso? «Enhorabuena; mas esa dominacion presuntuosa era un beneficio inmenso... La fuerza del espíritu obligaba á inclinarse ante ella á la fuerza bruta. Su triunfo es, por ventura, el más sublime de cuantos ha logrado la inteligencia sobre la materia ¹.»

Asunto para un capítulo y textos apropiados para desvanecer gran número de las erróneas ó calumniosas afirmaciones de Draper, pudiéramos sacar de las dos obras de Guizot que más contribuyeron á darle la fama de historiador docto y de consumado político, de que gozó entre sus contemporáneos y gozará entre los venideros, á saber: la *Historia de la civilizacion en Europa* y la *Historia de la civilizacion en Francia*, tan admirablemente juzgadas y con tanto ingenio y erudicion desmentidas en lo que en ellas hay de poco sólido ó no ajustado á la verdad histórica por nuestro inmortal Balmes. Como muestra de los muchos que de ellas podríamos escoger, nos permitiremos aducir, por más útiles á nuestro propósito, los siguientes pasajes:

«No creo pecar de exageracion afirmando que á fines del siglo iv la Iglesia fué la que salvó la civilizacion; la Iglesia con sus instituciones, sus magistrados, su poder, fué la que se defendió vigorosamente contra la disolucion interior del Imperio, contra la barbárie; la que conquistó á los bárbaros; la que fué instrumento, principio y lazo de la civilizacion entre el mundo romano y el germánico ².» «La preponderancia del clero en los asuntos de la ciudad, sucediendo á la de los antiguos magistrados municipales, precedió,

¹ RANKE, *Histoire de la Papauté*: introduction, pág. 18.

² *Hist. de la civil. en Europe*, lec. I, pág. 22.

— hubiera debido decir facilitó, — la organizacion de los municipios modernos ¹.» «Desde luégo fué de una ventaja inmensa la presencia de una influencia, de una fuerza moral enmedio del diluvio de fuerza material que vino á desbordarse en aquella época sobre la sociedad. A no haber existido la Iglesia cristiana, el mundo entero hubiera sido entregado á la fuerza material... En fin, la Iglesia daba principio á lo que debía ser un gran bien para las humanas sociedades, á saber: la separacion del poder espiritual del temporal ².» «No pocas veces se ha dado al cuerpo de magistrados eclesiásticos el nombre de castas. Tal denominacion es sumamente inexacta, y no puede en manera alguna aplicarse á la Iglesia cristiana... El celibato de los sacerdotes ha impedido que el clero lo fuera... No tan sólo no se encuentra aquel sistema (el de castas) en la Iglesia, sino que, por el contrario, ésta mantuvo constantemente el principio de que los hombres todos, cualquiera que fuese su origen, pudiesen ser elegidos igualmente para todos sus cargos, para todas sus dignidades ³.» «La Iglesia cristiana, en la época que historiamos, sacaba una fuerza inmensa de su respeto á la legalidad y á los superiores legítimos. Era la sociedad más popular, más asequible, aquella cuya puerta estaba más abierta á todos los ingenios, á todas las nobles ambiciones de la humana naturaleza. Más que de sus riquezas sacaba de esta condicion su poder ⁴.» «Penetrad en el interior del Gobierno eclesiástico, y lo encontrareis obrando de una manera distinta de lo que *parecen* indicar algunos de sus principios. (No se olvide que es un protestante el que habla.) Niega el derecho de exámen, pretende negar su libertad á la razon, y sin embargo es la libertad la que

¹ *Hist. de la civil. en Europe*, lec. 1, pág. 22.

² *Ibid.*, pág. 23.

³ Lec. v, pág. 47.

⁴ *Ibid.*, pág. 48.

en ella domina. ¿Cuáles son sus instituciones, sus medios de accion? Los concilios provinciales, nacionales y ecuménicos, una no interrumpida correspondencia, la continúa publicacion de cartas, de amonestaciones, de escritos. Jamás Gobierno alguno procedió, tanto como el eclesiástico, por la discusion, por la deliberacion comun ¹.» «En la época que nos ocupa, el poder temporal era una insoportable tiranía. La Iglesia, que se cree infinitamente superior á este poder, era con frecuencia invitada por los pueblos á intervenir en su defensa. Cuando el Papa ó un Obispo declaraba á algun Soberano desposeido de sus derechos, y desligados á sus súbditos del juramento de fidelidad, esta intervencion, sujeta sin duda á graves abusos, era con frecuencia y en determinados casos legítima y saludable. En general, cuando falta á los hombres la libertad, es la religion la que se encarga de reemplazarla ².» «La Iglesia obraba á su vez con más eficacia todavía para el mejoramiento del orden social. No cabe duda que luchó obstinadamente y con teson contra los grandes excesos de aquel orden, como, por ejemplo, contra la esclavitud... Que trabajó igualmente para la supresion de una multitud de prácticas bárbaras, para el perfeccionamiento de la legislacion criminal y civil. Esforzóse, en suma, por todos los medios que tuvo á mano en reprimir en la sociedad el recurso á la violencia, las guerras públicas y privadas ³.»

«La Iglesia, decía Emilio Girardin, es la que ha creado el gobierno representativo; quien ha decretado las dos terceras partes de las leyes civiles de que nos servimos; quien dió origen á los hospitales; quien estableció la costumbre de interrogar á los detenidos dentro de los tres primeros dias de su encierro, y de dar alimento á los presos; en una

¹ Lec. v, págs. 49 y 50.

² *Ibid.*, pág. 51.

³ Lec. vi, págs. 51 y 56.

palabra, debemos á la Iglesia católica las dos terceras partes de las instituciones de que tanto nos envanecemos, y la inmensa mayoría de nuestros abogados, tan dispuestos á levantar su voz contra ella, ignoran probablemente que debían al tercer concilio de Letran (1315) el código del procedimiento civil de que se sirven en el foro ¹.»

«¿Quién, exclama Cárlos Didier, en medio de aquellos siglos de inauditas violencias derramaba consuelos sino el sacerdote? ¿Quién sino él alimentaba al pobre? ¿Quién sanaba las llagas de la sociedad feudal? ¿Quién fulminaba rayos contra los Príncipes y les ordenaba que fuesen clementes y justos? ¿Quién, llamándoles al tribunal de la confesion, humillaba su orgullo, condenaba sus iniquidades y les imponía las disciplinas de la penitencia? ¿Quién, en fin, levantándose por encima de todas las dominaciones mundanas, hollando las jerarquías del feudalismo, proclamaba la igualdad de los hombres delante de Dios? El sacerdote. ¿Y en nombre de quién ejercía esa elevada mision de censura y de igualdad? En nombre de un Hombre-Dios nacido en un pesebre, hijo de un artesano, muerto en una cruz ².»

El doble gobierno civil y papal.

En uno de los párrafos de Draper, que expresamente habíamos dejado de citar, reservándolo para ocasion más oportuna, que ha llegado ya, dice lo siguiente: «En todas las naciones existía un doble gobierno: primero el de carácter local, representado por un soberano temporal; segundo, el de carácter extranjero (!!!) que acataba la autoridad del Papa. Esta influencia romana era, por la

¹ *Dict. d'apolog. involontaires*, t. I, col. 415 y siguientes..

² *Ibid.*, t. II, col. 583.

» naturaleza de las cosas, superior á la local... En ningun » caso pudieron coligarse los vários Estados de Europa con- » tra su comun antagonista (!!!) ... » (Pág. 277.) En el próximo capítulo nos ocuparemos con mayor detenimiento en el que llama allí el profesor anglo-americano gobierno dualista: en este momento nos limitaremos á ceder la palabra á Gregorovio y á Sismondi, protestante éste y racionalista el primero, quienes parece haberse encargado anticipadamente de contestar á ese tan torpe y apasionadísimo enemigo del Cristianismo y de la Santa Sede. « Como concepcion ideal, observa el autor aleman de la *Historia de Roma*, el mundo de la Edad Media fué un sistema cósmico perfecto, cuya armonía, unidad y pensamiento filosófico nos imponen la necesidad de admirarlo y de convenir en que la sociedad no ha sabido hasta ahora sustituir á aquel sistema, que ya pasó, una constitucion igualmente armónica. El mundo de los tiempos medios se parecía á una esfera perfecta, cuyos dos opuestos polos ocupaban el Emperador y el Papa. Los principios por los cuales se gobernaba en aquel tiempo la sociedad habían tomado, por decirlo así, forma corpórea en aquellas dos personas, creaciones históricas (recuérdese que lleva la palabra un racionalista) de perdurable renombre, y que es muy dudoso que vuelvan á existir jamás. Eran como á semejanza de dos demiurgos, de dos espíritus, uno de la luz y otro del poder, puestos en el mundo cada cual dentro de su particular esfera á fin de impulsar su progreso y gobernarlo; creaciones entrambas del pensamiento civil del Cristianismo, jamás extinguido apesar de las perturbaciones suscitadas contra él por las necesidades terrenas, representando el uno el orden político y el orden religioso el otro ¹. » Antes había escrito: « Las libertades lombardas y toscanas hallaron en el Pontificado el

¹ *Historia de Roma*, t. v., pág. 302 de la edic. italiana.

aliado más fiel y poderoso en la dilatada lucha que tuvieron que sostener con la prepotencia cesárea, y le fueron deudores de la victoria, que puso digno remate á aquella lucha, y gracias á la cual alcanzaron las Repúblicas italianas un esplendoroso florecimiento, y la Península una segunda civilización y una segunda vida de imperecedero renombre ¹.»

«Hasta entónces, ó sea hasta el tiempo de la Reforma, dice Sismondi, los Papas contrajeron una especie de alianza con los pueblos contra los soberanos. Todas sus conquistas fueron hechas sobre los Reyes, *únicos por quienes se vieron amenazados*. Su grandeza y sus medios de resistencia estaban basados en el poder de la inteligencia, completamente opuesto al de la fuerza brutal... Los Pontífices dieron nacimiento, dirigieron y llamaron con frecuencia en su auxilio á la pública opinion; fueron los protectores de las letras y de la filosofía; permitieron á los filósofos y á los poetas moverse en una ancha y libre esfera; favorecieron el espíritu de la libertad y se constituyeron en escudo de las repúblicas ².»

Excusamos todo comentario. Si de ciencias físico-matemáticas se tratase, tendríamos en alguna estima la autoridad de Draper. Tratándose de hechos históricos, podrá haber entre sus lectores y apologistas quienes le tomen por maestro; peor para ellos. Nosotros, más que á la suya, acudiremos en estos casos á la autoridad de los Ranke, Gregorovio, Guizot, Sismondi y de otros escritores hostiles á la Iglesia, cuyos entendimientos pueden oscurecer á veces los vapores del error, hijo de sus prevenciones anticatólicas, pero cuyas voluntades no han de ser arrastradas en ningún caso al vilipendio y á la calumnia por ódios de secta.

¹ *Historia de Roma*, t. iv, pág. 512.

² SISMONDI, *Les Républiques italiennes*, v.—*Dic. d'économie charitable*, tomo III, col. 994.



CAPÍTULO X

La ciencia en sus relaciones con la civilizacion moderna.

Para demostrar á sus lectores á qué inmensa altura se ha levantado la civilizacion moderna en alas de la ciencia, y siguiendo su vuelo, y á fin de que con más claridad se vea, por la fuerza del contraste, hasta dónde descendió aquélla miéntras estuvo sometida al yugo del Cristianismo latino, el profesor de Nueva-York les lleva de un salto á América, persuadido por ventura de que en la decrepita Europa, tan llena aún de preocupaciones papistas, y educada hasta hace poco en las desautorizadas y rancias creencias cristianas, no había de hallar nacion ninguna donde, como en su pátria, se hallase tan completamente realizado el ideal de aquella civilizacion.

La introduccion es digna del capítulo en que vamos á ocuparnos. Hace cosa de dos centurias que las vastísimas regiones, que se extienden desde el golfo de Méjico hasta el de San Lorenzo, cubiertas de bosques vírgenes, estaban habitadas por unos *ciento ochenta mil indios*. Pero hé aquí

que de repente van llegando á sus playas y remontando sus caudalosos rios grupos de franceses, atraidos por el cebo de la ganancia que promete la pesca del bacalao en Terranova; y despues de aquéllos, y por causas que Draper no indica, pero que es de presumir que fuesen la necesidad en unos de huir de las persecuciones religiosas, el inmoderado afan del lucro en otros, multitud de ingleses, holandeses y suecos, y, por fin, algunos crédulos españoles, éstos *atraidos por el rumor de que había allí (en la Florida) una fuente de eterna juventud!!!* (Págs. 297 y 298.) ¡Qué chasco debieron llevarse aquellos infelices antepasados nuestros al ver que tambien, en tan privilegiado país, se les encaneían las barbas, se les poblaba la frente de arrugas, y, por fin, que las enfermedades y los años daban con sus cuerpos en la sepultura!

Mas ¡quién lo creyera! Los descendientes de aquel puñado de emigrados, en su mayor parte aventureros, « ántes que tocára á su término el siglo XIX, han llegado á ser uno de los pueblos más poderosos de la tierra, despues de haber constituido una república, cuyo dominio se extiende desde el Atlántico al Pacífico; un pueblo que con un ejército de un millon de hombres derrotó hace algunos años á un enemigo doméstico; que lanzó al mar una escuadra de cerca de 700 naves, con 5.000 cañones... que gastó *en defensa de su vida nacional* 4.000 millones de dollars en ménos de cinco años; que ha *emancipado* cuatro millones de esclavos negros, y, en suma, que ha abierto sin restriccion ninguna las carreras á cuantos se sienten dotados de vocacion é inteligencia para ellas, » etc. (Págs. 298 y 299.)

Y si bien es verdad que el mismo Draper reconoce á renglon seguido que « mucha parte de su prosperidad material nació de condiciones especiales, y cuales no se habían presentado á ningun otro pueblo, ya que los que á aquel país emigraron encontraron un continente entero, dispuesto para quien quisiera establecerse en él, » no deja de tomar

pié de ello para poner en las estrellas la actividad de los que en el espacio de un siglo conquistaron y llegaron á dominar el continente, y de contraponer este grandioso resultado al de la invasion de Méjico y el Perú por los españoles, «quienes destruyeron una *asombrosa civilizacion en muchos conceptos superior á la suya*, arruinando todo cuanto habian creado los aborígenes (*sic*) de América, y destrozando (*sic*) millares de aquellos infortunados.»

Únicamente de paso, por no consentir otra cosa el espacio de que disponemos, llamaremos la atencion de nuestros lectores sobre várias de las afirmaciones que en los párrafos que dejamos extractados se encuentran escritas. Pasaremos por alto aquello de «la fuente de eterna juventud» en que tuvieron la candidez de creer los españoles que fueron á poblar la Florida, lo propio que aquello otro de que la asombrosa civilizacion de Méjico y del Perú era superior á la de nuestros atrasadísimos progenitores de la época de Carlos V. Pero ¿qué calificacion daremos á aquel aserto de que en el vasto país que se extendía detrás de las *zonas de aldeas* edificadas por los primeros pobladores de la América del Norte se hallaba habitado por indios errantes cuyo número no excedía de 180.000? Nuestros lectores recordarán, sin duda, que ésta es cabalmente la cifra á que se hace ascender el número de los que fueron degollados por los puritanos emigrados de Inglaterra, únicamente en la bahía de Massachussets y el Conneticut.

De cínica califica Le Play en la *carta-prólogo* que dirige á Mr. Jannet, felicitándole por su obra sobre los Estados-Unidos contemporáneos, la manera cómo procedió «á actos vergonzosos» la actual democracia americana, despues «que se hubo separado de las influencias tradicionales de la religion y de la familia,» que le legára la admirable raza de hombres que había producido á Washington. Sentimos no tener la autoridad de aquel famoso estadista para poder lanzar la misma calificacion al pasaje en que supone hecha

en defensa de la vida nacional la guerra en que tuvo la suerte de *derrotar á un enemigo doméstico*, y el otro en que recuerda que, á consecuencia de ella, fueron emancipados cuatro millones de negros esclavos.

No debemos insistir en este punto despues de lo que en un capítulo anterior ⁴ dejamos consignado. El lema de *emancipacion* escrito en su bandera por los federales, no fué más que un pretexto. En realidad la guerra de los Estados del Norte contra los del Sur lo fué de raza, de baja envidia, de rastrero egoismo, de antagonismos políticos; de la misma manera que aquella repentina emancipacion de cuatro millones de esclavos fué un acto de cruel venganza más que de humanidad. No por tan levantado fin como éste sacrifica una nacion en que todo, fama, honor y conciencia, se ofrece en holocausto *al omnipotente dollar*, medio millon de ciudadanos y 4.000 millones de aquella moneda, ni se asesina por el solo propósito de redimir á muchedumbres de negros de la servidumbre, por un pueblo que mira con el más profundo desprecio á los hombres de color, á los prisioneros de guerra, ni se incendian las ciudades, ni se talan los campos, ni se destruyen sistemáticamente los establecimientos industriales de los contrarios.

A la introduccion del capítulo que analizamos sigue un párrafo de algunas páginas, en que trata Draper, al ménos así lo dice en el título acerca de la introduccion de la ciencia en Europa.

Veamos cómo.

⁴ Cap. vi, págs. 151 y 152.

De la introduccion de la ciencia en Europa.

Refiérese de Tespis, á quien se da como inventor de la tragedia griega, que algunas veces se tomó la libertad de no sacar sus argumentos de la leyenda de Baco. Los poetas de Sicione, llevando más léjos la que aquél se había tomado, no tan sólo mezclaron á las alabanzas de Lioo las de otros dioses y héroes, sino que acabaron por olvidarse de él en sus ditirambos para únicamente celebrar á Adrasto, su héroe nacional. La vez primera que eso sucedió, los espectadores exclamaron con extrañeza: «¿Qué tiene que ver todo eso con Baco?» No creemos que nuestros lectores tengan por extemporáneo y fuera de lugar este recuerdo, pues no dudamos que á ellos, como á nosotros, despues de haber recorrido hasta el fin las páginas en que Draper se propuso tratar el asunto que dejamos apuntado, se les ha de ocurrir preguntar á su autor, al igual que á sus poetas trágicos el público de Sicione: «¿Dónde está la historia de la introduccion de la ciencia en Europa?»

Será, por ventura, defecto de nuestra inteligencia, pero confesamos humildemente que no hemos acertado á encontrar en esta parte del capítulo que nos ocupa, ni la ciencia, ni cuándo ni por qué extraños caminos se introdujo en esta parte del viejo mundo. Hemos visto afirmado que á consecuencia de la traslacion de la Santa Sede á Avignon se verificó en la Península italiana un memorable movimiento intelectual, que se reveló sobre todo en las grandes ciudades comerciales de la Italia superior. Hemos leído que aún cuando el Pontificado hubiese vuelto á Roma con la fuerza virginal (*sic*) que ántes tenía, no habría podido resistir los progresos intelectuales verificados durante su ausencia; afirmaciones una y otra que están desmentidas por todos

los historiadores, y entre ellos, como hemos visto, por el mismo Ranke. Hemos tropezado algunas líneas más abajo con un breve párrafo, en que se da por cierto que, á medida que el Catolicismo se debilitaba y *se sacudía (sic)* el manto de plomo que cubría al mundo, se desarrollaba la inteligencia del hombre. Hemos encontrado vários pasajes en que se recuerda que los sarracenos habían inventado el procedimiento de hacer el papel de trapos de hilo y de algodón, y se afirma que los «venecianos habían importado de China á Europa el arte de imprimir ¹,» con lo cual hubo desde aquel momento, y sin que fuera posible oponerse nadie á ello, comunicacion intelectual entre todos los hombres. Un poco más adelante hemos leído que la invencion de la aguja de marear (de cuyo descubrimiento no dice Draper la fecha, sin duda para no tener que escribir los odiados vocablos de *Edad Media*), fué seguida de imponentes efectos morales y materiales, y entre ellos del descubrimiento de América, que atribuye á las rivalidades entre los venecianos y los genoveses por el comercio de la India ². Y por último, despues de unas breves líneas destinadas á hablarnos del origen del individualismo y de su personificacion en un testarudo monje aleman, autor de la Reforma, la cual, sin embargo, no era más que efecto de la *culminacion (sic)* de un movimiento interno que se había ido elaborando en Europa durante dos siglos, hemos visto terminarse el relato de la introduccion de la ciencia, interrumpido á cada paso por digresiones, observaciones y comentarios por el estilo de los que hemos señalado en los

¹ Por ventura lo creen así los que estudian la Historia en la obra del profesor anglo-americano. Los que no somos sábios á la manera de éste, creemos y seguiremos creyendo, apesar suyo, que el que descubrió la imprenta, despues de muchos ensayos y de gastar en ello su fortuna, fué Guttenberg.

² Otro dato de los vastos conocimientos históricos que posee Draper, sobre el cual llamamos la atencion de su apologista el Sr. Salmeron.

capítulos anteriores, con el gran descubrimiento histórico de que la ciencia de los árabes siguió la ruta invasora de la literatura, que había penetrado en la cristiandad por dos vías, á saber: el Mediodía de Francia y Sicilia, repitiéndose una vez más que la ciencia, favorecida por el *destierro* (*sic*) de los Papas á Avignon y por el gran cisma, hizo buen camino (*sic*) en la Italia superior; mencionándose por remate los descubrimientos científicos de Leonardo de Vinci, quien, proclamando el principio fundamental de que el experimento y la observacion son los únicos fundamentos del raciocinio científico, parece haber sido el único introductor de la ciencia en Europa.

A esto se reduce, concretando los hechos, lo que acerca del tema indicado se le ocurre á Draper revelar á sus lectores en el párrafo que examinamos. Ni la ciencia en que en él se ocupa es más que una humilde rama del corpulento y frondoso árbol de los humanos conocimientos, ni la Europa acerca de la cual ofrece tratar es más que un pequeño rincon de Italia, y el que cabalmente ménos parte ocupa en la historia de la ciencia, en el sentido más lato de esta palabra, que es en el que le tomamos nosotros, y debía tomarlo el autor de la *Historia de los conflictos*.

En cambio una vez más ha demostrado en las once páginas en que campean holgadamente aquellos menguados y con sobrada frecuencia erróneos datos acerca la introduccion de la ciencia en Europa, que el principal objeto que al escribir su obra se propuso, más que volver por los fueros de ésta en sus conflictos con le fe, fué tener un pretexto cualquiera para desahogar su odio contra el Cristianismo y el Papado, empleando sus acostumbradas armas, la tergiversacion y la calumnia. Así que, falseando la verdad histórica y dando tormento á los hechos, para tener ocasion de insultar á aquellos santos y venerandos objetos, ha podido hacer asomar en esta parte de su obra la repugnante figura de Felipe el Hermoso de Francia, en la cual todavía más



que su frente ennegrecida por el humo de la hoguera en que fueron quemados los cincuenta y nueve templarios, víctimas de su codicia, causan horror los rasgos de su fisonomía, que revelan sus sanguinarios instintos y su negra hipocresía; de Felipe el Hermoso, que aparece como un anacronismo en el siglo de San Luis, de San Fernando y de Jaime de Aragon, y cuyos hechos más injustos los encuentra Draper dignos de loa, únicamente porque fué enemigo de la Iglesia y porque abofeteó á un Papa con la manopla de uno de sus cortesanos.

Por igual procedimiento, y esta vez sin respeto á las leyes de la cronología, trae á colacion las Cruzadas para divertir los ócios de sus lectores con cuatro vulgaridades sobre las mismas, que le sirven de pretexto para decirles que los que volvían de aquellas expediciones «habían hallado á los sarracenos más valientes, corteses y justos de lo que los había pintado la Iglesia¹;» hablarles de paso de la *romántica literatura* de los errantes trovadores del Sud de Francia, y revelarles aquel otro secreto, descubierta por él, á saber: que debía la Europa á los moros (*sic*) de España el noble sentimiento del «honor personal,» destinado con el transcurso del tiempo á dar sus leyes á la Europa; todo ello sin mentar siquiera la influencia que en la cultura occidental, en sus diferentes manifestaciones, ejercieron aquellas guerras, acerca de las cuales nos limitaremos á recordarle las siguientes palabras de Duruy, á quien suponemos que no se atreverá á tildar de ultramontano: «Pero puesto que la importancia del *progreso* se mide por el precio que ha costado, fuerza es reconocer que el que resultó de las Cruzadas no se compró demasiado caro².»

¹ No sabemos si se referirá á los turcos seljucidas ó á los khowaresmianos ó mongoles, bajo cuya dominacion es sensible que no hubiese vivido, para poder disfrutar de su valor, cortesía y justicia el profesor anglo-americano.

² *Hist. du moyen âge*, pág. 296.

Así tambien, con ocasion de hablar de la vuelta del Pontífice á Roma, hace mencion del cisma de Occidente, presentándolo como una prueba de hecho contra la infalibilidad del Papa, soltando al paso la peregrina idea de que si hubiera llegado la Iglesia á constituirse en un parlamento religioso permanente, con el Papa como su primer jefe ejecutivo, «hoy no existiría conflicto entre la Ciencia y la Religion,» para venir á parar á condenar el establecimiento por la Iglesia de la censura, á fin de que no se imprimiese nada contrario á la fe ortodoxa, «puesto que, dice, se tenía miedo á la discusion religiosa y aterraba la idea de que apareciese la verdad.» Como en otra parte nos hemos ocupado ya en esta materia, creemos excusado insistir en ella, apesar de que nos sería por demás facilitar nuevos datos para probar con qué rigor fué tratada la prensa, hasta cerca de nuestros dias, aún hasta en muchos de los Estados de la Confederacion americana.

Por último, con motivo de hablar del individualismo, que supone nacido del maravilloso cambio social que tuvo lugar entónces (á principios del siglo XVI), saca á la escena á Lutero, á quien supone víctima de los ultrajes que le prodigaron sus enemigos, como si fuera posible trazar más odioso retrato del jefe de la pseudo-reforma que el que de sí mismo nos ha dejado éste en diferentes pasajes de sus obras, para venir á parar en que los caudillos de las sectas nacidas á consecuencia del dogma del libre exámen, despues de atacarse rudamente unos á otros, se convencieron de que debían conceder á sus competidores lo que pedían para ellos mismos, y «de esta suerte, por sus disensiones y » crímenes, se obtuvo el gran principio de la tolerancia.» Recomendamos á Draper la lectura, entre otras obras, de la *Historia del Derecho penal de Europa*, por Du-Bois, de muchísimos pasajes de la *Historia de la civilizacion de Inglaterra* por Bukle, de los vários artículos que acerca de las leyes religiosas de su país se han publicado en

diversas revistas, y sobre todo la titulada: *La Irlanda religiosa, política y social*, de Mr. Beaumont, en las cuales verá como ha sido observado por las naciones protestantes, y en especial por las de raza anglo-sajona, el gran principio de la tolerancia religiosa.

Terminada la que llama ahora digresion y más impropriamente bosquejo histórico de las circunstancias bajo las cuales fué introducida la ciencia en Europa, pasa Draper á hablar de la influencia que tuvo en la civilizacion moderna, primero intelectualmente y en segundo lugar económicamente, dando á esta parte del capítulo que nos ocupa el pomposo título de

Influjo intelectual de la ciencia.

Al poner los ojos en este epígrafe habrán creído nuestros lectores, como lo creimos tambien nosotros, que Draper iba á hablarnos del influjo de la ciencia en el progresivo desarrollo del entendimiento humano, y por ende de la cultura social en los pueblos y tiempos modernos; tema que, sea dicho de paso, áun tomando la ciencia en el sentido incompleto en que él lo toma, podía brindarle oportunísima ocasion de hacer alarde de sus conocimientos científicos y de lanzarse á atrevidas excursiones por el campo del saber humano; pero debemos confesar que padecíamos un desencanto mayor, si cabe, que el ocasionado por la lectura de las anteriores páginas. Draper se limita á dar cuenta á sus lectores de que la ciencia, en vez de proceder, como lo hacía ántes, por la autoridad de la tradicion ó por pruebas sobrenaturales y milagrosas hasta en las discusiones físicas, «rompiendo con la lógica que había prevalecido por muchos siglos,» lo hizo únicamente por la experimentacion ó por medio de observaciones, valiéndose

para ello de dos ó tres ejemplos sacados de las ciencias físico-matemáticas: á narrar los progresos de estas ciencias, hasta que le interrumpe de repente en esta tarea el oportunísimo recuerdo de que el objeto de su discurso no es trazar la historia de aquel ramo de los conocimientos, sino considerar lo que la ciencia ha hecho por el adelanto de la civilización del mundo; y, por último, á reseñar los trabajos y descubrimientos de la Real Sociedad de Londres, organizada en el año de gracia de 1662, ó sea al principio de la restauración monárquica de Inglaterra con el advenimiento á su trono de Carlos II Stuart, y á la cual, un siglo después de su establecimiento, debió la civilización inglesa, entre otros beneficios, la introducción de la reforma gregoriana, hecha dos siglos antes (1582) por orden del Papa que le dió su nombre.

Pero no se limita á lo indicado lo que en esta parte del capítulo undécimo de su obra dice á sus lectores. Hablando de que las matemáticas habían venido á ser el gran instrumento de investigación y razonamiento científico, añade que «en cierto modo puede decirse que reduce las operaciones del espíritu á un proceso mecánico, pues sus símbolos evitan á veces el trabajo de pensar.» Con esto y con romper con la lógica que había prevalecido por espacio de muchos siglos, pueden venir nuestros lectores en conocimiento de cuán grande sería el desenvolvimiento intelectual de Europa bajo el influjo de la ciencia tal como la entiende Draper, si de ella sólo dependiera.

De molde viene aquí el siguiente pasaje que se lee en la obra que tantas veces hemos citado del abate Caussette ¹: «El abuso de las ciencias físicas, dice, rebaja las inteligencias después de pervertirlas. Lo que las ciencias pierden, así en elevación como en certeza, da la medida de su desviación en el orden de las creencias. Bajo el imperio de tales

¹ *Le bon sens de la foi*, tomo II, pág. 221.

preocupaciones se realizan, en verdad, preciosos descubrimientos; pero si el horizonte se agranda del lado que mira á la tierra, limitase en igual proporcion del lado que mira al cielo. Sin duda se verifica á la sazón un gran movimiento, pero éste tiene lugar en sentido horizontal, mas no en sentido vertical. En una palabra, la ciencia, en este caso, da cuatro piés al espíritu, pero le corta las alas: de esta suerte la humanidad viaja, pero no se eleva.»

«Verdad es, segun asegura Draper, que el hábito de la exactitud mental se extendió á todos los demás ramos del pensamiento, y que, suministrando medios de predecir lo que hasta entónces había pasado desatendido, hubieron de contraponerse de esta suerte á las profecías eclesiásticas los vaticinios de las ciencias,» con lo cual se pone el escritor anglo-americano en completo desacuerdo, en un verdadero conflicto con el sentido comun, quien, ó el que lo posee, sabe sin necesidad de haber estudiado tanto como aquél que una cosa son las predicciones astronómicas fundadas en cálculos matemáticos, y otra las profecías, que son efecto de un don sobrenatural.

Hay todavía algo más en la parte del capítulo en que nos ocupamos. Hay que, al trazar el ya mencionado bosquejo de la historia de las matemáticas, se interrumpe Draper de repente, y encarándose con la ciencia antigua, le lanza al rostro esta terrible pregunta: ¿Cómo es que la Iglesia no ha producido un geómetra en su autocrático reinado de mil doscientos años? Sospechamos que aquélla, sin aturdirse por tan brusca arremetida, y que haciendo de ella igual caso que haría un guerrero vestido de sólida armadura de hierro si le embistiese un niño con una lanza de carton, le contestaría buenamente, en nombre propio, por un lado enseñándole la inmensa multitud de admirables catedrales y templos de que está materialmente cuajado el suelo de Europa, «verdaderos milagros de arte,» y en cuya construccion debió entrar por mucho algo más que las

prácticas y leyes de la rutina; y por otro recordándole la grandísima importancia que al estudio de las matemáticas y de las ciencias físicas se daba en las Universidades y en las escuelas de la Edad Media, y en nombre de la Iglesia, que el principal objeto de ésta fué formar religiosos ejemplares, excelentes cristianos, y buenos padres de familia; que más que á dar á los hombres lecciones, como decía Baronio, sobre la manera de medir el cielo y de conocer sus movimientos, les enseñaba el camino para llegar á él; le diría que no es tan cierto como supone que no hubiese producido ningun matemático; y si esforzando Draper su argumento le preguntase de nuevo por qué no había producido ni un Keplero, ni un Newton, volviéndole aquélla pregunta por pregunta, podía decirle: «¿Cómo es que la Union americana, en el siglo que lleva de existencia como república, y en los dos que cuentan de existencia sus colonias, no ha producido un astrónomo que pueda compararse con el P. Secchi?»

Por lo demás, y respetando, aunque no versados en ellas, y teniendo en tanta estima como es posible tenerlas, las ciencias físico-matemáticas y naturales, no las consideramos ni las consideran las personas verdaderamente doctas como las que más influencia ejercen en el perfeccionamiento de la humana inteligencia y en el progresivo desenvolvimiento de la civilizacion, en el propio y más extenso sentido de esta palabra: y si, para probarlo con un ejemplo práctico, fuese fácil llevar y hasta generalizar en la India, el Japon y la China en un momento dado y de repente todos los conocimientos que en dichas ciencias poseen hoy los pueblos de Europa y los Estados de América, como de repente se han trasportado allí los inventos materiales modernos, verían Draper y los que, como él, dan excesiva importancia á aquellas ciencias, que si no se introducía al propio tiempo el Cristianismo con las instituciones á que ha dado nacimiento y vida, y las que informa y anima con su

espíritu, y al par de ellas las ciencias especulativas, que han nacido del maridaje del entendimiento con la fe, y tales como se han formado y criado en el regazo de la religion, pasarían siglos y siglos sin que salieran del lamentable atraso y de semibarbárie, con cierto exterior barniz de cultura en que se hallan hoy sumidas.

Una pregunta á Draper y concluimos. De todos los sábios que cita en esta parte de su capítulo como inventores ó propagadores de descubrimientos científicos, desde Newton, que es el primero á quien nombra, hasta Humbold, con el cual cierra el largo catálogo de aquéllos, ¿cuántos hay que al par que á la ciencia, y muchos de ellos más que á ésta, no prestasen culto á la fe, no profesasen una religion positiva, no admitiesen la revelacion, no creyesen en lo sobrenatural? Indíquelos si se atreve, y ora acepte, á fuer de demócrata, la soberanía del número, para nosotros la más absurda y tiránica de todas; ora como profesor de ciencias, opine que el valor de las inteligencias no se mide por gramos ni metros, y ni siquiera por los votos de las muchedumbres, al ver que la inmensa mayoría, por no decir la casi totalidad, y los más renombrados sábios matemáticos, físicos y astrónomos de que hace especial mencion fueron creyentes; al reconocer, como no podrá ménos de hacerlo, que son los más religiosos la mayor parte de los que son tenidos por los más eximios, por los de más poderosa inteligencia, y á quienes tales como Kepler, Newton, Leibnitz, Napier, Hersckel y Humbold, deben sus más señaladas conquistas la ciencia de los números y de la observacion, póngase la mano en el pecho, y si las preocupaciones antireligiosas, si los errores positivistas, si sus ódios al Cristianismo no han muerto en él todo sentimiento de hidalguía y de honor, diga si puede continuar sosteniendo todavía su absurda tésis, y si los que le vemos empeñado en defender tan desdichado pleito, que ha sido cien y cien veces fallado en favor del Cristianismo por los más

eminentes críticos y los hombres de más sana y culta razón, no hemos de compararle otra vez más, al contemplarle citando en apoyo de su tesis á los que son orgullo del humano linaje y glorias de la Religión cristiana, á Balaam lanzando bendiciones sobre el pueblo hebreo, á quien llevaba la orden de maldecir.

Influjo económico de la ciencia.

Ocupa Draper lo que resta del capítulo XI en hablar del que apellida influjo económico de la ciencia, ó sea de las aplicaciones de los descubrimientos de ésta á las necesidades de la vida. Diez y seis páginas destina al desenvolvimiento, ó por mejor decir á la ampliación de este tema, los cuales se reducen en su mayor parte á una enumeración desordenada y confusa de la muchedumbre de aquellos descubrimientos, que da como nacidos al vivificante calor de la ciencia, desde la telegrafía eléctrica y la locomoción por el vapor, hasta el barrido de las calles y el uso del tenedor en la comida (!!!).

¡Qué de cosas tan peregrinas y nuevas se leen en dichas páginas!

«En los tiempos primitivos se hacía la guerra para procurarse esclavos..... Pero cuando se descubrió que los agentes físicos y las combinaciones mecánicas podían emplearse con incomparable ventaja, sufrió un cambio la política pública (*sic*); cuando se reconoció que el invento de una nueva máquina era mejor que la adquisición de un esclavo más, la paz vino á ser preferible á la guerra.» (Pág. 322.) ¡Con qué sorprendente verdad está trazada en estos, y en los breves renglones que siguen á estos, la historia de la abolición de la esclavitud! ¡Con qué naturalidad

se pasa de los tiempos primitivos, en que se hacía la guerra para procurarse esclavos, á los actuales en que se ha descubierto (hallazgo que honraría grandemente á nuestro siglo si se aprovechase de él más de lo que por desgracia lo hace), que la paz es preferible á la guerra, porque lo es el invento de una máquina á la adquisicion de un esclavo!

«Las invenciones mecánicas han causado una revolucion » social.» Draper se olvidó de añadir que esta revolucion social, cuyas inmediatas consecuencias son ya un peligro permanente para la paz interior de los pueblos donde más se dejan sentir sus efectos, para lo porvenir es además amenaza de espantosos cataclismos, que se empieza á considerar como imposibles de evitar. «Acudimos á lo natural, no » á lo sobrenatural para realizar nuestros propósitos. Con » esta civilizacion moderna, que así se presenta, es con la » que no quiere reconciliarse el Catolicismo.» El escritor anglo-americano engaña á sabiendas á sus lectores. En otro capítulo explicaremos cuál es la civilizacion con quien no transige la Iglesia católica, y cuál la con quien vive en perfecta armonía y completo acuerdo. Por de pronto, recordaremos á los lectores de la *Historia de los conflictos* que en los países católicos no se abre á la explotacion ningun camino de hierro, no se lanza al mar ningun buque de alto bordo, ni se inaugura ninguna fábrica de importancia sin que ántes no los bendiga solemnemente un ministro del altar en nombre de la Iglesia.

«La máquina de vapor vino á ser pronto el obrero de la » civilizacion... dió ocasion para superiores cosas á todos los » que se hubieran visto condenados á una vida de trabajo » mecánico. El que en otro tiempo era fuerza motriz, podía » ahora pensar.» (Pág. 323.) Lo cual es completamente contrario de lo que dicen y demuestran, con datos que hacen estremecer de horror á todo hombre pensador y que no tenga el corazon endurecido por el egoismo, los escritores de economía social, quienes están todos de acuerdo en afirmar

que el trabajo de las máquinas, además de acortar la vida del hombre ¹, le degrada y embrutece; y de lo que decía de una manera más gráfica que poética Víctor Hugo, en aquel verso que recordamos haber leído nos parece que en la *Le-yenda de los siglos*:

donne

Un'âme à la machine, et la retire à l'homme!

« Los adelantos que abarataron la fabricacion del vidrio » nos dieron las ventanas de cristales, haciendo posible el » caldeo de las viviendas. Sin embargo, hasta el siglo xvi » no se pudo usar el cristal cómodamente, pues entónces se » introdujo el diamante para cortarlo. » (Pág. 325.) Haciendo un esfuerzo, y no ligero, por respeto á nuestros lectores, prohibimos á la razon que dicte y á la pluma que escriba lo que pasajes como éstos nos dan ocasion y derecho de decir al catedrático de ciencias de Nueva-York. Pero tomando la palabra en nombre de aquéllos de sus lectores que pueden sentirse ofendidos en su amor propio, de que con tanto cinismo y tan frecuentemente se les trate como á ignorantes, le recordaremos que hoy, que tan comunes son en nuestro viejo continente las obras, ya de profunda erudicion, ya de amena lectura que hablan de los descubrimientos de Pompeya, no hay quien ignore que se han encontrado abundantes fragmentos de vidrios planos y de restos de ventanas, que demuestran que los romanos ya se sirvieron de cristales para cerrar y dar luz á las habitaciones ²; y si no, todos saben que San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, Lactancio, Prudencio y otros escritores del siglo iv hablan

¹ Véase lo que acerca de esto decimos en el anterior capítulo.

² Mazois, *Ant. de Pompei*, 3.^a parte, pág. 77; 5.^a parte, pág. 54. Este anticuario asegura que posee algunos fragmentos que pueden ser comparados á los más bellos vidrios modernos.

de los vidrios de colores que cerraban y adornaban las ventanas de las primeras basílicas ¹; de seguro no habrá ninguno que no haya fijado su atencion, por indiferente que le supongamos á las obras de arte, en las magníficas ventanas de colores de nuestras catedrales y templosojivales ², y que no haya visto por sus propios ojos que una de sus más características condiciones es que los vidrios de que se componen estén cortados en pedazos pequeños y de las más variadas formas.

« Aunque no sin cruda resistencia por parte del clero, » empezaron los hombres á pensar que las pestes no eran » castigos que Dios imponía á las sociedades por sus *pecados religiosos (sic)*, sino consecuencias físicas del desaseo » y de la miseria; que el verdadero medio de evitarlas no es » invocar á los santos, sino procurar la limpieza personal y » municipal. » (Pág. 326.) En efecto, hoy ya nadie, ni particulares ni Gobiernos, si hemos de dar crédito á Draper, hacen rogativas para implorar del cielo el beneficio de las lluvias ó la cesacion de una peste; ni nadie se acuerda ya de dar gracias á Dios por los beneficios recibidos, pues hoy nadie cree en la intervencion de la Providencia en los sucesos humanos. Verdad es que existen numerosísimos documentos oficiales que le desmienten; ¿pero que vale su autoridad al lado de la del profesor de la Universidad de Nueva-York?

Abrimos la obra de Jannet, y en la pág. 324 leemos lo siguiente:

« En todas las circunstancias importantes (y Draper no negará que las pestes lo sean), *los Presidentes de los Estados-Unidos prescriben solemnemente dias de ayuno y de humillacion, ó dias de acciones de gracias*. Dos Presidentes impíos, Jefferson y Jackson, habían descuidado

¹ « En las ventanas, dice Prudencio, brillan cristales de diversos colores; tal se ostentan los prados esmaltados con las flores de la primavera. »

² Véase BATISIER, *Hist. de l'art monumental*, libro XI, pág. 633 y sigs.

esta práctica, pero ha sido restablecida despues de ellos.» Por si algun lector de aquella historia no se diese por satisfecho, transcribimos al fin de este capítulo en extracto, y como apéndices, dos proclamas, la una del Presidente Grant con motivo de anunciar solemnemente el *Thanksgivingday*, y la otra de Roberto Lee, general en jefe de las fuerzas de los confederados, dada en 13 de Agosto de 1863, ordenando un dia de ayuno, de humillacion y de rogativas para implorar la bendicion del cielo sobre su ejército.

En el último párrafo donde se lee el pasaje que acabamos de transcribir, refiere Draper que el rey Felipe de Francia, hijo de Luis el Gordo, murió de una caida de caballo por haber tropezado éste con una marrana que debía holgarse andando libremente por las calles de París, en virtud del privilegio que por respeto á los monjes de la Abadía de San Antonio se concedió á los cerdos, con tal que lleváran colgadas del cuello campanillas, sin duda para que se les dejára franco el paso. Acaso parecerá á alguno de nuestros lectores que podíamos dispensarnos de dar á conocer ese pasaje de la obra de Draper, por ir más allá de los límites de lo cómico y llegar hasta á los del ridículo; pero nosotros no podemos olvidar que ha sido escrita por un profesor de la primera Universidad de la Union americana y recomendada, hasta en su parte histórica, por un ex-catedrático de la primera de España, y nos creemos obligados, siquiera por un deber de caridad, á advertir á aquél para cuando tenga que hacer una nueva edicion de su libro: primero, que Felipe Augusto, que es el Monarca á quien alude, fué nieto, y no hijo de Luis el Gordo; segundo, que no murió en París; y tercero, que no murió de una caida de caballo ¹.

¹ C'etoit où en étoien les choses lorsque l'an 1223 Philippe Auguste fut attaqué d'une fièvre quarte qui se changea en continue dont il mourut à Mante, où il tenoit une Assemblée des Barons et des Prélats de son Royaume. — *Abrégé de l'histoire de France*, par C. P. G. DANIEL, de la *Compagnie de Jésus*, t. II, pág. 145.



«Empezó á reconocerse, á despecho de las predicaciones » de las Órdenes mendicantes, que la pobreza es la fuente » del crimen y el (*sic*) obstáculo para el saber.» El aristócrata Voltaire llamaba al pueblo canalla y no le creía digno de ser instruido¹; el demócrata Draper va más más allá: apellida á los pobres criminales y los supone incapaces de saber.

No perderemos el tiempo hablando al catedrático de Nueva-York de la dignidad de la pobreza, santificada por Jesucristo y objeto de la especial predileccion de la Iglesia, que ha creado centenares de institutos y de asociaciones para acudir al remedio de todas sus miserias, así físicas como morales: el profesor positivista no nos comprendería. ¿Por ventura opina respecto de los pobres lo mismo que aquel personaje del *Trinummus* de Plauto², ó que Lutero, el cual decía tambien que «sería una necedad quitar el pan de la boca de su mujer y de sus hijos para dárselo á quien no aprovecha;» ó bien tal vez discurre y obraría, si la ocasion se le ofreciere, como Enrique VIII, quien despues de haber dado origen en Inglaterra al pauperismo, plaga y deshonor de esta altiva nacion, con la supresion de los monasterios y de los hospitales, acudió al fácil expediente de considerar como sinónimos los vocablos pobreza y vagancia, y de ahorcar por millares á los reos de esta supuesta falta, elevada por su omnipotente voluntad á la categoría de crimen? Acaso no acertando á distinguir entre la pobreza involuntaria, siempre interesante y digna del aprecio de los hombres de bien, cuando se lleva con dignidad y resignacion cristiana, la voluntaria, efecto de la

¹ «Triunfará la razon á lo ménos entre las personas honradas, pues no se hizo la razon para la canalla.» Carta á D'Alembert, cit. por MONS. DUPANLOUP, *El centenario de Voltaire*.

² «Es una necedad dar de comer y beber á un mendigo, pues al paso que se pierde lo que se da, se prolonga la miseria del que recibe.» *Act.* II, 2.

incontinencia y de la holgazanería, y causa de degradacion y fuente de todos los vicios, tomó por tipo único de los pobres á los *tramps* ¹ de la Nueva-Inglaterra, verdadera plaga social por su número (se hacía subir á últimos del año pasado (1877) á 200.000), y por los excesos á que se entregan, y para cuya extincion es posible que, si no bastan las comisiones de vigilancia y los *workouses*, acudan los demócratas americanos á la ley de Lynch, esto es, al cómodo, pero salvaje arbitrio, de multiplicar el bárbaro suplicio ² con que el pueblo de la República modelo, constituyéndose en juez y verdugo, se deshace de sus infelices víctimas.

Pasando por alto la necia calumnia de que el clero se opuso á que se adoptasen los seguros marítimos y contra incendios, porque veia en ellos un atentado contra la Providencia; los errores en que incurre al hablar de los *Montes de Piedad*, creacion, por más que diga lo contrario Draper, del Catolicismo, nos detendremos brevísimos momentos á desmentir las injuriosas acusaciones que arroja contra la Iglesia con motivo de la condenacion de De Dominis; condenacion motivada, segun parece desprenderse del texto de la *Historia de los conflictos* ³, por haber dado

¹ Acerca de los *tramps*, de su multiplicacion, del terror que infunden y de los medios ideados para exterminarlos, puede verse una correspondencia de Washington que publicó, copiada del *Nord*, el *Diario de Barcelona* de 31 de Octubre de 1877.

² El más usado, en especial con los hombres de color, es untar al reo, verdadero ó supuesto, con alquitran, revolverle en un monton de plumas, y despues de chamuscarle pegando fuego á éstas, ahorcarle.

³ «De Dominis empezó, completándola Newton, dice Draper, la explicacion del » arco iris; demostraron que no era una arma de guerra de Dios, sino un efecto de » los rayos luminosos en las gotas de agua. De Dominis fué traído á Roma con la » promesa de un arzobispado y la esperanza de un capelo cardenalicio. Alojado en una » hermosa residencia, pero atentamente espiado, se le acusó de haber sugerido un » pacto entre Roma é Inglaterra, fué preso en el castillo de San Angelo y allí murió; » lleváronlo en su fêretro ante un tribunal eclesiástico, que le juzgó como hereje, y » arrojaron su cuerpo con un monton de libros heréticos en las llamas.» (Pág. 331.)

la explicacion de cómo se forma el arco iris. El P. Smedt destina ocho páginas de su interesante trabajo ya citado á refutar, apoyándose en testimonios fehacientes, lo que llama, con razon, leyenda de Draper, acerca de aquel personaje. De ella se desprende, omitiendo otras circunstancias que no hacen á nuestro propósito, que De Dominis, jesuita, desempeñó por espacio de dos años una cátedra de matemáticas en Pádua, y más adelante de retórica y poética en Brescia, en colegios de la Orden; que por entónces hizo los descubrimientos de que habla Draper acerca del arco iris; que despues de unos veinte años de vestir la sotana de San Ignacio, salióse (1596) de la Compañía; que en 1600, y más de veinte años despues de sus descubrimientos fisicos, fué nombrado obispo de Sena, y dos años más tarde arzobispo de Espoleto; que habiendo caido en algunos errores se retractó; que fué á Roma en 1622, y por consiguiente veinte años despues de su nombramiento para aquel arzobispado, y por fin, que habiendo reincidido en sus errores, por ellos, y no por sus descubrimientos fisicos, fué condenado, ya muerto, por el Santo Oficio á ser quemado ¹.

Draper bate palmas de alegría al terminar el largo catálogo de los descubrimientos de la ciencia y de su aplicacion á las necesidades de la vida, y exclama en son de triunfo: «¡Qué contraste tan notable entre esta actividad científica » y literaria y el estancamiento de la Edad Media!» (Página 334.)

Negándole lo del estancamiento de la Edad Media, pues pronto tendremos ocasion de demostrarle que hubo en ella una actividad intelectual y literaria mayor tal vez, ó por lo ménos no inferior á la de nuestro siglo, nos asociamos

¹ SOUËLT, *loc. cit.*, pág. 138 á 146. — Véase tambien á CANTÚ, *Les Hérétiques*, t. IV, pág. 155 y siguientes, y la nota N.

de todo corazon á los aplausos que prodiga á los descubrimientos científicos y á las mejoras materiales debidas en gran parte á éstos. Sin embargo, nos hemos de permitir decirle que, en su entusiasmo ciego por la moderna ciencia, por ventura la rebaja enumerando, entre los centenares de objetos útiles á la vida, que supone debidos á su influjo, muchos que eran conocidos ya de ántes, y otros que son de demasiada escasa importancia para que pueda dársele tan levantado origen; y además, y esto debe saberlo Draper, que todos aquellos descubrimientos y aquella muchedumbre de inventos mecánicos que menciona no constituyen por sí solos la civilizacion en la significacion propia de esta palabra, y ni siquiera llegan á dar la medida de ella.

En efecto, la historia manifiesta con repetidos ejemplos, y la razon demuestra con abundante copia de sólidas razones, que por lo general andan por encontrados caminos y en direcciones opuestas la civilizacion, más brillante y aparente que verdadera, que se funda principalmente en las conquistas del ingenio humano sobre la materia, causa de vértigos de vanidad, de ofuscamiento de las inteligencias, de perversiones de la voluntad, de enervamientos de los caracteres que nos impiden ver y sentir los graves males que tras de aquellos bienes las más de las veces se ocultan, y la civilizacion más sólida, aunque no tan deslumbradora y fastuosa, que se levanta sobre los robustos fundamentos de las creencias católicas, de la moral evangélica y los sanos principios políticos y sociales, y de la verdadera ilustracion.

Les sucede á las humanas sociedades que por haber venido tarde á la existencia se encuentran con una pingüe herencia de todo linaje de riquezas, pero sobre todo materiales, pacientemente elaboradas y con inquebrantable constancia acumuladas por la experiencia, la laboriosidad y el ingenio de otras edades y generaciones, y cuyo caudal

aquéllas, por ventura y por circunstancias extraordinarias, aumentaron, lo que á los ricos mayorazgos de familias nobles, quienes, más atentos que á imitar las glorias ó las tradiciones y virtudes de sus progenitores, á disfrutar hasta con exceso de los bienes que aquéllos para su provecho amontonaron, hacen de esos mismos bienes ocasiones é instrumentos de su degradacion y de su ruina.

En los anales de los antiguos pueblos de Oriente, y hasta en las historias más conocidas de Grecia y Roma, hubiera podido aprender Draper á estimar lo que valen por sí solos los adelantos materiales, los cuales, si no son causa ó no contribuyen poderosísimamente, como opinamos nosotros, al enflaquecimiento de las verdades religiosas, á la relajacion de las costumbres públicas y privadas y al rebajamiento y muerte de los caracteres, coexisten al ménos con todos esos males, síntomas de próxima ruina de las naciones. Más por falta de virtudes que de riquezas y de medios para satisfacer todas sus necesidades, perecen los pueblos: no sólo de pan viven éstos, y á fines más altos son destinados que á languidecer, como flacas mujeres, en el enervador regazo de los regalos de la vida y de los goces del lujo, ó á dormitar, coronados de rosas, sobre las mesas del festín, despues de haber apurado las copas de oro y profanado los vasos del templo de Jerusalem.

Y si por ventura el autor de la *Historia de los conflictos* creyese que hoy las ciencias, con sus descubrimientos y sus aplicaciones á la vida, son ya bastante poderosas para impedir que se renueven las antiguas tragedias de la desaparicion de poderosísimas dinastías, hundimientos de tronos y ruinas de pueblos, y que ántes, por el contrario, están las modernas naciones llamadas á realizar, marchando siempre hácia adelante, el progreso indefinido que ha de llevarles al ideal á que tienden todas, que aumentará y se alejará más cuanto más vayan por partes realizándolo y gozando de él, le aconsejaremos que, sin prevenciones de

ninguna clase y con ánimo sereno, estudie á fondo el estado moral, político y social de los modernos pueblos europeos, que más adelante marchan por aquel camino que ha de llevarlos al suspirado Eden, y en especial su propio país, que tiene la modestia de considerar como el más civilizado de todos; y al ver su creciente corrupcion de costumbres, el pavoroso aumento de su criminalidad, la espantosa venalidad en todas sus clases, la corruptora sed de oro que todo lo envilece, el antagonismo de sus razas y de sus estados, la rápida difusion de las ideas socialistas en las clases bajas, el constante alejamiento de las tradiciones religiosas y políticas á las cuales debe en gran parte su grandeza, hoy en vias ya de decadencia, y otros males, síntomas que hacen temer á los hombres pensadores próximos cataclismos, que han de ir seguidos, ó de la dictadura de la espada, ó de la brutal y terrible tiranía de las muchedumbres, se convencerá de que, así como el primer hombre se envenenó, como dice Chateaubriand, por haber comido del fruto del árbol de la vida, corren grave riesgo de morir atosigados los pueblos de uno y otro hemisferio por haberse alimentado con desmedido afán y predileccion excesiva con los frutos del árbol de la falsa ciencia y de los goces materiales.

Como únicos remedios á los males que, por efecto del envenenamiento de las inteligencias y de los corazones por aquélla y éstos, han de sobrevenir á las modernas sociedades, señalaba Le Play para Francia la vuelta á la observancia del Decálogo y el respeto á las tradiciones. De no acudir á ellos no veía para aquel país sino la humillacion de la conquista para dentro breve plazo (que la Prusia redujo al cortísimo tiempo de tres años ¹) y el retroceso á la barbarie para un tiempo no muy remoto. De no acudir á él pronto, y con resolucion y firmeza heróicas, ¡quién sabe enmedio de cuántas ruinas de las nuevas Nínives, Babilonias y Palmiras podrán sentarse los filósofos del siglo xx para meditar sobre los funestos resultados de la orgullosa

civilizacion moderna, la cual, arrojando á Dios de las sociedades, apagando toda fe en las almas, arrancando de los corazones toda esperanza sobrenatural, habrá formado los nuevos bárbaros, las hordas ateas, que han de acabar con aquéllas y ser los azotes del divino enojo, que hará que conviertan en armas destructoras de irresistible fuerza los mismos descubrimientos, los inventos mismos con que se envanece más de lo que debiera, y con olvido ó escasa estimacion de los intereses del espíritu, el siglo XIX!

APÉNDICES Á LA PÁGINA 399.

NÚM. 1. — « Los cambios de estacion vienen á recordarnos que es tiempo de poner término á nuestras ocupaciones diarias y de ofrecer acciones de gracias al Todopoderoso por su misericordia y la abundancia que nos ha enviado durante el presente año.

» Se continúa prodigándonos las ventajas de un Gobierno libre; la tierra no ha sido ingrata al trabajo del que la ha cultivado; el país no ha tenido que sufrir ninguna epidemia; háse conservado el orden interior y han continuado nuestras relaciones pacíficas con las demás naciones.

» Es, pues, conveniente que en ciertos periodos abandonemos por algun tiempo nuestras ocupaciones habituales y el tumulto de nuestra vida agitada, para unirnos todos en señal de reconocimiento á las bendiciones de lo pasado, y que nos consagremos al amor del prójimo. » — JANNET, *Les États-Unis contemporains*, pág. 325.

NÚM. 2. — « El Presidente de los Estados confederados, en nombre del pueblo, ha señalado el 21 de Agosto para que sea dia de ayuno, de humillacion y de rogativas.

» Se encarga su más estricta observancia á todos los oficiales y soldados de este ejército. Se suspenderán todos los deberes militares, excepto en lo más indispensable, y los jefes de las brigadas cuidarán de hacer celebrar un servicio divino apropiado á esta solemne ocasion.

» Soldados, hemos pecado contra el Dios Omnipotente, hemos olvidado su misericordia, nos hemos alimentado de sentimientos de venganza, de orgullo y de triunfo. No nos hemos acordado, como debíamos, de que los defensores de una causa justa deben ser puros delante de sus ojos, de que nuestros destinos están en sus manos, confiando demasiado en nuestras solas armas para conservar nuestra independencia. Sólo Dios es nuestra fuerza y nuestro refugio. Humillémonos, pues, en su presencia. Confesémosle nuestros numerosos pecados y supliquémosle que nos conceda un valor más elevado, un patriotismo más puro y una voluntad más firme; que cambie el corazon de nuestros enemigos, que apresure el momento que han de cesar las miserias y los sufrimientos de la guerra, y que nos dé un nombre y un lugar entre las naciones. » — *Ibid.*, pág. 499.

CAPÍTULO XI.

La crisis inminente.

A la manera que un diestro pirotécnico reserva para lo último de la fiesta, con que ha divertido y deslumbrado á los espectadores, la más vistosa de sus perspectivas y la detonacion más estruendosa, así Draper, que no podía consentir que sus lectores, al llegar al fin de su libro, lo soltasen de las manos sin que quedáran vivamente impresionados y hondamente persuadidos de la verdad de su tesis, y de las mil y una maravillas teológicas y científicas con que hasta entónces los había tenido entretenidos, repite y esfuerza en este capítulo último, á que da el título de *La crisis inminente*, un crecido número de aquellas maravillas, ó sea de las calumnias y acusaciones contra el Papado, que se encuentran con profusion esparcidos en todas las páginas de su obra. Si no fuera por lo vulgar de la expresion y por el respeto que nos merecen nuestros lectores, nos atreveríamos á decir, prosiguiendo el símil mencionado, que Draper se propuso que fuese este capítulo el *trueno gordo* de su obra.

Pasemos á su exámen. El profesor anglo-americano lo

comienza, dando por cierta la inminencia de una crisis intelectual y religiosa, y reconociendo que la disolucion de los vínculos formados ó nacidos de las creencias es una de las más graves pruebas por que tiene que pasar la sociedad. Habla enseguida de nubes bajas y de rumores que anuncian la tempestad; hace una pintura, falsa en alguna de sus partes, de la actitud en que, en prevision de ella, van colocándose algunas naciones, é indica que las personas religiosas de Inglaterra y América se preparan lo mejor que pueden para el próximo desastre, del cual no parece, sin embargo, preocuparse, ó porque lo presuma todavía lejano, ó porque crea que no deba afligirse por lo que ha de sobrevenir, ya que, estando sujeto todo á la fatalidad, las religiones, por estar como todo lo demás de aquí bajo sometidos á dicha ley, no han de subsistir eternamente, sino que, por el contrario, han de experimentar tambien transformaciones necesarias, segun el desarrollo intelectual del hombre.

Y si bien reconoce que la mayoría de los habitantes de Europa es católica (185 millones de 301), que lo es toda la América meridional y central, Méjico, etc.; esto, que debería moverle á pensar que, hasta humanamente hablando, debe ofrecer más garantías de verdad la Religion única que profesan tantos pueblos y tan grande muchedumbre de individuos que las sectas desidentes, que, apesar de ser tantas, cuentan apenas entre todas, segun él mismo confiesa, unos 71 millones de personas que las profesan; esto, que debería hacerle recordar, bajando la consideracion al terreno más humilde, siquiera sea el más práctico, de que han de ser muchos y de gran precio los intereses materiales creados al amparo de aquella creencia, y de mucha más valía los morales que le deben el sér, y por lo tanto obligarle á emplear su talento en retardar, en cuanto de él dependiese, el momento de la crisis; no tan sólo por lo que se desprende de su libro muestra tener especial empeño en apresurarla, sino

que dedica todas las páginas del mismo, abiertamente hostil á toda religion positiva, á agravarla. Y cual si en el capítulo que nos ocupa le corriese prisa comenzar de nuevo y con más fuerza el ataque, en especial contra el Catolicismo, pasa en un instante á la enumeracion de las fuerzas con que cada religion cuenta; á las acostumbradas falsedades y calumnias contra la Iglesia, dando como verdades demostradas y como axiomas históricos « que las formas » republicanas que revestía ésta en el primitivo Catolicismo se han fundido gradualmente en una centralizacion » absoluta, con un hombre, como un Vice-Dios, á su cabeza; » que esta Iglesia asegura que el mandato divino por el » cual obra comprende el gobierno civil; que tiene derecho » de usar del Estado para sus propios fines, pero que el Estado no tiene derecho para mezclarse en sus asuntos... » (pág. 341) y otros de igual índole que repugnan al sentido comun, y á cuya refutacion por lo tanto no puede la razon descender sin rebajarse. Justo es sin embargo que le agradezcamos, y lo hacemos con tanto mayor gusto cuanto son rarísimas las ocasiones en que se le ocurre decir algo que no sea calumnioso para el Cristianismo, que confiese que « sus movimientos (los de éste) están dirigidos *por las más elevadas y hábiles inteligencias.* »

Punto ménos que imposible es seguir á Draper en la reseña que hace, si cabe darle este nombre, de los propósitos que, segun él, abrigaba y pretendía realizar la Santa Sede al convocar el Concilio Vaticano; de la oposicion que halló en las Iglesias orientales y en los enemigos más ó ménos declarados de la Iglesia; de los acontecimientos que por aquellos días traían perturbada la Europa, comprometiendo gravísimos intereses, y hasta amenazando la existencia de algunos Estados, y entre ellos las dos guerras austro y franco-prusianas; permitiéndose apreciaciones sobre los resultados de una y otra lucha y de la actitud del Pontificado respecto de las mismas, tan infundadas como ofensivas

á la dignidad de éste ¹; mezclado todo ello con crasísimos errores, repetidos cien veces y otras tantas refutados, acerca del poder espiritual en sus relaciones con los poderes civiles; con torpes acusaciones de ingerencia é influencia excesiva de los jesuitas en las determinaciones de la Santa Sede; con ridículas exageraciones y falsedades sobre el modo cómo comprendía ésta las dos cuestiones á que debía dar el Concilio su preferente atencion, á saber: la de la definicion de la infalibilidad pontificia, y la de las relaciones existentes entre la llamada ciencia moderna y la fe. Por esto, pues, y porque nos robaría mucho espacio refutar todos los errores, desvanecer todas las calumnias y protestar contra todos los falsos supuestos que en dicha reseña ha acumulado Draper; y porque en vez de ser un argumento contra la bondad y verdad de las proposiciones formuladas en la Encíclica y resumidas en el *Syllabus*, y contra la oportunidad de su publicacion y de la reunion del Concilio la oposicion de los enemigos, más ó menos encubiertos, y de los falsos é hipócritas amigos de la Iglesia, es, por el contrario, un testimonio de grande autoridad en favor de la sabiduría soberana y del más que humano acierto con que procedió su cabeza visible en todos sus actos, excusamos descender al terreno á que nos provoca el doctor anglo-americano. Mengüado concepto tienen de la firmeza, de la energía, de la resolucion de los Pontífices cuando del cumplimiento de un deber y de la defensa de los sagrados intereses religiosos y sociales confiados á su custodia se trata; y más mengüado aún lo tendrían de su prevision y sabiduría

¹ «No teniendo ya nada que esperar (el Papa) en muchos años de una guerra extranjera, resolvió ver qué podría hacerse por insurrecciones internas, y el movimiento actual en el Imperio germánico es el resultado de sus maquinaciones. Si Austria ó Francia hubieran triunfado, el Protestantismo hubiera sido derribado al mismo tiempo que Prusia.» (Pág. 343.) ¿Pueden darse más falsedades en ménos palabras?

si pensaron que Pío IX se hizo, ni por un momento siquiera, la ilusión de que habían de ser recibidas las decisiones de aquellos dos documentos y los futuros decretos del Concilio sin ruidosas protestas y vehementes recriminaciones de parte de los Gobiernos cismáticos y protestantes, y hasta de parte de algunos de los pueblos católicos, puestos hoy en manos de ministros escépticos ó racionalistas; sin amenazas más ó ménos embozadas de los poderosos de la tierra; sin que se se creyeran en el deber de dirigirle avisos *amistosos* los pusilánimes, y los que todo lo sacrifican al bienestar material y al tranquilo goce de sus placeres; y hasta sin que tuviesen lugar algunas apostasías, por fortuna escasas en número, y aún de entre ellas más de una cuyos individuos demostraron con su ulterior conducta que, al separarse del redil de la Iglesia, habían cedido más á los incentivos de la carne que á la fuerza de las convicciones. La Iglesia católica está demasiado segura de que no ha de faltarle nunca la proteccion de lo alto, de que no ha de dejar de cumplirse las divinas promesas y de que no prevalecerán contra ella las puertas del infierno; ha visto repetirse sobradas veces el milagro de que cuantos intentan socavar la roca sobre la cual está sentada, logran tan sólo sepultarse en el polvo de las ruinas que en torno de ella acumulan, para que dejase de cumplir el precepto que por Jesucristo le había sido dado de predicar la verdad y de combatir el error, sobre todo cuando veía á las sociedades correr ciegas y desatentadas á su ruina, envenenadas sus inteligencias y corrompidos sus corazones por el materialismo y el epicureísmo; por más que el cumplimiento de aquel sagrado deber tuviese que atraerle los odios y las persecuciones de los poderes civiles, hoy instrumentos ó cómplices de la revolucion, que los halaga para más fácilmente ahogarlos entre sus brazos; que suscitarle los rencorosos insultos y las burlas soeces del falso saber, cuyo triunfo más positivo ha sido rebajar el nivel de la inteligencia al compás que se elevaba el de la

observacion, y dar á las ciencias experimentales un preferencia exagerada, y bajo más de un concepto funesta, sobre las especulativas.

Creemos ocioso advertir á nuestros lectores que, al ocuparse en la guerra de insultos, de calumnias y de violencias, que se desencadenaron contra la Santa Sede á pretexto de aquellos actos y de las declaraciones con que se creía obligada á ilustrar el entendimiento de sus fieles hijos, y darles un criterio cierto con que distinguir la verdad del error, el bien del mal, en medio del caos intelectual y moral en que se agitan aturdidadas y sin derrotero conocido las sociedades modernas, el profesor de la universidad de Nueva-York hace recaer toda la responsabilidad de la lucha, con este motivo entablada, y de sus consecuencias sobre Roma, que desatendió, segun él, así las indicaciones de los embajadores de Prusia y de Francia, Won-Armin y Darú, *acerca de la inoportunidad* de resucitar ideas de la Edad Media, como los consejos de la minoría de los Obispos, á quienes (es Draper quien lo afirma) se prohibieron las deliberaciones y las publicaciones contra los actos de la Santa Sede. Mas ¿qué extraño que así proceda, cuando hasta acusa á ésta de haber contestado con una carta *concisa y cáustica*—¡sarcasmo cruel y repugnante!—á la *respetuosa* comunicacion que le fué dirigida por Víctor Manuel demostrándole «la *necesidad* de que sus tropas avanzasen y ocupasen posiciones indispensables á la seguridad de Su Santidad y á la conservacion del orden; cuando hasta atribuye á provocaciones de Roma y de los católicos, y sobre todo de los jesuitas, las persecuciones del Gobierno prusiano, ó sea del omnipotente ministro á cuyas plantas se arrastran los *reptiles de la prensa* ¹, á quienes paga los

¹ Es el nombre que se da en Alemania á los redactores de los periódicos asalariados por Bismarck, quien dispone para ello de un fondo llamado de los *reptiles*, compuesto en parte de los bienes que fueron arrebatados al rey de Hannover. Con este título de *Fondo de los reptiles* publicóse hace pocos años en Alemania una

elogios que le tributan; del ministro á quien queman adulador incienso todos los que se dan á sí mismos el nombre de amigos de la libertad, y á los cuales desde lo alto del pedestal de su orgullo y de su poder debe despreciar, hastiado de tanta lisonja y bajeza, con no ménos motivo que despreciaba Tiberio las serviles adulaciones de los envilecidos senadores romanos, de aquellas *villanas gentes nacidas tan sólo para obedecer*? En la liga de ódios contra el Catolicismo, nuestros lectores lo saben mejor que nosotros, todas las sectas filosóficas, desde las más exageradamente idealistas hasta las más groseramente positivistas; todas las escuelas políticas, desde las preconizadoras de las más absolutas autocracias hasta las que proclaman la emancipacion de toda autoridad y la completa soberanía del individuo, plegaron sus respectivas banderas, á fin de enarbolar juntas la de guerra á la Roma pontificia, guerra á la religion católica, sirviéndose como de principal arma de combate de la misma *Encíclica* y del *Syllabus*, cuyas proposiciones y su recto sentido corrompieron y alteraron con repugnante y criminal mala fe, logrando de esta suerte presentar á los ojos de los ignorantes y de los preocupados al Cristianismo ortodoxo como enemigo irreconciliable de los Gobiernos, y sobre todo de la moderna civilizacion y de la ciencia.

Despues de las páginas en que se ocupa, segun acabamos de ver, en referir á su manera cómo fueron recibidas la *Encíclica* y el *Syllabus* por algunos Estados europeos, exagerando la oposicion que halló en unos pocos individuos del clero, quienes al separarse de la Iglesia creyeron acaso ¡infelices! que llegarían á formar una secta, pero que apenas

obra escrita por Henrique Wutthe, catedrático de la universidad de Leipzig, en la cual se demuestra, con abundancia de datos, el grado de abyeccion á que ha descendido una gran parte de la prensa periódica alemana y no pocos de los periódicos asalariados de las demás naciones de Europa.

lograron constituir un exíguo grupo, vuelve Draper á sus declamaciones contra el que llama sistema del doble gobierno, ó gobierno dualista, al cual considera como *pie-dra de tropiezo (sic)* para el progreso de Europa.

«Mientras que una nacion tenga dos soberanos, uno
» temporal en el interior y otro espiritual en el extranjero,
» con diferentes jefes temporales en las distintas naciones,
» mas tan sólo un verdadero jefe para todos, el Pontífice de
» Roma, ¿cómo es posible que la historia nos presente otra
» cosa sino una narracion de los combates de estos dos po-
» deres rivales? Cualquiera que reflexione sobre este estado
» de cosas, verá cómo las naciones que han sacudido la
» forma dualista en el Gobierno son las que han hecho ma-
» yores progresos,» etc. (Pág. 354.)

Por fortuna, segun Draper, este sistema dualista se aproxima á su fin. Las naciones septentrionales hace tiempo que lo rechazaron. Rusia, más afortunada que los otros pueblos, no ha consentido jamás la influencia de ningun poder espiritual extranjero. En América lo temporal y lo espiritual están completamente divorciados, y en el Nuevo Mundo las dos formas del Cristianismo, la católica y la protestante, han perdido su poder expansivo, y lo prueba que ninguna de las dos puede traspasar sus antiguas fronteras; que las Repúblicas católicas siguen siendo católicas y las protestantes protestantes, y entre estas últimas va desapareciendo la tendencia de aislarse en sectas. Personas de diferentes denominaciones se casan y reunen sin dificultad alguna, y forman sus opiniones usuales por los periódicos, y no por la Iglesia. (Pág. 355.)

Por último, suponiendo que Pío IX se propuso, primero, centralizar de un modo más completo el Papado, poniendo á su cabeza un autócrata espiritual que asumiese las prerogativas de Dios; y segundo, vigilar el desarrollo intelectual de las naciones que profesan el Cristianismo (*ibidem*), deduce de lo primero que el Papa insiste en que en *todos los*

casos el poder temporal debe subordinarse al espiritual, y que toda ley contraria á los intereses de la Iglesia debe ser rechazada, pues no es obligatoria para los fieles.

Los ilustrados redactores de la *Civiltà Cattolica* se han tomado la molestia de poner de relieve los crasísimos errores que encierra, tal como se encuentra formulado en Draper, el pasaje en que habla éste del que supone ser el primer propósito de Pío IX, y explican al profesor de Nueva-York, que tan lamentables tropiezos da cuando habla en materias teológicas y canónicas, lo que significan los vocablos autócrata y prerogativas de Dios, por él tan sin premeditacion y ningun acierto usados. Prescindiremos por lo tanto de ocuparnos en este asunto, contentándonos con hacer notar á nuestros lectores que no recordamos, ni creemos que sea fácil citar ningun Pontífice que, como el inmortal Pío IX, á quien pretende Draper convertir en un autócrata, haya llamado con tanta frecuencia á su lado á los Obispos de todo el mundo, ya para consultarles, ya para dar más prestigio, y si cabe decirlo así, más autoridad á sus resoluciones, ó á los actos más importantes de su pontificado. Igual acusacion se hizo, como en otra ocasion indicamos, á Gregorio VII, y sin embargo fué tambien uno de los Papas que más veces reunió, durante su reinado, á los Obispos en Concilio en Roma.

Por lo demás, si con aquellas palabras que dejamos transcritas, á saber: que Pío IX insiste en que en *todos los casos* el poder temporal deba subordinarse al espiritual, entiende referirse hasta á los actos pertenecientes única y exclusivamente al orden civil, ha incurrido el catedrático anglo-americano en un error crasísimo, suponiéndolo tal y no malicia, apénas disculpable en quien hubiese hojeado siquiera un manual de derecho político y canónico. Respecto á que el Papa, ateniéndose fielmente á la doctrina establecida por el mismo Jesucristo, relativamente á la obediencia debida por sus discípulos á los dos poderes, á saber: que



diesen á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, haya declarado que no es obligatoria para los fieles la ley cuando es abiertamente contraria á las doctrinas y enseñanzas católicas y á los intereses de la Iglesia, no ha hecho más con ello que cumplir con un sagrado deber y recordar á sus hijos la observancia de un precepto divino con preferencia á ley humana, en el caso de que se encuentren en pugna los dos poderes.

Dos son las principales escuelas que combaten la doctrina de la Iglesia acerca de las relaciones entre el Sacerdocio y el Imperio, y sobre la soberanía *espiritual* de Jesucristo en las humanas sociedades; la que, aceptando la de los pueblos paganos, por la Iglesia desde los primeros tiempos combatida, proclama la union de los dos poderes en la persona del sumo imperante, sea éste un monarca ó sea el jefe de una república; y la que segun el *derecho novísimo*, que aceptan y proclaman los partidarios de la omnipotencia y del despotismo del Estado, cree que éste debe mantenerse completamente divorciado de todo poder ó influencia espiritual, y declarándose ateo ó sin religion, considerar á ésta, cualquiera que sea, más que como una Iglesia ó asociacion religiosa como una sociedad civil, respecto de la cual no tiene el Estado más deberes que respecto de las demás asociaciones de carácter puramente humano, que dentro del mismo existen y obran.

Nadie que conozca á Draper por sus escritos, caerá en la tentacion de preguntarnos á qué doctrina se inclina. El profesor de Nueva-York en esta cuestion, como en las que á la historia, á la filosofía, á la teología ó á las ciencias de observacion se refieren, reconoce y da por buenas y verdaderas todas las creencias, opiniones y sistemas que la Iglesia condena; y por lo tanto acepta la doctrina de una y otra escuela. Sin embargo, por los elogios que prodiga á los pueblos que rechazaron el llamado por él sistema *dualista*, y en especial á Rusia, á la que considera «como la

más feliz ¹ de todas las naciones por no haber consentido jamás la influencia de ningún poder espiritual extranjero;» (pág. 355) — y en esto, sea dicho de paso, el demócrata radical anglo-americano está completamente de acuerdo con Voltaire, el más bajo adulator de los soberanos ² y el despreciador más orgulloso del pueblo ³, — se echa de ver en cuánta estima tiene á la escuela político-religiosa que, al igual del mahometismo, junta en una sola persona el sultanato y califato, la dignidad de César y el sumo sacerdocio, la calidad de rey y de pontífice.

Excusado es decir que Draper finge ignorar, ó desfigura, y es de presumir que á sabiendas, la doctrina católica acerca de tan importante materia, por más que se encuentra claramente definida por la Iglesia desde los primeros tiempos de la misma hasta el *Syllabus* y la Constitución dogmática *Pastor æternus*, y con lucidez suma desenvuelta y con no ménos precision explicado por los más doctos

¹ «Únicamente nuestra ilustre soberana (católica), decía Voltaire al conde Schawalof, embajador de Rusia, obra cuerdamente: ella paga á los sacerdotes, les abre y cierra la boca; están á sus órdenes y todo está tranquilo.» CANTÚ, *Les Hérét.*, t. v, página 554.

² «Llevó, dice de Voltaire L. Blanch, al culto de la monarquía una exageracion que se comprende apénas.» *Hist. de la Revol. franc.*, t. i, pág. 359.

³ Hé aquí algunos pasajes en que se manifiesta el concepto que del pueblo tenía formado el corifeo de la impiedad, á quien tanto admiran y ensalzan los modernos republicanos franceses. «*La canalla* no es digna de que se la ilustre, y le sientan bien todos los yugos.» Carta á Federico II de Prusia, 5 de Enero de 1767. — «Será por fin necesario que todos esos pillos (los jesuitas y jansenistas) no tengan dominio más que sobre la *canalla*. Creo que el mayor servicio que al linaje humano puede hacerse, es separar para siempre al *estúpido* pueblo de los hombres de bien. Nada más intolerable que la absurda insolencia de los que os dicen: quiero que penseis como vuestro sastre y vuestra lavandera.» Carta al conde Argental, 27 de Abril de 1765. — «Por lo que atañe al pueblo, será siempre necio y bárbaro, como lo prueba lo sucedido en Lyon. Es un buey que tiene necesidad de yugo, aguijon y heno.» Carta á Tabareau, 1768, etc., etc. *Quelques observations sur le centenaire de Voltaire et de Rousseau. Etudes religieuses*. Juillet, 1876, núm. 1. Véanse principalmente las *Cartas de Mons. Dupanloup sobre el centenario de Voltaire*, que acaban de darse á la estampa.

publicistas católicos de todos los tiempos. Mas como, según dejamos indicado, sin rechazar, ántes por el contrario, manifestando tener en mucho el sistema de la *Religion libre* y el *Estado libre*, acepta y preconiza sin embargo el que admite la concentracion de los poderes en una sola persona, porque con él son imposibles los conflictos, que con tanta frecuencia surgen en las naciones que tienen gobierno dualista, llegando hasta considerarlo como origen de todas las libertades, y causa de mayores progresos en los pueblos que los aceptaron, nos permitiremos recordarle, bien que muy de paso, que la razon natural persuade y demuestra hasta la evidencia la historia que, donde quiera que prevaleció aquel sistema ó sea en las naciones protestantes, el primer efecto por él causado fué hacerlas caer bajo el más cruel y denigrante cesarismo, restableciéndose en toda su fuerza el principio fundamental del derecho político pagano: *quod principi placuit, legis vigorem habet*; y que en pos de él, y como una consecuencia necesaria del mismo en el orden de las ideas é inevitable en el de los sucesos, fué proclamado y con todo rigor aplicado aquel otro principio: *cujus est regio, illius est religio*; principio que, siendo ya de suyo tiránico, vino á ser además odioso y absurdo al aceptarlo monarcas y pueblos que acababan de establecer como base fundamental de sus creencias religiosas el dogma del libre exámen; y en virtud del cual, no quedando más alternativa á los súbditos que renegar de su fe ó someterse á los castigos de confiscacion, destierro ó muerte que la ley imponía al que se resistiese á abrazar la religion de su soberano, vióse al Palatinado cambiar cuatro veces de religion en el espacio de 20 años, y diez veces hasta la paz de Westfalia á la ciudad imperial de Oppenheim ¹. Por esto Guizot,

¹ V. HETTINGER, *op. cit.*, t. I, pág. 562, nota 1.^a, acerca de las crueles persecuciones ejercidas contra los disidentes por los príncipes protestantes. V. DÖLLINGER, *L'Eglise et les Églises*, p. 60; JANSSEN, *Schiller Historien*; DAUMER, *Ansder mansarde*, citados por el mismo Hettinger.

quien en vez de afirmar, como supone Draper, «que la Iglesia ha estado siempre al lado del despotismo» la ha encomiado como origen y protectora de todo linaje de libertad ¹, hubo de escribir, hablando del protestantismo alemán, «que en vez de la libertad civil produjo la esclavitud, siendo además causa de la decadencia de las ciudades de Alemania, tan florecientes ántes de la Reforma ²;» y por la misma razon pudo afirmar Döellinger «que este mismo hecho se notó en todos los países protestantes donde, como en Alemania, en Inglaterra, en Escocia y en los reinos escandinavos, se había constituido una Iglesia de Estado, ó lo que es lo mismo, donde el monarca era á la vez que cabeza de aquélla, jefe civil de sus súbditos.»

«No puedo perdonar á los reformadores, dice Bohemer, haber puesto la Iglesia, que había nacido libre, bajo el yugo de los príncipes, cual si fuese una esclava. El principio *cujus regio illius religio*, que es el fundamento sobre el cual se han elevado las Iglesias nacionales protestantes, ha entregado á éstas y al Estado al capricho de la burocracia, que dispone de ellas y de éste en provecho propio.» «Y en efecto, añade el sábio apologista alemán tantas veces citado, despues que Lutero puso su Evangelio bajo la tutela de los príncipes, no hubo uno de éstos, por vicioso ó miserable que fuese, que no se creyese un sér sobrehumano, desde el momento que adquirió el gobierno de las conciencias. El rey Jacobo de Inglaterra se abrogaba los atributos de la

¹ Entre muchos textos que pudiéramos citar de Guizot para desmentir la afirmación de Draper, recordaremos uno en que defiende la separación de los poderes, considerando á la Iglesia como protectora de la sociedad civil (*Hist. gén. de la civilisation en Europe*, 2.^a lección), y aquel otro en que dice terminantemente: «Cuando ha faltado á los hombres la libertad, la Religión se ha encargado de dársela,» etc. *Ibid.*, 5.^a lección. Véase el capítulo IX de esta obra.

² *Hist. de la civil. en Europe*, XII leq. — V. HETTINGER, *Ibid.*, pág. 561, nota 3.^a

divinidad. «Mi capricho, decía, hace la ley y el Evangelio ¹.» Trece siglos hacía había escrito Constancio á los Obispos católicos reunidos en concilio en Milán (355): «Mi voluntad; hé aquí nuestros cánones: ó la obediencia ó la muerte.»

Y que la Historia confirma hasta la evidencia lo que la razon y hasta el más vulgar sentido comun demuestran, debe saberlo Draper, que tan aficionado manifiesta ser á los argumentos de hecho. En ella habrá visto que en cuantas ocasiones los Gobiernos, fuesen monárquicos ó republicanos, han empuñado á la vez que la espada el báculo pastoral, al par que se convertían en *archi-sacristanes*, segun el oportuno apodo dado á José II de Austria por Federico de Prusia, descendiendo á ordenar hasta los más insignificantes pormenores del culto, transformábanse, en daño de las libertades políticas y civiles de sus pueblos, en verdaderos césares. Y si necesitan él y sus habituales lectores que les recordemos algunos ejemplos de esos coronados Janos de doble faz, que con igual desenfado oprimían á sus envilecidos pueblos con el cetro de hierro de Neron, que azotaban sus serviles espaldas con los trozos del báculo pastoral roto por ellos, segun la bella expresion de Bohemer, les ofrecemos la dilatada galería de emperadores bizantinos, forjadores de *henoticones*, de *ectésis*, de *typos*, fautores ó propagadores de herejías, déspotas sanguinarios unos, débiles instrumentos de eunucos y cortesanos otros, los más corrompidos y perezosos, é impotentes todos para dar vida al caduco imperio de Oriente; y si apetecen ejemplos más recientes, les pondremos ante sus ojos las repugnantes figuras de Federico I de Alemania, que armado de la omnipotencia imperial que le fué otorgada por los legistas de la Dieta de Roncaglia, hubiera acabado con la libertad de las repúblicas lombardas á no haberlas salvado en aquélla,

¹ HETTINGER, *loc. cit.*

como en otras varias ocasiones el Papado, al cual se obstinan sin embargo en acusar sus ciegos enemigos de protector de toda clase de despotismos; de Felipe el Hermoso de Francia, quien al reunir por vez primera los llamados Estados generales, les obligaba á proclamar el poder absoluto del Monarca, y que con la misma mano que firmaba la sentencia de muerte de 59 templarios en la hoguera y se apoderaba de los bienes de su Orden, arrebatava sus riquezas á los judíos y decretaba insoportables gabelas á sus vasallos; del dos veces parricida y regicida dos veces Enrique VIII, á quien se honra demasiado, como observa Fleury, llamándole el Tiberio de Inglaterra, cuya memoria ha cubierto la Historia del más repugnante estigma, dando el nombre de *bill de sangre* á su bill de los seis artículos; de Isabel su hija, no ménos cruel que su padre, y que llevó todavía más allá que éste el desprecio de los Parlamentos, cuya abyeccion deja muy atrás la del Senado romano bajo los más tiránicos Emperadores ¹; de José de Austria, cuyo código criminal, áun en lo que se refiere á los delitos políticos, es de una severidad draconiana ²; y viniendo á los tiempos de los ministros omnipotentes y de los monarcas por la gracia de la Revolucion, el gobierno de Víctor Manuel, que respecto á usurpacion de los poderes eclesiásticos y de decretos tiránicos contra la Iglesia, en la persona de sus obispos, de sus sacerdotes y de sus fieles, dados en nombre de la libertad, ha dejado atrás á los del hijo de María Teresa en lo despótico, como ha dejado tambien atrás en lo hipócrita á los de Juliano el Apóstata ³.

Y no se nos diga que dentro del sistema católico acerca

¹ V. Prevot Paradol, citado por FLEURY, *Histoire d'Angleterre*, t. I, pág. 623.

² CANTÚ, *Historia universal*, t. XVII, pág. 465, ed. francesa.

³ CANTÚ, *Les Hérétiques*, t. V, disc. IV, en los párrafos: *Hostilités contre l'Église; La liberté de l'Église violée, et attaques contre les ordres religieux; Insultes recentes y Plaintes des Papes*.

de las relaciones de los dos poderes, han existido déspotas y tiranos de no ménos odioso renombre que algunos de los que dejamos mencionados. Es innegable; pero no debe perderse de vista que en el sistema por la Iglesia condenado, el despotismo y la tiranía son, aquél una consecuencia necesaria, y ésta una derivacion natural del mismo; al paso que en la doctrina que aquélla proclama y ha proclamado siempre por boca de sus teólogos, de sus canonistas y de sus Papas, el despotismo es considerado como una violacion de dicha doctrina. Y tanto es así, que casi todos los conflictos ó combates, de mucho no tan numerosos como supone Draper, que han tenido lugar en el *sistema dualista*, han sido motivados por haberse visto obligada la potestad eclesiástica, en cumplimiento del deber que tiene de defender la ley moral y la pureza de las creencias, á recordar la observancia de sus obligaciones á la potestad temporal, á la cual sin embargo, dentro del círculo de sus atribuciones, es la primera en prestar el debido acatamiento. Por esto pudo decir Guizot que «la Iglesia católica es la mejor escuela de respeto á todo poder legítimo que el mundo ha visto jamás, al paso que es la madre de los pueblos y el asilo de la libertad.» Y lo es en efecto, porque, como observa Hettinger, no ha cesado un momento de recordar la ley divina á los que, subidos á las vertiginosas alturas del poder, olvidan con sobrada frecuencia á Aquél que les ha encumbrado, y á quien han de dar un día cuenta de sus actos; ni de advertir á los pueblos que les deben respeto, obediencia, sumision y fidelidad, sin reparar ni detenerse ante la consideracion de que puede con esto atraerse así el odio de los parásitos de la mesa real, como las iras de los esclavos del favor popular¹.» Y es que el imperio de la Iglesia sobre las almas, único que pretende ejercer, y que ninguna sociedad cristiana

¹ HETTINGER, *op. cit.*, t. II, pág. 561.

puede rehusar, se extiende á los gobernantes y á los gobernados, con provecho de unos y de otros, y sin que rebaje en lo más mínimo á éstos ni á aquéllos, «ya que la ley que la Iglesia impone, como dice Cantú, no es la de un hombre ni la de una Asamblea; es la palabra de Dios independiente del tiempo y de las dinastías, siendo el primer esclavo de ella el sacerdote que la proclama ¹.»

Poco diremos del sistema del Estado ateo, que es el ideal de todas las escuelas materialistas. Creemos han de pasar por él, no escarmentadas por el funestísimo ensayo que hizo del mismo la revolucion de Francia, las naciones todas, y en primer lugar las que más resuelta pero ciegamente marchan por los caminos abiertos por aquélla. Una autoridad no sospechosa para los hombres que profesan dicho sistema, Luis Blanc, ha dicho: «Todo lo que en un Estado se quita á la soberanía de Dios, se añade á la del verdugo ².» Si estas palabras hubiesen sido escritas despues de las salvajes saturnales de la *Commune*, hubiera podido añadir: y una vez que ha llegado el verdugo á ser soberano, se cuentan por miles los ciudadanos que se disputan la honra de engalanarse con este título. La *Commune* fué un ensayo de un Estado sin Dios, realizado en el recinto de una sola ciudad por 200.000 ateos, maestros consumados en aquel repugnante oficio. El ensayo, si hubiese podido llevarse á cabo, hubiera costado á Francia más de medio millon de victimas, que hubieran tenido por cadalso París, transformado en hoguera, y por sepultura los humeantes escombros de sus edificios. Dos años ántes que tuviese lugar aquel hecho de feroz salvagismo, Le Play, despues de haberse informado detenidamente del estado moral de su país, escribía estas palabras, que resultaron verdaderamente proféticas:

¹ *L'Église et l'État*. Revue générale, Août 1867, 2.^e livraison.

² Citado por Cantú, *Les Hérétiques*, etc., t. v, pág. 509.

« Es fácil prever (dado aquel estado) que la Francia se lanzará definitivamente por una senda que la ha de conducir por necesidad, ó al estado salvaje, ó á la pérdida de su nacionalidad en provecho de razas ménos corrompidas ¹. » Hoy la patria de Voltaire tiene sobre su garganta la ruda bota de un descendiente de Federico II. Al pié de la estatua del adulator de este Monarca vióse obligada á firmar el tratado de paz que le arrebató dos provincias, y lo que es peor, su importancia de potencia de primer orden.

El Estado sin Dios tiene el gravísimo inconveniente, causa y principio de otros muchos, y que lo serían de su inmediata ruina si llegára alguna vez á constituirse por completo, de que carece del elemento más indispensable para la vida de las sociedades humanas, á saber: de la moral religiosa. Y si bien han creído los adeptos de este sistema que podrían suplirla con la que llaman moral independiente, ésta no sería más que un nombre vano, ya que no admite ninguna sancion divina, y por necesidad ha de rechazar por violenta é injusta toda sancion humana. El día que se estableciera un Estado realmente ateo, su primer decreto debería ser anular todos los códigos, ó por lo ménos borrar de ellos las leyes penales, suprimir los tribunales y convertir en manicomios las cárceles y los presidios. « Si el Estado es ateo, dice Leforest, ¿con qué derecho me obligará á mí á que no lo sea, y por consiguiente á que no acepte todas las consecuencias de ese sistema político? Y si mi razon opina que no cometo ningun crimen asesinando ó robando, ya que con ello no hago más que obedecer á una ley necesaria de mi organismo, ¿con qué derecho el Estado sin Dios, que reconoce en mí el de profesar el ateismo, me castigará por un acto del cual creo yo, y debe creer él, que soy tan irresponsable como lo es la fiera al devorar la mano

¹ LE PLAY, *L'organisation du travail*, pág. 509.

del domador que la acaricia, como lo es la máquina al desgarrar el brazo del imprudente que se puso á su alcance ' ? » Cien y cien periódicos, cuya lectura el Estado no me prohíbe, me dicen en todos los tonos, apoyándose hoy en la autoridad de Tayne, mañana en los dichos de Litré, al día siguiente en pasajes sacados de otros escritores materialistas, algunos de los cuales ocupan respetables asientos en nuestras Universidades y en nuestras Academias, que no hay distinción alguna entre el bien y el mal; que uno y otro son resultado de la mayor ó menor cantidad de fósforo que existe en mi cerebro, y que obro el mal porque para obrarlo me ha hecho tal cual soy la naturaleza; y después de esto, ¿se atreverá el Estado, levantándose sacrilegamente contra ésta, que es la única deidad á quien acata, á hacerme responsable de que obedezca fielmente sus decretos?

Y adviértase que lo que decimos del Estado sin Dios, se aplica igualmente al Estado que, declarándose indiferente á todas las religiones, reconoce en cada uno de sus súbditos, contra la doctrina profesada por la Iglesia, el *derecho* de abrazar la que quiera y aceptar el culto que más le acomode, con la sola diferencia de que en el sistema del Estado ateo ¡la responsabilidad moral debe hacerse extensiva á todos los súbditos, porque está contenida, como lo está la consecuencia dentro de la premisa, en el ateísmo que éste profesa; al paso que en el otro sistema dicha irresponsabilidad debería únicamente aplicarse á los que se declarasen materialistas. Y si en las naciones en que se ha adoptado este último sistema político no se ha llegado á la aplicación de esta ley, es porque en ellas se reniega en la práctica de los principios que en teoría se acatan, y hasta se escriben al frente de sus Constituciones, y porque, y esto

¹ LEFOREST, *Le Syllabus*.

acontece principalmente en los Estados-Unidos ¹, ajustan todavía en gran parte sus actos á las creencias y á la moral cristianas. Por esto el mal va creciendo donde quiera á medida que los pueblos van apartándose de la observancia del Decálogo y de las enseñanzas de la Iglesia, y por esto,—y Draper debe saberlo mejor que nosotros,—en las Repúblicas norte-americanas los peligros para su existencia van creciendo en progresion rapidísima, porque en progresion igual van aumentando los elementos de corrupcion; y porque el partido radical, apartándose con creciente desprecio, así en lo político como en lo religioso, del sábio consejo que daba Wasingthon á sus conciudadanos de que se *guardasen de todo espíritu de innovacion* ², tiende á transformar la Constitucion del Estado, á fin de llegar al que es su ideal político, ó sea al establecimiento del Estado sin Dios.

Ello es que tanto con el uno como con el otro sistema, ya sea haciendo á la Iglesia esclava, ya sea arrojándola de la sociedad, se va necesariamente ó al cesarismo, ó al despotismo de la soberanía nacional, representada ésta por la tiranía que no siente, ni piensa, ni cree, y que tan sólo cuenta, ó sea por la tiranía del número. Y porque la Iglesia, que no puede ni debe, amando como nadie la verdadera libertad, transigir con el error y el mal, al par que advierte á las sociedades que por los caminos por donde andan no pueden ménos de ir á parar en los horrores de la revolucion y de la anarquía, para venir á postrarse envilecidas y extenuadas á los piés de un déspota, se la acusa de enemiga de los pueblos y se la hace responsable de los males todos, políticos, económicos y sociales que están sufriendo; á ella, que desde la paz de Westfalia se la tiene alejada de los Congresos y de las combinaciones de la diplomacia;

¹ JANNET, *Les États-Unis contemporains*, cap. xvii, § 1.º, pág. 303 y siguientes.

² JANNET, *ibid*, cap. i, § 4.º, pág. 43.

á ella, que hace tres siglos es víctima de todos los poderes; á ella, con la cual el filosofismo enemistó á los obcecados Monarcas, á pretexto de que aspiraba á despojarles de sus regalías; á ella, en suma, contra la cual las sociedades secretas están azuzando á los pueblos, presentándola como enemiga de todo progreso político y de todo adelanto intelectual. Siempre lo de la fábula del lobo y del cordero. En los conflictos entre el débil y el fuerte provocados por éste, siempre las muchedumbres prodigando aplausos al insolente opresor, y calumniando y escarneciendo á la víctima inocente.

Y sigue diciendo Draper, despues de dejar consignado, segun apuntábamos más arriba, que el segundo de los objetos que tuvo presente Pío IX fué vigilar el desenvolvimiento intelectual de las naciones que profesan el Cristianismo: «Voy ahora á considerar cómo entiende el Papado» que ha de establecer su inspeccion intelectual; cómo de» fine sus relaciones para con su adversario, la ciencia, y» buscando una restauracion de las condiciones de la Edad» Media, se opone á la civilizacion moderna y denuncia la» sociedad actual.» (Pág. 356.)

Y en prueba de la verdad de su aserto, despues de poner en conocimiento de sus lectores, en tono entre de indignacion y de asombro, que en el *Syllabus* se encuentran condenados el panteismo, el naturalismo y el racionalismo, sistemas filosófico-religiosos que el catedrático positivista de Nueva-York considerará por ventura como los más gloriosos timbres de que deba envanecerse la ciencia moderna, por más que no sean sino viejísimos errores aderezados y vestidos á la moderna, y segun el último figurin que nos viene de las Universidades heterodoxas alemanas, y que en el aquel famoso documento ha sido anatematizada la proposicion que, con la mala fe que hemos advertido ya en él várias veces, presenta mutilada, á saber: «que el Roma-» no Pontífice puede y debe reconciliarse y conformarse con

» los progresos de la moderna civilizacion ¹; » cita, despues de copiar parte de la Constitucion dogmática de la fe católica, los cánones que más especialmente tratan de las relaciones entre la religion y la ciencia. Permítasenos trasladar aquí de entre las que cita Draper, y tal cual las transcribe, desviándose algun tanto de la verdad literal, las que más relacion guardan con el asunto que nos ocupa:

« Sea anatematizado:

» Quien diga que el hombre puede y debe, por sus propios esfuerzos y por progresos constantes, llegar al cabo á la posesion de toda verdad y virtud.

» Quien diga que la razon es tan sábia é independiente que Dios no puede pedirle la fe.

» Quien diga que la revelacion divina no incluye misterios, sino que todos los dogmas de la fe pueden comprenderse y demostrarse por la razon debidamente cultivada.

» Quien diga que la ciencia humana debe proseguirse con tal espíritu de libertad que puedan considerarse sus afirmaciones como verdaderas, aún cuando se opongan á la verdad revelada.

» Quien diga que llegará un tiempo en el progreso de las ciencias en que las doctrinas enseñadas por la Iglesia deban tomarse en otro sentido que aquel que la Iglesia les dió y les da todavía. » (Pág. 363.)

¿Qué argumentos aduce el profesor de Nueva-York para argüir á la Iglesia de error al condenar las proposiciones que dejamos transcritas, y las que, extractadas del *Syllabus*, traslada en su obra algunas páginas ántes (356)? No creemos que á ninguno de nuestros lectores se le ocurra hacer esta pregunta. A Draper no le gusta perder el tiempo en *vanas especulaciones*, y por lo tanto, atribuyéndose la

¹ El texto original dice: *Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere.*

infalibilidad que niega á la Santa Sede, no discute, sino que dogmatiza. Además, ¿qué necesidad tiene de probar que la Iglesia erró en esto, cuando se ha llegado ya á la demostracion, gracias á la luz que sobre el mundo de las ideas y de los hechos derrama la novísima ciencia, de que basta que el Soberano Pontífice condene una proposicion cualquiera para que deba tenerse por un axioma, y por lo tanto que el deísmo, el ateísmo, el panteísmo, la doctrina de la evolucion, etc., no son más que formas varias de una misma verdad, y en su consecuencia ciertas todas como hijas de la razon y de la ciencia, soberana una y otra infalibles?

No obstante, para probar á sus lectores que no solamente los que profesaban los errores en el *Syllabus* y en la Constitucion dogmática condenados, sino que hasta los *católicos ilustrados* recibieron con disgusto las decisiones de aquél y los decretos de ésta, escribe las siguientes palabras: «Por parte de las Universidades alemanas hubo resistencia; y cuando al concluir el año se aceptaron los decretos del Concilio del Vaticano, en general no lo fueron por convencimiento de su verdad, sino por un sentido disciplinario de obediencia. Muchos católicos *de los más piadosos* consideraron con la más sincera tristeza todo el movimiento y los resultados á que conducía. El P. Jacinto...» (Pág. 364.)

El profesor anglo-americano ha de permitirnos que le digamos que anduvo por demás torpe en invocar la autoridad de este desgraciado fraile apóstata. Supongamos por un momento que hubiesen sido los católicos más piadosos los que en aquella ocasion reprobaron la conducta de la Santa Sede y las decisiones del Concilio Vaticano; pero respecto al P. Jacinto, ¿cómo concilia su piedad, despues de su apostasia, con la infraccion de los votos, solemnemente hechos en presencia de Dios, de obediencia y de castidad? ¿Era buena manera de comprender y practicar el Catolicismo?

gera un acertado medio de no aumentar la anarquía *moral, social y religiosa* á que, segun decía en su carta al Superior de su Orden, se entregan la Francia y la raza latina por apartarse de la Iglesia y del Catolicismo, escandalizar á todos los hombres de sana conciencia, manchar la suya con un concubinato sacrílego, con ofensa gravísima del respeto que se debe á la familia, á la moral pública y á la santidad del matrimonio?

Respecto á que «fueron muchos los católicos que consideraron con la más sincera tristeza todo el movimiento» y resultados á que conducía,» le diremos que el ejemplo del P. Jacinto tuvo poquísimos imitadores en Francia; que fueron éstos muy contados en Italia, y que en Alemania, donde nació la secta cuyos adeptos se dieron á sí mismos el nombre de *católicos viejos*, llegaron apenas á una treintena, segun el Dr. Hülskamp, que nombra á todos los eclesiásticos que se agruparon en torno de la bandera enarbolada por el Dr. Døellinger; y que algunos de ellos, tales como este sábio y el profesor Schulte, habían sido ántes elocuentes y vigorosos defensores de la infalibilidad pontificia, de que se declaraban á la sazón enemigos, cual si lo que era ántes una verdad universalmente aceptada dejara de serlo por ser elevada á la categoría de dogma; siendo de notar que á la vuelta de algun tiempo se hallaban la mayor parte de ellos profundamente divididos hasta en cuestiones dogmáticas, y que miéntras que aquéllos pocos infelices se convertían en sembradores de zizaña en el campo de la Iglesia, de que habían sido hasta entónces celosos operarios, el Episcopado aleman multiplicaba sus actos de celo y sus protestas de adhesion á la Santa Sede ¹.

Mas si de torpeza calificamos el que citára el nombre del Padre Jacinto, como uno de los *muchos* católicos que se

¹ *Études religieuses*, etc. Feb. de 1872. — *L'Église enseignante et la théologie scientifique*, P. VAN HAKEN.

separaron con aquel motivo de la Iglesia romana, ¿qué epíteto que le cuadre aplicaremos á su absoluta falta de tino en hablar, como para contraponerlo al Concilio Vaticano, de la parodia—que otro nombre no merece—de asamblea religiosa celebrada en 1873 en Nueva-York por varias confesiones protestantes, asociadas bajo el título de *Alianza evangélica*. Ya que más tarde debía afirmar que en el conflicto entre la fe y la ciencia «únicamente es posible una reconciliación entre ésta y la Reforma, y que dicha reconciliación se verificaría fácilmente si las iglesias protestantes querían observar la máxima de Lutero, de que todos los hombres tienen el derecho de interpretar privadamente las Escrituras,» (pág. 376) ¿por qué, al hablar del ningún resultado que tuvo aquella asamblea, revela á sus lectores que este fracaso «demostraba precisamente la naturaleza de los principios que dieron origen á aquellas Iglesias,» y decir de ellas «que habiendo nacido de la división vivían por la división?» (Pág. 365.) ¿Por qué, después de manifestarles que en aquella reunión y especie de concilio protestante se habían congregado varios píadosos representantes de la Iglesia reformada de Europa y América, ó sea la nata y flor del Protestantismo, acaba por declarar que la ciencia era para los reverendos miembros de aquella asamblea «como un pavoroso espectro de forma incierta, de aspecto amenazador, y que la alianza no comprendió que la ciencia moderna es hermana legítima, ciertamente gemela de la Reforma?» ¿Y cómo no veía que si entre sus lectores los había que hubiesen estudiado lógica é hiciesen de esta ciencia mejor uso que él, que con tanto desprecio, en descrédito suyo y daño de su tesis, la trata, podían sospechar que la ciencia moderna, según la acepción que dan á estos dos vocablos Draper y los suyos, deben realmente encerrar en su seno no pocos errores capaces de alarmar las inteligencias de los hombres verdaderamente doctos y prudentes, cuando á poco de haber

condenado muchas de sus afirmaciones la Santa Sede y el concilio Vaticano, la consideraban como un espectro pavoroso y de amenazador aspecto los graves y piadosos pastores reunidos en asamblea religiosa en la más rica, ilustrada y floreciente de las capitales del Nuevo Mundo?

Respecto á las afirmaciones de que «la infalibilidad implica la omnisciencia, y que sin embargo de poseer aquélla, y por consiguiente también ésta, Su Santidad no previó el desenlace de la guerra franco-prusiana (pág. 364);» «que no se puede pretender la infalibilidad en asuntos religiosos y declinarla en los científicos, porque la infalibilidad comprende todas las cosas, implica la omnisciencia (pág. 374);» «que el clero, en sus diversos grados, puede determinar distintos desenlaces de lo futuro, ya por el ejercicio de sus atributos inherentes, ya por su influente invocación á los poderes celestiales (pág. 369),» no nos daremos en manera alguna por ofendidos porque las haya formulado, ántes por el contrario de todo corazón se las agradecemos, porque nos dan la medida, así de sus vastos conocimientos en teología y en disciplina eclesiástica, como de «la severa crítica y esmerado arte con que, según Salmerón, ha expuesto los conflictos entre la religión y la ciencia;» de la misma manera que de su veracidad indisputable nos la dan, entre otros mil ejemplos que podríamos citar y que nuestros lectores ya conocen, sus historias acerca de la invención de la imprenta y el descubrimiento de América, y sobre la muerte de Felipe Augusto. A los lectores de la obra de Draper que se crean lastimados en su amor propio por aquellos insultos á su sentido común, les toca protestar contra ellos de la manera que crean más conveniente.

Ello, sin embargo, y cual si la doctrina de la infalibilidad pontificia, tal como la ha comprendido en todos los tiempos la Iglesia y la ha definido recientemente el concilio Vaticano, tuviese que ver nada en sus efectos con los

ateos, panteistas, positivistas, etc., y cual si su condenacion por dicho Concilio no debiese ser tan indiferente y tan de poca monta para todos ellos, cual lo es para nosotros los católicos cualquier decreto que sobre doctrina y ceremonias del culto publique el Gran Lama, Draper, al igual de todos los que por sus opiniones religiosas se encuentran fuera de la Iglesia, y que por lo tanto son muy libres de creer ó no lo que ésta crea, se lanza á combatir resueltamente y con sobra de saña, éste para él absurdo dogma, afirmando á sus lectores que «ha habido contradicciones» entre Papas sucesivos; que Papas han condenado Concilios y Concilios á Papas; que la Biblia de Sixto V admitió tantos errores que sus propios autores tuvieron que «recogerla»¹; y entrándose despues de esto con aire de triunfo en el terreno de las ciencias de observacion, donde cree que ha de encontrar el argumento Aquiles con que ha de dejar aplastados á los que creemos aún en la infalibilidad del Sumo Pontífice hablando *ex cathedra* en materias dogmáticas y de moral religiosa, vuelve á ocuparse en la doctrina de la redondez de la tierra y del sistema copernicano condenados por la Iglesia; y en los principios de Newton, que venían á desmentir la intervencion de la Providencia; en la evolucion de las especies que echaba abajo el dogma de las creaciones sucesivas, que *obtusamente* insistía en sostener la Iglesia; acusaciones infundadas la mayor parte de ellas y mil veces refutadas, segun dejamos

¹ Al hablar de las diligencias y del grande esmero que ha puesto siempre la Iglesia en restituir á los libros santos su primera pureza, escribe el P. Scio lo siguiente: «Para el mismo efecto de que se conservase en su mayor pureza, los papas Sixto V y Clemente VIII trabajaron con increíble celo para que de la referida Vulgata se hiciese una edicion la más correcta que fuere posible, *nombrando para esto á los hombres más eminentes en ciencia y doctrina que á la sazón se conocían, y á costa de un sumo estudio y vigilancia* se consiguió por último en la segunda edicion romana de Clemente VIII en el año de 1593. — *La Santa Biblia*, t. 1, disertacion segunda, párrafo segundo.

demostrado en capítulos anteriores, y errores otros que se propalan y se dan como conquistas de la ciencia moderna, pero que la verdadera ciencia, ó acepta únicamente como hipótesis, ó como tales errores condena resueltamente.

Antes de pasar á la refutacion de la proposicion final de Draper, de que es imposible la conciliacion entre la moderna ciencia y la fe católica, nos han de permitir nuestros lectores que les denunciemos otro acto de incalificable mala fe en el autor de la *Historia de los conflictos*, y otra acusacion malévola, como todas las suyas infundada. Es el primero el suponer que en la Constitucion dogmática se encuentran virtualmente condenados el dogma de la Santísima Trinidad, el culto de la Virgen y de los Santos, el misterio de la Transubstanciacion, etc., porque no se habla en ella de estos augustos misterios. Basta denunciar este aserto para que las personas todas que no tengan pervertido el sentimiento moral hasta el punto que manifiesta tenerlo Draper, convengan con nosotros en la justicia del calificativo que hemos debido dar á su torpe proceder en el hecho concreto que dejamos apuntado. ¿Qué diría el profesor anglo-americano si alguno le dijera que en los Estados-Unidos se permitía el homicidio porque al promulgar una ley sobre el robo no se condenaba en ella aquel crimen, ó que, arguyéndole más *ad hominem*, le acusára alguno de que acepta la fórmula de Proudhon, de que la propiedad es un robo, porque no se halla expresamente condenada de las páginas de su obra?

Es la segunda suponer que cuando Calvino hizo quemar á Servet estaba animado, «no por los principios de la Reforma, sino por los del Catolicismo, de los que no había »podido emanciparse completamente.» (Pág. 376.) Nos limitaremos, para desmentirle, á poner á la vista de sus lectores el siguiente pasaje relativo á aquel pretendido reformador, debido á la pluma de un fogoso protestante, Mr. Gallife: «Calvino, dice este escritor, destruyó todo

cuanto había en la reforma ginebrina de bueno y honroso para la humanidad, y estableció el régimen de la más *feroz intolerancia*, de las supersticiones más groseras, de los dogmas más impíos. Y lo alcanzó primero por la astucia y despues por la crueldad, amenazando al mismo Consejo con el motin y la venganza de los satélites de que se hallaba rodeado... *Aquella alma amasada con barro, tenía necesidad de sangre.*» Y en otra parte, y fingiendo apostrofar al mismo Calvino, le dirige estas palabras: «Tú harás que sean desterrados los fundadores de la independencia de Ginebra, que habían prodigado sus bienes y derramado su sangre por la libertad; tú insultarás á aquellas almas patrióticas desde el púlpito con los epítetos de asesinos, pícaros y perros; tú mandarás quemar y decapitar, ahogar y ahorcar á cuantos intenten resistir tu tiranía¹.» No tomen á mal nuestros lectores que les recordemos que Calvino, el libertino *marcado*² por delito de sodomía desde el año 1532, ó sea á los 23 años de su edad, ordenaba quemar á fuego lento á Servet, presenciando él mismo su suplicio en el año 1553, y cuando, por consiguiente, había tenido tiempo de sobra para emanciparse completamente de los principios del Catolicismo, de cuyas enseñanzas y prácticas se había separado desde muy jóven.

A la manera del caminante que, despues de andar largo espacio por terrenos arenosos y cubiertos de malezas, rendido bajo el peso de insoportable carga, ve con alegría

¹ *Notices généalogiques*, t. III, pág. 21, cit. por AMADEO LAYRET, *Revue du monde cat.*, 1876, t. I, pág. 213, *A travers la presse*.

² Véase PERRONE, *El Protestantismo y la regla de fe*, t. II, pág. 184, nota segunda, donde cita diferentes autoridades por los cuales se prueba el torpe crimen de Calvino y el haber sido marcado en la espalda en castigo con un hierro candente.



cercano el punto en que, arrojando ésta, podrá descansar de su fatigoso viaje, con indecible gozo vemos aproximarse el término de nuestra tarea, y con él el de la violencia que hemos tenido que hacernos y del tédio que hemos tenido que arrostrar para leer el libelo á que, profanando el nombre de la ciencia, á quien apellidaba Ciceron «luz de los tiempos y maestro de la vida,» osó llamar Draper *Historia de los conflictos de la religion y de la ciencia*. Con el orgullo de quien presume dejar demostrada su tesis, y con la ilusion por ventura de que, al igual del Hércules de la fábula, que se llevaba envuelto en su piel de leon á los pigmeos que sin ningun esfuerzo había vencido, podía cantar victoria sobre sus flacos enemigos, llega el escritor anglo-americano á lo que supone ser consecuencia final de las premisas por él sentadas; pero por la historia, por la autoridad, por la razon y hasta no pocas veces por el buen sentido desmentidas, y que formula en las siguientes afirmaciones, que son otras tantas falsedades que basta á desmentir la *inteligencia ménos cultivada*.

«Un abismo infranqueable (*sic*), y que se agranda por momentos, se abre entre el Catolicismo y el espíritu de la época. El Catolicismo pretende ser el único intérprete de la naturaleza y que la revelacion sea el árbitro supremo del saber. Abiertamente confiesa su odio á las instituciones libres y á los sistemas constitucionales, y declara que están en un error condenable los que consideran posible ó deseable la reconciliacion del Papa con la civilizacion moderna.» (Págs. 374-375.) Y más adelante: «El Cristianismo católico y la ciencia son absolutamente incompatibles, segun reconocen sus respectivos adeptos; al paso que, no sólo sería posible una reconciliacion entre la ciencia y la Reforma, sino que ésta se verificaría fácilmente si las Iglesias protestantes quisieran observar la máxima de Lutero, de que todos tienen derecho de interpretar privadamente las Escrituras.» (Pág. 376.)

Pudo ser que hubiese habido un filósofo que, negando el dolor, con romperle un brazo á palos se convenciese de que realmente aquél existía; mas aún cuando para los que se empeñan en negar que sean compatibles la verdad revelada y la ciencia se hiciese desfilar por delante de sus ojos la muchedumbre de hombres eminentes que en los ramos todos del saber ha producido el Cristianismo, y cada uno de ellos les manifestára, los unos el inmenso caudal de conocimientos, de ideas y de verdades que han aportado á las ciencias filosóficas; los otros, desde Silvestre II hasta el P. Secchi, el sinnúmero de descubrimientos que las ciencias de observacion les deben, y les dijese aquel sábio Pontífice: yo descubrí el reloj de péndulo, gracias al cual habeis podido fijar la verdadera configuracion de la tierra; y el monje Rogerio Bacon: yo, ántes que lo diesen á conocer los árabes, encontré el secreto de hacer la pólvora, por medio de la cual os ha sido fácil penetrar en las entrañas de la tierra, y con ello, á la vez que abríais paso á vuestras locomotoras, podíais dar nacimiento y bases en qué apoyarse á la Geología y á la Paleontología; y el dominico Spina: yo inventé los lentes, con los cuales, perfeccionándolos y combinándolos, habeis podido internaros en las inconmensurables profundidades del espacio y estudiar la naturaleza y los movimientos de los astros; y el diácono Flavio Gioja, ó tal vez Raimundo Lulio: á mí me debeis la brújula, sin la cual no hubiérais podido nunca lanzaros atrevidamente en busca de ignoradas tierras al otro lado de los grandes mares; y les recordase Guido de Arezzo que él había inventado la gama y la armonía; y Arnaldo de Villanova les manifestára que á él debía la Química los tres ácidos: nítrico, sulfúrico y muriático; y el monje Luca di Borgo que había introducido el Algebra; y el Cardenal de Cusa, y despues de él Galileo, que á ellos debe la ciencia la opinion de que la tierra giraba sobre su eje; y Copérnico que suyo es el sistema que considera la moderna Cosmografía

como una de sus mayores conquistas; y les afirmase Keplero que era él quien había descubierto las leyes sobre el movimiento de los cuerpos; y les recordara Newton que era suya la teoría de la gravitacion universal; y Euler que había sido él quien había perfeccionado el cálculo integral; y Vassali y Morgagni que se debía á ellos el más perfecto conocimiento de la estructura y de las funciones del organismo humano; y otros ciento y ciento con idénticos títulos al agradecimiento de las ciencias y de los sábios; y aún cuando detrás de ellos desfilara el venerable cortejo de todos los siglos que se han sucedido desde la venida de Jesucristo, enumerando y ensalzando los pasos de gigante que bajo la influencia del Cristianismo, y por éste guiados, dió cada uno de ellos en el camino del progreso y de la civilacion; y millares de millares de escritores, levantando delante de ellos inmensas pirámides con el sinnúmero de volúmenes por ellos compuesto, proclamando y afirmando en todos los tonos y en todas las lenguas conocidas que en la fe hallaron la más segura guía, en la revelacion el más luminoso faro para conducirles al conocimiento de la verdad, y en el Cristianismo un maestro las más de las veces, un decidido protector casi siempre; todavía, tan ciegos les tiene el odio á la religion, que, al igual que condena todas las concupiscencias, anatematiza todos los errores, habían de continuar gritando con desentonadas voces: «el Cristo es enemigo de la ciencia; el Cristo es el mayor contrario que la civilizacion tiene; no queremos al Cristo; él y la sociedad moderna son incompatibles.»

No, pues, con la esperanza de convencer de error á los que voluntariamente cierran los oidos á la voz de la verdad y la vista á la evidencia de los hechos, sino en obsequio de los que ciega é inconscientemente siguen á sus falsos maestros, y á quienes por lo tanto se puede con toda exactitud aplicar aquellas palabras del Salvador: «tienen ojos y no ven, tienen oidos y no oyen;» y sobre todo para rendir

nuestro humilde homenaje á la verdad por aquéllos escarnecida, á la justicia por aquéllos conculcada, y hasta á la razon por aquéllos insultada y envilecida, contestaremos á los cargos que á la Iglesia se hacen, con tanta más insistencia repetidos con cuanta más copia de razones han sido combatidos y negados, apoyándonos en autoridades que han de añadir á nuestros argumentos la fuerza y el prestigio que nuestro humilde nombre no podría darles.

En un documento por desgracia solemne y demasiado conocido, se había dicho que *el Papa puede y debe reconciliarse y transigir con la civilizacion moderna*, que es una de las proposiciones condenadas en el *Syllabus*, y de cuya condenacion pretenden hacer un arma de guerra contra la Santa Sede los enemigos todos de la Iglesia. «Si debe hacerlo y sin embargo no lo hace, observa Cantú, falta á su deber. ¿Y de dónde les viene á los que tal dicen el derecho de decidir si falta ó no á su deber el Pontifice? Además, transigir indica un cambio, una concesion de parte de lo que os pertenece para ponerlos de acuerdo con otro. Pero la verdad no es susceptible de cambios, ni puede abandonar el más insignificante de sus derechos para ponerse de acuerdo con el error. Deberíais comprender al hablar del Papa que no se trata ni del hombre, ni del príncipe, sino de la Religion. Esta no es en manera alguna contraria á lo que tiene la civilizacion de bueno, y por lo tanto no tiene por qué transigir con ella. ¿Debería por ventura concertarse con lo que tiene de malo? Mas decidnos por favor, ¿cuál es la verdad católica que se haya convertido en error, ó cuál el error que haya venido á ser una verdad? Dios no da una ley particular á cada siglo. Si entendeis por civilizacion caminos de hierro, telégrafos, buques de vapor, ciencias y artes, Roma, no tan sólo no se opone á ella, sino que las utiliza y se complace en favorecer y propagar. Roma es la autoridad que dirige el progreso: lo cual no es un motivo para que se incline delante de él; y no lo acepta desde el momento que

éste declara que reniega de lo pasado, rompe la tradicion de la verdad, confunde el bien y el mal, niega lo sobrenatural y el dogma, y propone por único bien los goces temporales. Roma no acepta el progreso que es la idolatría del yo humano. Si por civilizacion entendeis hablar de Gobiernos representativos, de elecciones populares, de la discusion oral ó escrita, la Iglesia, sabedlo bien, ha hecho uso de todas estas cosas ántes que los Gobiernos modernos; pero ella da la voz de alarma á los pueblos cuando, bajo los engañosos vocablos de *civilizacion* y de *libertad*, se pretende encubrir errores religiosos, intelectuales, morales, políticos y sociales.

» La Iglesia condena los abusos de las libertades políticas y la pretension de hacer de ellas la regla absoluta de nuestra conducta, de la misma manera que ha condenado siempre la tiranía de los déspotas. No reprueba las Constituciones, ántes al contrario las bendice, permitiendo que se les preste juramento. Sabiendo conformarse con las necesidades del tiempo y de las circunstancias en que vive, cumple con el bien posible, pero reclamando el bien deseable. Siempre firme en el terreno de los dogmas, camina con la sociedad cuando ésta no está reñida con las ideas, inmutables tambien, de derecho, de justicia de autoridad, de obediencia, de vicio y de virtud ¹. »

« El *Syllabus*, dice en otra parte, no ha destruido ninguna libertad ni institucion moderna en ningun punto del globo. Quisiéramos que nos dijeran esos fanáticos de sangre fria si no tiene la Iglesia el derecho de defenderse, como pretenden ellos tener el de atacar. Lanzas todos los dias injurias á la Iglesia, al Papa, á Cristo; se conspira en las Cámaras por medio de la palabra pública; en las Universidades por la enseñanza; en los periódicos por las más groseras injurias; en los cafés por los más vulgares

¹ CANTÚ, *Les Hérétiques*, etc., t. v, pág. 529.

dicharachos; en los teatros por las representaciones de la escena. Por lo que toca á los Gobiernos, no retroceden delante de ningun decreto odioso, delante de ninguna medida ridícula para reglamentar á una Iglesia que desconocen y de cuyas doctrinas reniegan. Alientan la apostasía, subvencionan los profesores que en sus cátedras atacan á Dios, al alma y á la razon; que declaran inmoral el Evangelio, supersticion á todo culto y al hombre descendiente del mono; que proclaman que sólo existe la materia y que el Papa es el cáncer de la religion y de la sociedad. La prensa hace en provecho de los más hábiles los votos más sacrílegos y fomenta los más atroces sentimientos; se aplaude toda locura que se imprime, á todo dios nuevo que se inventa, toda secta que resucita, el pomposo libertinaje del antiguo gnosticismo, uniendo lo burlesco á lo sublime. ¿Ha habido, por ventura, una época en que Cristo estuviese más que en ésta expuesto á los salivazos de los patricios delirantes, de los aventureros y de los escritorzuuelos? Los Príncipes que ántes atormentaban al Papa en secreto, le atacan ahora abiertamente; y prefiriendo el papel de Atila al de Carlomagno, le obligan á que les bendiga al propio tiempo que le maltrata.....

»Pues bien, si un cristiano denuncia á la conciencia pública esa renaciente barbárie; si eleva una voz libre para advertir á los fieles el peligro, ¿con qué derecho se le maldice? ¿A qué escandalizarse cuando el Papa y los Obispos se quejan de tantas injusticias; cuando proclaman que la sociedad no debe ser abandonada al capricho de una persona ó de un Parlamento; cuando enmedio de tantos desastres materiales deploran las ruinas morales? Se llega pronto á practicar los vicios que se deja de condenar; y pues la Iglesia educa á los fieles en el respeto de lo verdadero y de lo justo, ¿cómo no ha de protestar contra la falsedad y la injusticia, contra los errores del entendimiento, que pueden traer consigo tantas catástrofes?... La Santa

Sede, custodio de las máximas sociales, ¿no debe prevenirnos contra las doctrinas que corrompen el linaje humano? La Silla de Pedro, que hace que predomine en este mundo la idea sobre los hechos, ¿puede no condenar la doctrina de los hechos consumados, la soberanía del fin, el egoismo del principio de no intervencion, la legitimidad del puñal, la omnipotencia del número y la rebelion, preconizada como único remedio al despotismo, basado en la democracia? Habiendo sido ya condenados estos errores sociales por economistas, por filósofos, por políticos, ¿no debían serlo con más razon por la Iglesia, estado perfecto, ideal moral que quiere la verdad absoluta ¹?»

Desde que San Gregorio Nacianceno, lleno de santa indignacion, lanzaba á la faz del emperador Juliano, que acaba de prohibir á los cristianos que enseñasen, estas enérgicas palabras: «Sí, yo abandono gustoso á quien los quiera la fortuna, el esplendor de las dignidades, el poder, la gloria y todas esas nonadas de la vanidad de los hombres, livianas como sus sueños: pero las ciencias, las letras, jamás; ellas son nuestro *dominio, del cual no se logrará arrancarnos nunca* ²,» hasta que en la Constitucion dogmática declaraba la Iglesia por boca de sus Prelados reunidos en Concilio «que no puede existir verdadero desacuerdo entre la fe y la razon, porque es el mismo Dios el que revela los misterios y comunica la fe, y quien derrama en el espíritu humano la luz del entendimiento, y Dios no puede negarse á sí mismo, ni la verdad contradecir nunca á la verdad ³,» en ningun tiempo ha dejado aquélla de proteger la verdadera ciencia en todas sus manifestaciones y hasta de dar grande importancia á las ciencias

¹ *Ibid*, págs. 529 y 530.

² S. GREG. NACIAN., *Orat. contra Juliano*, cap. I, t. II. — *Patrol. græc.*, tomo xxxv, col. 636 y 637.

³ *Const de fide catholica*, cap. IV.

naturales, á las cuales consideró siempre como las más eficaces para conducir al hombre por medio del conocimiento de las cosas creadas á su más elevado y perfecto concepto del poder, de la grandeza y de la sabiduría del Creador.

Resumiendo la doctrina de los Padres de la Iglesia, decía el Doctor angélico en un aforismo de todos conocido: «Es imposible que una verdad de fe se encuentre en contradicción con un principio demostrado por la razón humana, porque únicamente lo falso es opuesto á lo verdadero.» Y algunos siglos más tarde: «Como el entendimiento, decía Leibnitz, es, lo mismo que la fe, un don de Dios, el combate de aquél contra ésta sería el de Dios contra Dios.» Bacon ha dicho que «la religion es el aroma que impide que la ciencia se corrompa,» y Mr. Cochin que puede darse el caso de que algunos hombres sábios estén en desacuerdo con la razón, pero que no es posible que ésta lo esté nunca con la verdadera ciencia. Guizot, dando un paso más, dejó escritas estas notabilísimas palabras: «La Iglesia es tan soberana en el orden intelectual, que hasta las ciencias matemáticas y físicas se ven obligadas á someterse á sus doctrinas ¹.» Por esto ha venido Hettinger á decir, ampliando un pensamiento de De Maistre: «El Cristianismo, que sufrió la pena del fuego, ha sufrido también la de la ciencia, la cual se ha inclinado ante su divinidad ².»

Apesar de todo, los que se atribuyen á sí mismo el nombre de sábios, porque dan exagerada importancia y ciego crédito á algunas teorías que están en contradicción abierta con las creencias católicas, cabalmente porque lo están con la ciencia verdadera, insisten en presentar como un hecho demostrado el divorcio de ésta y de la religion, y nos asordan á todas horas los oídos con estas ó parecidas

¹ GUIZOT, *Hist. de la civilizacion de Europa*, lec. vi.

² *Apología del Cristianismo*, t. II, pág. 478 de la edición española.

objecciones: no sois ni podeis ser libres en vuestras investigaciones, porque, encerrados en los estrechos límites de la fe, no disponeis de la independencia necesaria para lanzaros á la investigacion de la verdad. Teneis miedo á ésta, y por consiguiente á la ciencia, que es el camino por donde se va á ella.

«Se nos acusa de que no somos libres, decía con motivo de inaugurarse en Bruselas la *Sociedad científica y católica* su presidente, el Dr. Lefevre. Sin duda alguna en las cuestiones de fe y de moral tenemos principios inmutables; inmutables como Dios mismo, que se ha dignado revelárnoslos; pero en el orden de los fenómenos naturales, que constituyen el verdadero dominio de las ciencias, sabemos que el Autor del universo ha entregado éste á la investigacion y á las disputas de los hombres: *cuncta fecit bona in tempore suo, et tradidit mundum disputationibus eorum*. (Eccl., III, 2.) Tenemos el derecho de decir á nuestros adversarios: en ese terreno gozamos de la misma libertad que vosotros, al paso que poseemos una garantía de que vosotros careceis. Al igual que vosotros, buscamos á la luz de la razon las leyes por las cuales se gobiernan los mundos, que rigen á los séres y que coordinan los átomos. Nuestra razon es, sin duda, débil y limitada como la vuestra, y, al igual que vosotros, podemos caer tambien en el error. Mas hé aquí dónde empieza nuestra superioridad. En ciertas regiones oscuras y elevadas de la ciencia, donde la razon vacila y se confunde, encontramos de distancia en distancia límites puestos por el mismo Dios. En estos casos nos falta verdaderamente una libertad, pero es la libertad del error. ¿Suponeis que esos límites impiden el progreso? Cuando el geólogo trepa por los Alpes con el deseo de alcanzar las escarpadas rocas del Mont-Ross ó las nevadas cimas del Mont-Blanch, en ciertos puntos en que el sendero está cortado á pico en los flancos de la peña, encuentra guardacantones puestos entre el camino y el abismo. ¿Le

impiden aquellas piedras, por ventura, subir y alcanzar las alturas á que se dirige?

»Abramos la historia, y sigamos rápidamente las huellas de esos grandes ingenios cristianos en los principales ramos de los humanos conocimientos. ¿En el siglo xiii, el franciscano Roger Bacon no pudo, sin dejar de ser perfectamente ortodoxo, recorrer todo el círculo de las ciencias astronómicas y físicas, iluminándolas con los resplandores de su poderoso entendimiento? ¿Por ventura los padres de la astronomía moderna, Copérnico, Keplero y Newton, no eran más que creyentes, no eran cristianos de una piedad ejemplar '?»

Mas basta ya: la cuestion es de hecho, y en este linaje de argumentos el que no ve la verdad es porque cierra obstinadamente los ojos á ella. Si fuese posible reunir en un congreso enciclopédico á todos los sábios que se han hecho famosos en ambos mundos antiguo y moderno por el cultivo de todos los ramos de conocimientos humanos, y cada uno de ellos, sin exageracion como sin falsa modestia, manifestára la suma de verdades y descubrimientos que al templo de la diosa á que todos ellos dan culto traen como en ofrenda; y si despues de esto, postrados en el suelo y puestos en el cielo los ojos y sobre el corazon la mano, hiciese cada uno de ellos profesion de sus creencias, no lo dude Draper, no lo duden los enemigos de las religiones positivas, sería infinitamente superior el número de los que creen en los hechos de órden sobrenatural, en las verdades reveladas, en una Iglesia y en Dios, que los materialistas y los escépticos; y si, extremando algo más la investigacion, examináramos y pesáramos sus diferentes opiniones científicas, hallaríamos de fijo más verdades positivas, más descubrimientos realizados, ménos afan por dar como

¹ *Revue du monde catholique*, 1876, tomo i, pág. 393.

tésis demostradas sus teorías en los primeros, y en los segundos más errores anunciados como verdades, más hipótesis preconizadas como tésis, y más antiguallas desechadas ya por los verdaderos sábios, pero preconizadas como conquistas de la ciencia moderna.

La crisis social.

Draper escribió al frente del capítulo que nos ocupa, como á su tiempo notamos, el título de *Crisis inminente*. Sería el más apropiado si, en vez de aplicarlo, como lo hace, á la Iglesia católica, á la Roma cristiana, «á la cual cree ver lanzando sus postreros rayos sobre Europa,» lo hubiese destinado á significar el triste y alarmante estado en que se encuentran las sociedades modernas del viejo y del nuevo continente, que corren ciegas y desatentadas á su ruina, á la cual llegarán más pronto acaso de lo que se presumen por el camino de la barbárie y de la anarquía si, despreciando aquellos supuestos postreros rayos con que se esfuerza Roma cristiana en iluminar sus pervertidos entendimientos y llevar un poco de calor á sus corazones, casi del todo cerrados ya á todo sentimiento elevado, á todo afecto generoso, no se detiene en su funesta marcha.

No hemos de añadir un nuevo cuadro, que trazado por nosotros sería pobre y descolorido, á los muchos que acerca del estado moral, social y político de las modernas naciones han pintado tantos eminentes escritores y hombres de Estado, ni unir nuestra flaca y poco autorizada voz á la de tantos varones ilustres que brillan como astros de primera magnitud en el firmamento de las ciencias morales, y que, para avisar á los hombres que corren irremisiblemente á su perdición, están dando voces de alarma desde todos los ángulos del universo. Hasta desde las filas de los enemigos de la sociedad y de la Iglesia, que ven

con espanto que sus discípulos llevan ya las consecuencias de los principios por ellos proclamados más allá de lo que ellos quisieran, á la manera que se pasan los centinelas de uno á otro la voz de alerta en una plaza sitiada, comienzan, asustados de su obra, á lanzar gritos de angustia en vista de la ruina que á las modernas sociedades amenaza. Y es que teniendo los hechos su lógica, como la razon la tiene, y poseyendo sus leyes morales la historia, como posee las suyas físicas la naturaleza, y obrando unas y otras conforme con los decretos de la sabiduría y de la justicia divinas, basta conocer el estado actual de los entendimientos ofuscados por el error y de las voluntades pervertidas por todo linaje de concupiscencias, para adivinar, sin necesidad de ser profeta, cuál será la suerte de las modernas sociedades en el día de mañana.

Cuando pues en las regiones superiores de la sociedad domina el materialismo, que es hoy la filosofía de moda, y en las inferiores la ignorancia, pero la ignorancia en su más repugnante aspecto, ó sea la ignorancia orgullosa porque sabe leer, y en unas y otras la perversidad de costumbres y la inmoralidad; cuando los altos poderes políticos, llámense Monarcas ó Presidentes de repúblicas, instrumentos dóciles ó hechuras de la revolución, se han convertido en vivientes estampillas, únicamente ocupados en poner su firma y *visto bueno* á todos los decretos de aquélla; cuando los Gobiernos, aunque condenando la fórmula demasiado repugnante en su desnudez, de que «la propiedad es un robo,» han obrado y siguen obrando cual si realmente la creyesen verdadera, apoderándose los más fuertes del patrimonio y de la tierra de los pueblos más débiles, todos de los bienes de algunas clases, porque así convenía á los intereses del Estado, y estableciendo, á fin de sancionar aquellos despojos y estas usurpaciones, la immoral é insultante teoría de los hechos consumados; cuando despues de haber arrojado los poderosos y los ricos á Dios de sus palacios y á la

Iglesia de sus consejos, porque ésta en nombre de aquél venía á condenar sus violencias y á recordarles sus deberes, que nunca se infringen en vano, han permitido que se arrojára tambien á Dios de la vivienda del pobre, donde la desesperacion que engendra el odio y la venganza entró á ocupar enseguida el lugar que dejó aquél desierto; cuando los que debían ser los directores de los pueblos y los guardadores de la justicia han tolerado que se denunciára la Iglesia como causa de todos los males, como enemiga de todos los adelantos, como rémora de todo progreso, siendo causa de que se apoderára el Masonismo ó la Internacional de la influencia que á aquélla se arrebatava, y que el club reemplazase al templo, el demagogo al sacerdote; cuando las clases todas de la sociedad, así las llamadas directoras como las más necesitadas de direccion y consejo, tienden y se esfuerzan en emanciparse de toda autoridad, en sacudir todo freno así social como religioso, en debilitar todos los vínculos, los de la caridad al igual que los de la familia, y se enervan en los placeres sensuales, y se sumergen poco ménos que deliberadamente en el vacío de la duda ó en la fria atmósfera de la indiferencia, ó en las nubes de sucio polvo que levantan los vientos de todas las concupiscencias; cuando desde los Parlamentos, desde las cátedras, y sobre todo desde los folletos y los periódicos, vendidos en su mayor parte á la Revolucion, á los modernos Maquiavelos, que han hecho de la ciencia del gobierno el arte de engañar y de insultar el honor y la moral, se envenena la inteligencia de las masas con errores, y se corrompe su voluntad con mentiras, y se les educa en el odio á la Religion, á las autoridades constituidas, á las clases superiores, al capital, á la familia, al orden público, y se les brinda con la posesion del poder, del cual se les hace creer que fueron hasta ahora juguetes ó víctimas, ¿cómo no ver, á ménos de ser de esos optimistas de quienes hablaba Donoso Cortés, á cuyos ojos la nube, en vez de aumentar, está desvaneciéndose por

los aires; cómo no ver, repetimos, que la torre babilónica de nuestra civilización va á derrumbarse, según la bella comparación de este publicista, al ruido de las trompetas socialistas, como vino al suelo la gigantesca torre de la civilización romana al ruido de las trompetas apostólicas?

Hace tiempo que resuenan en los oídos de los modernos pueblos, y que éstos los escuchan sin conmoverse, los fatídicos anuncios de: «los reyes se van, se van los dioses.» Hora es ya que se diga á las humanas sociedades, y que se les repita á todas horas, para que despierten de su criminal indiferencia, de su incomprensible apatía, y para que se prevengan, si es que todavía hay tiempo, que detrás de los reyes, y en especial de los dioses, se van también las naciones.

Cuando nuestro famoso publicista escribía aquellos renglones, que revelan una previsión de que carecen por desgracia muchos que son tenidos en nuestros tiempos por eminentes políticos, el peligro que denunciaba era todavía relativamente remoto; pero hoy las numerosísimas falanges de los enemigos del orden social, organizadas ya y dispuestas para el combate, aguardan tan sólo que alguna circunstancia, algún acontecimiento que los escépticos y los indiferentes apellidan fortuito, pero en el cual los católicos reconocemos una señal de que la misericordia divina, cansada de perdonar, esperando en vano la hora del arrepentimiento, cederá su puesto y su acción á la justicia, cansada de aguardar el momento de pronunciar su fallo, haciendo más fácil su triunfo, las excite al ataque del edificio social, cuyos cimientos tienen ya minados, y que se derrumbará sin duda á la más leve sacudida.

Mas aquél será el día del castigo, pero no el de la final destrucción. En pos de los trenos exhalados entre las ruinas de Sion y de su templo, y de las elegías cantadas á la sombra de los sauces lloronés en la orilla de los ríos babilónicos, vendrán los cantos de hosanna por la vuelta del destierro y por la reedificación de la santa ciudad y del sagrado

templo. La Iglesia, que á tantos cataclismos ha sobrevivido; la Iglesia que hizo brotar las modernas naciones de las ruinas del mundo romano; que ganando para Jesucristo ganó al propio tiempo para la civilizacion, hoy la barbárie germánica, al día siguiente la barbárie eslava, al otro día la barbárie púnica, ganará de nuevo para Cristo la barbárie demagógica; para Cristo á quien volverán á aclamar por su Redentor los pueblos, y por su Monarca el nuevo órden social, al cual bendecirá como había bendecido ántes á los Emperadores francos y alemanes, y á las Repúblicas de los tiempos medios.

Los que, como Draper, no creen en lo sobrenatural, y por consiguiente ni en los milagros ni en las profecías, se burlarán de nuestros temores y de nuestros presagios. Y si por ventura algunos preven, como nosotros, un próximo cataclismo de las modernas sociedades, y cual nosotros presagian nuevos destinos para el linaje humano, presumen que aquél será como á manera de pasajero diluvio del cual saldrá un estado de cosas más perfecto y sin los innumerables males causados por las preocupaciones políticas y los fanatismos religiosos; creen que en el mundo nuevo que surgirá de aquel caos y al *fiat* de la Revolucion, libres los hombres de las tiranías de los gobiernos y de los terrores de que, para imponer su yugo, se valen las Iglesias, habrá hallado en el *Dios humanidad* el ideal por quien hace tantos siglos que suspira, y la edad de oro, que es la tierra de promision hácia la cual hace tanto tiempo que camina. ¡Qué de buen grado abandonaríamos á los soñadores y forjadores de utopias sus ilusiones, si por desgracia no considerásemos esas mismas ilusiones como otros tantos motivos de temor; por cuanto, adormeciendo con ellas á los incautos y á los indiferentes, y con ellas seduciendo y engañando á los ignorantes y á los desgraciados, dan auxiliares y mayores bríos á las falanges demolidoras! Nosotros, fundándonos en la historia, en cuyas leyes morales tenemos completa fe, ya

que no son en último resultado, para los que creemos en la Providencia, más que la expresion, ó, si se nos permite la frase, la traduccion en hechos de los secretos de la divina Justicia; dejándonos guiar por la razon, luz que alumbra y no abrasa, que dirige y no extravía cuando en la revelacion se apoya y recibe de ella sus más claros y puros resplandores; nosotros, que confiamos en las divinas promesas; nosotros, apoyándonos en este triple testimonio, pero principalmente en las palabras de Jesucristo, que prometió á su Iglesia su inmortalidad; que le dió la seguridad de que no prevalecerían nunca contra ella las puertas del infierno, y que vendría un día, mucho ántes que llegára el fin de los tiempos, en que los hombres todos formarían un solo rebaño, se alimentarían en los pastos de las mismas divinas enseñanzas y sestearían bajo la vigilancia de un solo Pastor, nosotros opinamos tambien que la crisis, si bien espantable, será poco duradera, y que será, no el *Dios-Estado* ni el *Dios-Humanidad*, sino la Iglesia Santa, nueva arca de ese diluvio, la que ha de llevar en su seno la escarmentada sociedad al suspirado y más seguro puerto.

Hace un siglo que la Revolucion, suponiendo que el Cristianismo, decrepito segun ella, ha llegado á los postreros días de su existencia terrena, está designando como el último Papa á cada uno de los que van sucediéndose en la Silla de San Pedro; y sin embargo, el siglo XIX será contado en la historia como uno de los más grandes en la del Pontificado. Nunca con más razon que ahora pudo aplicarse á éste las palabras que, refiriéndose á la Iglesia, escribió Tertuliano: «Sus heridas son sus glorias, y apénas recibe una, la restaña esplendente corona; la sangre que derrama hace brotar nuevos laureles, y son más las victorias que alcanza que las violencias que padece.» De la Roma pontificia puede decirse lo que de la Roma pagana cantaba el príncipe de los líricos latinos: «Ella es la fuente, ella es la robusta encina de las selvas de la Algida; no importa que



caigan sus ramas á los golpes de la segur: el daño es para ella crecimiento; el mismo hierro que la hiere es instrumento de su gloria ¹. » No son, pues, sus postrimeros rayos, como supone Draper, los que derrama el Pontificado sobre la moderna Europa.

Por fortuna piensan como nosotros, y no como el autor de la *Historia de los conflictos*, entendimientos mucho más perspicaces y vastos que el de éste; por fortuna han opinado como nosotros, y no como el profesor anglo-americano, en estos últimos tiempos, entre otros, Ranke, cuya historia es la glorificación de los Pontífices que reinaron después de la pseudo-reforma y de la Revolución, y en especial Macaulay, el más grande historiador de Inglaterra en nuestros días, quien, con ocasión de hablar de aquella obra, que tantas preocupaciones desvaneció y que por ventura preparó tantas conversiones al Catolicismo, después de demostrar en un cuadro tan grandioso como animado que el *progreso de las luces, lejos de perjudicar al Pontificado, no hace más que aumentar su prestigio y su fuerza* ², escribe ese notable pasaje:

«Refiere una fábula árabe que la gran pirámide construida por monarcas antediluvianos fué la única obra de los hombres que sobrevivió al diluvio. Tal fué el destino del Pontificado: había sido sepultado en la grande invasión (la Revolución francesa y el Imperio); pero sus profundos cimientos ni siquiera se conmovieron, y cuando se hubieron retirado las aguas, apareció solo en medio de las ruinas del mundo que acababa de ser destruido. Los últimos acontecimientos, no tan sólo habían afectado á las instituciones políticas y trastornado los límites territoriales, sino que hasta la

¹ *Horatii Carmina*, lib. iv, oda iv.

² En un artículo publicado en 1840 en la *Revista de Edimburgo*, y que fué traducido al francés en la *Revue Britannique*, en 1841. — Véanse los más notables pasajes del mismo relativos al Pontificado en el *Dict. d'apolog. involontaires*, t. II, col. 571 y siguientes.

distribucion de la propiedad, el espíritu y la formacion de las sociedades habían experimentado en toda la Europa católica un cambio completo: únicamente la Iglesia, inmutable, permanecía en pié.»

Draper termina su libro con estas palabras, escritas, dice, hace más de 23 siglos á la sombra de las ramas de los rios de Babilonia: «La verdad es eterna y no perece jamás; vive y vence siempre.» No sabemos si realmente estas palabras que, despidiéndose de sus lectores con un engaño y dando por digno coronamiento á su obra este último acto de mala fe, atribuye á Esdras, fueron ó no escritas en el tiempo y con las circunstancias que indica. Las aceptamos, sin embargo, con respeto, no por ser de quien son (pues las suponemos sacadas del libro apócrifo del falso Esdras), sino por el concepto que entrañan. Con ellas pondremos tambien término á este nuestro humilde trabajo, pero aplicándolas, no como lo hace Draper, á la calumnia, á la mentira y al error, sino á las doctrinas y á las enseñanzas, — únicas que pueden hacer la felicidad de las naciones y la dicha temporal y eterna de los individuos, — de Aquél que dijo de sí mismo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*; de Aquél que fué saludado por los coros angélicos al venir al mundo en carne humana con aquel canto, nunca hasta entónces oído en la tierra: «Paz á los hombres de buena voluntad;» de Aquél que nos dejó en su testamento, ántes de morir por nosotros, una doctrina que, con tener por principal objeto enseñarnos el camino para llegar á la bienaventuranza en el cielo, es la más apropiado, segun confesion de Montesquieu, para labrar la prosperidad y la dicha de las humanas sociedades en la tierra.

Ay de éstos si continúan por mucho tiempo cerrando los oidos á las enseñanzas de Aquél, su divino maestro, para abrirlos neciamente á las falsas doctrinas de los maestros del error.

CAPÍTULO XII

La Religion y la ciencia.

La moderna civilizacion es obra del Cristianismo.

Á la manera que un ciego que, al cobrar de repente la vista, para servirnos de una comparacion de Cantú, creyese, al ver el sol, que este astro acababa de ser creado en aquel punto y hora en que se presentaba radiante de luz á sus asombrados ojos, así la mayor parte los hombres, al hallarse frente de una civilizacion, de cuyos beneficios disfrutan, pero cuyo laborioso nacimiento y lento y fatigoso desarrollo ignoran, imagínanse que, al igual que Minerva de la frente de Júpiter, brotó aquélla del suelo al par y por decreto de las actuales generaciones. Y de este error, si disculpable en las personas indoctas, en las ilustradas ridículo, nacen el orgullo de este siglo, que, creyéndose gigante, figúrase poder aspirar como el Titan de la fábula á arrebatarse su fuego al cielo y á arrojar de él al mismo Dios, y su desprecio por los tiempos que fueron, como si nada les debiese, ó cual si hubiesen sido obstáculo á que no hubiese llegado ya ántes de ahora al logro de sus orgullosos designios.

Perdonamos este pecado de risible vanidad á los ignorantes; no así á los que por estar dotados de más claro entendimiento, ó puestos en situacion que les impone la obligacion de aprender, la tienen de saber que habiendo venido tarde al mundo y siendo descendientes de noble y dilatado abolengo, debían conocer cuáles eran los títulos de nobleza de sus antecesores heredados y cuáles los por ellos adquiridos. Que quien hizo un largo viaje durmiendo llegue por un momento á figurarse, al despertar, que ha pasado de un salto de la ciudad de donde salió por la mañana á la capital donde acaba de llegar por la tarde, es ilusion disculpable; pero que se empeñe en sostener que no ha andado quien habiendo visto pasar por delante sus ojos fértiles llanuras y cañadas sombrías, dilatados valles y gigantescas montañas, modestas aldeas y ricas ciudades, se encuentra al ponerse el sol á larga distancia del punto de partida que abandonó al romper del alba, es manifiesta terquedad ó locura declarada.

«He andado mucho, es verdad, nos contestará por boca del siglo XIX una gran parte del linaje humano. Reboso hoy de vida á larga distancia de donde ayer apenas vegetaba; la civilizacion de que con justicia me envanezco, como obra que es mía en gran parte, ha dejado inmensamente atrás la de los siglos que me precedieron. Mis antepasados más remotos fueron bárbaros; de los siglos que dejé detrás de mí unos se llamaron de tinieblas, y á mí me apellidan siglo de las luces; otros se llamaron siglos de la escolástica, yo el siglo de la ciencia; aquéllos lo fueron de la fe, yo lo soy de la inteligencia. De todos los que me precedieron en la dilatada série de las edades, soy el único siglo que puede con razon decir: yo soy la civilizacion.»

Pero esta civilizacion, en lo que tiene de verdadera, es hija del Cristianismo; del Cristianismo, que sometió la barbarie, que formó las nuevas sociedades, que abolió la esclavitud, que emancipó la mujer, que fundando la

familia en un sacramento, puso en ella como lazo de union el amor, y no el poder absoluto del padre, que conservó el árbol del saber antiguo y lo enriqueció con nuevas y más frondosas ramas, que hizo desaparecer el sistema de castas, y que dió por fundamento á los nuevos pueblos la justicia y la libertad basadas en los preceptos evangélicos. «No, contesta herido en su orgullo el siglo XIX; no en virtud y por gracia del Cristianismo, sino apesar de él, llegué al punto en que me hallo. El Cristianismo ha sido quien más estorbos ha opuesto á mi marcha; él fué la cadena que, atada á mis piés, me impidió remontar el vuelo cuando me sentía con más fuerza en las alas, y veía más dilatados horizontes donde ensayarlas. El principio de mis progresos data del dia en que me emancipé de sus creencias.»

«Pero al ménos no me negareis, dirá por ventura el Cristianismo á nuestro orgulloso siglo, que fuí yo quien allané el camino á la marcha de la civilizacion, y te preparé los medios para que llegases al que supones ser el primer día de tu vida. Y es evidentísima prueba de ello que, mientras yo te conducía al punto en que te encuentras, las religiones de Oriente, á las cuales á veces me pospones, han hecho retroceder á pueblos cultos á una especie de semibarbárie, ó, cuando ménos, han impedido hasta aquí que llegáran al principio de sus progresos; y evidentísima prueba de ello es que mientras aquellas religiones borraban del suelo del Asia lo que en él quedaba de las antiguas civilizaciones asirias, persas y greco-romanas, yo, de una sociedad caduca y que se descomponía por efecto de su propia corrupcion, y de pueblos bárbaros rebeldes á todo yugo, con dar nueva vida á la una con el bálsamo del amor, y con alimentar á los otros con la leche de mis enseñanzas, hice brotar de enmedio de ruinas la civilizacion de que hoy te envaneces.»

¡Oh! Sí, el Cristianismo es la madre de la civilizacion; es todavía más: es la civilizacion misma desenvolviéndose y transformándose á la vista y por la accion de Dios al

través de los siglos, como se forma y desarrolla el árbol de lento crecimiento á las miradas y bajo la influencia del sol; y tantas y tan ilustres son las plumas, así de escritores católicos como protestantes y racionalistas que, al trazar la historia de la civilización, han demostrado con abundante acopio de argumentos y con gran multitud de datos que ésta nació y se desenvolvió al calor del Cristianismo, que hoy sólo pueden negarlo las personas muy ignorantes ó las que están cegadas por el humo de las preocupaciones políticas ó de los odios religiosos.

¿Pero es igualmente cierto que, así como puede hermanarse con la civilización, en la cual hay al fin y al cabo una parte exterior que se refiere á la vida de los sentidos, á las necesidades de la existencia, á las exigencias del bienestar y del lujo, y que por lo tanto puede igualmente desenvolverse y llegar á un alto grado de florecimiento bajo el manto sacerdotal del Egipto y de los *radjas* de la India, como bajo las democráticas leyes de Solon ó del yugo de hierro de los Césares, puede por igual manera el Cristianismo vivir en perfecto acuerdo con la ciencia, la cual, como él, reina en las más puras y elevadas regiones del espíritu? ¿Es cierto que no sean rémora á la libre marcha del saber, lecho de Procusto que impida su natural desenvolvimiento las creencias que obligan á la razón á aceptar y someterse á las verdades reveladas, que le fijan los derroteros por donde debe necesariamente andar, y los horizontes dentro de los cuales debe únicamente moverse?

Así lo popalan en todos los tonos los enemigos de la Iglesia, con aplauso de las numerosísimas muchedumbres de los ignorantes, que se descargan de la molesta tarea de aprender y del penoso trabajo de pensar en los que se dan por sus maestros, y así lo dice en cien partes de su libro el profesor de Nueva-York en pasajes como los que á continuación y como muestra transcribimos.

Ignorancia de la Edad Media segun Draper.

«La Iglesia, constituyéndose en depositaria y árbitra
» del saber, vino á ser el valladar que se opuso por más de
» mil años al adelanto intelectual de Europa.» (Pág. 53.)
«Fuera de las instituciones monásticas no se intentaba el
» menor progreso intelectual: ciertamente, en cuanto con-
» cernía á los láicos, la influencia de la Iglesia se dirigía á
» un resultado opuesto, pues era máxima admitida general-
» mente que la ignorancia es madre de la devocion.»
(Página 278.) «Nada se hizo por favorecer el desarrollo in-
» telectual de las naciones; al contrario, la política esta-
» blecida era mantenerlas, no sólo en un estado iliterato,
» sino ignorante.» (Pág. 293.)

Mas estas acusaciones no son nuevas. Con satánica in-
sistencia las están repitiendo los enemigos del Cristianismo
desde los primeros siglos en que, calificándolo hasta de de-
mencia, se le quiso revestir, al igual que á su divino
fundador, con la túnica de los orates, hasta hoy que se
pretende hacer de la sotana clerical librea de igno-
rancia; pero si por multitudes se cuentan los que le han
motejado de enemigo de toda cultura, por legiones se han
levantado sus hijos fieles para probar que casi cuanto
sabía la Europa á él se lo debía. Gracias á esa lucha, hoy con
más calor que nunca empeñada, la historia literaria de los
pueblos modernos se ha enriquecido con una nueva rama
de conocimientos, y ésta á su vez con gran número de es-
critos riquísimos en datos nuevos y peregrinos, con labo-
riosidad y paciencia, verdaderamente benedictinas, recogi-
dos, ya en los archivos y bibliotecas, ya en obras de mu-
chos que se tienen por doctos completamente ignoradas.
De entre la multitud de aquellos datos de que tenemos

noticia, vamos á escoger los que más apropiados nos parecen para desmentir los asertos del autor de la *Historia de los conflictos entre la religion y la ciencia*.

Comencemos por defender á la Iglesia de la acusacion que se le dirige de que nada hizo durante la Edad Media en favor de la educacion del pueblo.

La Iglesia en la educacion del pueblo. — Escuelas episcopales y parroquiales.

«La antigüedad pagana había amado, en verdad, la ciencia, dice Ozanam, pero no la había prodigado nunca; ántes por el contrario, temía exponerla á la profanacion de los hombres. Las escuelas de los filósofos estaban cerradas al vulgo; los retóricos y los gramáticos vendían sus lecciones por dinero. Cábele á la Iglesia la gloria de haber amado á los hombres más que la ciencia, y de haber abierto de par en par las puertas de la escuela para que entrasen en ella, como en el festin del Evangelio, los ciegos, los cojos y los mendigos ¹.»

Jesucristo hizo un precepto de la enseñanza: *et euntes*, dijo á sus Apóstoles, *docete omnes gentes*; y la Iglesia, no sólo fué obediente al mandato, que cumplió hasta donde le fué posible hacerlo, aún en medio de las persecuciones y de las invasiones de los bárbaros, sino que hizo á su vez de la obligacion de enseñar una de las más estimadas obras de misericordia, una de las más preciadas manifestaciones de la ley de la caridad.

Tiénesse hoy por una verdad histórica demostrada que así en los primeros tiempos de la Iglesia, como durante todos

¹ OZANAM, *La civilisation au cinquième siècle*, t. II, pág. 395. — *Œuvres complètes*, t. II.

los siglos, hasta los más rudos de la Edad Media, donde quiera que levantaba aquélla un altar abría allí mismo una escuela. «El anglicano Bingham, en su libro de las *Antigüedades eclesiásticas*, dice el P. H. Dumas; el docto Tomasino en su obra más conocida de la *Antigua y nueva disciplina de la Iglesia* ¹; en sus eruditísimas obras Lanos ², Lingard ³, Nardi ⁴ y otros muchos escritores, han demostrado con toda evidencia la existencia, hasta en la época de las persecuciones, de una escuela llamada episcopal en cada diócesis ⁵, » á la sazón muy numerosas, por lo mismo que eran de extensión muy limitada.

Hablando del estado de las letras en las Galias en el siglo II, dicen los doctos autores de la *Historia literaria de Francia*: «Estableciéronse tantas escuelas cristianas como iglesias se levantaron ⁶.» Y al probar más adelante que la iglesia y los monasterios fueron los puertos donde se salvaron en su naufragio los restos de las letras y de las ciencias paganas, «las iglesias catedrales, escriben, conservaban *todavía* sus escuelas, donde se seguía enseñando según el método de los primeros tiempos. El mismo Obispo, ó algun clérigo bajo sus órdenes, era quien daba las lecciones; por manera que no había iglesia catedral que no tuviese su escuela. Cuando las diócesis eran muy extensas, establecíanse otras en los puntos que se creía más convenientes ⁷.»

«De San Jerónimo se sabe que dedicaba á la enseñanza de los niños las horas que le dejaban libres el estudio y la

¹ Tomo I, part. II, lib. II, cap. X; part. II, lib. II, caps. XXVI, XXVII y XXVIII.

² *De scholis celebrioribus*.

³ *Antigüedad de la Iglesia anglo-sajona*.

⁴ *De i Parochi*.

⁵ *Le clergé et l'instruction primaire. — Études religieuses*, etc., Feb. de 1872.

⁶ *Hist. litt. de la France*, t. I, pág. 232.

⁷ *Ibid.*, t. III, págs. 22 y 23.

penitencia. San Pacomio instruía él mismo á los mancebos que se preparaban á recibir el bautismo. Los monjes enviados por San Gregorio á las Islas Británicas establecieron en ellas escuelas de virtud y de ciencia. El venerable Beda enseñaba á sus hermanos de religion en el claustro, y al pueblo en la iglesia de York. San Anselmo y otros sábios doctores imitaron más tarde su ejemplo ¹. » « En el siglo VII, el arzobispo de Milan, Benedicto Crispo, se gloriaba de haber iniciado á sus discípulos en el conocimiento de las siete artes, y una centuria más adelante la Iglesia de Pisa establecía sus escuelas en los mismos pórticos de la catedral ². »

Cuando á consecuencia del mayor desenvolvimiento del Cristianismo, al poner Constantino fin á la era de los mártires y al largo período de las persecuciones, se dividieron las diócesis en parroquias, dividiéronse igualmente las escuelas en episcopales y parroquiales. Enseñábase en éstas lo que se llamaba el *trivium*, ó sea la gramática, la dialéctica y la retórica. « De esta suerte marchaban al par, añade el autor citado, la instruccion popular y la predicacion del Evangelio; y si alguna vez y en ciertos puntos se entibiaba el celo de los encargados de educar al pueblo, los Concilios provinciales levantaban su voz para estimular á los negligentes, reprender á los perezosos y recordar á todos la observancia de su deber. Así, por ejemplo, el concilio de Vaison (529) excitaba al clero de las Galias, poniéndole por delante el ejemplo del de Italia, á cumplir su obligacion de educar é instruir á los jóvenes ³. »

¹ MARTIN DESSY, *Dict. d'économie charitable. — Congrégations enseignantes*, t. III, col. 1530.

² OZANAM, *La civilisation au cinquième siècle*, pág. 385.

³ *Placuit ut omnes presbyteri qui sunt in parochiis constituti, secundum consuetudinem quam per totam Italiam salubriter teneri cognovimus, juniores lectores... secum in domo ubi ipsi habitare videntur, recipiant. — Concilium Vasionense, II, can. 1.*

No creemos que se pueda hacer un cargo á la Iglesia de que los resultados obtenidos no correspondiesen á sus deseos, ni á los esfuerzos y sacrificios que para la educacion de los pueblos se imponía. Lo aciago de los tiempos por un lado, la repugnancia que por punto general tenían las razas bárbaras dominadoras de Europa al cultivo de la inteligencia, la escasez grandísima de medios de enseñanza, la falta de organizacion y de orden en una sociedad en que los elementos distintos que debían entrar en su constitucion luchaban todavía entre sí y se hallaban, como dice Guizot, en estado caótico, eran motivos poderosísimos para que se malograsen en gran parte aquellos sacrificios y esfuerzos, y para que los resultados obtenidos no fuesen proporcionados á los propósitos á su logro encaminados. ¿No es hoy la miseria y la necesidad de atender con preferencia al trabajo del cual viven, las que alejan á las clases pobres de las escuelas donde se las ofrece enseñanza gratuita?

Con el advenimiento de Carlo-Magno al poder, y á medida que la Iglesia pudo ejercer en mayor escala su benéfica influencia en la sociedad, no ménos que en el anterior período necesitada de su direccion y gobierno, hiciéronse más visibles el celo de aquélla en la instruccion del pueblo; y como fueron más numerosos y eficaces los medios de que para realizarlo disponía, fueron mayores los resultados obtenidos.

En una de las Capitulares de aquel gran Monarca se lee el siguiente decreto, copiado en parte de una Ordenanza episcopal de Teodulfo, obispo de Orleans: « Los sacerdotes tendrán escuelas en los pueblos y en las aldeas; y si alguno quiere confiarles sus hijos para que aprendan las letras, no se nieguen á recibirlos y á educarlos; ántes, por el contrario, enséñenles con perfecta caridad, acordándose de que está escrito: *Los doctos brillarán como las luces del firmamento, y los que instruyan á muchos en la justicia como estrellas en toda la eternidad.* Y al darles la enseñanza no

se les exija ningun emolumento, ni reciban nada, sino lo que los padres les ofrezcan en señal de agradecimiento ó de aprecio ¹. »

En iguales ó parecidos términos se recordaba á los sacerdotes el deber de enseñar á los pobres y de establecer escuelas en todas partes, en las capitulares de Aquisgran de 789, y en las de Thionville de 805; y en los concilios de Maguncia y de Châlons en 813, de Roma en 826, de París en 829, de Valence en 855, de Langres en 859 y en otros muchos.

En el libro v de las Decretales de San Gregorio IX, y en el título v, se lee el siguiente epígrafe: *De Magistris et ne aliquid exigatur pro licentia docendi*. Ideas hay en él en que podría inspirarse más de un ministro de Instrucción pública de nuestros días. Encuéntrase continuado en el mismo un decreto del tercer Concilio lateranense, xii de los ecuménicos, celebrado en 1179 bajo el pontificado de Alejandro III, en el cual se leen las siguientes palabras, cuya lectura recomendamos á los que acusan á la Iglesia de ser enemiga de la instrucción del pueblo.

«La Iglesia de Dios, dice, al igual de una madre amorosa, *está obligada* á velar para que los pobres, que no encuentran suficientes recursos en la fortuna de sus padres, no se vean privados de la facilidad de aprender y de adelantar en el estudio de las letras y de las ciencias; por cuyo motivo ordenamos que en todas las iglesias catedrales se provea de un beneficio á un maestro que tenga el encargo de enseñar gratuitamente á los clérigos y á todos los escolares pobres.»

Y más abajo:

«Que nadie exija emolumento alguno para conferir el

¹ *Presbyteri etiam per villas et vicus scholas habeant, et si quilibet fidelium suos parvulos ad discendas litteras eis committere vult, eos suscipere et docere non renuant.* Hasta aquí la Capitular.

derecho de enseñar; que no se pida nada, ni aún á pretexto de costumbre, á aquellos á quienes se instruya; y, por fin, que nadie impida enseñar á los que hayan sido reconocidos aptos y hayan pedido permiso para hacerlo. Y si alguno osare contravenir á estas órdenes, sea privado de todo beneficio eclesiástico: *porque es en efecto indigno de recoger en la Iglesia el fruto de su trabajo, quien por codicia impide el bien vendiendo el permiso de enseñar.*»

Los decretos de dicho Concilio fueron renovados en el cuarto de Letran, celebrado en 1215 bajo la presidencia de Inocencio III ¹, pero extendiendo á todas las iglesias la obligacion impuesta en aquél á las solas catedrales.

Respecto de nuestra patria, cuya historia es tan poco conocida de los extraños, como de los propios poco estudiada, podemos afirmar, apoyados en la autoridad no sospechosa de Gil y Zárate, que «la fundacion de los monasterios, de que tan frecuentes ejemplos ofrecen nuestros anales en aquellos siglos, no debe considerarse sólo bajo el punto de vista religioso, sino que era á la vez un medio de ilustracion y de enseñanza; puesto que siempre los acompañaban esas escuelas que servían, no sólo para las ciencias eclesiásticas, sino tambien para las primeras letras y para las llamadas artes liberales ².»

«Igual celo desplegaba, añade despues, el clero seglar, que por las disposiciones del concilio iv de Toledo, y otras posteriores, tenía obligacion de crear y sostener escuelas de diferentes grados, no tan sólo en las catedrales, sino hasta en las parroquias, habiendo existido muchas y algunas muy nombradas, durante el imperio de los godos. Apenas se reconquistaba un pueblo importante y en él se

¹ *Ignorantia, mater cunctorum errorum*, decían sus PP. en el cánón xxv, *maxime in sacerdotibus Dei vitanda est, qui docendi officium in populis susceperunt.*

² *De la instruccion pública en España*, t. II, pág. 158.

fundaba una iglesia en cada catedral, cuando, juntamente con el cabildo que debía servirla, aparecía una escuela á cargo del eclesiástico más idóneo, por la urgente necesidad de dotar al país de pastores espirituales ¹.»

Por último, Alfonso el Sábio, en su código de las Siete Partidas, despues de definir la escuela, llamándola «ayuntamiento que es fecho en cualquier logar con voluntad é entendimiento de aprender los saberes,» dice de las escuelas ó «estudios» populares: «La segunda manera que dicen *estudio particular*, quiere tanto decir como cuando algun maestro amaestra privadamente en alguna villa apartadamente á pocos escolares. E á tal como esta puede mandar hacer perlado ó concejo de algun lugar ².»

Como las acusaciones que á la Iglesia se hacen de no haber atendido á la enseñanza del pueblo, y de que, por el contrario, procuró tenerle sumido en la mayor ignorancia, «porque ésta, segun supone Draper, engendra la piedad,» se limitan á la Edad Media, debemos, y no sin sentimiento, poner término en este punto á estas brevísimas indicaciones acerca del celo con que atendió aquélla y la parte que tomaron sus ministros, obispos y sacerdotes en la educacion de los pobres, y que fueron tales que con razon puede afirmarse, como lo hace Ozanam, que se debe al Cristianismo haber establecido la instruccion primaria gratuita y para todas las clases de la sociedad. Y no sin sentimiento, decíamos, porque con ello nos privamos del placer que como amantes de la enseñanza popular experimentaríamos, y de la noble satisfaccion que tendríamos como católicos, en poner ante los ojos de nuestros lectores el magnífico cuadro para nuestra santa Religion, por todo extremo glorioso, de sus numerosísimas Órdenes, así de hombres como

¹ *Ibid.*, pág. 169.

² *Ibid.*, pág. 170.

de mujeres, ora exclusivamente consagradas á la enseñanza, ora, y cual si esta ocupacion no fuese objeto bastante á su amor y á satisfacer su sed de sacrificio, dividiendo sus horas en aquel provechoso ejercicio y en la asistencia de los enfermos en los hospitales: en narrar, siquiera fuese de paso, los inmensos beneficios reconocidos y confesados hasta por escritores hostiles al Cristianismo que la sociedad les debe; en contraponer en éstas y en otros géneros de obras la asombrosa fecundidad de la religion católica con la esterilidad vergonzosa de las sectas protestantes; y en suma, en establecer un paralelo entre la organizacion y resultados de nuestras escuelas, y los de las de los disidentes y las establecidas y subvencionadas por los Gobiernos; paralelo del cual saldrian por todo extremo gananciosos y llevarian la palma del triunfo las primeras, y sobre todo, sea dicho con perdon del profesor anglo-americano, si hubiésemos podido establecer dicho paralelo respecto de las escuelas de su país, entre las dirigidas por las Ursulinas, las Hijas de la Caridad, las Damas del Sagrado Corazon y otras Órdenes religiosas¹, objeto de admiracion hasta de parte de los mismos protestantes, y las fundadas conforme el sistema *unisectionarian*; y sobre todo entre aquéllas, si es que cabe parangon entre el bien ó el mal ó sea entre términos opuestos, y las denominadas mixtas, por concurrir á ellas

¹ La superioridad de la enseñanza católica sobre la oficial y protestante, reconocida por todas las personas á quienes no ciegan las preocupaciones políticas ó los odios de secta, no tan sólo se advierte respecto de las escuelas públicas, sino hasta respecto de los Colegios y de las Universidades. En un artículo destinado á justificar á las familias protestantes que envían á sus hijas para ser educadas en los colegios católicos, decia el *Atlantic-Monthly*, revista racionalista, que en las *fashionables* escuelas de las grandes ciudades no se forman sino *laches miniatures*. El *Catholic-Word*, de Junio de 1874, fija en 300.000 el número de niñas educadas en escuelas dirigidas por religiosas, y en más de 50.000 el de las que reciben una enseñanza más completa en las llamadas *select schools*. En 1875 ascendían á más de 540 los colegios y academias con unos 48.000 alumnos.

niños y niñas; escuelas afrenta de la moral é ignominia y baldon de la nacion que no tan sólo las tolera, sino que las subvenciona ¹.

Escuelas monásticas.

Mas si grande y digno de ser más conocido y estimado de lo que en realidad lo es, en especial por los pseudo-sábios modernos, fué el celo con que atendió la Iglesia á la instruccion del pueblo, y sobre todo á la de los pobres, hasta el punto de poder decir el emperador Lotario I en un rescripto suyo en favor de la enseñanza, «que la miseria no podía ya ser excusa á la ignorancia;» mayor fué, si cabe, y con más motivo, el que desplegó, como en objeto de más subido interés, en la fundacion y perfeccionamiento de las escuelas superiores, así episcopales como monásticas, ya para instruir en el conocimiento de las ciencias filosóficas y fisico-matemáticas á los láicos, ya para educar en las artes liberales y en las ciencias divinas á los que aspiraban al sacerdocio.

«Desde los primeros tiempos del Cristianismo, dice el tantas veces citado Ozanam, la nueva fe había abierto sus escuelas en las Catacumbas. En los subterráneos de Santa

¹ Agasiz, en un artículo inserto en el *New-York-Herald*, en que revela, en cuanto cabe hacerlo, las torpezas que en dichas escuelas se cometen y sus funestísimos efectos para la moral pública, dice que al sondear los abismos de corrupcion en que han caído los educados en ellos, llega á desconfiar de la tan ponderada civilizacion del siglo XIX. Para que nuestros lectores se formen una idea de lo que son dichas escuelas y de sus perniciosos efectos morales y sociales, bastará que sepan que el Gobierno prusiano, en cuanto se hubo apoderado de la Alsacia y la Lorena, introdujo en ella por la fuerza el sistema de escuelas mixtas, como el medio más apropiado para corromper y apartar del Catolicismo á sus habitantes. JANNET, *op. cit.*, capítulo XX.

Inés encuéntrase, al lado de las capillas llenas de sepulcros y cubiertas de pinturas simbólicas, salas sin altares y sin adorno, y sin otros indicios de su destino que la cátedra donde se sentaba el maestro, abierta en la toba, y el banco destinado para los alumnos. La enseñanza cristiana, añade, sale de su oscuridad en el momento en que las lecciones de Panteno, de Clemente de Alejandría y de Orígenes convueven todo el Oriente y consagran la alianza de la doctrina sagrada y de las letras profanas ¹. »

Nacido el Cristianismo en una época de grandes hechos intelectuales y llamado á provocarlos por la novedad de sus doctrinas, toma activísima parte en ellos, en los cuales se encuentra sólo contra todos los sistemas teológicos y filosóficos entónces en boga. Opone cátedra á cátedra, y á la escuela pagana de Alejandría, la más famosa entre todas, su escuela catequista, donde brillan aquéllos y otros ingenios que en erudicion, claridad de entendimiento y ciencia, vencen y se levantan muy por encima de los más afamados doctores que puede oponerle el decayente paganismo y la agonizante filosofía helénica.

Pero si luchó con las doctrinas filosóficas en lo que tenían de erróneas y de contrario á sus dogmas, y si al principio pudo temer para sus adeptos la influencia, nociva á la pureza de sus costumbres y al amor á sus nuevas creencias, del arte pagano, pronto transigió con éste y hasta depurándolo y transformándolo, se esforzó en apropiárselo. De esta suerte, al lado de sus escuelas catequísticas mantuvieronse, donde la Iglesia imperaba, las de los gramáticos y retóricos.

Por ventura fueron Italia y España los puntos donde por más tiempo se conservaron las tradiciones de las escuelas romanas, objeto de preferentes atenciones de parte de los

¹ *Études germaniques*, t. II, pág. 452.

últimos Emperadores sucesores de Constantino. Pero cuando despues de la caída del Imperio, y enmedio de las invasiones de los bárbaros, desaparecieron aquellas escuelas subvencionadas por el Estado, alzándose con el ejercicio de la enseñanza de la gramática, de la retórica y del derecho profesores particulares que vivían de los emolumentos de sus discípulos, más atentos á recoger las lecciones que á remediar las necesidades de sus maestros ¹, la Iglesia, por medio de sus escuelas episcopales y monásticas, cuya importancia crecía al par que menguaba la de las láicas, á la vez que conservaba en ellas con cariñoso é inteligente respeto el fuego de las ciencias y de las letras paganas, hermanando su estudio con el de las ciencias sagradas, difundía con creciente celo entre todas las clases de la sociedad sus enseñanzas, á fin de preparar á los jóvenes, así para los elevados cargos del Estado, como para las funciones sacerdotales y las dignidades eclesiásticas.

Las escuelas monásticas fueron los focos, segun confesion del mismo Guizot, de cultura intelectual, de donde debían salir los doctísimos varones y los más preclaros ingenios que ilustraron la Edad Media en los siglos de su mayor florecimiento, y que en tan gran parte debían contribuir á la fundacion de las Universidades, orgullo de aquella edad, y que en más de un punto deberían ser envidia de las modernas, si bien más sábias ménos privilegiadas, á no estar tan envanecidas con su ciencia. Entre ellas hubo no pocas que alcanzaron un renombre que ha llegado hasta nosotros al través de los tiempos, y á despecho de los esfuerzos hechos para rebajar su importancia y desmentir su influencia en el desenvolvimiento de la general cultura.

¹ *Extraordinaria non credo legere, escribía Adolfo, quia scholares non sunt boni pagatores, quia volunt scire, sed nolunt solvere, juxta illud: Nosse velint omnes, mercedem solvere nemo.*

La regla de San Benito trata acerca de las escuelas claustrales, pero supone su existencia. En uno de sus artículos se dispone lo siguiente: «Los días de Cuaresma los monjes se ocuparán en la lectura desde la mañana hasta la hora de tercia. En dichos días todos recibirán de la biblioteca libros que leerán desde el principio al fin. Se encargará á uno ó dos de los más ancianos que recorran el monasterio para ver si hay algun monje perezoso, que se entregue al reposo ó á la conversacion en vez de dedicarse á la lectura. Lo mismo harán los domingos...»

Las abadías de Lerins y de Saint-Victor eran ya famosas desde el siglo vi por la enseñanza que en ellas se daba y por el número de sus discípulos. En el monasterio de San Hilario de Poitiers se daba en el siglo vii tanta extension á la enseñanza de las artes liberales, que se empleaban en su estudio siete años. A la escuela de Fontaneille, la más famosa de Normandía, acudían por lo general más de trescientos escolares. De no ménos renombre gozaban las de Tumieges, Saint-Taurin d'Evreux, Solignac, Saint-Germain d'Auxerre, Montier-le-Celle, Agaune, Saint-Vincent de Laon, Saint-Valery, Tholey y Grandval.

Al igual que en la semigermánica Galia, brillaron las escuelas monásticas con su doble cultura sagrada y profana en la céltica Irlanda, á la cual, como el nombre de la isla de los Santos, se podría aplicar con justicia el de la isla de los sábios. San Patricio, movido acaso del ejemplo que le ofrecían las escuelas de Francia, las fundó en todas sus colonias monásticas. «Donde quiera que la religion erigía sus altares, establecían su cátedra las letras. Al par que la teología, estudiábanse en aquellas escuelas la dialéctica, y, junto con ésta y con aquélla, las siete artes liberales. No limitando sus estudios al conocimiento de las letras latinas, penetraron á veces hasta en el de la literatura griega;» de suerte que pudo con razon Ozanam decir de los monjes irlandeses que, al popularizar el estudio de la antigüedad,

supieron entrelazar el ramo de oro de Homero con la corona legendaria de sus santos. Por tal manera creció la fama de las escuelas monásticas de Irlanda, que ya á mediados del siglo vi acudían á ellas, en busca de instruccion más extensa y tal vez más sólida, monjes de vários puntos del continente, y que en la siguiente centuria se hizo costumbre pasar á ellas los de Francia, á fin de completar las enseñanzas que habían recibido en sus monasterios. Hasta llegó la ocasion de que fuesen las escuelas irlandesas como viveros, de donde salieron várias colonias de monjes á fundar nuevas comunidades ó á reformar las existentes en vários puntos del continente, y entre ellas las de Luxeuil, Bobbio y Saint-Gall, que fueron otros tantos centros luminosos desde donde se derramó el saber por sus vecinas comarcas.

Casi al igual que en Irlanda, florecieron en Inglaterra las escuelas monásticas, que ilustraba con sus virtudes y con su ciencia el venerable Beda, uno de cuyos discípulos, San Bonifacio, debía ir á fundar en el fondo de la Germania el monasterio de Fulda, cuya escuela fué, al igual de la de Saint-Gall en Francia, una de las más renombradas de aquellos siglos, á quienes llaman bárbaros los que no se han tomado el trabajo de estudiarlos.

Respecto á la Italia, hubieran bastado á hacer famosas sus escuelas las de los monasterios de Bobbio y Monte-Casino, de tanta importancia este último por su biblioteca que la revolucion italiana, cediendo al clamoreo general de los sábios de todas las naciones, ha debido salvar de la ruina á que ha condenado los demás Institutos religiosos. Terminaremos advirtiéndolo á nuestros lectores que aquellas escuelas estaban abiertas, no tan sólo para los monjes y para los que aspiraban al sacerdocio, sino tambien para los láicos que no podían, á causa de su pobreza, acudir á las de los profesores libres que vendían por dinero sus lecciones.

Fuerza es, sin embargo, confesar que por grande que

fuese el celo por los Papas y el clero desplegados en favor de la instruccion de los pueblos, sucedió con este ramo de la enseñanza lo que había acontecido con la elemental: la rudeza de los tiempos, y más todavía que ésta las calamidades de que fueron víctimas las sociedades cristianas, debieron esterilizar en gran parte los esfuerzos hechos por aquéllos.

Y si bien á últimos del siglo viii y principios del ix logra Carlo-Magno, tanto ó más que con sus decretos con la autoridad del ejemplo, ya estableciendo ó acaso restaurando la escuela palatina, ya llamando á su lado y dispensando generosa proteccion á los hombres más eminentes de su tiempo, logra promover un nuevo renacimiento de los estudios y de las letras, sus esfuerzos fueron en gran parte esterilizados, ora á consecuencia de las guerras entre sus descendientes, que acabaron por romper la unidad de gobierno y de poder por él con tanto trabajo establecida, ora por efecto de las continuas invasiones y correrías de los normandos en Francia, de los sarracenos en Italia y de los magyares en Alemania.

Sin embargo, una vez pasadas aquellas tristes circunstancias y algun tanto mejorado el estado político y social de Europa, aunque no el de la Iglesia, que atravesaba á la sazón la llamada *edad de hierro* del Pontificado, gracias á la proteccion dada á las letras por Oton I el Grande, imitador en esto del Emperador franco, por más que desgraciadamente no siguiese sus huellas en su conducta con la Santa Sede, y gracias sobre todo á la reforma de Cluny, comienza el despertamiento literario que fué principio y causa del gran florecimiento de las artes y de las ciencias especulativas, que debía hacer que fuesen los siglos xii, xiii y xiv una de las épocas de más actividad intelectual que hubiese alcanzado nunca ningun otro período de la historia del linaje humano.

En el principio de aquel renacimiento, y como quienes

contribuyeron no poco á él con sus luces, su actividad y el elevado puesto que en la sociedad ocupaban, brillaron en primer término el arzobispo de Colonia, Brunon, cono- cedor, segun su biografía, de todos los secretos de la natu- raleza y versadísimo en la lengua y literatura helénicas; Gerberto, más tarde Silvestre II, quien, despues de haber visitado las principales escuelas monásticas de Francia, vino á completar por ventura sus estudios, no en las aca- demias de Córdoba, como se había creído hasta hace poco, sino en la escuela principal de Vich; Fulberto de Char- tres, del cual escribía uno de sus biógrafos que, á la ma- nera que una gran llama derrama en torno suyo sus rayos luminosos, así propagó él en diversos puntos sus conoci- mientos; y, por último, el célebre y docto Lanfranc y su discípulo, aún más que él sábio y famoso, San Anselmo, lumbreras de la escuela de Bec, que brillaba en primera línea en los estudios literarios y filosóficos entre las más célebres de Francia.

Tarea tan larga como enojosa sería mencionar, siquiera fuera de paso, las escuelas monásticas que más renombre alcanzaron en ese que se puede llamar segundo período de su existencia. Mas ¿cómo no citar al ménos la de Reims y la de Fleury, famosa ya esta última desde la época de los primeros carolingios; la de Chartres, la de Estrasburgo, que valió á esta ciudad el dictado de *urbs doctrinis flori- da*; la de Fecámp, la de Luxeuil y la ya mencionada de Bec, á la cual dieron la Gascuña, Flandes, Alemania é Ita- lia discípulos aventajadísimos, que les devolvió ella con vertidos en eminentes maestros; las de Saint-Gall, Pader- born y Cluny, que dió á la Iglesia á Gregorio VII, Urbano II, Pascual II y Calixto II; las de Clusa, Bobbio y Monte- Casino, ya mencionadas; las de San German de Astorga, de Santa María de Tajo, de San Pedro, de la de Cambridge y la de Oxford, que dió origen á la Universidad de este nombre en Inglaterra?

Extension que se daba á la enseñanza.

Mas ¿cuáles eran las enseñanzas que en aquellas escuelas se daban? ¿Cuáles los métodos que en ellas se seguían?

Dejaremos hablar á los hechos. Acerca de ellos podrán hacer nuestros lectores los comentarios que su ilustracion y recto criterio les sugieran.

De algunos de los datos que llevamos ya indicados, se desprende que abrazaban aquéllas toda clase de disciplinas.

Casiodoro, en su tratado de las instituciones divinas y humanas, traza un plan de enseñanza teológica en el cual establece la necesidad de las letras profanas, á saber: la gramática, la retórica, la dialéctica, la geometría, la música, la astronomía, como medio de llegar mejor á la recta interpretacion de los textos sagrados.

En un tratado compuesto por Honorio de Autun, á fines del siglo XII, con el título *De animæ exilio et patria*, que es una alegoría en la cual, partiendo del supuesto de que el lugar del destierro del alma es la ignorancia y su patria la sabiduría ó la ciencia de las cosas divinas, á la cual se va por el camino de las ciencias profanas, dice que en este camino existen diez ciudades, que describe minuciosamente, y son la gramática, la retórica, la dialéctica, la aritmética, la música, la geometría, la astronomía, la física, la mecánica y la política.

Adviértase que la gramática de que habla Casiodoro y Honorio era la gramática, no segun hoy la estudiamos, sino conforme la definió Rabano Mauro: *Scientia interpretandi poëtas atque historicos, et recte loquendi scribendique ratio*.

Hablando el autor anónimo de la vida de San Menwerk, obispo de Paderborn, de la escuela monástica de este

nombre: « En ella, dice, los niños y los jóvenes recibían una educacion en todos conceptos sólida, mediante la cual avanzaban igualmente, así en la disciplina religiosa, como en todo linaje de humanos conocimientos. Aquel monasterio encerraba hábiles profesores de música y de dialéctica, afamados retóricos y gramáticos, ilustres matemáticos y astrónomos, y físicos y geómetras doctísimos. Dábase en él mucha importancia á Horacio y á Virgilio, á Salustio y Estacio. Era para todos los alumnos un juego ejercitar el ingenio versificando ó inventando graves sentencias.

En la *Historia del monasterio de Cambridge* escrita por Ingulfo, se lee el siguiente horario, establecido para la enseñanza de las diferentes materias que en él se estudiaban: « Desde muy temprano el monje Oton, versadisimo en las bellas letras, enseñaba á los niños la gramática segun las reglas de Prisciano ¹; á las seis, Férrico, tambien monje, que sobresalía en la dialéctica, explicaba á los jóvenes la lógica de Aristóteles, sirviéndose para ello de las introducciones y de los comentarios de Pórfiro y de Averroes. A las nueve, el monje Guillermo daba lecciones de retórica, en las cuales seguía principalmente á Ciceron y

¹ Esta gramática, dice el P. E. Desjardins, era una docta y juiciosa compilación de las obras de los más célebres gramáticos desde Varron hasta Donato. En ella el autor se complacía en establecer un continuo paralelo entre el griego y el latin; y tan numerosos son los textos de los grandes modelos de la antigüedad que en la misma se citan, que el discípulo, despues de haber seguido su curso de gramática, tenía un conocimiento razonado y comparativo de casi toda la literatura profana. En efecto, leíanse en ella más de mil citas escogidas de entre las diversas obras de Virgilio, más de seiscientas sacadas de Terencio, más de trescientas de Horacio, más de cuatrocientas copiadas de las diferentes obras de Ciceron, más de ciento de Homero, y en suma, un crecidísimo número de pasajes entresacados de Tito Livio, de Salustio, de Cornelio Nepote, de César, de Trogo-Pompeyo, de Plinio, de Caton, de Quintiliano, de Varron, de Séneca, de Estacio, de Ovidio, de Lucano, de Perseo, de Juvenal, de Demóstenes, de Aristófanes, de Sófocles, de Eurípides, de Anacreonte, de Píndaro, de Hesiodo, de Herodoto, de Tucídides, de Jenofonte, de Aristóteles y de Platon.—*L'Église et les écoles*, loc. cit., pág. 397.

Quintiliano. Por último, los días que no eran festivos Gilberto, hábil profesor de teología, explicaba las Sagradas Escrituras á los jóvenes letrados y á los sacerdotes que iban á escucharle.»

Hé aquí el programa que seguía en sus explicaciones Gerberto, en su escuela de Reims, segun nos ha sido conservado por un monje llamado Richer, en una historia de Francia, escrita en verso el año 994, y dedicada á aquel sábio maestro:

«Gerberto, dice el poeta cronista, recorría en su orden natural los libros de la dialéctica, derramando abundante luz con la claridad de su exposicion sobre las oscuridades de esta ciencia: aplicábase sobre todo á explicar las *Isagogias* de Porfirio, siguiendo primero la version de Victorino y despues la de Manlio. Leía enseguida las *Categorías* de Aristóteles y las *Persermenias*, comenzando por establecer su autenticidad. Despues explicaba á sus oyentes los *Tópicos* de Ciceron... los cuatro libros de las *Diferencias tópicas*, los dos libros de las *Hipótesis* y el libro de las *Definiciones*. Terminados estos estudios, creía que podía ya iniciar á sus discípulos en el de la retórica; pero persuadido de que no se puede adelantar en esta arte si no se poseen bien los secretos del lenguaje, que únicamente se aprenden en los poetas, les mandaba leer sus escritos hasta que estuviesen familiarizados con ellos. Explicábales entónces Virgilio, Estacio, Terencio, las sátiras de Juvenal, de Perseo, de Horacio y el poema heroico de Lucano; y únicamente despues que se habían apropiado sus riquezas, les admitía al estudio de aquel arte... Difícil sería dar á conocer las fatigas que empleó en el de las matemáticas, de las cuales enseñaba la parte más elemental, ó sea la aritmética, á aquéllos en quienes reconocía disposiciones especiales para ello...»

Por fin, Juan de Salzburgo, en su ingenioso libro titulado *Metalogicus*, traza el programa de los estudios que

llenaban los *doce* años que duraba la enseñanza escolar de su tiempo. Despues de esto ni se encuentra ya exagerado el dicho de Gibbon, de que se aprendía más en un convento de benedictinos que en las universidades de Oxford y de Cambridge, ni se extraña que salieran de aquellas escuelas ingenios del temple y del vastísimo saber de un Guillermo de Champeaux, de un Abelardo, de un San Anselmo, de un Lanfranc, de un Alberto el Grande, de un San Buenaventura, de un Duns Scoto, de un Santo Tomás y cien otros.

Creemos excusado advertir que, apesar del carácter enciclopédico de la enseñanza que en casi todas las escuelas monásticas de alguna importancia se daba, había algunas donde se cultivaban con especial predileccion una ó varias ramas especiales de los humanos conocimientos. Así, por ejemplo, la literatura griega era objeto de preferente atencion en las de Reims, de San Marcial de Limoges y de Bec, miéntras que lo era la latina en las de los monasterios cluniacenses. Así fueron renombradas las de los Cartujos por la enseñanza de las lenguas orientales, hebreo, árabe y siriaco, al paso que lo eran por la mayor importancia que daban y mayor profundidad con que cultivaban los estudios teológicos la ya célebre escuela de Bec y las de Cambridge, Laon y París. Por igual manera, miéntras que en los monasterios de Cluny se concedia alguna mayor importancia al estudio de la medicina, se daba cierta preferencia al de las matemáticas, astronomía y física en las escuelas de Paderborn, de Utrech, de Tournay, de Granbaux, de Fleury, de Reims, de Coimbra y en algunas de España.

Las bibliotecas monásticas.

Dejaríamos incompleto el ligero esbozo que estamos trazando de la cultura en los tiempos medios si no apuntáramos algunas noticias acerca de las bibliotecas monásticas, y de la importancia que en ellos se dió á la educacion de las mujeres. Sobre uno y otro asunto nos limitaremos tambien á algunas ligeras indicaciones que, aunque escasas para dar una idea de la asombrosa actividad intelectual que caracteriza aquella edad, han de ser bastantes, á nuestro entender, para demostrar la sinrazon y el ningun fundamento de la acusacion de ignorancia que se la dirige, y para ver hasta qué punto calumnian á la Iglesia los que de enemiga de las ciencias y de las letras profanas la motejan.

Si quisiéramos remontarnos á los primeros siglos del Cristianismo, veríamos á la Iglesia poner el mismo interés y desplegar igual celo que en la fundacion de escuelas de ambas enseñanzas, elemental y superior, en la formacion de bibliotecas. En los más antiguos monumentos de la historia eclesiástica se hace ya mencion de depósitos de libros y de documentos que se guardaban en las iglesias, y hasta á veces en edificios levantados expresamente para este objeto. De Eusebio y de San Jerónimo sabemos que consultaron para escribir sus obras, entre várias bibliotecas, las de Jerusalem y de Cesárea. En Roma existía, entre otras, la de la iglesia de Letran, fundada en el siglo v por el papa Hilario. Desde muy antiguo parece haberse establecido la costumbre, que elogia en gran manera el gramático Virgilio Maro, de tener dos bibliotecas, una de obras de escritores cristianos, y otra donde se conservaban los libros de los filósofos y de los autores paganos ¹. No tardó en tenerse

¹ OZANAM, *Études germaniques*, t. II, pág. 434.

por un ejercicio tan meritorio como el de la enseñanza el de ocuparse en la copia de libros, á fin de salvarlos de las devastaciones y estragos, en aquellos días de invasiones y de guerras intestinas tan frecuentes; y de ahí el que en algunas Ordenes monásticas se hiciese un deber á los monjes la transcripcion de las obras, así de autores eclesiásticos como profanos, y se fijáran reglas á fin de que saliesen las copias lo más correctas que fuese posible, y para que se comunicáran unos á otros los monasterios las copias hechas por monjes de una misma Orden. Existe una capitular de Carlo-Magno del año 789, en la cual, á la vez que se encarga que no se consienta que los niños alteren los textos, ya sea leyendo, ya escribiendo, se ordena que cuando sea preciso hacer escribir un misal ó un salterio, se emplee en ello hombres ya formados y que pongan en su trabajo la mayor atencion.

Cuéntase de San Benito Biscop (674), fundador de la abadía de Weremonth en Irlanda, que hizo cinco viajes al continente á fin de recoger libros con que enriquecer la biblioteca de su monasterio, que llegó á ser una de las más ricas de su tiempo. En el siglo viii la de York poseía, además de las obras de los Santos Padres de ambas Iglesias griega y latina, copias de las de Virgilio, Estacio, Lucano, Aristóteles, Plinio, Ciceron, Lactancio y de muchos gramáticos.

En el siglo x la biblioteca de Bobbio, cuyo catálogo nos ha sido conservado por Muratori en sus *Antiquièdades italianas*, poseía escritos de Demóstenes y de Aristóteles, los poetas clásicos latinos, y al igual que la de York, un número considerable de gramáticas. «Únicamente las exigencias de una escuela numerosa, observa Ozanam, podían hacer que de esta suerte se multiplicasen los ejemplares de tantos escritos áridos, y que los monjes consumiesen su vida consagrada á Dios en copiar, no tan sólo las homilias de San Jerónimo y de San Agustin, sino los tratados de

Caper sobre ortografía y de Flaviano acerca de la concordancia del nombre con el verbo ¹.

A medida que iban transcurriendo los siglos, y sobre todo en los tiempos del mayor florecimiento de las escuelas claustrales, multiplicábanse las bibliotecas episcopales y monásticas, y crecía el número y la importancia de sus obras; de suerte que ya en el siglo XII decía el abad de Beaugency que no era ménos necesario un arsenal á los hombres de armas que á los religiosos los libros, de cuyo dicho nació sin duda el refrán de que era más fácil encontrar un castillo sin armas que un monasterio sin biblioteca. Así, el sábio y piadoso Trithemio juzgaba por el estado de éstas el de la vida religiosa de los monjes.

El P. Cahier, de quien son la mayor parte de los datos que dejamos transcritos, despues de dar noticia de muchas de aquéllas y de indicar el número de obras que contenían, cita, protestando no mencionarlas todas, 57 existentes en Francia, 23 en Italia, 26 en Inglaterra, 37 en Irlanda, 14 capitulares y 25 monásticas en Alemania, etc. Respecto de las de España, además de las citadas por el mismo religioso, florecieron otras muchas mencionadas por el P. Tailhand, el cual en un eruditísimo apéndice á la obra del referido P. Cahier, donde rectifica vários errores en que incurrió nuestro docto paisano y amigo Amador de los Rios, en la parte de su *Historia de la literatura española* que trata de la cultura visigoda, dedica dos capítulos enteros á hablar de las bibliotecas existentes bajo la dominacion de los reyes godos de Toledo y de las del Noroeste de España de la época de la Reconquista ². Duélenos no poder hablar de ellas.

¹ OZANAM, *La civilisation au cinquième siècle*, t. II, pág. 387.

² *Nouveaux mélanges d'Archéologie, d'Histoire et de Littérature sur le moyen âge par les auteurs de la monographie des vitraux de Bourges; collection publiée par le P. Ch. Cahier. Bibliothèques. Paris, 1877.*

Educacion de las mujeres.

Desde los primeros siglos del Cristianismo se comprendió que podría sacarse mucho partido de la paciente habilidad de las mujeres para la copia de manuscritos, y por lo tanto se las empleó con frecuencia en este útil ejercicio. Eusebio habla de jóvenes vírgenes empleadas como copistas por doctores eclesiásticos. Santa Melania (siglo v) es encomiada por su biógrafo por su destreza en escribir y por la exactitud y belleza de sus trabajos caligráficos. Es probable, observa el P. Cahier, que propagase este arte entre las religiosas de los conventos que fundó. Santa Cesárea ó Cesarina (siglo vi), y Santa Renilda, así como las religiosas que tenían á sus órdenes en sus respectivos monasterios de Arlés y de Maes-Eych, gozaron de gran crédito como copistas.

Y no se crea que fuesen únicamente máquinas, por decirlo, de escribir. Atendida la importancia que, segun dejamos indicado, se daba á esa clase de trabajos, es de suponer que las religiosas que á él se dedicaban estarían cuando ménos medianamente versadas en el latín. Y hénos aquí como llevados por la mano á dar algunas breves noticias acerca de la cultura intelectual de las mujeres en aquellos siglos.

El conocimiento de aquella lengua estaba por demás extendido en los monasterios de religiosas, no tan sólo en la época en que más ó ménos alterado era todavía el idioma hablado por las poblaciones vencidas y hasta por los descendientes de las tribus germánicas vencedoras, sino hasta más tarde, cuando de la descomposicion de la lengua latina y de su fusion con la de aquellos nacieron las lenguas

romanas, origen de las que se hablan hoy en toda la Europa meridional.

Existen no pocos opúsculos escritos en latín por religiosas. El poeta Fortunato, obispo de Poitiers, que tantos versos dedicó á Radegunda (siglo VI), felicita á esta princesa monja porque lee los Padres griegos y latinos. Beda refiere que las hijas de las familias nobles de Inglaterra eran enviadas á los monasterios de religiosas de Francia, á fin de recibir en ellos una educacion digna de su nacimiento. Santa Lioba componía versos en un latín tan puro y correcto como la rudeza de los tiempos y la decadencia de este idioma lo consentían. ¿Quién no ha oído hablar de la célebre Hrosuitha, monja de Grandersheim, y de sus dramas religiosos, imitados de Terencio y escritos, al parecer, para ser representados por sus compañeras de claustro en aquel monasterio'?

Segun los autores de la *Historia literaria de Francia*, había en este reino muchos monasterios de religiosas en los cuales se iniciaba á las jóvenes en el conocimiento de las bellas letras, y donde, al igual que en los monasterios de hombres, se daba una enseñanza doble, ó sea una para los internos y otra para los externos. En algunos se daba la enseñanza superior. Así, por ejemplo, en la abadía de Argenteuil, donde fué educada la célebre Eloisa, se enseñaba las siete artes liberales. Muchas jóvenes, una vez iniciadas en las bellas letras, pasaban á la abadía de Roncelay, *maturioris doctrinæ causa*..... En un gran número de institutos ninguna novicia era admitida á la profesion sin que poseyese un conocimiento bastante extenso de la lengua latina. La docta Herrade, abadesa de un monasterio de la Alsacia, había compuesto para uso de su comunidad

¹ PHILARETE CHASLES, *Études sur les premiers temps du Christianisme. Hrosuitha, etc.*



una especie de enciclopedia bajo el significativo título de *Hortus deliciarum*. En el electorado de Colonia, Santa Adelaida daba lecciones de literatura á sus religiosas..... La abadesa Emma, que había cultivado la poesía hasta hallarse en estado de componer un poema y de mantener una correspondencia en verso con algunos sábios personajes de su tiempo, no toleraba que fuesen indoctas las monjas que tenía bajo su direccion en su monasterio de Rouen. Por fin, la abadía de Paraclete fué durante el gobierno de Eloisa, y bajo la direccion de Abelardo, una de las que más alto brillaron en los estudios literarios y científicos ¹. En ella, aquella mujer tan célebre por sus amorosos devaneos como por su saber, explicaba á sus monjas griego, teología y hebreo.

La libertad de enseñanza. — Las Universidades.

Mas ¿será verdad que la Iglesia monopolizase en aquellos siglos la enseñanza, ó como dice Draper, que se hubiese «constituido en depositaria y árbitra del saber,» y que, «fuera de las instituciones monásticas, no se alentase el menor progreso intelectual?» Nuestros lectores no habrán olvidado sin duda el decreto del tercer concilio de Letran sobre lo que llamamos hoy libertad de enseñanza, que dejamos copiado en las páginas anteriores. Pero si por ventura no les pareciese todavía bastante explícito y terminante para oponerlo á aquellas afirmaciones del profesor anglo-americano, no por eso dejaremos de trasladar aquí un documento ménos conocido y que cierra la puerta á todo cargo que se quisiese hacer á la Iglesia romana acerca de

¹ *L'Église et les écoles*, loc. cit., págs. 386 y 387.

aquel supuesto monopolio. Es una carta de Alejandro III, dirigida por este Pontífice, restaurador de las repúblicas lombardas, al obispo de Reims con motivo de negarse el maestrescuela de Châlons-sur-Marne á dar permiso al abad de Saint-Pierre-des-Monts para dirigir sus escuelas. «Mi muy querido hijo, decía el Papa, el abad de Saint-Pierre-des-Monts ha acudido á Nós, poniendo en nuestra noticia que el maestrescuela de Châlons reivindica el monopolio de la enseñanza, y no quiere permitir al citado abad que dirija las escuelas. Mas como *la ciencia es un don de Dios, debe cada cual ser libre de prodigar gratuitamente su talento á quien quiera*; por lo cual os ordenamos por este escrito apostólico que mandeis al abad y al maestrescuela que bajo ningun pretexto impidan ni prohiban en ninguna circunstancia á ningun hombre probo é ilustrado que abra escuela en la ciudad ó en sus alrededores, donde mejor le parezca ¹.»

Pero hay más aún, y es que de esa libertad, que Draper parece poner en duda, ya que supone árbitra y única depositaria del saber á la Iglesia, nacieron las primeras Universidades y la necesidad de ellas; esas famosísimas Universidades de los últimos siglos de la Edad Media, para las cuales no tiene el catedrático de Nueva-York una palabra de elogio, y de cuya existencia parece haberse olvidado completamente (pues no queremos hacerle el agravio de creer que no tuviese noticia de su historia), al escribir los dos textos que hace un momento citábamos.

Muchísimo más espacio del que disponemos necesitaríamos para hablar de aquellas instituciones, aún cuando quisiéramos limitarnos á trazar un ligerísimo esbozo de su origen, de sus glorias y de la influencia, nunca bastante ponderada, que en el desenvolvimiento de las letras y de

¹ LABBÉ, *Concil.*, t. x, cit. por Desjardins, *loc. cit.*, pág. 405.

las ciencias, en especial en las especulativas, ejercieron. Por suerte, el ser este asunto tan conocido nos releva en parte de la necesidad que en otro caso tendríamos de pararnos en él, para poner ante los ojos de los apasionados admiradores de la *Historia de los conflictos* una nueva prueba de la mala fe de quien, al imponerse la tarea de trazar la de la ciencia á fin de estudiar sus supuestos conflictos con la fe, miéntras consagra numerosas páginas á hablar del Museo de Alejandría, cuna, segun él, de aquélla; y de las escuelas árabes donde la ciencia, ya adulta y rotas las trabas con que el Koran pretendió sujetarla, arrojase á robar sus secretos á la naturaleza y á la filosofía sus arcanos, no menciona siquiera las Universidades, cual si no ocupasen ningun lugar en los anales del desarrollo del espíritu humano. Miserable sofista é historiador sin conciencia, que cree haber muerto la verdad con hacer el vacío en torno de ella, y borrar el recuerdo de los hechos históricos con pasar por alto en la lectura las páginas donde se encuentran estos consignados.

Motejen sus detractores aquellas Universidades de ultramontanismo, por haber sido católicas y por haber nacido á la sombra y bajo el amparo de la Iglesia y recibido de ella sus más estimados privilegios; califiquen de rancias y atrasadas sus doctrinas porque no les fué dado conocer los modernos descubrimientos científicos; búrlense de sus métodos por haber adoptado y no haber sabido romper despues las mal llamadas ataduras de las formas escolásticas; nieguen su influencia en la cultura del pueblo porque no lograron romper los pañales con que, condenándoles á perdurable infancia, tenía sujeta la Iglesia á la razon humana: la verdadera historia, y con ella los que buscamos en sus páginas enseñanzas que nos ilustren, y no engañosos oráculos que nos mientan halagos; la historia, que da culto á lo verdadero, lo bello y lo bueno, y con ella los que llegamos respetuosos á sus aras para más afirmarnos con sus

lecciones en el amor de tan santos objetos, no nos cansaremos nunca de considerar á aquéllas como el centro de unmovimiento que, tanto en lo político como en lo intelectual, no tiene semejante en la historia de los pueblos; de estimarlas como nacidas, no de la proteccion oficial, que siempre se compra demasiado caro, porque se adquiere á precio de dignidad y de independendencia, sino de la libertad de enseñanza y de la noble competencia establecida entre los sábios; no cesaremos de mirarlas como luminosos focos desde donde se derramaban á largas distancias los rayos de luz por los más claros y poderosos entendimientos de su época en ellos reunidos; de admirar su robusta vida, que se manifiesta en lo exterior con la multitud de sus privilegios debidos á los Papas, á los Reyes y á los Municipios, y ordenados á proteger la libertad, así de los profesores como de los discípulos; á hacer á unos y á otros independientes de toda autoridad que no fuese la del mismo cuerpo docente, por más que á veces fuesen, á causa de su exageracion misma, motivo de abusos y de desórdenes perjudiciales á todos; aquella su robusta vida y que se revela en lo interior por la actividad intelectual que provocaron, por las disputas de maestro contra maestro, de escuela contra escuela, y por la libertad de sus discusiones, hasta en materias que se rozaban á veces con el dogma, por el concurso á las cátedras que gozaban de más renombre de millares de escolares, venidos muchos de ellos de lejanos países y movidos tan sólo del afan de aprender; nosotros, en fin, no nos cansaremos de mirar con veneracion á aquellos doctos varones que con retribuciones escasísimas, sin esperanza de más recompensas que la estimacion de sus discípulos y el poco ruido que se hacía en torno de ellos miéntras vivían, consagraban su vida á la enseñanza ó á componer tal vez alguna obra, para la cual, á lo más que podían aspirar, era á que se sacasen de ella unas pocas copias, y para la cual, lo más que ambicionar podían, era alcanzar algunos elogios del

escaso número de lectores que llegasen á conocerla; y de estimar y de dispensar nuestros pobres elogios á aquellos pacientes y laboriosos escolares, hombres ya formados la mayor parte de ellos, que acudían durante siete ú ocho años á sus aulas, sin ningún género de comodidad dispuestas, á recoger las lecciones orales de sus profesores, atraídos por la fama de éstos y únicamente sostenidos en su árida tarea por el amor á las ciencias; y no, como hoy, para alcanzar con escaso trabajo diplomas que les abriesen la puerta á las carreras, sino para adquirir títulos y, sobre todo, sólido saber que, proporcionándoles con el tiempo renombre, les pusiese en camino de figurar tal vez como maestros donde habían brillado como escolares, de obtener algun cargo en el gobierno de la República, y, sobre todo, de alcanzar en los postreros años de su vida, uniendo la virtud á la ciencia, alguna dignidad eclesiástica.

En verdad que si cuesta trabajo perdonar á nuestro siglo su excesivo orgullo, llega ya casi á lo imposible tolerar el altivo desden y la injusta ingratitud con que trata á las edades que fueron. Apénas tiene para ellas más calificativo que el de bárbaras, y, sin embargo, con las obras de la antigüedad que le conservaron y con los libros y documentos que le legaron, ha podido estudiar las literaturas y las instituciones, y escribir la historia de las dos grandes edades, antigua y media; con las bibliotecas que ellas reunieron, y cuyos restos han logrado salvarse de las devastaciones de los nuevos iconoclastas y de los modernos vándalos, ha formado las de que hoy se envanece; y sobre las ruinas de las Universidades por ellas fundadas, ha levantado él las suyas, trocando en cadenas de oro, que no por ser de oro dejan de ser cadenas, sus antiguas libertades y privilegios, su autonomía por un humilde puesto en la administracion, y la toga profesional de sus maestros por la librea del público funcionario. Suprimid los que llamais bárbara á la Edad Media la imprenta, que, dando á luz los menguados

ó hueros frutos de vuestro ingenio, os proporciona fama y lucro, y ved si hallareis un Alberto el Grande que escriba 21 tomos en folio sobre materias filosóficas, teológicas y de historia natural; un Santo Tomás que componga una especie de enciclopedia de teología y de ciencias filosóficas y políticas con materia para formar de 18 á 20 tomos; un Raimundo Lulio que escriba tratados de diversas disciplinas, bastantes para llenar 10 abultados volúmenes en folio, etc.; suprimid los títulos académicos, y pronto podreis destinar para fábricas ó para cuarteles los edificios que para la enseñanza habeis levantado.

La Iglesia y la ciencia en los tres últimos siglos.

En la *Historia de los conflictos*, no tan sólo niega su autor que el Cristianismo romano hiciese algo en favor de las letras y de las ciencias en los siglos en que estuvo la sociedad europea bajo su tutela, sino que afirma y da como hechos demostrados: primero, que si en el siglo xvi hubo un renacimiento intelectual, que puede considerarse como la vuelta á la vida, como el despertamiento del humano saber, que había permanecido estacionario desde que la Iglesia habia apagado con su frio aliento la llama de la ciencia, por primera vez encendida en la capital de Egipto y con amor alimentada por los primeros Tolomeos, fué por haber avivado aquella llama con su vivificante soplo la Reforma; y segundo, que no por haber disipado ésta con sus brillantes fulgores la densísima niebla en que tenía envueltas el Cristianismo latino las inteligencias, y roto con la doctrina del libre exámen las fuertes ataduras con que tenía la fe sujeta á la razon, había cesado el desacuerdo que entre las enseñanzas por aquél impuestas y las ciencias existían;

entre las doctrinas de aquél, que se obstinaba en marchar por los antiguos derroteros, y las ciencias, que, abriéndose todos los días nuevas sendas, llegaban al descubrimiento de comarcas ántes ignoradas.

No hemos de repetir acerca del primer asunto lo que en anteriores capítulos con autoridades, para Draper no sospechosas, dejamos demostrado; esto es, que la llamada Reforma, segun confesion hasta de sus más entusiastas encomiadores, además de haber ocasionado la muerte de las artes donde quiera que fué aceptada; además de haber suspendido en extensas comarcas la vida intelectual, que había llegado á principios de la décimasexta centuria á un alto punto de su desarrollo, fué pesada rémora á su ulterior perfeccionamiento, siquiera durante el período de su violenta propagacion y de la más larga temporada de su ciego é intolerante proselitismo ¹.

Respecto del segundo punto, ó sea que apesar de la pseudo-reforma continuó en los siglos que siguieron al establecimiento de ésta el desacuerdo entre las enseñanzas de la

¹ En otra parte indicamos, trasladando las palabras mismas de Lutero, el concepto en que tenía el fundador de su secta á Aristóteles y su doctrina filosófica, y el desprecio con que miraba las Universidades. Como testimonios que deponen en favor de nuestra tesis, nos permitiremos citar entre otras autoridades de escritores no sospechosos de adhesion al Cristianismo, y entre otros muchos hechos que pudiéramos aducir, los siguientes: «El Protestantismo, dice Grimm, que provocó por reaccion la energía de los pueblos latinos, no hizo más que paralizar las fuerzas de los pueblos que lo abrazaron.» — «Este siglo, exclama Melancton, se ha hecho un siglo de hierro: las ciencias se perderán infaliblemente á menos que los Príncipes la salven.» — «Los libreros cuentan, escribía Erasmo, que ántes de la division del Evangelio vendían más fácilmente 3.000 libros, que ahora 300.» El diploma autorizando la fundacion de la universidad de Marburgo, en 1529, reconoce tambien la decadencia de las ciencias. HETTINGER, *op. cit.*, cap. xxxvii, págs. 434 y 435.

«Las hugonotes franceses, despues de haber publicado una série de reglamentos proscribiendo el baile y el uso de los afeites en las mujeres, prohibieron tambien la enseñanza del griego (sínodo de Metz de 1620) y de la Química (sínodo de Saint-Marxan de 1609), porque decían que una ocupacion tan material era incompatible con los hábitos de la santa profesion. BUCHLE, *Hist. de la civil.*, t. II.

Iglesia y la ciencia, nos permitiremos recordar á nuestros lectores, al despedirnos de ellos, los diferentes pasajes de este nuestro pobre trabajo en que con más ó ménos extension hemos desmentido este aserto del escritor anglo-americano, y repetir aquí por última vez que no hay ninguno de los modernos descubrimientos científicos, ni aún entre los que como los de Copérnico y Galileo, han dado pié á los escritores más hostiles al Cristianismo para acusar á la Iglesia romana de enemiga de las ciencias ó de intolerante, que haya sido condenada por ésta como á tal, ó sea por ningun Concilio ecuménico ó por ningun Pontífice hablando *ex cathedra* y como intérprete y oráculo de las divinas enseñanzas.

No hay, lo hemos dicho ya, ciencia alguna en estos tres últimos siglos que no cuente entre sus más eminentes cultivadores, no ya tan sólo láicos de creencias tan sólidas y de tan acreditada piedad como Keplero, Galileo, Leibnitz y Newton, sino tambien doctísimos y virtuosísimos eclesiásticos. No hay ramo del humano saber que no pueda gloriarse de tener por Mecenas alguno de los Pontífices que han ilustrado la Santa Sede con su saber y su religiosidad desde Leon X hasta el gran Pío IX, ni adelanto ó descubrimiento que no hayan aceptado y bendecido, y en el cual no hayan tomado más ó ménos directamente parte algunos sacerdotes. Las historias de las ciencias son, bajo este punto de vista, brillantes apologías del Cristianismo; tantos son los testimonios que en ellas deponen en favor de la ilustracion del clero y de los beneficios y estímulos que deben á la Santa Sede. Draper, que debe conocer aquellas historias, lo sabe; pero de la misma manera que, segun acabamos de ver, pudo negar la cultura intelectual de la Edad Media, con no hacer mencion de sus escuelas monásticas, de sus Universidades, de sus bibliotecas y de sus grandes ingenios, así pudo, al trazar, por ejemplo, la historia de los descubrimientos astronómicos desde Copérnico hasta nuestros dias,

suponer que el clero no había tomado parte alguna en ellos, omitiendo hablar de lo mucho que debe, por ejemplo, la ciencia de los astros á los PP. Jesuitas, quienes la han enriquecido con multitud de trabajos y de observaciones importísimas, á los cuales es deudora la Europa de multitud de observatorios astronómicos, montados segun los adelantos de la ciencia, y á cuya Orden cabe la gloria de haber dado á esta en el siglo actual, tan fecunda en astrónomos, uno de los más eminentes y laboriosos. Draper, que sabe que no hace ménos daño á la verdad la conjuración del silencio que la guerra de calumnias, echa mano indistintamente de una ó de otra, segun más á su objeto conviene ó mejor cuadra á la materia en que se ocupa.

Además hay ciencias de las cuales se puede decir que han nacido y desarrolládose á la sombra y bajo la protección de la Iglesia; y si el autor de la *Historia de los conflictos* poseyese la virtud de la franqueza como hombre, y la del agradecimiento como sábio, tendría necesariamente que atribuir á aquélla el nacimiento y la perfección, entre otras, de la Geografía y de la Filología, á las cuales podría apellidarse ciencias cristianas con no ménos motivo que se da este calificativo al arte de los siglos medios en Europa.

No puede haber desacuerdo entre la fe y la ciencia. — Conclusion.

A la religion cristiana se debe la idea de considerar las ciencias todas como ramas de un mismo tronco, como radios de una circunferencia que convergen á un centro comun. Sea cual fuere la rama del árbol enciclopédico que escoja el hombre para cultivar, cualquiera que sea el punto de la circunferencia donde se coloque, no conocerá más que una parte de la ciencia, no descubrirá más que el lado del

horizonte en el cual se haya colocado. El hombre, limitado en su inteligencia y disponiendo de espacio brevísimo para ejercitarla, no puede ni podrá nunca abarcar más que una parte de la verdad en aquello que le sea dado conocerla; nada de ella si no viene en su auxilio la luz de la revelacion en lo que está fuera del alcance de su entendimiento, ó sea de lo sobrenatural; de lo sobrenatural, que se le escapa cual de la vista del cuerpo se escapan los seres microscópicos que llenan el aire y los millones de estrellas que pueblan las más apartadas profundidades del espacio. Más aún: dentro de los límites mismos de lo conocible, ¿cuántas veces ó se oculta aquélla á sus miradas, ó la descubre de una manera incompleta, por ponerse entre ella y la razon el denso velo de vapores que, exhalándose de la parte inferior de su sér, envuelven, por igual manera que las nieblas las cimas de las montañas, las regiones superiores del espíritu?

Siendo esto así, ¿se atreverá á hablar de conflictos entre la ciencia y la fe quien no conoce más que una pequeñísima parte de aquélla? Se ha repetido cien y cien veces el dicho de Bacon, «que mucha ciencia conduce á Dios, al paso que aleja de él ciencia escasa.» Cien autoridades no ménos respetables, nos repiten uno y otro día que nunca está el hombre más cerca de la verdad, ó sea de Dios, que cuando son más numerosos y sólidos los conocimientos que posee. Como la escala de Jacob, tiene la de la ciencia su primer peldaño cerca del suelo y próximo al cielo el último. Por ella se sube al conocimiento de la verdad. Aquella columbrará mejor que más alto se encumbra. Sin duda sabría más del sol, si tuviesen conocimiento, el águila que se columpia en las más elevadas regiones de la atmósfera, que la mariposa que revolotea alrededor de las más humildes flores.

Dios se nos ha dado á dado á conocer por la palabra divina, ó sea por la revelacion, que se dirige á la fe, y por el

universo, obra suya, expresion de su omnipotencia y de su sabiduría, que abraza el mundo de la materia y del espíritu, éste ménos conocido, que se dirige á la razon. Si ésta fuese capaz de poseer todos los conocimientos que el del universo supone; si poseyera todos los secretos naturales que en ambos mundos se encierran, habría alcanzado la plenitud de la ciencia, la ciencia verdadera. Ahora bien, siendo como es Dios la verdad; siendo ésta y no pudiendo ser más que una, y si esta verdad una se revela por medio de la fe, respecto de las cosas sobrenaturales y respecto de las creadas por medio de la ciencia, propiamente tal, — no por medio de la vuestra, geómetras, ni por la vuestra, naturalistas, ni por la vuestra, filósofos, que sabeis tan sólo arrastraros por el fango en un materialismo grosero, ó perderos en el vacío de hipótesis sin fundamento ó de utopías sin base ni razon, — sino por la ciencia verdadera, ¿cómo os atreveis á hablar, repetimos, vosotros todos que la poseeis á medias, de conflictos entre ella y la fe? Tomásteis un meteoro que visteis de noche por el sol, y suponiendo que aquél ha de pretender y tiene derecho á ocupar el puesto de éste, imagináis desacuerdos entre uno y otro. ¡Ciegos voluntarios, nada en el mundo es capaz de forzaros á abrir los ojos!

Seguid, pues, en esta vuestra ceguera, empeñados en dar como una verdad demostrada, como un axioma, el mote de guerra que habeis escrito en vuestra bandera; continuad sosteniendo que son incompatibles la ciencia y la religion; nosotros, estrechando de cada vez más nuestras filas alrededor de la silla donde tiene su asiento el doctor infalible; agrupándonos en muchedumbres cada vez más compactas en torno de la cátedra desde la cual pronuncia sus oráculos el representante de la «Persona divina,» que calló al interrogarla Pilatos, pero que se dignó revelar á los sencillos y á los humildes que él era la verdad, escribiremos en nuestro estandarte, que será el de nuestras batallas

contra el error y contra la falsa ciencia, las siguientes palabras de la *Constitucion dogmática* del concilio Vaticano: «AUNQUE LA FE ESTÁ POR ENCIMA DE LA RAZON, NO PUEDE NUNCA HABER ENTRE AMBAS DESACUERDO VERDADERO, PORQUE ES EL MISMO DIOS EL QUE REVELA LOS MISTERIOS Y COMUNICA LA FE Y EL QUE HA DADO AL ESPÍRITU HUMANO LA LUZ DE LA RAZON; Y DIOS NO PUEDE NEGARSE Á SÍ MISMO, NI LO VERDADERO CONTRADECIR JAMÁS Á LO VERDADERO ¹.»

¹ Cap. v, *De fide et ratione*.

FIN.

BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL

 SORIA 

ÍNDICE

	PÁGS.
Al que leyere	5
CAPÍTULO I. — Orígen de la ciencia.....	11
CAPÍTULO II. — Orígen del Cristianismo. — Su transformacion al alcanzar el poder civil. — Sus relaciones con la ciencia.....	37
Orígen del Cristianismo	43
Supuesta transformacion del Cristianismo al alcanzar el poder civil.....	58
Relacion entre el Cristianismo y la ciencia.....	72
CAPÍTULO III. — I. Conflicto sobre la doctrina de la unidad de Dios. — II. Reforma del Mediodia. — III. Renacimiento de la ciencia en el Mediodia.....	95
Conflicto sobre la doctrina de la unidad de Dios.....	98
Revolucion del Mediodia contra el Cristianismo	104
Renacimiento de la ciencia en el Mediodia.....	109
CAPÍTULO IV. — Conflicto relativo á la naturaleza del alma.....	129
La Inquisicion	142
La expulsion de España de los judíos. — Comparacion de esta medida con la opresion por los Estados del Norte de los del Sur de América	149
CAPÍTULO V. — Conflicto relativo á la naturaleza del mundo.....	155
Opiniones sobre la configuracion de la tierra.....	155
Antigüedad de la opinion de la esfericidad de la tierra.....	161
Opinion de San Agustín acerca de los antípodas.....	164
Colon y su descubrimiento. — Errores de Draper.....	172
Copérnico y sus predecesores: los Pontífices.....	178

	PÁGS.
Galileo y la Inquisicion romana. — Errores y calumnias	182
Tentativas para averiguar las dimensiones del sistema solar. — Su- puesta pequeñez del hombre respecto del mismo	187
Giordano Bruno y el Santo Oficio	190
CAPÍTULO VI. — Controversia sobre la edad de la tierra	197
Indícanse algunos errores vulgares de Draper	198
Opiniones admitidas acerca de los <i>días</i> de la creacion	202
Opiniones acerca de la antigüedad de la tierra. — La Geología y la Biblia	205
Opiniones acerca de la antigüedad del hombre	216
¿Existió el hombre en el período mioceno?	220
Existencia del hombre en la época cuaternaria	227
Demiéntense los asertos de Draper	231
¿Existe una verdadera cronología prehistórica?	233
CAPÍTULO VII. — Conflicto relativo al criterio de la verdad	239
La Inquisicion	256
La confesion auricular	260
La Reforma. — Acusaciones contra el Papado	263
La San Bartolomé	268
La imprenta y el Indice expurgatorio	271
El Pentatéuco. — Su autenticidad	276
Doctrina de la caída del hombre y de la redencion	287
El libro de la naturaleza criterio de verdad	288
CAPÍTULO VIII. — Controversia sobre el gobierno del mundo	291
Error de Draper sobre las leyes providenciales en el gobierno del mundo	291
Las leyes providenciales y los milagros	295
Intervencion de la Providencia en el gobierno del mundo reconoci- da por Keplero, Galileo y Newton	300
Sistema de Laplace	304
Teoría de la evolucion	310
El estoicismo	321
CAPÍTULO IX. — El Cristianismo latino en sus relaciones con la civilizacion moderna	327
Que el Cristianismo no mejoró, segun Draper, el estado material y moral de la sociedad	329
La Reforma, causa de corrupcion de las costumbres	333
Acusaciones contra el Papado	335
Siguen las acusaciones contra los Papas. — Su codicia	341
Nuevas acusaciones	346
Estado material y moral de Europa en la Edad Media, segun Draper	354
Hambres y pestes en la Edad Media, y el Cristianismo latino	360
Calumnias vulgares	364
El cometa de Halley y Calixto III.	366

	<u>PÁGS.</u>
El estudio del griego y del hebreo	368
Autoridades de escritores protestantes en favor del Cristianismo...	372
El doble gobierno civil y papal	377
CAPÍTULO X. — La ciencia en sus relaciones con la civilización moderna...	381
De la introducción de la ciencia en Europa.....	385
Influjo intelectual de la ciencia	390
Influjo económico de la ciencia	395
CAPÍTULO XI. — La crisis inminente	407
La crisis social.....	446
CAPÍTULO XII. — La Religión y la ciencia	455
La moderna civilización es obra del Cristianismo.....	455
Ignorancia de la Edad Media, según Draper.....	459
La Iglesia en la educación del pueblo. — Escuelas episcopales y parroquiales	460
Escuelas monásticas	468
Extensión que se daba á la enseñanza.....	475
Las bibliotecas monásticas	479
Educación de las mujeres	482
La libertad de enseñanza. — Las Universidades.....	484
La Iglesia y la ciencia en los tres últimos siglos.....	489
No puede haber desacuerdo entre la fe y la ciencia. — Conclusion.	492

BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA







J. NODD & CO.

LOS APUESTOS
CONFLICTOS ENTRE LA
RELIGION Y LA CIENCIA

D-1
1668